Hermano ARTURO GREFFIER

El "apóstol de los esclavos" en las Antillas

Hno. Delfín López Gutiérrez

2ª. Edición

2019

A mis ex -alumnos de
Nanclares de la Oca y Santo Domingo de la Calzada (España),
y Córdoba (Argentina): ellos me empujaron, entusiasmaron y
ayudaron a profundizar en el carisma fundacional de la vocación
de Hermano menesiano.

Presentación

Ya desde los más tiernos años de mi vida, como alumno, en el colegio San José (Reinosa), y luego, como seminarista y profeso en Nanclares de la Oca (Alava), había yo participado, en la llamada Semana de Vocaciones o ***Novena a Juan María de la Mennais;*** *se celebraba en el mes de noviembre.*

En ella se hablaba, por supuesto, del Fundador de los Hermanos; también de la vocación menesiana. Pero, en aquellos tiempos había otro tema, que nunca dejaba de tocarse: las hazañas de los Catequistas de las Antillas, entre los esclavos, en el siglo XIX. Y como prototipo de todos ellos, las **del Hno. Arturo, el "pacificador" de la Martinica.**

*Luego, ya como maestro, seguía siendo para mí, un tema privilegiado. Y más: cuando, de nuevo estudiante, hube de preparar la tesis para la Teología, en Roma, no tuve un momento de duda***: "Un hito en la lucha contra la esclavitud: los Hermanos catequistas de las Antillas"** fue el tema elegido**.**

Con gusto escuché el comentario del P. O'Boyle, O.P., padrino de la tesis, y con el tiempo, Prefecto de la Biblioteca Vaticana: **"Es una de las páginas más hermosas de la Historia de la Iglesia en el siglo XIX"**.

*Ya de lleno en mi trabajo de educador y acompañante en la formación de los futuros Hermanos, en Córdoba (Argentina), el tema de estos misioneros era, para mí, como un sueño. Traté de hacerlo realidad: cada semana, cuando podía, le dedicaba un día, - ya previsto en el horario -, para ir a la adjunta Casa de unos Misioneros para el Africa. Allí leía textos, analizaba cartas, sintetizaba y trataba de pasar al papel escrito lo que iba pergeñando en mi mente***. *¡Y allí preparé lo que ahora se publica.*** *¡Tiempos aquellos, los del "Noviciado La Salle", en Villa Warcalde (Córdoba)!*

Y, cuando en 2003 hube de trasladarme a Roma, para trabajar en la Causa de Beatificación de Juan María de la Mennais, el Hno. J. A. Obeso, Superior general entonces, por medio de su Asistente general, el Hno. Yosu, ***me ofreció la posibilidad de pasar por las Antillas, para tomar nota, juntar materiales y apreciar "in situ" la obra de aquellos nuestros Hermanos.***

*Desgraciadamente, en las mismas fechas se iba a realizar un Seminario en El Escorial, sobre "****El papel del Milagro, en las Causas de los Santos****". Hube de declinar aquella posibilidad en aras a mi trabajo inmediato, como postulador.*

Luego, las situaciones y las personas eran ya otras. Y, cuando dejé aquella responsabilidad, regresé directemenmte a América. Pero, en Villa Gobernador Gólvez (Argentina), me encontré con la grata sorpresa de la "Escuelita de Formación Cristiana De la Mennais". También aquí los alumnos, me impulsaron a hacer pasar aquel sueño, ***de una ilusión a la realidad.***

¿Una realidad? ¡Sí! Pero, sintetizada en el más característico y significativo de todos aquellos misioneros: del **Hermano Arturo Greffier**. *Fueron muchos los centenares de Hermanos Menesianos que trabajaron en aquellas latitudes. Su labor ha sido califiada de* ***epopeya*** *y la lectura de los hechos heroicos, de las cartas al Fundado, puede ser, incluso, algo emotivo, para el lector.*

*Todo ello, por supuesto, documentado y, en lo posible, ilustrado. Aunque nos habría gustado ofrecer al lector las fotografías de las chozas de los esclavos, las mansiones de los colonos, las plantaciones y árboles bajo los cuales nuestro misionero catequizaba a los esclavos. Él no dudó en llamarles, en ocasiones, **"hijos"**, y ellos mismos le reconocían como **"padre".***

Resultado final de este largo periplo vivencial son las presentas páginas.

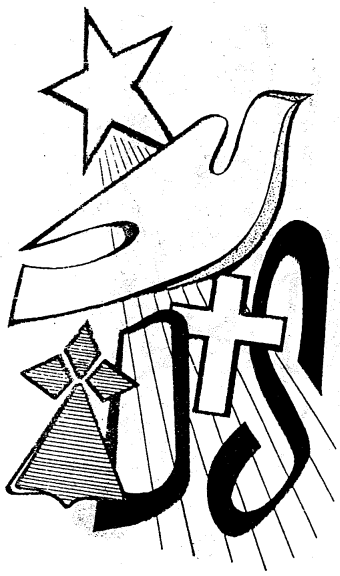
Nuestro trabajo, de carácter histórico, y en base a una investigaciónque que creemos seria y profunda, tiene, sin embargo, una orientación eminentemente pastoral. Ello explica la presencia de no pocos capítulos que, de otra suerte, no tendrían cabida..

Una aclaración: dado que una gran parte de las citas están tomadas de las cartas del Hermano Arturo al Fundador, Juan María de la Mennais, para simplificar, hemos creído suficiente indicar, sólo, la fecha de la carta. Cuando el documento sea diferente, lo aclaramos en forma explícita.

Y una palabra de agradecimiento a los artistas que han querido ilustrar el presente trabajo, con tanto empeño y buen hacer: Ariel Meschini, Hno. Leovigildo Pérez, Eliana Rodríguez y Héctor Freire, autor de las tapas. Lo mismo que al admirable archivista de Roma, Hno. Joseph Pinel y al Hno. Louis Balanant. Y, ¿cómo no? A los abnegados correctores.

No nos queda sino desear a los lectores del texto lo que su composición ha sido para nosotros: que su lectura les deje el regusto de la belleza de la vocación cristiana y la alegría de consagrarse a la proclamación de la Buena Nueva que nos trajo Jesús. Y, agradecerle al mismo Jesús, que nos haya dejado a la Iglesia, en cuyo seno surgen y viven hombres, personas, de esta talla y calibre, unos conocidos, otros, no tanto.

Bilbao (España), a 26 de diciembre de 2017,
aniversario de la muerte de Juan María de la Mennais.
Hº. Delfín López Gutiérrez



Introducción

1.- Las Antillas, ¿un paraíso?

¡Las Antillas! ¿Quién no ha oído hablar de las Antillas? De su naturaleza exótica, de su vegetación exuberante, de sus productos tropicales, de sus paisajes contrastantes, de su clima ardiente.

El viajero, el turista, que llega a ellas por primera vez, experimenta una admiración y una sorpresa que se traducen en alguna de estas exclamaciones: ¡Un paraíso! ¡Un edén delicioso! ¡Una primavera perpetua!...

Sin embargo, pasado algún tiempo, no tardará en comprobar que, todo, en las Antillas, no es encanto ni hechizo; que el clima tiene sus rigores; el cielo, sus raros caprichos; el mar, sus enojos; el suelo, sus espantosas convulsiones.

¡Las Antillas! ¡Las Antillas! ¡Sí! Tierra de esplendor, de ensueño, de lujuriante vegetación. Pero también, de imprevisibles erupciones volcánicas que sepultan a ciudades enteras, con sus habitantes; ciclones turbulentos, a una velocidad de 230 o 240 km. por hora, arrastrando palmeras, cocoteros, cafetales, y campos de caña azucarera. He ahí por qué son llamadas también las “Islas del Viento”.

Pero…

Luego de la llegada de los primeros Hermanos, en 1838, hace de nuevo su aparición la fiebre amarilla, o "vómito negro", que mata a jóvenes y viejos, fuertes y débiles, diezmando gran parte de la población. De esta suerte, el edén puede transformarse en un infierno y el paraíso, en un cementerio.

¡Las Antillas! Grandes y Pequeñas, son los restos de una parte del continente hundido en el mar, que antaño unía la Florida con América del Sur. El golfo de Méjico y el mar del Caribe han ocupado el lugar de aquellas tierras sepultadas. Las Grandes Antillas, - Cuba y República Dominicana con Haití, Jamaica y Puerto Rico -, ocupan el Golfo de Méjico.

Al este, el numeroso cordón de islas que cierran el mar, entre las dos Américas, forma el grupo de las "Pequeñas Antillas", casi todas ellas volcánicas, montañosas, surcadas por profundos barrancos y azotadas, a menudo, por ciclones y terremotos.

De entre éstas, sobresalen: la Guadalupe y la Martinica, descubiertas por Cristóbal Colón en los viajes 2º. (1403) y 4º. (1502), respectivamente.

a) Un poco de historia de las Pequeñas Antillas

Sus habitantes nativos, -los "caribes"-, desaparecieron poco a poco, en el tiempo de la colonización, víctimas, principalmente, de las guerras y de las enfermedades que fueron apereciendo. Estas tierras excitaron pronto la curiosidad, y aún más, la codicia de las naciones europeas que vivían del mar. Piratas y aventureros, a la caza del rico cargamento de las naves portuguesas y españolas, que regresaban de las Indias Orientales, encontraban refugio en las bahías y ensenadas de las innumerables islas antillanas.

Durante 150 años, luchas sangrientas y crueles opusieron entre sí a aventureros franceses, ingleses, españoles, portugueses, holandeses y quizás venecianos y hasta berberiscos del norte de África. Finalmente, en tiempos de Luis XIII, rey de Francia, y por orden de su ministro Richelieu, se comenzó la colonización oficial: a partir de 1626, la "Compañía francesa de las Islas de América" organizó la inmigración hacia estas islas. Así fueron ocupadas la Guadalupe y la Martinica, no sin tener que luchar contra los nativos "caribes", antropófagos, que poblaban las islas. Con el tiempo, poco a poco, éstos fueron desapareciendo, como vimos.

La ciudad de San Pedro, siempre la más populosa, fue fundada en el primer año de la ocupación francesa, en 1626. Pero fue la ciudad de Fort-Royal, fundada en 1658, la que se convirtió en la capital de la Martinica en el año 1692. La ciudad de San Pedro, que conservaba gran importancia económica, con unos 19.000 habitantes, quedó destruida por la erupción de la Montaña Pelada, en el 1902.

Siguiendo la costumbre del tiempo, algunos sacerdotes católicos acompañaron a los colonos. Los Gobernadores, -y algunos colonos-, poco satisfechos del celo de estos sacerdotes seculares, pidieron que fueran remplazados o ayudados por religiosos: Capuchinos, Dominicos, Jesuitas, Carmelitas, y hasta Hermanos de la Salle, se fueron desparramando por las catorce islas de las Pequeñas Antillas, que formaban las posesiones francesas. Las otras islas del archipiélago estaban ocupadas por ingleses y españoles. De esta suerte, a principios del siglo XIX, los habitantes de las Antillas francesas podían estar bautizados en su mayoría. ¡Bautizados, sí, pero nada más!

b) ...Y algo de geografía

En el centro del archipiélago de las Pequeñas Antillas, la Martinica es una isla montañosa y volcánica, de unos sesenta kilómetros de larga por 20 de ancha.

Su relieve, muy accidentado en el norte, con la Montaña Pelada, -1397 m.-, y los Pitones de Carbet, -1207 m.-, reviste formas más suaves en el centro, - llanura de Lamentin -, y se eleva de nuevo ligeramente en el sur, con la montaña de Vauclin -, 504 m. Este su carácter montañoso explica por qué hayan sido elegidas las llanuras y la costa como los lugares preferidos para el establecimiento de pueblos y ciudades.

Expuesta a los vientos alisios, sobre todo en el este, la isla se beneficia de un clima cálido húmedo, más soleado en el este y en el sur; ello permite el cultivo de la caña de azúcar y frutos tropicales: estos cultivos han sido, durante mucho tiempo, los principales recursos para sus habitantes.

c) - Población

Por esta misma época, -primera mitad del siglo XIX-, los territorios dependientes de Francia en las Antillas contaban con una población de unos 240.000 habitantes. De ellos, 175.000 eran esclavos. La población de la Guadalupe y sus dependencias acusaba 95.000 esclavos, frente a 35.000 hombres libres; y la Martinica, 80.000 esclavos, frente a 30.000 libres. La proporción, pues, entre esclavos y libres era de tres contra uno. ¡Algo increíble!

Con razón podríamos hablar de...

2 – Un paraíso perdido

a) Situación social

El clima tropical difícilmente permitiría a los europeos el dedicarse a trabajos penosos. Así, pues, recurrieron a la trata de negros. Muchos africanos, especialmente de la Guinea y el Senegal, fueron transportados a las Antillas, en calidad de esclavos. ¿Cuál era la situación social? Aquí tocamos fondo: podría considerarse como desastrosa.

La Revolución francesa de 1789 había puesto sobre el tapete el problema de la esclavitud colonial. Las sucesivas guerras del Imperio dejaron de lado este problema. Algunos progresos se realizaron en los reinados de Luis XVIII y Carlos X: una ley del 28 de abril de 182

7 declaraba como crimen "la trata de negros". Y, gracias a la orden del 24 de febrero de 1831, un cierto número de esclavos obtuvo la libertad, formando una clase intermedia de ciudadanos libres: los "libertos", apodados "gente de color", negros o mulatos.

El gobierno de Luis Felipe abolió la distinción entre blancos y gente de color, ordenando, además, el censo de los esclavos. Veamos por separado, cada una de estas clases sociales.

1.- Los colonos blancos o criollos

Dueños de grandes plantaciones de caña de azúcar, salvo contadas excepciones, no tenían más ilusión que la de aumentar el patrimonio familiar, con el sudor y hasta con la sangre de sus esclavos.

Sus casas, altas y suntuosas en sus mayoría, se alzaban en medio de grandes fincas, como pequeños palacios, en contraste con las miserables chozas de los esclavos.

Llenos de prejuicios, nunca se sentaban junto a un hombre de color, aunque éste fuera libre; ni le daban la mano, ni entablaban con él relaciones de amistad o de conveniencias sociales.

En sus relaciones y cartas al Fundador, los Hermanos misioneros que fueron llegando, se mostrarán muy severos hacia estos criollos:

"Los colonos son gente sin fe y sin ley; ocupan el más alto lugar de honor y de superioridad, como los nobles de antaño, en Francia; pero son mucho más impíos. Son los jefes y dueños de las plantaciones, también llamadas "habitaciones", y también de los esclavos negros". (Cf. **D** 172 - Carta del Hº. Ambrosio, 18 de agosto de 1845)

Y, en cuanto a la forma como muchos de ellos trataban a sus esclavos, -no todos -, he aquí el testimionio del Hno Ambrosio:

"No llego a concebir cómo es posible que Dios haya dado a los hombres corazones tan duros y tan bárbaros para que traten de esa manera a sus semejantes…"

(**D** 172 - 7 de julio de 1845)

2.- La clase libre o gente de color

Estaba formada por antiguos esclavos, blancos, mulatos y negros, que obtuvieron la libertad por un rescate, o lo que es peor, como consecuencia de las desordenadas costumbres de los colonos criollos; o bien, al amparo de la ley de 1831.

Sin embargo, dada su posición entre colonos y esclavos, esta clase adquirió grandísima importancia, y en ella se apoyaron todos los esfuerzos para la redención de los esclavos y el allanamiento de las inmensas diferencias sociales.

3.- Los esclavos

Constituían la inmensa mayoría de la sociedad colonial. Considerados como bestias por los colonos, despreciados por los libertos, su condición era infra-humana e inconcebible en un mundo cristiano. El afán de lucro de los blancos los había arrancado de las tierras de África, en connivencia, a menudo, con sus mismos caciques, para condenarlos al trabajo perpetuo y forzado.

"Raza maldita de esclavos negros y para quienes el día eterno ha comenzado a lucir", comenta André Merlaud. *Contraste descarado. En esas islas amorosas,* - anota Leconte de Lisle -, *donde el aire tiene olores de azúcar y vainilla", en aquel inmenso jardín donde destellan a lo largo del año macizos de adelfas, gardenias y laureles rosa, donde los árboles de pan, los mangos, los cocoteros y las calabaceras ofrecen, al borde de todos los caminos, sus frutas enormes…, una raza se tumba por la noche, aniquilada por la fatiga, ebria de ron, bestializada, entregada a la crudeza animal del instinto, dejándose caer en chozas malolientas, sobre montones de andrajos y pellejos secos de bananas, sin que su boca exhale una palabra de esperanza".*

(A. MERLAUD. «Juan María de la Mennais. El renacer de una cristiandad», pág. 235-236)

Sí, frente a las suntuosas casas de los blancos, viven en miserables chozas, esparcidas acá y allá, formando como poblados de unas cien personas, más o menos, llamados "habitaciones", junto a las plantaciones de caña de azúcar. Un capataz-gerente es el responsable de estas habitaciones, bajo la autoridad suprema del colono blanco.

¿Las chozas? En principio, están siempre herméticamente cerradas: al negro no le gusta que al blanco entre en su casa, de improviso. Su disposición se reduce a una pieza o habitación cuadrada hecha en obra de tapia, recubiertas o no, con hojas de plátado o "hierbas de guinea" y dividida en dos por un enrejado de cañas y sin ningún

revoque. Una estera para dormir, sobre la tierra removida y uno o dos recipientes de grueso bambú para la provisión de agua

En el rincón del primer compartimento, colocado sobre tres piedras desiguales, un "canario" -cocina-, juntamente con un puñado de harina de mandioca, un pedazo de bacalao, un poco de pan de "árbol"..., todo ello sazonado con sal y algunos morrones o pimientos. Extendida en el primer ambiente hay, también, una cuerda, donde se secan algunos andrajos, a veces difícilmente identificables: en nada se parecen a la primera tela, ya que los esclavos no saben ni zurcir ni remendar.

El amo les debe reponer las prendas siguientes: una casaca de tela, dos pantalones, dos camisas de grueso género, y un gorro. El esclavo los usa hasta que se gastan por completo, sin remendarlos ni coser un botón.

En esas chozas o ranchos, donde dos personas apenas habrían tenido espacio para vivir cómodamente, deben habitar siete u ocho individuos, con sus corderos y chivitos. Las chabolas de los capataces y de ciertos esclavos especializados están amuebladas en forma más esmerada y el espacio, más cuidado: se nota un algo de mejoría: mesa, espejo, sábanas, almohada y camas rústicas.

El amo los alimenta con el mismo cuidado interesado con el que cuida a las "otras" piezas de su ganadería.

¿Y su trabajo? Escuchemos al que fue, cronológicamente, el primer catequista, al Hno. Marcelino Roucioux, cómo se lo cuenta, de manera jugosa, al Fundador.

"...Trasládese en espíritu a una montaña de un país con esclavitud. Dé lentamente la vuelta por el horizonte: helos ahí que preceden a los rayos del astro luminoso. Suben con valor una cuesta escarpada, llevando sobre sus duros hombros el instrumento de trabajo, fuente de vida para muchos, pero destructor para ellos.

Quizás no ha llegado a distinguirlos en un primer momento.

Quizás los ha entrevisto, más bien, como un rebaño que camina muy compacto, que ofrece un color como de tierra, y seguido por un hombre armado de un buen látigo del que se sirve cuando lo necesita. Usted se ha dicho: es un rebaño de carneros o de bestias. Espere un momento, y ese rebaño de carneros va a cambiarse y tomar la forma de grullas que vuelan.

Van en filas como las grullas, y se agitan y mueven cuanto pueden.

En un instante toda la sabana árida se ha cambiado en una hermosa y linda tierra productiva; sin embargo, no han estado largo tiempo para que se opere este cambio. Y aquel que los sigue los espolea al trabajo, cumpliendo su "deber", y su látigo no está siempre plegado en bandolera, ni su bastón le sirve sólo para apoyarse.

Quédese todo el día y observe con detenimiento todas sus evoluciones, para tener una idea de una jornada pasada mefíticamente en una montaña del nuevo continente. Ya pasó la mitad de la jornada y nuestros infatigables trabajadores no han levantado cabeza.

Llega el mediodía; tienen que rebuscarse un poco de hierba del país. Los matorrales donde está son espinosos y las serpientes duermen bajo la hierba. El tiempo para este ejercicio es corto. El almuerzo pronto se termina. La campana suena, tocando para el momento de volver al campo.

Mismas evoluciones que por la mañana. Y llega el tiempo del descanso. Algunos harapos extendidos en el piso, o sobre la tierra desnuda componen la cama de la mayoría." (**D** 172 - Carta12 de febrero de 1845)

Los colonos no se quedan cortos en el empleo de medios de corrección, contra las infracciones de sus esclavos: en más de una ocasión, los Hermanos fueron testigos de actos de verdadero salvajismo:

"Uno de estos últimos días hemos sido testigos de un escena muy dolorosa para alguien que tenga el corazón algo sensible hacia los cristianos, sus hermanos.

Tres esclavos negros, condenados por la justicia, por causa de robo, fueron llevados al suplicio, en una plaza cercana a nuestra casa. Fueron atados de pies y manos con una enorme cuerda, quedando así colocados sobre su vientre con el cuerpo desnudo. En esta posición se les aplicaron veintinueve golpes de látigo. Hacia el final de esta especie de martirio, los trozos de carne volaban por todas partes, la sangre que fluía regaba la tierra y los pacientes no han dejaba escapar gritos más que en los últimos golpes".

(**D** 168 – Carta del Hno. Arsenio, 26 de marzo de 1845)

Y he aquí cómo lo ve el Hno. Ambrosio, en las Antillas, en el momento de la emancipación:

"El negro es un ser embrutecido desde siempre y valorado por debajo de las bestias de carga. Han hecho todo lo posible para tenerle alejado de todos los medios que podían inspirarle el conocimiento y el temor de Dios y darse cuenta de que es hombre como los demás. Han procurado persuadirle de que su origen era el diablo que los había cagado al aire y procede de la raza de los monos; por consiguiente, no tiene nada que esperar para el cielo". (**D** 173 – 6 de junio de 1848)

La condición del esclavo estaba reglamentada por el "Código negro", edicto real de 1685, concerniente a la disciplina de la Iglesia y del Estado, en relación con los negros esclavos de América.

El esclavo no tiene derechos civiles; es como un mueble" (artículo 45). Legalmente no posee nada, no puede comprar ni vender; si tiene hijos, son propiedad de su amo (art. 2). Cuando muere se le entierra sin más, como al caballo o al buey que acaban de reventar. Así envilecido y rebajado a la altura de una bestia de carga, vive despreciado.

Todo ello crea un clima de venganzas y de odios, cuyas consecuencias pueden ser imprevisibles.

En una posición muy especial se encuentran los **"marrones"** o fugitivos**.** Son esclavos que, por rebelión o bajo la pena de algún grave castigo, huyen a las selvas impenetrables que cubren las cumbres de las más altas montañas. En 1840 son unos 1.500 en la Guadalupe y unos 2.000 en la Martinica. Viven de la rapiña, de la caza o de la pesca en grupos y campamentos de 80, 100 ó 150. Siempre fuera de la ley y siempre al margen del mundo civilizado, es casi imposible hacer ningún apostolado ni labor cultural, entre ellos.

El "Código negro" regula así su suerte: *"Al negro 'marrón' se le practicará una incisión en las orejas y se le marcará con una flor de lis en el hombro izquierdo; si reincide, se le cortará la "corva" y se le marcará el otro hombro; a la tercera vez se le condenará a muerte".* Y la ley colonial de 1802 disponía: *"Su majestad ha ordenado y manda que los negros libres que ocultan en sus casas a esclavos fugitivos, o escondan lo que hayan robado o sean cómplices de sus fechorías, serán privados de su libertad y vendidos juntamente con sus familiares".*

Atrincherados, pues, en sus escondrijos viven siempre en estado de la máxima alerta, frente a las incursiones de los blancos.

.*. *.*.*.*.*.*.*.

El panorama social de las Antillas no era ciertamente alentador. La libertad que un día había que dar a los esclavos, era temida por el posible desencadenarse de las pasiones, con la consiguiente secuela de horrores y venganzas.

Es cierto que ni todos los colonos eran crueles, ni todos los esclavos, vengativos. Hermosos ejemplos de fidelidad se habían dado por parte de los esclavos y algún colono trataba de mejorar la triste situación de sus esclavos, con generosidad y hasta con algún desinterés.

Sin embargo, el cuadro general difícilmente podía ser más oscuro y pesimista

b) Situación religiosa, moral y escolar

Apenas si es mejor que la situación social. Es verdad que la gran mayoría de la población está bautizada, pues así lo prescribe el "Códice negro" (art. 2). Pero, la realidad concreta es bien desalentadora: viven en la ignorancia total de las verdades más esenciales de la religión. *"Necesita el permiso de su amo para tomar la primera Comunión y para contraer matrimonio ante un sacerdote"* (art. 1).

Las guerras, las revoluciones..., fueron ahuyentando, una tras otra, a todas las Congregaciones que se habían ido instalando. Sólo algunos sacerdotes diocesanos cuidan del bien espiritual de las islas, bajo la autoridad de un Prefecto Apostólico, en cada una de las dos islas mayores.

La escasez de sacerdotes y sus deficiencias, por un lado, la oposición de los colonos a cualquier acción regeneradora de la sociedad, por otro; en fin, la relajación general de las costumbres y el ardiente clima tropical... Todo hace que la situación religiosa en las Antillas de los años 1830 sea francamente desoladora.

Y ciertamente, el contraste entre esta situación y el clima cristiano de la católica Bretaña será una de las mayores dificultades que los Hermanos Misioneros del "la Mennais" habrán de vencer a su llegada al nuevo campo de apostolado.

Veamos cómo se lo confían al Fundador en sus primeras impresiones y reacciones.

1) Sobre la situación religiosa en general escribe el Hno. Marcelino:

"...¿Nuestros criollos? - Son sólo sus pasiones las que los ciegan y endurecen de tal forma que, las verdades más terribles no hacen en ellos la más pequeña impresión. Viven en la mayor indiferencia en todo lo que mira a la salvación. E incluso puedo decir que el cielo no les empuja a practicar el bien y que tampoco el infierno los espanta."

Y, en cuanto a la religiosidad de los esclavos, añade:

"...¡Sí! Mi buen Padre, ¡cuánto bien se puede hacer en esta grande y hermosa obra. La mayor parte de estas pobres almas no saben para qué están sobre la tierra; e incluso diría que en ciertos lugares, apenas llegan a creer que tienen un alma a imagen de Dios."

(**D** 172 – 12 de febrero de 1845)

2) Situación moral

Si la situación religiosa es tan baja, sus consecuencias morales no pueden dejar de hacerse sentir. Efectivamente, la relajación de costumbres es general. Los testimonios de los Hermanos que van llegando son innumerables:

"...La inmoralidad llega al colmo: de cada diez niños, no es seguro que haya uno legítimo. Casi todos los niños negros o mulatos van desnudos como gusanos, hasta la edad de tres o cuatro años, y muchos, hasta los nueve o más. Y van así por las calles,

muchachos y niñas, pero más aquéllos que éstas. Y hasta se ven chicas de doce a catorce años amamantando…"

"Y si le dijera que los jefes de las habitaciones prefieren las mujeres a los hombres, entre sus esclavos, porque producen más, y que, cuantos más hijos tiene una mujer, más estimada es, y que su fruto es siempre una consecuencia de la inmoralidad. Los niños, al mamar la leche, con ella maman la inmoralidad; y así, son todos hijos del vicio".

(**D** 172 - Carta del Hno. Antonino, en 1838)

Los Hermanos lo sienten y lo sufren en el vivir de cada día. Bástenos un testionmio entre tantos:

"Sentimos una necesidad muy particular de quedarnos en casa y de salir sólo cuando nuestras obligaciones nos lo pidan. Salir de casa es muy peligroso, a causa de las desnudeces y de la indecenecia". (**D** 172 – Carta del Hno. Ambrosio, 18 de agosto de 1845)

En otro aspecto, en relación con los esclavos, he aquí lo que escriben los Hermanos a su Fundador, Juan María de la Mennais:

"Creo observar en ellos dos cosas, que serán todavía por mucho tiempo, un gran obstáculo a la mejora sensible de sus costumbres: Una es la falsa idea que tienen de la santidad del Matrimonio: no es que desconozcan su indisolubilidad; es más bien la falta de interés por la familia y el poco caso que hacen de la legitimidad de sus hijos. El otro es la fuerte inclinación que tienen para el robo. No siempre son tan culpables, ante Dios, como un gran número de amos lo creen.

Varios de esos pobres desgraciados, muy a menudo tienen muy poco que comer".

(Cf. Hno. Donaciano **D** 172 – 2 de febrero de 1845)

Como resumen indicativo he aquí lo que dicen las estadísticas:

En 1835, en la **Martinica** hay:

+ Un matrimonio por cada 137 blancos;
+ Uno por cada 221 esclavos liberados;
+ Uno por cada 5.577 esclavos.

Y en la **Guadalupe**:

+ 198 matrimonios, sobre 31. 252 libres; o sea: uno por cada 158 libres;
+14 matrimonios, sobre 96.577 esclavos: uno por cada 6.898 esclavos.

¿Cuáles son las causas de esta lamentable situación religiosa y moral? Son muchas y de diversa índole: el mismo sistema colonial de injusticia legalizada de amos-esclavos es, en sí mismo, anticristiano. Es un círculo vicioso. Pero, tampoco se puede dejar de lado otro factor: la deficiente asistencia religiosa por parte del clero. Los testimonios abundan.

He aquí el testimonio del historiador de la emancipación de las colonias francesas, Agustín Cochin:

"Las quejas llegadas a Roma, abundan, durante el período de la emancipación de las Antillas francesas, contra la mala calidad del clero colonial, bajo la esclavitud, junto al hecho de que la venida de un religioso a una plantación dependía de la buena voluntad del amo". (COCHIN, A. L'abollition de l'esclavage. Fort-de-France. Désormeaux, 1979)

Y, sin duda que el mismo autor se muestra duro cuando escribe:

"El clero de las colonias fue siempre insuficiente, mal elegido, mezcla de elementos viciosos, - lo peor de las diócesis europeas -, y escándalo de las sociedades coloniales".
(Ibid.)

Es cierto: hay honrosas excepciones y con el paso del tiempo la situación mejora notablemente. Pero los Hermanos no dejan de sufrir, también ellos las consecuencias:

"El clero, sobre todo en la Martinica, está en un estado lamentable.
Todos son colonos y apoyan la esclavitud. En esto, están todos de acuerdo. Cuando llegan los nuevos, son colocados enseguida junto a los veteranos, muy hábiles y bien preparados para hacerles cambiar de opinión y hacerles pensar y ver como ellos. ¡No! Nunca este clero hará nada aquí, aunque tuviera a la cabeza un obispo; y le compadezco a este hombre, sobre todo si quiere cambiar el estado actual de las cosas".
(**D** 172 - Hno. Ambrosio, 16 de junio de 1846)

"Tenemos un Prefecto Apostólico que está lleno del deseo de hacer el bien; por ello, varios sacerdotes se ríen y dicen que pronto se cansará, y que, cuando lleve varios meses de colonias dejará de lado todos esos hermosos proyectos…"
(**D** 169 - Hno. Paulino) 24 de noviembre de 1846)

¿Otra causa de la triste situación religiosa que las islas vivían? – La falta y la oposición (de los colonos) a que se diera la mínima instrucción religiosa como tal, a los esclavos. Así se lo escribe el Hno. Ambrosio al Padre Fundador, poco tiempo después de llegar:

"Los esclavos son mirados y tratados, por sus amos, como bestias y seres sin alma, No permiten que se les enseñe el catecismo, ni que se les hable de religión, por motivos que la pluma rehúsa escribir" (**D** 172, 1841)

3.- Situación escolar

Es otra de las razones y consecuencias de la situación colonial: la situación escolar es más que deficiente, casi nula.

Los relatos de los Hermanos misioneros, a su llegada a las Antillas, dejan entrever una ausencia casi total de establecimientos de educación, hasta el mismo siglo XIX. ¿Una excepción? – Antes de la Revolución hubo un internado, en la Martinica. Y ya en el siglo XIX, poco antes de la llegada de los Hermanos de la Instrucción Cristiana, habían llegado las Hermanas de San José de Cluny, que abrieron algún que otro establecimiento para las niñas libres. Su acción se limitó a este apostolado.

El clero, encargado durante el Antiguo Régimen de la educación, - por orden real -, es tan escaso que ni siquiera puede asegurar lo esencial del ministerio sacerdotal. Mucho menos van a dedicarse a la enseñanza. En forma muy irregular y esporádica algún sacerdote da alguna instrucción religiosa en las plantaciones.

Sí hay algunos laicos que, por iniciativa personal y privada, dan alguna instrucción, de forma y según un método individual; pero sólo a hijos de colonos o negros libres, con suficiente fortuna como para pagar una "honesta" retribución. Los niños de color, libres, son instruidos en escuelas primarias, erigidas por ellos y para ellos solos. Los esclavos no reciben más que una pequeña instrucción religiosa; y sólo algunos.

En todo caso, los escasos maestros no tienen la mínima preocupación de enseñar las verdades cristianas en las que ni ellos mismos creen. De esta suerte, los esclavos nacen, viven…, como seres sin razón, sin ninguna preocupación por su alma y su ser inmortal, ni la menor idea de Dios, ni de Jesucristo, ni de la vida futura, feliz o desgraciada.

Y de nuevo, en la base de esta situación, está la oposición de los colonos blancos a cambiar la situación:

"Los colonos no consentirán nunca que se dé instrucción a estos esclavos; ellos mismos los instruyen a su manera. Casi todos los esclavos saben una oración, así: Hacen la señal de la cruz y luego dicen: 'Dios mío, dame la fuerza, la salud y el valor para servir a mi amo'. He ahí, poco más o menos, todo lo que saben. No es de extrañar, pues, que vivan como animales y mueran de la misma manera. Los entierran en un extremo del campo y no se habla más…" (**D** 169 - Hno. Nicodemo, 23 de febrero de 1847)

En resumen:

Hay dos puntos en los que el apostolado del Hermano Catequista va a encontrar mayor dificultad: la constitución cristiana de la familia y la frecuentación de los saramentos. En esto, colonos y esclavos se encuentran a menudo de acuerdo, aunque por motivoas diferentes.

Muchos amos-colonos se contentan para sí mismos con la unión libre: ven en el matrimonio una usurpacioón de sus derechos de propietarios, pues no tendrán las mismas facilidades para disponer de sus esclavos: venderlos, cambiarlos, someterlos a su caprichoso.

Los esclavos, en masa, rechazan el matrimonio, le tienen horror, porque les impone obligaciones sin ventajas materiales apreciables. Un capricho del amo, o la situación de sus negocios pueden destruir el el hogar y dispersar a sus miembros. Los niños son esclavos antes de ser hijos; desde que alcanzan la edad de 14 años , son artículos que pueden figurar en el mercado para ser regalados, trocados o vendidos.

En cuanto a la frecuentación de los sacramentos, exigía, por parte del sujeto, además de un cierto conocimiento de la doctrina cristiana, ruptutas, hábitos y uniones, cambios de conducta que la gran mayoría no aceptaba.

Sin embargo, en opinión de las mentes más iluminadas y responsables, la instrucción religiosa era la solución y el remedio a los males de aquella sociedad. Veamos cómo lo expresa uno de los hombres que, luego, tendrá un influjo determinante en la evolución de esta situación, el Hno. Ambrosio, Director Principal, en carta al Fundador de los Hermanos:

"…Estoy plenamente convencido de que sólo la instrucción religiosa bien organizada y dinámica, en todos los puntos de las islas, podría salvar a las colonias; pues el negro es un ser embrutecido desde siempre y rebajado por debajo de las bestias… Pues bien: este hombre feroz está ahí y no habrá látigo, ni disciplina que lo detengan; ni serán las amenazas que lo pondrán en razón, ni los medios mecánicos, ni las tropas militares quienes lo civilizarán; ni serán tampoco las ciencias ni los inventos industriales quienes lo harán hombres razonables y buenos padres de familia.

Será sólo la religión, para la cual tiene naturalmente disposiciones marcadas, como por el dedo de Dios. Pero hay que ir a buscarlo y llegarse hasta él, para que llegue a gustar insensiblemente las verdades de la religión" (**D** 172 - 7 de junio de1848)

* * * * * * * * * *

Frente a una situación tan oscura y peligrosa o difícil, ¿qué se puede hacer? - ¿Esperar, como se ha hecho durante siglos? – El nuevo orden social, surgido después de la Revolución francesa y reafirmado en revoluciones y cambios sucesivos y periódicos, no puede esperar; hay que actuar… ¿Se encontrarán las personas iluminadas, decididas y valerosas para llevarlo adelante? Veámoslo.

3.- Hacia el establecimiento de un ORDEN NUEVO

Después de la revolución de 1830, el Gobierno francés, deseoso de mejorar la situación de los esclavos de las colonias, y consciente de las dificultades que se presienten para la abolición de la esclavitud, resuelve prepararla con antelación.

¿Dificultades? – Las más fuertes vendrán de la codicia de los colonos, que prefieren mantener a los esclavos en la ignorancia, favoreciendo así las malas costumbres, la impiedad y una situación infrahumana. Para combatir esta ignorancia se había creado, por los años veinte y treinta (siglo XIX), alguna escuela mutua. Los informes oficiales constatan su fracaso.

Los funcionarios responsables de la administración de las colonias juzgan que **"sólo el celo y los esfuerzos de un cuerpo de educadores, animados por el espíritu evangélico, siguiendo unas mismas líneas de acción, una misma Regla y principios comunes"**, podrán implantar, en forma duradera, la instrucción.

Por su parte, el ministro francés de Instrucción Pública, Guizot, piensa, con razón, que la moralización debe ir paralela a la instrucción. Y, aunque no es católico, opina que esta moralización e instrucción deben ser cristianas. No tiene dificultad en compartir sus miras con el ministro de la Marina y de las Colonias, almirante Rosamel.

Hay que buscar una Congregación religiosa de enseñanza, en Francia que asuma esta misión. En 1836 hay al menos ocho conocidas, de cierta importancia. Por medio de los Prefectos de departamento se pone en contacto con ellas. A juzgar por los acontecimientos, sólo recibe una acogida limitada, sin que haya una sola que se quiera comprometer.

Como a los otros Superiores religiosos, también al Sr. de la Mennais le llega la propuesta oficial, por medio del prefecto de Vannes.

Guizot se pone en contacto, directamente y en forma privada con el Sr. de la Mennais. Ambos coinciden ampliamente en lo relativo a la enseñanza primaria. El ministro piensa que una labor, una misión tan delicada y difícil, al mismo tiempo que necesaria, como la que se pretende llevar adelante en las colonias atraerá seguramente al Superior de Ploërmel. Y se pone en contacto con él.

"No he dicho que no, - le responde éste confidencialmente -, *porque ésa sería una obra tan hermosa y tan santa. Pero tampoco he dicho todavía que* ***"sí",*** *pues siempre se repite la misma objeción: ¿dónde encontraré sujetos suficientes para cubrir tantas necesidades?*

Y, ¿por qué mandarles tan lejos, cuando tenemos tan pocos y hay tantas necesidades cerca? " (F. Symphorien-Auguste . "A travers la correspondence…" ·3ª. Serie, pág.13)

No ha dicho que no, pero tampoco que sí. Humanamente hablando, a los ojos del mundo, parecería una aventura insensata.

¿Insensata? – La Congregación cuenta con menos de cuatro lustros de existencia. Los mayores, entre sus miembros, - los Hermanos -, tienen apenas cuarenta y dos años y son poquitos. Las tradiciones, aún no existentes, no podrán suplir la ausencia de las directivas inmediatas de los Superiores mayores, que quedan lejos del campo de acción de los misioneros. Tampoco la formación ha podido ser tan profunda como debería serlo, para afrontar unas circunstancias y un ambiente tan diferentes de aquéllos para los cuales han sido formados. Y ello, sin contar con las dificultades "situacionales" que hemos apuntado más arriba.

Juan María, pues, no ha dicho **"sí"**

Pero tampoco ha dicho **"no".** Acostumbrado a no proyectar el futuro sobre el presente, a no perder el tiempo en sueños imaginarios, pero apoyándose en la prosperidad de su Noviciado de Ploërmel, y sabiendo que podrá contar con el espíritu de abnegación y de sacrificio de sus Hermanos, Juan María de la Mennais puede optar por una decisión basada en la **fe** y en **la confianza en la Providencia.**

Así, pues, **a finales de 1836 da su aceptación de principio,** para el envío de algunos de sus Hermanos educadores a las Antillas francesas.

El **objetivo** que se propone es muy preciso: se trata de **alcanzar y llegar** a todas las capas de la sociedad, sin distinción de color ni de condición social.

También el **plan** es claro. Hay que llevarlo adelante **por etapas**, dada la recíproca oposición y el mutuo rechazo de las tres clases sociales, entre sí.

En un primer momento habrá que pensar en la instrucción de los jóvenes de la clase libre, hijos de los colonos blancos, y sobre todo, de los libertos, mulatos y negros. Luego, en un segundo momento, habrá que intentar consagrarse a la instrucción y educación cristiana de los esclavos. Pero en la mente de Juan María, esto último era el objetivo principal y determinante, como preparación para su emancipación y libertad. Así se lo asegura al Sr. Víctor Schoelder, Sub-secretario para las colonias, en marzo de 1948:

"Usted tiene mucha razón al contar con mi entera colaboración y con mi cordial entrega a la obra de la instrucción cristiana y a la pronta emancipación de los esclavos en nuestras colonias. Tengo el gusto de poder asegurarle que mis Hermanos van a trabajar en ello con un renovado ardor" (**C.G**. t.VI, 40)

¿Qué Hermanos irán a las Antillas – Deben ser hombres maduros, de salud robusta, con una instrucción suficiente, versados en el arte de guiar a niños y jóvenes y ejercitados en las relaciones sociales. Pero, sobre todo, **virtuosos**.

Y hay más…

¿Cuánto tiempo tendremos que quedar lejos del país?, preguntan los Hermanos, cuando el Fundador les hace la propuesta, al finalizar el Retiro anual de 1837…

¡Para siempre!, es la respuesta del Superior.

La estabilidad de la Misión, y las exigencias de la misma, hacen que el Fundador tome como regla inviolable, en los primeros tiempos, la de no enviar a las Colonias sino a **voluntarios**: hombres que quemarán las naves antes de partir, liberados de repugnancias secretas.

Cincuenta y dos Hermanos dan su nombre en el acto, para ese viaje sin retorno. Entre ellos está el Hermano Arturo, héroe de nuestra historia, aunque no es elegido para la primera expedición.

Poco tiempo después, **a principios del año 1838, salen hacia las Antillas**, desde el puerto de Brest, los **cinco primeros Hermanos Menesianos**… Entre ellos no está nuestro Hermano, decíamos. Lo hará muy pronto, sin embargo: en el segundo viaje.

Después de esta introducción, que hemos creído necesaria, pasemos de lleno al relato de la vida del Hno. Arturo Greffier: sus andanzas, su heroísmo, sus perplejidades. Fue llamado el **"pacificador de las Antillas".** Y lo fue realmente…

PRIMERA PARTE

¡Aquí estoy, Señor!

Capítulo 1

Un joven que dice "Sí" a Dios

1.- En un lugar de Francia...

En Francia, la región de Bretaña. En Bretaña, el departamento de Morbihan. En Morbihan, casi en el centro, ni grande ni chico: **Messac**. ¿Quién oyó hablar de Messac?

– Sin embargo, su historia llega y se pierde en los comienzos de la Edad Media, bajo el nombre de "locus Matiacus". Está a unos cuarenta km al sur de Rennes, la capital de Bretaña, en el departamento de Ille-et-Vilaine.

Por las cercanías corre la "vía romana" de las Galias. Todavía quedan restos. Hoy, la región está atravesada por la autopista Rennes – Nantes.

¿La leyenda? ¿La historia?... Hablan de algunas invasiones de los bárbaros "francos" a quienes el conde bretón Vannes Gueroch derrotó y ¡decapitó! ¡Tiempos aquellos! Y, ¿cómo no? – Al igual que cualquier pueblo francés que se precie de histórico, tiene un castillo roqueño que lo defiende, tuvo sus señores feudales que lo iban recibiendo y heredando, lo cambiaban o lo legaban, y ¡alto honor!: de él salió hasta un obispo, en el siglo XVI. ¡Lástima que fuera condenado por el sacrosanto Concilio de Trento, a causa de sus riquezas!

Hoy, Messac tiene vida tranquila: con su elevada y valiosa iglesia, su vistosa municipalidad, su río turístico, - el Vilaine -, surcado de plácidas embarcaciones, su puerto, su molino... Recientemente se ha fusionado con una ciudad limítrofe, Guipry, que forman, así Guipry-Messac; en conjunto cuentan con 7.200 habitantes. Cosechan en abundancia los productos de un campo feraz, cereales, principalmente. Y praderas que alimentan abundantes vacas lecheras. Quienes no encuentran trabajo en el lugar, lo hallan en las industrias de la no tan lejana capital bretona, Rennes.

¿Un título de honor? – Messac fue el primer lugar de Francia que sembró las papas o patatas, importadas de América y cultivadas por el sacerdote Vincent Carviesel.

Y es en este lugar, en este ambiente donde, un día 14 de agosto de 1810 nace Julián Greffier, el futuro Hno. Arturo. Sus padres, Michel Greffier y Ana Marhan forman lo que se dice una muy hermosa familia de campo: tan buenos cristianos como honrados trabajadores. Poseen y explotan un campo, lo suficientemente grande como para vivir con cierta holgura y comodidad, pero trabajándolo con empeño.

Su madre se ocupa más directamente de la educación del niño, inculcándole el amor a la virtud que ella misma posee. La oración, la vida en familia, son algunas características de aquel hogar. Con su única hermana, Juliana, Julián se entiende perfectamente; con ella vive muy unido toda la vida, a pesar de la separación. El ambiente de cariño que en la casa se respira es un factor que mucho favorece, a lo largo de toda su vida, el equilibrio afectivo y la labor apostólica del futuro misionero.

Tiene la oportunidad de recibir una educación "básica" conveniente para aquellos tiempos. No existe la posibilidad de hacer otros estudios. Pero, gracias a su ingenio, habilidad y aplicación, tanto en las letras como en las ciencias, con el pasar de los años,

su aprovechamiento llega a ser bueno y aceptable. Y, entre los dones con que el Señor le favorece, hay uno muy destacado: disfrutará siempre de gran facilidad en el uso de la palabra.

Además, frecuenta la iglesia, es amigo del párroco y fiel cumplidor de los deberes del cristiano; lo va asumiendo con la madurez de los años jóvenes. Todo ello hace de él un hombre equilibrado y responsable.

Pero, una nube aparece en el horizonte: es aún joven cuando fallece su madre; él y su hermana quedan, así, huérfanos de madre. En adelante se apoyarán aún más los dos hermanos.

Pila bautismal donde fue bautizado del Hermano Arturo
(Messac - Iglesia parroquial)

2.- Y un día dice "Sí" a Jesús - Maestro.

Nuestro Julián pasa la adolescencia en un clima de trabajo. Con su padre va asumiendo cada vez más directamente el trabajo del campo. En los ratos de ocio, descanso y tranquilidad, se reserva tiempos de reflexión y oración personal.

Poco a poco va tomando conciencia de que Dios quiere de él otra cosa. Le gusta el trabajo, es verdad, y se relaciona fácilmente. Pero también le gusta la soledad: no lejos de su pueblo hay un monasterio trapense; le atrae la vida de aquellos monjes. Resuelve consultarlo con su hombre de confianza, con el párroco:

"¡No hijo mío, no! Dios no te quiere en la Trapa...", es la respuesta del sacerdote. Julián queda sorprendido.

"No es ahí donde Dios te llama. En la Trapa, sin duda que te salvarías; pero tú solo. En cambio, Dios quiere que, salvándote tú, salves también a otros muchos. ¿Sabes? Dios te llama a Ploërmel, a la nueva congregación del Padre de la Mennais: es allí donde debes ir".

(EVERGILDE –M., fr. *«Le Frère Arthur »,* en « *Au service de l'enfance* ». 4ª. Serie 1932. Pág.12)

Nuestro Julián abre unos ojos grandes como luceros: de la sorpresa pasa al asombro, pero un asombro denso. Dios ha hablado por la boca de su confesor, de su padre espiritual. No pone ninguna objeción; al contrario: asume, acepta el camino que se le abre, con la misma facilidad con la que ha soñado con la vida austera y pacífica de los monjes.

Nunca en su vida dudará de la bondad de tal decisión.

¿Y su padre? – Conocida la decisión, queda apenado. ¿Cómo no habría de ser así? Es un colaborador abnegado, laborioso, obediente. En una palabra, un hijo cuya conducta y cuya ayuda le llenan de consuelo, de alegría. Pero es, también, un buen cristiano, y no quiere oponerse a su vocación: su fe no le permite tratar de impedir que aquel hijo suyo se entregue enteramente al servicio de Dios. Abundantes lágrimas corren por las mejillas de uno y otro, cuando han de separarse definitivamente: nuestro Julián es y será siempre un hombre de corazón muy sensible.

¿Y su hermana? – Ahí, la separación es todavía más dolorosa: siempre han vivido juntos, en el mejor de los entendimientos; siempre han compartido las penas y las alegrías. Ella se queda inconsolable al despedir a su hermano querido.

¿Y Julián mismo? – Sí, sí que le cuesta y mucho. Pero hasta él mismo se extraña de la facilidad con la que, desde lo profundo de su ser, ha dicho **"sí"** al Señor: ha oído su llamada como los Apóstoles, que dejaron sus barcas, sus redes, sus familias y amigo. **Él deja su hacienda, su familia...y, ¡a Ploërmel!**

Es su primer gran **"SÍ"** al Señor. Tiene veintitrés años.

Seguirá a Jesucristo, Maestro: también él será maestro y educador de niños y jóvenes.

3.- La Consagración religiosa

El 29 de septiembre de 1833 llega, pues, a Ploërmel, a la que será, para él desde entonces, la **Casa-Madre**. Allí se encuentra enseguida con alguien que marcará profundamente toda su existencia: **¡con el P. de la Mennais!** ¡Con Juan María! Lo ve, lo saluda, conversa con él y queda fascinado: el Fundador de los Hermanos, a sus 53 años. está en la plenitud. Pasarán los años, pero el calor de este primer encuentro no hará sino agrandarse. Desde las Antillas será pronto uno de sus más fieles corresponsales, con acentos de un cariño y un amor filial nunca desmentidos.

Comienza su Noviciado el 29 de septiembre de 1833. Deja su nombre de Julián y con el hábito religioso, - la sotana -, toma el nombre de Hermano Arturo. No hemos llegado a saber el porqué. Pero con ese nombre es con el que ha pasado a la posteridad y a la historia. Este cambio de nombre es un símbolo del cambio que realiza el religioso: deja la vida normal de quienes viven en el mundo, para seguir más de cerca al Señor y dedicarse exclusivamente a su servicio y al servicio de los hombres.

Durante ese tiempo de Noviciado, - de un año de duración -, vive la vida de Hermano, aunque sin serlo en forma oficial y canónica: es una experiencia en la que el

Hermano compulsa las propias capacidades, para asumir la vida consagrada, como Religioso Educador.

No ha sido largo el tiempo de formación del Hº. Arturo: ha hecho ya unos estudios, es un hombre lleno de sentido común, juicio bien equilibrado, inteligente, de buenos modales y con la madurez de sus ya 24 años. El Fundador, Juan María, y el Hno. Hipólito Morin, maestro de Novicios, le ven capaz de enfrentar con éxito una clase de niños y, al mismo tiempo, desarrollar su propia instrucción y educación.

Así, pues, en 1834 hace su Profesión o consagración religiosa en la vieja capilla de Ploërmel : es su segundo **"¡Sí!",** y recibe el Crucifijo propio de la Congregación, de manos del Fundador: se lo coloca sobre el pecho en una ceremonia que se cierra con la consagración a la Virgen María: ella, como Patrona de la Congregación y cual buena madre, lo acompañará y ayudará en el caminar por la vida.

Todo ello, en un ambiente de recogimiento, alegría y entusiasmo, lo propio de un Instituto religioso en sus comienzos. La emoción no anda lejos.

Es su segundo "Sí" al Señor, decimos: éste ya más profundo, más reflexionado, y por ende, más consistente: ha visto hacia dónde encarrilar su vida, a qué se compromete y quiénes serán sus compañeros de viaje. Y no duda un momento

Enseguida le asignan su lugar de trabajo: en el campo bretón, sí, pero allí mismo, en en la escuela de Ploërmel, separada de la Casa-Madre, pero con su residencia en ella.

4.- Con los preferidos de Jesús

Forma comunidad con el Hno. Dositeo, su compañero de comunidad, su Superior. Le dan una clase: es su primera prueba como educador. Bajo la dirección del Director, hombre experimentado, no tiene ningún problema. Le encanta la enseñanza, los niños serán siempre su ilusión; con ellos trabaja, es feliz.

Tanto que, el P. de la Mennais, exigido por las peticiones que le llueven de todas partes, meses después juzga que el Hermano Arturo puede ya responsabilizarse, él solo, de una escuelita de campo. ¿No será una imprudencia?

A las cualidades de educador nato, el Hermano une una sincera piedad, una madurez de juicio y un tacto tan exquisito en el trato, que le llevan a un éxito inicial, muy satisfactorio.

Así, pues, antes de un año es trasladado a la parroquia y pueblo de Iffendic: vivirá solo, con el párroco y se encargará, también solo, de la escuelita del lugar. Se traslada, pues, a ella, sí, pero con el dolor de su Director, el Hno. Dositeo, que pierde a un colaborador de lujo. También el Hno. Arturo le ha tomado cariño. Desde las Antillas, años después, no dejará de mandarle saludos.

Va bien pertrechado para asumir la nueva responsabilidad: de carácter franco, y jovial, sin problemas para la adaptación y con un temperamento estable y equilibrado, siempre alegre. Enseguida se hace querer por el párroco, en cuya casa vive.

Por otro lado, lleno de celo por el progreso de sus alumnos, llega pronto a gozar de la estima y confianza de las familias. Se gana el corazón de los niños, encantados por su afabilidad y el interés que pone en su educación: les está siempre cercano, se da a ellos por entero.

Toda la parroquia se considera feliz de tenerlo. También él está encantado con su trabajo y su apostolado; no pide otra cosa sino es el permanecer allí indefinidamente. No todos piensan así.

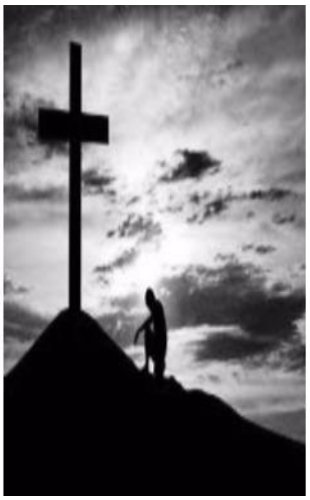
Grande es la desolación general cuando, al cabo de dos años, las necesidades escolares obligan al P. de la Mennais a trasladarlo de Iffendic a Caro. Aquí se encuentra con un gran sacerdote: el párroco de Caro es un confesor de la fe. Durante la Revolución había sufrido persecución por su fidelidad a Cristo, al Papa y a la Iglesia. Cuenta ya 80 años, pero los lleva bien: robusto e infatigable en el trabajo, predica cada domingo, con un celo de apóstol. Duro consigo mismo, ayuna como a los 25 años.

El Hno. Arturo es para él como un hijo: lo trata con una bondad y una ternura verdaderamente paternales. Por su parte, el Hermano le toma afecto y le profesa un verdadero culto de piedad filial. Cuando, en los años siguientes hable de él, lo hará siempre en términos que muestran la profunda veneración que siente hacia este santo sacerdote.

El Hno. Arturo, siempre entusiasmado con su propia vocación de Hermano, no tiene tampoco dificultades en admirar y venerar a los sacerdotes y su vida. Si alguna nubecilla aparece en su horizonte a lo largo de la vida, en sus relaciones con los sacerdotes, pronto se desvanece.

Su paso por Caro es breve, dos años apenas, pero no menos fecundo que en Iffendic. Su trabajo es siempre el mismo: en la clase y con los chicos. Pero, sin tardar, también aquí llega el día en el que debe decir un nuevo adiós.

Su despedida, a primeros de 1839, queda teñida del mismo calor, del mismo pesar popular, del afecto del párroco. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué este nuevo cambio? Es lo que vamos a ver en el capítulo siguiente.



SEGUNDA PARTE

Una escuela de Misión

Capítulo SEGUNDO

"Misionero Educador"

1.- Hacia lo desconocido

Hace un año que los Hermanos han llegado a las Antillas: el 7 de febrero de 1838 tocan tierra americana, en la isla Guadalupe, los cinco primeros discípulos del Padre de la Mennais. Enseguida abren la primera escuela, en la capital, la Basse-Terre.

Esta escuela satisface ampliamente las esperanzas que en ella se han puesto; el número de alumnos aumenta y aumenta. Hacia el exterior, la obra va viento en popa.

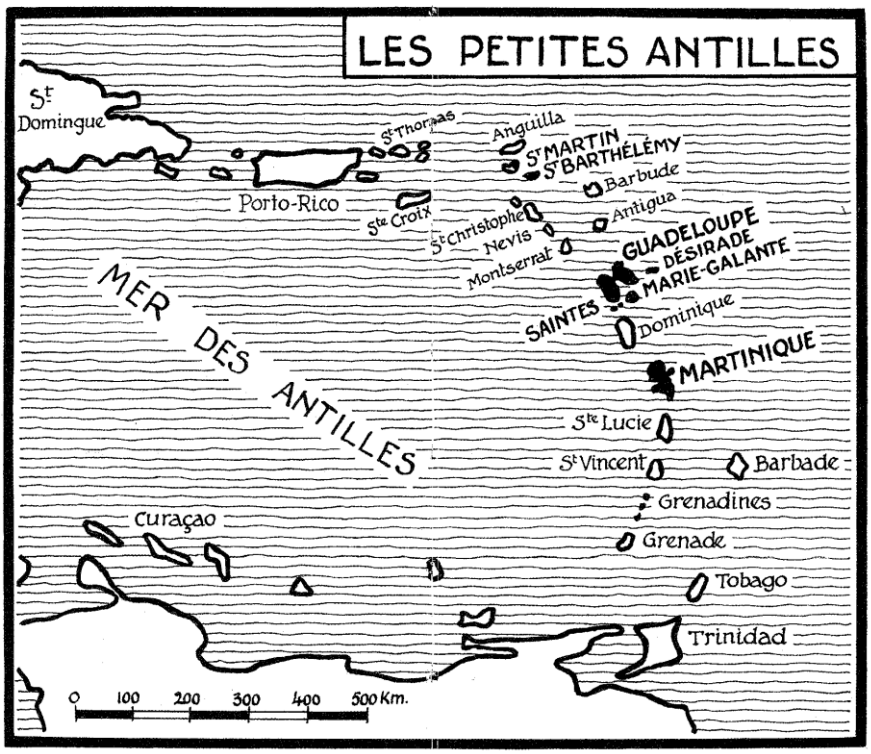
No es tan brillante su funcionamiento interno. Los cinco Hermanos, han vivido siempre aislados, cada uno en un pueblo diferente en la Bretaña francesa, sin haber tenido vida de comunidad, cada uno, responsable de su escuelita. Ahora, en cambio, han de cumplir la misma misión, pero codo a codo: deben recorrer el camino juntos, con una vida en común y en una misma casa.

Para complicar más las cosas, estalla una epidemia de fiebre amarilla, particularmente letal. Los europeos son más sensibles a sus ataques. En unos días se lleva por delante al Hno. Antonino, superior de la comunidad y director de la escuela.

No es fácil dar una solución inmediata a la situación, dada la lejanía de Ploërmel, donde reside el Fundador, y los deficientes servicios de comunicación con Francia, incluído el de correos.

Juan María de le Mennais no es hombre de decisiones a medias ni apresuradas. Tampoco se echa para atrás ante las dificultades. Apela a nuevos voluntarios: dos irán a cubrir huecos en la primera escuela. Pero hay más: ante los insistentes pedidos de las autoridades de otra ciudad, - la Pointe-à-Pitre -, y del ministerio de las Colonias, enviará otros tres Hermanos para abrir allí una nueva escuela; ambas se apoyarán y ayudarán mutuamente. Y siempre, en la misma isla: la Guadalupe.

El Hno. Federico es el nuevo director de la escuela de la Basse-Terre, reforzada con el aporte de otro Hermano, el Hno. Segismundo. En cambio, para la nueva escuela va como director el Hno. Marcelino Morin, acompañado por el Hno. Rieul, y ¡por nuestro Hermano Arturo! ¡Sí! En él ha pensado y puesto los ojos el Fundador: había sido uno de los voluntarios de la primera hora y ahí está y sigue con la misma decisión. Frente a la propuesta del Fundador, el Hno. Arturo repite su **"¡Sí!":** Es el tercero de su vida y de su donación al Señor. Será el definitivo. Enseguida se hace realidad.



Las Pequeñas Antillas: Guadalupe, María Galante, Martinica…

Deja la escuela y parroquia de Caro, con el pesar y dolor de toda la población y del párroco. Se despide, igualmente, en Messac, de su padre y de Juliana su hermana. Y, ¡con cuánta emoción vive le ceremonia de despedida que se hace a los misioneros en la Casa Madre de Ploërmel!: *"¡Qué hermosos son los pies de los que salen a evangelizar!"*, canta el coro de la Casa Madre.

Luego, salen, acompañados por la comunidad, caminando un cuarto de legua hasta el lugar donde ahora se levanta la Cruz del Misionero. Es el último punto desde donde se llega aún a ver la flecha del campanario de la Casa Madre-. Allí son las últimas despedidas…

Y, dejando atrás la Casa Madre, giran hacia el puerto de Brest. Una diligencia los está esperando. Sólo Juan María los acompaña.

Y los acompaña hasta la ciudad y puerto de embarque. Allí que esperar hasta que el viento sea favorable y pueda henchir las velas de la nave. El Fundador se queda con ellos varios días, hasta el 19 de febrero de 1839. Ese día tiene lugar la despedida final, la del Fundador, ¿la más dolorosa? Quizás sí, en un sentido. Pero, en otros, la más ilusionada y esperanzadora: van a abrir nuevos derroteros para el bien de tantos hombres que, incluso sin saberlo, los están esperando.

He aquí cómo relata esta despedida el Hno. Marcelino, compañero de viaje y luego de misión del Hno. Arturo:

"Hoy nos hemos separado de nuestro buen Padre. Lo hemos acompañado hasta una media legua de Brest; allí, habiendo bajado de la diligencia, nos hemos arrodillado para recibir su bendición. Cada uno de nosotros se tiene por muy dichoso de recibir esta bendición, como la primera de las que esperamos que Dios derramará sobre nuestros penosos trabajos en América. Y después de haber perdido de vista el coche, hemos regresado silenciosamente a Brest". (**D** 167 - 4 juillet 1839)

Habrá que esperar alguna semana hasta que el viento se haga favorable, para llenar y empujar las velas de la embarcación. Mientras tanto, van llegando noticias poco

alentadoras de allende los mares: un temblor de tierra, el 11 de enero de aquel año 1839, ha dejado en ruinas a Fort -Royal, la capital de la otra isla, la Martinica: todas las construcciones de material de albañilería se han venido abajo, desplomadas, en pocos segundos: 800 muertos y no menos heridos, es el balance que se anuncia. ¡Cuántas veces nuestros voluntariosos misioneros, en su imaginación, verán unirse el espectáculo desolador de una ciudad en ruinas, con el rebrotar de la fiebre amarilla. ¿Decaerá su ánimo?.

Frente a todo ello, al Hno. Arturo le martillean en los oídos aquellas palabras del Fundador a los Misioneros:

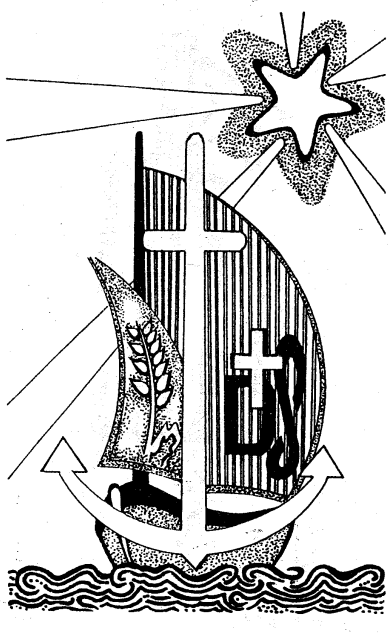
"Los Hermanos, profundamente convencidos de la grandeza y de la santidad de su misión, no descuidarán nada para cumplirla bien. Ningún sacrificio, ni siquiera el de su propia vida, les parecerá demasiado penoso para ello".

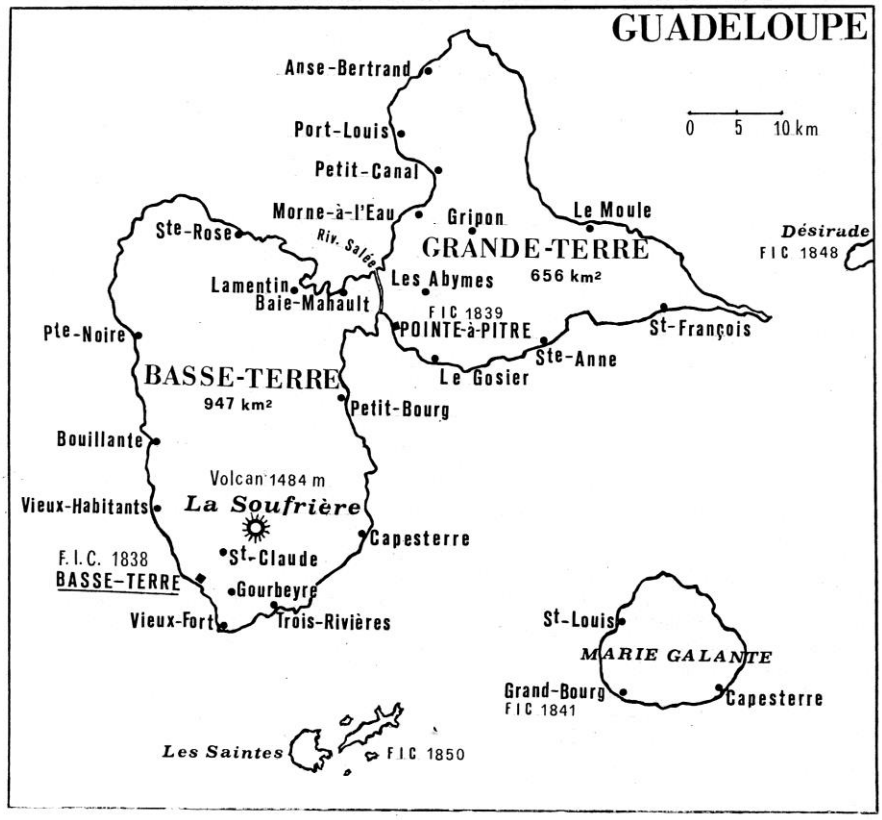
(**JMLM** - Instruction aux frères de la Guadaloupe, T I – 26 de novirmbre de 1837, 29)

Ésta y otras frases liminares y precisas, serán luz y fuerza en su decisión y en su pensamiento. Las llevan copiadas en una libretita. Es su **"vademecum"** providencial en los momentos de necesidad; las encarnan en su vida. Y es que alguien les sigue de lejos y los acompaña en su empeño. Y, ¡cuántos, efectivamente, entregarán su vida en aras de su misión! Algunos, ¡todavía muy jóvenes! Otros, ¡apenas han tocado tierra americana!

"El viaje será largo, escribía el Fundador al Hermano Lorenzo, de Quintín, porque irán a la Guadalupe, pasando por la Martinica"… (**JMLM** T.I, pág. 353)

La nave en que viajan los misioneros hace velas el 28 de febrero de 1839. Dos meses más tarde, - el 27 de abril de 1839 -, llegan a su destino, a la Pointe-à-Pitre, en la Guadalupe. ¡Sí! El viaje es largo, la travesía siempre movida y por momentos, peligrosa; pero llegan felizmente. Los dos grupos se separan. Mientras los otros dos Hermanos siguen hasta la Basse-Terre, el Hº. Arturo y sus dos compañeros se quedan en la Ponte-à-Pitre, para abrir la nueva escuela.





Islas Guadalupe y María Galante

2. – En isla Guadalupe

a) Configuración geográfica

La Guadalupe, integrada por dos islas mayores, - separadas por una lengua de tierra -, y una decena de otras menores, es el asiento territorial más extenso de cuantos Francia poseía en las Antillas. He aquí cómo la ve, a su llegada, el Hno. Marcelino, superior de la nueva comunidano y de la escuela de la Pointe-à-Pitre:

"Cuando llegamos de la Martinica a la Guadalupe, el aspecto de esta isla nos ofrecía el más bello espectáculo: la vegetación, la calidad del terreno y su forma de anfiteatro. Todo ello ofrece, verdaderamente, una perspectiva notable. El volcán de la "Sulfatara" nos apareció cubierto de nubes, lo mismo que la cadena de montañas que atraviesa la vista de la ciudad de la Basse-Terre, la capital, que no ofrece nada de particular. Esta pequeña ciudad encierra unos 5.000 habitantes.

La Guadalupe propiamente dicha no es más que una cadena de montañas que la cortan en toda su longitud. La isla llamada ***Tierra Grande*** *es llana y se cultiva en ella la caña de azúcar, en casi toda su extensión. Numerosos arroyos surcan la otra isla,* ***Tierra-Baja****, también llamada Guadalupe propiamente dicha. En la primera, en cambio, son muy raros los arroyos.*

Bebemos únicamente el agua de lluvia, que se recoge en vasijas, cuando llueve. Si no tenemos el cuidado de conservarla, en la estación seca estaremos obligados a comprarla, como hemos tenido que hacer al llegar aquí; ordinariamente cuesta unos cuarenta centavos la media jarra". (**D** 167 - 4 juillet 1839)

b) Una escuela de misión

La ciudad de la Pointe-à-Pitre, aunque no es la capital de la Guadalupe, es, sin embargo, la ciudad más populosa, con unos 15.000 habitantes. La mitad de ellos son esclavos. Está formada, como las otras poblaciones de las regiones volcánicas, por un abigarrado y desordenado conjunto de casas bajas, constreñidas a soportar los terremotos. E, igualmente, sujeta a periódicas epidemias de fiebre amarilla, que diezman a los europeos. La vida es muy cara, a menos de contentarse con tener como único alimento la mandioca.

Para conseguir la escuela, las autoridades locales y el gobernador de la isla habían hecho a Juan María de la Mennais las más seductoras y apremiantes promesas, empujados por los éxitos escolares de los Hermanos en la vecina Basse-Terre. Veremos que, a la hora de la verdad, a su llegada, la realidad va a ser, para los nuevos misioneros-educadores, menos lisonjera de lo esperado.

Llegados al lugar, los Hermanos quedan sorprendidos por la frialdad del recibimiento. Han sido precedidos por una profusión de calumnias, vertidas contra ellos y su obra. Los grandes "habitantes", o propietarios blancos, los "colonos", se oponen vivamente.

Uno de ellos, un tal Billecoq, es el Director del Interior, y como tal, el más cercano colaborador del Gobernador de la isla. Tiene, pues, un gran poder. Es también él, un rico "habitante",o gran "colono", y ha sido comisionado por sus congéneres para actuar contra los Hermanos. Hace cuanto puede para impedirles salir adelante. Había sido promotor, anteriormente, del sistema educativo lancasteriano, o de escuela mutua, clasista, y ya fracasada; ve con pena, y hasta con envidia, la llegada de unos educadores religiosos que van a competir con la escuela que él había patrocinado.

Pero la vida tiene muchas vueltas; con el paso del tiempo, y desde el mismo cargo que ahora ostenta, al ver a los Hermanos en acción, se convierte, años más tarde, si no en un admirador, sí en un respetuoso testigo de su labor apostólica.

Llegan, pues, los Hermanos. Nada hay preparado: ni casa, ni muebles, ni camas, ni utensilios de cocina; ni tampoco, claro está, algo muy importante en un clima tropical: los mosquiteros.

Y, frente a la decisión del gobierno de París, que establece la **gratuidad de la escuela** de los Hermanos, -para que esté abierta a todos-, se anuncia que será de pago. Ello les restará alumnos, será una escuela clasista y no cumplirá los objetivos previstos por el Fundador: el de quedar abierta, también, a los esclavos. Rebajan, además, la retribución concertada con el Fundador, para los mismos Hermanos.

En efecto, siguiendo las sugerencias del Fundador, el Gobierno de París había aceptado que:

"3º.- En los primeros tiempos, todos los alumnos deben ser admitidos gratuitamente".
(Archivos HIC. Roma –**D** 153)

Para colmo, los colonos blancos y los administradores pretenden que todas esas vejaciones y privaciones deben ser aceptadas por los Hermanos en silencio:

"Ustedes son Religiosos, - les repiten -*, es decir, hombres de abnegación y mortificación. ¿De qué se quejan, pues, si les damos la ocasión de practicar esas virtudes?"* (**D** 168 Carta del Hno. Marcelino, 4 de julio de 1839)

Nuestros tres Hermanos, como buenos hijos del Padre de la Mennais, no se echan para atrás, así nomás. Pero tampoco van a dejarse avasallar. A uno de los

administradores, hombre sin sombra de religión, pero que, más que los otros no deja de predicar la mortificación y la abnegación, el Hno. Marcelino, Superior, le responde:

"¡No sabía que, al venir aquí, era para recibir lecciones de espiritualidad de un hombre como usted!" (Ibid.)

Por su parte, el Fundador, desde Ploërmel, al mismo tiempo que trata de solventar con todas sus fuerzas, las dificultades, ante las autoridades de París, alienta a sus Hermanos y los guía con orientaciones. Les repite:

"La abnegación, las luchas oscuras..., obtendrán la corona de justicia reservada a los valientes".

Finalmente, los Hermanos pueden contar con un edificio para escuela; será, también vivienda de la comunidad:

La escuela tiene unos 22 m de larga y 12 de ancha; toda ella, de madera. Las clases están en la planta baja. Encima, tenemos cinco habitaciones para la comunidad, separadas por un pasillo y con una sala comunitaria.

Y, aunque no es el lugar más indicado para una escuela, hay que aceptarla.

"Nuestra casa es la más cercana a la cárcel. Usted sabe que es allí donde se azota a los esclavos que se portan mal; esta misma mañana dieron veinticuatro golpes a uno de estos desdichados; casi todos los días oímos o vemos golpear a alguno, aunque no lo queramos". (**D**167C001 - Carta del Hº. Marcelino a sus hermanos, 4 de julio de 1839)

Y así, contra viento y marea, dos meses después de su llegada**, el 1 de julio de 1839, se abre la escuela.** Sólo se presentan **12 alumnos**. Los adversarios de la educación cristiana les han hecho una monstruosa propaganda de "ignorantes".

¡No importa! Los Hermanos despliegan toda su habilidad para anular ese diploma de incapacidad que, gratuitamente, les han dado. Los tres Hermanos unen el ardor misionero con la energía y la tenacidad de su raza bretona. Así, los progresos de los alumnos, constatados públicamente, son sorprendentes. Las calumnias caen y, al mismo tiempo, comienzan a disfrutar de la estima del pueblo y del apoyo de las autoridades.

Muchas anécdotas se podrían citar en este sentido... Bástenos una, contada por uno de los misioneros, en carta al Fundador, el 4 de julio de 1840.

"Hay en la Pointe-à-Pitre un cierto número de maestros. El mejor de todos ellos no tiene ni sombra de religión. Y no sólo esto; en algunas escuelas, regentadas por hombres de color, además de jactarse de no enseñar la religión, hacen alarde de lo contrario.

Hace algún tiempo, uno de los alumnos de estas escuelas vino a preguntarnos si teníamos gramáticas latinas. Su intención era la de hacer preguntas a nuestros alumnos. Les insinué que preguntaran los límites de la Guinea meridional. El pobre joven que, aunque ya era profesor de la escuela donde antes había sido alumno, nunca había aprendido más que sobre Europa, quedó desconcertado, y poniendo el pretexto de que tenía otras cosas que hacer, se fue.

Al día siguiente volvió con un colega, profesor, como él, pero más preparado. Sorprendido de su aparición, me dije: Vienen a humillarnos. Reunimos a todos los alumnos para que fueran testigos de la lucha; les pedimos que respondieran a la pregunta que había sido propuesta el día anterior; quedaron mudos. Luego les preguntamos:¿Qué es el metro? ¿Qué es la fracción? Como no supieran responder, se les preguntó la definición de la adición. Tampoco esto supieron, diciendo que ellos no estudiaban esas cosas.

Todos nuestros alumnos, viendo la ignorancia de aquellos a quienes se había alabado tanto, aplaudieron, dejándoles en ridículo y abuchearon a los que se decían doctores. Se

retiraron humillados, sin haberse atrevido siquiera a hacer una pregunta a aquéllos a quienes habían venido a atacar".

Pero la campaña en contra ha sido de tal vehemencia que hasta el mismo Gobernador de le Guadalupe ha quedado contagiado.

"El Gobernador me ha recibido, - escribe el Hno. Marcelino, Superior, en carta al Fundador, el 20 de marzo de 1840 -, *todo lo mal que podía hacerlo. No sabía yo a qué atribuir esta mala recepción, sino a los informes calumniosos que le habían sido hechos contra la escuela, por aquellos que fingían buscar el bien público, y que habían tramado nuestra expulsión antes de nuestra llegada".* (**D** 168 – 20 de marzo de 1840)

Fue necesario que el mismo Gobernador, -hombre bien intencionado-, se personase en la escuela dos meses más tarde para conocer la vedad.

"Hemos recibido la visita del Gobernador, el sábado, dieciséis de este mes. Le habían hecho creer que estábamos en un palacio, y nadie podía persuadirle de lo contrario. Y cuando ha visto el instituto parecía muy descontento, pues nos creía mucho mejor alojados." (**D** 168 – 30 de mayo de 1840)

Otro escollo que tiene que soportar la escuela de los Hermanos es la cuota que el gobierno de la isla impone a los alumnos: de tres a ocho francos, según las clases. El comisario de la policía está encargado de percibirla. Todos los alumnos reúsan someterse a ello: unos, porque no tienen los medios; otros, porque no quieren. Indignado por este rechazo, el alcalde amenaza con expulsar a quienes no paguen. Pero no se atreve a ejecutar su amenaza, aunque los alumnos siguen negándose a pagarla. Todo queda ahí.

Y, ¿cómo va a ser de otra manera? La injusticia es flagrante; no se puede hablar de "mala voluntad" de la gente. En carta del Hno. Marcelino, Director de la escuela de la Pointe-à-Pitre, al Fundador, le dice:

"Había aquí una escuela mutua, que ha durado cerca de un año; el maestro ha muerto, por causa de la fiebre amarilla. Este maestro recibía un sueldo de 6.000 francos mensuales. La escuela era gratuita. A los alumnos se les entregaban gratuitamente todos los artículos escolares.

De esta forma, en una escuela laica, a los alumnos se les proporciona todo; mientras que estos mismos alumnos, que frecuentan hoy una escuela cristiana, - igualmente pública -, están obligados a pagar las lecciones recibidas y, además, el material escolar que necesitan. Esta conducta de nuestros administradores quizás demuestre bien claramente su estima por la escuela cristiana; o más bien, que estiman mucho más la escuela laica, y que, si han pedido Hermanos, es porque fueron obligados por una autoridad superior. "

(**D** 168 - 8 de julio de 1839)

Pero, la realidad supera pronto las esperanzas. A los dos días, los alumnos son más de **treinta;** a los dos meses, **ciento cincuenta**. **Ciento noventa** a los cinco meses, para terminar el año con **doscientos cuarenta**. Frente a los colonos, los Hermanos toman partido por las clases desheredadas y oprimidas de los negros que, tendrán cada vez más peso, a medida que aumente el número de los que van logrando la libertad.

Y, en todo esto, ¿cuál es la actuación del Hno. Arturo? Aunque no es el director de la escuela, - o quizás por ello mismo-, es quien más atrae a los alumnos; con sus modales distinguidos va ganando a los padres para la causa de la escuela de los Hermanos.

Da la segunda clase, a los niños de mediana edad, ni pequeños ni mayores. Pronto se nota la fuerza de su acción en la escuela. Escribe al Fundador, comunicándole en

forma transparente el estado de las cosas y pidiéndole directrices. Es lo que hará a lo largo de toda su vida.

La respuesta no se deja esperar; y la carta que le llega del Fundador es compartida con los otros dos Hermanos:

"Primeramente quiero tranquilizarle, en relación con el porvenir de su establecimiento. ***Tenga la seguridad de que, pese a la mala voluntad de algunas personas, ni su escuela, ni ninguna otra, serán destruidas****. El Gobierno ha hecho demasiados sacrificios para establecerlas y le preocupan demasiado para que cualquiera venga a echarlas abajo.*

Podrán contrariarles, pero ***no tengan miedo****. Sí, deben darme cuenta de todo lo que suceda, para que yo pueda, en caso de necesidad, escribir al Ministro y pedir el apoyo indispensable, en parecidas circunstancias: estoy perfectamente seguro de obtenerlo".*

Y añade una acotación para los Hermanos mismos, sobre la manera de comportarse en tales circunstancias:

"Por su parte, sean muy moderados en sus quejas, incluso en las más justas. No hieran, no irriten a ninguno de sus enemigos; al contrario: traten de triunfar por la paciencia." (**JMLM** - T I, 16 de junio de 1840)

c) Frente a la prueba

Sea por su exceso de celo, sea por una sobrecarga de fatiga, lo cierto es que nuestro Hermano Arturo, cae enfermo y no levemente:

"El Hno. Arturo cae enfermo, víctima de la fiebre amarilla, el seis de noviembre de 1839". (**D** 168. Hno. Marcelino, 10 de diciembre de 1839)

Su situación se hace grave y angustiosa: se llega a temer por su vida. Cunde la alarma; y no sólo entre los Hermanos, también entre los alumnos y las familias.

En cambio, en el campo enemigo,- el de los adversarios de la escuela cristiana -, se alegran y hacen votos para que la fiebre amarrilla se lo lleve; para mejor, según ellos, creen que es el Superior quien está enfermo y a punto de morir. Con su muerte se cerrará el colegio. ¿El Superior? ¿El Hno. Marcelino? Da la clase durante el día y vela al enfermo durante la noche. Pero éste sigue empeorando. Llega a estar desahuciado de los médicos. La gente desfila, en multitud, por la casa de los Hermanos, para informarse sobre el estado del enfermo y ofrecer sus servicios. Y se ven personas que se acercan a la iglesia, solas o en grupo, pidiendo por su salud. Y hasta encargan misas por la misma intención; y no sólo en la ciudad, también en el campo.

Así las cosas, y cuando todo parece perdido, repentinamente se nota una franca mejoría. ¿Qué ha sucedido? He aquí cómo el mismo Hno. Arturo lo cuenta:

"Me pareció ver a San Pedro, que se me apareció, me tocó y me dijo: '¡Ánimo! Esta vez no morirás, sanarás, pues es necesario que trabajes por mucho tiempo en las colonias, para la salvación de los negros' ".

(EVERGILDE –M., fr. *«Le Frère Arthur»,* en *«Au service de l'enfance »*. 4ª. Serie. 1932, pág.15)

¿Realidad? ¿Sueño? ¿Alucinación? Lo cierto es que el enfermo recupera la salud y poco después vuelve a su trabajo, con renovado ardor.

Pero no ha sido sólo obra de San Pedro; una Señora negra, conocedora y experta en el desarrollo y curación de la fiebre amarilla, se ha ofrecido a curar al moribundo, acompañándolo día y noche, hasta su curación.

"El Hno. Arturo está curado y ha retomado su clase -, escribe el Hno. Ambrosio al Padre de la Mennais -. *Los negros le han dado pruebas extraordinarias de su apego en esta ocasión".* (**D** 168 - 17 de febrero de 1840)

Días más tarde, una mañana, con el Hermano ya curado, es abordada la Señora con duros reproches por un colono, a quien ella misma, anteriormente había salvado del mismo mal:

"¿Por qué no dejó reventar al Hermano?" - "¿Cómo dice?", le responde la Señora. *"Ese lenguaje es propio de un miserable; y esos sentimientos, esos actos y palabras Dios los desaprueba y los castiga, también en este mundo."*

(**D** 153 – Carta del Hº. Marcelino Morin a sus hermanos, 10 de diciembre de 1839)

Y el Hermano Arturo vuelve a su clase, reconfortado por el saludo que le envía el Fundador desde Ploërmel:

"Me he enterado con alegría de su curación". (**JMLM**. T. I, 16 de junio de 1840)

Por aquella época, - 1840 -, un famoso antiesclavista, que se dice filántropo,- el Sr. Schoelcher,- visita las Antillas, para recoger información, en relación con un viejo debate, entre los partidarios de la esclavitud en las colonias y los que reclaman su abolición, en nombre de la humanidad.

En su calidad de amigo del pueblo, - como él mismo se autoproclama -, no puede dejar de visitar la escuela de los Hermanos de la Pointe-à-Pitre.

Acompañado por algunos personajes notables y con el asentimiento del Gobernador, se presenta un día en la escuela. El Hno. Arturo, que se encuentra a gusto con todos y que habría hablado con la misma facilidad a un emperador como a un pobre negro, todo cortesía, todo finura, todo gracia, es el encargado de hacer los honores de la escuela y de proporcionar los informes deseados. Entre las varias cuestiones y preguntas que requiere, parece dar una importancia muy particular a lo relacionado con las aptitudes intelectuales de los negros y de los esclavos.

El Hermano le indica, entre los alumnos, a varios de ellos pertenecientes a esas clases sociales y sobresalientes por su inteligencia, sus progresos y su ardor en el trabajo, como también por su docilidad. Ello parece agradar al visitante. Los datos recogidos le serán de mucha utilidad para sus fines políticos.

(Cf. Evergildo M. fr « *Le Frère Arthur* », en « *Au service de l'enfance* ». 4ª. Serie pág.15-16)

Y, si es cierto que, en esta ocasión, en el informe final, dicho Sr. Schoelcher no menciona la obra de los Hermanos de la Instrucción Cristiana en las Antillas, años más adelante, en febrero de 1848, en carta al Fundador y estando ya en el Gobierno, como subsecretario para las Colonias, sí lo reconocerá:

"No ignoro los esfuerzos fructuosos que los Hermanos de su comunidad han hecho, desde hace varios años, con el fin de proporcionar la educación moral de los negros. También conozco la confianza particular que estos laboriosos educadores inspiran a las diversas clases de la población. Su cooperación y su abnegación nos serán, pues, en estas circunstancias, extremamente preciosas; y mi departamento le conoce suficientemente como para estar seguro que no fallarán". (**ATLC**, t. III, 416)

Una constatación, para terminar: a la escuela acuden negros o mulatos, libres y poquitos esclavos; pero ningún blanco. Hay camino que hacer.

d) Siguen las pruebas

¿Vejaciones? ¿Enfermedades? ¿No es, acaso, todo esto suficiente, para terminar con las fuerzas y los ánimos del más esforzado misionero? A ello se unen los terremotos. Uno de ellos se abate sobre la ciudad de la Pointe-à-Pitre en 1840: voltea de arriba abajo toda la ciudad. ¡Cuántas veces el Hno. Arturo hablará más tarde del miedo que

experimentó entonces!: de rodillas, en medio del patio, rodeado de todos los niños llorando y viendo cómo el campanario de la iglesia, en frente, se balanceaba y vacilaba como un borracho*:*

"Todos los temblores que he visto, luego,-declarará-, *no serán más que un juego, en comparación con aquél".*

(EVERGILDE –M., fr. «*Le Frère Arthur*», en « *Au service de l'enfance* ».1932, pág 16)

Dos Hermanos son sacados de entre los escombros, gravemente heridos.

Y más: una ulterior dificultad les llega a los Hermanos, de donde y por el motivo que menos podían pensar.

Enviado por el consejo colonial de educación, pasa un inspector por las clases de la escuela de los Hermanos. Hace un informe por demás lisonjero, pero añadiendo que*:* ***"los Hermanos de las colonias enseñan demasiado a sus alumnos"***. Este informe que diríamos inverosímil, es elevado al ministerio de las Colonias, en París, y luego transmitido al Fundador, en Ploërmel. En realidad dicho informe refleja el temor de los colonos, de ver que los libertos, -los negros ya libres, que son quienes frecuentan las clases de los Hermanos -, podrán elevarse a un nivel superior al de sus propios hijos, y dejar sus labores en los campos o en la ciudad, para acceder a puestos más significativos.

¿Qué responden los Hermanos? – He aquí lo que escribe el Superior, Hno. Marcelino, al Fundador:

"Pues bien: estamos obligados a emplear este medio, ya que si no enseñamos más que el catecismo, en un país donde se lo considera como inútil, no tendríamos ningún alumno. ¿Por qué, cuando comenzamos las clases en la Pointe-à-Pitre no teníamos más que 12 alumnos, justamente, entonces, cuando sobreabundaban los chicos en escolaridad, por las calles? – Porque se decía que nosotros no enseñaríamos más que el catecismo; y estuvimos mucho tiempo con un pequeño número de alumnos (N.B. El Hermano, en esta ocasión, tiene mala memoria: ya vimos cómo el número de alumnos creció enseguida, justamente porque los Hermanos enseñaban bien); *los tutores de cada familia* (por delicadeza no se habla de padres*), estaban persuadidos de ello. Y sólo después de haber obtenido ciertos éxitos cayeron esos prejuicios.*

Si no hubiéramos enseñado lo que se enseña en las demás escuelas, habríamos podido quedarnos cruzados de brazos desde la mañana a la tarde». .nous aurions pu nous croiser les bras depuis le matin au soir. (**D** 167 01-0188 - 23 de julio de 1841)

El Fundador, por su parte, uniendo estas consideraciones a las suyas propias, hace comprender al Ministro lo bien fundado de este razonamiento del Hermano sobre la manera de llevar las escuelas que van sacando adelante en sus misiones, escuelas **"para dar a conocer a Jesucristo",** sí, pero también, siendo unas escuelas bien llevadas y con una educación integral.

Al terminar el 1840, en noviembre, la escuela cuenta con 260 alumnos, distribuidos en tres clases solamente. Y cada uno de los tres Hermanos de la comunidad puede hacer suyas estas palabras de uno de ellos:

"Mi clase aumenta cada día; tengo más de cien alumnos; si vinieran todos a la vez tendría cerca de 120: siempre faltan 15 ó 20, enfermos o convaleciente… Sigo con el mismo ardor e incluso más que al principio …"

(**D** 168 – Carta del Hno. Rieul al Fundador, 30 de noviembre de 1840

Y en todo esto: calamidades, persecuciones, enfermedades, temblores, el Hermano Arturo encuentra la respuesta justa y apropiada en quien, desde allá lejos, desde

Ploërmel, vela siempre y los acompaña, Juan María de la Mennais. Le escribe en plena borrasca, aunque ya amainando:

"Ya les he exhortado a la paciencia y les exhorto de nuevo; pues las cosas nunca caminan a gusto de nuestros deseos. Dios permite esas pruebas a fin de alimentar nuestros méritos y nuestra virtud". (**JMLM** T I - 24 de noviembre de 1840)

e) El educador misionero en su labor

Podríamos preguntarnos: en medio de sus fatigas y trabajos, con dificultades, pero también con satisfacciones, con terremotos o sin ellos, en enfermedad o en salud, ¿cómo actúa el Hno. Arturo? ¿Qué eco interior tiene todo ello en su ánimo ¿Cómo lo vive?

Nada mejor para ello que releer las cartas que envía por este tiempo al Fundador, Juan María de la Mennais. No son muchas: nos quedan sólo tres, en dos años: pero suficientes. Escribe otra al Hno. Hipólito Morin,- su antiguo Maestro de Novicios -, hermano del Hno. Marcelino, superior de su comunidad. En esta última, sólo trata y le comunica el desarrollo y curación de su enfermedad, agradeciendo los cuidados maternales recibidos de su hermano.

Digamos, en primer lugar, que el Hermano Arturo lo afronta todo con sencillez y sin dar excesiva importancia a las dificultades. Por otro lado, como ya lo hemos visto al hablar de sus empleos anteriores, la clase es su ambiente vital; su encanto, estar con los niños. Incluso, acorta sus vacaciones de verano para regresar y dar la catequesis y ayudar a los que se lo pidan. Encuentra, pues, un alivio, un recurso para afrontar los problemas y las dificultades exteriores en su mismo apostolado. Así se lo escribe al Fundador:

"No soy ningún mártir. Estoy siempre muy contento en las colonias; me gusta la clase y le confieso que desearía morir trabajando cuanto pueda por la salvación de los pobres negros, los blancos o los mulatos..."

(**D** 168 – 30 de noviembre de 1840)

Creemos que sobra cualquier comentario, frente a estas frases. Para él no hay distinción de razas, ni de colores ni de clases sociales: todos son igualmente hijos de Dios; su vida está a disposición de ellos, de todos igualmente.

Y añade luego, lo de siempre en él, lo que escribe en todas sus cartas al Fundador: ***¡que envíe más Hermanos, ante la inmensidad de la labor!*** Más Hermanos, ¿por qué? No ha terminado el primer curso escolar, en 1840, y, como ya vimos, las clases están sobrecargadas.

"La clase pequeña, -escribe-, y la segunda (la suya), están demasiado llenas; el número de alumnos aumenta constantemente. Estaremos obligados a decir a los alumnos que no vengan, lo que sería un gran mal: para el establecimiento y para los niños, que se verían obligados a ir a otras escuelas" (**D** 168 - 3 de mayo de 1840)

Y concluye:

"Los tres Hermanos, ocupados en las clases, estarán abrumados de cansancio; los alumnos no harán ningún progreso; los padres retirarán a los niños, para ponerlos en escuelas donde no se habla nunca de Dios". (Ibid.)

Su preocupación es siempre la misma: **"Dar a conocer a Jesucristo, hacerlo amar"**. Es la consigna, el programa de acción del Fundador, al crear sus escuelas. Es algo que veremos constantemente, como razón final de la preocupación del Hno. Arturo, al pedir una y otra vez el envío de nuevos Hermanos a las Misiones.

Y el Fundador toma nota de la justa inquietud y del celo de ese su "hijo", nuestro Hermano, y así actúa. Le escribe:

"He dirigido una circular a todos los Párrocos de Bretaña, para pedirles que nos envíen candidatos; ya se han presentado veinte nuevos; y espero que en la época del Retiro se presentarán otros más. El Gobierno me ayuda para el pago de su pensión en el Noviciado, pues sin ello no podríamos ir adelante; ¡nuestras entradas son tan débiles y nuestra Casa Principal tan pobre! Pero, en fin, con la ayuda de Dios nuestra obra prospera y prosperará cada día más: ¡Tengamos paciencia, perseverancia y valor!"!

(**JMLM** – T I - Al Hº. Arturo, 16 de junio de 1840**)**

Luego, el Hermano explicita y explica en la carta su trabajo. Cada día; clase por la mañana, clase por la tare, acompañamiento de algunos alumnos en un estudio de una hora, más el cuidado de varios internos, en la escuela. ¿Demasiado? – No, para el Hno. Arturo: ***"El total de horas de clase, en las Antillas, es menor que en Francia"***. Pero, no lo olvidemos: El clima tropical es a menudo agobiante, rompe los brazos y arruina la salud. Por eso había fallecido el primer Superior, Hno. Antonino, en la Basse - Terre. Su inexperiencia dio razón de su vida, al no precaverse del calor, del cansancio. Pero nuestro Hno. Arturo quiere más horas de clase. ¡Su alegría son los chicos!

Y en su transparencia, transcribe al Fundador el horario detallado de cada día:

"Tenemos también 9 internos, a quienes damos alojamiento. Son bastante dóciles; algunos me edifican mucho, pues además de la oración en común, los hay que rezan en particular; hay dos que han hecho su primera Comunión. El Hno. Marcelino se ha encargado de acompañarlos durante la noche y el tiempo en que no están en clase.

A continuación le aclara el horario de los alumnos internos:

MAÑANA	TARDE
5' 00 Levantarse	
5' 30 Oración - Lectura espiritual comentada.	*14'00 Clase*
6' 00 Trabajo escolar	*16'00 Recreo*
7' 00. Café. Vuelta al estudio	*17'00 Actividades con el Hno. Marcelino.*
8' 00 Clase con los otros alumnos	*Los otros Hermanos: adoración al*
10'30 Recreo	*Santísimo.*
11'00 Estudio guiado por los HH. Rieul y	*18'00 Recreo en el patio.*
Arturo. Los mayores: gramática y	*18'45 Rosario.*
Aritmética. Los otros: lectura	*Cena*
12' 30 Almuerzo.	*Acostarse.*

Usted ve que me queda muy poco tiempo personal. Tengo mucho más trabajo de lo que tenía en Europa; sin embargo, mi salud es bastante buena, si no es algún divieso que me hace sufrir bastante"

Termina diciendo que han recibido ya la visita del Gobernador de la isla, que se ha mostrado muy satisfecho y que les quiere mejorar las instalaciones.

Finalmente, como conclusión y síntesis, añade algo que lleva muy adentro:

"Todo, para la mayor gloria de Dios, la salvación de los hermanos y la edificación y el bien del prójimo". (**D** 168 - 3 de junio de 1840)

3. – Un entreacto: en la isla María Galante

Estamos en 1841: han pasado ya algo más de tres años desde la llegada de los primeros Hermanos a la Guadalupe. El Hno. Arturo, por su parte, lleva casi dos, trabajando en la escuela y ciudad de la Pointe-à-Pitre.

La obra de las Antillas va tomando cada vez más importancia y peso. Son ya cuatro las comunidades y escuelas en funcionamiento. La obra evangelizadora se acentúa. También la organización. Pero se constatan las diferencias existentes entre el sistema de vida, el apostolado, determinadas situaciones. Las Antillas están muy lejos, los medios de comunicación, muy lentos y hay soluciones que se imponen de modo inmediato.

El fundador, Juan María de la Mennais, en Ploërmel, juzga oportuno y necesario que haya, a la cabeza de la obra de ultramar, un Hermano "in situ", que ostente una parte de sus poderes de dirección y de decisión y en el que depositará su plena confianza. Los mismos Hermanos de las Antillas, -algunos-, ya se lo han sugerido.

La decisión recae en **el Hno. Ambrosio le Haiget. Le confiere el título de Director Principal y viene a ser, de hecho, el primer Visitador o Provincial en la historia de la Congregación.** En realidad, ésa es su responsabilidad: la de un Provincial, actualmente. El 7 de enero de 1841 llega a la Basse-Terre, en las Antillas. Se pone enseguida a la tarea y endereza algunos desajustes e irregularidades que se han ido introduciendo. También en el aspecto administrativo.

El Hno. Marcelino, superior en la Pointe-à-Pitre, le dice enseguida al Fundador su satisfacción por la llegada y el buen hacer del Hno. Ambrosio:

"La llegada de los nuevos Hermanos nos ha llenado de alegría. Sobre todo, del Hno. Ambrosio: era necesario en las colonias, sea para establecer la unión en nuestras casas, como para obtener los objetos que faltan en estos mismos establecimientos. Dos días después de su llegada nos ha mandado al Hno. Donaciano, que parece lleno de celo y de buena voluntad". (**D** 168 – 23 de febrero de 1841)

De esta forma, toma cuerpo una mejor organización y mayor eficiencia de la Congregación en aquellas lejanas tierras de misión.

Nuestro flamante Director Principal, en parte para atender mejor a un Hermano enfermo, - el Hno. Federico -, y en parte para aliviar al mismo Hno. Arturo que necesita un descanso, o al menos un tiempo con ritmo menos intenso, decide abrir una nueva escuela en la isla María Galante, cercana a la isla de la Guadalupe. A ella se trasladan esos dos Hermanos. Su labor, está, como siempre, en la escuela, la clase. El Hno. Arturo sólo queda en ella unos meses, desde mayo hasta octubre de 1841. Los suficientes como para gozar de algunas nuevas y muy consoladoras satisfacciones.

En carta al Fundador, le dice:

"No hay aquí más religión que en la Pointe-à-Pitre. Sin embargo, hemos visto con satisfacción que, después de haber hablado a nuestros alumnos sobre las principales verdades de la religión, y también de la Confesión, ellos mismos han venido a decir que querían confesarse. Casi todos lo han hecho y de una manera que nos ha edificado mucho". (**D** 168 - 8 de junio de 1841)

Y termina así su carta:

"Sería muy difícil, querido Padre, expresarle el placer que hemos tenido al explicarles la manera de confesarse."

Los jóvenes que han hecho la primera Comunión dormían en nuestra casa durante el retiro que la precedía. Nosotros los acompañábamos y ayudábamos, hablándoles de Dios

y con piadosas lecturas. Parecían muy penetrados de la importancia de lo que iban a hacer". (Ibid.)

Gran satisfacción, pues! No es la única, ya que añade:

"Tenemos ya varios blancos en nuestra escuela. Y tendríamos muchos más, si no hubiera aquí una escuela sólo para blancos, dirigida por unos aventureros blancos, sin religión…" (Ibid.)

Se ha roto, pues, una barrera; en la escuela ya conviven: libertos negros, - que son la mayoría -, varios esclavos y finalmente, algunos,- poquitos-, blancos.

El hecho de ser una isla pequeña y separada del lugar con mayor población - las otras grandes islas-, hace que los prejuicios sean menores y más fácilmente superables. Es ya un destello; quizás no grande, pero esperanzador.

Y son estas dos satisfacciones,- las Comuniones y la superación del racismo -, las que, con el paso del tiempo, tendrán gran desarrollo, hasta llegar a la solución del doble arduo problema: el social y el religioso.

No es, pues, de extrañar que nuestro Hermano le diga al Fundador, al final de la carta:

"Estoy bien, trabajo con gusto… Pero ¡me gustaría ir a verle!". (Ibid.)

Han pasado más de dos años desde su salida de Ploërmel: el corazón le traiciona, no puede dejar de pensar en su **"padre"** Fundador…

Capítulo 3

Una piedra de tropiezo: el sacerdote Sr. Evain

…El Hno. Arturo lleva en las Antillas casi dos años. Y hace menos de cuatro que los primeros Hermanos menesianos han puesto los pies en las Antillas. La llegada del Hno. Ambrosio, como Director general, es un paso adelante en la oraganización de la misión.

Incluso, luego de arduas gestiones, adquiere una casa central, el Morne-Vanier, cerca de San Pedro. Es un lugar aireado, más fresco y solitario, muy a propósito para descansar, para hacer los Ejercicios espirituales, cada año, y como centro de recuperación de la salud para los Hermanos alcanzados por la fiebre amarilla u otros males, muy frecuentes en las Antillas. Parecería que las cosas toman buen cariz. Las perspectivas son alentadoras y también las posibilidades de desarrollo. Pero…

Sí, pronto aparecen nubes en el horizonte. Es lo que tantas veces ha ocurrido con las obras de Dios. Así fue también en los inicios del Cristianismo.

Vamos a tratar, en este capítulo, un tema doloroso. El Hno. Arturo no es protagonista en la primera parte, en el problema mismo, aunque sufre sus consecuencias; pero sí, y quizás en forma decisiva, en la segunda, en la solución del mismo.

1.- Una situación que se hace delicada

Entre los Hermanos que, con más ilusión han esperado la llegada del Director principal, uno es el Hno. Saturnino, Superior y Director de la escuela de Fort-Royal, la capital de la Martinica. El Hno Ambrosio le soluciona enseguida los problemas que tiene entre manos, especialmente con sus Hermanos de comunidad. Pero hete aquí que luego, y sin más, se da vuelta y se convierte en un acérrimo opositor del Superior principal.

He aquí cómo se lo manifiesta el Hno. Ambrosio al Fundador:

"Usted sabe que tiene una predisposición, una cabeza que cavila siempre, inclinada a sospechar de la autoridad: así está el pobre Hno. Saturnino, al que antes admiraba yo como a ninguno y que me prestó la mayor colaboración a mi llegada; entonces estaba él hundido y sin la menor influencia entre los Hermanos. Se apenará usted al saber lo que acaba de hacer: ha hablado de mí en forma increíble". (**D** 172 – 8 de agosto de 1841)

Hace campaña contra el Superior principal; va envenenando el clima; algunos Hermanos se le unen. El mismo Hno. Ambrosio da pie para ello: tratando de restaurar el orden y corregir abusos y no sobrado de medios económicos, se muestra algo duro en sus reprensiones y a veces no tan generoso, frente a las necesidades de los Hermanos.

2.- Un capellán para la misión

Esta es la situación cuando llega a las Antillas el P. Evain, como capellán de los Hermanos.

¿Un capellán para los Hermanos? En su trabajo de catequesis encuentran éstos una gran laguna: preparan a los niños para la Comunión en las clases y a los adultos en el Catecismo de tarde, pero no hay sacerdotes para confesarlos y acompañarlos espiritualmente: son pocos y no tan celosos.

El Hno. Ambrosio lo percibe más que nadie: esa situación se repite en todas las escuelas. Insiste, pues, ante el Fundador para que les mande un sacerdote, como capellán.

Así lo hace el Fundador. Y elige al P. Evain. **¿Quién es el P. Évain?** Uno de los capellanes de la casa Madre de Ploërmel: es joven y da satisfacción en su ministerio. Así lo parece. Se lo propone el Fundador, acepta y parte hacia las Antillas, con otros misioneros. Desembarcan en Fort-Royal (Martinica) el 28 de noviembre de 1841.

La primera impresión del sacerdote es de desencanto, acostumbrado a una cierta comodidad en la capellanía de Ploërmel. Su residencia será el Morne-Vanier, la casa central. La habitación, sencilla y poco amueblada. Hace reclamaciones… Organiza un banquete suntuoso, con ocasión de su recepción, para el clero de la zona; banquete que estruja las limitadas posibilidades de los Hermanos y no condice con su estilo de vida.

Por lo demás, se muestra muy celoso y llegador: impacta positivamente su manera de hacer. Por ello, el Hno. Ambrosio puede escribir al Fundador:

"El capellán Évain hará mucho bien entre nosotros y nuestros niños, si tiene el valor suficiente para sobrellevar nuestras miserias y tribulaciones de todo tipo; pongo muy en duda que tenga tal valor". (**D** 172 – 25 de diciembre de 1841)

3.- Surge un problema imprevisto

Lamentablemente, no sólo no tiene ese valor, sino que, percibiendo enseguida la oposición del Hno. Saturnino hacia su Superior, se une a él en el descontento. También la comunidad de Fort-Royal se solidariza con su Superior y también, algún Hermano más.

Entonces, fuerte de su situación, el Hno. Saturnino escribe al Fundador, pidiéndole que **saque al Hno. Ambrosio de Superior principal y en su lugar ponga al P. Évain.**

El mismo Hno. Ambrosio, viendo cómo se tuercen las cosas, escribe al Fundador:

"En todo esto, mi decisión más acertada sería marcharme pronto para que se acabe todo esto. Lo que más me entristece son las mentiras, calumnias y maquinaciones que el Hno. Saturnino urde contra mí… Pero se acabó, ***le perdono de corazón****!"*
(**D** 172 – Carta del Hno. Ambrosio al Fundador, 25 de diciembre de 1841)

Dado lo delicado de la situación escribe a menudo el Fundador, pero no recibe respuesta.

En la casa central de Morne-Vanier está un tal Hno. Gerardo, hombre muy ponderado, capaz y buen religioso. Escribe al Fundador y le pone al tanto de la situación que sintetiza así:

"El Hno. Ambrosio es tan buen religioso como lo ha sido siempre y es víctima de varias maquinaciones". (**D** 172 – Carta del Hno. Gerardo al Fundador, 19 de enero de 1841)

Por su parte, el Superior principal, para tomar algún respiro, juzga oportuno ir a visitar las otras dos islas donde trabajan los Hermanos, María Galante y Guadalupe. Vuelve reconfortado. Pero encuentra la situación muy degradada en la Martinica, por la acción del capellán que incita a los Hermanos a la relajación, empujado inconscientemente, o no tanto, por su deseo de suplantar al Hno. Ambrosio.

Y el Fundador sigue sin respuesta desde Ploërmel.

"Hace pronto cuatro meses que le escribí a usted sobre esto y estoy esperando. Creo que marcharé en mayo o junio". (**D** 172 – 7 de abril de 1842)

Poco después es el P. Évain quien hace el mismo recorrido por la Guadalupe y las cosas se embrollan aún más, ahora, también en aquella isla: hace un gran bien con sus instrucciones, pero sigue minando la autoridad del Director principal. El Superior de la Basse Terre, Hno. Hervé, escribe al Hno. Ambrosio, diciéndole que ya no reconoce su autoridad, sino la del capellán. Y los miembros de su comunidad escriben al Fundador por ese mismo estilo.

La situación se ha puesto talmente tensa que el Hno. Arturo escribe el Fundador:

"Casi todos los Hermanos miran al Sr.Évain como el primero después de usted, en las colonias y ya casi no tienen confianza en el Hno. Ambrosio. Delante de mí han dicho que

reconocen más la autoridad del Sr. Évain que la del Hno. Ambrosio; sin embargo, todos los Hermanos obedecen puntualmente al Hno. Ambrosio, que ignora, en parte, la disposición de los Hermanos hacia él…". (**D** 172 – 2 de enero de 1842)

El Hno. Ambrosio se siente muy solo. Todos se han pasado al bando del capellán, excepto la comunidad de San Pedro, de la que es superior el Hno. Arturo; tampoco el clero de esa ciudad y el Viceprefecto le ven bien.

En esa situación, el Hno. Ambrosio, **"para calmar los espíritus y evitar desgracias que nos amenazan"**, cree oportuno **presentar por escrito su dimisión al capellán**, pero reservándose la administración**,** la contabilidad y las finanzas de todas las casas.

(Cf. **E.M.** Ollivier G., 12, pág. 51)

Y, he aquí que el P. Evain recibe una carta del Fundador. Un tanto desorientado por lo que en ella dice, o quizás por espíritu de conciliación, se la da a leer al Hno. Ambrosio: en ella **está la respuesta a varias aclaraciones que el Hno. había pedido al Fundador y le prohíbe dejar su puesto y su cargo:**

"La prohibición formal que me impone usted en su carta al capellán, - escribe el Hno. Ambrosio al Fundador -*, que he copiado literalmente, me revienta el corazón. Aunque me mueve a resignarme a la voluntad de Dios, pero en un martirio…"*

(**D** 172 – Carta del Hno. Ambrosio al Fundador, 7 de abril de 1842)

Deduce que debe recuperar el poder dado al capellán. *"Ello hará que el capellán se vaya,*- afirma el Hno. Ambrosio-, *lo mismo que varios Hermanos."*

(**D** 172 – Carta del Hno. Ambrosio al Fundador, 7 de abril de 1841)

La llegada de esta carta es decisiva y da vuelta a la situación. Se lo dice claramente el Hno. Arturo al Fundador:

"Hemos actuado según las disposiciones que usted nos daba en una de sus cartas al Sr. Évain, de la que nos hemos procurado una copia fiel. Nos hemos atraído la desgracia del Sr. Évain que quería ampararse, a toda costa, de la autoridad del Hno. Ambrosio, y lo habría logrado sin la llegada de su carta, en la cual usted prohibía al Hno. Ambrosio partir, bajo ningún pretexto, a menos que usted mismo lo llamara".(**D** 172 – 3 de mayo de 1842)

4 .- Se empieza a hacer luz

Así fortalecido, el Superior juzga que debe recuperar el terreno perdido: sale de nuevo y visita las comunidades. Comienza por la de San Pedro, la menos afectada. He aquí cómo se lo comunica el Hno. Arturo, Superior de dicha comunidad, al Fundador . Es un texto largo, pero de gran importancia. No tiene desperdicio. El paso por esta comunidad produce un vuelco en la situación.

"El Hno. Ambrosio acaba de partir hacia la Guadalupe, después de haber pasado 3 ó 4 días, aquí, en San Pedro; estaba agobiado de pena: había recibido una petición de los Hermanos de la Basse-Terre, firmada por varios de ellos. Esta petición había sido dictada por el Sr. Évain quien, desde su regreso de la Guadalupe, ha dado a entender al Hno. Ambrosio que todos los Hermanos se han rebelado contra él, que ya no le quieren como superior y que no tiene por qué ir a visitarlos.

El Hno. Ambrosio ha querido cerciorarse por sí mismo y ha venido a vernos a San Pedro. Nos ha mostrado la copia de una carta que usted ha escrito al Sr. Évain. Luego nos ha pedido si seguíamos reconociéndole como nuestro Superior. ***Le hemos respondido que sí y que nunca hemos reconocido a otro sino sólo a él, en las Antillas****, puesto que era usted quien lo había nombrado y que no reconoceríamos a ninguno hasta que usted nombre a otro para reemplezarlo.*

El Hno. Ambrosio no se ha contentado con eso: ha querido que pusiéramos por escrito lo que le decíamos de viva voz:: hemos hecho una especie de petición, firmada por todos, para que pudiera mostrarla a los Hermanos de la Guadalupe que, como otros muchos, han escuchado demasiado al P. Évain: nos habla continuamente de los defectos del Hno. Ambrosio. De esta manera termina por inspirarnos desprecio y desconfianza, contándonos toda clase de cosas a cuenta de él.

Ha llegado a reprocharme que yo recibía demasiado bien al Hno. Ambrosio y que debo recibirlo con frialdad. Por supuesto que no he seguido este consejo. Cuando el Hno. Ambrosio ha venido, lo he recibido como siempre, es decir que lo hemos recibido lo mejor posible, tratando de consolarlo. Yo le he recomendado particularmente que sea muy atento con los Hermanos de la Guadalupe". (**D** 172 – 3 de mayo de 1842)

Y, una semana despus vuelve a escribir al Fundador:

"De lo que soy testigo es que el Sr. Évain obra como un niño sin reflexionar lo suficiente y que se ofende demasiado fácilmente..." (**D** 172 – 10 de mayo de 1842)

Con el testimonio y palabras de los Hermanos de San Pedro en la mano, la visita a la Guadalupe produce los mejores efectos: el Hermano Ambrosio aclara las cosas y ellos se dan cuenta de lo sucedido y escriben al Fundador para reafirmar su obediencia al Superior principal. Siete cartas le llagan a Juan María en ese sentido, algunas emotivas. El mismo Hno. Ambrosio le escribe:

"Todos los Hermanos de San Pedro y de la Guadalupe me dan mucho consuelo y me dicen que no debo marcharme y que me apoyan hasta el último momento".
(**D** 172 – 9 de mayo de 1842)

La situación se aclara súbitamente. Porque, además, los Hermanos escriben al P. Évain para que tome nota de ello. Es el Hno. Arturo mismo y los HH. de su comunidad quienes primero se lo hacen saber. Lo cuenta en la misma carta de marras:

"Hemos enviado también una carta muy a propósito al Sr. Évain, firmada por todos; le decíamos que no queríamos aceptar la dimisión del Hno. Ambrosio y que debía quedar en su puesto. Cuando el P. Évain la ha leído y que no ha logrado ser nuestro superior, por lo que me han dicho ha escrito al Prefecto apostólico para que le dé una parroquia. He ahí la ligereza de este hombre que primero nos había encantado por sus maneras tan amables y su celo; hoy, los Herrmanos se han dado cuenta de que quería absolutamente suplantar al Hno. Ambrosio". (**D** 172 – 3 de mayo de 1842)

Y, entre tanto, el Fundador sigue sin dar señales de vida, en relación con las cartas que le ha escrito el Hno. Ambrosio.

5.- Desenlace

Las cosas han ido demasiado lejos. Pese a su ofrecimiento de perdón, por parte del Hno. Ambrosio, los responsables de la cábala optan por tomar otra dirección: el P. Évain, ¡con el apoyo caritativo del Hno. Ambrosio!, trata de quedarse trabajando en la parroquia de Fort-Royal. Pero luego opta por irse a la isla inglesa de la Dominica. El Hno. Saturnino, ya en mayo, cuando ve que las cosas no ruedan bien, se fuga a Francia, llevando el dinero de la comunidad. Y otros tres Hermanos se van, dos a Francia y uno a la isla inglesa de Santa Lucía.

En el entretanto se van aclarando cosas, especialmente en relación con la correspondencia de Juan María al Hno. Ambrosio:

"Desde hace siete meses que puse en conocimiento de usted todas estas grandes miserias y no he recibido ni un solo renglón. Sin embargo dice usted a los demás que me ha escrito…" (**D** 172 Carta del Hno. Ambrosio al Fundador - del 9 de junio de 1842)

…Está claro: **¡Las cartas han sido secuestradas en forma sistemática!**

Pero la Providencia está ahí…

Un amigo común de Juan María de la Mennais y del P. Évain recibe de éste una carta. En ella se gloría de su accionar y de su éxito, - así lo cree -, para acceder al gobierno de los Hermanos de las Antillas. Escandalizado el amigo, se lo hace saber a Juan María, el cual escribe inmediatamente al P. Évain, poniendo las cosas en su punto. Es esta carta la que el P. Évain, ingenuamente, da a leer al Hno. Ambrosio y que desencadena todo el proceso de actividades de este último para restaurar el orden.

Las cosas, en efecto, vuelven a su cauce. Vuelve la paz a los espíritus y el Hno. Ambrosio, aunque sigue siendo un hombre de autoridad, un jefe, trata de suavizar sus formas. No lo logra del todo. Pero, en expresión de algunos, llega a ser visto como un "padre". Y sigue como Director principal otros diez años: hasta que es llamado a Ploërmel, como asistente general.

Un testimonio que creemos por demás valioso es la carta del Hno. Hervé, superior de la escuela de la Basse-Terre. Ha sido uno de los que han apoyado con fuerza al P. Evain, en sus pretensiones. Cambia de idea:

"Todo va bien, ahora entre nosotros, - escribe al Fundador -. *El Hno. Ambrosio no tiene oposición y todos le demostramos mucho respeto, un gran aprecio y la obediencia más sincera. La paz reina entre nosotros".* (**D** 172 – 24 de septiembre de 1842)

La decepción producida por el P. Évain con sus intrigas es enorme. En Ploërmel era estimado y valorado por todos, como capellán. Es recibido en las Antillas con ilusión y alegría. Pero, en lugar de apagar el fuego que encuentra, hace con él una tea para ampararse de la dirección de los Hermanos, pretendiendo ser otro Juan María de la Mennais en las Antillas. Su involución ha sido inexplicable.

Y para el Hno. Ambrosio el disgusto fue aún mayor, si se piensa que fue él mismo quien lo había propuesto y pedido al Fundador.

No nos resistimos a citar dos frases significativas. Una del Fundador, sobre la actuación del Hno. Ambrosio en el conflicto:

"En una palabra, el Hno. Ambrosio se ha manifestado en este asunto como hombre juicioso, hombre con corazón y santo religioso". Se ha encontrado en la situación más difícil y más cruel, pues en Fort-de-Francia han llegado a interceptar las cartas que yo le escribía, de suerte que habría creído que le tenía abandonado, si no hubiera hecho mención de las cartas que le enviaba, en las que yo mismo mandaba a los otros Hermanos. No ha conocido sino indirectamente mi oposición formal a su regreso a Francia. Sólo eso le ha bastado para decidir quedarse, incluso después de haber pedido y obtenido el permiso: ***'Preferiría morir antes que desobedecerle",*** *me escribía".*
(**D** 154 Carta del Fundador al Ministro – 15 de agosto de 1842)

…Y la otra: una apreciación del Hno. Arturo, sobre el actuar del Sr. Évain:

"Ha sido una gran pena que el Sr. Évain no haya comprendido su misión. Siempre hemos creído que la Misión del Sr. Évain era la de confesarnos a nosotros y a nuestros niños, sin mezclarse en otras cosas que sólo correspondían al Hno. Ambrosio: desgraciadamente se ha mezclado en ellas y ha dado a los Hermanos una cantidad de informes contrarios al Hno. Ambrosio, para disminuir la confianza en él, en lugar de sostener su autoridad, como usted mandaba". (**D** 172 – 12 de mayo de 1842)

Pero no sólo contra el Hno. Ambrosio: también en relación con otros Hermanos.

Fue él quien acusó de relajamiento, ante el Fundador, a la Comunidad de San Pedro, cosa que disgustó a los Hermanos y tanto preocupó a su superior, el Hno. Arturo.

Y, finalmente, esta otra, también del Hno. Arturo, en momentos dramáticos para él: viene a confirmar lo que ya vimos sobre su actuación, para desmontar la cábala. Su acción decisiva no siempre ha sido reconocida.

"¿Qué no hice yo para impedir que el Hno. Ambrosio se embarcara, cuando los Hermanos de la Guadalupe y de la Martinica ya no le querían como Superior? Preferían al Sr. Évain. ¿Quién llamó a los Hermanos a su deber en esos tiempos desgraciados? ¿Quién les suplicó que reconocieran la autoridad del Hno. Ambrosio? Fui yo".

(**D** 173 – 25 de noviembre de 1852)

No todos lo reconocieron y valoraron, es cierto, pero sí el Fundador, que escribe al Hermano:

"Su última carta me ha consolado: veo que en la prueba, usted ha permanecido fiel, así como todos los Hermanos de San Pedro (su comunidad), a sus deberes y a la obediencia, a pesar de todo lo que han hecho para llevarlos por el camino de la perdición".

(**JMLM** T. I, 15 de julio de 1842)

Así termina lo que el Hno. Arturo llama la cábala del Sr. Évain. Otros actores de peso, en esta ocasión, tampoco estuvieron a la altura.

La prueba ha sido fuerte. El Fundador aprovecha la ocasión y expone algunos lineamientos para fortificar la vida de familia entre los Hermanos:

…"Una unión perefecta es necesaria, como también una sincera caridad: cada uno tiene sus defectos; se ven los de los otros, pero no debeios olvidar los propios: Hay que recordar in cesar esta palabra del Apóstol: ***'Soportaos mutuamente, pues así cumpliréis la ley de Jesucristo'****".* (**JMLM** T I – 3 de abril de 1842)

Y, como colofón: "*Han visto con sus propios un ejemplo terrible de lo que sucede a los murmuradores y a los religiosos que escuchan pérfidos consejos".* (**JMLM** T I – 15 de julio de 1842)

Y explica, con trazo firme, algo que irá precisando del carisma de la Congregación:

"Algunos Hermanos se han imaginado que iba a reemplazar (al Hno. Ambrosio), por el Sr. Évain; hoy tienen que estar muy desengañados: **sólo un Hermano puede cumplir las funciones de Director***: las del Sr. Évain son igualmente importantes, pero deben ser distintas. Es ésa la regla y no puedo hacer excepciones, cualesquiera sean las cualidades del eclesiástico. Su misión, como la de ustedes, es hermosa y espero que, unos y otros cumplirán fielmente lo que les ha sido confiado".* (**JMLM** T I – 3 de abril de 1842)

Para terminar, una palabra de aliento del Fundador, que es un reconocimneto del actuar del Hno. Arturo:

¡Ánimo, queridos hijos! Nos recuperaremos con gloria y satisfacción, con tal que, en el porvenir sigáis firmes, como lo habéis sido en el pasado". (**JMLM** T I – 15 de julio de 1842)

* * * * * * * * * * * *

Después de esta apretada síntesis sobre uno de los momentos más delicados en la fundación de la Congregación menesiana, retomamos el hilo de la historia del Hermano Arturo. Síntesis obligadamente apretada, decimos: hemos dejado de lado detalles y documentos. Al fin, la cábala no es un aspecto central en esta nuestra biografía; otros lo

han dejado completamente de lado. Nos debíamos, sin embargo, a nuestros lectores, en aras a la fidelidad histórica.

Volvamos, pues, a nuestro Hermano, ya de lleno en su labor evangelizadora. Ahora, en la isla Martinica.

Capítulo 4

Organizador de escuelas para "dar a conocer a Jesucristo"

1.- En la Martinica

Después de la Guadalupe, la Martinica es la isla más importante de las pequeñas Antillas. He aquí cómo la ve y describe el Hno. Marcelino Morin, en el "Diario de a bordo", compuesto a lo largo de su viaje hacia las Antillas:

Isla Martinica

"9 De abril de 1839.- Esta mañana, a las 7'00 h. hemos comenzado a ver la Martinica. A mediodía estábamos suficientemente cerca como para poder juzgar sobre la calidad de su suelo. Llegamos a ella por la parte este.

Acá y allá se divisaban "habitaciones" (grupos de chozas o ranchos, en medio de las plantaciones en las que habitaban los esclavos). *En las partes más bajas hay campos donde se cultiva la caña de azúcar.*

El aspecto de esta parte de la Martinica es bastante pintoresco, a causa del gran número de montañas que se ofrecen a los ojos del viajero, a medida que se avanza, aunque no sean muy elevadas.

Son muy áridas y en ellas sólo crecen algunos arbustos inútiles. Esperaba aquí algo mejor.

27 de abril de 1839.- A las diez, hemos llegado a Saint-Pierre (San Pedro) de la Martinica: con sus casi 35.000 habitantes es la ciudad más grande de esta isla y quizás de todas las Antillas. No está más que a cinco leguas de Fort - Royal, la capital. Esta parte de la Martinica es mucho más bella que la que hemos visto a nuestra llegada. Los campos, sobre todo los que se encuentran detrás de San Pedro, son muy hermosos".

(**D** 167-03-001, 4 de julio de 1939)

2.- El Hno. Arturo, Superior de la obra menesiana en San Pedro.

Menos de un año lleva el Hno. Arturo en María Galante y ya el Director Principal, Hno. Ambrosio, cree oportuno darle una responsabilidad mayor, como Director de la escuela de San Pedro, de la Martinica. Restablecido en su salud y con nuevos bríos,

nuestro Hermano se traslada al lugar de su nuevo destino. Llega a San Pedro el 27 de diciembre de 1841. y se hace cargo de la escuela a principios de 1842, sucediendo al Hno. Alipio, fallecido meses atrás, joven aún.

En esta ciudad hay una sola comunidad de Hermanos para atender a dos escuelas: una, la mayor, en Fuerte San Pedro (Fort Saint-Pierre), situada en lugar malsano. Es la sede de la comunidad, formada por cinco Hermanos: tres trabajan allí mismo, y los otros dos regentarán la otra escuelita en un barrio llamado Mouillage, en el otro extremo de la ciudad; la abren ese mismo año.

El Hno. Arturo, como Director de ambas, se queda en el "Fuerte" y visita, de vez en cuando, la escuela de Mouillage. Además de llevar la dirección, da clase: un grado completo. ¿Cuál? – El de los pequeños. No sólo por humildad, sino también porque es la clase más hermosa, quizás, para él, pero también la más cansadora, la más complicada. Ello permite así, que sus dos compañeros, jóvenes Hermanos, que llevan las clases mayores, puedan estudiar y acrecentar su formación.

Y, para dejarles disponible algún tiempo más, se reserva, también, los mil y un trabajillos que siempre hay que hacer en una casa, y más, siendo una escuela. Lleva, igualmente, la administración escolar y la de la comunidad.

Cinco años permanece al frente de la comunidad y de la escuela: desde 1842 hasta 1847. Despliega una exuberante actividad; en la organización de las dos escuelas, en la puesta en marcha de un catecismo por la tarde, para adultos, y da los primeros pasos, -importantes-, en la evangelización de los esclavos, mediante la catequesis en sus "habitaciones" o estancias y poblados, en el mismo lugar donde trabajan. Y aunque no haya sido el iniciador de esta experiencia misionera, sí es el animador y propulsor de la misma, alentando al Hermano que la ha comenzado.

Para llevar adelante todo este cúmulo de actividades cuenta con un grupito de Hermanos, siempre inferior a los que necesita, en cuanto al número, aunque llenos de celo y de abnegación. Alguno, genial. Forman una familia unida, gozosa, y verdaderamente misionera.

Las actividades son variadas. Todas ellas parten y tienen como eje la escuela misma. De ella es responsable nuestro Hermano. Veamos cómo se desarrolla y realiza esta labor; es una escuela cristiana y menesiana en tierras de misión.

3.- La escuela cristiana de San Pedro

Había sido fundada por el Hno. Alipio, a mediados o algo más tarde del año 1840.

Era un hombre lleno de celo y desinteresado al máximo. Había partido de cero. No habiendo existido nunca en la ciudad escuelas de importancia y siendo todas las construcciones bajas, frágiles y de pocas dimensiones, por causa de los terremotos, al Hermano le fue difícil hallar un local conveniente; tuvo que contentarse con uno que encontró algo mayor, pero en un lugar malsano y no tan apropiado. Para llevarlo adelante se cargó con deudas y, víctima de su empeño, murió antes de un año, por causa de la fiebre amarilla.

Tampoco aquí habían sido fáciles los comienzos en la tarea educativa, para los Hermanos:

"La Administración de la Martinica muestra una indiferencia absoluta por la instrucción, o por mejor decir, no la querría. La mayor parte no quiere saber nada de nosotros, a menos que demos una clase exclusivamente para los blancos. Se habla, incluso de una revuelta: los blancos dicen que preferirían que les cortaran la cabeza, antes que enviar a sus hijos

con la gente de color. Por otro lado, están furiosos, sabiendo que los de color serán más instruidos que sus propios hijos.

Y, en cuanto al clero, no se ocupa de nosotros, temiendo desagradar a los blancos".

(**D** 172 - 24 de febrero de 1840)

Estas palabras son del Hno. Saturnino, primer Director de la escuela de Fort-Royal, la capital, la primera abierta en el Martinica, en 1840, con características similares a las de San Pedro, la del Hno. Arturo. Sin embargo, añade*:*

"De todas formas, no desespero en acertar: he resuelto ganarlos a todos por la mansedumbre y tengo mucha confianza". (Ibid.)

Esto es lo que los Hermanos hacen o tratan de hacer. Y es, sobre todo, lo que el Hno. Arturo logrará de modo admirable. Veámoslo…

Se pone al frente de la escuela a principios de 1842. ¿Con qué ánimos llega? ¿Cuáles son sus disposiciones? – He aquí cómo se lo cuenta al Fundador:

"Hemos llegado a San Pedro, el 27 de diciembre de 1841: hemos abierto las clases el 2 de enero, en nuestra antigua casa, que es muy malsana; pero dentro de poco, cambiaremos de alojamiento.

Tenemos ya una casa alquilada en una parroquia de la ciudad; pero hay muchas dificultades para encontrar otra en la segunda parroquia: el alquiler es muy caro, el Gobierno las tendría mucho mejores y parece que tiene la intención de construir. Dentro de pocos años habrá, pues, casas muy baratas".

Y añade: *"Haré todo lo posible para dar el catecismo en San Pedro, para preparar a los jóvenes a la Primera Comunión.*

Querido Padre: pidamos el éxito de esta obra y por la conversión de estos pobres jóvenes, por cuya salvación daría mil vidas como la mía, si ésta fuera la voluntad de Dios. Le pido, querido Padre, que tenga la bondad de escribirme; sus cartas y sus avisos son, para mí, algo muy precioso. Los observaré con cuidado". (**D** 172 - 8 de enero de 1842)

He aquí al Hno. Arturo, manos a la obra que se le ha encomendado: no defraudará al Fundador a quien llama siempre y lo considera, efectivamente y en un sentido muy especial **"padre**". Tampoco éste lo decepcionará en aquel pedido: con sus oraciones; y con sus cartas le guía y aconseja.

Y el Hermano, luego de leerlas y releerlas y a menudo compartirlas con los otros Hermanos, las guarda y conserva devotamente para la posteridad.

Se pone manos a la obra en todos los frentes:

+ Dirección de la escuela y de la comunidad;

+ Clase, mañana y tarde;

+ Si el número de alumnos, para comenzar, no es grande: -100, en total, en San Pedro y 70 en la otra escuela, la de Mouillage-, será preciso que los niños y las familias adquieran el gusto y el aprecio por la instrucción y la educación; es algo que habrá que ganarse a pulso. No pasará mucho tiempo antes de ver los primeros resultados.

+ Y para completarlo, la catequesis de adultos, por la tarde o noche, desde las 18' 30 hasta las 20' 00.

Al Hermano no le queda un momento libre; a duras penas puede afrontarlo todo: al final de la jornada está rendido. Con confianza filial se lo cuenta al Fundador:

"A veces me encuentro tan agobiado por la fatiga, y tan ocupado, que no tengo el tiempo para preparar el catecismo (de la clase y el de los adultos, por la tardecita). Para

escribirle, tomo una parte del tiempo para dormir, durante la noche. Y, sin embargo, tengo que levantarme, igualmente al día siguiente, al toque de la campana, como los otros".

(**D** 172 - 27 de septiembre de 1843)

Para completar el panorama, he aquí que surge algo imprevisto dentro del funcionamientom interno de una escuela. ¿Imprevisto? No en las Antillas, donde llega sin previo aviso, y se va, no sin dejar un rastro de dolor… **¡Un terremoto!** En efecto: con los terremtos, con los huracanes, hay que contar siempre. El 8 de febrero de 1843, nuestro Hermano sabe, por vez primera, lo que es un terremoto. Ha aquí cómo se lo cuenta a su corresponsal de Ploëremel:

"Esta mañana, a las 10 h. y cuarto, ha habido un terremoto. Ha durado 5 minutos; algunos dicen que más. Nunca había visto cosa semejante. Todos dicen que que nunca habían visto un temblor de tierra tan largo.

He salido a toda prisa en medio del patio: tanto los Hermanos como yo y los niños nos hemos puesto de rodillas, recitando actos de contrición de todo el corazón: se lo hacía repetir a los niños que me rodeaban. Creía que íbamos a morir, al ver cuánto duraba.

He ido luego a nuestra casa de Mouillage: temía encontrar a los Hermanos entre los escombros; pero no: ellos se habían librado, llenos de miedo; sólo la casa se ha agrietado en 3 ó 4 lugares y se ha caído la cal de algunas paredes. La nuestra de Fort, que es más sólida, sólo se ha agrietado en una esquina.

Usted no se puede dar idea del miedo que estas sacudidas producen en los criollos: creo que quedan más atemorizados que algunos europeos. Cuando suceden estas cosas todo el mundo sale de las casas y si puede va a las plazas para no ser aplastados por los escombros. Se oyen gritos y lamentaciones por todas partes…" (**D**172 – 8 de febrero de 1843)

Por todo ello, pide al Fundador que le ayude con sus oraciones:

"…Para obtener de Dios la fuerza y el valor que me son necesarios, para cumplir mis deberes con un renovado celo y con nuevo fervor. Le confieso que, en ciertos momentos, a lo largo de este último año, ambas cosas parecían haberme abandonado; sobre todo, las fuerzas: a veces me he encontrado tan fatigado y tan abatido que apenas podía caminar ni hablar, al finalizar la clase; y sin embargo, aún tenía que dar el catecismo a los adultos de la tarde." (**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

4.- Organizador de una escuela integral

¿Qué clase de escuela propugna el Hno. Arturo? No hay duda: una escuela integral, en la que se instruye, se educa, se evangeliza. En ello se empeña, no siempre lo consigue:

"He notado que la mayor parte de los Hermanos que, por otra parte, cumplen bien con sus deberes, olvidan el formar y acostumbrar a sus alumnos a tener modales honestos y corteses hacia las personas con las que se relacionan. Los criollos no dejan de lado, de ninguna manera, la instrucción, pero sí la educación y la instrucción religiosa".

(**D** 172 - 16 de abril de 1842)

La última palabra apunta a lo que para el Hno. Arturo es esencial: la escuela debe formar cristianos, participar a su manera en el anuncio de Jesucristo. Es la razón y el para qué de la escuela menesiana. Ello tiene sus consecuencias.

Veamos, pues, el desarrollo de esta escuela integral.

El programa de estudios de la escuela de San Pedro, su sistema escolar, el horario, etc., son semejantes a los que el Hno. Arturo ha seguido en la Pointe-à-Pitre, y a lo que

se hace en las demás escuelas menesianas de las Antillas. Pero él trata de dinamizarlo cuanto puede.

¿Qué materias se imparten a aquellos negritos y mulatos? - Escritura y caligrafía, catecismo, gramática (con análisis gramatical y lógico, en la clases de los mayores), historia sagrada e historia de Francia, aritmética; y para los mayores, además, dibujo lineal, geografía y un poco de cosmografía, dada la importancia de la navegación en esas islas.

Al escribir al Fundador, le cuenta con satisfacción los progresos que van haciendo los chicos, en todos los niveles.

"Nuestros alumnos hacen progresos en las diferentes asignaturas que les enseñamos, y especialmente en la escritura, el catecismo y la gramática, sobre todo los de la clase mayor que han hecho progresos sorprendentes en la gramática, de suerte que hacen el análisis gramatical y lógico con una facilidad extraordinaria. Aprenden también bien la historia sagrada y la historia de Francia. No tan bien la aritmética.

Les enseñamos, adermás, el dibujo lineal, que les es absolutamente necesario, al menos para un gran número, ya que la mayoría serán albañiles, carpinteros o armadores. Necesitan comprender un plano, para ejecutarlo. También a los magistrados y a los colonos les gusta tener obreros hábiles y no los dejan marchar". (**D** 172 -28 de marzo de 1844)

Tiempo después, apostilla:

"En la clase mayor hay un buen número que hacen bien el análisis gramatical y el análisis lógico y algunos hacen también el análisis razonado. Los hay que son fuertes en la historia, la aritmética, la geografía, el catecismo. Un cierto número de ellos tienen una hermosa escritura. También los de la clase media hacen progresos, muchos ya conjugan bien los verbos, unos 30 hacen el análisis gramatical y casi todos escriben bien... Los de la clase pequeña progresan en la lectura. Trabajo con ellos la escritura,-dice-, pero son demasiado numerosos". (**D** 172 - 22 de agosto de 1845)

Por ello, repite la petición de otro Hermano para una 4ª. clase.

¿Número de alumnos? Al morir el Hno. Alipio en 1841, - su antecesor y fundador de la escuela de Fuerte San Pedro -, poco antes de la llegada del Hno. Arturo, con algo más de un año de existencia, superaban apenas, el centenar y medio de alumnos. Al año siguiente, en 1842, su número fue subiendo gradualmente; en 1843, en sola la escuela de San Pedro. – la del Hno. Arturo -, fue pasando de 160, al comienzo, a 211, dos meses más tarde; para doblar, casi, sus efectivos a final de año.

Y dada la importancia de la ciudad y su población, el mismo año de su llegada abre otra escuela, en el otro extremo de la ciudad, en la parroquia de Mouillage, con dos Hermanos. Uno de ellos lo certifica:

"Nosotros dos, - el Hno. Philémon y yo-, hemos comenzado en la nueva escuela de Mouillage el 18 de febrero con muy pocos alumnos".

(**D** 172. Hno. Rembert-Marie, 21 de abril de 1842)

El Hno. Arturo lleva la alta dirección de la misma, la visita regularmente y provee a sus necesidades. Pronto llega a ser muy próspera.

En el año de 1843 reciben la visita e inspección del Procurador general de la Martinica. He aquí el testimonio que deja:

"Estos establecimientos de los Hermanos en San Pedro, (el del Fuerte y el de Mouillage) están muy bien llevados: no hay esclavos en las escuelas primarias, pero los Hermanos no los rechazan". (**E.M**. Nº. 31, Friot, pág. 77)

En 1844, los alumnos comienzan siendo, ya desde el principio del año, entre las dos escuelas, - Fuerte San Pedro y Mouillage -, casi 600 alumnos. Terminan el año, con 700.

El pobre Hno. Arturo tiene en su clase 114 negritos. Y la cifra no disminuye en los años sucesivos, al contrario. Y un cierto día (7 de septiembre de 1846) pudo contar hasta 118 alumnos en su clase, la de los más pequeños.

Y añade con mucha intención:

"Lejos de afligirme, al ver nuestras clases tan llenas, me alegro de ello. ¡Ojalá aumente también el número de los Hermanos, si ésa es la voluntad de Dios".

(**D** 172 - 31 de diciembre de 1845)

El Hermano se las ve y se las desea, pues, para ubicarlos a todos.

Podríamos preguntarnos: ¿por qué motivos las clases de los Hermanos rebosan de alumnos? ¿Por qué los alumnos hacen progresos notables? ¿Por qué?... - El Hno. Arturo da la respuesta:

"Hay emulación entre nuestros numerosos alumnos". (**D** 172 - 28 de diciembre de1844)

Pero esta emulación es promovida, regulada y diríamos que organizada por los mismos Hermanos, con un recurso pedagógico siempre de actualidad:

La distribución de premios, al final del año, precedida de un curioso examen o **concurso público de preguntas y respuestas**, entre los alumnos: es algo muy significativo. Veamos cómo él mismo se lo cuenta al Fundador, en dos años sucesivos.

"Como el año pasado, hemos tenido el reparto de premios. Nuestro respetable párroco ha querido hacernos el honor de asistir a él, con sus vicarios y el capellán de las Hermanas de San José. Estaban, igualmente, invitados, el comisario de la Marina y el Sr. Alcalde.

Desde hace varios meses habíamos ejercitado a los alumnos a preguntarse con orden, sobre las diferentes partes del programa. Los niños, que ya conocían bien las preguntas y las respuestas que tenían que hacerse, se interrogaron, dos a la vez, y con mucho orden, durante cinco horas y media. Estaban presentes su padres que no habían visto nunca cosa parecida, y que, en su mayoría no creían que sus hijos estuvieran tan adelantados.

Las cosas sobre las que tenían que preguntar eran: el catecismo, la gramática y sus reglas, con análisis gramatical y lógico, la aritmética, haciendo en el pizarrón las reglas de tres, de interés, de alianza. En fin, la geografía, la historia sagrada y la de los principales pueblos, y la historia de Francia. Los trabajos escritos y los del dibujo lineal estaban expuestos y a la vista de los padres, que estaban boquiabiertos.

(**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

Los sacerdotes parecían satisfechos sobre la manera de hablar de los niños sobre la religión, haciendo signos de aprobación. Cuando los niños terminan de hablar, nuestro buen párroco les hizo una pequeña exhortación y él mismo les distribuye los premios.

Lo hicimos de suerte que los premios ***llegaran a la mayoría de los alumnos****: quienes no tenían nada que esperar de las* ***ciencias,*** *podían conseguirlo por las* ***virtudes*** *que han practicado: por su* ***cordura, piedad, buena conducta, asistencia a las clases o a los oficios de la iglesia,*** *etc. Aquí, como en Francia, hay que alentar la práctica de las virtudes".*

¿Y qué **premios les dan**? – *"Los que no han merecido un libro, reciben una estampa, o una imagencita, o un cuadro; así, quedan también contentos los padres.* ***Uno de éstos, en nombre de todos, dirige y pronuncia un discurso de agradecimiento".***

(**D** 172 – 31 de diciembre de 1845)

En la realización de este complejo Concurso con Premios subyace otra razón:

"Eso mismo se hace en las otras escuelas particulares, incluso en la de las Religiosas de San José; y si no lo hiciéramos, nos expondríamos a ver cómo un cierto número de alumnos nos dejarían para ir a aquéllas donde, en mi opinión, estarían peor, en relación con la religión". (**D** 172 - 31 de diciembre de 1845)

Antes de dejar este tema de la premiación, añadamos un detalle, algo muy del gusto del Hno. Arturo y su sentir congregacional menesiano:

"Hemos esperado, para poner la fecha del acto, a la llegada del Hno. Ambrosio, nuestro Superior Provincial. (Ibid.)

Y, en efecto, en su correspondencia con el Fundador, el Hno. Ambrosio subraya la importancia de esta distribución de premios, añadiendo una connotación muy significativa:

"Los Hermanos de San Pedro han organizado un pequeño concurso en la distribución de premios: he estado presente para ayudarlos un poco; ha resultado muy bien, aunque a despecho extremado de los colonos, a quienes enfurece nuestra manera de instruir a la gente de color.

Sus hijos no disponen de esta ventaja: están a cien grados de distancia de los nuestros y sólo sus prejuicios les impiden enviarlos a nuestras escuelas".

(**D** 172 – Hno. Ambrosio, 7 de diciembre dfe 1844)

Lástima que el elevado número de alumnos no les permita avanzar como desearían, en la enseñanza misma. Por ello, en sus cartas al Fundador, pide y vuelve a pedir que le envíe más Hermanos. Y, además le pide que le envíe Hermanos calificados, capaces de impartir materias de altura.

"Necesitaríamos también Hermanos que estuvieran capacitados para las materias que enseñamos, sobre todo si hubiera algunos para enseñar el dibujo lineal, algo que sería muy útil a estos niños que, en su mayoría serán obreros". (**D** 172 - 8 de julio del 1841)

* * * * * * * * * *

Si el número de alumnos crece y crece, si el Fundador no puede enviar ni todos los que quisiera ni todos los que los Hermanos necesitan, ¿por qué el Hno. Artuto no cierra el cupo de alumnos, diríamos que también por razones pedagógicas?

El Hno. Arturo cree que, en conciencia no puede rechazar a ningún chico:

"Tengo que resignarme, - escribe al Fundador -, *tengo 104 chicos en mi lista de la clase pequeña. Las otras dos clases están también demasiado llenas; y, sin embargo, esta mañana he recibido a uno más: no puedo rechazar a los niños que la Providencia me envía".* (**D** 172 - 2 de mayo de 1845)

Y la convicción es tan fuerte que dicha norma se hace obligatoria para toda la escuela:

"He renovado la prohibición que había hecho a los Hermanos de no rechazar a ningún niño sin mi permiso". (**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

¿Por qué se opone a no dejar de admitir más niños? – He aquí la razón:

"Al rechazarlos, creería faltar a la caridad y oponerme a la divina Providencia, que parece enviárnoslos como de la mano, ***para que les enseñemos a amarlo y bendecirlo".*** (**D** 172 - 22 de agosto de 1845)

…Estamos ante la razón final, el objetivo de la escuela menesiana, recibido del Fundador Juan María de la Mennais,

"Mis escuelas han sido fundadas para

dar a conocer y hacer amar a Jesucristo".

Y el Hermanos Arturo tal objetivo lo vive.

Sin embargo, ello le crea algunos problemas de otra índole: ¿Dónde encontrar bancos o mesas, - y ¿cómo pagarlos -, para tantos niños? Ya desde el primer día, - en 1842 -, se encuentra con este problema, y así se lo confía a Juan María de la Mennais:

"Faltan bancos para poner mayor número de niños". (Idem)

Pero el Hno. Arturo no es hombre para quedarse anonadado por los problemas: él es un hombre buscador de soluciones.

¿Problema de bancos o mesas para tantos niños, decíamos? – Felizmente halla una solución. Antes de terminar el año, la escuela mutua, laica, se encuentra con serios problemas de alumnos, frente a la competencia y el buen hacer de los Hermanos, que tienen sus clases hasta los topes. Antes de recomenzar el curso de 1843, los responsables de dicha escuela deciden cerrarla. En carta del 8 de febrero de 1843 el Hermano le comunica al Fundador su decisión de adquirir los muebles de la desaparecida escuela.

Y los problemas no son sólo objetivos u organizativos: los esfuerzos para atender y enseñar a más de un centenar de niños, que son los que le llegan cada día a su clase, le ocasiona problemas de voz: a menudo tiene dificultades en hablar. Por eso, al mejorar esta situación, le dice con gusto, al Fundador:

"Mi garganta mejora".

Así, la escuela de San Pedro va adquiriendo un renombre, una reputación, también ante les autoridades civiles, llenándoles de satisfacción: la escuela menesiana en la Martinica es también escuela pública.

"Hemos recibido la visita del Gobernador; pasó por las clases, hizo preguntas y examinó a los chicos; vio algunas láminas de dibujo y quedó muy contento; así me lo expresó al terminar. Ya lo había dicho en ocasiones anteriores". (**D** 172 - 5 de mayo del 1846)

Ya en años anteriores habían pasado por la escuela el Procurador General de la Martinica y el Procurador General del Rey, expresando su satisfacción por la marcha de las dos escuelas de San Pedro. Lo vimos.

Pero no sólo las autoridades civiles muestran su satisfacción. Los mismos Hermanos de la Martinica, los de otras comunidades, lo reconocen con entusiasmo. He aquí un texto valioso, del Hno. Gerardo, hombre ecuánime y ponderado, con una trayectoria decisiva en esos primeros tiempos:

"Los establecimientos de Mouillage y Fuerte San Pedro, están en el zénit de la prosperidad. Durante los días que he pasado con estos buenos Hermanos quedé muy edificado por los buenos ejemplos de celo y de virtudes religiosas que me dieron.

En las clases por las que pasé, para dar el catecismo, quedé igualmente edificado por la atención con la que los alumnos escuchaban la palabra de Dios. Nuestros Hermanos hacen un bien incalculable en San Pedro". (**D** 172 – Hno. Gerardo, 21de junio de 1843)

Y, en este mismo orden de cosas hay un testimonio más significativo, por lo fundamentado y lo cercano a una realidad que él mismo vive: el del Hno. Ambrosio,

responsable final de la obra educativa en las Antillas, hombre serio e imparcial. He aquí cómo se lo comunica al Fundador, luego de la visita a las dos escuelas:

"Las escuelas de San Pedro son brillantes". (**D** 172, 24 de febrero de 1843)

Y más adelante:

"No puedo cambiar a nadie de San Pedro, donde ***todo va a las mil maravillas****"*
(**D** 172, 3 de junio de 1843)

Ya hacia el final del mandato del Hno. Arturo como Superior de San Pedro, el Director principal apostilla:

"Nuestros establecimientos de San Pedro son muy brillantes y con muchos alumnos: 600 niños en clase y 700 en las listas, sin contar los adultos de la escuela de tarde",
(**D** 173, Hno. Ambrosio, a 10 de noviembre de 1846)

Y no son sólo las autoridades, civiles o de la Congregación, quienes reconocen el esfuerzo y la competencia de los Hermanos. Son, sobre todo, los padres de los alumnos y los tutores en general, los que, al mandar a sus hijos a la escuela, primero en forma temerosa, luego con gran afluencia, y más tarde en forma masiva, dan la nota de confianza a la escuela cristiana.

Todo esto llena de satisfacción al Fundador, Juan María de la Mennais: la evangeización por medio de la escuela y en la escuelas se está realizando, también en las Antillas. Y a fuer de lesionar la humildad de nuestro Hermano,no deja de expresarle su contento:

"El relato que me hace de todo el bien que se opera en nuestras escuelas me llena de una dulce alegría y es para nostros un nuevo motivo para esperar que esta obra crecerá como el grano de mostaza del Evanlelio que se hizo un árbol".

Pero, al mismo tiempo le previene contra la impaciencia:

"Hay que tener un poco de paciencia y esperar la hora de Dios".

(**JMLM** T I – 2de abril de 1843)

5.- El Hermano Arturo, en su clase

A todo esto, podríamos preguntarnos: ¿Cómo lleva adelante toda esta labor educativa, desde el punto de vista personal? ¿Cómo lo acepta y lo asume en el interior de su alma? - Mucho podríamos decir de ello, en base a lo que le confiaba al fundador, con filial confianza: ya desde el principio, desde el primer año en la Pointe-à-Pitre, se siente a gusto dando clase. Ya lo vimos.

Pero, he aquí una frase muy significativa, que repite:

"Doy siempre la clase con gusto*".* (**D** 172 – 3 de mayo de 1842)

Y, ¿cómo da la clase? ¿Cómo se desempeña con los niños? Vimos arriba que, sea en sus primeras armas, como educador, en Francia, sea en las Antillas, es algo que se le da bien y lo hace con gusto: disfruta llevando adelante su labor apostólica.

Pero es que, además, lo hace con la inquietud de que sus alumnos aprovechen su tiempo, aprendan. Recordemos que, él, por humildad y abnegación, durante muchos años, aunque no siempre, se reservó la clase de los más pequeños, incluso siendo Director:

"…Los niños aprenden a escribir en la clase pequeña y sólo pasan a la segunda cuando ya saben escribir suficientemente. ¿Por qué? – La segunda, es ordinariamente, muy numerosa. Por ello, también la clase pequeña es, igualmente, demasiado numerosa.

Y eso impide que los progresos sean tan rápidos como lo serían si fueran menos. Sin embargo, también progresan". (**D** 173 - 31 de diciembre de 1845)

A pesar del número excesivo que, a veces ocasiona lío en clase y la sobrecarga de trabajo que ello conlleva, nuestro Hermano hace su clase activa, para que sus alumnos vayan adelante:

"Los niños hacen progresos en la lectura, en el catecismo y casi todos saben sus oraciones; les enseño también a escribir, aunque la mayoría lo hacen bastante mal, ya que me falta el tiempo para corregir su escritura, sobre todo en este momento en que tengo que emplearme a fondo con los que se preparan a la primera Comunión".

(**D** 172 - 22 de agosto de 1845)

Todo ello hace que el Hermano esté muy ocupado: ¿Le bastarán las horas del día?

"Tengo siete horas de clase, al día; ello, además de lo relacionado con la dirección de las dos escuelas…" (**D** 172 - 19 de enero de 1842)

…Y esto, casi ya desde los comienzos de su misión en las Antillas.

¿No será más que suficiente? Ya vimos que enseguida se le abre un nuevo apostolado, en la misma línea, pero para gente mayor. La labor se acumula.

"Pida también por mí, que me encuentro, a veces, sobrecargado de fatiga, y tan ocupado que no tengo siempre tiempo para preparar esos catecismos, que debo dar dos veces por día. Por la tarde, a esos buenos ancianos, y en mi clase, que es una de las más difíciles y de las más numerosas". (**D** 172 - 27 de septiembre de 1843)

¿No serán, pues, excesivas sus ocupaciones?

"Le digo que estoy muy ocupado; mi salud sufre por ello; pero no puedo hacer de otra forma. En estos momentos necesitaría un cuarto Hermano para aliviarme un poco, para encargarse de una parte de mis alumnos". (**D** 173 - 5 de febrero de 1844)

Pero no se encuentra misioneros ni educadores cristianos ahí nomás, a la vuelta de la esquina. Por ello, el Hno. Arturo se resigna:

"Así, pues, no tendré otra ayuda que la que me obtengan sus buenas oraciones, las que su caridad dirigirá sin cesar a Dios, para obtenerme la fuerza y el valor necesarios, para cumplir con mis deberes, con un nuevo celo y un nuevo fervor".

(**D** 172 - 28 de diciembre de 1844

Este cansancio, este abatimiento, son sólo nubes pasajeras: su optimismo natural, su celo indesmentido le ayudan a sobreponerse. Y lo que ha dicho desde los comienzos será lo que irá repitiendo de una u otra manera:

"Debo dar gracias a Dios y bendecirlo y esperar con más confianza que me dará las fuerzas necesarias para instruir a los que me envíe en su misericordia, para enseñarles a conocerlo y a amarlo. Sería demasiado feliz si pudiera morir, víctima del celo y de la gloria de mi divino Maestro y la salvación del prójimo.

(**D** 172 noviembre de 1840)

En realidad sí hay un punto, pero quizás uno solo, que verdaderamente preocupa al Hno. Arturo, en relación con su abundante fatiga, por el corto número de Hermanos con que cuenta para llevar adelante la labor. Helo aquí…

"Los tres Hermanos ocupados en dar clase estarán abrumados de cansancio. Los alumnos no harán progresos. Los padres se darán cuenta y retirarán a sus hijos, para ponerlos en escuelas donde nunca se les habla de Dios; pues la ciudad está llena de escuelas (?) que nos querrían (ver) lejos". (**D** 172- 3 de mayo de 1840)

Finalmente, resumiendo su pensamiento y proyectándolo hacia sus Hermanos a quienes ve actuar, a quienes anima, y con quienes lleva adelante la obra educativa de su escuela, puede exclamar:

"¡Cuánto bien puede hacer un Hermano en un gran establecimiento!".

(**D** 173 - 14 de abril de 1849)

"Únase a nosotros, querido Padre, para bendecir, y bendecir mil veces a la divina Providencia que, al enviarnos un número tan grande de alumnos nos da la ocasión de ***darlo a conocer , hacerlo amar y adorar,*** *por estos queridos niños que, quizás, lo habrían desconocido toda su vida. ¡Cuántas gracias le doy a Dios por heberme elegido para trabajar en la salvación de estos queridos niños!"* (**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

Y, desde el fondo de su corazón, satisfecho, termina, repitiendo una frase que ya le había escrito anteriormente:

"Todo mi deseo es siempre, el de morir por la gloria de Dios, instruyendo a mis pobres negros y mulatos, sobre sus deberes para con Dios".

No podemos dudar de la sinceridad de tal expresión.

Y hay más: porque, aunque el Hno. Arturo cosechó muchos éxitos y satisfacciones en la Catequesis de adultos, sea en la escuela misma, como en la catequesis más vistosa a los esclavos, para él, **la escuela sigue siendo el pilar de la obra menesiana y el eje de su misión.**

Y, desde Ploërmel, el Fundador, Juan María de la Mennais, que ve la labor admirable que sus hijos realizan en las lejanas Antillas, no deja de animarles y mostrar al Hno. Arturo su satisfacción:

"Las noticias que me da sobre su establecimiento son siempre consoladoras *y me uno a usted, para dar gracias a Dios por todo el bien que se hace en San Pedro: no descuide nada para que se perpetúe e incluso para que aumente".*

(**JMLM** - T II, 4 de diciembre de 1845)

Y esa su satisfacción, el Fundador no deja de participarla con las autoridades civiles responsables, con el mismo Ministro de las Colonias:

"En San Pedro de la Martinica tenemos más de e 500 alumnos: tendríamos 600 ó 700, si hubiera más Hermanos y un local más vasto" . (**D** 154)

Y no son sólo palabras: en la medida de lo posible trata de aliviar y responder a los pedidos de Hermanos, pese a que, en ese mismo tiempo, el Fundador está empeñado en llevar adelante la misma obra en otros países de América, del Norte y del Sur, y también de África:

"He aquí otros diez Hermanos nuestros que van a unirse a ustedes; c*omo pueden ver, el celo y la abnegación no se debilitan entre nosotros".*

(**JMLM** - T II, 23 de noviembre de1845)

Por otra parte, la formación de los jóvenes Hermanos requiere su tiempo, no hay que quemar etapas:

"C'est en allant docememte qu'on va bien". (**JMLM** - T II, 14 de junio de de1844)

6.- El CATECISMO en la escuela

Dada la situación social y religiosa en las Antillas, donde la práctica y la vivencia de los Sacramentos es bajísima, la catequesis tiene un tinte y una orientación eminentemente sacramentales. Los Hermanos tratan de que, al dejar la escuela, los niños y jóvenes hayan recibido los sacramentos de la Reconciliación, Eucaristía y

Confirmación, – y el Bautismo preliminar, si es el caso -. El día de la primera Comunión se constituye como la cima religiosa y festiva del año de Catequesis.

En las clases, se da la catequesis durante la primera media hora de la tarde, todos los días. La tradición de la Congregación ha establecido, como norma, que esta catequesis y la clase de la tarde, se inicien con el rezo de una decena de Rosario. Para el Hno. Arturo, esta catequesis constituye la mayor alegría en su labor de educador:

"...Escuchan con una atención que le encantaría, querido Padre, si usted estuviera presente. Ya hay alumnos que quieren hacer la primera Comunión", le escribe al Fundador desde los comienzos de su apostolado en San Pedro.

(**D** 172 - el 16 de abril de 1842)

Y, en efecto, desde el principio ya hay algunos que empiezan a frecuentar la iglesia. Es el caso de varios alumnos de San Pedro; pero los pobres no se atreven a entrar en el templo, porque sus vestidos, aunque limpios, no son blancos; o porque no tienen calzado, o les falta alguna otra cosa.

Y estos hechos, este fervor inicial, siguen... Aquel primer año, 1842, 31 niños toman la Comunión: es algo nunca visto; son la edificación de la ciudad entera. En todas las calles resuenan alabanzas en su favor y todo el mundo repite*:*

¡Es Dios quien ha enviado a estos Hermanos! ¡Sí! Están aquí para nuestro bien. Al menos ahora saldremos de nuestra gran ignorancia y sabremos algo. Sabremos para qué estamos en este mundo, conoceremos la justicia para practicarla, el mal, para evitarlo... Es la voz del pueblo".

(**D** 172– Hno. Marcelino M. Roucioux, 17 de septiembre de 1842)

Los testimonios, en este sentido, serían numerosos. Bástenos este otro, sacado de la carta que una persona, - Eudoxie Étienne -, escribe a Juan María de la Mennais, el año siguiente, por la misma razón y con idéntico motivo. Es por demás significativo:

"Mi querido bienhechor: Gracias a sus cuidados, un gran número de niños, que quizás nunca habrían sido instruidos en la religión, han tenido ahora la dicha de gozar de esta ventaja.

Y son los Hermanos que usted ha tenido la bondad de enviar, quienes nos enseñan lo que debemos hacer para merecer la felicidad eterna. Este año hemos sido 200 los que hemos hecho la primera Comunión. La ternura de usted para con nosotros es como la del mejor de los padres para con sus hijos.

No sabríamos cómo expresarle nuestro agradecimiento". (**D** 172A122 – 28 de febrero 1843)

Es un alentador comienzo. Pero, la obra irá despacio. Será un camino largo y hecho con prudencia. Sobre una población escolar de 320 alumnos, sólo 15 toman la Comunión el año siguiente. Pero no será una Comunión aislada: se irá repitiendo, a Dios gracias, para satisfacción de nuestro misionero:

"No puedo dejar de decirle la alegría que hemos experimentado al ver a nuestros queridos alumnos hacer ***su segunda Comunión****, para la gran edificación de todos los que han sido testigos de ella".* (**D** 172 – 5 de febrero de 1844)

Y la obra se consolida:

"Tenemos cerca de 600 alumnos entre las dos casas de San Pedro. Muchos ya han tomado la primera y la segunda Comunión; otros han puesto su nombre en la lista para la próxima primera Comunión. (**D** - 26 de febrero de 1844)

Y en otra carta, al año siguiente:

"¡Cuán edificado quedaría usted si fuera testigo de la piedad de un cierto número de nuestros alumnos...cuando se acercan a los sacramentos!" (**D** 172 - 22 de agosto de 1845)

Y esto es, además, un estímulo para los otros alumnos:

"Incluso noto que, desde hace algún tiempo hay mucha emulación entre ellos para aprender el catecismo; tenemos algunos niños de 7 y 8 años que saben ya todo el catecismo grande de las colonias". (**D** 172 - 26 de febrero de 1844)

En esta enseñanza, - en la catequesis -, los Hermanos ponen todo su empeño:

"Hemos hecho todo lo posible para que aprendan su catecismo; muchos lo saben bastante bien y ponen en práctica lo que han aprendido; algunos parecen piadosos: se acercan a los sacramentos y su conducta es edificante". (**D** 172 - 31 de diciembre de 1845)

Con qué alegría el Hno. Arturo ve cómo los alumnos comulgan por Pascua o hacen su primera Comunión! Y, por el contrario, ¡cuán grande es su dolor al ver que otros, ya mayorcitos, dejan la escuela sin haber dado ese paso de la vida cristiana:

"Veo con el mayor dolor que varios chicos de la clase mayor dejan nuestra escuela antes de haber hecho su primera Comunión: estoy tentado, a veces, de atribuirlo a la excesiva rigidez del Hermano encargado de esa clase. No dejo de incitar a los Hermanos para que sean amables con los niños". (**D** 172 - 5 de mayo de 1846)

Para favorecer la integración de las diversas clases de la sociedad y superar racismos, los alumnos de la escuela toman su primera Comunión juntamente con las personas que siguen el catecismo de tarde, ya sean jóvenes o adultos o ancianos, ya libres, ya esclavos.

Conviven unos días de retiro antes de la Comunión y luego, algunos más, como acción de gracias, después del día de la Comunión. Esto hace mucho bien a todos.

No vamos a describir, por el momento, la ceremonia misma de la Comunión y su preparación. Lo haremos al hablar del catecismo de tarde. Pero sí algún hecho característico y significativo, relacionado con los alumnos de la escuela de Fuerte San Pedro. He aquí un pequeño extracto sacado de una carta del Hno. Arturo:

"Durante el retiro de preparación, me dijeron que un esclavo de edad, - una mujer-, acababa de ser vendida a bajo precio; me pidieron que hablara a los que hacían el retiro, para que hiciera una pequeña colecta para el rescate de esa pobre mujer. También ella se preparaba para su primera Comunión. De esta suerte sería libre en día tan hermoso.

Así lo hice y entre todos los chicos juntaron una bonita suma, tal que, al serle entregada, pudo ser rescatada. Usted ve, querido Padre, cómo nuestros alumnos son caritativos". (**D** 173 - 31 de enero de 1847)

Fiel a su propósito de transparencia con el Fundador no deja de comunicárselo. Éste, a su vez, le alienta a seguir…

"Los detalles que me da son siempre edificantes y siempre los leo con el más vivo interés; bendigo a Dios por esos éxitos por su gloria: la anécdota que me cuenta sobre el rescate de una pobre esclava es enternecedor". (**JMLM** T. II – 14 de abril de 1847)

Para terminar, he aquí un hecho que sintetiza el apostolado de la catequesis de los Hermanos en la escuela, en un país de misión: lo transcribimos tal cual se lo cuenta el Hno. Arturo al P. Fundador, Juan María de la Mennais:

"El padre de uno de los niños que habían tomado la primera Comunión me decía que nunca había experimentado una dicha tan grande como la que sintió al ver a su hijo comulgar. Aproveché de las buenas disposiciones de los padres para pedirles que también ellos podían tomar la primera Comunión" (**D** 173 - 31 de enero de 1847)

Todo ello sumado, hace exclamar a nuestro misionero, lleno de alborozo, ya con más de una docena de años en la brecha:

"Sin nuestras escuelas, estos pobres niños ignorarían toda su vida, las verdades necesarias para la salvación y se perderían infaliblemente. Por medio de nuestras escuelas aprenden sus deberes para con Dios y para con el prójimo, se hacen excelentes cristianos y santos". (**D** 173 - 27 de julio de 1852)

7.- Primeros pasos hacia una integración racial de la sociedad colonial

Ya vimos cuán deplorable es la situación social en las Antillas, por los años 1840 y siguientes; incluso, desoladora. Divididas como están, o mejor: enfrentadas, ¿cómo llegar a la integración entre las varias clases sociales de colonos blancos, gentes de color libres, y esclavos negros? – Es una empresa por demás ímproba.

+ Como hemos visto más arriba, en la isla María Galante, en 1841, el Hno. Arturo cuenta ya, entre sus alumnos, algunos niños blancos.

+ En la escuela de Fuerte San Pedro, en cambio, hay que esperar al año 1845 para que ese hecho se dé; así se lo comunica gozoso, al Fundador:

+ *"Tengo varios niños blancos en mi clase". (Todos los demás son libres de color y raramente algún esclavo)".* (**D** 172 – 8 de marzo de 1845)

+ Algo parecido se constata en la otra escuela de San Pedro, la de Mouillage: ¡Lástima que unos meses más tarde le vuelva a hablar de ello, pero para decirle que no siguieron y que tampoco venían niños esclavos!

+ En otros puntos de las Antillas el horizonte es más alentador: casi desde los comienzos de 1844, algunos niños blancos acuden a las clases en la Basse-Terre (Guadalupe).

+ Hasta este tiempo ,-finales de 1845-, la gran mayoría de los alumnos es de la ciudad. La situación va a cambiar. Y así, el 24 de febrero de 1846, nuestro misionero le comunica al Fundador:

"Hemos recibido un gran número de niños del campo, - es decir esclavos-, de los que estamos muy contentos". (**D** 173 - 24 de febrero de 1846)

+ Luego, se lamenta de no poder disponer de locales para que se queden en el colegio (a pernoctar), en lugar de ir a casas particulares, no siempre ejemplares. Pero es un prometedor rayo de luz en el horizonte.

El problema es de tipo social: hay toda una mentalidad que cambiar; ello será obra del tiempo. Pero, ¿cuándo? Los Hermanos seguirán en su labor.

De todas formas, el Hno. Ambrosio, responsable de la misión, podía escribir, satisfecho, ya desde un año antes, al Fundador:

"Los párrocos y los municipios me presionan por todas partes, para tener Hermanos; creen que todo eso depende de mí". (**D** 173 - 26 de abril de 1845)

…¡Está claro, y la responsabilidad de los Hermanos en ello parece ser importante! Pero, para que sea efectiva, se precisa un buen ordenamiento jurídico, que apoye y sostenga todos esos buenos deseos, doblegue y venza la resistencia de los colonos blancos. Sólo así los esclavos negros podrán acceder a la educación. Es lo que,

incesantemente argumenta el Superior de los Hermanos de la Martinica y se lo comunica al Fundador, en Ploërmel. Éste, por su parte, mueve todos los resortes posibles, en París, para ello.

Y es así cómo, a mediados de 1845, un amigo de Juan María, el conde Montalembert, diputado, y en otros tiempos perteneciente a la escuela "menesiana" de la Chesnaie, - dirigida por Féli de la Mennais, hermano del Fundador -, en las Cámaras defiende vigorosamente una ley a favor de la instrucción de los esclavos.

De nuevo y con mayor vehemencia, el Hno. Ambrosio escribe a Juan María:

"Lo que yo sé es que nos piden de todas partes: colonos, sacerdotes, esclavos. Todos nos tienden los brazos y nos dicen: 'Es asunto de ustedes'. Querrían tener enseguida dos Hermanos en cada municipio. Ahora bien, hay 25 municipios en la Martinica y por lo menos 30 en la Guadalupe. (**D** 172 - 18 de agosto de 1845)

Se está operando, pues, un cambio en la mentalidad de la sociedad:

"Usted sabe que, en los comienzos, el clero se mostró indiferente ante nosotros, en la Martinica: apenas si se molestaron para anunciar, en los sermones, la apertura de nuestras escuelas. Hoy, sin embargo, se hacen lenguas para elogiar nuestra labor. El gran cambio operado en la clase de los libres de color les ha impresionado. Ellos, que tantas veces nos repetían: ***'No obtendrán nada de esta clase perversa de los negros'****, ahora dicen: '****Verdaderamente se ha operado algo maravilloso y divino'".*** *"Y, en cuanto a los sacerdotes, he aquí que nos llaman para hacer en las habitaciones, estancias y poblados, lo que no han podido hacer ellos mismos, a pesar de su celo".* (Ibid.)

Pero no es un cambio sorpresivo, realizado en poco tiempo; ya en 1842, el P. Girardon, párroco de la iglesia donde están enclavadas las dos escuelas de la ciudad de San Pedro, dirigidas por el Hno. Arturo, había exclamado públicamente:

"¡Los Hermanos son la dicha de la colonia! Vean, -dice a los "habitantes" blancos, dueños de las "habitaciones", y que le pregunta sobre nosotros; ¡vean qué orden reina entre los Hermanos; miren a los niños que están con ellos, cuán buenos y dóciles son, cuán honestamente se comportan! ¡Sí! Los Hermanos harán aquí un bien inmenso!"
(**D** 172 - Carta del Hno. Marcelino el Fundador, del 16 de septiembre de 1842)

...Y así, finalmente, el 18 de mayo de 1846, sale una orden del Rey que obliga a dar instrucción a los niños esclavos. Es recibida con alegría por muchos, aunque con el disgusto de no pocos colonos.

Pero también con satisfacción, por parte de las autoridades responsables. El Gobernador de la Martinica escribe al Ministro:

"El aumento del número de los Hermanos de Ploërmel se hace indispensable para la obra de moralización que se propone el Gobierno del Rey".

Luego añade una serie de sugerencias encaminadas a la mejor realización de la orden y para llegar a una integración de las clases de la sociedad en la escuela:

"No renuncio...a la esperanza de llegar a la fusión de los libres y los esclavos, en las mismas clases... La utilidad de las escuelas gratuitas se hace sentir vivamente en la colonia. Hay necesidad de crearlas, principalmente en los municipios grandes, donde hay necesidad de que la población no se vaya, mediante el trabajo y la propagación de las ideas religiosas".

Y concluye:

"Sólo me resta pedir insistentemente a Su Excelencia para que haga llegar, lo antes posible, nuevos Hermanos a la Martinica".

En efecto, tanto en la Martinica como en la Guadalupe, se dictan algunas normas para la puesta en práctica de la ordenanza real.

El Padre de la Mennais, situado a mitad de camino entre las colonias y la administración central, recepta las sugerencias de sus Hermanos misioneros y las transmite a París. Ve con buenos ojos este proceso de emancipación de los esclavos y su integración en la sociedad. En realidad él ha sido el promotor de todo ello, desde su estratégica retaguardia de Ploërmel:

"Los reglamentos de los Sres. Gobernadores de la Martinica y de la Guadalupe, para las clases especiales a los esclavos me parecen muy bien: la experiencia nos enseñará si no habrá lugar a algunas modificaciones; y si no será necesario, por ejemplo, que esos reglamentos deberán ser absolutamente iguales para las dos islas. Pero, mientras tanto, la única cosa que debemos hacer es remitirlos a los administradores que estén en aquellos lugares y que tienen que vencer tantos obstáculos. Parece que en la Martinica los propietarios muestran muy mala voluntad". (**D** 154 - 27 de diciembre de 1846)

Y, en efecto, el Hno. Arturo, piensa en dificultades, aunque de otro género; ya bien adelantado el año 1846, escribe al Fundador:

"Hemos recibido ya en nuestras clases niños esclavos, *aunque hasta ahora sólo 5 ó 6. Si se obliga a los amos a que envíen a los niños esclavos, vamos a tener muchos, si vienen, como lo prescribe la ley y las ordenanzas reales".* (**D** 173 – 7 de septiembre de 1846)

Y se pregunta cómo hacer, si vienen en gran número:

"¿Dar la clase en horas diferentes a los libres y a los esclavos? ¿Despedir a los libres?

Pero éstos (negros también), tienen tanta necesidad de instrucción religiosa como los esclavos; y además, en su mayoría son pobres; de suerte que hay tanto bien que hacer con ellos y con los esclavos". (Ibid.)

Y concluye así, lleno de santo entusiasmo:

"¡Qué ganas tengo de ver a estos pobres esclavos venir a nuestras clases! Espero que Dios me concederá la gracia de ser uno de los primeros encargados de instruir a esos pobres esclavos, en las verdades de nuestra santa religión y de enseñarles a leer". (Ibid.)

Los que sí siguen aumentando en las clases son los libres de color. La escuela de San Pedro dispone ya de un Hermano más, es verdad, pero nuestro pobre Hno. Arturo tiene, a pesar de ello, a veces, en su clase **¡118 niños!**

…Y así se comienza el nuevo curso, en enero de 1847. La Administración de la Martinica le pasa al Hermano una lista de 262 jóvenes esclavos, de 8 a 14 años, que deberían venir a clase. Pero sólo cinco o seis aparecen para comenzar. De suerte que concluye así su nueva carta al Fundador:

"Pida a Dios que inspire a los dueños, para que los envíen dos horas por día, como prescribe la ley". (**D** 173 - 31 de enero de 1847)

Esta es la última carta que poseemos del Hno. Arturo, como responsable de la escuela de Fuerte San Pedro. Pronto, el Director Principal, Hno. Ambrosio, le va a dar un nuevo trabajo, de mayor responsabilidad, si cabe, y muy novedoso. Siguiendo sus previsiones y deseos, va a dedicarse de lleno a la formación e instrucción religiosa de los

esclavos. Y no será en la escuela, sino por los campos: dejará la dirección de la comunidad de San Pedro y se trasladará a Fort-de-France.

Es nombrado, oficialmente, **Catequista de los Esclavos"** en sus mismas "**habitaciones"** o estancias: pasará diariamente de una a otra, por varias cada día, enseñándoles las verdades de la religión, instruyéndoles sobre la recepción de los sacramentos y preparándoles para el día cercano en que se convertirán en **hombres libres**, como los demás.

Será una tarea, no sólo con los niños y los jóvenes, sino sobre todo con los mayores: con toda clase de personas, hombres y mujeres. Lo veremos más adelante.

Pero, volviendo al tema del trabajo apostólico en la escuela, diremos, como conclusión, que la integración, se llegará a hacer, y sin tardar mucho. Serán otros Hermanos los actores de la misma, pocos meses después que nuestro Hermano haya dejado las clases. Su sucesor, el Hno. Focas, escribe al Fundador, el 8 de julio de 1847)

*"Los niños esclavos nos llegan en cantidad, desde el 5 de julio; los amos se apresuran a enviárnoslos; ellos mismos nos los traen y nos tratan con una amabilidad nunca vista aquí***".** (**D** 173 – 8 de julio de 1847)

Y, al terminar su tarea directa en la escuela, el Hno. Arturo podría haberse preguntado: **la escuela**, **¿ha sido un factor, un elemento eficaz de integración de las tres clases de la sociedad antillana: colonos blancos, libres de color y esclavos?** En los casi ocho años que lleva trabajando directamente, y de lleno, en el área escolar, los resultados han podido ser menos evidentes. Pero se ha logrado lo más importante: la población ha llegado a ver y palpar cómo la escuela es un medio, no sólo de **progreso cultural**,- lo que no es poco, en relación con la situación anterior de deserción escolar -, sino también de **convivencia pacífica y respetuosa**.

Y eso, los Hermanos lo han logrado mediante una educación integral, pero acentuando la **formación moral y cristiana.**

¿Cuál es el resultado final concreto? - Los alumnos ya acuden en masa a la escuela. Es cierto que la gran mayoría son libres, pero de color. Ello da pie para pensar que el mismo medio escolar podrá llevar a la integración de los esclavos, - ya iniciada -, y luego, **a una emancipación responsable y a la recepción pacífica de la libertad**. Es el camino que se irá recorriendo, como veremos más adelante. Y hay más…

La escuela cristiana y menesiana se ha ido demostrando como un medio determinante, aunque indirecto, de una parcial integración social. ¿Cómo? - Mediante el catecismo diario, de tarde, impartido a los que voluntariamente lo deseen. Es lo que vamos a ver próximamente: seguiremos a nuestro Hermano Arturo, metido también de lleno en esta obra evangelizadora que muchas satisfacciones le dio, y le hizo exclamar, en carta al Fundador, Juan María de la Mennais:

"Mire, querido Padre, cuánto bien van a hacer nuestras escuelas, que sacan a estas pobres gentes de la ignorancia de la religión". (**D** 24 de marzo de 1844)

Y añade, ¿cómo no?, su consabida exclamación, que es toda una sugerencia al Fundador:

"¿Cuándo llegaré a ver que nuestras escuelas y nuestros Hermanos aumenten en las colonias, donde la necesidad de la instrucción religiosa es tan urgente?" (Ibid.)

Y más adelante apostilla:

"Por favor, continúe rezando por la prosperidad de nuestros establecimientos de las Antillas, que son tan útiles, también para el bien espiritual y corporal de los criollos". Ibid.)

Y he aquí una última frase del Hno. Arturo que puede ser la síntesis de lo que en la escuela ha vivido y lo que espera y desea vivir:

"…Debo dar gracias a Dios y bendecirle y esperar con mayor confianza que me dará las fuerzas necesarias para instruir a los que me envíe, en su misericordia, ***para enseñarles a conocerle y a amarle.*** *Sería demasiado feliz si pudiera* ***morir, víctima del celo y de la gloria de mi divino Maestro y de la salvación de los demás****".*

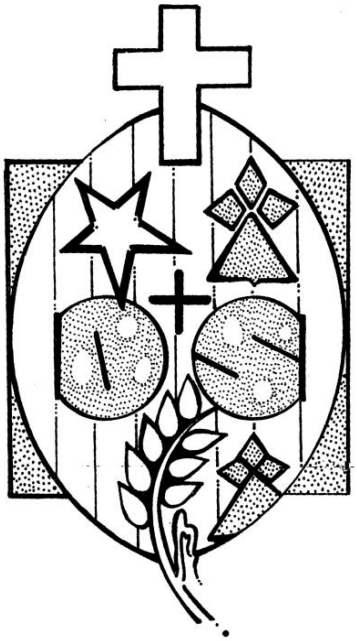
(**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

Es llamativa la sintonía de las palabras del Hno. Arturo con las que el Fundador nos dejó, como expresión de la misión del Hermano menesiano. No hay duda: también aquéllas y la vida misma del Hermano Arturo son la expresión vivencial de ese carisma. Y tanto lo vive que para realizarlo no duda en entregar su propia vida.

* * * * * * * * * *

Como colofón de la labor apostólica y de promoción humana de los Hermanos, en las escuelas, nada mejor que citar la frase de un testigo ocular de la misma, el Hno. Ambrosio, Director Principal de los Hermanos en aquellas latitudes, hombre imparcial y severo en sus juicios. La escribe al Fundador:

"Le aseguro que estos buenos Hermanos hacen tanto bien en este país, que estoy admirado e incluso asombrado". (**D** 172 - 7 de marzo de 1844)



Capítulo 5

El Hermano Arturo, catequista de adultos, desde la escuela

1.- Orígenes de la catequesis de tarde.

Medio año después de haber abierto su escuela en la Pointe-à-Pitre (primera escuela donde trabajó el Hno. Arturo en las Antillas), - julio de 1939 - los Hermanos deciden dar un paso más en su apostolado.

Viendo las iglesias vacías y cómo nadie se acerca a los Sacramentos, tienen la idea de establecer un catecismo de tarde, diariamente, luego de terminar las clases normales con los alumnos.

¿Para quiénes será este catecismo? – Para todos los que lo deseen, sin distinción de edad ni de clase social. Lo organiza el Director de la comunidad y de la escuela, el Hno. Marcelino Morin, y lo llevan adelante los tres Hermanos de la misma; entre ellos, por supuesto, el Hno. Arturo.

Casi dos años más tarde, a finales de 1841 -, nuestro Hermano es trasladado a San Pedro. Aquí se encuentra con algo parecido: desde 1840 el Hno. Alipio, joven Director, lo ha organizado y funciona con éxito: son numerosos los que a él acuden; pronto se realiza una primera Comunión. Quienes participan son, sobre todo, jóvenes. Al año siguiente se hace lo mismo. ¡Lástima que el prometedor Director muere ese mismo año de 1841!

El Hno. Arturo lo retoma y lo desarrolla. Ya en su primera carta al Fundador, desde San Pedro, - 8 de enero de 1842 -, le habla de sus planes, en relación con este Catecismo. Casi dos meses más tarde le puede decir que el proyecto se ha hecho realidad: a él acuden personas que cuentan desde 18 hasta ¡cien años! de edad. Todos son negros o mulatos, padres de familia, pobres obreros, libres, o esclavos, que acuden con el permiso de sus amos, cuando ya han terminado los trabajos y prestado sus servicios. Unos han hecho su primera Comunión, otros se preparan para ella.

(Cf. **D** 172 – 19 de marzo de 1842)

Otro año más y escribe:

"Estos hombres que vienen al catecismo son, en su mayoría, de edad madura, de 25 y 30 años, de 50 y hasta de 60. Hay también un buen número de jóvenes. Hace algún tiempo me anunciaron que un hombre de 115 o de 125 años debía venir también. ¡Ya es hora de que haga su primera Comunión! Insistí ante aquel que me lo comunicó, para que le hiciera venir lo antes posible" (**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

Y es que, en efecto, el Hno. Arturo, no contento con dar su clase cada día, mañana y tarde, se decide a dar, durante más de una hora, al anochecer, este Catecismo. Se lo cuenta confiadamente al Fundador, explicitando los contenidos y verdades que les enseña, la manera de hacerlo, etc. Dice, con satisfacción, que lo hace de tal modo que se interesan vivamente y que acuden en masa a escucharlo. Veámoslo…

2.- Desarrollo del Catecismo para adultos

Esta iniciativa cunde y se imparte en las dos escuelas y con una participación cada vez mayor.

"Nuestros dos catecismos de tarde, en San Pedro son florecientes: tenemos uno en cada parroquia; el del Fuerte San Pedro es muy numeroso: a veces vienen 30, otras veces, 20, pues no pueden venir todos regularmente, sobre todo los esclavos, que sólo pueden venir cuando sus amos no necesita de sus servicios. Por eso, yo no comienzo hasta las 6'30 h. y termino a las 7, 45. Hay algunos que sólo pueden llegar hacia el final. Dos de entre ellos acaban de tomar la primera Comunión de forma muy edificante; uno tenía cerca de 60 años, -esclavo negro-, y el otro, de color, 33.

Nunca he visto mayor fervor durante el pequeño retiro que hicieron en un oratorio que les preparé en uno de nuestros locales, junto al patio.

Vienen también a encontrarse conmigo cuando se preparan para la confesión para que les recuerde la manera de hacer el examen y la confesión misma.

Después que aquellos dos hombres de los que anteriormente le hablé tomaron la Comunión les pedí que dijeran a los otros cuán dulce es el yugo del Señor y su carga ligera, comparando su estado actual con el tiempo en que tenían la conciencia cargada, etc.

Casi todos los que asisten al catecismo se han confesado ya varias veces, excepto algunos que vienen al azar". (**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

Y tiempo más tarde precisa el alcance de este catecismo a los adultos:

"No sólo los niños reciben la instrucción religiosa en nuestros establecimientos de las Antillas; también lo sigue una gran cantidad de personas de toda edad. Para ellos, tenemos el catecismo de tarde; el bien que produce…es mucho más sensible que entre los niños". (**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

Afirmación que precisa más adelante en la misma carta:

"Un catecismo de tarde (se ha establecido) en casi todas nuestros centros; el bien que produce es mucho más perceptible que entre los niños. Cuando estos hombres se dan a la práctica de la virtud y a la religión, ordinariamente perseveran toda su vida. Entre ellos hay padres de familias que dan el buen ejemplo en sus casas. Como ve, mi querido Padre, es una pena que nuestros establecimientos no sean más numerosos". (Ibid.)

Y como el ejemplo arrastra, el Hermano puede terminar diciendo:

"Algunos jóvenes, movidos por el ejemplo de los que ya tomaron la primera Comunión, quieren hacerla el año que viene". (Ibid.)

Tiempo después, tiene otra satisfacción:

"Dado que muchos esclavos de las "habitaciones",- en el campo -, desean acercarse a los sacramentos y nadie va a prepararlos, ellos mismos se han decidido, en una de ellas, cercana a nuestro establecimiento, a venir en gran número a nuestro catecismo de tarde". (**D** 172 - 5 de mayo de 1846)

Y, meses más tarde, en fin:

"Nunca fue tan numeroso el catecismo de tarde". (**D** 173 - 22 de septiembre de 1846)

Y los progresos siguen. Hasta tal punto que exclama:

"No me sería fácil el expresarle lo que yo mismo sentía, al verlos tan bien dispuestos: nunca vi tanto interés para asistir a nuestro catecismo de la tarde; de suerte que nos vimos obligados a darlo en dos locales a la vez". (**D** 172 - 31 de enero de 1847)

Ya desde el inicio de esta nueva forma de apostolado, el Hermano encontró el apoyo del Fundador:

"Admiro su celo por la clase de la tarde, cuya importancia percibo mejor que nadie ". (**JMLM** T I – 2 de junio de 1842)

Y poco después:

"Creo que es la obra más útil. (**JMLM** T I - 10 de octubre de 1842

Sin embargo, con ojo avizor, le previene, en relación con su salud:

"Le recomiendo, de la manera más explícita, que no se agote". (**JMLM** T I – 2 de junio de 1842)

Estas palabras son un aliento para el Hermano: seguirá con renovado ardor.

3.- El catequista en acción

Si el catecismo es seguido con interés por quienes a él acuden, no lo es menos para el catequista. Al escribir al Fundador, le pide oraciones por todos los catequizandos y especifica:

"Por su perfecta conversión". (**D** 172 - 23 de diciembre de 1843)

Y este catecismo que da diariamente, - menos los jueves y domingos -, y dura más de una hora,- desde de las 17' 00 hasta las 19'00 -, pero que a veces se prolonga hasta las 19'45 e incluso a las 20' 00 h. le dedica, además, horas extra:

"Algunos vienen a encontrarse conmigo entre las horas de clases, para consultarme en particular y hacerme preguntas sobre la manera de hacer el examen de conciencia, de confesarse, pues no se han atrevido a hacerlo delante de los otros. Algunos se desaniman y hay que ayudarlos, insistir para que no miren hacia atrás, pues la muerte puede sorprenderlos. Les invito a que pongan orden en sus asuntos personales."

(**D** 173 - 30 de mayo de 1843)

Hablar de un **método explícito** en la manera de darlo, es mucho decir:

"Lo hago como para los niños: les explico media hora de catecismo; me escuchan con una atención que le encantaría". (**D** 172 – 16 de abril de 1842)

¿Y el resto del tiempo? Lo emplea en las actividades que más tarde desarrollará en el catecismo a los esclavos: repite la letra de las preguntas y sus respuestas, para que las vayan memorizando, oraciones, cantos, y responde a sus preguntas e inquietudes, etc.

Dispone, para ello de una herramienta preciosa: dirigiéndose a adultos que, en su *mayoría no han pisado una escuela, en las explicaciones complementarias les habla en* su lengua o dialecto "criollo". Dada su facilidad y empeño, pronto llega a dominarlo.

No es extraño, pues, que le escuchen con interés. He aquí con qué sencillez se lo cuenta al Fundador:

"El catecismo de tarde es floreciente: estos buenos viejos lo escuchan siempre con una atención que da gusto y hace que encuentre mis delicias hablándoles de Dios".

(**D** 173 - 2 de febrero de 1844)

Pero no es sólo el Hno. Arturo quien da este testimonio. He aquí lo que el Hno. Ambrosio, testigo de excepción, escribe al Ministro de las Colonias, en París

"En San Pedro tenemos el gran consuelo de ver que la instrucción de la tarde se mantiene con el mismo vigor que en años precedentes; lo frecuentan 148 adultos, y de ellos 67 son esclavos que provienen, en parte, de la ciudad, y en parte, de las 'habitaciones' vecinas". (**D** 151 - 15 de junio de 1846)

Pero esta asistencia y participación de los catequizandos no siempre es tan fácil y sencilla. En ocasiones llega a adquirir tintes de heroísmo. Un caso entre mil nos lo mostrará, contado por el mismo Hno. Arturo:

"Este piadoso esclavo no podía venir de la "habitación" en que trabajaba hasta haber terminado su jornada de trabajo, como los otros, y luego de tomar algún alimento.

De esta suerte, eran ya las 20'00 h. cuando llegaba a la ciudad. Nuestro catecismo había ya terminado o casi. Y así, se veía obligado a recurrir a uno de los que habían asistido, para que le repitiera la letra del catecismo que yo había explicado. Así, eran a veces las 21'00 h. o más tarde, incluso, cuando volvía a la "habitación", con el peligro de ser mordido por las serpientes, que, ordinariamente se pasean por las noches.

Y cuando funcionaba el molino estaba obligado a pasar, después, la noche en él, si le tocaba el turno, para luego ir a trabajar con los otros, al día siguiente.

Parece como si todo el infierno se hubiera armado contra él, para vencer su coraje y su fe; pero Dios ha sostenido a este esclavo. ***Después del examen para la primera Comunión ha venido muy gozoso a comunicarme que había aprobado."***

(**D** – 172 - 2 de febrero de 1844)

Más fácil le resultó, en cambio, a un anciano de 112 años, de la ciudad, el hacer la primera Comunión: en razón de su edad le fue permitido hacerla solo, en la capilla de la comunidad de los Hermanos…

No faltan, sin embargo, problemas para llevar adelante esta labor Pero tampoco el coraje para superarlos

4.- Dificultades

¡Sí! No todo es fácil, ni para los catequizandos, ni para sus catequistas. Ni todos los que asisten lo hacen con el mismo interés. El Hno. Arturo, con toda sinceridad se lo cuenta al Fundador.

"Algunos vienen para pasar el tiempo. Pero yo me guardo bien de reprenderlos. Al contrario, los recibo siempre lo más cortésmente que puedo. Al fin, yo no hago más que sembrar; es Dios quien da el crecimiento, y a su tiempo. Sólo Él". (**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

Pero las dificultades, las de mayor peso, las que impiden que el catecismo llegue a dar todo su fruto, vienen, en su mayoría, por otros caminos. Una carta del Hermano a Juan María de la Mennais, el Fundador, las describe en forma clara. La cita es algo larga, pero vale la pena.

"Desde hace varios años doy la catequesis de la tarde, cinco veces por semana, excepto durante una parte de las vacaciones. Hasta ahora, sólo un pequeño número de entre los que asistían a ella hacían juntos su primera Comunión. Pero esta vez he tenido el consuelo de ver que son once o doce los que han aprobado el examen, hace unos días. Es poco, en relación con el gran número de los que asistían a nuestra catequesis de Fuerte San Pedro, durante el año.

Las razones que impiden que no sean más son las siguientes:

+ La mayor parte son obreros o pobres esclavos.

+ Los primeros no pueden asistir todos los días, ya que, a veces trabajan en el campo, muy lejos.

+ Los otros, los esclavos, sólo pueden asistir después que sus amos no los necesitan para trabajar.

+ Varios de éstos han aprobado el examen; pero hay uno que no ha podido obtener el permiso de su amo para tomar la Comunión; pues aquí, un esclavo no puede hacer su primera Comunión si el amo no quiere permitírselo. "¡Cuánta pena me da esto!..."

(**D** 172 - 2 de mayo de 1845)

5. - Satisfacciones, consuelos para el Hno. Catequista

Grandes y a veces, dolorosas son las dificultades, es cierto. Pero, quizás por ello, las satisfacciones no son menores.

Espigamos algunos testimonios entre otros muchos; en ellos se transparenta la alegría de nuestro Hermano Arturo, cuando se lo cuenta al Fundador.

+ *"Casi la mitad de los que vienen a la catequesis son esclavos: jóvenes y viejos; hay algunos muy piadosos e instruidos en la religión.*

+ *Muchos que tomaron la Comunión siguen fieles. ¡Lástima que no haya una clase para ellos, en la tarde!*

+ *De entre los que vienen a la catequesis, los hay muy buenos. Incluso, algunos dan la catequesis en el campo: algunos esclavos catequizan a otros y los ayudan a aprender el catecismo".* (**D** 172 - 28 de agosto de 1845)

+ Lleva dos años preparando esta catequesis en San Pedro y exclama alborozado:

"Esta catequesis me encanta y también le encantaría a usted, excelente Padre, si fuera testigo de ella

Le digo que esta catequesis me da muchos consuelos". (**D** 172 - 10 de octubre de 1844)

+ He aquí otra satisfacción profunda del Hermano:

"Incluso algunos alumnos que habían dejado la escuela sin tomar la Comunión vienen al catecismo de la tarde para prepararse".

Por ello, exclama gozoso:

"Algunos van a tomar la Comunión. Los que la tomaron anteriormente siguen fieles. Le confieso que todo esto no es un pequeño consuelo para nosotros".

E incluso, reconoce que este apostolado le hace mucho bien en su vida espiritual, a él personalmente:

"Si alguna vez, por mi debilidad, estoy a punto de caer bajo el peso de las pequeñas cruces que el Señor me envía, los consuelos que me da en otras circunstancias compensan con usura y me levantan el ánimo" . (**D** 172 - 30 de junio de 1845)

Por todo ello, porque lo ve de cerca y lo toca con la mano, y porque, con el paso del tiempo, los esclavos van siendo mayoría en esta catequesis, el Hermano pone una exclamación que puede causar admiración:

"Algunos esclavos se distinguen por su piedad, su caridad hacia los pobres y los enfermos; otros enseñan el catecismo en el campo; incluso otros catequizan a otros esclavos que desean aprender su catecismo". (**D** 172 - 22 de abril de 1845)

Ya vimos que desde el principio el Hno. Arturo contó con el apoyo del Fundador en esta faceta de su apsotolado. Pero, dado que es una novedad, podríamos preguntarnos: ¿Qué piensa el propio Juan María, en Ploërmel, de este catecismo de tarde? - De una escuela y otra le van llegando noticias, testimonios sobre el bien que, por este medio hacen sus Hermanos: no sólo del Hno. Arturo, que, sin embargo es uno de los grandes protagonistas. De esta suerte puede calibrar muy bien, tanto sus esfuerzos, como la realidad misma del apostolado, en cuanto tal y por el Reino de Dios. ¿Qué piensa, pues?

Informado desde los primeros momentos, escribe al Hno. Arturo*:*

"Continúe hablándome, en sus noticias, lo más posible, y dándome los detalles más edificantes". (**JMLM** T I – 10 de octubre de1842))

Y, observando la buena labor que se realiza en un campo, diríamos que imprevisto, añade complacido, apoyándola decididamente:

"Lo que me dice de los hombres que frecuentan sus catecismos me causa una grande alegría y doy por ello muchas gracias a Dios. ***El bien que hace es admirable y no puede hacer otra cosa que aumentar*** *si, como no lo dudo, ustedes todos perseveran en su vocación" .* (**JMLM** T I - 9 de junio de 1843)

Y concluye con estas palabras liminares, enviadas a otro misionero, el Hno. Anastasio:

"Considero esta instrucción de la tarde como lo que hay de más hermoso y más útil en su misión". **(JMLM** T II - 30 de diciembre de 1845)

6.- Frutos del catecismo de tarde

En realidad, ya hemos visto algunos. Podríamos explicitarlos. Nos limitaremos sólo a algún texto del Hno. Arturo, en su correspondencia al Fundador. De cada Hermano catequista, - y lo eran prácticamente todos los que entonces misionaban por aquellas tierras -, se podría presentar una bandeja de ellos a cuál más bellos, repleta, con los frutos espirituales y apostólicos, sociales y familiares conseguidos.

"Creo que es un deber para mí el comunicarle la alegría que hemos experimentado al ver a varios de esos hombres que asisten a la instrucción o catecismo de la tarde, que han comulgando en el aniversario de su primera Comunión, el día de la Natividad de la Virgen.

(**D** 173 - 27 de septiembre de 1843)

Y nuestro Hermano concluye la carta, poniendo de relieve la importancia de la escuela, como medio para realizar tales obras.

Sucesivamente iremos señalando, en forma concreta, algunos de estos frutos: comuniones numerosas de personas mayores, afluencia de la gente a los oficios de la parroquia, regularización de uniones ilegítimas, especialmente cuando hablemos de los Primeras Comuniones. Y de otro nivel son: la **discriminación racial** y las **relaciones de los Hermanos con los sacerdotes**. Las tratamos ¡ya!, empezando con el primero

7.- Superación del racismo

Lo hemos ido viendo en forma clara. Lo concretamos con algunos botones de muestra. Todas las citas están sacadas de cartas del Hno. Arturo al Fundador.

Comenzamos con una en la que el Hermano se queja de que los esclavos no acuden a la escuela; no sucede lo mismo en la catequesis para adultos:

"No tenemos muchos esclavos en nuestras clases, no conozco más de uno o dos en Fort-de-France; sus amos no se lo permiten. No sucede lo mismo con el catecismo de tarde: la mitad de los que vienen son pobres esclavos, jóvenes y viejos; y entre éstos hay algunos muy piadosos y muy instruidos en nuestra santa religión". (**D** 172 - 22 de agosto de 1845)

Ya es el cuarto año en que se da la catequesis por la tarde en las escuelas de San Pedro: ha costado algún trabajo y algunos añitos, pero los frutos están llegando a sazón Ese mismo año, el Hno. Arturo puede exclamar con alegría:

+ *"Ha venido un blanco al catecismo; no ha tenido inconveniente en mezclarse con mis buenos negros y la gente de color, libres o esclavos: todos son igualmente recibidos"* .

(**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

No han pasado dos años y ya el número de esclavos que asisten a la Catequesis supera el número de los libres.

¡Hermoso fruto de la enseñanza del catecismo: la superación de un racismo secular!

8.- Trabajo en comunión y buen entendimiento entre Sacerdotes y Hermanos

Otro fruto, - y no el menor -, de esta dedicación de los Hermanos a la extensión del Reino de Dios, mediante la enseñanza del catecismo es, justamente, la unión, comprensión y ayuda mutua entre los protagonistas directos en la evangelización de las Antillas: los sacerdotes y los Hermanos.

No necesitamos muchos testimonios para hacerlo evidente. Serán valiosos y representativos:

"Ahora nos entendemos bien con los sacerdotes de San Pedro", escribe el Hno. Arturo al Fundador. (**D** 172 - 16 de abril de 1842)

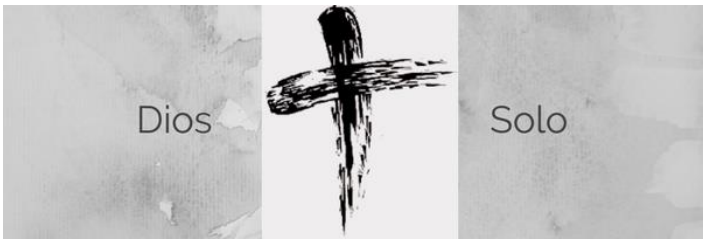
¿Consecuencia de ello? Hay una mutua colaboración:

"Nosotros mismos- dice el Hno. Arturo, llevamos a nuestros alumnos al catecismo de la parroquia, para la preparación inmediata de la primera Comunión: con charlas (de los sacerdotes…) *y confesiones; nosotros nos quedamos vigilando y todo va bien".* (Ibid.)

Y el buen entendimiento sigue mejorando; de esta suerte el clero acaba y corona lo que el Hno. Arturo y los demás Hermanos han comenzado.

También el Hno. Ambrosio, que lo palpa y ve muy directamente, opina lo mismo; lo veremos más adelante, a propósito del trabajo de catequesis en las "habitaciones".

Pero, entre todos los frutos de la Catequesis, el más preciado para los Hermanos es **la Primera Comunión.**



Capítulo 6

La Primera Comunión

Para los niños, en las Antillas, el sacramento de la Eucaristía marca una etapa en su formación religiosa. Para los adultos, significa una reconquista, un reconocimiento de su ser cristianos; y, si es el caso, viene precedida de la regularización de su situación matrimonial.

Es, pues, un día de alegría para el esclavo. De ahí la importancia de todo el proceso que conlleva. El catequista, feliz testigo y actor, lo lleva adelante con alma y corazón.

(Cf. **E. M**. Friot Nº. **3**1. Pág.30)

"Sería difícil expresarle la alegría que hemos sentido viendo a nuestros alumnos acercarse a la santa Mesa, como también a los hombres del catecismo de tarde; estos últimos, que parece que no han sido llamados a trabajar en la viña de nuestro buen Maestro sino a la hora undécima, parecen querer recuperar, por su fervor y su piedad el tiempo perdido y adelantar a los otros. (**D** 172 - 27 de septiembre de 1843)

1.- Preparación. Retiro espiritual

Hacia ella se encamina la catequesis básica y de iniciación de los Hermanos catequistas, cada tarde: acercar a los hombres a Jesús, **"dándole a conocer y haciéndolo amar"**, como pretende Juan María de la Mennais, al establecer sus Hermanos en la escuela.

Y en esta preparación hay varias etapas que los catequizandos deben salvar; no cuenta el tiempo, hay que franquearlas:

- Seguir el curso de catequesis inicial, por uno o varios años; de ello ya hemos hablado ampliamente;
- Acercarse a recibir el sacramento de la Reconciliación, "la confesión", una o varias veces.
- Aprobar un pequeño examen, sobre conocimientos objetivos básicos del Catecismo; lo hace el párroco;
- Y, superado lo anterior, hacer un retiro preparatorio de varios días, antes de la fecha ansiada de la Comunión.

A veces, la Comunión es seguida, en forma inmediata, por la Confirmación.

Trataremos de dar un pantallazo sobre un día tan hermoso y una celebración tan importante, en la vida de todo cristiano, y más en un país de misión y con esclavos: ¿qué otra alegría podían tener comparable con ésta?

El mismo Hno. Arturo nos acompañará en su descripción y desarrollo.

Desde al primer año en Fuerte San Pedro el Hermano pone al corriente de sus actividades al Fundador, como hemos ido viendo. Y el Fundador, a su vez, no tiene reparo en contárselo al mismo ministro de las Colonias. He aquí una pequeña síntesis del Fundador al Ministro:

"Una primera Comunión muy notable ha tenido lugar el 8 de septiembre último en San Pedro (Martinica). Los detalles que me dan, de esta hermosa ceremonia, son del todo consoladores. Los niños, o más bien, los jóvenes que han tomado parte, con la edificación de toda la comunidad, habían sido instruidos por los Hermanos y se quedaron en la escuela, durante ocho días, para prepararla. Pienso, Sr. Ministro, que usted leerá con interés, la carta que estos jóvenes me escriben…" (**D**154 – 8 de noviembre de 1842)

Sigue el relato que transcribiremos en su momento.

Pero un hecho tan importante en la vida del cristiano supone y requiere una preparación concreta, además de la catequesis, varias veces por semana, durante un tiempo indeterminado: viene relacionado con la preparación de cada comulgando. A ello se ciñen los catequistas. Y lo hacen por etapas como hemos expuesto más arriba.

Otros, ya de edad, deben emplear varios años para preparase antes de poder tomar la Comunión.

Tiempo antes del día de la Comunión los catequizandos se acercan al sacramento de la Confesión, una o más veces.

Y algunos lo toman tan a pecho que vienen, durante el día, en los recreos de la clase, para hacer consultas al Hermano.¡Qué alegría para él. Ya lo vimos más arriba.

"Otros se encuentran algo desanimados y hay que alentarlos y decirles que no miren para atrás, porque la muerte los puede sorprender". (**D** 172 - 30 mayo de 1843)

Nuestro Hermano Arturo los acompaña y ayuda, respondiendo a sus dudas, aclarando puntos, alentando a todos para que lleguen a hacer lo que sienten que el Señor les pide e invita.

Para la preparación inmediata hacen un retiro. ¿Cómo se desarrolla?

"*El Retiro dura cinco días. He estado obligado a dejar mis clases para atenderlo.*

Hemos dedicado los primeros días para preparar a nuestros jóvenes alumnos, así como a los adultos mayores, a tal evento. Me sería difícil expresar cuánto me han edificado por su piedad y su fervor.

Varios pasaban una parte de la noche rezando; entre ellos, algunos de nuestros jóvenes de 12 a 14 años. Algunos de estos últimos, temiendo no despertarse para rezar el Rosario a la Virgen, como lo hacían algunos mayores, les pedían que los despertaran. Me vi obligado a oponerme a ello y a obligarles a que descansaran.

Normalmente tenían dos instrucciones por día, en la iglesia. Cuando volvían les hablaba de las disposiciones requeridas para acercarse a los sacramentos de Penitencia y Eucaristía, del examen de conciencia, de confesar bien todos los pecados, de la contrición, etc.

Les hacía, además, piadosas lecturas tomadas del libro **"El cielo abierto por la confesión"** *y los comentarios de San Alfonso a la "****Salve Regina",*** *invitándoles a recurrir a la Santísima Virgen y obtener por su intercesión, la gracia de recibir con las disposiciones necesarias, los sacramentos de Penitencia y Eucaristía.*

Al volver de la iglesia, lo hacían con gran recogimiento y pensando en el importante acto que se disponían a realizar". (**D** 172 - 30 de junio de 1845)

Se quedan en la escuela; en ella comen y duermen. Los Hermanos los acompañan.

He aquí un testimonio:

*"…Un hombre mayor, ya libre, de unos 60 años, tenía tal espíritu de penitencia que pasaba una parte de la noche en oración. Viendo que no había traído colchón, como les demás, le ofrecí algo para que descansara, pero no quiso aceptar nada: '****Tengo que reparar los pecados de mi vida desordenada,*** -responde-. ***Dormiré en el suelo".***

(**D** 173 - 31 de enero de 1847)

Y la Reconciliación con Dios que hacen en el retiro, mediante la Confesión, lleva, igualmente, a una reconciliación con los hombres, sean éstos, libres o esclavos, blancos o de color. En ocasiones, eso supone y exige la regularización de determinadas situaciones familiares: romper vínculos irregulares, o restablecer otros; es cuestión de tiempo, paciencia y mucha gracia de Dios.

Veamos algún caso concreto de esta acción reconciliadora de la Confesión durante el retiro preparatorio a la Comunión. El mismo Hermano nos lo va a contar:

"Nunca he visto mayor fervor durante el pequeño retiro que hicieron (los que iban a tomar la primera Comunión), en un oratorio que les preparé en uno de nuestros locales, junto al patio.

Uno de ellos era un rico colono (blanco, por lo tanto) que tenía un cierto número de esclavos. Antes del día de la Comunión, los hizo venir, les preparó un banquete en la escuela, siendo él mismo quien servía , y les pidió perdón, con las lágrimas en los ojos, por los malos tratos que les había dado; y si en ocasiones les había tratado como cosas, en adelante, en más, los trataría y amaría como hermanos. Los pobres esclavos, al ver a su amo arrepentido y dolorido ante ellos, mezclaban sus lágrimas con las del amo. Yo mismo estaba conmovido, pues nunca había visto un espectáculo semejante.

Y ahora, ya después de la Comunión, continúa viniendo siempre a la instrucción, que es el nombre que dan al catecismo que les doy en la tarde". (**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

2.- El día mismo de la primera Comunión

Nada mejor para penetrarnos de lo que era este acto para aquella buena gente, en un país esclavo, que transcribir alguna página del Hno. Arturo. Podrían ser tantas… Las comuniones se repetían cada año, una o más veces.

Elegimos una en la que la belleza y sencillez del relato nos ahorra cualquier comentario y presentación. La hicieron, en esa ocasión, alumnos del colegio y adultos de la Catequesis de tarde.

"La primera Comunión ha tenido lugar el 8 de diciembre y fue seguida de la Confirmación…

Habría quedado usted muy edificado si hubiera sido testigo de la modestia y el recogimiento con los que nuestros alumnos se han acercado a la Santa Mesa: estaban tan penetrados de la importancia de la acción que iban a realizar que parecían muy emocionados. Yo mismo me emocioné.

¿Cómo expresar la alegría que sentimos, al ver la manera edificante con la que estos buenos jóvenes recibían por primera vez a nuestro divino Salvador?

Su acción de gracias fue aún más emotiva. Incluso cuando regresaron a nuestra escuela, algunos estaban tan recogidos y ocupados pensando en la gran acción que acababan de realizar que parecían olvidarse de tomar el menor alimento. Sin embargo, era ya hora de tener gran necesidad de ello. (**D** 172 – 23 de diciembre de 1843)

* * * * * * * * * *

La Comunión fue hermosa, aunque en estas ocasión no fueron tantos los que la tomaron: diez, sobre sesenta que asistían al catecismo de la tarde; y otros quince del colegio que contaba 320 alumnos, en ese momento: 25 en total… ¿Por qué no fueron más? He aquí como lo explica el Hermano…

En cuanto a los primeros, los del catecismo de la tarde:

+ Los nuevos convertidos necesitan un período de prueba, como dice el Apóstol, para no comer indignamente el cuerpo del Señor. Otros prefieren esperar a Pascua.

+ Y los esclavos necesitan un permiso de su dueño y un certificado en el que diga que están contentos con ellos.

En cuanto a los alumnos,

+ Unos son demasiado jóvenes.
+Otros, tienen la oposición de sus padres, a pesar de nuestras observaciones y avisos.
+ A otros, el confesor les dijo que esperaran al año siguiente.

3.- Después de la Comunión

He aquí los testimonios de dos responsables directos: uno, el Hno. Arturo y el otro, su gran colaborador de aquellos tiempos, el Hno. Marcelino-María Rouzioux:

"Llegados al colegio, hemos encontrado en la mesa el chocolate que una buena señora, llamada Exeat, - nosotros la llamamos así, como a nuestra Madre, por sus liberalidades hacia nosotros -, había hecho preparar para los niños que acababan de comulgar".
(**D** 172- Hno. Marcelino, 17 septembre e 1842)

Y el del Hno. Arturo, con el que concluye su relato de la primera Comunión, uno de aquellos años:

"Después de la 1ª. Comunión, los que la han tomado, jóvenes y viejos, regresan al colegio; también lo hacen sus padres y amigos para desearles una feliz fiesta y a felicitarles y nos manifiestan su agradecimiento. Algunos, con lágrimas en los ojos, por la alegría de haber visto a sus hijos tomar la Comunión". (**D** 172 - 30 de junio de 1845)

"Al día siguiente tuvimos la misa de acción de gracias: nuestro venerable Párroco subió al púlpito y leyó una fórmula de consagración a la Virgen; los niños la repitieron. A las diez fuimos a la casa parroquial a agradecer a los sacerdotes por lo buenos y amables cuidados que nos habían prodigado con tanta generosidad. (**D** 172- Hno. Marcelino, ibid.)

"Algunos se quedaron tres días más: son los días de acción de gracias. Les dimos algunos avisos para que perseveren en la práctica del bien y les enseñamos y hacemos algunos ejercicios: el Via-crucis, etc." (**D** 172 –30 de junio de 1845)

Vamos a la parroquia para manifestar nuestro agradecimiento al párroco y a sus coadjutores. Él les da algunos sabios consejos y así damos por terminado el retiro y cada uno se vuelve a su casa". (Idem)

El Hno. Arturo aprovecha este tiempo precioso para remachar y redondear la catequesis:

"Después de la Comunión les insisto para que digan a los otros cuán dulce es el yugo del Señor y cuán ligera es su carga, comparando su estado actual con el tiempo en que tenían la conciencia cargada". (**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

Un buen número de jóvenes, compañeros de los que comulgaron, vinieron a acompañarlos y luego me pidieron permiso para asistir al catecismo, para disponerse a hacer su primera Comunión, también ellos . (**D** 172 – 23 de diciembre de 1843)

4.- Un largo camino

El camino recorrido para llegar a esta hermosa realidad de la primera Comunión no ha sido ni breve ni fácil; ni para ellos, ni para los Hermanos que los han acompañado y preparado.

Los Hermanos, siempre al servicio del Señor y de los demás, no reparan en sacrificios: cuando un grupo ha terminado, tomando la Comunión, ya hay que pensar en el siguiente. Así se lo comenta el Hno. Arturo al Fundador:

"El Hno. Filemón y yo hemos tenido que volver inmediatamente después del retiro, por causa de la Primera Comunión en la escuela de Mouillage (San Pedro), renunciando a los días de convivencia con los Hermanos". (**D** 172 - 23 de diciembre de 1843)

Para ello, para preparar la primera Comunión, los Hermanos renuncian a menudo, sea al debido y necesario descanso del verano, como, sobre todo, a la alegría de pasar un tiempo con sus otros Hermanos, viviendo la alegría de la vida religiosa en familia.

Las alegrías espirituales, aunque de otro orden, compensan esta renuncia y satisfacción comunitaria.

Y los sacrificios materiales de tiempo, dedicación, etc., con ser exigentes, no son, a veces, los más sensibles. Hay dolores que al catequista le llegan más profundamente, hasta las fibras de su alma, de su sensibilidad cristiana. Y a ello ha de abocarse a fondo y con fuerza, en ocasiones, el Hno. Arturo. He aquí algún botón de muestra…

Como ya dijimos, el esclavo que se prepara para tomar su primera Comunión,

+ además de asistir regularmente y por un tiempo necesario y no definido a la catequesis;

+ además de haber hecho, una o más veces su Confesión o Reconciliación;

+ además de haber regularizado, si fuere necesario, su situación familiar;

+ además de haber sido admitido a ella por el párroco, luego del pertinente examen;

+ …necesita, -aunque fuere mayor de edad-, otro requisito: debe estar provisto de un permiso escrito de su amo, ¡para recibirla! Sólo a la vista de este certificado, el sacerdote le da la Comunión. ¿Cosa fácil? - No siempre…

Un buen anciano, esclavo,

+ que había asistido durante más de un año a las instrucciones;

+ que había aprendido el catecismo tan bien como lo podía hacer un hombre de su edad y condición;

+ que había pasado convenientemente el examen;

+ que amaba a Dios con todo su corazón;

+ que tenía el vivo deseo de tener la dicha de comulgar;

… ¡casi muere de pena al ver rechazada su petición, para tener el correspondiente permiso de comulgar, por parte de su amo!

Y quien se lo rechaza es su señora ama, buena cristiana ella, por otro lado. ¿Se cree, acaso, deshonrada, al ver que su esclavo se va a sentar en la misma Mesa sagrada que ella? ¿Lo cree indigno de alimentarse con el mismo manjar celestial y recibir el mismo Dios que ella? ¡No hay nada que hacer! ¿Será necesaria la intervención directa del Hno. Arturo para lograrlo?

El buen hombre, de todas formas ha hecho su retiro preparatorio con los demás. Y, con los otros comulgantes ha venido en procesión a la iglesia, para la Misa. También la señora va a participar.

Pero del permiso, ¡nada!

Y comienza la celebración… Y la Misa avanza… ¡Un drama!…

El Hno. Arturo juega su última carta: se acerca a la Sra., casi en el momento de la Comunión: le ruega y suplica… Hasta casi se pone de rodillas, pidiéndole el dichoso certificado o permiso… Sólo ante una instancia tan increíble la dueña cede, logrando, así, el permiso…

¡El buen esclavo, feliz, puede, finalmente, acercarse y recibir la Santa Comunión!

Este hecho y otros parecidos claman por el día de la emancipación, cuando,el esclavo, ya libre, como todo ser humano, podrá tomar entre sus manos su propias decisiones. Así, la religión empuja irremisiblemente hacia ese día: hacia la libertad.

Esta actividad, este celo del Hno. Arturo y de los otros Hermanos no deja insensibles a las gentes, sean esclavos o libres. Es lo que percibe el Fundador, desde Ploërmel, y se lo escribe la Ministro de las Colonias:

"Las disposiciones de la gente de color para con los Hermanos son muy consoladoras y dejan entrever los mejores resultados" (**D** 172 - 29 de abril de 1840)

Alegría de los padres, satisfacción de los sacerdotes y de las autoridades mismas, aliento para los Hermanos**...¿y para los niños y jóvenes y adultos que han tomado la primera Comunión?**

He aquí la respuesta, como epílogo…

Llenos de agradecimiento, algunos de ellos, en forma colectiva, esriben a Ploërmel, al Fundador mismo, Juan María de la Mennais, para mostrárselo, ya desde el primer año:

"Le escribimos estas pocas líneas, aunque no tenemos el honor de conocerle, para agradecerle y manifestarle nuestro agradecimiento, porque ha tenido la bondad de enviar a sus queridos Hermanos hasta aquí, para instruirnos sobre nuestros deberes espirituales y temporales. Por ello, le llamamos a usted nuestro padre, porque sus Hermanos, los que están aquí, son también los nuestros. Le queremos decir que somos treinta y uno, de nuestro establecimiento de San Pedro los que hemos tenido la dicha de hacer nuestra primera Comunión, el 8 de septiembre. Le pedimos que, si es posible, nos envíe más Hermanos para ayudar a los que ha tenido la amabilidad de enviarnos. Haciéndolo así, Padre, le estaremos doblemente agradecidos y hacemos votos al cielo por su salud y la de nuestros muy queridos Hermanos".

Terminan dirigiendo unas palabras a los Hermanos de Francia…

"Y ustedes, queridos Hermanos, no teman venir aquí, porque nuestro país no es tan malo como se lo imaginan, ya que nuestros Hermanos, los que están aquí, disfrutan de buena salud y están muy contentos"

(En una carta del Hno. Marcelino **D** 172- 17 de septiembre de 1842)

* * * * * * * * * *

¿Qué decir, después de esto, después de haber visto a los Hermanos dedicados de lleno a su labor apostólica, y especialmente, después de haber visto a nuestro Hermano Arturo jugándose de lleno por el Reino de Dios, en el que tanta falta hacían más brazos para cultivarlo? ¿No haríamos lo mismo que él? Cuando se entera de la llegada a las Antillas de nuevos misioneros escribe al Fundador:

"Lamento que, en lugar de seis Hermanos, no hayan llegado cuarenta. Este número, por grande que parezca, no sería suficiente aún para colmar la urgente necesidad que aquí se siente de la instrucción moral y religiosa. No sólo los niños encuentran esta instrucción en nuestros establecimientos de las Antillas; sino también, una gran cantidad de hombres de todas las edades, ya que para estos últimos tenemos un catecismo de tarde, en casi todas nuestras escuelas y el bien que se hace es grande".

(**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

5).- La primera Comunión, ¿punto de llegada o punto de partida?

La Comunión que acabamos de reseñar es, en la vida de las gentes de color de las Antillas, dada su situación, una fecha importante, ¿la más importante? ¿la sola importante?

En todo caso, para muchos es el único hecho en el que gustan de la felicidad verdadera y en profundidad. Y ciertamente, se convierte, también en un factor de peso para la regeneración de la sociedad antillana, sea para los esclavos como para los libres de color y, en ocasiones, para los mismos blancos. En ella se palpa la igualdad, la fraternidad de todos los hombres.

Podríamos preguntarnos: la Comunión, la primera Comunión...¿es un punto de llegada, o un punto de partida? ¿Es sólo un acontecimiento, muy memorable, sí, en la vida de cada uno, que queda ahí para el recuerdo, - un dulce recuerdo, quizás-, o es el inicio de una nueva vida, o mejor, la continuación y desarrollo de aquella vida divina que el Señor regala al hombre, en el bautismo, por la acción de su Espíritu?

La respuesta a esa pregunta condiciona y determina el proyecto personal de vida de cada uno. Y es una de las cuestiones ante las que los catequistas quedan siempre perplejos y expectantes. Y, ¡ojalá fuera realidad lo que el Hno. Arturo afirma en cierta ocasión, ¿con demasiado optimismo?:

"Cuando estos hombres se dan a la práctica de la virtud y de la religión, ordinariamente perseveran durante toda su vida". Y, a renglón seguido aduce que *"son muchos los padres de familia que dan el buen ejemplo en sus familias".*

(**D** 172 – 8 de marzo de 1845)

O ¿no será, por el contrario, que esos nuevos cristianos, estos recién convertidos, en medio de la masa, vuelvan a lo que les es propio, a lo que les atribuye el poeta:

"Costumbres fáciles, el canto, la danza, un trabajo que embrutece y donde nada ayuda?...

¿Perecerán las semillas divinas colocadas en el fondo del alma? ¿Quedarán en el olvido las enseñanzas recibidas? ¿Se evaporarán los delicados sentimientos que han explayado sus corazones?

Sin embargo, los inicios son prometedores: los hay que vuelven a la escuela para que el Hermano les ayude a preparar su próxima Confesión. Otros, se hacen verdaderos apóstoles en su ambiente:

+ Hay esclavos que acaban de recibir la Primera Comunión y, por la tarde, después de 12 ó 14 horas de trabajo en los campos de la caña, enseñan las oraciones y las primeras nociones de religión a sus compañeros de esclavitud a quienes el amo no autoriza a salir de la "habitación".

+ Otros se encargan de cuidar a los enfermos, y de su magra economía sacan para ayudar a los ancianos o impedidos.

+ Y, todos los que han formado parte del mismo grupo de Comunión se llaman hermanos y hermanas…

(Cf. ARCHANGE Penhouet.F. *Chronique des Frères de l'Instruction Chrétienne.* Nº. 141, p. 77 – 78)

Los Hermanos tratan de poner su granito de arena, en medio de una sociedad que poco lo favorece. La celebración de la segunda Comunión, por ejemplo, es una de ellas.

Otra: la celebración del Aniversario de la Primera Comunión. He aquí cómo se lo confía el Hno. Arturo al Fundadotr:

"Creo como un deber hacerle partícipe de la alegría que hemos tenido, al ver que ***nuestros alumnos*** *que habían hecho el año pasado su Primera Comunión, por esta época, la han tomado, de nuevo****, en el aniversario, y de una manera muy edificante****.*

Era el día de la Natividad de la Santísima Virgen. ***También estaban los que provienen del catecismo de tarde.*** *Estos últimos, que parecería que no han sido llamados a trabajar en la viña de nuestro buen Maestro, sino a la hora undécima, quieren recuperar, por su fervor y su piedad, el tiempo perdido e incluso sobrepasar a los otros. Sería difícil expresarle nuestra alegría".* (**D** 173 - 27 de septiembre de 1843)

Y completa el cuadro añadiendo algunos detalles que muestran cómo aquella Comunión ni fue un fuego artificial, ni flor de un día.

"Cada vez que voy a la iglesia por la tarde, a hacer mi cuarto de hora de Adoración, veo a algunas de estos buenos adultos, prosternados, adorando al Santísimo, con un aspecto piadoso y recogido. Quedo muy edificado. Y eso me compensa, de alguna manera, desde esta vida, por la pequeña fatiga que experimento, a veces, dándoles el catecismo de tarde.

Varios de ellos me parecen llenos de compunción y de pesar por no haber llevado siempre una vida más cristiana. Les he visto, a menudo, derramar lágrimas de arrepentimiento y me digo que, si han pecado, ha sido por la ignorancia en la que estaban sumidos". (**D** 172 - 27 de septiembre de 1843)

Más tarde lo apostilla diciendo: *"Pida a Dios que les conceda la perseverancia".*

(**D** 172 – 9 de noviembre de 1845)

Y concluye repitiendo una idea que le es muy familiar:

"Vea, mi excelente Padre, ***el bien que nuestras escuelas pueden hacer aquí****, al sacarles de esa ignorancia. ¿Cuándo veré aumentar su número y el de nuestros Hermanos en las Colonias, donde la instrucción religiosa es tan urgente?"*

(**D** 172 - 27 de septiembre de 1843)

Otros textos podríamos añadir. Bástenos uno, del año siguiente; en él puntualiza que, antes del día de la Comunión les ayudó a preparar la Confesión, les dio alguna charla y les hizo alguna lectura formativa. Y concluye de forma emotiva:

"…Las lágrima que corrían de los ojos de algunos de ellos daban a entender de qué sentimientos estaban penetrados. ***¡Ojalá pudiera derramarlas yo mismo!. Tendría tanta necesidad de llorar por el abuso de tantas gracias que he recibido desde que estoy en la religión y de tantas otras como recibo diariamanete. Pero. ¡ay! Mis ojos están secos, como madera seca, por así decir. Sus oraciones, mi buen Padre, pueden ablandar mi corazón*** (**D** 172 - 5 de febrero de 1844)

Frente a este texto – verdadero monumento a la humildad -, con el que terminamos la segunda etapa de evangelización del Hno. Arturo en la Martinica, queremos cerrarlo con las palabras con las que él mismo termina su carta al Fundador, anteriormente citada, relatándole la primera Comunión. Es una exaltación de entusiasmo, en un catequista convencido.

"¡Ay! Si nuestros Hermanos de Francia supiera cuán bueno es el Señor para con aquéllos que, habiendo dejado todo, - también su patria-, para trabajar en la salvación de aquéllos a los que ha rescatado al precio de su sangre, se apresurarían a echarse a sus pies, para pedirle que los enviara aquí, para trabajar por la salvación de estos queridos criollos".

¡Con qué fervor pedirían al Padre de las misericordias que dé la vocación religiosa y envíe a tantos jóvenes que no son necesarios para sus familias y que tanto lo serían aquí, donde hay tanto bien que hacer! (**D** 172 – 23 de diciembre de 1843)

III Parte

MISIONERO EN LA FRONTERA

Capítulo 7

El Hermano Arturo, catequista "voluntario" de los esclavos

1.- Antecedentes

Antes de afrontar un nuevo tipo de apostolado del Hno. Arturo, veamos, recordemos el panorama de la labor de evangelización que él y los demás Hermanos desarrollan, hasta este momento, en las Antillas:

+ **Catequesis en la escuela**: cada Hermano la da en su clase, dentro de una escuela integral, para niños y jóvenes, casi todos ellos libres y de color.

+ Catequesis desde la escuela, para gentes de color, libres y esclavos, y algunos blancos, mediante el catecismo de tarde.

+ A ello, nuestro Hermano añade la **Dirección de la escuela y la de la Comunidad** religiosa, con lo que ello supone.

...¿No es ésta, acaso, suficiente labor? - Más que suficiente, diríamos, para llenar la vida de cualquier celoso apóstol: le ocupan y le toman el día entero, mañana y tarde, e incluso parte de la noche, durante el período lectivo y también, una buena parte de las vacaciones. Pero...

Hay un "pero" importante para aquellos Hermanos. ¡Allí, al lado, junto a ellos, está, yace, la masa de los esclavos, la gran mayoría de la población antillana. ¡Y esa mayoría queda fuera de la acción apostólica de los misioneros! ¡Sí! Es verdad que ha habido algunos esclavos que, con una gran dosis de abnegación ya se han sido beneficiando de la labor de los misioneros. Pero han sido pocos, muy pocos, en relación con la masa total.

Eso, a los **Hermanos les duele**. En su cartas al Fundador le manifiestan su ansia de llegar hasta los esclavos, a todos los esclavos: para darles lo que ellos llaman la "instrucción religiosa" y enseñarles a leer, etc.

También el **Hno. Ambrosio, Superior de la obra en las Antillas**, se lo hace sentir a los responsables de la Administración civil. Por enésima vez se lo recuerda al Fundador

"Usted sabe que en casi todos mis informes yo he puesto un artículo concerniente al estado y a la triste posición de los negros. Y, si no lo he hecho como debería hacerlo, es porque me faltan las palabras para expresar mis sentimientos, pues ***estoy plenamente convencido de que sólo la instrucción religiosa bien organizada y muy dinámica en todos los puntos de las islas, podría salvar a las colonias"***

(**D** 173 - 6 de junio de l848)

Pero, quien de veras empuja para que se atienda a los esclavos, en sus mismos poblados o "habitaciones" es el **Fundador mismo, Juan María de le Mennais**: había entrevisto y considerado esta necesidad ya antes de enviar a sus Hermanos a las Antillas

y sigue insistiendo en ello, ante el Ministerio de las Colonias, apenas llegados los Hermanos a la Guadalupe:

*"…Me parece que, para llevar la instrucción a los negros (esclavos), en las 'habitaciones', lo mejor sería colocar a los Hermanos, no en la casa de los curas párrocos, sino formando establecimientos de cuatro Hermanos en las localidades grandes: dos Hermanos darían las clases regulares en la ciudad y otros dos irían, a caballo**, cada día, ora a una habitación, ora a otra; y regresarían, por la tarde, a dormir a la comunidad"**.* (**D** 154 - 18 de junio de 1840)

Esto es lo que, pasados unos años se hará. Juan María tuvo una intuición profética. Pero, no adelantemos los acontecimientos.

2.- Un paso preliminar

El tema de los esclavos y de su emancipación está en pleno desarrollo a la llegada del Hno. Arturo a las Antillas. Pero el problema es: ¿cómo afrontarlo, ¿cómo prepararlo? La llegada de los Hermanos de Juan María de la Mennais es ya un inicio importante de solución, aunque limitada, por el momento: mediante las escuelas en las ciudades. Pero la gran mayoría de los esclavos, los de las llamadas "habitaciones", donde, en su gran mayoría trabajan y viven, queda fuera de ese horizonte.

Menos de un año después de la llegada del nuestro Hermano a las Antillas, - el 5 de enero de 1840 **– el Gobierno francés promulga una ordenanza real** que reglamenta la instrucción primaria y religiosa de los esclavos: "*Prescribe a los ministros del culto, - los sacerdotes -, que visiten, al menos una vez al mes, las "habitaciones" de su parroquias respectivas, y que provean , para que, los niños, reciban, al menos una vez por semana, la instrucción, mediante ejercicios religiosos y la enseñanza del catecismo. Y a los amos, que lleven a los niños esclavos de menos de 14 años a la iglesia, para ese catecismo".*

(Cf. Gisler, « L'esclavage aux Antilles françaises XVII- XVIII siècles ». pág. 60 en nota)

Es un primer paso, tímido si se quiere, pero lo es: abre un camino.

Y hay más: pasa el tiempo y la autoridad civil va penetrando en el sentido que hay que dar a la instrucción a los esclavos. En los primeros meses de 1842, el almirante Duperré, ministro de la Marina y Colonias, pone a concurso entre el clero la composición de un Catecismo para las colonias y concluye: *"Que sirva para hacer, del negro, a la vez un ciudadano y un cristiano".*

Pero la ordenanza suscita la reacción habitual de los blancos y no se realiza. Los sacerdotes tienen, en teoría, la libertad de visitar las "habitaciones", pero, para poder entrar en ellas, dependen de la buena voluntad de los amos y sus gerentes. Y dado su pequeño número, no serán suficientes para tal empresa.

La llegada de los Hermanos es, para algunos, un alivio, sobre todo, cuando se dan cuenta, - por los hechos -, que su concurso eficaz les ayudará, en la obligación de catequizar a los esclavos en las habitaciones"·. Los pasos que se van dando llevarán al Gobierno a afrontar una organización más seria y completa.

(Cf. Goudy, *"L'oeuvre pastorale du fr. Arthur…", pág. 38*)

3.– Primeros intentos

Antes que la máquina oficial dé esos pasos, ya los Hermanos, -algunos-, por propia iniciativa, se deciden a dar una modesta solución a la triste situación en que yacen los esclavos.

A falta de otros datos seguros, sobre intentos anteriores, sabemos que es el Hno. Marcelino-María Rouzioux quien, desde la comunidad de San Pedro (en la Martinica), de la que el Hno. Arturo es el responsable, comienza a ir a una habitación cercana, los domingos por la tarde.

Lo inaugura el domingo 3 de septiembre 1842.

(Cf. **D** 172 - Carta del Hno. Marcelino-Mª., 21 de septiembre de 1842)

Años más tarde, el mismo Hno. Marcelino describirá ampliamente esta primera experiencia. Otros Hermanos se hacen eco de ella. Pero es el Hermano Arturo quien, primero, se la comunica al Fundador:

"El Hermano Marcelino va todos los domingos a una habitación cercana a esta ciudad; allí da la catequesis a unos 300 esclavos, que le colman de bendiciones".

(**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

Medio año después, el mismo el Hno. Arturo precisa algo más sobre el tema: la habitación pertenece a un tal Sr. Pécoul; sobre los 300 esclavos que la forman, son unos 50 los que asisten regularmente a la catequesis de los domingos, después del rezo de vísperas. A ella van, igualmente, el capataz y su numerosa familia. Todo va bien, y los responsables de la "habitación" agradecen la labor del Hermano.

Y el mismo Hno. Arturo dice haber recibido una invitación para ir a otra "habitación" numerosa, situada a unas cuantas leguas de la ciudad; y añade:

"Para ir a estas "habitaciones" sería necesario algún caballo o alguna mula, pues sería difícil trepar y luego bajar por esos cerros, a pie, bajo el ardor del sol tropical".

(**D** 172 - 11 de agosto de 1843)

Con estas palabras deja entrever la posibilidad, ¿y el deseo? de darse, él mismo, de alguna manera, a este apostolado. Dada su posición de Superior y animador de la comunidad y de la escuela, le sería más difícil, pero…

Enterado del asunto, el Fundador anima desde Ploërmel, al responsable de la misión, Hno. Ambrosio, a dar curso a la experiencia. En su respuesta, el Hno. Ambrosio le pregunta:

"Pero, ¿dónde iré a buscar a los Hermanos que lo hagan?"

(**D** 173 - 29 de diciembre de 1843)

Y es que, en efecto, visto el éxito del primer ensayo, llueven los pedidos en aquella zona.

Pero no cualquiera, - ni siquiera cualquier Hermano -, podría comprometerse en una tarea que, hasta ese momento, ha estado fuera del horizonte de la Congregación. Teóricamente, aunque sólo en parte, es labor y responsabilidad de los sacerdotes. Pero nunca han podido, ni quizás querido, ni osado encararla.

4 – Condiciones y requisitos para ser catequista de los esclavos

Nuestro Hermano Arturo, viendo actuar al Hno. Marcelino, y ya trabajado psicológicamente él mismo por la idea, y empujado por su celo ardiente, le dice con simplicidad al Fundador su opinión, sobre las cualidades exigidas al posible Hermano "catequista" de los esclavos.

"Todos los Hermanos no sirven para esta misión;deben ser suficientemente instruidos, muy celosos y con una virtud a toda prueba". (**D** 172 - 11 de agosto de 1843)

Casi al comienzo del año siguiente y con la experiencia de sus primeras catequesis en las "habitaciones", el Hermano confía al Fundador su pensamiento, en forma más explícita:

"Es preciso que esos Hermanos estén llenos de amor hacia su vocación, tengan un celo ardiente por la salvación del prójimo y por la gloria de Dios. No deben ser hombres de carácter ligero, sino Hermanos llenos de caridad". (**D** 172 - 28 de marzo de 1844)

Y, usando de su gran confianza con el Fundador, llega a decirle cómo y qué deben decir y hacer:

"En su catecismo, - el Hermano catequista-, cuide de no decir nada que pueda herir a los amos, y en fin, que se haga todo para todos, para ganarlos a todos para Jesucristo. Que invite a los esclavos a que cumplan bien sus deberes, que tenga cuidado de consolarlos con la bondad, que su recompensa será grande en el cielo; que los primeros en el Reino de los cielos deben ser los servidores de todos, etc." (Ibid.)

Termina excusándose de su atrevimiento, al precisar estos detalles y sugerir consejos al Fundador, y, ¡oh colmo de sencillez y confianza!, llega a decir:

"¡Oh, qué hermosa, qué grande, qué sublime es esta obra de la Providencia! ¿Por qué no habré sido yo digno de comenzarla el primero y de abrir este camino a mis Hermanos? (Ibid.)

Y, al saber que también en la Guadalupe va a haber algún catequista de esclavos en las "habitaciones", exclama:

"¡Sí, querido Padre! Si usted supiera la alegría que esta noticia me ha causado! Esos pobres esclavos van a conocer, por fin, al Dios de las misericordias, van a oír su santa Palabra, ***el catecismo****, y saber que tienen un alma, creada para conocer, amar y glorificar a Dios, durante toda la eternidad!"* (Ibid.)

5.- Primeros ensayos del Hermano Arturo, como Catequista de los esclavos.

¿Intuición? ¿Profecía?... Lo cierto es que, al ser trasladado el Hno. Marcelino a otra escuela, tiene que sustituirle el Hno. Arturo en la catequesis de la "habitación" Pécoul.

"La sucesión del Hno. Marcelino María, - escribe el Hno. Philippe Friot-, *queda asegurada desde* ***enero de 1844 hasta junio de 1847 por el Hno. Arturo Greffier.*** *Éste poseía* ***aptitudes excepcionales para este apostolado: muy ameno en los relatos, con caridad acogedora, elocuencia natural y facilidad en el uso de la lengua criolla"****.*

Residiendo en la escuela de San Pedro, obtiene la autorización necesaria del amo colono y cada jueves parte hacia las plantaciones a la hora convenida. Los esclavos se reúnen a su alrededor atentos y dóciles a su palabra". (**E. M.** 31 Friot, pág. 56)

En las dos primeras cartas que este nuevo año envía al Fundador, le detalla por menudo y al detalle sus primeras experiencias apostólicas entre los esclavos; le dice su satisfacción por la acrecentada asistencia y le explica su método y sistema. Todo ello, envuelto en un no disimulado entusiasmo.

En la primera carta le comenta con emoción, su primer encuentro con los esclavos:

"No atreviéndome a enviar a ningún Hermano a dar el catecismo a la "habitación"; yo mismo me he tenido que encargar de esta hermosa misión. He estado el domingo pasado catequizando a estos querido esclavos; asistieron en

un número tan grande y su capillita estaba tan llena que apenas podía salir, cuando se terminó el catecismo.

Los hombres, las mujeres, los niños, todos escuchaban con una atención que me encantó. Vi con pena la puesta del sol, que me obligaba a terminar de hablar.

Esta hermosa misión es difícil de cumplir aquí, a causa de los amos, a quienes tememos, pues nuestra obra no les gusta a todos". (**D** 172 - Enero de 1844)

Para evitar malentendidos y compartir su apostolado, se hace acompañar por algunos Hermanos de la comunidad; y cuando ninguno puede hacerlo, por causa de sus otras actividades apostólicas o comunitarias, se ofrecen a acompañarle algunos ancianos de entre los que van al catecismo de tarde; de paso, también a ellos les sirven las explicaciones que da a los esclavos de la "habitación". ¡Entusiasmo del Hermano y entusiasmo de los esclavos!

Algunos de éstos, -jóvenes-, bajan de la "habitación" y vienen a la ciudad para acompañarle luego, también ellos, hasta la "habitación".

Todo esto hace exclamar al Hermano:

"¡Ojalá diera yo hasta la última gota de mi sangre por la salvación de esta pobre gente! ¡Me parece que la daría de todo corazón, si Dios me la pidiera! Pero, ¡ay!, soy indigno de tal favor: eso está reservado a las almas fervorosas, ¡y yo no soy más que flojera y tibieza!" (**D** 172 - 28 de marzo del 1844)

El Hno. Arturo rebosa de alegría en esta misión de catequista de los esclavos y está convencido de la importancia de la misma. Pero, sigue siendo el Superior y responsable de la escuela y de la comunidad, en la ciudad de San Pedro, y el responsable de la catequesis de la tarde, como ya vimos. Y tiene, además, a su cargo ¡una clase!

Por eso, al catecismo a los esclavos sólo puede dedicar los jueves y domingos por la tarde. ¡En ello se le va el descanso semanal y lo hace con gusto, alma y corazón.

El feliz éxito de su nueva labor apostólica se hace voz común. En la siguiente carta al Fundador le dice que el representante o procurador del Rey fue a escuchar su instrucción a los esclavos: ¡Lástima que llegó tarde! De todas formas, el Hermano le dio un pantallazo de la misma y de su método y sistema.

La concurrencia es tal que, los esclavos más jóvenes, para ver y oír mejor han de subirse a las ventanas de la capilla donde da la charla.

El entusiasmo gana a los mismos amos y le conceden **alguna hora suplementaria, ¡durante el tiempo de trabajo!...**, para preparar a los que recibirán pronto la primera Comunión.

Llega a conseguir que, cuando puede ir los jueves, sin estar predeterminado, **dejen el trabajo y asistan a la charla los de más de 60 años y los de menos de 12.**

Otras "habitaciones" desean tenerlo, igualmente, como catequista.

Un fruto sazonado de estas catequesis y que llena el alma del catequista de gozo, son las primeras Comuniones; aunque no sean numerosas, se suceden periódicamente. Y así continúa durante más de tres años, catequizando en forma sistemática, a los esclavos de la "habitación" Pécoul.

Los esclavos de otras muchas "habitaciones", - y él mismo -, habrían deseado que tal obra tomara más cuerpo, y se extendiera, pero le es imposible: se precisa un ordenamiento jurídico que lo regule y un número mayor de Hermanos para encarar

tantos frentes apostólicos: las clases, el catecismo de la tarde, la catequesis a los esclavos en sus "habitaciones".

¿Cómo llegar a ello?- Será el tema de otro capítulo.

Nos detenemos ahora para penetrar y tratar de ver a nuestro Hermano en su labor, dando de ello un pantallazo. Su misión, como catequista de los esclavos de la habitación "la Montaña" del Sr. Pécoul se extiende desde el mes de enero de 1844 hasta junio de 1847, cuando debe trasladarse a Fort-de-France, con la misma misión, pero ya como catequista "oficial".

6.- Flores y espinas del Hermano Catequista de los esclavos

Ya hemos visto con qué satisfacción el Hermano Arturo afronta su trabajo apostólico con los esclavos. Es una actividad más bien breve por el tiempo a ella dedicado, -diríamos-, pero intensa en su corta duración. Una frase que escribe a un Hno. Julián, amigo suyo, en Francia, lo sintetizará:

""Escuchan el catecismo y los avisos que les doy con una atención que me edifica*; varios ya han dado su nombre para hacer la primera Comunión".*

(**D** 172 - 26 de febrero de 1844)

Podríamos pensar que esas satisfacciones, esos buenos resultados lo son en la opinión del protagonista de los hechos. Pero, ¿no será algo muy subjetivo? ¿Qué piensan los demás? ¿Cómo lo ven?

He aquí la opinión de un hombre que, siendo severo por naturaleza y nada tierno con el Hno. Arturo, -aunque sí imparcial y ponderado-, puede darnos una idea justa de ello: la del Hno. Ambrosio, Superior de la Misión. Lo hace en carta al Fundador, luego de más de dos años de este apostolado del Hno. Arturo con los esclavos:

"El Hno. Arturo...va ordinariamente dos veces por semana a la "habitación" del Sr. Pécoul. Este Hermano, con su celo ardiente, su facilidad de palabra, su aspecto atrayente, hace el trabajo de dos Hermanos y es adorado por todos, y sobre todo, por los negros, que lo consideran como su padre".

(**D** 172 - 1º de abril de 1846)

Difícilmente se podría dar una idea más exacta de lo que es la catequesis del nuestro Hermano a los esclavos.

Otra opinión por demás valiosa es la del dueño mismo de la "habitación", el Sr. Pécoul. Lo ha visto en acción, día tras día, desde hace dos años. De viaje en Francia, escribe a nuestro Hermano el 27 de octubre de 1845:

"Aprovecho con gusto esta ocasión para agradecerle el celo que usted viene desplegando, desde hace mucho tiempo, para dar la instrucción religiosa a los negros de mi habitación "La Montaña". ***La población de esta habitación se distingue de todas las demás por el gran número de matrimonios legítimos que presenta y la conducta ejemplar de la mayoría de estas familias. Los padres vigilan, ordinariamente, la conducta de sus hijos y procuran casarlos. En fin, me parece que el espíritu de familia ha entrado un poco, en sus costumbres, lo que es, incontestablemente, un progreso.*** *Y, si como lo creo, ha logrado usted ganarse su confianza, procure restablecer la concordia y la unión entre los matrimonios desunidos.*

Confío en su celo ilustrado para que el gerente le conceda, siempre que los trabajos lo permitan, dar , durante la semana, ***algunas horas suplementarias****: lo hará con solicitud*

y serán tanto más numerosas cuanto más rápidamente los negros hayan realizado el trabajo". A.Pécoul

Poco habría que comentar también aquí, ante un texto tan elocuente: por él pasan los grandes temas y aspectos de la acción apostólica del Hermano, en relación con la formación cristiana y la moralización de la vida de los esclavos. Está claro: el Hermano Arturo ha sabido ganarse la confianza del dueño y de los esclavos.

Pero, no siempre las cosas caminan conforme a los deseos del catequista, ni siempre consigue sus propósitos: su decepción es grande cuando, luego de una intensa preparación, a sus catequizandos no se les permite acceder a los sacramentos, especialmente al de la Eucaristía. En algunos casos logra superar la oposición, como ya vimos más arriba, aunque con tantos esfuerzos. Pero en otros, ni siquiera así.

Muy a menudo le vemos repetir en sus cartas:

"Más de los dos tercios de los que ya están preparados se ven forzados, por sus padres y por otras personas que tienen autoridad sobre ellos, a retrasar su primera Comunión al año siguiente, a pesar de mis observaciones". (**D** 172 - 2 de mayo de 1845)

Y, ¿cómo responden los esclavos mismos a estos desvelos, a toda esta dedicación del Hermano? Espiguemos algunas frases que leemos en su cartas.

+ *"Los esclavos vinieron corriendo, y en gran número, a la capilla; y los había hasta en la puerta, en las ventanas".*

+ *"Hay ya once esclavos recibidos en el examen para la Comunión: diez mujeres y un varón".* (**D** 172 - 2 de mayo de 1845)

+ *"También los esclavos de otra "habitación" me han pedido hace mucho que vaya a catequizarlos. El gerente no acaba de decidirse y la dueña está en Francia".*

(**D** 172 - 30 de junio de 1845)

Y los buenos efectos de esta catequesis en la "habitación" "La Montaña" se van conociendo. Al Hno. Philémon, de la otra parroquia de San Pedro, en el barrio Mouillage, le piden abrir un catequesis para los esclavos de una "habitación". Es a finales de 1845. El Hno. Arturo le acompaña para abrirla y lanzarla con fuerza: ¡aquel día estará, también presente el dueño de la habitación!

+ *"Los esclavos tienen una marcada tendencia hacia la religión, y generalmente, mucha fe.* ***Conozco esclavos de una piedad y de una virtud que se podría comparar con la de los primeros cristiano"***. (**D** 172 - 9 de noviembre de 1845)

Todo esto es, para el Hermano Arturo, motivo de una profunda alegría y satisfacción. ¡Sí! Así se lo expresaba al Fundador en sus cartas, pero así se lo expresa también a los esclavos en sus hechos. El Hno. Arturo, siempre hombre libre y sin prejuicios, ama su misión y su apostolado. Pero ama, sobre todo, ¡a los esclavos! A ellos se dedica de alma. No todos viven esa santa libertad, ese amor universal. Por eso…

…Un día, el Hno. Arturo, al terminar una instrucción particularmente provechosa y muy bien seguida por los esclavos, se despide de ellos y da la mano a uno de ellos, el capataz, olvidando, o fingiendo olvidar, un absurdo prejuicio, según el cual está expresamente prohibido, para un blanco, dar la mano a un esclavo. Y aquel hombre, capataz de una "habitación", que vive en buena concordia y, para más, es un ejemplar padre de familia numerosa y bien constituida. Pero ¡es negro y esclavo!

¡Nunca lo hubiera hecho!…

Horas más tarde, ya de regreso en la escuela de San Pedro, se le presenta un sacerdote, teniente-párroco, para expresarle el disgusto del gerente de la "habitación", amigo suyo, por haber dado la mano a un esclavo. El Hermano, siempre respetuoso y devoto hacia el sacerdocio, esta vez no puede contenerse:

"¡No comprendo su comisión! ¿Cómo ha podido usted aceptar tal encargo? Diga al gerente que mi mano me pertenece; que la doy a quien quiero; y que, de ninguna manera la considero manchada por haber estrechado la de un capataz honrado, aunque esclavo.

En cuando a la amenaza de cerrarme la "habitación", no hace falta que se moleste; desde hoy renuncia al permiso, concedido, no por el gerente, sino por al amo mismo".

El gerente ha de pasar por encima de sus prejuicios raciales y presentarle sus excusas, ante el peligro de perder su cargo, con otras consecuencias que podrían seguirse. Lo hace de nuevo, mediante el mismo sacerdote y luego se presenta él en persona, acompañado por el administrador. Y es que el dueño, de viaje en Europa. instruido del hecho, había manifestado su desagrado por el incidente.

Luego, el Hno. Arturo, a petición del gerente mismo, en su bondad, escribe al dueño, para disculpar a uno y otro. Y, continúa sus instrucciones. No sin que esa su bondad le ocasionara algún problema con el Hno. Ambrosio, como veremos en su momento. (Cf. Evergilde M. fr. *«Le Frère Arthur»,* p. 18 a 20)

7.- La catequesis del Hermano Arturo a los esclavos

¿Cómo da el Hno. Arturo su catequesis? ¿Tiene algún método especial? - Digamos sin más que todo se realiza con sencillez y sin pretensiones: ni oratorias ni teológicas. Emplea un lenguaje directo, y según el sistema de entonces, en base al catecismo con preguntas y respuestas. Es él mismo quien se lo explicita al Fundador, luego de una de sus primeras instrucciones.

Voy siempre a dar la catequesis a la "habitación" Pécoul, los domingos, después de vísperas; también he estado hoy. Estos pobres esclavos han venido en gran número a escucharme. Varios de entre ellos responden bien. He notado que el número de hombres era mucho mayor que de ordinario; les he manifestado mi satisfacción por ello, recomendándoles encarecidamente que continúen así, e inviten a los otros a venir. Me respondieron en criollo: ***'Toutt va vini',*** *que quiere decir:* ***'Todos van a venir'****.*

El catecismo ha sido sobre los "Mandamientos de la Iglesia", y sobre el pecado. Siempre, al final, les recomiendo que ofrezcan todos sus trabajos y fatigas a Dios, en satisfacción por sus pecador y en acción de gracias por sus beneficios.

Les repito que si Dios permite que sufran es para darles ocasión de merecer más y para recompensarles más ampliamente en el Cielo, donde gozarán del descanso eterno y de toda la felicidad, y nadie podrá arrebatársela.

Les he citado el ejemplo de varios santos, que habían sido esclavos como ellos y diciéndoles que también ellos lo serán, si viven como ellos, como santos. Igualmente les recomiendo que cumplan sus deberes para con sus amos, diciéndoles que Dios les recompensará por ello.

Y he aquí cómo comienzo este catecismo: Primero hacen la señal de la Santa Cruz y entonan un cántico; luego digo el "Veni Sancte Spiritus", en francés; el Avemaría y la 'Oración para antes del Catecismo', como en las clases.

Al final del catecismo digo con ellos dos " Padrenuestros" y dos "Avemarías" para obtener de Dios la gracia de hacer una buena Confesión y una buena primera Comunión. Luego, un "Avemaría" por su amo, y el 'Acordaos ¡oh piadosísima Virgen María', para ponerlos bajo la protección de la augusta Madre de Dios. Y, con eso, termino".

D 172 - 5 de febrero de 1845

El Fundador, por su parte, le escribe satisfecho:

"Apruebo el método que usted sigue y el orden que ha establecido los ejercicios". (**JMLM** T II, 28 de mayo de 1844)

Más adelante, convertido ya en catequista con misión oficial y a tiempo pleno, desarrolla, amplía y perfecciona su método y sistema, como veremos. Pero ya, esto que ahora hace, en forma voluntariosa, privándose del descanso semanal de jueves y domingos por la tarde, le llena de gozo y compensa ampliamente y con satisfacciones espirituales, los sacrificios físicos que con gusto ofrece por los esclavos. Así se lo expresa al amigo citado:

"No puedo expresarle el placer que siento, instruyendo sobre las verdades ***de nuestra santa Religión a esta buena gente; parecería como si Dios*** *quisiera compensarme, desde esta vida, por las pequeñas penas que experimento al dar el catecismo. Pero, ¿qué digo* **'penas'***? Más bien es una dicha, pues estas dulzuras interiores que experimento, a veces, hablándoles de Dios, me pagan con creces por mis preocupaciones. Pida a Dios que* ***no me dé todo en esta vida, sino en la eternidad".***

(**D** 172 - 26 de febrero de 1844)

Y ya puesto en confianza con el Hermano, le expresa su satisfacción más íntima, mostrando el amor y el cariño que siente hacia los esclavos:

"Pida, pida, mi querido Hermano Julián, sobre todo, por la salvación de estos queridos esclavos, entre los cuales hay almas tan bellas e incluso, con grandes virtudes: ¡cuán edificado quedaría si fuera testigo, como yo, del fervor de algunos de ellos!" (Ibid.)

Pero el Hno. Arturo no se contenta con alabarlos, ni tampoco con darles buenos consejos de resignación y paciencia. Frente a situaciones duras e injustas, se juega por ellos, tratando de mejorar dicha situación, con pasos cortos, pero seguros.

+ Lo hace en primer lugar, mediante un trato deferente, respetuoso, cariñoso; ya vimos más arriba algún hecho significativo.

+ Luego, los defiende; o mejor: los presenta de forma favorable ante las autoridades con poder de decisión. He aquí un caso que él mismo relata al Fundador:

"Ayer, en el momento en que salía de la capilla de la "habitación" Pécoul, encontré al Sr. Procurador del Rey, con su señora y su hijo: venían a escuchar mi catecismo. Lamentaba el haber llegado demasiado tarde. Le manifesté mi pesar. Se informó sobre el número de los que habían asistido al catecismo: su edad, exactitud en asistir. Respondí a todas estas preguntas de una manera muy ventajosa para con estos buenos esclavos que, son, en general buenos trabajadores y apegados a su amo. Le hablé de varios que se disponían a hacer su primera Comunión.

Lamentó que el tiempo no me permitiera hablarle más largamente de estos buenos esclavos. Desgraciadamente, el sol ya se había puesto y no me quedaba más tiempo para volver, antes que fuera de noche.

Estoy tentado a ir y hacerle una visita y hablarle de estos buenos esclavos, pues, según me ha dicho, hace informes al ministerio a propósito de los esclavos. Sería feliz si pudiera contribuir a que estos informes fueran ventajosos para los esclavos".

(**D** 172 A167-septiembre de 1844)

E incluso, nuestro Hermano trata de mejorar sus condiciones de trabajo:

"Sería feliz si pudiera hablar al gerente del Sr. Pécoul, para obtener media hora del tiempo de trabajo que los esclavos le deben, para dar la catequesis a todos los esclavos de la "habitación": es lo que el Hno. Ambrosio desearía también él. (**D** 173 – 2 de mayo de 1845)

Y hay que decir que el Hermano llega a conseguirlo, ¡sí!, pero también que los esclavos, por esa razón rinden y producen más que anteriormente.

8.- Progresos espirituales de los esclavos

Añadamos algo, antes de terminar este tema sobre la primera "modesta" etapa, del apostolado del Hno. Arturo, como catequista de los esclavos en sus mismas "habitaciones". "Modesta", decimos, por el poco tiempo que a la evangelización puede dedicar el Hermano, pero intensa.

El objetivo concreto hacia el que tienden los esfuerzos de este evangelización primera es: **que los esclavos lleguen a hacer la primera Comunión**, y todo lo que eso conlleva, de regularización en su situación familiar, de rectificación de costumbres, de vida cristiana. Ello presupone: la **intensificación de la instrucción religiosa.** En ocasiones la Comunión viene seguida de la Confirmación.

Ya hemos hablado de algunos que habían recibido la Comunión, de otros que se preparaban y de algunos que estaban pensando hacerla. Un año después de haberse hecho cargo de esta catequesis hay un grupo que, efectivamente toma la Comunión. Algún tiempo después, son otros doce personas las que la toman. Uno de éstos va a hacer su retiro preparatorio a la escuela San Pedro; y todos, luego de hacerla, van a agradecer al gerente el tiempo de trabajo que les ha concedido para preparase.

Casi un año más tarde son trece y, cosa notoria**: ¡la mayoría superan los 60 años de edad!**

Hay otro grupo medio año más tarde, ya en 1846. El Hermano, al relatarlo al Fundador, le dice que *"hay otros más que se preparan*". La tomarán al final del año.

No vamos a describir al acto mismo de la Comunión ni su preparación inmediata: lo hemos hecho en un capítulo anterior, en relación con los alumnos del colegio San Pedro y los que asistían al catecismo de la tarde. Y, en todos los casos se desarrolla de manera similar.

Con esto llegamos al año 1847, año en que el Hno. Arturo, descargado de la dirección de la escuela de Fuerte San Pedro y recibida la misión oficial de catequista de los esclavos en sus mismas "habitaciones" o poblados, se va a entregar de lleno a esta misión, cumpliendo así, la ilusión de su vida. Está en la fuerza de su edad madura, con la habilidad de la experiencia y el fervor del misionero convencido y celoso. Será el tema del próximo capítulo.

Pero el camino está hecho, la senda, trazada, y el Hermano ha sabido ganarse la confianza general: ya lo vimos en parte, y lo seguiremos precisando. Como conclusión y síntesis del trabajo ya realizado, he aquí las palabras de un testigo ocular, del Hno. Ambrosio, Superior de la Misión de los Hermanos en las Antillas:

"El Hermano Arturo..., que trabaja en las "habitaciones", instruyendo a los esclavos, no ha experimentado más que consuelos y ha tenido un completo éxito, *lo que hace pensar que cuando se dé el impulso ansiado, el bien será muy sensible. Ponemos esta misión bajo la protección de la Santísima Virgen y de San Miguel"* .

(**D** 172 – Carta del Hno. Ambrosio, 18 de agosto de 1845)

Cerramos este apartado con una frase del iniciador de la catequesis a los esclavos en las "habitaciones", - el Hno. Marcelino María Rousioux. Son palabras aplicables a todos los catequistas y que el Hno. Arturo las hace propias, porque las vive:

"…Mi querido Padre: ¡qué consolador es el trabajar, el consagrarse a la gloria de Dios y emprenderlo todo para ganar almas. ¡Cuán poco cuesta el atravesar el océano, a un corazón que arde de celo y de generosidad! Y quienes dudan de tomar su corazón en la mano, para ofrecérselo a Dios, con eterno abandono y para hacer su santa voluntad, muestran bien a las claras que nunca supieron lo que es estar a su servicio, ni cuáles son los dulces consuelos que llevan consigo los grande y generosos sacrificios!"

(**D** 173 16 de febrero de 1847)

¿Otro testimonio? ¿De Dios mismo? – Sin atrevernos a afirmar tanto, diríamos que esta múltiple actividad del Hno. Arturo llena de admiración, no sólo a sus propios Hermanos y a las personas que se benefician de la misma, sino también a los jóvenes que le ven actuar. Pronto surgen algunos deseosos de imitarle: a mediados de 1844 el Hermano Arturo escribe una carta al Fundador y la manda en propias manos ¿de quién? – De un joven de San Pedro que viaja a Ploërmel, para hacer su Noviciado, deseoso de ser él también, Hermano, **y dedicar su vida al servicio del Señor, como Hermano menesiano, educador y quizás misionero…¡como el Hno. Arturo!**

Pero ¡la vocación viene de Dios!

He aquí unas palabras sacadas de dicha carta:

" El joven de quien tuve el honor de hablarle, que deseaba ser Hermano es el portador de la presente carta. Va ahí para cumplir su piadoso deseo. ¡Ojalá persevere en su buena resolución!". (**D** 172 A167 – ¿septiembre de 1844?)

En todo esto, podríamos preguntarnos: ¿Cuál es el actuar de Juan María de la Mennais, cuál su reacción frente a las noticias que el Hermano le va enviando? ¿Quién más preparado para dar una opinión? Desde Proërmel palpa lo que sus Hermanos, - el Hermano Arturo - están llevando adelante, en una misión tan novedosa como heroica; desde lejos, es verdad, pero en forma puntual y seguida, los acompaña, los guía, los alienta y sostiene.

Ya vimos en su momento que aprueba plenamente el método del Hno. Arturo y sus sistema de trabajo. Pero hay que decir que, anteriormente, desde los comienzos de esta nueva forma de la misión del Hermano menesiano, se había preocupado del tema y de sus primeros ensayos.

Cuando a principios de 1844, el Hno. Marcelino Roucioux deja San Pedro, le pregunta, se diría que preocupado, al Hno. Arturo:

"No sé por qué no me habla usted de las visitas que el Hno. Marcelino hace a una "habitación" cercana a San Pedro, para enseñar el catecismo. ¿Acaso no ha tenido continuación? (**JMLM** T I **–** 9 de junio de 1843)

Más tarde, en sucesivas cartas, bendice a Dios por haber inspirado a varios propietarios de "habitaciones" el deseo de que los Hermanos vayan a instruir a los esclavos, y añade:

"Para ello se necesita tiempo y sobre todo sería necesario que los Hermanos fueran más numerosos". (**JMLM** T I **-** 28 de octubre de 1843)

Y, vistos los resultados, añade con visión profética:

"Dentro de poco, tendremos que instruir a todos los esclavos, o al menos nos pedirán que los instruyamos". (**JMLM** T II - 28 de mayo de 1844)

Ello le impulsa a afirmar que…

"La instrucción en las colonias se ha convertido en una de las obras principales de la Congregación". (**JMLM,** T II - 23 de noviembre de 1846)

¿Y qué son estas expresiones y estas esperanzas del Fundador sino miel sobre hojuelas para nuestro Hno. Arturo? ¡La catequesis a los esclavos, en masa, o al menos en el mayor número posible, será pronto una realidad!

Ello le hace exclamar a nuestro Hermano:

"¡Ay, querido Padre! Si usted supiera la alegría que esta noticia me ha dado! Estos pobres esclavos, al fin van a conocer al Dios de las misericordias; van a poder escuchar la Palabra de Dios, mediante la catequesis y conocer que tienen un alma inmortal para conocer, amar y glorificar a Dios durante toda la eternidad". (**D** 172 – 28 de marzo de 1844)

¡Sí! Pero antes hay un camino que recorrer. Juan María de la Mennais le previene al Hno. Arturo:

"Tendremos que superar todo género de obstáculos*... ¡Pidamos a Dios la paciencia, pues de ella tendremos gran necesidad!!"* (**JMLM** T II - 28 de mayo de 1844)

¡Sigamos también nosotros y recorramos ese camino!

¡Sí! Pero antes, despejemos una inquietud. Se podría sintetizar en esta exclamación ya citada de nuestro Hermano que, con toda ingenuidad le dice al Fundador:

¡Qué hermosa, qué grande, qué sublime es esta obra de la Providencia ¿Por qué no habré sido yo digno de comenzarla el primero, de abrir este camino a mis Hermanos? (**D** 172 – 28 de marzo de 1844)

¡Un monumento al celo y a la sencillez!

9 - ¿Hermano Arturo? - ¿Hermano Marcelino María?

Es justamente el Hno. Marcelino quien comienza la catequesis a los esclavos en San Pedro, en septiembre de 1842. Ya lo vimos. Sigue todo ese año más el siguiente, 1843, completo.

A principios de 1844 es trasladado a la localidad de Marín, para abrir una escuela. En ella sigue diez años, con pleno éxito como educador y como Superior.

El Hno. Arturo es el Superior responsable de la obra educativa en San Pedro. Es, pues él, quien promueve la obra de catequesis a los esclavos del Hno. Marcelino María y él quien le apoya. "El traslado" es decisión exclusiva del Director principal, Hno. Ambrosio. En esa decisión no entra para nada el Hno. Arturo. Pero le obliga a discernir sobre la continuación de la obra. No encuentra otra solución que tomarla él mismo. Ya lo vimos

Luego, cada uno, - Hno. Marcelino María y Hno. Arturo -, sigue su camino.

Digamos, sin más, que el Hno. Marcelino no era de carácter fácil. Con una inteligencia que se demuestra superior, con trazos de genio y cierto aire de independencia temperamental, no es tan sencillo convivir con él. Pero hay excepciones. El Hno. Arturo es una de ellas.

Y esto, el Hno. Marcelino lo siente. Llega a Marín para abrir la nueva obra, con gran ilusión; pero, en una fundación nunca faltan espinas. He aquí como lo describe en forma muy significativa el Hno. Ambrosio, Director general:

"Pero hoy, cuando él (el Hno. Marcelino) se da cuenta de todas las miserias y carencias de la casa, ***querría regresar, por todo el oro del mundo, adonde "su" Hno. Arturo, en San Pedro".*** (**D** 172, - 31 de mayo de 1844)

A pesar de todo, el Hno. Marcelino se asienta en Marín, sea como Superior de la obra que como profesor. Es un educador nato con formas muy personales y convencido de la necesidad de la escuela cristiana. Desde allí sigue de reojo el desarrollo de su obra primera: la catequesis a los esclavos. Y ve triunfar en ella a su antiguo superior, el Hno. Arturo, especialmente en los tiempos de la emancipación, cuando el catequista de los esclavos logra mantener el orden social, también en las habitaciones. Y así se lo comunica con satisfacción, al Fundador:

"...Tenemos las pruebas evidentes de ello, en la conducta de los que reciben las instrucciones caritativas de nuestro infatigable e inimitable Hno. Arturo, en Fort-de-France" (**D** 173 – Hno- Marcelino-M., 20 de mayo de1848)

Luego, los caminos se diversifican aún más: el Hno. Arturo, Director principal de la Martinica. El Hno. Marcelino, con el tiempo, Director principal de la Guayana francesa. Aquél, **gran catequista de los esclavos, pero gran defensor y promotor de la educación cristiana en las escuelas**. El segundo, **gran educador y defensor de la escuela cristiana, pero genial iniciador de la catequesis a los esclavos.**

¡Feliz conjunción de dos hombres de los primeros tiempos y portadores del carisma inicial! Dios estaba en ello y el Fundador, Juan María, supo transmitirlo.

Y, ¡los designios de Dios! Ambos terminaran sus días en las Antillas: uno, en la Martinica, - el Hno. Marcelino -; el otro, - el Hno. Arturo -, en la Guadalupe.

Martinica.- Esclavos trabajando, con un capataz.

Capítulo 8

Hacia la emancipación pacífica de los esclavos

1.- Preliminares

Estamos en la primera mitad del año 1847: ya han pasado unos ocho años desde la llegada del Hno. Arturo a las Antillas y más de cinco, con residencia en la ciudad de San Pedro. La labor realizada en esta ciudad ha sido particularmente intensa:

+ Dirección de la comunidad y de dos escuelas;

+ Clase, mañana y tarde, con un grupo que ronda siempre, o supera los cien alumnos

+ Catecismo diario de adultos, por las tardes; y,

+ Como colofón, los tres últimos años: catequesis a los esclavos, en las "habitaciones", una o dos veces por semana.

El camino recorrido no ha sido ni leve ni fácil; y si todo ha sido importante, la última dedicación, - catequista de los esclavos -, puede tener consecuencias decisivas. Se acerca, de forma inexorable, el día de la emancipación de los esclavos: la sociedad entera ya no admite tal situación para un ser humano.

Pero, ante ese hecho, hay una pregunta que todos se hacen**: ¿Qué pasará en y después de la emancipación?** – En la mente de toda la población de las Antillas y también en el Gobierno de París está el recuerdo, siempre vivo, de lo ocurrido, sea en Santo Domingo, en 1792, como eco de la Revolución francesa, y en Haití, en 1804, cuando los esclavos se tomaron la libertad por su cuenta y mano, con la matanza de todos los blancos, -hombres, mujeres y niños-, a excepción de sólo los médicos y de los sacerdotes. Luego, como venganza, sucedieron otras de negros.

¿Sucederá lo mismo en las Antillas? – Síntomas no faltan. Y, en efecto, en la isla de Santa Lucía y en otras de las Antillas, luego de la emancipación en las islas francesa, hubo saqueos y matanzas.

Ello hacía exclamar al clarividente Director principal en 1845:

"Si no se obliga por una ley a los colonos para dar la instrucción religiosa a sus negros y concederles dos horas por semana de su tiempo de trabajo para ello, nunca entraremos en todas la habitaciones. En este momento hay una gran crisis entre los colonos, en relación con el proyecto de ley para la emancipación y le aseguro que hoy no habría ni que soñar en penetrar en ellas o uno sería asesinado. (**D** 172 – 7 de julio de 1845)

Hay un punto esperanzador, sin embargo, en nuestro caso.

"No será con los cañones ni los soldados, ni con las industrias, ni con otros medios semejantes" , - repite el Hno. Ambrosio en sus cartas al Fundador -, *lo que pacificará y salvará a esta sociedad.*

Sólo la instrucción religiosa y moral puede preparar al esclavo y llevarlo, como de la mano, hacia la integración de la sociedad…" (Cf. **D** 173 – 6 de junio de 1848)

:

No nos resistimos aquí, a citar las palabras que el Hno. Jacinto, otro gran catequista de las Antillas, pero en la otra isla, - la Guadalupe -, escribe al Fundador, por esta misma época:

"El catecismo, importante en todas partes, aquí lo es de santa necesidad. ***Si se quiere que la libertad sea provechosa habrá que recurrir a la instrucción****. Sólo con este medio, el esclavo liberado, que ahora no trabaja más que a la fuerza, podrá comprender la importancia del trabajo,en el tiempo de la libertad; y su obligación de someterse a las leyes divinas y humanas.*

La instrucción moral y religiosa…ha procurado siempre la felicidad de un estado que la tiene en vigor. Y estas colonias sólo serán verdaderamente felices en su misma libertad, si se mantiene y propaga esta instrucción ". (**D** 168 - 19 de noviembre de 1843)

Y, ¿cómo llevar adelante esta instrucción religiosa? – No hay duda: habrá que entrar en sus poblados, en las famosas "habitaciones", donde los esclavos nacen, viven, trabajan y mueren: ése es su mundo, de ahí no salen. Pero, ¿cómo entrar en ellas? ¿Quién osaría, quien se atrevería a ello? Los precedentes habían sido pocos y con resultado negativo.

En la isla de la Reunión, - en el océano Índico, junto al Africa oriental, en una situación muy parecida a la de nuestro Hno. Arturo, hubo un Hermano de la Salle, un tal Hno. Scubillon, que lo había intentado valientemente. Los colonos blancos se opusieron tan decididamente, y amenazándole si no lo dejaba, que los Superiores se vieron obligados a cambiarle de comunidad, para evitar males peores.

En las Antillas, los sacerdotes, - algunos pocos -, algo habían intentado hacer, pero pronto lo dejaron, sin cosechar frutos.

Pero he aquí que el Hno. Arturo, en la Martinica, -y el Hno. Jacinto en la Guadalupe, aunque menos -, de forma inteligente y pausada, sin quemar etapas, con sumo tacto, logran abrirse camino, en algunas "habitaciones", con la satisfacción de todos: amos, esclavos, autoridades. Ya lo hemos visto. Hay, pues, una esperanza.

Pero se impone otra pregunta. Este éxito inicial del Hermano Arturo, en la Martinica, fruto de una dedicación hábil y en una determinada "habitación", ¿será razón suficiente para extender la experiencia a las otras "habitaciones" de las Antillas?

Se va a necesitar **coraje y decisión** para emprender una empresa de tal envergadura y **alguien** con inteligencia y clarividencia para llevarla adelante.

2.- Un impulsor iluminado de la emancipación de los esclavos

Deliberadamente hemos dejado de lado la acción en retaguardia de un alguien que, además de haber sido el realizador y organizador de toda la operación llevada a cabo hasta el momento, en las islas Martinica y Guadalupe, - las Antilla menores -, es, además, el impulsor de todo su desarrollo: de **Juan María de la Mennais,** el fundador de los Hermanos. Es verdad que no está en el frente mismo de las operaciones, - diríamos en términos militares-, pero está en el punto estratégico para que se realicen.

En contacto directo con su lugarteniente en las Antillas, - Hno. Ambrosio -, y con el conocimiento detallado de todo el desarrollo de la misma, a través de su correspondencia

sistemática y regular con cada uno de sus Hermanos, - los que operan, justamente en el frente apostólico -, está en la mejor situación para conocer el problema.

Y, haciéndose eco de todas esas inquietudes y necesidades, puede trasmitirlo al Gobierno de París, así como él lo percibe; y más concretamente, al Ministerio de la Marina y las Colonias, de quien dependen directamente las colonias antillanas.

¿Qué piensa, pues, el Fundador, acerca de la emancipación? ¿Qué posibilidades de éxito ve en la labor de sus misioneros, para llegar a una pacífica emancipación de los esclavos, en tierras antillanas? ¿Cuál, su opinión global sobre la acción evangelizadora y pacificadora de los Hermanos Catequistas en las "habitaciones" de los esclavos?"

Algo hemos visto ya. Sin extendernos tanto, diremos que su prioridad intencional ha sido: evangelizar a los esclavos y prepararlos para el día de su emancipación. Las circunstancias han obligado a retrasarla en forma directa, pero su intención sigue siendo la misma. Así se lo manifiesta al Ministro de las Colonias, en 1840, y se lo sugiere al Hno. Ambrosio. Cuando éste llega a las Antillas, como Superior de la Misión, en 1841, le pide que vea qué se puede hacer en ese campo. Y vuelve a insistir más adelante. El Hno. Ambrosio le responde:

"Me llama la atención lo que usted me dice de colocar dos o tres Hermanos más en San Pedro, para dar instrucción a los negros en las "habitaciones" cercanas: ¿dónde los encontraré?

Pero el Fundador sigue con su idea, cada vez más decidido. Y el Hno. Ambrosio se pliega:

"Parece que ***usted está muy decidido a emprender la instrucción de los negros en las habitaciones****.* ***Estoy perfectamente de acuerdo con usted****, pues hay un bien inmenso que hacer y varios de nuestros Hermanos se mueren de ganas por hacerlo y tiene buenas disposiciones para acertar".* (**D** 172 - 7 de julio de 1845)

¿Ganas de los Hermanos? Un año más tarde remacha la anterior afirmación:

"En la Martinica todos los Hermanos arden de celo por la instrucción de estos pobres desgraciados. Es tan grande este celo que no sé hasta dónde va a llegar".

(D 173 – 25 de agosto de 1846)

Sin duda, era también el eco y la consecuencia de la incipiente labor del Hno. Arturo en este campo:

"Desde hace muchos años, suspiro por el día feliz en que yo vea que estos queridos negros son instruidos en nuestra santa Religión*. Pero, como usted dice muy bien, hay que esperar con paciencia el momento que la divina Providencia ha señalado, no precipitar nada y obrar en todo con sabiduría y prudencia. Estas virtudes, necesarias en todas partes, parecen más indispensables aún, en los Hermanos que sean designados para esta santa misión".* (**D** 172 A167- 9 septiembre de 1844)

Pero ganas, ganas, las del Fundador, como hemos visto. He aquí, para terminar, una frase suya, salida del fondo del alma, cuando trataba de llevarlo adelante:

*" Me alegro más que nunca por haber emprendido: a pesar de las dificultades que presenta y los contratiempos que me ocasiona****, moriré con alegría cuando logre establecerla****".* (**JMLM**, T I - Al Hno. Ambrosio, 7 de junio de 1843)

Intuición del tema. Claridad en su organización. Tenacidad en llevarlo a efecto. Celo y entusiasmo comunicativos del que participan sus Hermanos y lo llevan adelante.

No hay duda: es una corazonada evangélica de Juan María de la Mennais.

3.- Hacia un ordenamiento jurídico de la Catequesis en las "habitaciones".

Como ya vimos en su momento, el 5 de enero de 1840 una ordenanza real prescribía la instrucción de los niños esclavos, hasta los 14 años. Como ello dependía de la buena volunta de los colonos blancos, dueños de las "habitaciones", todo había quedado en letra muerta. Todo, salvo alguna excepción: la del Hno. Arturo en la Martinica y la de un tal Hermano Jacinto en la Guadalupe. Como los resultados habían sido más que alentadores, se pensó que había que darle continuidad

Pero una acción de tal envergadura no se puede afrontar así nomás. Hay que tener en cuenta muchos factores. ¿El más difícil? - ¿Cuál será la reacción de los dueños, de los colonos blancos, ante la eventualidad de ver llegar a un misionero a sus habitaciones, sus feudos particulares, allí donde son los dueños y señores absolutos? Se ve necesaria una orden superior del Gobierno de París, que los obligue.

De nuevo, el Hno. Ambrosio tiene la palabra justa ya citada en otra ocasión:

"Sin embargo, si no se obliga a los colonos, mediante una ley, para que se dé instrucción religiosa a sus negros y se les concedan, para ello, dos horas semanales del tiempo de trabajo, nunca penetraremos en todas las habitaciones. En este momento, hay una crisis entre los colonos, en relación con la ley para al emancipación, y le aseguro que hoy, ni habría que soñar en penetrar en ellas o seríamos asesinados. Es preciso, absolutamente, que algo se decida, y que Dios venga en nuestra ayuda".

(**D** 172- 7 de julio de 1845)

Dios vendrá en ayuda, ciertamente, siendo una obra tan buena y necesaria. Pero hay que secundar al Señor. Y es Juan María de la Mennais, desde Ploërmel, quien lo secunda en forma decisiva, escribiendo al Ministro de las Colonias para preparar la Ley pertinente, y a su amigo-diputado, el conde Montalembert, como vimos más arriba, para defenderla en el Parlamento.

En cuanto al Ministro, - Baron de Mackau -, así responde al Fundador:

"He leído con mucha atención, el interés que muestran los esclavos de las "habitaciones" para escuchar las instrucciones religiosas de los Hermanos, y sobre la buenas disposiciones de los propietarios. Usted tiene razón en contar con mi buena voluntad de dar, cuando sea posibles, todo el desarrollo y la extensión conveniente a estos beneficiosos gérmenes de moralización, a favor de la población esclava".

(**D** 154 - 23 de marzo de 1844)

Por su parte, el conde de Montalembert, consigue que el 18 de julio de 1845 se vote una ley a favor de la mejora del régimen de los esclavos. Es ya un paso importante hacia delante. Pero el camino, ni es ni será fácil: más bien largo, sinuoso, escarpado, a menos que los acontecimientos lo resuelvan y cambien.

Y hay otra pregunta: Este trabajo apostólico que se viene encima, esta catequesis a los esclavos, ¿no será, más bien, incumbencia de los sacerdotes?, ¿del clero secular? Sólo algún sacerdote, en forma esporádica y por poquísimo tiempo había hecho algún intento. Este trabajo exigía una organización fuerte, apoyo y trabajo en equipo; con ello no podían contar unos sacerdotes aislados, aunque fueran voluntariosos.

Y, si el trabajo fuera obra de los Hermanos catequistas, ¿cómo serían vistos y recibidos por esos sacerdotes? En efecto, en los primeros años, el Hno. Ambrosio encontró algún problema en este sentido: los sacerdotes, ni se interesaban por los Hermanos, ni anunciaban su llegada, ni participaban en la apertura de las escuelas

católicas. Y, ni creían en la posibilidad de éxito, en relación con la catequesis de los esclavos, a quienes llamaban: "esa clase perversa".

Pero luego, tiempo después, al ver los resultados iniciales, su opinión fue cambiando como atestigua el Hno. Ambrosio escribiendo al Fundador:

"Hoy, sin embargo, los sacerdotes que habían dicho tantas veces que no obtendríamos nada de esta clase perversa (reconocen que) ***'verdaderamente se ha operado algo maravilloso y divino'****. Ahora nos llaman para trabajar en las "habitaciones" y hacer lo que ellos misos no han podido hacer".*

(**D** 172 – Carta del Hno. Ambrosio, 18 de agosto de 1845)

"Nos piden de todas partes: colonos, sacerdores, esclavos, todos nos tienden los brazos y nos dicen: 'Es cosa suya' ". (**C. G.** T.V, 675)

Y, como en su momento había advertido el Hno. Ambrosio, y lo sigue repitiendo, hay que hacer las cosas bien, para no crear recelos, y eso, en todos los frentes y según el espíritu y las normas de la Iglesia:

"Para llevar adelante la instrucción de los negros y dar ese paso hay que hacer las gestiones pertinentes". (**D** 172 – Carta del Hno. Ambrosio, 18 de agosto de 1845)

Al fin, resultó más fácil de lo que se había pensado: la mutua comprensión había ido mejorando rápidamente:

"Ahora hay un gran movimiento entre el clero, y un gran acercamiento a nuestros Hermanos: sólo hablan de tener Hermanos en sus parroquias, para catequizar a los esclavos en las habitaciones. Como si esto fuera ya algo decidido y determinado..."

(**D** 172 – Carta del Hno. Ambrosio, 7 de julio de 1845)

Aquí, como a menudo sucede en la vida, la realidad echa al traste con los prejuicios.

Habrá que tener en cuenta, además, otro factor: los Hermanos mismos, ¿estarán preparados y a la altura de las circunstancias, para emprender una labor y una obra tan arduas? – El Superior de los Hermanos, en las Antillas, se lo pregunta a sí mismo y se lo escribe al Fundador, pensando en voz alta:

"No sabría decirle, mi querido Padre, cuánto temo esta gran empresa, en la que todo el mundo asegura que vamos a tener una parte tan importante: se diría que es la voluntad de Dios, el cumplir su obra, mediante unos tan pobres instrumentos, desprovistos, ciertamente, de todo lo que es necesario para realizarla".

(**D** 172 – Carta del Hno. Ambrosio, 18 de agosto de 1845)

La necesidad, el ingenio, la buena voluntad..., demostraron que sí se podía hacer de otra manera, ¡y se hizo!

Porque, el tiempo avanza y la empresa se va haciendo más verosímil y más urgente.

Tampoco se pueden olvidar las dificultades particulares que al Hno. Catequista le podrán sobrevenir, cabalgando por campos y ciudades, solo y fuera de su ambiente normal: la comunidad, la clase. Es lo que el Hno. Ambrosio resiente de manera especial, conociendo la realidad antillana y la de los esclavos, y también a sus Hermanos. He aquí cómo se lo expresa al Fundador, con franqueza bretona:

"Tiemblo pensando en los Hermanos que deberán ir por las "habitaciones" y hasta me parecería natural que esos Hermanos se llegaran a perder insensiblemente en esa misión, por la forma en la que estén expuestos. Usted sabe que el hombre, insensiblemente, se hace semejante a aquéllos con los que trata; por otro lado, acá mismo tenemos terribles

ejemplos que hacen temblar. No digo más sobre este asunto, porque es penoso para ser dicho y la pluma se resiste".

"…E*starán diseminados, acá y allá, y dependiendo de los curas de las Parroquias, y no se puede hacer de otra suerte!"* (**D** 172 Carta del Hno. Ambrosio, 7 de julio de 1845)

Y, confrontando las posibilidades reales con la gravedad de la situación, lo ingente de las dificultades y el multiplicarse de los obstáculos, llega a exclamar desalentado:

"Hay tantos obstáculos y tanta mala voluntad. Esto no va a caminar nunca, y se terminará por dar, de repente, la libertad, sin que estos pobres desgraciados estén preparados para recibirla" . (Cf. **D** 173 - Carta del Hno. Ambrosio, 16 de junio de1846)

¿Resultado de este tira y afloja, de este sí y no, del querer de unos y del oponerse de los otros? Finalmente, en 1846 es aprobada la ley "Macot", que da ordenamiento jurídico a los Hermanos Catequistas: está estructurada en varios artículos. Extractamos y sintetizamos lo que está directamente relacionado con la labor específica de los futuros misioneros de los esclavos.

Serán los párrocos los responsables finales de esa instrucción a los esclavos, pero serán los Hermanos Catequistas quienes, en realidad, la desarrollarán: para ello, serán presentados, en cada caso, por aquéllos.

Para alivio del Hno. Ambrosio, en cada una de las dos grandes islas, se opta por la propuesta del Padre de la Mennais: **el Hno. Catequista no residirá en la casa parroquial, - la de la parroquia del lugar donde evangelice -, sino en una escuela de los Hermanos, la más próxima: irá pasando, durante la jornada, de una "habitación" a la otra, mediante el recurso de un caballo y regresará, por la tarde, a dormir en la propia comunidad.** (Cf. **E.M.** Friot, Philippe **-** Nº. 31, 55)

Y, Juan María de la Mennais. ¿qué piensa de todo esto? - Cierto que, en los ocho años transcurridos desde la apertura de la misión de las Antillas se ha hecho un camino, se han logrado experiencias valiosas…

"Para la obra de los esclavos, me doy perfectamente cuenta de las dificultades que infaliblemente se encontrarán; pero debemos poner en Dios una confianza tanto mayor cuanto menores sean los apoyos humanos. Sin embargo, como estoy seguro de que la cosa se va a hacer, antes o después, trato de preparar un número mayor de Hermanos". (**E.M.** Friot, Philippe **-** Nº. 31, pág. 61)

Había sido una previsión certera: en 1846, el proyecto deseado pasa a ser realidad. Así se lo comunica al Fundador su fiel y clarividente lugarteniente:

"Mi camino está ya combinado, según el espíritu de la Iglesia y el de nuestras Reglas: tendremos que ponernos a disposición del clero de los ricos: es él quien debe abrirnos las puertas y es a él a quien debemos dar cuenta, pues es él quien tiene la alta responsabilidad, y es él quien debe perfeccionar y terminar lo que nosotros no hacemos más que iniciar". (**D** 173 - 16 de junio de 1846)

Será un doble juego: el sacerdote presenta al Hermano misionero a los esclavos de las "habitaciones", y éste, a su vez, luego de evangelizarlos, los lleva al sacerdote, para concluir su obra, con la administración de los saramentos. ¿Que habrá dificultades?- La buena voluntad estará ahí para resolverlas.

Para terminar, he aquí cómo se le presenta el horizonte al Director principal de las Antillas:

"Nos piden de todas partes: colonos, sacerdotes, esclavos, todos nos tienden los brazos y nos dicen: ***'¡Es su tarea!'*** *Desearían tener inmediatamente dos Hermanos en*

cada municipio; y hay veinticinco en el Martinica y al menos treinta en la Guadalupe. Tendríamos que proporcionar, pues, inmediatamente, ciento diez Hermanos".

(**D** 172 – Carta del Hno. Ambrosio, 10 de agosto de 1845)

La empresa tiene hasta ribetes heroicos, sea para el Fundador como para su lugarteniente en las Antillas, el Hno. Ambrosio. Y más, si se piensa que, para entonces, de los 65 Hermanos que hasta entonces habían dejado la Bretaña natal, nueve habían muerto, catorce habían tenido que regresar a Francia con la salud arruinada, y muchos de los que seguían al pie del cañón se iban debilitando, víctimas del clima.

Pero la cosa está clara: hay una ley de apoyo, una decisión precisa del Fundador y un buen y clarividente motor realizador.

La empresa se presenta más difícil y delicada en la Martinica. Y, como un buen comienzo es ya media victoria, el Gobernador pide al Hno. Ambrosio, para empezar, un misionero ya preparado y de éxito seguro. ¿Quién puede ser? La respuesta no es difícil:

"Le prometo, - dice el Hno. Director principal al Gobernador -, *darle alguien del que usted quedará contento, y con el cual el éxito no ofrecerá ninguna duda".*

(EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. 22)

Y la elección recae, ¿cómo no?, en el **Hno. Arturo,** que se convierte, pronto, en el "Catequista de los Esclavos", en sus mismas "habitaciones", pero a tiempo pleno; no como anteriormente, sólo algún día por semana, fruto de su iniciativa y de su celo.

Así se lo comunica enseguida el Hno. Ambrosio al Fundador, pero con una pizca de pesimismo; el buen hacer, el entusiasmo y el celo del Hno. Arturo dejarán atrás esos malos augurios:

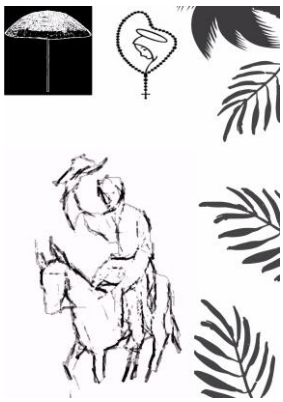
"La administración acaba de comprar un caballo para el Hermano designado para ir a las "habitaciones" del barrio de Fort-Royal. Acabo de llamar al Hno. Arturo, para ello. Ya está aquí desde ayer. Como es un asunto puramente político y los caminos no han sido preparados por el Párroco, no veo cómo puede acertar; habría sido necesario que el Sr. Gobernador hubiera sacado un decreto a este respecto.

(**D** 173 Hno. Ambrosio, 6 de junio de 1847)

El nuevo misionero deja, pues, San Pedro, y se traslada a su nuevo puesto de trabajo, en Fort – Royal, nombre que pronto se transformará en Fort-de-France, con la caída de la Monarquía.

Para llegar a esta nueva realidad, en la vida del Hno. Arturo, nuestra exposición precedente ha podido parecer algo larga; lo hemos creído necesario, en razón de la realidad histórica de las Antillas francesas y del ulterior trabajo del Hno. Arturo: constituye una de las etapas más significativas e importantes de su vida.

A ello nos abocamos, ¡ya!



Capítulo 9

El Hermano Arturo, "catequista de los esclavos", con misión oficial

1.- El Hno. Arturo se hace cargo de su nueva misión

"Parece que vanos a ir a catequizar a las "habitaciones", - escribe el Hno. Arturo al Fundador -. *Ya me lo ha pedido el Hno. Ambrosio y me ha pedido que me ponga de acuerdo con el Sr. Párroco, a este fin, y me ha dicho que llame con tacto a las puertas de las "habitaciones", para ver si los dueños me permiten catequizar a sus esclavos. Hasta ahora, sólo he pedido ir donde el Sr. Pécoul".* (**D** 173 - 31 de enero de 1847)

…Es el anuncio de una nueva misión: en la letra misma y en su contexto vemos que es algo largamente ansiado por el Hermano. Aunque, llegado el momento, no será en San Pedro donde lo ejercerá, sino en Fort-de-France, adonde habrá de trasladarse. En efecto…

Casi tres años antes, el Fundador ya se lo había anunciado:

"Cuanto más tiempo pasa, tanto más se extiende nuestra obra; de suerte que actualmente nuestro horizonte parece no tener límites. Muy ciertamente, si somos

suficientemente numerosos, dentro de pocos años tendremos que instruir a todos los esclavos, o al menos, nos van a pedir que los instruyamos" (**JMLM** T II - 28 de mayo de 1844)

Ante este anuncio, nuestro Hermano se entusiasma:

"Por lo que usted me dice, podemos pensar que seremos invitados por el Gobierno a trabajar en la instrucción religiosa de los esclavos. Me alegro de antemano: esta buena gente, al fin va a conocer a Dios. Sería feliz, si fuera digno de trabajar en obra tan hermosa; sin embargo, sólo lo deseo si la obediencia me lo permite. Desde hace varios años suspiro por el día en que estos queridos negros serán instruidos en nuestra Santa Religión" . (**D** 172 A167- ¿septiembre de 1844?)

...Y el Fundador tiene que poner paños calientes a un celo apostólico muy justo, sí, pero, quizás, deseado "ansiosamente":

*"...Esta previsión no nos debe intimidar, como tampoco que un excesivo ardor nos haga precipitar una obra que debe desarrollarse poco a poco. Por eso, al pedir a Dios el éxito de nuestros trabajos**, pidámosle también la paciencia**, pues de ella tendremos una gran necesidad".* (**JMLM** T II - 28 de mayo de 1844)

Y es que el entusiasmo había cundido con fuerza entre todos los Hermanos, potenciado por el buen hacer del Hno. Arturo:

"En la Martinica todos los Hermanos están devorados de celo por la instrucción de esos pobres desgraciados. Es tan ardiente que no sé hasta dónde irá. Aquí, - en la Guadalupe -, lo es menos" (**D** 172 – Hno. Ambrosio. 25 de agosto de 1846)

Y más adelante, ya casi en vísperas de recibir el mandado oficial para este apostolado, el Hno. Arturo escribe:

*"¡Cuánto ansío el ver a estos pobres esclavos venir a nuestras lecciones: **espero que Dios me conceda la gracia de ser uno de los primeros Hermanos encargados de instruir a estos pobrecitos esclavos en las verdades de nuestra Santa Religión y de enseñarles a leer".**.* (**D** 172 - 28 de septiembre de 1846)

¿Con qué intenciones, con qué espíritu se dispone a emprender su nueva y, a la par, ansiada misión? He aquí cómo se lo confía al Fundador, justamente al inaugurar la labor:

*"Usted sabe, querido Padre, cuán lejos estoy de poseer la capacidad y las cualidades necesarias para esta obra sublime. Pida, pues, a Dios, que supla lo que me falta. **La sola cosa que puedo ofrecer es una buena voluntad, determinada a hacerlo todo y sufrirlo todo, para la gloria de Dios y la salvación del prójimo.***

*Una cosa me consuela: que **no voy por propia voluntad, sino por obediencia.** De otra suerte, estaría asustado. Espero el éxito sólo de Dios y lo ponemos todo entre sus manos. Sólo Él puede cambiar el corazón y hacerlo mejor de lo que podemos esperar."* (**D** 172 - 9 de junio de 1847)

Así, pues, el Hermano Arturo deja sus funciones de Director de la comunidad religiosa y de la escuela de Fuerte San Pedro, sus responsabilidades como maestro de grado, -mañana y tarde-, y también el Catecismo de adultos. Y se dispone a trasladarse a su nuevo puesto, el colegio-residencia en la capital, Fort-de-France, -entonces Fort-Royal- adonde llega **el día 7 de junio de 1847.**

"Pero dejar San Pedro no es empresa fácil: enterada la población de su proyectada partida, todos se ponen en pie, para impedirle salir".

"Es necesaria una estrategia para hacerlo escapar del afecto que por todas partes le rodea. La desolación es general cuando corre el rumor de que ya ha marchado: todos lloran como si fuera un padre arrancado al afecto de sus hijos, para no volver más".
(Evergilde, « *Le Frère Arthur* », en « *Au service de l'enfance* ». pág. 23)

Y, ¿para peor?, ¿para mejor? - *"El Hno. Arturo goza de un "aura" particular entre los Hermanos de su comunidad. Tocar al Hno. Arturo, pensar en su salida de Fuerte San Pedro,-* se dicen -, *es poner en peligro el porvenir de un establecimiento".*

Cuando se abate la columna más fuerte de un edificio, todo él se resiente siempre. Y es que el Hno. Arturo debe partir sin tardar", escribe el Hno. Clair.

(**D** 173 – e Carta del Hno1846). Clair, 6 denero de

Por ello, no sólo al pueblo, a la gente resulta dura su partida: a los mismos Hermanos de su comunidad les cuesta la separación, temiendo, además, por el futuro de la escuela

* * * * * * * * * *

Antes de comenzar su nuevo apostolado, se toma unos días de descanso en Morne-Vanier, un lugar cercano, un poco elevado y más sano, residencia oficial del Director Principal.

Allí se prepara, ora, hace unos planes y escribe al Fundador: le abre su corazón, le dice sus ilusiones, le manifiesta sus temores. La carta, por sobre todo, transparenta su deseo de servir a los esclavos, de seguir entregando su vida por la causa de Dios. He aquí la primera parte de la misma:

"El querido Hermano Ambrosio acaba de trasladarme a Fort-Royal, para enviarme a catequizar a los negros, en las "habitaciones" de esa zona. ***Después de haberme confesado, renové mis votos en particular y me ofrecí a Dios de todo corazón, para esa hermosa obra; y le hice muy gustoso el sacrificio de mi persona; estoy dispuesto a dar la vida por la salvación de los pobres esclavos, si tal es la voluntad de Dios.***

Sólo tengo un temor: el de no acertar. Haga, pues, una dulce violencia al cielo por el éxito de esta hermosa obra. Si me atreviera, le pediría que ofrezca a Dios el Santo Sacrificio de la Misa por mí, a fin de que predisponga a los "habitantes" (dueños de las "habitaciones" o estancias), y me permitan catequizar a sus esclavos, y no me suceda nada desagradable; en fin: que pueda cumplir perfectamente lo que se me ha encomendado". (**D** 173 - 9 de junio de 1847)

¿Con qué ambiente se va a encontrar, qué perspectivas hay al encarar esta nueva misión? – Si hacemos caso a lo que el Hno. Ambrosio escribe al Fundador, habría que pensar en un futuro más bien pesimista y poco halagüeño:

"Como los caminos no han sido preparados, no veo que se pueda acertar. En fin, vamos a comenzar y pedimos a Dios, de corazón, que bendiga esta obra, pues el éxito depende absolutamente de Él y sólo de Él". (**D** 173 – 9 de junio de 1847)

Luego, la realidad barre con todos esos malos augurios.

Pero, a esta misión, el Hermano Arturo no va solo. Como había escrito al Fundador, el Hermano no ha asumido esta misión por propia iniciativa, sino por obediencia. Por ello, en realidad **es toda la comunidad menesiana la que está empeñada en la nueva misión y la que le acompaña espiritualmente: ella le alienta, le sostiene, le ayuda.**

Y él, por su parte, con toda sencillez, va dando cuenta a sus Hermanos del desarrollo de su misión y apostolado; la transparencia es siempre, para él, algo sagrado.

Por ello, cuando empieza su nueva labor, el Hno. Ambrosio, responsable de la misión de la Martinica, escribe al Fundador:

"Vamos a hacer una novena por el éxito de esta misión divina..."

(**D** 173 - 16 de junio de 1847)

Ya lo vemos: de cerca es acompañado y sostenido por su comunidad y la provincia religiosa. ¿Y de lejos? – Allá, en Ploërmel hay alguien que está velando las armas de la nueva evangelización a los esclavos.

Llegada la comunicación de su nuevo destino y apostolado**, Juan María de la Mennais envía a vuelta de correo, una cartita tan densa y sentida como corta: un verdadero programa de acción**. Hela aquí (**JMLM,** T II, 22 de julio de 1847):

22 de julio de 1847

"Mi muy querido Hermano:

No cuente más que con Dios Sólo para el éxito de la nueva y tan grande misión que recibe; es Él quien se la da; por ello, tenga confianza: Él le sostendrá en sus trabajos.

Dé el catecismo con sencillez; instruya y no predique: es un punto esencial. Me dará cuenta detalladamente de los resultados y de sus observaciones. Le escribo estas líneas a la corrida y le abrazo tiernamente en nuestro Señor".

Juan María de la Mennais

No dudamos de que la emoción habrá embargado a nuestro Hermano al leer estas líneas.

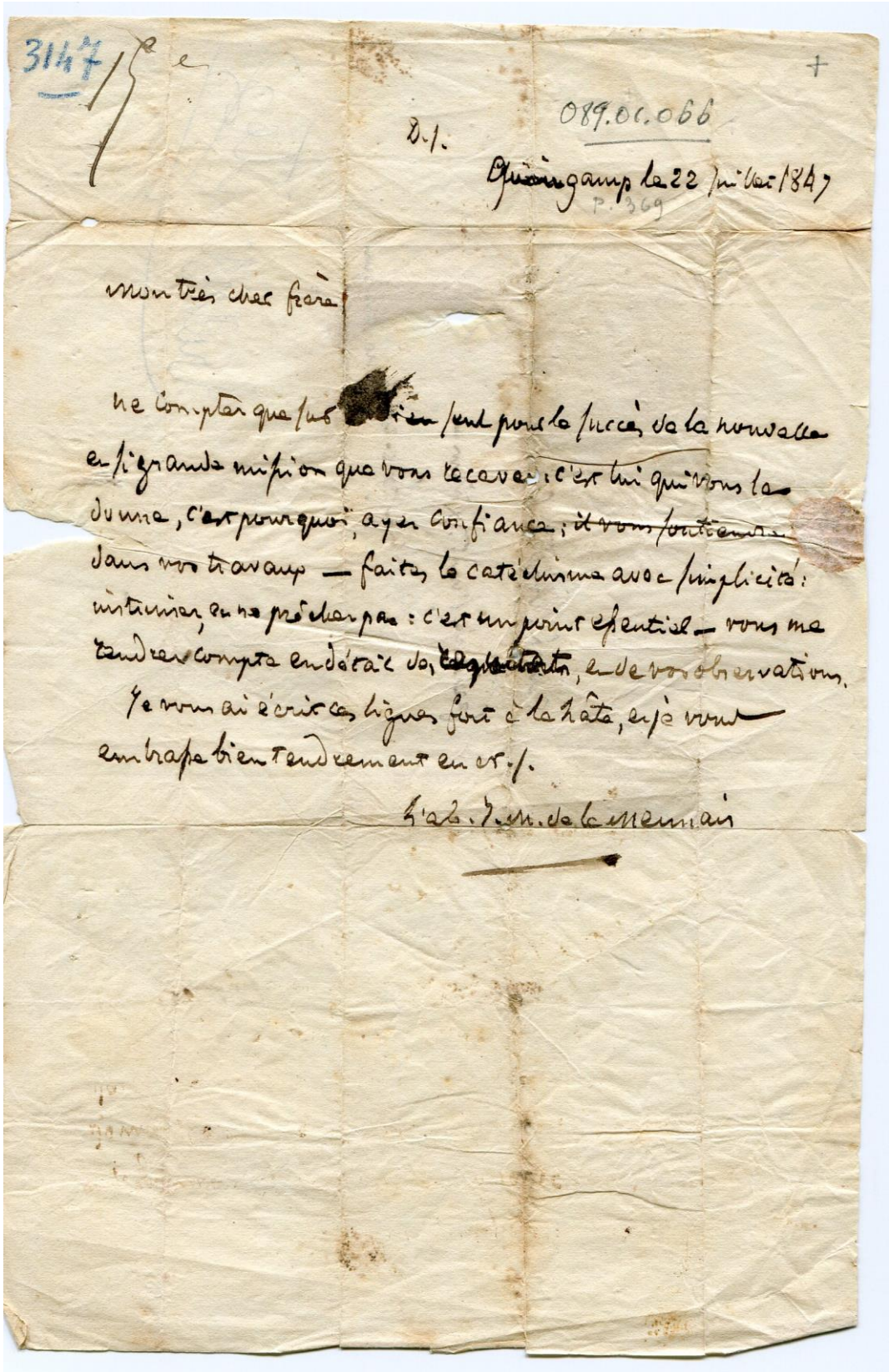
+ Así pertrechado, el Hno. Arturo puede ya darse de lleno a su nueva labor, dispuesto a comenzar.

Antes de contemplarlo, batiendo los caminos de tierra, ya polvorientos, ya pedregosos, ya encharcados, sea a pie, sea a lomos de mula y visitando las "habitaciones" de los alrededores de Fort-Royal, digamos algo de esta ciudad. Aunque no la de mayor población de la Martinica, es la capital de la isla.

He aquí una breve descripción de la ciudad, hecha por el Hno. Marcelino Morin, llegado a las Antillas con el Hno. Arturo, y su superior en la Pointe-à-Pitre, durante casi dos años, como ya vimos. La tomamos del "Diario de viaje" que hizo, a su llagada a las Antillas, en 1839.

"Fort-Royal está situada en una bahía; detrás, al norte, se encuentran unas montañas muy altas, a las que nadie ha subido. Y no es a causa de la altura, sino más bien, a causa de los precipicios que las rodean. Estas montañas, -dos-, se llaman ***"Pitones de Fort-Royal"****. Parece como si estuvieran sólo a un cuarto de legua, y sin embargo, esos "Pitones" distan más de tres leguas, y casi siempre están cubiertos por una nube espesa".* (**D** 167 – Hno. Marcelino Morin, 4 de julio de 1839)

Vamos ya a acompañar a nuestro “misionero” en su nueva labor de **“Catequista de los esclavos”,** a tiempo pleno.



Autógrafo de Juan María: guía al Hno. Arturo en su catequesis a los esclavos

2 – Plan de operaciones

Para comenzar, se pone en contacto con el Sr. Párroco de Fort-Royal: éste le indica las “habitaciones” que podrá visitar. Y, enseguida, emprende su nueva fatiga.

El punto más delicado y empeñativo es el vencer la resistencia de los colonos blancos y superar su desconfianza. Y es aquí donde el Hno. Arturo demuestra poseer aquellas cualidades que todos reconocen en él y de las que tanto espera su Superior, el Hno. Ambrosio: experiencia adquirida en el Catecismo de tarde, para adultos; salud buena, si no robusta; elocuencia y palabra fácil; buenas maneras y don de gentes; y sobre todo, un inmenso amor a los negros, a su educación cristiana e integral; y un celo de fuego por su salvación.

Empieza con una visita de cortesía al colono de cada habitación. La conversación recae sobre la necesidad de la formación moral de los esclavos, sobre los frutos saludables que ésta proporcionará, tanto para los esclavos como para sus amos. Y nuestro Hermano se presenta, entonces, como el enviado por el párroco para tal misión, y cumpliendo la nueva ordenación dictaminada por el Gobernador. Se pone enteramente a disposición del colono y de sus esclavos.

La propuesta, así presentada, y hecha a petición del Gobernador, no puede ser rechazada. Se termina señalando, de común acuerdo, los días y las horas más a propósito para dar comienzo al Catecismo.

Preparado el terreno de esta forma, el resultado inicial no puede ser más prometedor. He aquí cómo, en breves líneas, el Hno. Ambrosio se lo comunica al Fundador:

"El Hno. Arturo ha comenzado sus giras por las "habitaciones" ayer, 15 de junio. Ha sido bastante bien recibido. Ha ido sólo a las tres que el párroco le había designado. Hoy ha ido en otra dirección, sólo para abrir los lugares y fijar las horas de las instrucciones". (**D** 173 - 16 de junio de 1847)

Así va conquistando y pasando, una tras otra, por las diferentes "habitaciones". Como buen psicólogo, nunca se presenta a ningún colono sin haber tenido conocimiento, de antemano, de sus disposiciones.

Años más tarde, recordando este tiempo, solía repetir:

"¡Sí! ¡Cuántas inclinaciones, cuántos cumplidos, cuántos actos de humildad yo hube de hacer para conquistar el derecho de dar el catecismo a mis pobres negros! ¡Habría pasado por el fuego para llegar hasta ellos! ¡Nada me era costoso con tal de obtener el 'permiso de trabajar en su salvación!"

(Evergilde – M.fr. «*Le Frère Arthur* », en « *Au service de l'enfance* ». pág. 23)

Con esta habilidad, con tal prudencia va ganando terreno. E incluso más, como él mismo escribe:

"Un cierto número de amos se pusieron a mi disposición, diciendo: 'Hermano, no es usted quien tiene que ponerse a nuestra disposición, somos nosotros quienes tenemos que ponernos a la suya". (**D** 173 – 17 de enero de 1848)

De tal suerte que, luego, es él quien se hace invitar por los amos: cada uno de ellos habla a su vecino. Y así, no tiene otra cosa que hacer que presentarse para ser bien recibido. Ello le hace exclamar, en carta al Fundador:

"¡Mi querido Padre!: Agradezcamos a Dios por la asistencia que ha querido darme, desde que me ha llamado a ***esta obra sublime****; siga pidiendo para que me asista hasta el final, y para que hable fuertemente al corazón de estos pobres esclavos".*

(**D** 173 – agosto de 1847)

Sólo dos se le resisten. Por prudencia, no los va a visitar: han jurado públicamente hacerlo azotar si tiene la audacia de presentarse en sus dominios. El Hno. Arturo, que además de bueno, es astuto, piensa que el tiempo trabajará en su favor: parece simple como la paloma, pero actúa con la prudencia de la serpiente.

* * * * * * * * * *

Pasan unos meses y el número de "habitaciones" que cada semana visita llega a treinta y ocho, con unos 3.000 esclavos. Su llegada es recibida con gritos de alegría. Sus explicaciones, seguidas con atención. Muy pronto, los mismos amos asisten a ellas: con desconfianza, primero; con curiosidad después, y con interés, muy pronto; aunque claro, separados de sus esclavos.

La mula "Golondrina" del Hermano pasa a formar parte del folklore de la Martinica.

En nueve años de permanencia en las Antillas, el Hermano ha llegado a dominar de tal suerte el dialecto martinicano, el "criollo" y también la psicología de los negros y su manera de presentar las cosas que su palabra llega hasta el corazón de los pobres y olvidados esclavos.

Presenta las verdades de la religión de una manera clara y sencilla, y las hace aún más asequibles a su débil inteligencia mediante las comparaciones más llegadoras, y concretas, en base a su vida y a su trabajo diario. ¡Los esclavos quedan embelesados!

Los frutos no se dejan esperar: los esclavos jóvenes son, cada vez, más sumisos y respetuosos con sus padres y hacia los amos. Los colonos llegan a decir que querrían que todos sus negros se confesaran. El Hno. Arturo obtiene sustanciales mejoras sociales para los esclavos. Y, los amos empiezan a considerarle como el **"padre de los negros" .**

"Este Hno. Arturo hace un gran bien. Es el **"dios de los negros"** *y como* **"la Virgen",** *para la gente de color".* (**D** 173 - Carta del Hno. Ambrosio al Fundador, 17 de enero de 1848)

"Parece que los amos me miran como el ***"padre"*** *de sus negros. ¡Ay, Padre mío! ¡Si usted supiera lo dulce que es el poder reconciliar a los amos con sus súbditos y obtener para éstos privilegios que la ley no les concede, al mismo tiempo que se les da el catecismo!!!* (**D** 173 - 17 de enero de 1848)

¿Y los dos amos que le han rechazado? - Pronto empiezan a arrepentirse de sus imprudentes palabras contra un hombre que ni siquiera conocen, y que, en el fondo, quizás busca su bien. Le ven pasar de largo, junto a sus propiedades, cabalgando la "Golondrina", sin detenerse nunca, y va a visitar las "habitaciones" contiguas.

Los esclavos, en cambio, que bien saben la causa, comienzan a murmurar públicamente. La situación se hace insostenible.

Hasta que un día, el más terrible de los dos colonos, sale al paso del Hno. Arturo*:*

"¿Cómo es posible que usted, ***mi querido Hermano Arturo,*** *pase de largo ante mi "habitación", como si fuera la morada del diablo? ¿Sabe que no estoy contento del abandono en que nos deja, que mis esclavos lloran, viéndose privados de sus instrucciones, que todos dicen tan conmovedoras? Vamos, Hno. Arturo,* ***¿cuándo tendré el gusto de recibirlo en mi habitación?" - ¡Inmediatamente, mi querido señor, si a usted le parece!*** *Había oído decir que usted no me veía con buenos ojos, y por ese rumor, que era sin duda una calumnia, me he mantenido a distancia, pues no me gusta imponerme: sólo voy allí donde estoy seguro de ser aceptado".*

Y el terrible colono lo acompaña a su casa, le presenta a su familia, que le colma de atenciones y le ofrece toda clase de facilidades para dar el catecismo a sus esclavos.

Es, además, el comienzo de una larga y sincera amistad: ambos solían visitarse y el colono, casi centenario, murió cristianamente.

Como el otro blanco repite el mismo gesto, no queda en toda la región de Fort-Royal una sola "habitación" sin la instrucción religiosa.

Ello hace exclamar al misionero:

"¡Oh Providencia de mi Dios! ¡Qué admirable eres! Sabes cambiar los corazones cuando lo quieres y como lo quieres, para el bien de tus pobres ¡Mil y mil vidas como la mía no serían suficientes para agradecer a Dios un favor tan grande". (**D** 172 - agosto de 1847)

Y la identificación de algunos amos-colonos con la obra del Hno. Arturo fue tal que pudo escribir al Fundador:

"Algunos amos, siguiendo mis indicaciones, enseñan la letra del catecismo a sus esclavos". (**D** 173 – 17 de enero de 1848)

Abierto el camino, vencidas las dificultades, el sendero a seguir queda, así, trazado. Otros misioneros podrán hacer otro tanto.

El Gobernador felicita al Hno. Director Principal por el éxito obtenido y al mismo tiempo le pide otros quince misioneros más para toda la Martinica. ¡Pobre Hermano Ambrosio! ¿De dónde irá él a sacarlos? – Uno, el Hno. Ymás, es colocado en el municipio de François. A un tercero, el santo Hno. Filemón, que ya visita y misiona voluntariamente, desde hace tiempo, se le da más tiempo libre para el mismo apostolado.

Todo, en pro de la evangelización y moralización de esta parte de las Antillas, con vistas a una pacífica emancipación de los esclavos. ¿Cuándo llegará?

3 – La jornada del Hno. Arturo, catequista de los Esclavos

Preparado así el terreno, veamos ahora cómo nuestro misionero encara su fatiga diaria, desde el comienzo de la jornada.

Por la mañana, cumplidas sus obligaciones con Dios, antes de salir tiene una clase -de las 8' 00 hasta las 10' 00-, para los esclavos de ocho a catorce años de laciudad, en el Colegio mismo. Parte luego, a caballo de su mula "Golondrina" hacia las habitaciones señaladas para cada día, en cabeza las más alejadas o las de más difícil acceso.

Un zurrón de cuero al hombro, con la "Imitación de Jesucristo", la Vida de Padres del desierto, etc. para su lectura espiritual y una botellita de vino aguado, un par de huevos y pan, para el almuerzo. Va pasando de una a otra "habitación": cuatro, cinco y hasta ocho o más, al día.

Y mientras cabalga va rezando el rosario. Ésa su arma: con ella y la habilidad de su bestia se siente seguro, a pesar de los accidentes de la ruta: pozas y barrancas en la llanura, entre campos de caña de azúcar y tabaco, a pérdida de ojo, o senderos de cabras por las cerros, sorteando los abismos, y sin que falten los arroyos torrenciales, por las súbitas lluvias tropicales. Se detiene en algún lugar a propósito, reza su oración del mediodía y saca del zurrón su comida. A veces, para ganar tiempo, lo hace a caballo. Otras, se toma un tiempo de distensión, leyendo alguno de los libros favoritos que siempre lleva consigo.

Y he aquí que nuestro misionero llega a la "habitación. El vigilante de turno, si lo hay, o un "cualquiera" que lo ve entrar por el portón, da la señal, con un toque de campana, de cuerno o de viva voz… El portón, a veces monumental en las grandes "habitaciones", se abre a un paseo de mangos, naranjos, etc., que lleva a una casa de

piedra tallada, con un piso y una galería en su derredor…, a la casa del colono. En su derredor están las plantaciones.

Van llegando por grupos, sin prisa,- algo que no existe en las Antillas -, pero tampoco demasiado lentamente… Siempre hay algún capataz, con su látigo. Aunque en esta ocasión sea más un símbolo que una amenaza. Al pasar, el Hermano echa una ojeada a las chozas, por si percibe alguna novedad. Como la capilla, - donde la hay -, resulta muy pequeña y se ahogarían de calor, se reúnen en algún lugar a propósito. El misionero se mezcla con los que van llegando, inquiere, dice una palabrita de aliento…

A veces, cuando trabaja el molino o se hace la zafra del azúcar y no se puede cortar, se ve obligado a tener dos sesiones.

Luego de la instrucción y unas breves recomendaciones de todo tipo, puede ser invitado a ver alguno enfermo y visitar su choza: invitación increíble… ¿Quién puede atreverse a entrar en la choza de un esclavo? Su despedida familiar no excluye el dar la mano a algún esclavo merecedor, por su conducta o su empeño. En alguna ocasión, ya lo vimos, algún blanco quiso crearle un problema.

Regresa a la comunidad hacia las 17' 00 h. Puede tomarse, luego, una merecida cena, rezar y acostarse para recuperar fuerzas, ¿no? – Aún le queda el catecismo de adultos, por la tarde. Luego, reza su oración, después de las 19' 30 hs.

He aquí como lo sintetiza el Hno. Ambrosio en carta al Fundador:

"Le había dicho antes de comenzar su divina misión que que no fuera a más de 8 ó 10 "habitaciones"; era suficiente e incluso demasiado. Ha tomado todas las habitaciones del municipio de Fort-de-France, a excepción de dos o tres que no se prestan a ello. Va, pues, a 21 "habitaciones" cada semana. Antes de salir, por la mañana, da la clase a los esclavos, de 8 a 10 h., come un trozo de pan, mete otro en su bolsillo y parte… Regresa por la tarde a eso de las 6 h., para dar la instrucción a los jóvenes de la casa, hasta las 7 h. Vea usted si es prudente y soportable llevar ese ritmo." (**D** 173 - 1 de diciembre de 1847)

Es una jornada ciertamente llena. Tanto que, a pesar de sus deseos e incluso, a pesar del gusto que encuentra en escribir al Fundador, no puede hacerlo, sino de tarde en tarde:

"Usted ve, mi querido Padre, que apenas me queda tiempo para escribir. Cuando lleguen las vacaciones, - que no tardarán -, me propongo escribirle más detalladamente"
(**D** 172 - agosto de 1847)

Pero pasa el tiempo, los años…, y la labor no afloja, por el lado del compromiso apostólico; al contrario: el trabajo es cada vez mayor, la evangelización, más exigente. Dos años más tarde, no sin cierta pena, le dice al Fundador su pesar por no poder escribirle:

"Cuando regreso de mis giras por los campos, donde he dado el catecismo seis u ocho veces por lugares más o menos alejados, me siento tan cansado que ni siquiera tengo el valor para escribirle. Las lluvias y el sol que no me han impedido viajar, sí han contribuido a fatigarme de esa forma". (**D** 173 – 14 de abril de 1849)

He aquí cómo se lo cuenta, en una de sus últimas cartas, al Hno. Ambrosio, por entonces en Ploërmel.

"…Durante mi querida misión por los campos, como usted sabe, estaba a caballo desde la mañana a la noche, ocupado en catequizar; y cuando regresaba, estaba tan cansado, que mis pobres manos quemadas y resecas por el sol, no hacían más que temblar; me era difícil escribir". (**D** 173 .- 1º de noviembre de 1852)

Sin embargo, gracias a su tenacidad y a su amor al Fundador, poseemos un rico tesoro de cartas que el Hermano le escribió, en relación con su evangelización, por los campos. Era el Fundador mismo quien así se lo había indicado, como vimos más arriba.

4 – El catequista en acción

Sigamos ahora a nuestro Hermano, al hilo de sus cartas al Fundador, pasando de una habitación a otra.

"Ahora tengo 35 "habitaciones",-dice-, *en las que tengo que catequizar a los esclavos , una vez por semana. Sólo por graves motivos falto o cambio de instrucción. En unas hay 150 negros; en otras: 100, 50, 55, 40, 30, 15, etc. Todos estos negros, como también la mayor parte de los amos, me escuchan con una atención que le causaría placer y le edificarían, si fuera testigo de ello, como yo*". (**D** 173 - agosto de 1847)

"Por eso, tanto los amos como los esclavos me manifiestan confianza y respeto".
(**D** 173 - 17 de enero de 1848)

Podríamos preguntarnos: en medio de los campos, en pleno día, **¿dónde da nuestro Hermano su catecismo? -** Él mismo nos lo dice:

"Este catecismo se hace, a veces, en algunas "habitaciones", en la sala o en la galería del dueño. Otras veces, en la extremidad de los campos, donde trabajan; otras, en el patio, bajo los árboles, etc., según la voluntad y la intención del amo, a cuya disposición me he puesto para catequizar a sus súbditos". (**D** 173 - Agosto de 1847)

Y, **¿cómo se desarrolla este su catecismo? -** Lo que llamaríamos hoy su **método de catequesis** es para él algo muy sencillo. El número de habitaciones que diariamente debe visitar, las distancias que para ello ha de recorrer, le obligan a ser breve y expeditivo: es lo más conveniente para comenzar. Luego, se irá adaptando En realidad, sigue el mismo sistema que empleaba con los esclavos de la "habitación" la Montaña, del Sr. Pécoul , en San Pedro. Lo va perfeccionando. Luego de las oraciones inciales, como ya vimos, añade:

"¡Oh Dios mío, voy a escuchar el Catecismo"…
Luego, los esclavos se sientan en el suelo; yo me quedo de pie o me siento. Les hago las preguntas del catecismo pequeño y les hago repetir la respuesta dos o tres veces, a todos juntos, si no la saben; les doy algunas cortas explicaciones, lo más clara y lo más simplemente posible, que es lo mejor para estas pobres gentes".

Y concluye con las mismas oraciones de antaño…

Este catecismo dura veinte minutos, media hora o tres cuartos de hora, en cada "habitación". Ordinariamente visito 4 ó 5 habitaciones por día" (**D** 172 - agosto de 1847)

Desde su primera charla con los esclavos, y cada vez, en las sucesivas, nuestro misionero es recibido como un enviado del cielo ¿Quién podría decir el efecto y la impresión que sus charlas, presentadas así, sencillamente, producen entre los esclavos? ¡Cómo llegan al corazón de aquellos desdichados, para quienes la existencia no es otra cosa sino una larga cadena de trabajos, penas y sufrimientos, - físicos y morales - , no endulzados por ninguna esperanza!

La profunda ignorancia en la que se "pudren" les oculta el pensamiento y la visión de las futuras recompensas, reservadas a quienes hayan sufrido cristianamente en este mundo. Su suerte es, pues, doblemente digna de lástima. Ella produce en el ánimo y en el corazón de nuestro misionero una inmensa compasión hacia ellos e inflama su celo**,**

para instruirles acerca de su destino eterno: será tanto más glorioso cuanto más hayan sufrido sobre la tierra, con tal de haberlo sabido ofrecer y santificar sus sufrimientos.

¡Qué alegría para aquellos infortunados que, por todas partes no encuentran sino desdén y menosprecio, el ver, al fin, un hombre que se preocupa de sus intereses, que los ama y los quiere, que se desvive y se sacrifica por ellos! ¡Saber que Dios es su padre, la Santísima Virgen, su madre, los Santos, sus hermanos, el cielo, su patria! ¡El oír que el Salvador declara bienaventurados a los que sufren, a los que lloran, a los pobres!

Estas verdades tan consoladoras de nuestra religión, tomando como base, cada día, algunos números del catecismo que les hace repetir, les son explicadas de manera sencilla y clara. Las hace más comprensibles a su débil inteligencia, mediante comparaciones llegadoras, tomadas de los mismos instrumentos de su trabajo, de sus costumbres y ocupaciones diarias: les encantan y les llenan de admiración.

Y lo hace en criollo, en un criollo pintoresco, con expresiones y proverbios llenos de picardía, con ritmo ágil y desusado, entonación y mímica que traducen y expresan lo más esencial del fondo de las almas de su auditorio. El Hermano les expone la verdad de Jesucristo, la manifestación de su amor en las paróbolas del buen Pastor, del hijo pródigo, las bienaventuranzas... A ellos, cuyo destino y horizonte, en este mundo, es hacer hoyos para las cañas, escardarlas, amontonarlas, convertirlas en azúcar...¡Con qué ojos le miran y escuchan!... Todo ello en un ambiente antillano, donde los campos de caña de azúcar, batidos por el tórrido sol otoñal se pierden a vista de ojo, y comoun vasto tapiz dorado, con anchas bandas de color púrpura, se asemejan a una piel de cebra.

La sesión se termina y se dispersan cantando el estribillo de un cántico aprendido; pronto llega a suplantar a las melopeas africanas, siempre dolorosas y cargadas de angustia y de penas no asumidas, con imprecaciones contra los blancos y reproches a sus ídolos. Un cántico que serena las almas y que proyecta una pizca de cielo sobre le desnudos torsos chorreando de sudor de una gleba víctima de la més mezquina iniquidad. (Cf. ARCHANGE Penhouet.F. *Chronique des Frères de l'Instruction Chrétienne*. nº. 142, p.157-8)

Siempre encuentran estas instrucciones demasiado cortas. La llegada del Hermano es saludada con gritos de alegría; su partida entristece todos los corazones; pero es una tristeza endulzada y suavizada por el pensamiento de que volverá pronto.

Y estas charlas e instrucciones no sólo hacen bien y encantan a los esclavos. No es raro ver a los mismos dueños y dueñas asistir, también ellos, al catecismo, pero no mezclados con sus negros, sino sentados muellemente en un lugar estratégico para poder verlo y oírlo.

Todos admiran el talento del catequista; todos quedan encantados al escucharlo.

Explica a los esclavos sus obligaciones para con los amos, la sumisión que les deben, la abnegación con la que deben servirles, el celo para defender sus intereses, ejecutar sus órdenes, ver en ellos, los representantes de Dios, quien recompensará en el cielo su fidelidad hacia sus amos, ya que considera como hecho a Él mismo lo que hacen por aquéllos que lo representan.

De esta forma se disipan los temores de los colonos en relación con la misión del Hermano catequista. Comprenden que, para ellos, es una verdadera fortuna la moralización de los esclavos, ya que los hace mejores, más dóciles, más trabajadores, más fáciles de gobernar.

En síntesis: es como un elemento nuevo en la existencia de los negros: pero un elemento benéfico, que los hace menos desgraciados, y por ello, logra disipar muchos

fermentos de discordia, endulzar las amarguras, apaciguar rencores, apagar odios, derramar algunas gotas de alegría y de consuelo en aquellos corazones lastimados.

Amos y esclavos se unen, pues, para bendecir al Gobernador por su feliz iniciativa, aclamar al Hermano tan atento con todos, y exaltar los beneficios de tan hermosa misión. Es un éxito completo.

Para poder llevar adelante una fatiga tan ardua durante todo el día y bajo un sol tropical, el Hermano debe tomar determinadas precauciones; para él y para su mula, la "Golondrina", a la que cuida con atención. Si así no lo hubiere hecho, pronto se habría venido abajo. He aquí cómo se lo cuenta al Fundador:

"…El catecismo es tan sencillo como me es posible. Hay días en que lo doy en cuatro, otros en siete "habitaciones"; pero no por ello quedo rendido; tengo cuidado de no hablar demasiado fuerte, sino sólo de manera a ser oído y comprendido por los pobres esclavos, a los que hago repetir la misma respuesta del catecismo, dos o tres veces, lenta y pausadamente; les doy pequeñas explicaciones, las que juzgo necesarias, de suerte que sea bien comprendido.

He arreglado las cosas de tal forma que no tengo que hacer más que dos o tres leguas por día. Visito todas las "habitaciones" que están en la misma zona, una después de otra, sin tener que hacer mucho camino para ello.

Tengo el cuidado de llevar conmigo con qué comer y un poco de agua coloreada; como a caballo, hacia el mediodía, yendo de una habitación a otra. Los pobres esclavos con los que me encuentro y me ven comer así, a caballo, sólo pueden quedar edificados, pues tienen suficiente perspicacia para adivinar el motivo que me hace obrar así".

(**D** 173 - 17 de enero de 1848)

Y aquellos temores no eran vanos, ni las precauciones por su salud, excesivas. Al contrario: el celo de los comienzos, la inexperiencia de este trabajo seguido, el calor y la humedad, dan cuenta de su salud, aunque en forma transitoria.

Luego de dos meses como catequista de los esclavos cae enfermo y en cama. Ya algo recuperado, le envía al Fundador una carta escrita en momentos sucesivos, desde el mismo hospital donde está internado:

"Desde hace ocho días estoy en el hospital, por la primera vez en mi vida y por causa de enfermedad: me han sobrevenido agudos dolores en el pecho y en la garganta. Este enfermedad hacía progresos tan rápidos que en un solo día me quedé a tierra. Me hicieron una fuerte sangría y aplicaciones de sanguijuelas, poniéndome cataplasmas en el pecho, de suerte que ya estoy casi curado. Pero el médico responsable teme una recaída, si salgo demasiado pronto del hospital.

Las religiosas hospitalarias de San Pablo de Chartres han tenido para conmigo cuidados maternales". (**D** 173 - agosto de 1847)

Los temores del doctor no eran infundados: casi al final de la carta, días más tarde, el misionero apostilla en un momento de pesimismo:

"Ya le daré otros detalles más adelante, pues ahora me siento abrumado por el dolor y la enfermedad". (Ibid.)

Parece que la enfermedad fue, efectivamente, grave, si hemos de creer lo que dice el Hno. Ambrosio en carta al Hno. Hippolyte. de Ploèremel:

"Entre los que han sido sacudidos por la enfermedad, el Hno. Arturo ha estado en mucho peligro y hemos temido por sus días. Ha sido atacado por una enfermedad llamada "tentanau" , de la que dicen que nadie se esacapa". (**D** 173 – 6 de noviembre de 1847)

A Dios gracias, la cosa no pasa a más: sale del hospital y retoma su labor. De tal suerte que termina la carta con tono optimista, relatando los frutos consoladores que produce la catequesis, como veremos más adelante.

Pero pasa el tiempo y, fruto de la experiencia y con un poco más de tiempo disponible, el Hermano va perfeccionando su sistema, aunque siempre con prudencia.

5 - Precauciones, dificultades, obstáculos...

Hemos hablado más arriba de las comidas de nuestro Hermano: las toma en momentos y lugares estratégicos: a caballo o en lugar sombreado, a la orilla de un arroyo, a la vera del camino. Y, nunca en las "habitaciones" y mucho menos en las casa de los colonos. Él mismo dirá el porqué en carta al Fundador.

"A menudo los dueños me pedían con insistencia que almorzara con ellos. Les manifestaba el pesar que sentía al no poder aceptar su invitación; y les decía que no lo podía, dado que eso era contrario a nuestros reglamentos, tanto en Francia como aquí, en las Antillas; y que no podía infringirlo sin una necesidad urgente, lo que en ese momento no era el caso.

Pero, para darles a entender que no era por desconfianza, aceptaba un poco de agua azucarada, o coloreada. Y hoy estoy muy contento de haber rehusado comer con los dueños; esta rigidez los edifa y gana la confianza de los esclavos, que no pueden decir que estoy sobornado por las buenas comidas de sus amos. Hoy, estos mismos amos me dejan entera libertad y ya no se molestan en ese sentido, sabiendo bien que lo rechazaré".

El Sr. Director del Interior, al que yo un día daba cuenta de mi misión, aprobó mucho esta manera de obrar". (**D** 173 - 17 de enero de 1848)

Con el paso del tiempo, esta determinación y compromiso que el Hermano ha tomado y que se hace costumbre, se demuestra como algo muy positivo. Dos años lleva como catequista de los esclavos a tiempo completo y así escribe:

"Conservo siempre la costumbre que había tomado en el tiempo de la esclavitud y que es la de no tomar comidas en ninguna casa. Continúo comiendo a caballo, yendo de una habitación a otra. Eso me hace bien, pues no pierdo tiempo y no creo obligaciones para con los dueños, que ya no me invitan, por miedo a que no acepte, pues nunca tuve esa costumbre". (**D** 173 - 14 de abril de 1849)

Su régimen de vida es duro y riguroso. Y lo es mucho más, si se tiene en cuenta que lo hace en un país de clima tropical, con su acción debilitante. Viaja bajo el ardor devorador de un sol de fuego, por caminos y senderos a menudo impracticables. La lluvia, a menudo torrencial en las Antillas, no le deja seco, a veces, ni un hilo de su vestido: y aunque no es la lluvia del invierno de ciertos países, no deja de tener graves inconvenientes, para quien sufre una gran transpiración, cosa normal en países cálidos.

Y, entre el amanecer y el anochecer, llega a dar siete, ocho, nueve y hasta diez instrucciones por día; sin contar los mil avisos, los mil consejos, las mil palabras redentoras, echadas al vuelo, al pasar por los caminos, en chozas, chabolas o ranchitos, a todos aquellos con los que se encuentra. ¿No es, acaso, una jornada bien llena?

Ello no deja de producir impacto en su organismo, más bien fuerte, es verdad, aunque no robusto. Sus fuerzas se van gastando gradualmente, pero no se enfrían su ardor y su celo, ni disminuye la tarea diaria. En los comienzos, como ya vimos, es víctima, quizás, de su inexperiencia y cae enfermo: ha de hospitalizarse. Pero se recupera, se traza un programa de precauciones básicas y, por mucho tiempo sigue sin mayores problemas de salud.

Hasta que un día, otro día, sin embargo, la fiebre, fruto de un exceso de fatiga, se introduce en sus venas: la siente en sus miembros. De todas formas, monta a caballo, pensando que el movimiento, la acción, la transpiración…, la harán desaparecer. ¡Vana esperanza!. Da una, dos, tres instrucciones, agitado por la fiebre, que se agrava de hora en hora.

Finalmente, justo en el medio de un nuevo catecismo, su valor le traiciona. Se sienta al pie del árbol bajo el cual estaba hablando, pálido como un muerto y sin aliento. Cree que le ha llegado la hora de la muerte. Se lo dice a los negros consternados que lo rodean. Se ponen de rodillas, rezan, lloran: el cielo no puede arrebatarles a su apóstol.

De repente, una vieja negra, que se encuentra entre las últimas filas, se levanta, se adelanta hacia él y le dice con tono inspirado: **"¡Hermano Arturo, levántese, suba a caballo: está usted curado!"**

Efectivamente, se siente curado: desaparece la fiebre, y con ella, la debilidad. Conmovido por el hecho, agradece a los negros sus oraciones, monta a caballo y continúa la jornada como de ordinario. (Cf. Evergilde o.c., pág. 27 – 28)

En todo caso, el pensamiento de la muerte no es ajeno al Hno. Arturo, a pesar de toda esta actividad y a veces, quizás, a causa de ella. En carta al Fundador, del 27 de julio de 1852 – **D** 173-, confiesa:

"Mis cabellos blanquean, mi cuerpo parece debilitarse y declinar: todo ello para decir que pronto tendré que dar cuenta ante Dios".

Porque, además, la muerte le puede llegar en cualquier momento, en razón de los peligros inherentes a su trabajo:

"¡Cuántas veces no he temblado viéndome a punto de ser precipitado en el fondo de un barranco por mi caballo!? (**D** 173- 25 de noviembre de1852)

Pero Dios tiene otros planes y bendice al Hermano con una prolongada ancianidad. En los largos años que van a seguir siempre estará en la brecha.

Capítulo 10

Obra evangelizadora del Hno. Arturo entre los esclavos

Después de haber visto a nuestro misionero en acción, recorriendo las Antillas, mañana y tarde, bajo el sol, bajo la lluvia, a caballo de su mula "Golondrina", podríamos preguntarnos: ¿Cuál es la reacción de los esclavos frente al empeño del misionero y su diaria labor? ¿Aprovechan de su catequesis? ¿Realiza una obra evangelizadora? ¿Cuál, la acogida concreta de los colonos blancos, los "habitantes"? ¿Es todo ello algo meramente pasivo y resignado o, por el contrario, llegan a colaborar, a aceptar, asumir el mensaje como algo propio?

Es lo que vamos a tratar de ver sucesivamente.

1 – Desarrollo de la obra de la CATEQUES

Va a ser el mismo Hermano, principalmente, quien, a través de su correspondencia con el Fundador, Juan María de la Mennais, nos lo irá contando. Hubo, además, muchos Hermanos que lo vieron actuar, que lo acompañaron, a veces, en sus correrías y nos lo han dejado escrito; en realidad, lo hacen sólo mediante apreciaciones escuetas, aunque significativas. Algunos, por oficio, como el Hno. Ambrosio, Director Principal; otros, al ser invitados por el mismo Hno. Arturo a acompañarlo.

En efecto, nuestro misionero, no sólo es transparente y lo hace todo a la luz del sol, pero es que, además, pretende formar misioneros-catequistas que lo suplan en ocasiones: o bien se vayan preparando y animando a ir a otros poblados o habitaciones de la Martinica, tan necesitados como los que él evangeliza. Y estos testigos-catequistas algo nos han dejado escrito. Lo iremos viendo sucesivamente. Pero, volvamos al mismo Hno. Arturo.

Lleva medio año de trabajo y así escribe al Fundador:

"En la época de las vacaciones tendría que catequizar 38 habitaciones por semana. Pero, como también tenía que dar la clase a los esclavos jóvenes, - de 8 a 14 años -, me veía obligado a omitir el ir a algunas de las ("habitaciones") más pequeñas. Entonces, rogaba a los dueños que suplieran mi imposibilidad e hicieran recitar la letra, las palabras del catecismo a sus negros. La mayoría me lo prometían.

Dos de esas habitaciones están en otro municipio, el de Lamentin. El párroco del lugar me había pedido que fuera también a ellas. Y, en fin, invitado por uno de los dueños, ya he estado en dos de las que rodean a Fort-de-France". (**D** 173 – 17 de enero de 1848)

El testimonio es por demás elocuente, sea en relación con los dueños, sea en relación con el clero del lugar; la obra se desarrolla y se extiende, con la mutua colaboración. ¿Y los esclavos mismos? Unos pocos meses antes de haber escrito la carta anterior escribía:

Estoy contento con estos buenos esclavos. Varios de ellos me han dicho que querían encargar misas para agradecer a Dios, por el beneficio que les concede de recibir la instrucción religiosa hasta en sus mismas viviendas. Usted ve que estas buenas gentes no son, de ninguna manera, ingratas hacia Dios. Me lo agradecen también a mí y me piden la bendición" (**D** 173 A059 - agosto de 1847

Y también los jóvenes esclavos, - y algunos niños -, a quienes da dos horas de clase, cada mañana, antes de salir a catequizar, aprovechan de su celo, pues escribe:

"Los jóvenes esclavos de los que estoy encargado hacen progresos: varios de ellos ya saben leer". (Ibid.)

Y los progresos no están sólo en relación con la extensión cada vez mayor de **su apostolado; lo son también en su profundización: empiezan a tomar conciencia de su situación**, a hacerle preguntas, a pensar en su realidad, especialmente en relación con la familia. ¿Será posible una solución a todo ello? Veamos cómo se le presenta al Hermano esa situación, ya desde los comienzos:

"Hay un gran número que viven como si estuvieran casados, con una persona de otra habitación, y tiene, a veces, muchos niños,buenos y hermosos; pero los difícilmente permiten a un negro casarse con una negra de otra habitación". (**D** 173A059 - agosto de 1847)

Meses después habla al Fundador nuevamente sobre el desarrollo de su labor:

"En todas las habitaciones que he visitado he sido muy bien recibido por los amos que me han permitido con gusto, catequizar a sus súbditos". (**D** 173 - 17 de enero de 1848)

Un mes después, ya de lleno en la obra de la catequización, en el nuevo año de 1848, y viendo cada vez más cercano el día de la emancipación, hace un esfuercito más y escribe brevemente al Fundador, reconociendo que apenas tiene tiempo para ello:

"Tengo ***¡44 ó 45 habitaciones para catequizar por semana!,*** *sin contar el catecismo de tarde, en la escuela".* (**D** 173 - 20 de febrero de 1848)

Pero no sólo el Hno. Arturo ve la necesidad de la Catequesis a los esclavos. Por indicación del Hno. Ambrosio, durante el verano nuestro Hermano participa a los otros Hermanos de su experiencia y les da las indicaciones pertinentes. Y así los Hermanos Ymas y Emerico serán los nuevos catequistas de los esclavos.

(Cf. **D** 173 – 17 de enero de 1848)

Esta misión exige una buena cuota de sacrificio: El Hermano la asume con mucho ánimo. Años más tarde lo expresará francamente al Hno. Ambrosio, cuando éste se quede en Ploërmel, como Asistente del Fundador, ya anciano:

"Usted me dio más tarde la misión más difícil que pudo confiársenos: la de catequizar a los esclavos en las habitaciones: los resultados sobrepasaron a las esperanzas ".

(**D** 173 – 10 de noviembre de 1852)

Veamos algunos de ellos…

2.- Frutos de la evangelización

Efectivamente. No se dejaron esperar. Citaremos algunos más visibles y exteriores, signo de otros más profundos. Y lo haremos, sobre todo, en base a su correspondencia con el Fundador, pero con una aclaración previa, sin embargo. Los más épicos, - tan difíciles como llamativos -, los sabemos por quienes fueron testigos de los mismos, pues en su modestia y humildad, ésos no se los contaba al Fundador. Veremos algunos sucesivamente. Comencemos con lo que el mismo Hermano relata.

+ *"Ayer reconcilié a los esclavos de una habitación con el representante de su dueño a quien habían ofendido; les concedió, luego, los antiguos privilegios y las ventajas que les da la ley Macot".*

+ *"La instrucción religiosa produce buenos resultados en varias habitaciones, según el testimonio de los mismos amos; dicen que son más modestos, más caritativos entre ellos y discuten menos. Hay algunos que se proponen recibir el sacramento del matrimonio y van a la Misa el domingo. Van a confesarse. y no es raro verlos derramar lágrimas, por la pena que experimentan al tener que romper ciertos vínculos, pues tienen mucha fe".*

+ *"Ya me han pedido estas pobres gentes que interceda por ellos ante sus amos; hasta ahora, los amos no me han rechazado nada; obtengo todo lo que deseo para estos pobres negros y ya han publicado las proclamas de algunos (para casarse)".*

(**D** 172 - 2 de agosto del 1847)

+ *"A veces soy mediador entre los amos y los esclavos, para reconciliarlos, y no es raro ver a los amos y a los esclavos derramar lágrimas, cosa que ha sucedido hace poco tiempo".* (Ibid.)

Podríamos decir que estos ecos abarcan una buena parte de los objetivos que el Hermanos Arturo se ha propuesto en su obra de catequización. Medio año después puede completarlos, muy satisfecho con este otro testimonio:

+ *"Los esclavos asisten a la Misa los domingos; muchos se confiesan, y entre éstos noto un cierto número de jóvenes esclavos de 18 a 20 ó 25 años, que me parecen buenos e inteligentes y que, ordinariamente son los más sumisos para con sus amos, y los más exactos en el cumplimiento de sus deberes, lo que es un buen ejemplo en las habitaciones.*

+ *Los jóvenes esclavos se hacen más sumisos, y más respetuosos para con sus padres y madres y hacia sus amos; por ello, éstos dicen que desearían mucho que sus negros se confesaran todos".* (**D** 173 - 17 de enero de 1848)

Después de tantos oprobios recibidos, de tantos sufrimientos padecidos, después de tantos años pasados en un continuo temor al látigo o a la prisión, ver finalmente a un hombre que hace suyos sus intereses, que los ama, que se desvive por ellos. Saber que en el cielo Dios cambia en delicias los padecimientos sufridos sin murmurar. Oír que son proclamados bienaventurados los que lloran, los pobres, los que son perseguidos. ¡Qué alivio, qué visión inesperada de fe!

Y sus catequesis van calando en los esclavos, no exentos de cierta sencillez, pero también con vicios inveterados. Y así, los hay que van renunciando a sus viejas costumbres de emborracharse, de zanganear, de libertinaje. Se acercan a la iglesia para confesarse, para regularizar su matrimonio…

*** * * * * * * * * ***

Terminemos este muestrario alentador de la obra de nuestro misionero-catequista con una última cita, tan significativa que no hemos podido dejarla de lado, aun siendo algo larga. Al leerla, uno siente la alegría de ver los frutos de la evangelización.

+ *"Varios amos me han dicho que, desde que catequizo a sus súbditos ya no hay más disputas entre ellos. Algunos me han dicho que están contentos con sus negros. Parece que los amos me miran como el* ***padre de sus negros****. Por ello, cuando algunos se portan mal hacia los amos o les dan respuestas duras, el amo se queja ante mí. Entonces hablo al culpable, que me escucha respetuosamente y con los ojos bajos, y a veces, con las lágrimas del arrepentimiento en los ojos.*

"Les hago ver con bondad, el daño que ellos mismos se han hecho, exponiéndose a perder el favor de su amor. Ofendiendo a Dios, que le obliga, por el cuarto mandamiento, a respetar a su amo y obedecerle en todas las cosas que no sean contrarias a las leyes divinas.

En fin, le exhorto a reparar su falta, mediante el arrepentimiento y por medio de la Confesión, y comportándose mejor en el futuro. Y si está condenado a alguna pena, obtengo fácilmente el perdón de su falta.

He conseguido fácilmente, del amo, el perdón de un esclavo puesto en la "barra", que es un castigo por el que el esclavo está atado en una pierna, y que sería demasiado largo de explicar.

No hace mucho, un joven esclavo de 18 a 20 años se había escapado de la casa de sus amos, que me hablaban de su conducta. Después del catecismo que di a todo el taller, hablé al joven delante de los otros esclavos y le dije con bondad que se portara mejor; y sobre todo, que no nunca más de sus amos, los cuales estaban allí presentes.

El joven fugitivo derramaba un torrente de lágrimas y me prometió portarse mejor. También los otros se pusieron a llorar, lo mismo que la anciana señora dueña. Ésta

perdonó a su joven negro; y desde entonces están contentos con él. Este joven esclavo no sabe cómo expresarme su agradecimiento!" (**D** 173 – 17 de enero de 1848)

No es de extrañar que nuestro Hermano, testigo y agente de estos hechos, lleno de confianza hacia el Fundador, Juan María de la Mennais, le abra el corazón con esta exclamación:

"¡Sí, Padre! Si usted supiera qué hermoso y dulce es, al mismo tiempo que se da el catecismo a estos pobres esclavos, el reconciliarlos con sus amos, y reconciliar a los amos con sus subordinados , e incluso conseguir, para éstos, privilegios que la ley no les concede!" (**D** 173 - 17 de enero de 1848)

Nuestro Hermano realiza el propósito y deseo del Fundador, al enviar a sus Hermanos a las Antillas:

"Sois mensajeros de amor y de paz". (E.DE MIRECOURT. *L'abbé Jean-Marie de la Mennais, fondateur de l'Institut de Ploërmel.* Vannes, 1876. pág. 228

No fue ajeno a todo esto un detalle que el Hermano le confía al Fundador como de pasada:

"Como ya hace nueve años que estoy en las colonias, ***he logrado aprender la lengua de esta gente y su manera de entender las cosas****".* (**D** 173– 17 de enero de 1848)

…En efecto: llegó a identificarse de tal forma, incluso en su contextura física, que no pensó para nada regresar a Francia.

Y, ¿cómo no? Vuelve a su viejo tema: invita al Fundador a que haga llegar estos sentimientos y su gran alegría a los Hermanos de Francia, para que se animen y den sus nombres para venir a la Martinica, como misioneros:

"Si nuestros buenos Hermanos de Francia hubieran saboreado los consuelos que uno experimenta acá, entonces, quizás todos querrían venir a las misiones.

¡Sí, Padre! Hay tanto bien que hacer en la misión que se me ha confiado y que va a ser confiada a otros Hermanos en diferentes lugares de las Antillas". (Ibid.)

Y reparemos que todo esto sucede cuando todavía no ha pasado un año desde que el Hno. Arturo ha iniciado su obra de catequista de los esclavos, a tiempo pleno, en sus mismas habitaciones. Pueden preverse buenos frutos ulteriores. Pero el tiempo apremia y la emancipación no puede demorarse.

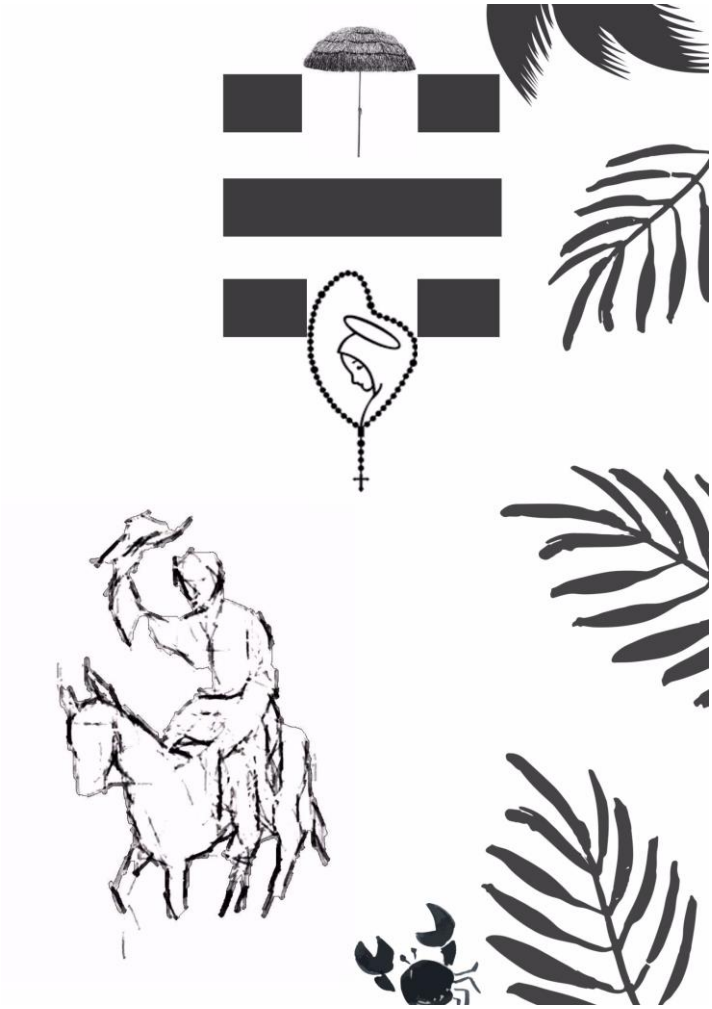
Antes de pasar a otras etapas de su misión, podríamos preguntarnos: ¿Cuál es el eco interior de esta obra, de esta gran fatiga de nuestro misionero? ¿Cómo la ve él mismo? ¿Qué efectos produce en su espíritu? – En parte lo hemos ido viendo en las páginas anteriores y a lo largo de este escrito, en formas bien expresivas. Lo podremos ir viendo sucesivamente, sacado de sus confidencias al Fundador.

Añadamos antes que esta acción poderosa del Hno. Arturo no se hace sentir sólo en el campo, entre los esclavos y sus amos; es percibida también en la ciudad, sea entre los que frecuentan el catecismo de tarde que el Hermano da, al retornar de su catequesis en los campos, pero también entre los ciudadanos en general: en un país chico, todo se sabe y la acción apostólica del Hermano y la de sus otros Hermanos en la ciudad, -Fort-de-France-, es palpable: aumentan las Comuniones de las personas mayores, es mayor la asistencia de los a las celebraciones litúrgicas de la parroquia, se regularizan uniones ilegítimas…

"De esta forma, el sacerdote acaba y corona la acción apostólica que el Hermano va haciendo. Y así, el Reino de Dios se extiende cada vez más en un país hasta entonces tan probado.

(Cf. Evergilde-M. fr. - "Au Service de l'enfance…4ª Serie, pág. 28)

Esta última reflexion es la de un testigo y contemporáneo de nuestro Hermano en la Martinica.



Capítulo 11

El Hermano Arturo, pacificador de la Martinica

1. Luces y sombras en el camino hacia la libertad

Mientras en las Antillas prosigue la obra de evangelización y pacificación de los esclavos, nuevos acontecimientos vienen a turbar el orden político de la metrópoli, Francia. Son acontecimientos que pueden llegar a tener consecuencia imprevisibles en las colonias, especialmente entre la clase esclava.

La revolución de febrero de 1848 derroca el gobierno del rey Luis Felipe de Orleáns. último rey de Francia. El 25 del mismo mes es proclamada la segunda República.

Uno de los primeros cuidados del nuevo gobierno es manifestar su deseo de acelerar el proceso de emancipación de los esclavos. He aquí su primera proclama:

"El gobierno provisional de la República, considerando que ninguna tierra francesa puede tener esclavos, decreta:

'Ha sido creada una comisión en el ministerio provisional de la Marina y de las Colonias, para preparar, en el menor tiempo posible, el acto de emancipación inmediata en todas las colonias de la República".

Por su parte, el nuevo Director general del ministerio de las Colonias, Sr. V. Schoelcher, escribe al Fundador sobre

"…La necesidad, para cada uno, de esperar con calma y confianza que llegue el momento de la emancipación". Reconoce, luego ***"los esfuerzos fructuosos que los Hermanos hecho, desde hace varios años, con el fin de preparar la educación moral de los Negros, la confianza particular que esos educadores laboriosos inspira a todas las clases de la población"*** . (**D** 154 - 20 de marzo de 1848)

El Fundador aprovecha la oportunidad para expresar sus sentimientos a este propósito, en carta que envía directamente al Ministro de las Colonias:

Ploërmel, a 24 de Marzo de 1848

«Tiene usted razón al contar con ***mi entera cooperación y mi más cordial dedicación en la obra de la instrucción cristiana y de la pronta emancipación de los esclavos en nuestras colonias****. Tengo la satisfacción de poderle asegurar que* ***mis Hermanos van a trabajar con un renovado celo; ya les he escrito por dos veces desde hace un mes, para dirigirlos en esta misión, que no es nueva para ellos,*** *pero que debe tomar, próximamente un nuevo desarrollo. Usted se dará cuenta enseguida de que su número es insuficiente y temo que varios de ellos sucumban bajo el peso de la fatiga».* (**C.G**. Tomo VI, Carta 4244, 24 de marzo de 1848)

Y, de hecho, antes que aparezca el decreto de emancipción de Schoelcher en avril de 1848, el fundador Juan María de la Mennais se pone a trabajar en todos los frentes, para vencer los obstáculos, proporcionar sugerencias, proponer modificaciones.

El anuncio de la cercana libertad es recibido en las Antillas con una sana y tranquila alegría.

Pero las semanas van pasando y la libertad, prometida a breve plazo, no llega. Empiezan a surgir dudas sobre la veracidad de tal promesa, con consecuencias muy distintas en las dos islas mayores: siempre más virulentas en la Martinica. ¿Cómo mantener el orden, cómo preparar a los esclavos para la recepción de la próxima libertad?

A estas preguntas, el Hermano Ambrosio, Director Principal, da una sola respuesta: el envío inmediato de nuevos catequistas. El ejemplo del Hno. Arturo, en la Martinica, y el del Hno. Jacinto, en la Guadalupe, la eficaz acción moralizadora y de pacificación llevada a cabo por ambos, constituyen una prueba concluyente. ¡No hay tiempo que perder!

"Dado el estado de cosas, conjuro, pues, a su consideración muy distinguida, - escribe el Hno. Ambrosio al de las Colonias -, *que nos refuerzos de buenos sujetos, capaces de cumplir la penosa y difícil misión que nos ha sido encomendada.*

Si, pese a todo, en este momento en que estamos tocando la libertad, tuviéramos al menos dos Hermanos en cada uno de los municipios mayores, y uno en cada uno de los

más pequeños, y cuyo trabajo fuera, únicamente el de trasladarse por las habitaciones para instruir a los negros, no dejarían de producirse los mismos efectos que produce el que lo está haciendo, desde haced diez meses solamente, en las habitaciones de las cercanías de Fort-de-France.

Todo el mundo es testigo del éxito que ha obtenido ese Hermano en las plantaciones de esa municipalidad. ***La tranquilidad reina allí por todas partes y los amos y los esclavos están muy contentos de él. El negro se comporta perfectamente, guiado por los sentimientos religiosos.*** *Pero es necesaria* ***una abnegación perfecta en la manera de tratarlos*** *y no sólo con medias voluntades"* (**D** 151 – 13 de mayo de 1848)

Desgraciadamente, y pese a estas vivas observaciones, el número de catequistas sigue inmutado en la Martinica.

Por todo ello, el Hno. Ambrosio que, con ojo avizor sigue oteando el horizonte, podría repetir lo que ya le había escrito al Fundador, tiempo atrás:

*"**No sabría expresarle, mi querido Padre, cuánto temo, -para nosotros, la emancipación,** en la cual todos nos aseguran que **debemos jugar un papel tan importante**: pero, parece que es la voluntad de Dios el llevar adelante sus planes mediante quienes somos tan pobres y desgraciados y ciertamente desprovistos de todo lo que es necesario para realizarla".* (**D** 172 - 18 de agosto de 1845)

Muy pronto podrán constatar las autoridades administrativas la decisiva influencia de los catequistas entre la población esclava, y los males que habrían podido ahorrar a la Isla, si la tesis del Hermano Ambrosio hubiese pasado a la realidad. Sus palabras resultaron proféticas.

2. Catequista y pacificador

El clima se sigue enrareciendo en la Martinica. Algunos alborotos estallan en varios puntos de la Isla, aunque sin importancia. Hombres perversos, - como en otras situaciones parecidas -, aprovechan las circunstancias y atizan el fuego que incuba en los corazones: especulan sobre las ventajas, para ellos, de una rebeldía en plena regla, - una pequeña revolución -, y empujan a los esclavos a levantarse y a tomar la libertad por su mano, a punta de machete. Van propalando: "¡De otra suerte, nunca la conseguirán!"

El Hno. Ambrosio constata que *"Ahora los esclavos son los dueños y hacen lo que quieren*". (**D** 173 - Carta al Fundador, 16 de mayo de 1848)

Estas ideas, repetidas una y mil veces, secretamente, bajo muchas formas, y con visos de verdad, producen el efecto apetecido por sus promotores: ¡los negros se rebelan!

Un día, ¿a fines de abril, quizás, de ese año, 1848?, bandas numerosas armadas con machetes y cuchillos, bajan hacia Fort-de-France , -la capital-, con la intención de llegar a los últimos extremos. El gobernador de la isla, general Rostoland, juzga que la situación es desesperada. ¿Qué hacer? No cuenta más que con 400 soldados para defender la ciudad. Pero aun así: rechazarlos por la fuerza, tirar sobre los revoltosos, ametrallarlos a cañonazos, ¿no será agravar la situación, exasperarlos y causar una revuelta general en toda la isla? ¿No será mejor tratar de hacerlos entrar en razón, cuando la rebelión está localizada alrededor de la ciudad y cuando todavía no ha corrido sangre?

Pero, ¿dónde encontrar a alguien con autoridad moral suficiente, con el crédito necesario para ser escuchado y obedecido? Sólo alguien que ame a los esclavos, que les inspire una plena y entera confianza; alguien, sobre cuya palabra pueda apoyarse más, incluso que sobre la de ellos mismos?

El nombre del Hermano Arturo, el catequista amado por todos los esclavos, viene a la mente del gobernador**: ¡él es el único que puede restablecer la paz!** La sugerencia y pedido es transmitido al Hno. Ambrosio, Director Principal.

Conociendo la gravedad de la situación, pero también la perfecta docilidad del Hermanos, el Superior le manda, en nombre de la santa obediencia, ejecutar la orden del Gobernador. El Hno. Arturo nada teme de los negros, pero sabe muy bien que, entre ellos y empujándolos, están los agitadores, y de ellos se puede esperar cualquier cosa, especialmente si ven frustrados sus planes.

"Pero, ¡usted me manda a la muerte!"

"¡Tanto mejor! - le contesta el rudo Superior -. ¡Así, será usted víctima de la caridad, de la obediencia y del patriotismo. Y nuestra Congregación podrá gloriarse de contar con un mártir entre sus hijos!"

El Hermano Arturo se pone de rodillas, reza un acto de contrición y parte…

Los amotinados se han concentrado junto al puente "Cartouche", esperando las últimas órdenes de los instigadores, para el asalto a la ciudad. El Hermano se llega donde ellos, pasa entre sus filas, sube encima de un peñasco cercano y con gesto imperativo reclama silencio. Ante esta súbita aparición, todo se callan, estupefactos. Se vuelven hacia el catequista respetado que, con voz clara y vibrante les amonesta en dialecto criollo:

"¡Hijos míos!, ¿Dónde vais? ¿Qué queréis hacer? ¿Quién os ha trastornado la cabeza? ¿Qué hacen aquí esos gritos, esas amenazas, esos cuchillos con los que vais armados?. ¡Sí! Ya lo sé: queréis tomar vuestra libertad!

Y el discurso continúa en el mismo tono. Las palabras más duras van dirigidas contra los agitadores que quieren engañar a los pobres negros.

"¡Fuera, ministros de Satanás!, les grita-*. Os conozco y no quiero saber nada con vosotros".*

Y termina:

"¿Os he engañado yo alguna vez? ¿Acaso no son mis actos y mis palabras una prueba de amor hacia vosotros, de mi celo por vuestro bien, de mi preocupación por vuestros intereses? Pues bien: yo os doy mi palabra de honor: en nombre de Francia, en nombre del Padre celestial, en nombre de la Virgen yo os prometo que recibiréis pronto, muy pronto, la libertad. Pero, con una condición: que continuéis mereciéndola, por vuestra sumisión, vuestra buena conducta y la fidelidad a todos vuestros deberes".

Este discurso, desarrollado con otros conceptos semejantes, pronunciado con acento vehemente y elocuencia fulgurante, produce el efecto apetecido. Los espíritus se serenan, los temores se desvanecen, vuelve a reinar la paz. ¿Quién puede dudarlo? - **¡El Hermano Arturo ha dado su palabra! Vuelve la confianza a todos los corazones y deciden esperar que la libertad llegue por sí misma y por la vía legal.**

Los esclavos se desperdigan, vuelvan al campo, cada uno a sus habitación. La capital y la isla se han salvado!

(Cf . Evergilde – M. fr. *«Le Frère Arthur »,* en « *Au service de l'enfance* ». Pág.28-32)

La revuelta ha quedado abortada, pero la lección ha sido fuerte. Y para algunos más. Los colonos que se habían hecho odiosos por sus crueldades, comprendieron que ya no había seguridad para ellos y para sus familias. Ochocientos abandonan en masa sus «habitaciones», para esconderse en las ciudades, refugiarse a bordo de los barcos de comercio o del Estado anclados en la rada, o bien en las islas vecinas .

Sus casas, el mobiliario, los animales, las cosechas, sus plantaciones y dependencias, todo queda a merced de sus esclavos e incluso del primer venido.

El Hermano Arturo, ayudado, en ocasioners, por otros Hermanos, sigue visitando y catequizando los estancias y las plantaciones. Recorre los campos, mantiene a los esclavos en su deber, pide a cada uno que se mantenga en su trabajo, como antes, que cuiden los animales. En fin, cumple las funciones de los amos ausentes.

Todos le escuchan y obedecen, prometiéndole ser fieles a sus amos, trabajar como si estuvieran allí, no dejar estropearse nada y estar atentos para no dejarse robar por esclavos extraños. Y hasta logra recuperar algunas objetos o animales robados. Sus palabras, más eficaces que la presencia de los mismos amos, logran mantener el orden, defender las propiedades y las estancias contra el pillaje. El trabajo continúa, los esclavos saben ganarse la libertad, si no todos, sí una buena parte.

Y este resultado, el Hermano lo consigue por la sola persuasión y por motivos de fe.

Lástima que luego, con el tiempo, algunos de estos colonos que deben únicamente a los Hermanos el no haberse ido completamente a la ruina, se cuenten entre las filas de sus más determinados adversarios.

En el resto de la isla, la paz no ha sido turbada más que por algún chispazo de menor importancia, si no es San Pedro, por culpa de algunos colonos blancos. Y sufren en su propia carne la pena de su agresividad. Allí no había un Hno. Arturo para apaciguar. (Cf. Evergildo, o.c., pág 28 – 32)

3.- ¡Viva la libertad!

Pasan algunas semanas luego de la decisiva actuación del Hno. Arturo.

Amanece el día 24 del mes de mayo de 1848: a las nueve de la mañana, la libertad, declarada y firmada la víspera por el Gobernador, es proclamada para todos los esclavos, en la Martinica:

El Director del Interior, acompañado de un numeroso cortejo, con músicos a la cabeza, recorre las calles y plazas de Fort-Royal, proclamando en nombre del Gobierno francés, la abolición de la esclavitud.

La alegría es delirante: cantos de triunfo, de libertad..., resuenan por doquier, se baila, se corre de un lugar a otro, abrazos... ¡Es el frenesí!

Los Hermanos se suman, con júbilo, a tales fiestas, siendo, además, objeto de la gratitud de los esclavos.

Centenares, millares de esclavos, de las estancias y habitaciones, catequizados por el Hno. Arturo, recordando sus promesas, le atribuyen a él la liberación, vienen a Fort-de-France, para celebrarlo. Van a la escuela de los Hermanos, reclaman su presencia para llevárselo en triunfo, a hombros, por las ciudad Sólo la intervención decidida del Hermano Ambrosio impide que las cosas pasen a más. Se ríe, se llora de alegría. ¡Se ha acabado la esclavitud!

He aquí cómo se lo relata al Fundador el Hno. Ambrosio, tiempo después:

"Les dimos algunas botellas de vino, abrazamos a los hombres estrechamos la mano de las mujeres, cantando algunas canciones a la Virgen sobre el tema de la liberación de la esclavitud: se cantaba al colmo de la euforia por la alegría; en fin, toda la casa, el patrio, se llenaban de gente, alternativamente". (**D** 173 - 26 de octubre de 1848)

Ningún incidente viene a turbar la celebración de la obtenida libertad, en ningún punto de la isla…

Y la fiesta se prolonga los días siguientes. Los esclavos cantan como embriagados por la alegría; ya no se poseen, están locos de felicidad. No es de extrañarse: sumidos desde hacía siglos en las tinieblas de la más negra servidumbre, la que condena el corazón al envilecimiento, el espíritu a la ignorancia y todo el ser al embrutecimiento, ahora, finalmente, ¡son libres!

Pero el Gobierno cree, y con razón, que la efervescencia excesiva de las cabezas puede dar lugar a algún alboroto: los esclavos, ya liberados, ebrios de alegría, podrían también embriagarse de "tafia" y de licores, y en ese estado, entregarse a la venganza, contra las personas o contra las propiedades de sus antiguos amos.

Los temores aumentan súbitamente cuando un día se ve llegar a los nuevos libres, en masa, a Fort-de-France, la capital, armados de sus machetes, como siempre. Pronto las calles quedan repletas. Se han colocado cañones en las extremidades de las calles, para inspirarles temor, pues no se pretende, de ninguna manera, hacer uso de ellos: la guarnición es muy reducida, y, sobre todo, existe el peligro de que, el primer cañonazo pueda ser la señal para una matanza general. De nuevo se recurre al "gran pacificador".

El Hermano Arturo se pasea durante todo el día por las calles, dándole el brazo a un mulato muy popular, animado del mejor espíritu. Estrecha la mano a derecha e izquierda, parándose frente a los grupos para charlar con los negros, recomendándoles calma y pidiéndoles que se muestren dignos de la libertad recibida.

Por otro lado, tampoco ellos muestran mala intención. ¿A qué viene, pues, tal demostración? – Sólo han querido mostrar que son libres y pasearse por la ciudad como unos señores, saboreando juntos las dulzuras de su nueva existencia.

Todo se pasa, pues, muy bien, en este día, en Fort-de-France. ¿Habrá que atribuirlo a la presencia y a la acción de nuestro Hermano y a la de su ayudante de campo ocasional? - No sabríamos asegurarlo. Lo cierto es que, en la otra ciudad importante de la isla, San Pedro, las cosas no rodaron tan bien.

Luego, se va haciendo la calma y todo entre en el orden. La sociedad colonial se va adaptando, poco a poco, a la nueva vida. Y las recíprocas necesidades de las clases sociales, hacen renacer, naturalmente, entre ellos, un intercambio amistoso de mutuos servicios. Pero ello no se realiza sin algunos traumas, problemas y choques, como iremos viendo.

¿Qué podemos deducir en relación con el accionar del Hermano Arturo en este momento tan importante en la historia de esta tierra, la Martinica?

Ciertamenmte fue importante en el acceso a la libertad, por parte de los esclavos, y en algunos momentos, determinante. En Fort-de-France todo se pasa bajo el signo del orden, sea el día de la proclamación como la celebración misma de la libertad. Su arrojo e influencia fueron decisivos, para el mantenimiento de la paz en las semanas que precedieron aquella fecha. Y todo ello, como consecuencia de su acción apostólica, mediante la catequesis. Así se salvaron las vidas de muchas personas.

De ahí que el Hermano Ambrosio escribiera, satisfecho, al Fundador:

"En toda esta crisis, no hemos tenido nada que temer por nuestras vidas; estábamos bien guardado. Los blancos pedían nuestra protección y venían a esconderse en nuestra casa. Por ello, podemos decir con certeza que ***somos estimados por los blancos y queridos 'por las otras clases***".

(**D** 173 – Carta del Hno. Ambrosio al Fundador, 26 de mayo de 1848)

Con razón comenta, desde Ploërmel, Juan María de la Mennais:

"¡Ay! Si los Hermanos hubieran sido admitidos en las "habitaciones" hace diez años, ¡Cuánto bien habrían hecho! ¡Cuántos males habrían evitado! Pero, en fin, no es por culpa nuestra si hemos comenzado a evangelizar tan tarde a los esclavos. Redoblemos hoy el celo. (**D** 173 Carta al Hno. Ambrosio, el 8 de junio de 1848)

Añadamos que de estas gestas heroicas, nada sabríamos por la pluma misma del Hermanos Arturo: en su humildad no creyó necesario referirlo al Fundador en las cartas que por entonces le envió.

Otros lo hicieron. Y, si es verdad que alguno creyó poder poner en duda, estos hechos, también es cierto que cuentan con una base histórica irrefutable: fue su secretario, el Hermano. Evergildo, quien lo transmitió al detalle y en forma más prolija de lo que nosotros hemos expuesto, cuando escribió una primera biografía, poco después de su muerte. Pero es que, además, queda confirmado en documentos que se conserva, de la época misma en que estos hechos acaecieron.

En efecto… Admirado y agradecido, el Gobernador de la Martinica de aquel entonces, se dirigió al Ministro de la Marina y Colonias, pidiendo para el Hno. Arturo la Cruz de la Legión de Honor, en términos por demás explícitos.

Comienza citando diversos ítems o motivaciones elogiosos, algunos de los cuales serán el objeto de los próximas capítulos, en relación con la peste que diezmó las Antillas por los años 1851 y 1852, y por su labor en pro de la promoción del trabajo de los antiguos esclavos en los campos, así como por su actuación como Superior provisional de los Hermanos, para concluir en forma contundente:

"Entre los funcionarios que se han distinguido particularmente durante la la larga epidemia de fiebre amarilla que atravesamos, hay uno, cuyas servicios y abnegación me parecen dignos de llamareminentemente su atención.

…***El Hermano Arturo, en 1848, en el municipio de Fort-de-France, cuando los cultivadores habían desertado las "habitaciones", para dedicarse al desorden, se sirvió de la influencia que le daba sobre ellos su misión de catequista, para combatir, con coraje y con peligro de sus días, las doctrinas subversivas que los anarquistas trataban de propagar entre los trabajadores. Sus esfuerzos quedaron coronados con el éxito, al lograr que volvieran al trabajo, en determinadas "habitaciones***".

Por estos diferentes motivos, el Hermano Arturo merece ser recompensado. Creo como un deber, señor Ministro, el proponerlo para la Cruz de la Legión de Honor. Esta distinción nunca estaría mejor colocada. Y, al mismo tiempo, sería, para todos los Hermanos de la Doctrina (sic) Cristiana, en la Martinica, tan cruelmente probados por la epidemia, un aliento que produciría los mejores resultado."

(SYMPHORIEN-A. , fr. « Á travers la correspondance de Jean-M. de la Mennais 3ª. Serie, pág. 454 – 456)

* * * * * * * * * * * *

¡Ya no había esclavos en las Antillas! ¿Se habría terminado la labor del misionero en lo referente a la Catequesis? O, por el contrario, ¿no sería el momento de potenciarla, al ver caídos muchos obstáculos, muchas trabas que la habían dificultado? Es lo que vamos a ver, sucesivamente, en las siguientes páginas...

Capítulo 12

El Hermano Arturo, Catequista de los nuevos hombres libres

1.- Frutos promisorios

¡Ya no hay esclavos en las Antillas! ¡Todos somos libres! Es el grito que sale de los pechos de más de los dos tercios de la población de las Antillas, en aquellos días de finales de mayo, del año de gracia de 1848.

Pero, ¿qué va a suceder? ¿Cuál será la situación laboral, social y política de los nuevos libres? Son preguntas que todos se formulan. La triste lacra de la esclavitud, vergüenza de la civilización moderna, ha desaparecido:

"…Era un vicio infame, que engendraba otros mil vicios de corrupción".
(Cf. **D** 173, Carta del Hno. Ambrosio, el 9 de noviembre de 1850)

Se trata ahora de desencadenar la batalla contra esos otros vicios de los que habla el Hno. Ambrosio. ¿Cuál será, en ello, el papel de los Hermanos catequistas? Los antiguos colonos han perdido sus inhumanos derechos. Los nuevos ciudadanos pueden contraer matrimonio, tomar la primera Comunión, mandar a sus hijos a la escuela.

"…Este hombre, -el esclavo-, siendo libre y gozando del fruto de su trabajo, tiene un gusto muy particular, o más bien, una gracia muy particular para la instrucción, para mejorar su posición material, para casarse, hacer la primera Comunión y educar a sus hijos". (Ibid.)

Por su parte, los misioneros se preguntan: ¿Tendrá sentido el continuar dando la catequesis en las habitaciones o habrá que volcarse en el trabajo y apostolado escolar? O más bien: ¿No será el momento de consagrar los mismos esfuerzos a los nuevos ciudadanos libres, en sus lugares de trabajo?

En realidad, como postula la teología católica, la solución no es "o – o", sino " y - y". En este momento, en la Martinica, ambas actividades son necesarias e indispensables.

Pero, ¿se podrán abarcar y llevar adelante ambos frentes a la vez? - En efecto, por una parte, el nuevo libre va a tomar conciencia de lo que significa su estrenada libertad. Ya lo hemos visto. Pero, luego de gozar, por unos días de las mieles de su nueva situación, tendrá que enfrentar, orientar, ordenar su vida. Y esta nueva vida es libertad para:

+ Encarar de una forma nueva el trabajo en las habitaciones y asegurar un honrado vivir.

+ Ordenar la situación de la propia familia o constituirla. Garantizar a los hijos una educación.

+ Y, en la base de todo ello, o quizás, motivándolo todo, está el tema religioso: el esclavo puede encarar de otra manera sus relaciones con Dios.

Digamos que en este nuevo horizonte, los Hermanos catequistas, - el Hermano Arturo en concreto -, tienen mucho que ver. Ante toda la sociedad, su labor ha quedado aureolada con la luz de su acción decisiva en el turbulento período del tiempo reciente. He aquí las palabras del Hno. Ambrosio a este propósito:

"(Los esclavos) Tienen una verdadera devoción hacia los sacerdotes y para con los Hermanos, y hasta los adorarían, si quisieran. Pero, el colono, que es impío, en general, rechina los dientes, al ver ese prestigio entre los negros y esa tendencia marcada hacia la religión y la transición de la sociedad". (Ibid.)

¿Qué harán nuestros Hermanos? - Sin dudarlo un momento, sin pérdida de tiempo, el Hermano Arturo retoma su trabajo; en realidad nunca lo ha dejado. Para

comenzar, se limita a los jueves y domingos por la tarde. Ahora lo enfrenta de otra manera: ¡ya no son esclavos, sino personas libres! Y, ¿cómo lo enfrenta? ¿Cómo le va? – Pocos meses después del 24 de mayo, día de la emancipación, le escribe al Fundador. Entre otras muchas cosas, constata muy satisfecho:

"Estos nuevos libres muestran siempre solicitud y buena voluntad para venir a escuchar mis catecismos, los que doy siete u ocho veces por día, en diferentes habitaciones. Noto el mayor entusiasmo hacia la religión. Una gran multitud asiste a los oficios divinos el santo día de Domingo y se confiesan, hacen publicar su matrimonio.Unos me prometen que van a casarse para no vivir en una mala situación; otros ya se han casado". (**D** 173 -20 de octubre de 1848)

Los responsables mismos de la Administración, conscientes de la importancia de los catequistas tratan de facilitar su trabajo proporcionándoles los medios para ello. Lo primero, un medio de trasporte. La mula "Golondrina" no puede asumir, sola, el empeño de su jinete. Y cuando sea posible, que haya otro catequista que lo acompañe. Una carta del Hno. Ambrosio lo confirma:

"Anteayer he asistido a la entrega de caballos: dos para los Hermanos del François y de Vauclin, y dos para el Hermano Arturo, pues el suyo va a reventar cualquier día, por el exceso de la fatiga; en consideración de su duro servicio va a disponer de dos".
(**D** 173- Hno. Ambrosio, 27 de marzo de 1848)

Algo más tarde, el Hno. Ambrosio, al constatar el feliz desarrollo de esta catequesis, escribe al Ministro de las Colonias:

"Por las observaciones que yo hago, a propósito de la escuela de Fort-de France, usted ve que el quinto Hermano, allí colocado, está ocupado diariamente en la instrucción religiosa en las habitaciones, por los campos.

Debo manifestarle que los efectos de la misión que cumple este Hermano son admirables y no pueden ser más satisfactorios. El Hermano es venerado, no sólo por los nuevos libres, pero también por los habitantes y los dueños, a causa del gran beneficio que sus instrucciones procuran en los obradores. Hay que lamentar que nuestro personal no sea lo suficientemente numeroso como para disponer, igualmente, de un Hermano para cada uno de los grandes municipios de la Colonia: harían un bien inmenso". (**D** 154)

Los resultados, en el orden religioso y moral, son consoladores.

"Este hombre comienza a saber hoy que es hombre, que tiene un alma, que tiene derecho al cielo y que no es una bestia ni un mono como le hacían creer antes, positivamente". (**D** 173, Carta del Hno. Ambrosio, el 9 de noviembre de 1850)

Pero también lo parecen en otros aspectos, pues el mismo Hno. Arturo añade:

"Vuelven a reactivarse los trabajos, se cultivan las cañas de azúcar".
(Cf. **D** 173 – 14 de abril de 1849)

En efecto: después de dos meses de vacilaciones, en las estancias vuelven al trabajo, en su mayoría. Así queda confirmado y constatado por los miembros de una comisión de vigilancia, en el documento que oportunamente sacaron:

"Una cosa ha quedado clara a la comisión, como resumen constante de sus sesiones: que los grandes cultivos quedaron abandonados completamente, - quizás con alguna excepción -, durante los dos primeros meses que siguieron a la emancipación. Pero es igualmente cierto que, desde esa época, el trabajo se fue restableciendo progresivamente, y se mantiene en todos los puntos de la colonia". (29 de mayo de 1849)

En ello, la acción de los catequistas ha sido importante; así lo asegura el Hno. Ambrosio, en carta al Fundador, en el mismo año de la emancipación, 1848:

"...Los Hermanos Ymas y Arturo han contribuido notablemente, para llegar a organizar el trabajo libre y han impedido muchos desórdenes*; y en mi opinión es una pena que los de la Guadalupe hayan 'cesado en esta misión".* (**D** 173 – 22 de julio de 1848)

Y estos buenos resultados lo son también en otros órdenes; en la carta citada anteriormente añade:

"Un buen número de esos nuevos libres llevan sus hijos a nuestras escuelas, que son florecientes, en cuanto al número. Hemos tenido 470 alumnos este año en Fort-de-France; si vinieran todos, estaríamos muy embarazados: ¿dónde ponerlos en nuestras clases, que son demasiado pequeñas para un número tan grande de alumnos?"

(**D** 173 - 26 de octubre de 1848)

Y es que, en efecto, si todos los alumnos inscriptos estuvieran presentes, cada Hermanos tendría, en su aula ¡más de cien alumnos!!!

Para complicar las cosas, el Hermano Arturo se ha visto obligado a asumir, en esta segunda parte del año 1848, la dirección de la escuela de Fort-de France, por enfermedad del hasta entonces Director de la misma. Y ya lo hemos visto: el Hermano Arturo es un convencido de la importancia de la escuela y de la acción evangelizadora que en ella se puede realizar.

Ello, además, le ocasiona algún inconveniente complementario: cuando algún Hermano cae enfermo, nuestro Catequista abandona los campos y hace la suplencia. Así se lo comunica al Fundador en la misma fecha de 1848:

"Usted sabe sin duda que el Hno. Rabán, que daba la clase de los mayores, en Fort-de-France, ha estado muy enfermo, a causa de unos violentes latidos de corazón; le han impedido dar clase y después de haber pasado algún tiempo en el hospital y agotado todos los remedios, ha salido de él tan enfermo y quizás más de lo que entró. Ha ido a hacer un cambio de aires a Tricolor, donde ha experimentado una mejoría, siguiendo el tratamiento que le ha indicado un hombre y ya ha vuelto y da su clase. Esta enfermedad me ha obligado a suspender mis correrías por las habitaciones, para dar la clase. Voy a retomarlas sin tardar". (**D** 173 – 26 de octubre de 1848)

Pero, digamos que esta su dedicación a la labor educativa no deja de proporcionarle, igualmente, sus satisfacciones: así ha sido a lo largo de toda su vida.

2.- Avances y retrocesos de la libertad en la Martinica

Pasan los primeros meses. Dejadas atrás las alegrías de la libertad adquirida, por un lado, y también las inquietudes a ella inherentes, por otro, las cosas empiezan a entrar en cauces aceptables. Hay que pensar en la reorganización de las habitaciones y en un nuevo sistema laboral, apropiado a ciudadanos libres. No será empresa fácil. Y, ¿qué lugar ocupará, en todo ello, la promisoria labor de catequización, ahora a ciudadanos libres?

a) La nueva organización económico – social

En la Martinica se llega a una nueva reglamentación con relativa facilidad y no en mucho tiempo. Será de capital importancia para la continuación de la obra de catequesis, en la que de nuevo está metido nuestro Hermano Arturo.

Los trabajadores, -antiguos esclavos-, vuelven al trabajo. La normalidad habría sido completa si la política no hubiera envenenado el ambiente, por algunos meses. Así lo atestigua el historiador Cochin, especialista en temas coloniales y de esclavos.

"En lugar de devolver los trabajadores a los campos, en agosto los envía al escrutinio, de suerte que los primeros meses de este penoso semestre, se pasan esperando, el último votando y haciendo de suerte que la agitación sea el remedio que el Gobierno aporta a la inquietud y a la ruina"

Pero pronto el buen criterio llega a imponerse:

"Un mes después (el 9 de junio de 1849 las elecciones se desarrollaron sin disturbios mayores y enviaron a la Asamblea legislativa a dos hombres de orden, de los cuales uno, el honorable Sr. Pécoul, había sido un gran propietario de esclavos" .

(Cf. COCHIN, A. L'abollition de l'esclavage. Fort-de-France. Désormeaux, 1979, pág. 113 a 121)

Este último hecho, la elección del Sr. Pécoul, es algo muy importante: gran colono hasta unos meses antes, había sido el primero en abrir su habitación a los Hermanos catequistas. Los antiguos esclavos le escogen como su representante. Su elección es una confirmación indirecta de la estima que los catequistas gozan entre la población, por su acción benéfica.

Efectivamente, había sido el Sr. Pécoul el primero que había abierto las puertas de su estancia o habitación a los catequistas: primero al Hno. Marcelino, el iniciador, y luego al Hno. Arturo, que dio el espaldarazo definitivo al apostolado de la evangelización a domicilio. Este señor los alentó siempre y permitió y promovió el ulterior desarrollo de este apostolado.

Durante este tiempo, los Hermanos se quedan al margen de toda injerencia política, lo contrario que algunos miembros del clero. Esta línea de conducta, recibida del Fundador, Juan María de la Mennais, resulta un acierto inestimable para el evangelizador: permite a los catequistas quedar siempre por encima y al margen de las pasiones políticas, tan exacerbadas en aquellos momentos por el el goce de la libertad.

Poco a poco el trabajo libre se va organizando, pese a la oposición de algunos colonos. Los antiguos esclavos reciben su salario y pueden empezar a establecer y sacar adelante sus familias. He aquí cómo lo expresa el Hno. Ambrosio:

"El salario ordinario es de un franco o de 1'25 por día. Con eso, además, tienen su choza y una quintita bastante grande . Luego, toman en arriendo algunas tierras, a medias, y las trabajan con furor, día y noche, y el sábado, que han guardado, todavía para ellos.

He ahí, en pocas palabras , la posición actual del nuevo libre".

(**D** 173 – 9 de noviembre de 1850)

¿Cuál es la situación específica de los Hermanos catequistas, y en concreto del Hno. Arturo en esta situación? – En sus instrucciones procuran desarrollar en los nuevos ciudadanos libres el sentimiento de la propia responsabilidad y la estima del trabajo manual, sinónimos ambos, hasta entonces, de esclavitud. Poco a poco van enseñándoles a contar y depender de sí mismos, a desarrollar el amor a la familia, el gusto por el ahorro y el apego al propio terruño.

Virtudes estas que eran el patrimonio de las familias bretonas de las que los Hermanos procedían.

Y los nuevos ciudadanos demuestran, con su trabajo, que la emancipación, la libertad, no perjudican a las Antillas, antes bien, favorece el desarrollo económico:

"Desde que estoy en la Martinica, nunca he visto tantas cañas plantadas, tantas colinas y alturas roturadas. Cincuenta negros hoy realizan más trabajo que cien en el tiempo de la esclavitud". (**D** 173 - Carta del Hno. Ambrosio, 9 de noviembre de 1850)

Los mismos colonos reconocen los excelentes resultados del trabajo libre, conjugado con la instrucción religiosa a domicilio, incluso durante las horas de trabajo.

"Más que nunca, los colonos reconocen la necesidad de la instrucción religiosa y, sobre todo, desean que esta instrucción sea dada a domicilio, para no molestar a los trabajadores". (**D** 173 – 14 de enero de 1850)

"Los amos que piensan nos dicen que están contentos con sus trabajadores; los que frecuentan la religión y se casan son menos ladrones, más sumisos; en una palabra se comportan mejor que los otros".

(**D** 173 – Carta del Hno. Polyme al Funmdador, 25 de febrero de 1850)

Y es que los colonos palpan, con sus propios ojos los beneficios de la nueva realidad:

"Respecto a nuestros buenos Hermanos que dan la instrucción en las habitaciones, los criollos mismos confiesan que nunca han visto trabajar tanta caña como la que se cosecha este año, y también donde los obreros son pagados.

(**D** 173 – Carta del Hno. Méen-María al Fundador, 9 de enero de 1851)

Pero no sólo los colonos. Quizás quienes más contentos se muestran sean los curas en cuyas parroquias los Hermanos catequizan:

Hay un gran número de curas que piden Hermanos catequistas; y algunos se ofrecen, incluso, a darles de comer gratuitamente". (**D** 172 – 14 de enwero de 1850)

Ésta es, justamente, la tesis que el Hno. Ambrosio, Superior de los Hermanos, ha defendido con tesón, ante las autoridades administrativas: la instrucción religiosa, y si es posible, la escolar: elevarán, moral y socialmente, a las gentes del campo e impedirán su éxodo a la ciudad.

El mismo Comisario General del Gobierno, durante una detenida visita a lo largo y ancho de las Antillas, reconoce lo bien fundado de tales conclusiones:

"En su gira por las islas, le han persuadido, o él mismo lo ha percibido, que sólo los Hermanos salvarían y civilizarían a la Martinica muy prontamente, y quiere 50 Hermanos inmediatamente, de una vez y en un solo año.

(**D** 173 - Carta del Hno. Ambrosio al Fundador, en 1848)

b) Reorganización de la catequesis

Pasados los primeros meses se piensa, en efecto, en el restablecimiento y en la organización de la catequesis, adaptándola a la nueva situación. En ese tiempo, el Hno. Arturo ha de contentarse con enseñar el catecismo, a los nuevos ciudadanos, los jueves y domingos por la tarde. Más los que pudieren venir, cada día, a la escuela, por la tarde, en Fort-de-France, donde reside.

Pero, todo ello es muy poca cosa, frente a las necesidades, y son muchos los que quieren continuar con la catequesis. A los requerimientos responde que, ahora libres, pueden ir, en forma individual, al centro urbano más cercano, a preparar la primera Comunión, o el sacramento del Matrimonio. Pero no es dado a todos el tener madera de héroes y recorrer diariamente a pie, ida y vuelta, una, dos, tres o más leguas, por malos caminos y en plena oscuridad, ya de vuelta.

Por otra parte, muchos esclavos, a pesar de la mejor buena voluntad, nunca podrán llegar, solos, a hacer su primera Comunión, ni recibir los sacramentos del Bautismo, la Penitencia o el Matrimonio, ni poseer la más elemental formación religiosa: ni su situación, ni su edad se lo permiten, a menos de una ayuda especial.

Eso hace exclamar a nuestros Hermanos, al ver malograrse una parte importante de sus fatigas:

"¡Sí! ¡Cuánto bien se puede hacer en las habitaciones! Es el único medio, para llegar a instruir a los esclavos pequeños. Nunca se logrará hacerlos venir a todos a la escuela. Y los viejos, si no se los visita a domicilio, ignorarán toda su vida las verdades de la salvación".

¿No se perderá una cosecha que empezaba ya a amarillear? - Es en esta ocasión, justamente, cuando el Director principal, Hno. Ambrosio da su gran batalla. Después de muchos meses de negociación con la Administración local, escribe al Ministro de la Marina y Colonias, en el año 1850:

"Desde hace tres años tenemos un Hermano, - el Hno. Arturo -, *constantemente ocupado en la instrucción religiosa en las habitaciones, en Fort-de-France, y en Lamentin, y es ahora cuando se puede juzgar y apreciar los buenos efectos obtenidos por ese medio de instruir en el campo y al aire libre, sin separarse de los instrumentos de trabajo: este sistema es muy a propósito para inspirar el gusto por el trabajo, el espíritu de orden y un gusto hacia lo que lleva a la verdadera civilización.*

Siempre me ha gustado esta divina misión, a causa del bien inmenso que he visto que se hacía. Pero luego, las Administraciones han juzgado conveniente el suspender estos ejercicios, cosa que no he podido comprender, en una épocas en que eso era un poderoso medio para mantener a los nuevos ciudadanos libres, e impedirles abandonar los establecimientos.

Un solo Hermano ha continuado, a este efecto, en la Martinica, después de mis fuertes observaciones; hoy, cuando la administración está tan convencida del gran bien operado por la instrucción a domicilio, desea vivamente organizarla en varios lugares de la isla, y yo estoy perfectamente de acuerdo en este punto (**D** 151)

Los razones son convincentes: el Catequista es un factor importante de mejora religiosa y moral, y también de estabilidad social. La Administración central de París hace suyos los propósitos del Hno. Ambrosio y el catecismo a domicilio en la Martinica alcanza su desarrollo completo.

He aquí cómo, a su vez, se lo declara el Ministro de las Colonias al Gobernador de la Martinica:

"Si, como es probable, las mismas localidades son así visitadas regularmente por los Hermanos, sin que lo sea diariamente, habría en ello la ventaja de dejar subsistir simultáneamente, los hábitos del trabajo práctico que los niños deben adquirir, sin duda, junto a sus padres, Y esto es lo que hay que favorecer por todos los medios". (1850)

Y en esto, ¡cosa extraña!, el Hno. Ambrosio es apoyado por los mismos colonos. He aquí cómo lo expresa otro Hermano de la Martinica, el Hno. Filemón:

"Hoy, son los mismos colonos los que los piden (a los catequistas); he aquí sus puntos de vista: no quieren que los niños del campo vayan a la ciudad , porque ello les saca

brazos para trabajar y ya no hay suficientes para la agricultura. Estamos de acuerdo con ello y sería una cosa muy buena". (**D** 173- 18 de enero de 1850)

c) La catequesis liberadora

Veamos ya, a nuestro catequista, Hno. Arturo, manos a la obra. Lo haremos, en base a sus propias cartas y escritos, principalmente. Sigámosle, pues, en su labor, entre los ya hombres libres.

"En lo que concierne al catecismo en la habitaciones u obrajes de azúcar, lo hago como antes de la libertad: unas veces en las casa de los amos y otras veces en los campos. Bajo la lluvia o bajo el sol". (**D** 173 - 14 de abril de 1949)

¿Cómo se desarrolla este catecismo? – He aquí cómo se lo cuenta, entusiasmado, al Fundador. Lo presentamos en forma abreviada: nuestro Hermano sigue el método y la forma como hacía, cuando eran esclavos, sea en Fort-de-France, como anteriormente, a los de la "habitación" Pécoul, en San Pedro. Pero ahora, con la libertad, adquiere un aire de entusiasmo más pronunciado:

"Sí, mi buen padre! ¡Cuán edificante es el ver a estas buenas gentes el dejar sus cultivos o sus otras ocupaciones, para venir a los diferentes lugares que he dejado designados para su comodidad, a fin de seguir el catecismo que vengo a darles. (**D** 173 - 14 de abril de 1949)

"Los reúno ordinariamente al toque de un cuerno. Cuando me ven venir, a lo lejos, el primero que me ve, toca el cuerno y ya lo saben: es la señal de mi llegada. Enseguida las madres toman a sus hijos más pequeños y los llevan al lugar designado, los niños más grandes vienen corriendo hacia mí para saludarme y darme la mano a pesar del miedo que a veces tienen del caballo. Unos van corriendo delante de mí, anunciando mi llegada, otros me rodean y me cuentan que ya han tenido la dicha de confesarse, como yo les había dicho. Y así aprovecho para instruirlos, incluso caminando".

Llegados al lugar de la reunión, comienza el catecismo de manera semejante a como lo hacía antes de la emancipación:

"Procuro inspirarles una gran devoción a la Santísima Virgen. Les enseño a rezar el Santo Rosario. Yo mismo, ordinariamente camino con un gran rosario en la mano. También aman mucho a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Además les hablo a menudo del Ángel de la Guarda". (**D** 173 - 7 de febrero de 1851)

Y se ve que va perfeccionando su método…

"Los padres y las madres, los niños, los jóvenes y los ancianos de diferentes colores se reúnen a mi alrededor para escuchar el catecismo. Desde hace algún tiempo les leo algunos trozos del libro "Piénselo bien", esperando que se reúnan todos; así, los que llegan lo aprovechan. Luego, les doy el catecismo.

Creo que algunas estrofas de algunos cánticos producirían un buen efecto; pero, desde hace algún tiempo, casi ya no puedo cantar. Además, temo fatigarme. No es raro ver a estas buenas gentes derramar lágrimas, escuchando el catecismo". (**D** 173 - 14 de abril de 1949)

Por otro lado, conserva la costumbre que había contraído en los tiempos de la esclavitud: la de no tomar el almuerzo en las casas de los dueños; continúa comiendo a caballo, lo que le proporciona una ventaja:

"Así no pierdo tiempo y no contraigo ninguna obligación para con los colonos, que no toman a mal que no acepte sus invitaciones, pues ya se han acostumbrado" (Ibid.)

Y los resultados no se dejan esperar; a renglón seguido, añade;

"Desde la libertad se hace un gran bien entre los nuevos libres. Asisten a los oficios de la Iglesia. Usted habría quedado muy edificado si hubiera sido testigo de la prontitud que han puesto este año para asistir a las ceremonias de la Semana Santa. Se confiesan en gran número y se casan y ya hay algunos de entre estos casados que se preparan para la primera Comunión". (Ibid.)

En efecto: la catequesis adquiere un **tinte mayor de moralización**: los esclavos ya no necesitan el permiso de sus amos para casarse, ni para organizar la familia. El Hermano los prepara para esta su nueva forma de vida; son muchos los que se casan y envían a sus hijos a la escuela, en cuanto les es posible.

Sigue enseñando a los nuevos libres a contar con ellos mismos; desarrolla el amor a la familia, el gusto por el ahorro, el apego al propio terruño, virtudes que en otro tiempo él mismo había visto practicar en su hogar bretón, patrimonio esencial de toda raza que dure. (A. LAVEILLE : *« Jean-Marie de la Mennais »* (1780-1860). Paris.1903. Pág. 282)

El Hermano, Ambrosio, testigo cercano e imparcial de la labor de su subordinado, escribe complacido al Fundador:

"El Hermano Arturo está siempre por los campos donde hace, cada vez más, un bien inmenso". (**D** 173 .- 16 de marzo de 1949)

Y esta apreciación viene confirmada por las palabras del Hno. Polyme, otyro testigo ocular de la labor de nuestro Hermano:

"Le asuro que este buen Hermano (Arturo) hace un bien inmenso allá por donde pasa".
(**D** 173 – Carta al fundador, 16 de julio de 1850)

Y la libertad, iluminada por la religión, trae consigo otros frutos inapreciables. Es el Hno. Arturo, de nuevo, quien lo dice:

" Ellos (los esclavos), llevan a sus hijos a nuestras escuelas. Varios de esos hijos se distinguen por sus progresos y otras cualidades. Se visten más aseadamente, ellos y sus hijos. En una gran número de habitaciones los nuevos libres cultivan las cañas con los amos y comparten el azúcar. En otras habitaciones, trabajan por días y ganan, ordinariamente, un franco por día". (**D** 173 - 14 de abril de 1849)

Los comienzos de este apostolado con los nuevos ciudadanos libres son prometedores. El Hermano continuará con esta labor por varios años. Más adelante veremos los frutos de esta dedicación. Pero, antes veamos otra faceta de este mismo apostolado, en circunstancias bien distintas y más arduas.

d) Hacia una catequesis más exigente y comprometida

En los comienzos de este nuestro trabajo, hemos hablado de la situación de ciertos esclavos muy particulares: los "marrones", o "cimarrones" o fugitivos; por algunas fechorías o robos, o por razones de otra índole, habían huido a las montañas, y vivían en grupos de a cincuenta, más o menos, escondidos y siempre en estado de alerta.

Llegada la libertad, también ellos quieren tenerla y se presentan a las autoridades. Se les imponen, por algún tiempo, algunos trabajos forzados, independientemente de sus antiguos amos: son empleados en obras públicas, etc.

También a estos desgraciados va a extenderse la acción del Hno. Arturo. He aquí cómo cuenta al Fundador los inicios de este apostolado.

"La Administración ha establecido un obraje de disciplina al pie de las montañas de los Pitones (las más elevadas de la Martinica), donde son empleados los negros encontrados vagabundos. El Sr. Gobernador y los principales administradores tuvieron el propósito de ir a visitar el establecimiento penitenciario; también yo fui invitado, por el Sr. Director del Interior, a encontrarme allí. Comprendí que había sido llamado para catequizar a esos vagabundos.

En efecto, habiendo llegado el Gobernador, les dirigió algunas palabras y les dijo que había pensado en ellos y que me encargaba de instruirles; les mandó que me escucharan y que siguieran en todo mis consejos. Terminé diciéndoles que no les decía más, pues yo iba a decirles todo lo que él tenía que decirles". (**D** 173 - 14 de abril de 1849)

Y así fue: nuestro Hermano no se hace de rogar.

"Entonces mismo empecé a catequizarlos, y así continué hasta el momento en que me hizo llamar para almorzar con él. Me obligaba a aceptar. Así lo hice, tanto más gustoso cuanto que era ya tarde y estaba alejado de nuestra casa de unas tres leguas y en medio de los bosques; al mismo tiempo temía contrariarlo rechazando la invitación. Este excelente Gobernador nos muestra un verdadero interés". (Ibid.)

Añadamos que este Gobernador tenía motivos más que sobrados para tener en gran estima a nuestro misionero: lo había visto actuar para restablecer el orden y el trabajo en los tiempos subsiguientes la emancipación.

Y el Hermano continúa este trabajo por un tiempo, el que le parece necesario:

"Con el beneplácito del Hno. Ambrosio y de nuestro párroco, continúo yendo una vez por semana a catequizar a los vagabundos, y de paso, también doy el catecismo en las habitaciones que se encuentran en el camino. Y noto que estos pobres vagabundos me escuchan con el mayor respeto". (Ibid.)

Y no sólo eso: dejando el llano sube a las montañas, allá donde hay poblados y habitaciones:

"He alargado mis correrías hasta las montañas de Fort-de-France, sobre las alturas que se encuentran en las zonas montañosas, donde hay una gran cantidad de pequeñas habitaciones de antiguos libres y un gran número de nuevos libres que allí se han establecido después de la libertad". (Ibid.)

Pero todo este apostolado no viene solo: llega aparejado con algunos problemas. Empujado, quizá, por su entusiasmo se excede en el trabajo y ¡cae enfermo! Debe dejar momentáneamente su labor. Enterado de su situación y de su enfermedad, su superior, el Hno. Ambrosio, toma la disposiciones pertinentes:

"Me prohíbe ayunar durante todo el resto de la Cuaresma, y me ha obligado a descansar los jueves y sábados; espero que me permita volver a viajar como entes de mi enfermedad". (Ibid.)

Pero las cosas se pueden complicar: como, además de catequista es el Superior de la comunidad y Director de la escuela de Fort-de-France, cuando un Hermano cae enfermo es él quien hace la suplencia y cubre su puesto en la clase. Pero es la catequesis lo que le quita el sueño. Así se lo dice al Fundador:

"Lamento mucho el verme obligado a suspender mis catecismos, justo en el momento en que me parecen más provechosos que nunca. Hay una gran cantidad de personas que ya han recibido el sacramento del Matrimonio, y varios de esos nuevos casados se disponen a recibir próximamente la primera Comunión; otros se confiesan y asisten a los oficios divinos el día Domingo". (Ibid.)

Los frutos, pues, no se dejan esperar. Y son, incluso las autoridades civiles mismas, las que favorecen esta labor, al constatar las ventajas sociales que de ella se derivan:

"Pocos días después, el Gobernador me hizo llamar y me entregó 101'40 francos para comprar anillos para los nuevos libres pobres que deseaban casarse, a fin de que, la falta de medios no les impidiera recibir el sacramento del Matrimonio cuando estuvieran dispuestos; y él mismo se encargó de hacer la compra de las alianzas.

Se lo hice saber, luego, al querido Hno. Ambrosio, que está lleno de estima hacia el Sr. Gobernador." (Ibid.)

Todo ello no deja de alegrar el corazón de nuestro Hermano catequista:

"Le confieso, mi querido Padre, que esto es un poderoso motivo de aliento para mí y un gran estímulo". (**D** 173 - 2 de Septiembre de 1849)

Y los frutos se suceden:

"Ellos(los esclavos) llevan una conducta muy diferente: en fin, hay habitaciones donde ha habido hasta seis, y en otras cinco, que han tomado su primera Comunión. Aunque le parezca pequeño este número, es un bien tanto mayor en cuanto que aquí se tiene el mayor respeto para con las personas donde trabajan y terminan por influenciar muy favorablemente a las personas que los rodean.

También se nota, desde la Comunión, un nuevo impulso hacia la religión: se ve a estos nuevos libres que buscan a quienes saben leer para que les repitan su catecismo. Esta hermosa disposición no lo es sólo entre los nuevos libres: va prendiendo también entre los antiguos libres, entre los cuales también he establecido el catecismo. Hay también varias conversiones llamativas entre blancos de elevada posición en la sociedad. Y estos nuevos convertidos se han hecho modelos de piedad". (**D** 173 - 14 de enero de 1850)

Es notable cómo, esta benéfica acción se hace visible, incluso para quienes anteriormente habían sido sus detractores:

"Más que nunca las colonos se dan cuenta de la necesidad de la instrucción religiosa, y sobre todo, desean que esta instrucción sea dada a domicilio, para no molestar a sus trabajadores", (Ibid.)

También los sacerdotes, por su parte, desde hace tiempo, aprecian su labor y arrecian en su petición de más Hermanos:

"Un gran número de párrocos piden Hermanos catequistas; y hay algunos, incluso, que se ofrecen a alimentar al Hermano catequista gratuitamente. Es lo que me decía uno de ellos, todavía hace pocos días, urgiéndome para que vaya a su parroquia a catequizar a sus parroquianos" . (Ibid.)

Todo ello empuja a nuestro Hermano a redoblar el pedido de nuevos misioneros al Fundador, como ya lo había hecho anteriormente en tantas ocasiones:

"Harían falta Hermanos, llenos del espíritu de su santo estado para cumplir esta sublime misión. Suplico a su bondad ordinaria y por el amor que usted tiene para la

salvación de las almas y el celo de la Gloria de Dios que nos envíe Hermanos en un número mayor. ¡Ay! En todas partes estamos sobrecargados de trabajo.

E incluso, aunque usted estuviera obligado a hacer sacrificios considerables en favor de esta misión, Dios, siempre fiel, no dejará de derramar grandes bendiciones sobre nuestra Congregación". (Ibid.)

Pero, no todas son flores: **el sí a Dios deriva de una decisión libre del hombre**, y esa decisión, esa libertad, en el actuar tiene sus consecuencias empeñativas y la gracia de Dios puede ser rechazada.

"Sin embargo están lejos de haberse convertido todos; hay, también un gran número de endurecidos, y en los cuales las verdades de nuestra santa Religión no hacen ninguna impresión. Sin embargo, no dejo de acogerlos bien y de continuar invitándolos a pensar en su salvación, haciéndoles ver que la muerte puede sorprenderlos de repente, como ya ha sucedido con varios conocidos suyos, que han muerto sin confesarse".

La conducta de estos endurecidos me aflige mucho: pida por su conversión".
(**D** 173 - 2 de septiembre de 1849)

A pesar de ello, o quizás por esa misma razón, el Hermano continúa su labor incansablemente y extiende su radio de acción.

Y son las mismas autoridades las que, habiendo visto los resultados, desean y le piden y empujan a que extienda su acción:

"La alta Administración desea con una especie de ardor el vernos ir por los campos a catequizar, e incluso se lo pide al Hno. Ambrosio". (**D** 173 - de enero de 1850)

Así que nuestro Hermano no puede dejar de catequizar por doquier:

"Continúo recorriendo las habitaciones y las aldeas de la parroquia del Lamentin, donde catequizo a todos los que quieren escucharme; los nuevos libres y los antiguos libres vienen al catecismo; continúo dándolo, sea en los salones o en las galerías de los propietarios, sea en medio de los campos y otras veces a pleno sol. Espero que estos catecismos produzcan buenos afectos.

Continúo también yendo al campo donde catequizo a los vagabundos, condenados a los trabajos de arreglar caminos". (**D** 173 - 13 de octubre de 1850)

Y ello, pese a los inconvenientes señalados más arriba: tiene buena salud, sí, pero no es de hierro. Por eso, añade:

"Desde hace algún tiempo, sufro accesos de fiebre: el miércoles último me vi obligado, por la fiebre,a omitir un catecismo y volver a la villa del Lamentin, para echarme a la cama y tomar enseguida remedios, pues esta fiebre puede ser perniciosa, en esta estación en que estamos, si no se la cuida enseguida, mediante la quinina y otros remedios violentos".
(Ibid.)

Vistas sus limitaciones, frente a tanta labor, el Hermano asocia a varios Hermanos de su misma escuela y comunidad: unos, en las clases y la catequesis de adultos, por las tardes. Otros le acompañan a las estancias o habitaciones. Él los introduce y presenta, y luego, les va dando la responsabilidad de algunas de ellas:

"El Hno. Polyme me ayuda todos los jueves y así logramos ir y hacer ese día hasta catorce catecismos: le dejo todas las habitaciones de los alrededores de la ciudad, para que los catequice después de la clase. (**D** 173 - 13 de diciembre de 1850)

Consecuencia de esta colaboración son los frutos espirituales cosechados.

¿Qué más natural que extender el radio de acción mientras sea posible?

"El Hno. Ambrosio tiene la intención de enviarme a las parroquias de Santa María y de la Trinidad para cumplir, en ellas, la misión de catequista. Debo alegrarme por la hermosa porción de apostolado que me destina. Sin embargo, tengo algún temor de los propietarios de esas parroquias a los que no conozco.

Cuando los conozco y cuando soy conocido ya no temo más. Pero me cuesta el llegar a adquirir la confianza de los propietarios, cosa que me es absolutamente necesaria para poder hacer el bien". (**D** 173-7 de febrero de 1851)

Y, a renglón seguido añade:

"Desde el segundo domingo después de Pascua, el Hno. Ambrosio me ha encargado de catequizar a los trabadores de la grande y hermosa parroquia del Lamentin .Tengo motivos para estar contento, por su gran número, por no decir de todos. Estas buenas gentes han mostrado una gran prontitud para acudir a mis catecismos.

Los hago, unas veces, en las salas de los amos y otras en medio de los campos bajo el ardor del sol. Y a veces, bajo una lluvia torrencial. También he establecido catecismos en las alturas o montañas que separan las parroquias del Lamentin, del Robert y del François: estas montañas están habitadas, en general, por antiguos libres que muestran un entusiasmo para llegar donde yo estoy, para que los instruya. (Ibid.)

Finalmente logra que otro Hermano le ayude en su trabajo para luego asumir él mismo su parte en la evangelización:

"Nuestro Hermano Méen está destinado a reemplazarme en el Lamentin. Debo ejercitarlo durante varias semanas y mostrarle los caminos, y presentarle a los propietarios y a los trabajadores, para que lleguen a tomarle confianza. Espero que este Hermano, que es un ángel, con todas las virtudes, hará un bien inmenso en este misión. Luego, yo iré a Santa María y a la Trinidad.. (Ibid.)

Terminamos esta exposición sobre sus trabajos, con una significativa página en la que el Hermano resume sus andanzas, al Fundador. Lo hace en una carta del 20 de enero de 1852 (**D** 173)

"El año pasado, después de las vacaciones fui enviado al Lamentin, para continuar catequizando a los trabajadores de esta gran municipio. El Hno. Ambrosio envió, luego al Hº. Méen, para que le mostrara los caminos y para que le acostumbrara a esta misión, a fin de reemplazarme en esta parroquia. Cuando ya lo vi suficientemente preparado, avisé al Hno. Ambrosio que me envió, luego, al municipio del Robert, para catequizar a los trabajadores de esta parroquia, según las intenciones del piadoso párroco que tienen como pastor.

Allí me quedé unos cuatro meses. He estado muy contento de los buenos trabajadores que, muy a menudo me han edificado por el interés que mostraban en seguir y escuchar mis catecismos. Muchos de ellos han tenido la dicha de hacer su primera Comunión y de ser confirmados.

Finalmente, y a petición del párroco de la Trinidad, el Hno. Ambrosio me he enviado a este hermoso y rico municipio, donde me he quedado también cerca de cuatro meses; he quedado también muy contento de los trabajadores de esta parroquia. Muchos de ellos han hecho, igualmente, su primera Comunión y han sido confirmados. También comencé a catequizar algunas habitaciones de Santa María (las que bordean al municipio de la Trinidad) y he quedado contento de estas buenas gentes que están muy bien dispuestas.

Después de la Confirmación, que tuvo lugar el 10 de diciembre en la Trinidad, el Hno. Ambrosio me escribió, diciéndome que volviera de nuevo al Robert, pues el piadoso párroco de esta parroquia solicitaba mis servicios.

Allí regresé por segunda vez y retomé mis correrías por los campos. Sería difícil expresarle la alegría que esta buena gente parecía experimentar, viéndome de nuevo entren ellos.

En las vísperas de Navidad he ido a Fort-de-France, según las intenciones del Hno. Ambrosio, para asistir a la distribución de premios, que tuvo lugar el 16 de diciembre".

No necesita comentarios una página tan densa. Toda ella rezuma una ilusión apostólica que queda evidente en abundantes trabajos por el Señor. Estamos en presencia de un aguerrido apóstol del Reino de Dios.

He aquí, para terminar, el testimonio de dos Hermanos que le ven actuar y que, a veces, le acompañan en su labor evangelizadora:

"El Hno. Arturo es adorado aquí, pero sería necesario que hubiera varios que le ayudaran. Durante su permanencia en el Lamantin salíamos juntos todos los jueves por la mañana, después de la Misa, y veíamos hasta 14 habitaciones en toda la jornada: Pienso que este año volverá, como de costumbre; sin embargo, se habla de enviarle, ora a una parroquia, ora a otra, para hacer un poco de bien a todos".

(**D** 173 - Hno. Polyme-María,10 de enero de 1851)

Y, acerca del bienestar social que deriva de la obra de evangelización:

"Nosotros lo vemos por lo que hace el Hno. Arturo en sus correrías por las habitaciones de Fort-Royal, donde realiza un bien inmenso".

(**D** 173 – Hno. Philémon, 10 de abril de 1851)

e) Una escuela liberadora

Lo hemos visto: rotas las barreras de la esclavitud, los hombres que acaban de recibir la libertad se apresuran a enviar a sus hijos a la escuela y quieren darles la educación que a ellos les ha sido vedada. Este hecho es un progreso, una gran avance civilizador. Pero ello va a suponer, para los Hermanos menesianos de la Martinica una titánica empresa, una sobrecarga de fatiga. Ellos son, además, misioneros en la escuela, con la misión de **"dar a conocer y hacer amar a Jesucristo"**, mediante el servicio de la educación, y precisamente en las escuelas.

Será, pues, un doble empeño: de educación y de evangelización. A ello se darán con nuevo ardor. Y nuestro Hermano Arturo, quien, pocos meses después de la emancipación debe hacerse cargo de la dirección de la escuela de Fort-de-France, tiene que multiplicarse.

Así se lo expresa al Fundador:

"El Sr. Gobernador ha venido a visitar nuestra escuela. Le he hecho pasar por las cuatro clases que sobreabundan de alumnos. En una había 115. Les he hecho leer y analizar. Uno de nuestros alumnos le ha dirigido un discursito, al que ha respondido de la manera más graciosa.

Pareció haber quedado satisfecho; me ha estrechado la mano, pidiéndome que cuidara a estos jóvenes alumnos.

Al día siguiente de la primera Comunión llevé a nuestros jóvenes que acababan de tomarla, a hacerle una visita, ya que él mismo me había manifestado el deseo de verlos; los acogió de la manera más atenta y les dijo que siguieran mis avisos".

(**D** 173 - 26 de octubre de 1848)

Así, la Isla va tomando un aire de ansiada y mejorada educación.

"Los nuevos libres traen sus hijos a nuestras escuelas, y varios de estos niños se distinguen por sus progresos y por otras buenas cualidades. Se visten más aseadamente, los padres y sus hijos". (**D** 173 - 14 de abril de 1849)

Y, al lado de esta positiva constatación en relación con la población, a renglón seguido explicita el trabajo de los Hermanos en la escuela, haciendo, muy alborozado, una acotación, al hablar de un Hermano, el Hno. Zénobe:

"En relación con nuestra escuela de Fort-de –France, en estos momentos sigue muy bien . Y, ¡cuánto bien puede hacer un buen Hermano!" (**D** 173 - 16 de abril de 1849)

Luego, extiende la misma opinión hacia todas las escuelas de la Isla:

"Todas nuestras escuela de la Martinica son florecientes".

Y es que, las escuelas, además de ser centros de instrucción y educación, son lugares de evangelización; y hay muchos alumnos de los que están contentos, también en este aspecto:

"Nos tienen respeto y afecto, y un cierto número de ellos unen a su buena conducta una gran piedad. Hemos tenido un número bastante grande de ellos que han tomado su primera Comunión, con gran edificación de todos los que los han visto".
(**D** 1273 - 14 de enero de 1850)

Y la satisfacción del Hermano es aún mayor al final del año, al hacer el balance del trabajo realizado:

"Nuestra distribución de premios ha sido solemne: el Sr. Gobernador, el Sr. Director, el Sr.Ordenador, el Alcalde, nuestros virtuosos sacerdotes, asistieron al acto. El Sr. Gobernador me pidió que coronara los premios de Catecismo, cosa que yo dejaba hacer, ordinariamente, a nuestros buen párroco y a sus vicarios. He accedido a ello, tanto más gustosamente cuanto que sabía que agradaba con ello a los mismos sacerdotes. El Sr.Gobernador parece animado de las mejores intenciones y muy bien dispuesto en favor de nuestra escuela, especialmente del catecismo por los campos". (Ibid.)

Y, en el relato no puede faltar una referencia al fruto inmediato del primer ciclo de la catequesis, la primera Comunión. He aquí cómo se lo cuanta al Fundador:

"Acabamos de tener una primera Comunión: 29 de nuestros alumnos, tanto de la escuelas como de los jóvenes obreros del catecismo de tarde, han tenido la dicha de hacer su primera Comunión y ser confirmados: pida a Dios que les conceda la perseverancia.
(**D** 173 - 26 de octubre de 1848)

Antes de pasar adelante, digamos unas palabras sobre la integración social que, merced a la escuela, se va realizando. Es una obra de largo alcance, pero pronto se empiezan a ver los primeros resultados, gracias a los esfuerzos conjugados de los catequistas, por los campos y de los educadores religiosos, en la escuela. Nos lo cuenta, en forma muy plástica, el Hno. Marcelino Rouzioux, compañero, por tantos años, del Hno. Arturo. Y se refiere a la misma ceremonia del reparto de premios de que hemos hablado más arriba:

"…El hecho más saliente fue éste:

1º. El ver un gran número de niños, nuevos libres, mezclados, sin ninguna distinción, entre los niños de color que ya eran, anteriormente, libres y que, en otros tiempos, se habrían sentido heridos en la más vivo, si les hubieran dicho que se sentaran al lado de

un esclavo negro. En esta oportunidad, se sentían muy honrados, el recibir en su cabeza la corona que acababan de pasar, delante de toda la gente, sobre la de los nuevos libres, que eran coronados en primer lugar y en gran número.

2º. Había niños blancos entremezclados con los que acabamos de ver.

3º. Los padres blancos y los de color, coronaban con igual bondad, a todos los niños que les presentaban. (**D** 173 - 8 de febrero de 1849)

Y es este Hermano, -que había iniciado anteriormente, el catecismo a domicilio, quien, un año más tarde, - en 1850 -, exclama triunfante:

"La fusión de colores es completa en la clase; los niños quieren y rivalizan de celo y aplicación en sus deberes".

¡Hermoso testimonio del compromiso cristiano, a través de la obra de la educación!

Haremos enseguida un balance global sobre la labor del Hno. Arturo, en su complejo y arduo actuar como misionero liberador de los nuevos hombres libres. Pero antes, queremos traer algunos relatos que nos mostrarán cómo es el catequista por dentro, cómo reaccionaba frente a situaciones ambientales típicamente humanas, tan duras como difícilds en las que se mueve.

f) El Hermano Arturo, una persona libre y humana

Ciertamente que su actividad desbordante y polivalente le da la posibilidad de mostrar su espíritu misionero, su celo ardiente. Pero, a la par, y no con menor claridad, su aspecto humano. Los dichos, los hechos, las anécdotas serían tantos. Nos han sido transmitidos, en parte, por su fiel secretario, el Hno. Evergildo: lo trató por muchos años y, después de su muerte, escribió su primera biografía. Otros Hermanos la completaron con sus recuerdos.

El Hno. Arturo, evangeliza y evangeliza, teniendo como misión-piloto, el municipio de Fort-de-France, la capital. Pero, otros municipios, alejados del anterior, reclaman a gritos su presencia, aunque no sea más que por algunos meses.

En consecuencia, pasa a los de Robert y la Trinidad. Los éxitos que aquí obtiene son mayores y más llamativos que en la capital: las iglesias se llena los domingos y los sacerdotes, a duras penas pueden dar abasto para confesar a los que lo desean.

Además de dar el catecismo, periódicamente va a animar la Misa, en los diferentes municipios. En la primera Misa en que participa en la Trinidad le ocurre una anécdota curiosa

Tiempo antes de la Misa, el párroco había colocado en el presbiterio un sillón para el Hno. Arturo. Llega el alcalde, que también tiene su sillón en el presbiterio y va a su lugar. Pero, cuando ve el otro sillón, cree ofendida su dignidad de magistrado municipal, al quedar colocado a la par que el catequista de los negros. Agarra ese sillón y lo pone fuera del presbiterio. Cuando llega el párroco hace colocar de nuevo el sillón en su lugar y dice en voz alta al Hermano que lo ocupe. El alcalde, lleno de prejuicios sociales y también de orgullo, enrojece de despecho y de cólera, pero no se atreve a estallar y hacer un escándalo ante los fieles. Sin embargo, se promete arreglar este asunto con el pastor de la parroquia, lo antes posible y afrontarlo ante toda la parroquia, sin respetar su dignidad sacerdotal.

Pronto se le ofrece una oportunidad. Por la tarde de ese mismo día el alcalde y el párroco se encuentran, cara a cara, en un camino junto al mar. El funcionario, que hasta ese día había vivido en buen entendimiento con el sacerdote, lo aborda en forma altanera. Le pide cuenta de su conducta de la mañana.

El sacerdote le responde en el mismo tono: no tiene ninguna cuenta que darle, es dueño de su iglesia y puede disponer, a su gusto, del presbiterio. Y añade que, si hay alguno con derecho para estar allí, ése es el Hermano catequista de los campos, venido para ayudarle a trabajar en la salvación de su rebaño.

La disputa sube de todo, hasta tal punto que, el alcalde le dice al sacerdote:

"¡Mire, cura, si usted no tuviera la sotana, ya le habría echado al mar!"

"¡Que por eso no quede, señor!", responde el sacerdote, quitándose la sotana.

"¡Heme aquí laico! ¡Ejecute la amenaza!"

El alcalde se guarda bien de tocarlo y hace muy bien: el sacerdote es un hombre decidido y muy vigoroso que, con un empujón lo habría mandado fácilmente a beber un buen trago de agua salada.

Así, pues, dándose vuelta, se alejó cabizbajo. Creyó poder atemorizarlo y fue él quien tuvo miedo.

Por muchos años cura y catequista se divertirán recordando la aventura.

Y he aquí otro aspecto de su actividad. Durante el tiempo de revueltas que precedió a la libertad y en los tiempos siguientes, el Hermano Arturo prestó a la Martinica servicios eminentes, también en el orden económico, además del religioso, educativo y social.

Muchos colonos, que no habían tratado bien a sus esclavos, no sintiéndose seguros en las habitaciones, optan por abandonarlas, refugiándose con sus familias, sea en las ciudades, sea en los barcos de comercio o del Estado, o bien huyendo a las islas cercanas. Las viviendas, el mobiliario, la hacienda, las cosechas, los ingenios azucareros, y sus dependencias…, todo queda a merced de los esclavos o incluso del primer venido.

Es entonces cuando el Hno. Arturo recorre los campos, manteniendo a los esclavos en sus deberes y pidiendo a cada uno que se aplique en su trabajo como antes y preocupándose, igualmente, de que se cuiden los animales. En fin: cumple las funciones de los amos ausentes. Todos le escuchan, todos le obedecen, todos le prometen permanecer fieles a sus amos. Trabajando como si estuvieran allí y haciendo guardia para que nada sea robado por negros extraños.

E incluso, llega hacer devolver objetos y animales robados.

Varios propietarios le deben, de esta forma, el haber conservado sus propiedades. Pero, ¡ay!, - añade el comentarista del que tomamos estos hechos, no todos se lo agradecieron. Y Dios parece haberlos castigado, lo mismo que aquellos que fueron inhumanos con sus esclavos: perdieron su pingue fortuna y sus familias desaparecieron en su mayoría, o han caído en una obscuridad parecida a la miseria.

He aquí otro caso…

Un gran propietario del municipio del "Robert" se queja un día al Hno. Arturo: ¡Están envenenado a todos sus animales. Todos los medios para descubrir al culpable

han fracasado. Sin embargo, parece estar en la *"habitación",* e incluso debe ser uno de los trabajadores. Si ello continúa se verá en la triste necesidad de dejar su propiedad para no quedar arruinado completamente, y todos perderán el trabajo.

En la siguiente instrucción el Hno. Arturo lanza una fuerte andanada contra los hechiceros y los encantadores. Finalmente habla de esos *"monstruos vomitados por el infierno para hacer perecer a las criaturas, peores aún que los mismos demonios, ya que hacen el mal que los demonios no pueden realizar: para ellos está reservado un lugar especial y unos tormentos selectos, en lo más profundo de los infiernos".*

…A partir de ese día cesa la mortandad de las bestias. Ello hace pensar que, en efecto, el envenenador asistía a la instrucción y que se convirtió. Ya no se preocuparon de castigarlo: el cese de la mortandad era una alegría enorme. La familia tuvo siempre especial agradecimiento al Hermano.

(Cf. EVERGILDE –MARIE, frère « *Le Frère Arthur* ». Vannes, 1932, pág. 34)

Y, cabalgando, cabalgando, tampoco le faltan aventuras. Mientras camina, a paso lento, controla y organiza su itinerario, para no omitir ningún recorrido ni recoveco, para calcular en cuántos días podría recorrerlo, realizar lo programado, y pasar, en días fijos, por cada barrio, aldea o habitación, para facilitar las reuniones y no perjudicar el trabajo.

Y cabalgando reflexiona y mira…, contemplando los campos, como quien quiere levantar un plano. Y he aquí lo que le sucede un día, también en el Robert.

Llega a una choza rodeada de árboles, en un lugar estratégico y muy a propósito para hacer de ella un centro de reunión para la catequesis. Se baja del caballo, frente a la puerta de la choza, para pedir al propietario el permiso de reunir, en sus dominios, a los habitantes de los alrededores y darles la instrucción.

De repente sale un viejo mulato con cara de pocos amigos, el ceño fruncido, aire embarazado y con las maneras propias de un verdadero salvaje. El Hermano le hace la propuesta, le explica las ventajas. En realidad, es un favor el que le propone: todos sus vecinos le estarán agradecidos y aceptarán con gusto la propuesta: ello le atraerá una gran consideración en la región.

Frente a esta propuesta, dulce y seductora, el viejo salvaje, que vive como un pequeño capitoste y que teme ver turbada su soledad, responde con un "no" seco, acompañado de un gesto de impaciencia.

Acostumbrado a no desconcertarse ante el primer obstáculo, el Hermano continúa su discurso con el mismo tono de angélica mansedumbre, desarrollando nuevas razones, haciendo valer otros motivos para que acepte su petición ¡Tiempo perdido! El viejo, que no conoce la iglesia, que jamás ha ido a la ciudad, o que quizás teme convertirse, no atiende a razones.

Nuestro Hermano, que tiene más de una cuerda en su arco y que difícilmente se deja vencer, de repente cambia de tono y de actitud. Se endereza en toda su altura ante el extraño sujeto, le mira de frente y le dice con voz de trueno:

"¡Pues bien, señor! Ya que usted se muestra tan poco razonable, debe saber, de parte de quién vengo. Quien me envía es el dueño absoluto de toda la Martinica, es él quien la ha hecho, es él quien la riega con la lluvia, la ilumina con el sol. Es Él quien, mediante el calor hace germinar las semillas, crecer la caña de azúcar, madurar los frutos.

Así es que ella le pertenece, con todo lo que encierra. Alce la vista, contemple la bóveda azul, inmensa, que se extiende a pérdida de ojo, suspendida sobre nuestras cabezas. ¡Pues bien! ¡Ésa es su casa! Y este espacio inconmensurable que se levanta desde su choza hasta esa bóveda y que se extiende a pérdida de ojo en todas las direcciones, es una dependencia de su gran "habitación", no es más que los alrededores de su casa!

Y si yo le dijera, pues, en nombre de mi poderoso Dueño, para castigar su insolencia: ¡Salga! ¡Váyase usted y su ruin choza fuera de mi terreno, fuera de la Martinica, fuera del mundo entero, ¿qué respondería usted?

El viejo salvaje, que nunca había escuchado un lenguaje parecido, impresionado por el aire inspirado, por el tono de autoridad de quien la tiene, queda como petrificado, como fulminado, y, como todos sus congéneres, - dice el Hno. Evergildo que nos lo transmite-, esos hombres se achican cuando ven que no se les teme, que se les habla con autoridad, que se levanta la voz por encime de la suya. Tan pronto como puede recuperar la palabra, se confunde en excusas y se pone a disposición del Hno. Arturo, él, su casa y su terreno.

Y, a lo que parece, más adelante se convierte, y profesa siempre una gran veneración hacia quien, después de Dios, debe tan insigne favor.

(Cf. EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág.34 – 36)

Los hechos, las anécdotas podrían multiplicarse. Concluyamos con otra más, igualmente significativa.

Recorriendo los campos de Trinidad, nuestro Catequista un día ve una gran cantidad de gentes que corren por todas partes y se dirigen hacia un mismo punto. Le viene enseguida una idea: ¡Se prepara una batalla!

Con el fin de impedir el mal, - un asesinato, quizás -, deja el camino, enfila unas huellas entre las cañas y va, a galope de caballo, al lugar de la concentración. Ya le llega el ruido de la agitación y a sus oídos, gritos amenazadores. De repente un gran diablo de negro sale entre las cañas delante de él, le agarra el caballo por las bridas y le grita:

"¡No avance, Hermano! ¡Corre peligro!

¿Obra en interés del Hno. Arturo, o más bien, para alejarle, por el temor de que su presencia impida la batalla? – No se sabe.

El caso es que el Hermano, suponiendo esta última posibilidad, le grita:

"¿Querrías detenerme para que impida que estos desgraciados cometan un crimen, no es verdad? ¡Hazte al lado, vil asesino". Y, picando espuelas, echa al negro entre las cañas y pasa adelante.

Llega, se echa en medio de la tumultuosa reunión, **con el Crucifijo en la mano.** Habla con extraordinaria vehemencia sobre la necesidad de amarse todos como hermanos, de perdonarse las injurias y sobre los castigos reservados a los que rehúsen perdonar. ¡No! Al contrario: imiten a Jesucristo en la cruz, pidiendo a su Padre gracia por los verdugos.

Lo escuchan, vuelve la calma, se apacigua la cólera, queda conjurado el peligro, está ganada la partida. A no ser una negra grandota, que parece poseída de todas las furias

del demonio: continúa gritando y vociferando con toda la fuerza de sus pulmones de acero, a pesar de las instancias insistentes de todos para hacerla callar.

El Hno. Arturo, viendo su obstinación, se lanza hacia ella, y dándole con su Crucifijo un golpe en la cabeza, le grita en dialecto criollo:

"¡Bo bon Dieu!" abraza al Señor, hija mía, besa a Dios!" - ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!, grita la posesa, llevando la mano a la boca y alejándose exorcizada.

En el mismo momento, el Hermano siente que alguien lo agarra por detrás, rodeándole la cintura. Sus blancas manos indican su raza. El Hermano no se inmuta: comprende que busca protección junto a él. Atentan contra su vida, él es la causa de tan furiosa concentración, y sólo le deja cuando los negros, recobran la calma y la razón, se van retirando, cada uno por su lado. El desgraciado "becket" (colono), sabiendo que el Hermano lo ha salvado, se lo agradece y también él, a su vez, se aleja.

¿Explicó al Hermano la causa del alboroto? – No lo sabemos…

g) Una "determinada" catequesis del Hermano Arturo

Pasemos ahora a hablar de otro aspecto del apostolado de nuestro Hermano. No olvidemos que su acción se desarrolla entre gentes de temperamento primitivo, con sentimientos que sólo se llegan a expresar frente a fuertes impresiones. El último "hecho" del número anterior nos lo ha mostrado bien a las claras.

"El temor del Señor es el principio de la sabiduría", dice la Escritura.

Convencido de esta verdad, el Hermano un descuida nada para inspirárselo a sus catequizandos, aunque lo haga sólo en ocasiones señaladas y por necesidad.

El medio que mejor se le da es la instrucción sobre **"el infierno".** Nadie sabría dar una idea del santo pavor que los sobrecoge cuando el catequista, desplegando todos los recursos de su sólida y gráfica elocuencia, les pinta, con trazos magistrales, las llamas, los tormentos espantosos de los condenados.
Cuando él mismo, estremeciéndose, grita:

¡Sí, mis buenos amigos! Los condenados… Los que no hayan amado y servido a Dios en la tierra, serán sumergido en el fuego, como el pez en el mar; penetrados en el fuego, como las esponjas lo están en el agua: cercados por el fuego, rodeados por todas partes por el fuego, como con un vestido por las llamas ardientes, tendrán fuego en la boca, fuego en la nariz, fuego en las orejas, fuego en la garganta, fuego en el corazón, fuego en las entrañas… ¡Fuego por todas partes!"

A menudo es interrumpido en esta terrible enumeración por la exclamación, en criollo:

"¡Ah, mon Foué! ¡Ah, mon Foué! ¡Ay, Hermano mío! ¡Ay, Hermano! ¡Basta! ¡Basta! ¡No siga! ¡No siga! ¡No siga, por favor!…"

(Cf. EVERGILDE –MARIE, frère. « Le Frère Arthur », Vannes, 1932. Pág. 38)

Eran otros tiempos, otras circunstancias…

* * * * * * * * * *

…Son sólo unas pinceladas algo llamativas y pintorescas de un aspecto del apostolado del Misionero por los campos, a lo largo y a lo ancho de la Martinica. Su labor, profunda, constante y prolongada, acompañada del testimonio de una vida sacrificada y entregada totalmente al servicio de Dios, es por demás promisoria. Será el objeto del último número del presente capítulo.

Y el eco de los éxitos extraordinarios del misionero de las "habitaciones" resuena por doquier, llegando hasta los despachos del Gobierno local. Y así, el Gobernador no deja de felicitarle y agradecérselo, en nombre de Francia, al Hno. Ambrosio, Superior de las Antillas..

"¡Sí, Sr. Gobernador!, le retruca el Director; ***¡por algo le prometí darle el hombre que hacía falta!"*** (EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 38)

Pero el avisado Superior no deja de tener algunas inquietudes, en relación con el Hermano Misionero, a causa de una posible tentación de vanidad:

"¡Pues bien, Hº. Arturo! Le alaban mucho... Tenga cuidado, orgulloso, no sea que esos ruidos halagadores no le embriaguen de vanidad y le hagan perder todo el mérito de sus débiles trabajos!" (Ibid.p. 39)

Y se guarda muy bien de alabarlo él mismo.

También de sus Hermano le llegan algunas pruebas: la Providencia lo permite para purificar su virtud en el crisol de la tribulación. Sobre ello volveremos más adelante.

h) Un nuevo sol alumbra sobre las Antillas

Antes de terminar nuestra exposición sobre la acción evangelizadora y directa del Hermano Arturo en la Martinica, queremos presentar una síntesis sucinta, sea de sus fatigas como de los frutos que se van cosechando en los tiempos que siguen a la emancipación. En concreto, entre los años 1848 y 1852. En este año, - 1852 -, las circunstancias, o más bien la Providencia, a través de los acontecimientos, hace cambiar las ocupaciones y las responsabilidades de nuestro Hermano en su querida Martinica.

Y lo hacemos, transcribiendo la última carta, propiamente "misionera" del Hermano al Fundador. Creemos que es un significativo resumen de las que fueran sus correrías. Aunque algún fragmento ha podido ya ser citado ñparcialmente, al presentarlo en bloque, pueda dar una idea más completa del empeño evangelizador del Hermano.

Empieza excusándose de no escribirle más a menudo, justamente a causa de su trabajo:

"Mi misión de catequista por los campos y la fatiga inseparable de esta función me lo impiden". (**D** 173 – 14 de enero de 1850)

Luego, entra directamente en materia:

"El año pasado, después de las vacaciones fui enviado al Lamentin, para continuar catequizando a los trabajadores de este gran municipio.

Y precisa que en Lamentin *"continúo catequizando, sea en las salas o galerías de los propietarios, sea en medio de los campos. Otras veces, a pleno sol o bajo una lluvia batiente. Espero que estas catequesis produzcan un buen efecto***".**

El Hno. Ambrosio me envió, luego, al Hno. Méen para que le enseñara los caminos y le acostumbrara a esta misión, para luego remplazarme en esta parroquia."

(**D** 173 - 13 de octubre de 1850)

El Hno. Arturo no es, sólo el catequista, sino también formador de catequistas. Ya un año antes se lo había anunciado al Fundador:

"Debo presentarlo (al Hermano, nuevo catequista), a los propietarios y a los trabajadores, para ganar su confianza. Espero que este Hermano, que es un ángel, lleno de todas las virtudes, va a hacer un bien inmenso en esta misión". (Ibid.)

Y como a éste, también a otros Hermanos: les va abriendo el camino y facilitando su inserción en la misión. De esta suerte, toda o gran parte de la Martinica es evangelizada, directa o indirectamente por nuestro Hermano.
Luego, continúa en su carta de marras:

"Cuando lo creí suficientemente preparado se lo comuniqué al Hno. Ambrosio, que me envió al municipio del Robert, para catequizar a los trabajadores de esta parroquia, según la intención del piadoso párroco, su pastor. Me quedé allí unos cuatro meses. Quedé muy contento de estos buenos trabajadores: me han edificado a menudo por la prontitud que mostraban en escuchar mis catecismos.

Un gran número de ellos ha tenido la dicha de hacer su primera Comunión y de recibir la Confirmación.

Finalmente, y a petición del párroco de la Trinidad, el querido Hno. Ambrosio me ha enviado a este hermoso y rico municipio, donde me he quedado cerca de cuatro meses. También aquí he quedado muy contento de los trabajadores. Y también ha habido una gran parte de estas buenas gentes que ha tomado su primera Comunión y la Confirmación.

Luego he comenzado a catequizar algunas habitaciones de la parroquia de Santa María, - en los alrededores del municipio de la Trinidad -, y he quedado muy satisfecho de esa gente tan bien dispuesta.

Después de la Confirmación, en la Trinidad, el 10 de diciembre, el Hno. Ambrosio me escribió y me dijo que volviera al Robert, pues así me lo pedía el piadoso párroco de esa parroquia.

Fui, pues, por segunda vez; recomencé mis correrías por los campos. Me sería muy difícil expresarle la alegría que esta gente parecía experimentar, viéndome de nuevo entre ellos.

La víspera de las vacaciones he ido a Fort-de-France-, siguiendo las intenciones del Hno. Ambrosio, para asistir a la distribución de premios, que tuvo lugar el 16 de diciembre. Ha sido muy solemne. A ella asistieron: el Sr. Gobernador, el Director del Interior, el Párroco y otros varios dignatarios. Luego, nos fuimos a San Pedro, para hacer nuestro retiro". (**D** 173 - 13 de octubre de 1850)

* * * * * * * * * *

Podríamos decir que esta carta nos ha presentado un pantallazo bien significativo de lo que fue el Hno. Arturo como catequista, luego de haber visto anteriormente cómo daba la catequesis, cómo la llevaba.

Añadamos algunos testimonios de quienes lo vieron actuar.

+ En primer lugar del Hno. Polyme, a quien el Hno. Arturo preparó e introdujo como catequista en Lamentin, en 1851: iba a catequizar a las habitaciones cuatro veces por semana, después de terminar la clase, y los jueves, por la tarde con el Hno. Arturo. He aquí su testimonio, hablando de cómo la gente recibía el mensaje del Hermano:

"Aquí es adorado"

+ Este otro, muy significativo, del Hno. Ambrosio que le acompañó muchas vece y que era el responsable de la misión.

"El Hno. Arturo hace un bien inmenso, envía confesar a gentes por docenas, pero faltan confesores. Duerme en Lamentin, unas veces, y otras en Fort-de-France".

(**D** 173 - 18 de mayo de 1850)

+ Añadamos que, en una de las parroquias evangelizadas por el Hno. Arturo, en el año 1851 fueron 700 los que tomaron la Comunión y la Confirmación.

+ Un comentarista añade que, en una ocasión preparó para la primera Comunión a ventiún ancianitos.

Y, en cuanto a los frutos de la evangelización después de la emancipación, he aquí lo que dice el Hno. Méen, compañero de misión del Hno. Arturo y formado también por él:

+*"En la Martinica, la religión hace más progresos y más rápidos que nunca.* ***Hoy, casi todos los que tienen hijos se apresuran a instruirse para recibir el Matrimonio, para así legitimarlos y enviarlos a la escuela de los Hermanos. Casi todos los niños hacen la primera Comunión, muy a menudo al lado de su padre y de su madre.***

+ ¿Puede haber algo más conmovedor que ver acercarse por primera vez, a la sagrada Mesa, a los niños, en número de 200, 300 ó 400, de diez o más años, con jóvenes de veinte a cuarenta , al lado de ancianos de setenta u ochenta años?" (**D** 173 – Carta del Hno. Méen María al Fundador, 9 de enero de 1850)

Y, el mismo Hno. Arturo escribe, satisfecho, al Fundador:

+ *"El 26 de septiembre hemos tenido una primera Comunión y 62 de ellos han hecho el retiro en nuestra casa. Estos nuevos comulgandos eran alumnos nuestros o personas del catecismo de la tarde. Era todo muy edificante. También la han hecho un gran número de buenas trabajadoras que asistían a mis catecismos, con gran edificación de quienes las han visto. Y una multitud de hombres y de mujeres han dado, igualmente, su nombre y se preparan a hacerla el año que viene.*

Continúo recorriendo las habitaciones y las aldeas". (**D** 173 - 23 de octubre de 1850)

Pero añade:

+ *Desde hace algún tiempo sufro ataques de fiebre: el miércoles último me he visto obligado, por la fiebre, a omitir un catecismo y volver a la villa de Lamentin, para echarme en la cama y tomar enseguida remedios, pues esta fiebre puede llegar a ser peligros en la estación en que estamos, si no se la evita enseguida, mediante la quinina y otros remedios violentos.* (Ibid.)

Lo vemos: el Hno. Arturo se da, se entrega a su misión de alma y corazón; pero ello tiene un precio: a costa de su salud. Felizmente, nuestro misionero, además de tener una buena constitución física, es prudente y sabe tomar a tiempo las precauciones y remedios pertinentes. ¿Remedios? ¿Medicinas? – Él mismo llega a fabricarse algunos; con ellos libra de las garras de la muerte a muchos Hermanos y otras personas. Lo veremos más adelante.

Pero los peligros no provienen de las enfermedades. Se encuentran otros de otro tipo. He aquí cómo lo expresa el Hno. Filemón, sucesor del Hno. Arturo en la misión de catequización en San Pedro:

"Para hacer el bien hay peligros también para el alma y para el cuerpo: ¡Cuántas desnudeces se encuentran por las rutas e incluso entre las personas que uno tiene que instruir, y muy a menudo los ojos quedan turbados por todas esas cosas.

Y esta otra frase del Hno. Arturo:

"En cada momento estoy expuesto a ser mordido por las serpientes, precipitado por algún barranco: los caminos, aquí, llevan por montañas y precipicios. Cuando se sale por la mañana, uno no está seguro de regresar por la tarde". (**D** 173 - 18 de enero de 1951)

Como resumen de la acción apostólica del Hno. Arturo, he aquí lo que dice y repite el Hno. Ambrosio, su superior:

"El Hno. Arturo está siempre por los campos, catequizando y hace un bien inmenso".

Acotemos que en Lamentin, en 1856, en la Martinica se celebran 637 matrimonios, frente a solos 46 en 1846, que ya era un enorme progreso, en relación con los tiempos anteriores y fruto de una incipiente evangelización. Pero, la libertad lleva aparejada la vivencia de la religión, ya sin trabas. Son los frutos de la obra de la Catequesis en un régimen de libertad.

Quizás ya a finales del primer año de la emancipación establece un record en su trabajo de evangelización, cuando confiesa que:

"Tengo 44 o 45 habitaciones que catequizar, cada semana, sin contar un catecismo de tarde". (**D** 173 – 20 de febrero de1848)

Nada mejor, para cerrar este tema y este capítulo sobre la obra de la evangelización en la Martinica en los tiempos inmediatos a la emancipación, que citar las 'palabras que el historiador A.Cochin escribe en 1861. Primero, en relación con los beneficios de la libertad:

"40.000 matrimonios reconocidos, 20.000 hijos legítimos, 30.000 reconocidos, he ahí el hermoso regalo ofrecido, en menos de diez años, a la sociedad colonial, por la emancipación." (Cf. A.Cochin –"La abolición de la esclavitud". París. 1861. Pág. 113 a 121)

Y estas otras, como conclusión:

"El mismo día, a la misma hora, las colonias vieron nacer dos cosas santas: la libertad y la familia". (Ibid.)

No es necesario subrayar la acción que en ello tuvieron los catequistas, con el Hno. Arturo a la cabeza. Lo hemos visto abundantemente. Y he aquí lo que el mismo historiador añade, en relación directa con el apostolado de nuestro Hermano, algo que también es historia, y de la buena:

"En la Martinica...las misiones para la moralización de los negros han llevado sus frutos: hay entre tres y cuatro mil Comuniones por año, y al menos la mitad de ellas son de adultos o ancianos. Hay también progresos en la moralidad: los matrimonios y las legitimaciones, gracias a la disminución del prejuicio de color, continúan siendo numerosos. Los progresos no son menos en la instrucción". (Ibid.)

Martinica: Cortando caña de azúar

Capítulo 13

El Hermano Arturo, "catequista". Su catequesis

Hemos visto, a lo largo de las páginas anteriores, a nuestro protagonista, como: "evangelizador de los esclavos", y ello como catequista y en cuanto tal, no de otra forma. Presentamos ahora algo que podría ser el colofón, como una pequeña síntesis: el Hermano, catequista en la escuela, catequista de los esclavos, catequista de los nuevos libres": les trae la **"Buena nueva"**, - el Evangelio -, de parte del Señor Jesús y enviado por el fundador, Juan María de la Mennais.

Y esta "Buena nueva", ¿cómo la explicita en la catequesis? ¿cuál es su objetivo?, diríamos hoy…

+ *"Dando a conocer las principales verdades de la religión".* (**D** 168 – 8 de julio de1841)

+ *"Preparándoles para la 1ª. Comunión".* (**D** 172 – 8 de enero de 1842)

+ *" Instruyéndoles sobre sus deberes para con Dios"* (**D** 172 – 19 de marzo de1842)

+ Y lo hace siguiendo el catecismo entonces en uso, aprobado por la autotridad diocesana:

"Tenemos algunos niños de 7 u 8 años que saben por entero el ***gran catecismo de las colonias***". (**D** 172 – 26 de febrero de 1844)

Y en cuanto a los esclavos: *"Les hago las preguntas del* ***catecismo pequeño****".* (**D** 172 – agosto de 1847)

¿Y cuál es la visión global que preside su trabajo? – Ya la hemos insinuado; la percibimos a través del conjunto de sus cartas:

+ Un **anuncio**;
+ Para llevarlos a **la práctica sacramental;**
+ Que debe traducirse en su **comportamiento en la vida diaria.**

Todo ello, claro está, guiado por la línea maestra del carisma menesiano: **"Dar a conocer y hacer amar a Jesucristo".**

1.- Un anuncio: la salvación.

Es la misma "Buena nueva traída por Jesús". (Lc 4, 18):

"Deseo morir trabajando por la salvación de estos pobres negros, blancos y mulatos" (**D** 172°049 - 1840 y passim…)

¿De qué salvación se trata? ¿Cómo lograrla

- En perimer lugar de la salvación futura y eterna.

"Tengo mucho cuidado en recomendar a los esclavos que ofrezcan a Dios todas sus fatigas en satisfacción por sus pecados y como acción de gracias por sus beneficios. Les recuerdo que si Dios permite que sufran, es para darles la ocasión de merecer más ***y para premiarles más ampliamente en el cielo****, donde gozarán de un descanso eterno y nadie podrá arrebatárselo. Les pido también que* ***cumplan bien sus deberes*** *para con los amos, que Dios se lo recompensará".* (**D** 172 – 5 de febrero de 1844)

Es una salvación eterna, sí, pero que ya tiene sus primicias en esta vida, mediante el reconocimiento de su dignidad de hombre, aunque esclavo, y lo que eso supone. Ya lo vimos.

Esta salvación es una recompensa que Jesús nos concede al haber *sido "rescatados al precio de su sangre"* . (**D** 173 – 18 de enerode 1848)

Pero no será automática. Habrá antes un jucio: cada uno dará cuenta de sus actos. ¿Cómo prepararlo? – El conocimiento de las verdades de la religión, la confesión, la comunión…: he ahí los medios para conseguirla. Y he ahí el porqué de la alegría, que parece inmesa en aquellos que la reciben.

Ello es, también, motivo de gran alegría para el catequista. (Passim en las cartas)

Pero el Hno. Arturo trata de que esa salvación eterna tenga un atisbo de realidad **ya presente** en el mundo del esclavo. ¿Cómo? – Tratando de conseguir para sus catequizandos, los esclavos, mejoras sensibles en su situación:

" ¡Ay, Padre mío! Si usted supiera lo lindo que es poder reconciliar a estos pobres esclavos con sus amos y reconciliar a los amos con sus subordinados e incluso obtener, para ellos, privilegios que la ley no les concede" (**D** 173 - 17 de enero de 1848)

"Catequizar, para el Hno. Arturo,*es hacer resonar el grito de la Buena nueva*".
(Goudy, obra citada, 58)

Y, para hacer resonar este grito, el Hno. Arturo no elige formas estruendosas -salvo alguna excepción exigida por la situación -, ni sermones elocuentes. Habla al corazón, y es escuchado; él mismo los escucha, está pendiente de su situación y necesidades, les habla en su lengua. Esto crea en ellos una "disposición para la religión" y suscita un deseo: **El del encuentro con el catequista**: su llegada es como una fiesta: van corriendo, tocan el cuerno o la campana, le saludan desde lejos, el número de los que asisten es cada vez mayor. Y eso lleva, enseguida y de forma natural, a **una primera adhesión a Jesús, al Dios que que el catequista anuncia.**

Y si es cierto que sus auditores sienten profundamente el deseo de una salvación, - algo que favorecería la recepción del mensaje -, no hay que olvidar las enormes dificultades derivadas del contexto. **El Hermano Arturo logra hacer el mensaje más *"amable".***

Y así, de una salvación eterna que se le anuncia, el esclavo empieza a percibir la existencia de una salvacián **ya presente y cercana**, al pasar de una situación bestial e inhumana, en la que es maltratado y menospreciado, a otra en la que es tenido en cuenta y tratado como una persona, amada por Dios y con un alma inmortal.

Todo ello no es, ciertamente, una revolución del sistema. Pero sí **un cambio sustancial**. El ambiente se hace más sereno y respirable; adquiere, en ocasiones, un tinte de alegría. Amos y esclavos lo recocen, llegando en ocasiones, a perdonarse.

Es la mejor manera de preparar la emancipación. Para eso han sido llamados los Hermanos. El Hermano Arturo cumple.

Y en todo ello, hay un punto importante, ¿determinante? - La preparación a la recepción de los sacramentos, especialmente la Primera Comunión. Veámoslo.

2.- La práctica sacramental

Si el catecismo es, para el Hermano catequista de los esclavos el anuncio de la "Buena nueva", es también la preparación para la recepción de los sacramentos. Y en el catecismo de tarde, es el objetivo explícito.

En ello, los Hermanos siguen la línea trazada por el Fundador:

"Los Hermanos, especialmente en las clases, tratarán de instruir a los niños en la religión y a inspirarles una sólida piedad: velarán para que sus alumnos se acerquen regularmente a los sacramentos y los prepararán con celo. Los Hermanos considerarán este deber como el primero de todos, como el objetivo principal de su misión".
(SYMPHORIEN-A. fr. *Á travers la correspondance de Jean-Marie de la Mennais* ». T IV , p. 198)

El Hno. Arturo, en sus cartas, habla de cuatro sacramentos:

Eucaristía – Penitencia – Confirmación.-.Matrimonio

Abunda en detalles sobre la Comunión y con ella, también sobre la Confesión. La Confirmación aparece como un complemento de la Comunión. Y, sobre todo después de la abolición de la esclavitud, insiste en la regularización moral que conlleva el Matrimonio.

a) La Primera Comunión

¿La mayor alegría del Hno. Arturo? - Parece ser el anunciar a Juan María de la Mennais que los niños de la escuela, los adultos del catecismo de tarde, y luego los esclavos han recibido la Primera Comunión

Ya hemos hablado al detalle de la preparación, de la ceremonia misma y su colofón; también, del número de quienes la toman, su fervor y emoción, etc. Insiste en que todo se hace de acuerdo y con la coordinación de los sacerdotes. Y aprovecha la ocasión para invitar a que hagan lo mismo quienes aún no la han hecho: padres, compañeros…

Llaman la atención algunos detalles: el **carácter sentimental** de los participantes, con abundantes lágrimas en unos, con fervor edificante en otros, etc. El **carácter,** en cierto sentido **privado** del encuentro: la ceremonia es pública, pero no se dice nada de la asamblea, que es testigo, más bien, pasivo. Pensamos que era la forma en la que entonces se hacía. Por su importancia, es algo **único en la vida.** El Hno. Arturo, sin embargo, quiere hacerlo perdurar e insiste en la perseverancia, con la celebración de la "segunda" Comunión, el aniversario…

¿Significado de la Primera Comunión en esta situación? Además de la grandeza del acto, para los alumnos suele señalar la finalización de la escolaridad y la entrada en el mundo de los adultos y del trabajo, y para los adultos, un fin de etapa, religioso y social.

En algunos casos, la Comunión exige la recepción previa del bautismo.

En otros, supone la regularización de situaciones matrimoniales, y por ende, es la puesta en práctica de la moralización, signo de que la catequesis alcanza su objetivo.

Otras formas del culto eucarístico: la Misa dominical, la adoración del Santísimo Sacramento…, son signos, para el Hno. Arturo, de que se están alcanzando los objetivos.

"Observo, entre los esclavos, un impulso hacia la religión. Asisten a la santa Misa los domingos; se confiesan cada vez más, y entre los que se confiesan hay un cierto número de esclavos jóvenes, que me parecen buenos e inteligentes". (**D** 173 – 17 de enero de 1848)

"Aman mucho a nuestro Señor en la Eucaristía. El domingo se les ve ir con premura a la iglesia para adorar a nuestro Salvador en el Santísimo Sacramento"

D 173 – 7 de febrero de 1851)

b) La Confirmación

No parece darle tanta importancia. De ella habla en ocho ocasiones: sólo añade que ha tenido lugar después de la Primera Comunión. La del 23 de mayo de 1843, en San Pedro, reviste un carácter excepcional, al ser presidida por el Vice-Prefecto apostólico:

"Pida también por la conversión de nuestros queridos alumnos y por la perseverancia de los que han hecho la primera Comunión y que acaban de ser confirmados el 23 de mayo, por el Vice-Prefecto Apostólico, que ha recibido recientemente este poder del Sumo Pontífice. Este sacramento ha sido administrado en la igelsia de Fort. El Hno. Florentino la ha recibido el primero, luego nuestros jóvenes de la primera comunión. Varios adultos ya

mayores que asisten al catecismo de tarde han tenido, igualmente, la dicha de ser confirmados". (**D** 172 .- 23 de mayo de 1843)

c) La Confesión

El Hno. Arturo presenta la Confesión (o Reconciliación), como un acto que prepara la Comunión. Su importacia es mayor cuando se trata de la Primera Comunión. Centra su catequesis en la manera de hacerla: disposiciones, examen, circunstancias, más que en el sentido de la misma. Es deudor de la teología de su tiempo que la presenta como medio par alcanzar una cierta prefección moral.

Pero lo hace con tal convencimiento y alegría, que logra transmitirlos a sus catequizandos: algunos de ellos vienen a la hora del recreo de la mañana para aclarar dudas y completar la preparción.

Después de la abolición de la esclavitud es una de las costumbres cristianas que promueve:

"Son multitud los que asisten a la Misa del domingo, se confiesan y publican las proclamas para el matrionio", le escribe al Fundador. (**D** 173 – 26 de octubre de 1848)

d) El Matrimonio

He aquí cómo termina la cita anterior del Hno. Arturo:

"Unos (esclavos) publican las proclamas para el matrimonio; otros me prometen que se van a casar y que no van a vivir más en pecado". (Ibid.)

¿Cómo ve el Hermano el sacramento del Matrimonio? – Si para él significa "no vivir más en pecado", el matriomnio es un acto de regularización moral, pone fin a un desorden. Es el medio para establecer una familia estable, garantía de un buen orden social y moral. Es pues, un elemento esencial en el plan de moralización, tan deseada por las autoridades gubernamentales y religiosas.

...¿Pero no es más?...

* * * * * * * * * *

Después de esta ojeada sobre la práctica sacramental que el Hno. Arturo propone a sus catequizandos, está claro que, para él, los sacramentos juegan un papel central entre la salvación anunciada y los actos del creyente. El Hermano es muy de su tiempo. Otra cosa sería un anacronismo.

En el siglo XIX, a los sacramentos se les da una importancia práctica: son medios para alcanzar un cierto orden moral, querido por Dios, y no tanto una respuesta a su amor y su aceptación. La teología seguirá avanzando y dándoles profundidad teológica: son regalos de Dios, que es amor, a su Iglesia, para la salvación de los hombres.

3.- El comportamiento en la vida ordinaria

Es el tercer objetivo que el Hermano Arturo encara en su msión evangelizadora, fruto de los dos anterioes: anuncio de la "Buena Nueva y práctica sacramental.

Ya la sola presencia del Hermano, el hecho y la manera de presentarse ante los catequizandos, llevan a imitarlo: su trato, sus palabras... interpelan.

No habla mucho de la conducta de sus **alumnos,** especialmente fuera de la escuela.

"Nuestros alumnos se muestran bastante dóciles (**D** 172 – 19 de marzo de 1842)

"En general estamos muy contentos de nuestros alumnos". (**D** 172 – 11 de agosto de 1843)

"Hemos hecho todo lo posible para que aprendan el catecismo; muchos lo saben bien y ponen en práctica lo que han aprendido; hay algunos que parecen piadosos y se acercan a los sacramentos de vez en cuándo y su conducta es edificanta".

(**D** 172 – 31 de diciembre de 1845)

...No es tema epistolar, a menos que haya algún hecho relevante, sobre todo si es negativo.

En cuanto a los participantes en el catecisnmo de tarde, -a los que a veces llama "buenos viejos", sí hay cosas que le llaman la atención, su piedad en primer lugar:

"...Por su fervor y piedad parecen querer reparar el tiempo perdido y sobrepasar a los otros. Cada vez que voy a la iglesia por la tarde, para hacer mi cuarto de hora de adoración, veo a algunos de esos "buenos viejos", arrodillados en la iglesia, adorando a Dios; el aspecto piadoso y recogido de algunos me edifica".

(**D** 172 – 27 de septiembre de 1843...y otras)

Otros son padres de familia que dan un buen ejemplo; algunos han hecho la primera Comunión y se han confirmado: llevan una conducta edificante, hacen apostolado.

"*Algunos se distinguen por su piedad y su caridad hacia los pobres y los enfermos; dan la catequesis en el campo."* (**D**172 -22 de agosto de 1845)

Pero son los catequizandos del campo, primero esclavos y luego libres, los que son como las pupilas de sus ojos: casi nueve años trabajó con ellos, y cinco de manera preponderante. Mucho hemos hablado de ello. Nos limitamos a unos trazos que nos mostrarán su preocupación para que vivan lo que escuchan y a lo que se comprometen, por la catequesis. Dice, en efecto:

"Obervo entre los esclavos un impulso hacia la religión: asisten a la Misa los domingos. Entre los que se confiesan hay un cierto número de jóvenes esclavos de unos 18 a 20 ó 25 años, que parecen buenos e inteligentes; ordinariamente son los más sumisos con sus amos y más exactos en el cumplimiento de sus deberes; son un ejemplo en las "habitaciones": respetuosos y obedientes hacia sus padrse y madres y hacia sus amos; de suerte que los amos dicen cuánto desearían que los negros se confesaran".

(**D** 173 – 17 de enero de 1848)

"Se confiesan en gran número y se casan... Ponen sus hijos en nuestras escuelas y varios de ellos se distinguen por sus progresos y otras buenas cualidades. Se visten con mayor aseo, ellos y sus hijos. En muchas "habitaciones" los nuevos libres cultivan la caña a medias con sus amos y comparten el azúcar..." (**D** 173 – 14 de abril de 1849)

Otros textos, muchos, podríamos citar. Pero no es un mundo idílico, ni se puede generalizar. El mismo Hermano reconoce que hay algunos que rechazan el mensaje y no dan el paso adelante: con ellos redobla su paciencia.

Son pasos que se van dando en la moralización de una sociedad dura y tensionada. El catecismo del Hno. Arturo tiene, pues, un aspecto moralizante. Para eso ha sido enviado.

* * * * * * * * * *

En realidad, en toda catequesis, si quiere ser completa no puede faltar el aspecto moral. Ya San Agustín, muy seguido en la Iglesia de ese tiempo, afirmaba que el descubrimiento del amor de Dios en Jesús debe suscitar una respuesta en la vida, una conversión, reglas de conducta, una moral.

Y el ejemplo de vida del Hno. Arturo, el amor que les tiene, la delicadeza con que los trata, son una palanca que arrastra. De él se pudo decir y se decía como de un educador: Si él es tan bueno, ¿cómo será Dios?

(Cf. Goudy, fr. *"La obra pastoral del Hno. Arturo Greffier, catequista"*, 3ª parte)

* * * * * * * * * *

Y así, cerramos un capítulo importante de la vida del Hermano Arturo Greffier, el que le ha hecho más conocido, como "evangelizador": en la escuela, con la instrucción de adultos y como catequista de los esclavos. A cada una de estas tres formas se ha dedicado de alma y corazón, y sin distingos. Con ello cumple el pensamiento del Fundador:

"Es de desear, sin duda, que se pueda dar la catequesis en las "habitaciones"; pero, hasta que ustedes no sean más numerosos, **lo esencial es sostener las escuelas, organizadas regularmente**". (**JMLM** TII – 145 de abril de 1847)

...¡Y lo hace suyo!

Con esto damos por terminada nuestra presentación sobre "El Hermano Arturo, catequista en las Antillas", con dedicación directa y exclusiva. Otros cometidos le aguardan...

CUARTA PARTE

El Hno. Arturo: Director principal de los Hermanos de la Martinica

Capítulo 14

El Hno. Arturo, Director "provisional" de la Martinica

1.- Peripecias en el nombramiento del Hno. Arturo como Director "provisional"

El Hno. Ambrosio, después de doce años de dura brega, como Director principal de los Hermanos en las Antillas, había visto su salud quebrantada. Solicitó y obtuvo, finalmente, del Fundador, el permiso para hacer un viaje a Francia. Le sería muy útil para restablecer su salud, para visitar a la familia y para poner al tanto, de viva voz, al Fundador, de la marcha de las misiones antillanas. Unos meses serían suficientes para cumplir estos objetivos.

Así, pues, antes de dejar la Martinica, informa de todo a su sucesor provisional, el Hno. Filemón, y sale sin demasiadas preocupaciones. El Hno. Filemón había sido un celoso misionero en las "habitaciones", después de haberlo sido en la clase y en el catecismo post-escolar. También, sucesor del Hno. Arturo en el catecismo a domicilio, en la estancia o habitación "Pécoul" y en le región de San Pedro. Y, anteriormente, en la dirección de la escuela de Mouillage, fundada por él mismo en 1842, realizando une idea del Hno. Arturo, que era el responsable final.

Para lo que fuera de Administración y de relaciones públicas sería ayudado por el Hno.Isaac, llegado recientemente de Francia y muy capacitado en temas administrativos. El Hno. Filemón se dedicaría más especialmente a todo lo relacionado con la marcha y funcionamiento de las obras y la dirección y acompañamiento de los Hermanos y de las clases.

Pero, he aquí que aparece la fiebre amarilla y descompagina todo el tinglado. En pocos días fallece el Hno. Filemón y caen enfermos varios Hermanos. No ha sido previsto otro sustituto en forma precisa; la situación, por causa de la epidemia, se hace muy delicada. Varios Hermanos están hospitalizados. Entre ellos, el Hno. Isaac, de gravedad. Y dado que los colegios y escuelas de los Hermanos son, además de centros de la Iglesia, escuelas públicas estatales, las cosas se complican; la situación se convierte en problema público.

Intervienen, pues: la autoridad civil y la eclesiástica. No llegan a ponerse de acuerdo en un primer momento, sobre la forma de resolverlo. No olvidemos que, por aquel entonces no hay ni radio ni teléfonos, y tampoco aviones. Y las cartas pueden demorar algún mes para llegar a destino, y otro tanto para tener las respuestas.

Ya a las puertas de la muerte, el Hno. Filemón había dictado y firmado un acta de última voluntad, preparada por el Hno. Jean Colombini, que le acompaña junto a su lecho de muerte. Será entregado al Sr. Obispo. Propone como Director provisional al

Hno. Marcelino María Roucioux, aunque habría preferido al Hno Arturo, si no fuera tan "sensible frente a las dificultades", dice. (Cf. **D** 173- fr. Jean Colombini. 14 juillet 1852)

También aparece el nombre del Hno. Isaac.

Finalmente, se enciende la lamparita. Tanto el Obispo de Fort-de-France como el Gobernador de la Isla, a propuesta de este último, y contando con el apoyo unánime de los Hermanos, ven en el Hermano Arturo la persona idónea para llevar adelante la obra, en forma provisional, hasta el regreso del Hno. Ambrosio. Así se lo comunica prontamente el Hno. Arturo al Fundador:

"...Entonces... me eligieron, enseguida: las dos administraciones se pusieron de acuerdo y también los Hermanos. Traté de rechazarlo, pero todo fue inútil".

(**D** 173 - 27 de julio de 1852)

Y lo refrenda meses después:

"Después de la muerte del Hermano Filemón, habiéndose puesto de acuerdo para nombrarme, las Administraciones, eclesiástica y civil, estuve obligado por las circunstancias a cumplir el ínterim, - de buena o de mala gana-, y ello, en el interés de la Congregación". (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

En circunstancias tan especiales y en una situación tan atípica, la solución elegida es, probablemente, la más pertinente y quizás, la única aceptable. En efecto, siendo las escuelas de carácter público y en dependencia, por tanto, del Gobernador, y, siendo el Instituto de los Hermanos, al mismo tiempo, de derecho diocesano, en el orden eclesial, y por ello dependiente del Obispo, el común acuerdo entre ambas potestades, con el apoyo o anuencia de los Hermanos mismos, parece lo más viable. Por otro lado, el Hno. Arturo es el más antiguo en la Martinica. Luego, los hechos demostrarán lo acertado del acuerdo.

2.- Organización del gobierno provisional

Acabamos de verlo: **el Hno. Arturo dice haber tratado de evitar el hacerse cargo de esta responsabilidad**. ¿Cuál sería la razón que le impulsa a rechazarla? – He aquí como se lo expresa al Fundador:

"He hecho ver la utilidad de mi misión en el interés de la salvación de estas buenas gentes del campo y en el interés del trabajo". (Ibid.)

Pero, tanto el Gobernador como el Sr. Obispo insisten en su deseo, dándole, además, unas pistas sobre la manera de llevarlo adelante.

"El Sr. Gobernador me ha dicho que yo podría continuar mi misión, más necesaria que nunca y me ha recomendado que siga instruyendo a estas gentes en los Mandamientos de Dios y de la Iglesia. Y el Sr. Director del Interior me ha dicho que podría dar una delegación al Hermano que yo deseara y que ese Hermano sería encargado de los asuntos corrientes de la Administración. De esta forma me he visto obligado a aceptar provisionalmente este cargo". (Ibid.)

"Esta carga que desearía poner sobre los hombros del virtuoso Hno. Isaac, a quien usted ha juzgado digno de remplazar al Hno. Ambrosio: en efecto, es digno de su confianza y de la nuestra; por ello, tiene nuestra confianza. ***Hasta que usted haya arreglado todas estas cosas, o hasta que regrese el querido Hno. Ambrosio, será mi ayudante, como lo era del Hno. Filemón,***

Será el encargado de la correspondencia con la Administración, y de la contabilidad, y de los fondos, -de enviárselos-, y de contestar a los Hermanos, en mis ausencias. ***Está*** *muy capacitado sobre la manera de llevar las clases: visitará los establecimientos. Pero ello no impedirá que yo mismo los visite de vez en cuando".* (**D 173 -** 27 de julio de 1852)

Aparentemente, todo queda, así, bien organizado y aceptado, desde el punto de vista de la Administración civil. Pero, ¿cuál es el pensamiento de la autoridad eclesiástica? En la misma carta, el Hº. Arturo añade:

"Hemos consultado a nuestro Obispo, que ha aprobado todas estas disposiciones y que quiere que el Hno. Isaac y el Hno. Arturo no hagan sino un solo Hermano, creyendo, en ello seguir sus intenciones de usted, esperando el regreso del Hno. Ambrosio".
(**D** 173 – 25 de noviembre de 1852)

Y Los Hermanos, ¿qué piensan de todo ello? – Ya vimos una leve indicación más arriba, pero nuestro Hermano añade en la misma carta:

"Los Hermanos estarán, en general, contentos; creían, como yo, que el Hno. Isaac habría remplazado al Hno. Filemón" (**D** 173 - 27 de julio de 1852)

Y concluye, para dar a entender que ya está, y de lleno, en su nueva responsabilidad:

"Revestido de todo el poder, era el solo responsable de todo y por consiguiente, debía hacer y empujar a hacer, según mi conciencia, para el bien y los intereses de la Congregación"- (**D** 173 – 25 de noviembre de 1852)

Y se pone en marcha

"Voy a visitar nuestros establecimientos y después le escribiré". (Ibid.)

Y, como apostilla añade:

"Suplico a su bondad ordinaria, que me descargue de este peso, haciendo volver al Hno. Ambrosio. o encargando directamente al Hno. Isaac" . (Ibid.)

Parecería, pues, que la cosa va a caminar. Sin embargo, no todo es tan fácil. La dificultad de las comunicaciones, la lejanía de Ploërmel, traen sus consecuencias. Por otro lado, el hecho de haber sido puesto en ejercicio el Hno. Arturo, por el común acuerdo del Sr. Gobernador y del Sr. Obispo es una solución no prevista en Ploërmel. ¿Será aceptada?

Y se produce otro hecho, no menos importante para los Hermanos de la Martinica:

En 1852, el Fundador, Juan María de la Mennais cuenta ya con 72 años. Como buen padre de familia, piensa en el porvenir de esa su familia, que por su mismo apellido se dice **"menesiana**". Trata de que, en lo posible, quede bien enraizada y todo bien atado. Para ello, se va rodeando de un conjunto de Hermanos que, además de ayudarle, van tomando las riendas, en la dirección de la Congregación: es **su Consejo general, formado por un cierto número de Hermanos, llamados "Asistentes".**

Y, en ese momento que ahora tratamos, en la vida del Hno. Arturo, las Misiones, -los países fuera de Francia a los que el Fundador ha ido enviando a sus Hermanos, para impartir la primera evangelización -, forman un grupo consistente y de peso, cumpliendo el mandado de Jesús: ***"Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio..."*** (Mt, 28, 19)

En esa situación, el Fundador cree conveniente nombrar a un Hermano especialmente dedicado a atender a la obra de las Misiones. La elección recae en el Hno. Ambrosio, responsable hasta ese momento de la misión de las Antillas. Su celo, su clarividencia y su prudencia están por encima de todo elogio. Fue el **primer Provincial de la Congregación.**

Pero las Antillas, o mejor, la Martinica, se queda sin su cabeza. Hay que nombrar otro. Y ¡en qué momento! Y en el nombramiento del nuevo Director principal, ahora la opinión del Hno. Ambrosio tendrá su peso. ¿Cómo es, cómo ha sido, la relación entre estos dos hombres y beneméritos Hermanos? - Ambos grandes misioneros, ambos ejemplares religiosos, son, sin embargo, dos temperamentos muy diferentes. Algo ya vimos o entrevimos. Trataremos de constatarlo y precisarlo en su momento.

Para completar el cuadro, añadamos que el Hno. Isaac, ¿para peor? ¿para mejor?, recae una segunda y, hasta en una tercera vez en su enfermedad. Y sale y recobra la salud, - aunque muy disminuída -, merced a los cuidados y a las atenciones del Hno. Arturo.

Mientras tanto, el Hno. Arturo escribe al Hno. Ambrosio, que alarga su estadía en Francia, sin que los Hermanos de la Martinica sepan el porqué:

"Le esperamos... Pero vemos que ya no se preocupa de volver. Vuelva, pues, a retomar la carga, ligera para usted, pero pesada para un débil!"

(**D** 173 – 10 de noviembre de 1852)

3.- Dificultades del Hno. Arturo en el ejercicio de su nuevo cargo

Queremos aclarar que, lo que ahora diremos, - no exento de cierta acritud -, hacia el exterior queda en un plano muy restringido, a nivel, casi exclusivamente, de los responsables de la Congregación, en Ploërmel y en la Martinica, sin apenas trascender a la vida y a las actividades de los Hermanos mismos, y mucho menos aún, al público, en general. Tan es así que, el autor de la primera biografía del Hermano Arturo, - el Hno. Evergildo -, ni siquiera parece conocer el problema y sus peripecias: lo ignora directamente. Y el mismo Hno. Arturo, cuatro meses más tarde, podía escribir al Hno. Ambrosio, en Ploërmel:

"No puedo quejarme de nuestros Hermanos que, en general, me muestran una gran confianza" . (**D** 173 - 10 de noviembre de 1852)

¿De dónde vienen esas dificultades? – De las cartas que el Hno. Ambrosio, desde Ploërmel, envía a varios Hermanos, especialmente al Hno. Isaac: a éste le manda varias. En ellas le da a entender que él es o será el Director principal de la Martinica. Con el agravante, además, de que, en el mismo tiempo no envía una sola al Hno. Arturo; e incluso, a este último le da algunas indicaciones y le manda varios documentos ¡en cartas a otros Hermanos! Es como para herir la sensibilidad del Director principal en ejercicio quien, ya lo hemos podido constatar, ¡es muy sensible, por temperamento! Y no sólo a él, a cualquiera en su caso.

En efecto, el Hno. Arturo, que no tiene problemas en escribir, manifiesta su desagrado y la realidad de la situación, en la Martinica, sea al Hno. Ambrosio como al Fundador, en sendas cartas. Ambas son muy importantes, también en relación con la

obra realizada por el Hno. Arturo en las Antillas, hasta entonces. De ellas nos hemos servido ya, y lo seguiremos haciendo. Y también, sobre todo, para conocer su personalidad e inquietudes: en ambas se revela, en profundidad y extensión, su subconsciente. Aquí nos limitaremos a lo relacionado con la problemática que tratamos en este momento.

Después de notificar al Hno. Ambrosio, al detalle, el fallecimiento del Hno. Filemón, añade:

"Comprenderá usted, Hno. Ambrosio, la pena que me ha causado su marcha. ¡Ay! Ello no ha sido más que el comienzo de mis dolores. He tenido que acostumbrarme a ellos. El Hno. Isaac estaba en el hospital con la fiebre amarilla y también el Hno. Libert, medio enloquecido.

Apenas son convalecientes cuando el Hno. Isaac cae enfermo de nuevo; sufre un ataque de disentería, acompañado de la fiebre. Dejo de llorar y lamentarme y trato de salvar a los enfermos. No hay médicos. Cuidé al Hno. Isaac y al fin se curó. Apenas pudo levantarse cuando el Hno. Colombini fue atacado violentamente por la fiebre amarilla. Permanecí de pie, día y noche, junto a su lecho". (**D** 173 - 10 de noviembre de 1852)

Y añade muy hermosamente:

"Le aseguro, mi querido Hermano Ambrosio, que usted no ha tenido nunca que soportar tantas miserias juntas. Pida a Dios que me dé la fuerza para que no me falle la salud a fin de que pueda, al menos, conservar todas las cosas como usted las ha dejado, si no las puede desarrollar más, para la gloria de Dios y el interés del prójimo". (Ibid.)

Este es el cuadro que se prolonga por muchos meses. En el entretanto llegan las cartas del Hno. Ambrosio, que desconoce la situación y parece desconfiar de las decisiones **provisionales** tomadas y **no las comparte**. He aquí un extracto de los puntos que chocan y contrarían al Hno. Arturo. Lo hace, éste, en la segunda parte de la carta que ya hemos comentado abundantemente, la del 10 de noviembre de 1852.

"Esta carta estaba ya sellada y cerrada cuando he recibido las cartas ministeriales que usted me había anunciado. El Hno. Juan ha comprendido que usted ha hecho nombrar a su remplazante. He ido donde el Hno. Isaac que me ha permitido leer la larga carta que usted le ha dirigido. Le da a entender que él es el Director General.

Usted me envía las cartas testimoniales en el sobre del Hno. Focas a quien escribe, lo mismo que al Hno. Isaac y al Hno. Juan y a mí no me dice ni una sola palabra.

Usted da al Hno. Isaac todos los poderes, incluso antes de que nuestro buen Padre le haya escrito y sin informarme de ello". (Ibid.)

Quince días más tarde, el **25 de noviembre de 1852**, el Hermano Arturo escribe directamente al Fundador, algo más sereno, quizás, pero presentándole un cuadro más completo, y examinando al detalle los cuestionamientos hechos por el Hno. Ambrosio. A ellos opone sus razones.

Aunque sea sintetizándolo, creemos un deber el transcribir este documento que pone luz sobre el actuar del Hno. Arturo, incluso en tiempos anteriores. Lo hace con la confianza del hijo que sabe que puede explayarse sin ningún temor en el corazón inmenso de su buen padre. Este documento (**D** 173 – 25 de noviembre de 1852) será objeto de estudio a lo largo de todo el presente tema. Helo aquí:

"En las cartas del Hno. Ambrosio sólo he recibido motivos de dolor y de nuevas quejas de las que le doy cuenta. El Hno. Ambrosio escribe sin saber quién es el que cumple

las funciones de Director. Al ver la dirección de la carta y temiendo que fuera causa de disturbios entre nosotros, me incauto de ella y la rompo. Después de haberla leído, di cuenta a nuestro Obispo, que aprobó mi actuar.

Su contenido podía cuestionar mi autoridad, y por consiguiente, sembrar la división entre los Hermanos, cosa que he evitado, al incautar una correspondencia que usted no había visto enteramente. Lamento haber roto esta primera carta que escribió al Hno. Marcelino María, carta que podía haber haber anulado mi autoridad, o, al menos, haberla disminuido.

Sin embargo, soy yo el encargado de dirigir a los Hermanos interinamente. Nadie puede contestarme este derecho, he sido investido legalmente con ese poder, a mi pesar; sólo usted me lo podía quitar; pero usted no escribía. Investido de todo el poder, era yo el responsable de todo, y por consiguiente debía actuar y obrar según mi conciencia, para el bien y en el interés de la Congregación".

La carta del Hno. Ambrosio daba consejos a los HH. Isaac y Marcelino María sobre la manera de dirigir y daba a entender que sería uno de ellos quien sería el encargado. Si esta carta hubiera llegado a su destino, ¿qué habría hecho yo? Enseguida los Hermanos me habrían puesto en tela de juicio, quizás, y dicho: 'No es el Hno. Arturo nuestro Director, en el ínterin, es fulano de tal, y por ello, nada tenemos que arreglar con aquél'. De ahí, ¿qué se habría seguido?

Divisiones que, como en tiempos pasados, habrían hecho perder la vocación a un gran número de Hermanos. Para mi tranquilidad y la de los Hermanos de la colonia, he creído como un deber el secuestrar estas cartas y creo haber hecho bien.

Nunca hubiera pensado que el Hno. Ambrosio, que dicen es un pilar de la Regla, pudiera desconocer así su deber de no escribir a los Hermanos tales cosas. No sabemos nada de lo que ahí ha pasado. Sólo sé que, desde que falleció el Hno. Filemón, ***el "padre" no nos dice nada y nada sabemos****.*

Anteayer llegó un paquete y traía una carta del Hno. Ambrosio, dirigida al Hno. Isaac. Ésta asegura positivamente que está nombrado, y quizás dentro de dos o tres días tendrá su nombramiento oficial. Pero no le entregaré esa carta y las otras, más que cuando sea nombrado y vea los consejos que le dan.

Nuestro buen Obispo es de la misma opinión: que no hable al Hno. Isaac de estas cartas, antes que sea nombrado por usted".

4.- El Hno. Isaac, ¿nuevo Director Principal?

Creemos que lo que antecede nos ha presentado el cuadro de la situación en sus grandes líneas. Lo completamos…. Antes de entrar en materia digamos que, entre el Hno. Arturo y el Hno. Isaac no había habido problemas personales, al contrario: habían tenido muy buenas relacione hasta entonces: uno, en Francia y el otro, en la Martinica. Y hasta es muy posible que las andanzas misioneras del Hno. Arturo habían contribuido, finalmente, a que el Hno. Isaac se decidiera a atravesar el océano, en dirección de las Antillas.

Llegado a la Martinica el 31 de enero de 1852, trata de conocer la situación, pasando de una escuela a la otra. También por Fort-de-France, por la escuela que dirige el Hno. Arturo y que es, al mismo tiempo, el centro de sus actividades de evangelización en las habitaciones. Así describe su paso por la misma:

"He tenido el gusto de pasar una docena de días con el santo Hermano Arturo; ese tiempo, que me ha parecido muy corto, ha sido más dulce para mi corazón que la miel a mi paladar. *Este Hermano me ha pedido a menudo que le haga una descripción exacta de su misión actual; se lo he prometido, aunque ahora no pueda cumplir mi promesa".* (**D** 173 – Hno. Isaac-M., 26 de junio de 1852)

Es notable la descripción que hace del Hno Arturo, a quien presenta como un **"santo".**

Por su parte, el Hno. Arturo aprecia al Hno. Isaac en su valor y capacidad. He aquí unos párrafos que extraemos de la carta del Hno. Arturo al Hno. Ambrosio, la del 10 de noviembre de 1852:

"Comprendía yo la pérdida que íbamos a sufrir si lo perdíamos (al Hno. Isaac): sólo él estaba bien al corriente de los asuntos de la administración y de los del Hno. Filemón, ya que él hacía sus escrituras; en fin, sólo él estaba al corriente de los objetos que se encontraban en el almacén; era él quien escribía las cartas que el Hno. Filemón enviaba a la Administración, pues tiene un gran conocimiento de las carta ministeriales y de los decretos".

Pronto se restablece y está en grado de prestarle los mismos servicios que había prestado al Hno. Filemón.

"Pero tuvo una nueva recaída en Tricolor: la fiebre amarilla amenazaba llevárselo. No hay médicos, ni sacerdotes: los unos están continuamente junto a los enfermos, los otros están enfermos. Lo cuido de nuevo y por tercera vez sale adelante; pero se ha vuelto de un humor difícil: hiere, por dureza, a los Hermanos de San Pedro, comprende mal las cosas y los Hermanos dicen que sus enfermedades lo han cambiado.

En fin, cuando se vio suficientemente bien me pidió ir a Fort; se lo permití. En este momento está bastante bien y da una clase que le distrae; pues repetía que no podrá nunca aclimatarse".

El Hno. Arturo trata de tener todos los hilos de la situación en sus manos para llevar adelante el gobierno de la Provincia religiosa. Sin embargo, anteriormente no había podido controlar algunos. En efecto, he aquí cómo se lo sigue detallando al Fundador, en la carta del 25 de noviembre de 1852 (**D** 173):

"El Hno. Ambrosio escribe al Hno. Isaac: 'Usted puede colocar al Hno. Hervé en Fort-de-France'; y le dice todo lo que tiene que hacer. No le dice. 'Usted está nombrado', pero sí lo equivalente. Entonces el Hno. Isaac escribe a varios Directores: 'Hagan esto, hagan lo otro', ***sin decirme a mí una sola palabra".***

Y añade:

"Le parecerá raro que le hable de esta manera, pero hasta que nuestro Padre no me pida la dimisión, cosa que ya le he suplicado, yo soy el único Director General.

Y, ¿por quién? ¿Y, ¿cómo puede serlo (él) sin ningún nombramiento oficial, que le dé derecho? Él no podía hacer nada en la Administración. Fue una gran necedad por su parte. Yo no podía hacerle responsable de mis actos y, en cambio, yo lo era de los suyos. ***Nuestro Obispo fue informado del caso y me ordenó no ceder en ninguno de mis derechos. Tuve que prohibir estas cosas al Hno. Isaac, que se sometió y prometió retractarse enseguida.***

"Me vi obligado a decir al Hno. Isaac que se retractara ante los Hermanos a los que había escrito diciéndoles que era el Director general, para impedir la división; le he dado a

entender que no era él quien debía nombrarse, antes que usted mismo lo haya nombrado…

Este hecho precipitado del Hno. Isaac no le favorece; no ha agradado a los Hermanos. Debería haber sido más perspicaz.

Empiezo a dudar que usted le nombre; lo que deseo es que este nombramiento llegue pronto; y he creído que era a mí a quien se debía escribir. Soy yo quien debe darlo a conocer a los Hermanos, como el legítimo Superior establecido por usted, haciéndolo reconocer, además, como digno de toda su confianza, puesto que usted mismo así lo decide.

Y no crea, mi buen Padre, que yo esté descontento de que él sea nombrado, al contrario: daré gracias a Dios por haberme liberado de una carga demasiado pesada para mis débiles fuerzas. ***Lo que me duele es, antes que nada, el pensar que he perdido su confianza y que no la merezco,*** *a pesar de todo el bien que he podido hacer; y* ***ello, a causa del Hno. Ambrosio y de su conducta para conmigo.***

Usted ve, Padre mío, de qué nos ha servido la correspondencia del Hno. Ambrosio: he estado obligado a decir al Hno. Isaac que se retractara, en relación con los Hermanos a quienes había escrito que él era el Director general, para impedir la división: le he hecho comprender que no era él quien que debía nombrarse. ***Y, desde el momento que usted lo hay nombrado, yo me apresuraré en hacerlo reconocer por todos los Hermanos.***

A ellos debo dar el buen ejemplo de obediencia y sumisión a sus órdenes. ***Me ha comprendido muy bien*** *y ahora comprende que si actúa de otra manera se desacredita a los ojos de los Hermanos, que ya no le quieren demasiado, pues se ha mostrado algo inmaduro".*

Y más adelante, volviendo sobre el tema del posible nombramiento del Hno. Isaac, añade:

"Esté seguro, mi buen Padre, que haré todo lo que dependa de mí, para hacerlo reconocer, y no descuidaré nada para que todos los Hermanos le manifiesten el interés y la simpatía que se le debe, como a representante suyo*. Por mi parte, sobre todo****, puede contar con mi respeto y mi sumisión y obediencia sin límites"****.*

Pero, ¿y cómo es la relación de gobierno, el trato directo, en este tiempo, entre el Hno. Arturo y los otros Hermanos? He aquí algunas palabras de nuestro protagonista, siempre en la misma carta:

"He querido conservar la paz entre los Hermanos. Y Dios me ha dado la gracia de lograrlo: *nunca ha habido dos superiores aquí, durante el ínterin, como pretende el Hno. Ambrosio, en su última carta. Si algunos Hermanos se lo han escrito, se han equivocado".*

Y, en relación con lo que esperaba del Hno. Isaac, como facilitador en sus relaciones con la Administración, he aquí lo que añade:

"Por otro lado, el Hno. Isaac ha sufrido tres enfermedades graves. No podía dejarle escribir ni ayudarme, exponerle a tener una cuarta recaída. Me he contentado con consultarle en todos los asuntos un poco importantes.

Me he dado cuenta de que este buen Hermano ha quedado mortificado por todo ello; pero, en realidad sólo le he reprendido una sola vez, por su falta de sumisión y por sus

palabras fuera de lugar. Condenaba casi todos mis actos; y ello, a veces, delante de los Hermanos, y hacía pasar mis actos de celo, por faltas.

No soy yo quien lo ha colocado en Fort. Es él quien me ha pedido ir allí, para terminar su convalecencia, que ha sido muy larga. Hace ya casi un mes que está bastante bien. Ha querido dar una clase y se lo he dejado hacer. Durante algún tiempo, temía que su moral y sus ánimos no estuvieran muy bien, a causa de las tres enfermedades que ha sufrido. Notaba que era excesivamente difícil de tratar durante una parte de su convalecencia y que estaba triste. He tratado, casi en vano, de darle ánimos. Pero él repetía que nunca llegaría a climatizarse aquí, y que nunca estaría bien. Hice cuanto dependía de mí para probarle lo contrario". (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Hacemos aquí una pequeña acotación para decir cómo salió adelante el Hno. Arturo, frente a dos puntos importantes de su responsabilidad: la administración y el cuidado de los Hermanos enfermos. A todo no podía llegar él solo, en tales circunstancias, y menos, al no poder contar con la ayuda del Hno. Isaac, por causa de sus enfermedades.

Se dice que "Dios aprieta, pero no ahoga". El Hno. Arturo halla, en efecto, una ayuda providencial en el Hno. Juan Colombino, a quien él mismo había atendido y sacado de su enfermedad. Luego, se convierte en su brazo derecho, en ambas necesidades. Así se lo comunica al Fundador en la misma carta:

Les he enviado a mi ángel de paz, el Hno. Juan Colombini, que ha hecho dos veces ese largo viaje, llevando consigo medicamentos: en ese municipio no hay farmacia. Ese Hermano es muy hábil para tratar a los enfermos; me sería muy difícil decirle la abnegación y la caridad que ha mostrado para con los Hermanos durante esta terrible epidemia. Y, a pesar de sus otras ocupaciones, hace casi todas mis escrituras, cuando debo escribir a la administración".

Cerramos este paréntesis, para seguir diciendo, a propósito del Hno. Isaac, en palabras de Hno. Arturo:

"En fin, helo aquí curado, gracias a mis cuidados. Y, dentro de poco días será mi superior. ***¡Bendito sea Dios! Espero obedecerle con el mismo respeto con el que siempre lo he hecho con el Hno. Ambrosio. Al que no me recuerdo haber desobedecido en toda mi vida.*** *Si es justo, como lo creo, éstel se lo podrá decir. Y él le podrá decir, además, que me ha sometido a rudas pruebas. Y espero que continuará sometiéndome a ellas. Ya me las aguardo y estoy dispuesto a sufrirlo todo. Sin embargo, con la ayuda de Dios y después de Él,* ***le he salvado la vida en dos ocasiones.*** *Quizás se acuerde de ello".* (**D** 173 – 25 de noviembre de 1852)

Ésta es la situación del Hno. Arturo en su trato y relación de gobierno con los Hermanos, y más particularmente con el Hno. Isaac, el presunto sucesor del Hno. Ambrosio y del Hno. Filemón, aunque todavía sin nombramiento oficial del Fundador.

Claro está que en todo esto, de manera más clara o más sobreentendida, estaban también en juego las relaciones mismas del Hno. Arturo con el Fundador, Juan María de la Mennais. Podríamos preguntarnos: ¿Cómo eran ahora estas relaciones, que siempre habían sido tan filiales, confiadas y tan sin ninguna nube? Bástenos, a este propósito, citar una frase del Hermano en la misma carta, hablando al Fundador, para quien sentía siempre una verdadera devoción filial, lo mismo que hacia la "madre" Congregación:

"Le pido perdón, si hubiera, en esta carta, algo que le causara pena. He creído útil el darle a conocer todas estas cosas, tal como han sucedido, para ponerle al corriente de ello, y para que pueda ponerle remedio. Y, en cuanto a las cartas que me he guardado, serán entregadas al Hno. Isaac, excepto una que he roto. Sólo he obrado así en el interés de la Congregación, a la que he amado y a la que amo siempre, como un niño quiere a su madre". (Ibid.)

He aquí dos constantes que ya hemos ido viendo a lo largo de estas páginas: **el amor, la dedicación completa del Hno. Arturo hacia la madre Congregación,** y **el cariño, la devoción hacia el Padre Fundador**. Entonces, ¿de dónde vienen, a quién atribuye él sus problemas? Para verlo, volvamos a nuestro tema y veamos la última parte de este calvario, de este trago amargo que el Hermano bebió hasta las heces.

Pero antes, queremos mostrar a nuestros lectores un documento que completa lo ya expuesto: una carta del Hno. Isaac al Fundador por estas mismas fechas. Nos ceñimos al núcleo del texto:

"Después de dos días de reflexión, Monseñor expuso todas las cosas a la administración y se pronunció para que yo fuera superior. La administración no aceptó ni al Hno. Marcelino María ni a mí, y se pronunció por el más antiguo en las colonias; la suerte recayó en el Hermano Arturo.

Inútilmente éste se debatió: le respondieron diciendo que eso sería hasta nueva orden del Superior general; lo único que ***pudo obtener es que yo tendría el derecho de tratar todos los asuntos de la Congregación y de firmar la correspondencia, como si yo fuera el director general.***

Monseñor, al mismo tiempo que reconoce, ante la administración, al Hermano Arturo como Director general, persiste aún en nombrarme Director espiritual de los Hermanos. ***Es el Hno. Arturo quien me lo ha contado hoy.***

El Hno. Arturo tiene un gran deseo de pasarme el muerto".

(**D** 173 – Hno. Isaac, 27 de julio de 1852)

Creemos que, en base a este texto, queda clara la transparencia y la honestidad del Hno. Arturo, al verse obligado a aceptar la tarea de Director general interino. Y hemos constatado que la ha aceptado con todas sus consecuencias, como era su deber, pero con clarividencia y desinterés, por el bien de la Congregación y del Reino de Dios.

5.- El accionar del Hno. Ambrosio en la crisis

Como ya dijimos más arriba, no tenemos que olvidar que toda esta problemática queda en sí misma, dentro de límites muy reducidos o individuales, aunque muy intensos. Y, en expresión del Hno. Arturo, fue provocada por la correspondencia del Hno. Ambrosio.

Visto en forma global, la causa inmediata más evidente es la rapidez de los acontecimientos sobrevenidos, los cambios sucesivos y la distancia entre las Antillas y la casa Madre de Ploërmel, residencia del Fundador.

Pero hay más: el Hno. Ambrosio emite algunas opiniones muy personales en relación con Hno. Arturo, vertidas, - para peor -, en cartas a algunos Hermanos que, poco y nada tienen que ver en el asunto. **¿Es una táctica premeditada, para preparar el terreno al inmediato nombramiento del Nuevo Director General, distinto del**

Hno. Arturo? - No lo sabemos: es posible. Pero, en realidad, al Hno. Arturo mucho le duelen dichas cartas. ¿Con razón? ¡Veámoslo!

"La última carta del Hno. Ambrosio al Hno. Focas, - sigue diciendo el Hno. Arturo-, *contenía la carta al Hno. Isaac: le daba a entender que estaba nombrado, aunque sin decirlo expresamente; sólo el conjunto de la carta hacía pensar en ello. Además, contenía las copias de las cartas ministeriales que me tenía que entregar; no me escribe a mí una sola palabra, sino que únicamente pone mi dirección a la orilla del papel que contenía dichas cartas carradas. Es, pues, un embarullamiento el que me hace, pero sin motivo.*

Algunos días antes me había escrito, anunciándome dichas cartas ministeriales, aunque, al fin, no me las enviaba. Me decía solamente: 'Nuestro Padre le autoriza a tratar sobre la casa de agricultura'.

Quince días más tarde escribe de nuevo al Hno. Isaac y, aunque me encuentra capaz de ello, le dice: 'Él cederá en todo y hundirá a los Hermanos' ". (!!!)

(**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Las palabras hablan por sí solas. Ello hace exclamar al Hno. Arturo:

"Verdaderamente, la conducta del Hno. Ambrosio y las contradicciones en que incurre no tienen nombre".

A continuación, se extiende en consideraciones sobre esta puesta en duda de sus capacidades y de su amor a la obra. Piensa en voz alta, dialogando con alguien que le sabrá escuchar y comprender. Siempre en la misma carta de marras, del 25 de noviembre de 1852 al Fundador:

"Yo le pregunto, querido Padre: ¿Acaso, desde hace catorce años que estoy en las Antillas he hundido o tratado de hundir a los Hermanos?

¿Qué no he hecho por la obra? Siempre se me han confiado las misiones más penosas y más importantes: ¿Acaso he defraudado o trabajado en otra cosa que no fuera el desarrollo de la obra? ¿Se me puede reprochar el no haber trabajado con celo? Y, ¡cuántos servicios he prestado al mismo Hno. Ambrosio!

¿Qué no he hecho para ponerle a bien con la Administración, con la que yo tenía una gran influencia, y que he conservado hasta hoy?

¿Qué no he hecho para impedir que se embarcara, cuando los Hermanos de la Guadalupe y de la Martinica no le querían como superior; preferían al sacerdote Evain? ¿Quién llamó a su deber a esos Hermanos, en aquellos tiempos desdichados? ¿Quién les suplicó que reconocieran la autoridad del Hno. Ambrosio? – Fui yo.

Heme aquí recompensado por él! Entonces no me faltaba capacidad, era capaz y daba pruebas de ello. Y ahora, como agradecimiento me reconoce incapaz de tratar una bagatela: la fundación de una escuela para 50 huérfanos".

No era éste el único punto de fricción y de desasosiego. Había alguna más, pues añade, comentándolo al Fundador:

"Lo que hay de más curioso en la correspondencia del Hno. Ambrosio es que añade: 'Le recomiendo al Hno. Arturo de manera particular; tenga en cuenta su gran susceptibilidad: es él quien nos ha realzado en toda la isla' "

Y más abajo:

"No tiene cualidades para dirigir".

Son palabra más bien fuertes y mortificantes las del Hno. Ambrosio. Y, por añadidura, escritas a un tercero. No es de extrañar la reacción del Hno. Arturo, siempre en la misma carta al Fundador:

"Me reconoce la capacidad de levantar nuestros establecimientos en toda la isla, y al mismo tiempo me dice incapaz de defender los intereses de la Congregación. Es algo que no entiendo. Me habría gustado ver al Hno. Ambrosio aquí, desde hace cuatro meses, para ver lo que habría hecho de mejor, en las circunstancias peligrosas en las que yo me he encontrado, con más de treinta Hermanos enfermos, de los que seis han muerto, y si él habría podido defender los intereses de la Congregación como yo, que he estado, día y noche junto al lecho de mis Hermanos enfermos, expuesto yo mismo a agarrar las enfermedades epidémicas y contagiosas que ellos padecían".

Más adelante, haciendo alusión a otra parte de su vida, añade:

"Después de seis años en Fort, y promulgada la ley Macot, estábamos autorizados a catequizar en las habitaciones. El Hno. Ambrosio no sabía a quien enviar: me ofrecí enseguida, para cumplir esta misión, que los mismos sacerdotes no se atrevían a emprender, a causa de los peligros que ofrecía.

Me saca de San Pedro y me pone en Fort-de-France, bajo la dirección del pobre Hno. Mateo, que estaba medio ido, aunque el Hno. Ambrosio lo ignoraba: yo estaba encargado de dar clase a los jóvenes esclavos, de seis a catorce años, desde las 8'00 hasta las 10'00 h. de la mañana.

Luego, subía a caballo, para dar siete u ocho catecismos en las habitaciones. Volvía a las 6'00 de la tarde, para volver a dar un catecismo a los jóvenes de la ciudad. Desayunaba a caballo y almorzaba de la misma manera, bajo el sol y la lluvia. El éxito superó las esperanzas del Hno. Ambrosio y esto nos realzó a los ojos de la administración, donde me testimoniaban la más alta estima.

Aprovechaba de ello en el interés de nuestras grandes escuelas y para poner al Hno. Ambrosio en buena posición con los administradores. ¡Ah! Entonces encontraba que yo tenía mucha capacidad!

Cuando llega la libertad, mi presencia se hace necesaria en las habitaciones, durante el tiempo en que aquí no había más ley que la del más fuerte. Calmo a estos pobres libres, les impido el hacer el mal a nadie. Llegan a saberlo los responsables de la administración: se habla de decorarme.

Mis catecismos contribuyen al trabajo y al buen orden en las habitaciones; muchos trabajadores se convierten, y tanto los Sres. Párrocos como los propietarios y los trabajadores me piden por todas partes. Y esta influencia que adquiero repercute en todos los Hermanos. El Hno. Ambrosio me encuentra con mucha capacidad en todo eso".

Luego, el Hno. Arturo hace referencia al Hno. Ambrosio, en relación con la carta al Hno. Isaac:

"El Hno. Ambrosio, que me acusa de ser tan susceptible, se equivoca: si lo hubiera sido tanto como dice, hace tiempo que le habría pedido un pasaje de regreso, cosa que nunca he pedido. Sin embargo, no me han faltado pruebas y sufrimientos.

A mi llegada de Francia, yo estaba en la Pointe-à-Pitre. Me nombró Director de Marie-Galante; y, sin embargo, luego puso allí al Hno. Federico y ni siquiera dije esta boca es

mía. Más tarde me dio la dirección de la escuela de San Pedro donde, durante mucho tiempo dirigí los dos establecimientos de esta ciudad; y, en menos de dos años pagué 5.855 francos que dichos establecimientos debían a la Casa principal.

Le pedí que diera la dirección de Mouillage al Hno. Filemón; primero rehusó, pero le ayudé a comprender que los establecimientos de las dos parroquias tomaban auge. Me encontraba cansado de dirigir las dos casas, pues mi clase era numerosa y había establecido un catecismo de tarde, que era floreciente..

Y he aquí, finalmente que en la carta que ha escrito al Hno. Isaac quiere que ponga al Hno. Hervé para que venga a tomar la dirección de Fort-de-France, en la que me había confirmado, antes de su salida (hacia Francia), *en la carta que me escribió a la Trinidad. Quiere, pues, que yo no tenga otra residencia que las diferentes casas de nuestros Hermanos, dirigidas, a veces, por un joven Hermano, que me trata mal o bien, y donde sólo tengo el derecho de sufrir y no el de quejarme. Ya me sucedió, durante mi misión que, estando muy mal, bajo la dirección de un joven Hermano, no me quejé nunca al Hno. Ambrosio.*

Así que no soy tan susceptible como piensa. Si fuera tan susceptible, ¿habría podido soportar tales pruebas? (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Haciendo un paréntesis, y poniendo un corte en la exposición de la carta al Fundador, retomamos la que, poco antes había escrito al Hno. Ambrosio. En ella se expresaba en forma parecida. De ella transcribimos esta frase:

*"Le digo esto para probarle que usted no me quiere; y eso, a pesar del bien que le he hecho y por mi abnegación a la Congregación, a la que amo más de lo que un hijo ama a su madre. Si pretende desalentarme, se equivoca: estoy dispuesto a dar la vida por esta Congregación"***.** (**D** 173 - 10 de noviembre de 1852)

Y concluimos con otro doloroso malentendido entre dos hombres que fueron columnas y protagonistas en la evangelización de los esclavos. El Hno. Arturo alude a otra afirmación del Hno. Ambrosio, quizás no menos íntima y dolorosa, en relación con el "Catequista" de la Martinica y con un aspecto muy sacrificado de esa misma labor.

"El Hno. Ambrosio dice que no soy muy sabio. ¿Y por qué no lo soy? Cuando vine a San Pedro ya era uno de los capaces. Tuvo que sacarme de la Guadalupe para ponerme a dirigir (los establecimiento de) San Pedro. La razón que me ha impedido hacer los mismos progresos que los otros es mi demasiada generosidad: viendo que los Hermanos estaban flojos, bajo todos los aspectos, me encargué de todos los trabajos de la casa, a fin de dejarles tiempo para instruirse, aunque yo quedaba sobrecargado, durante once años; así no he podido estudiar, prácticamente nada. No tenía tiempo: creía hacer bien y trabajar por mi madre la Congregación a la que yo amo. Y ahora, ella me castiga, por medio de uno de sus representantes (el Hno. Ambrosio)*, a quien he prestado tantos servicios".* (Ibid.)

¿Hasta qué punto le afectaron, personal e íntimamente al Hno. Arturo, las cartas del Hno. Ambrosio y sus andanadas,- aunque limitadas -, en sus relaciones subsiguientes. Hay algunas frases teñidas de una cierta amargura que podrían chocar. En honor a la verdad y a la situación de nuestros Hermano, hemos creído oportuno citarlas. Ellas nos iluminan, por otro lado, sobre el apostolado llevado adelante por nuestro Hermano en tiempos y circunstancias tan difíciles. He aquí la última, teñida de cierto dramatismo.

"No quiero hablar de las fatigas que he experimentado durante seis años, a lomos de un caballo, que me ha tirado a los ríos y al barro. ¿Cuántas veces no he temblado, al verme a punto de ser precipitado en el fondo de los acantilados por el caballo? He sufrido eso y mucho más en el interés de nuestras queridas escuelas de las Antillas y de la Congregación a la que llamo mi buena madre.

Y esta madre, ¿querría ahora ignorarme, después de tantos trabajos y tantos peligros a los que me he expuesto generosamente, para conservarla, en la Martinica? ¿Querría ella alejarme de su seno? ¡Ay! Dios me libre de tal desgracia; antes, morir mil veces. No hace mucho que un Hermano me repetía a menudo que yo estaba destinado a ir a guardar los chanchos al chiquero de Ploërmel. Acepto de corazón este trabajo, desde el momento en que esto me venga de mis Superiores, antes que faltar a uno de mis compromisos. (Ibid.)

Ciertamente que este alegato, - esta larga exposición -, que el Hermano Arturo hace al Fundador, **- "padre" paciente y comprensivo** y que sabe escuchar-, ha de haber tenido un eco fuerte en su ánimo, en lo más profundo de su corazón. En realidad, la misma exposición de su dolorosa situación anímica es una expresión del momento doloroso que vive, necesitando una liberación. Pensamos que ésta es la la razón final, consciente o inconsciente, del escrito.

Pero, siempre se mantiene lúcido y sabiendo el efecto que estas sus palabras pueden producir en el ánimo de su interlocutor, Juan María de la Mennais. Por eso añade:

"He aquí, mi queridísimo Padre, lo que creo tener que escribirle: Usted verá en ello, en esta última carta -, un hombre susceptible, - como repite el Hno. Ambrosio -, pero ***cuya susceptibilidad no le haría olvidar su deber y sus obligaciones,*** *aunque esta susceptibilidad podría hacerle fallar, quizás,* ***con la caridad que debe hacia el Hermano Ambrosio".***

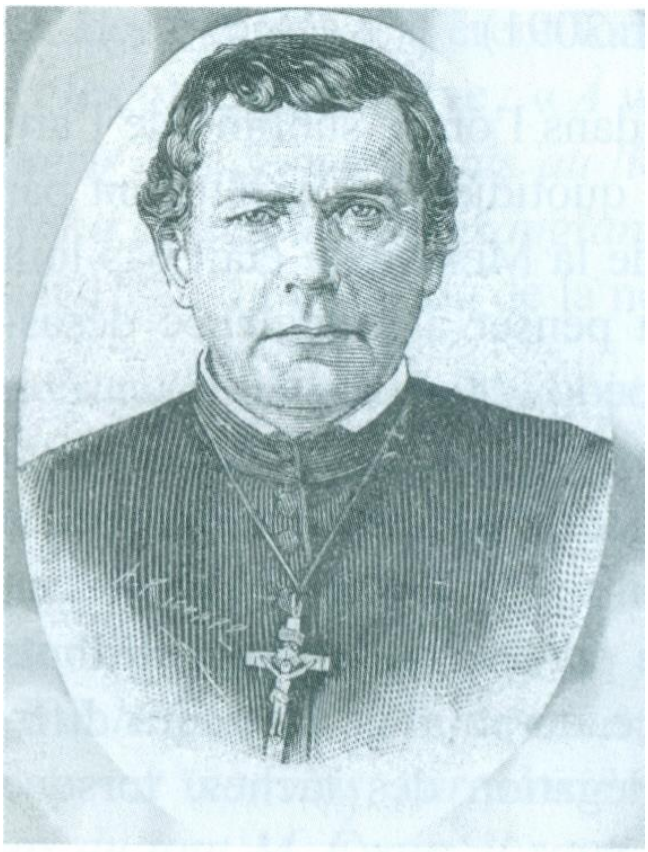
Y esta confesión realista y humilde de su situación, de su autoconciencia, queda completada con estas otras palabras en la misma carta:

"Perdón, Padre, si le he escrito tan largamente. Si, a este precio pudiera recuperar la confianza de usted, que he perdido, sería muy feliz. Comprendo que todas estas explicaciones son demasiado largas; ***habría hecho mejor en callarme y sufrir estas humillaciones en silencio. Pero, usted no nos ha prohibido nunca el justificarnos".*** (**D** 173 - 25 de noviembre del 1852)

Creemos que, en esta última frase está la clave de todo el relato pormenorizado que hemos ido exponiendo, en relación con una crisis que habría sido fatal para la obra menesiana en la Martinica, de no haber mediado la habilidad y decisión de **unos hombres - unos Hermanos** -, que, además de responsables, eran religiosos de cuerpo entero. Y la confianza y prudencia de otro hombre, **Juan María de la Mennais** que, allá lejos, en Ploërmel, desentrañaba las situaciones y las encarrilaba, dándoles oportuna respuesta y solución. Ahí estuvo, pues, la solución: **en la confianza absoluta de los Hermanos en el Fundador, a quien hablaban con la confianza filial que un "padre" ha sabido ganarse, con transparencia y sin ocultarle nada de sus pensamientos.**

De esta forma, el Fundador, Juan María de la Mennais, tenía una idea completa de la situación. No fue sólo el Hno. Arturo el que le escribió: alguno más lo hizo, pocos, pintando, cada uno a su modo, un aspecto, para que en Ploërmel tuvieran un cuadro completo.

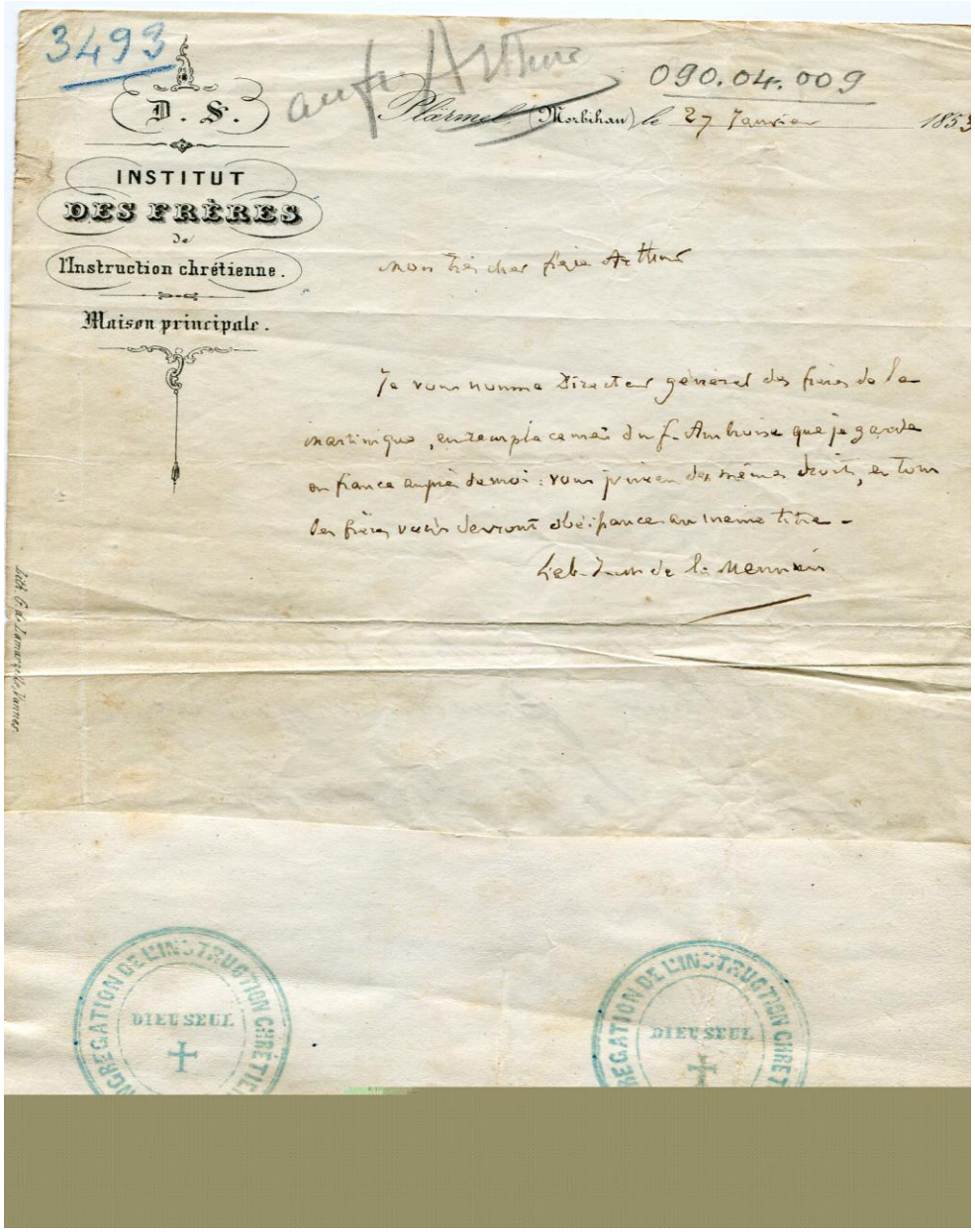
Decimos que fueron pocos, - cuatro -, los Hermanos directamente concernidos Ello confirma nuestra aseveración inicial: el problema fue llevado con tanta discreción y abnegación por el Hno. Arturo, que los Hermanos apenas llegaron a percibir lo complicada que era la situación. Tampoco aquí fue víctima de la susceptibilidad.



Le frère Ambroise le Haiget
(1795-1857)

El Hno. Ambrosio, Director principal de las Antillas

Capítulo 15


3493

D. S.

INSTITUT
DES FRÈRES
de
l'Instruction chrétienne.
Maison principale.

Plarmel (Morbihan) le 27 Janvier 1853

Mon très cher frère Arthur

Je vous nomme Directeur général des frères de la Martinique, en remplacement du f. Ambroise que je garde en France auprès de moi : vous jouirez des mêmes droits, et tous les frères vous devront obéissance au même titre.

Lab. Inst. de la Mennais

DIEU SEUL

Autógrafo de Juan María de la Mennais, nombrando al Hno. Arturo Director principal de la Martinica

El Hermano Arturo es "nombrado" Director principal

Ya lo dijimos: el Hno. Ambrosio sale hacia Francia el 17 de junio de 1852. Pasa algunos meses, sea en su pueblo natal como, sobre todo, en Ploërmel, en compañía del Padre la Mennais, ya bastante anciano, a sus 72 años.

Y piensa ya poner su proa hacia las Antillas cuando el Fundador le declara que su intención, maduramente reflexionada, es la de guardarlo, en adelante, en la Casa Madre de Ploërmel. Para el servicio mismo de las misiones en las Colonias.

A este fin, prepara el borrador de una carta sin fecha a los Hermanos de la Martinica. Estas carta nunca llega a salir: las circunstancias aconsejan al Fundador modificar su primer proyecto. En ella dice, en relación con su decisión de dejar al Hno. Ambrosio en Ploërmel:

"…Al obrar así, lo hago en el interés de nuestra obra colonial misma, pues es cada vez más necesario que haya en Ploërmel un Hermano que la conozca bien: mi edad y mis achaques no me permiten ocuparme en forma detallada y escribirles a ustedes, como lo he hecho por tanto tiempo". (**JMLM** 173 sin fecha precisa.1852)

Por su parte, el Ministro de las Colonias, ignorando la decisión del Fundador, con fecha del 27 de noviembre de 1852 le escribe para decirle que…

"Los seis meses previstos de permiso para el Hno. Ambrosio se acaban; ya he reservado un pasaje para el Director General, en un barco del Estado".

Poco tiempo después el Fundador le responde, anunciándole su decisión y añade:

"Todo está preparado para remplazar al Hno. Ambrosio: tendré el honor de escribirle sobre esto próximamente y lo habría hecho por este mismo correo; pero las cartas que acabo de recibir de la Martinica me anuncian la muerte de varios de nuestros excelentes Hermanos, lo que me obligará a cambiar en algo mis primeras decisiones".

(**D** 154 13 de diciembre de 1852)

Conocida la noticia del no regreso del Hno. Ambrosio, el Gobernador de la Martinica, Contra-Almirante Vaillant, se apresura a escribir al Ministro, para que éste, a su vez, transmitiera al Fundador que…

"En el caso en que esta noticia (el no regreso del Hno. Ambrosio) sea exacta, vería con placer que el Hno. Arturo fuera confirmado en la misión que ha cumplido provisionalmente, en la ausencia del superior titular. ***Los méritos de este Hermano, su celo, sus virtudes y sus buenas relaciones con la administración me han hecho pensar que su confirmación sería un acto eminentemente útil al país y al Instituto de Ploërmel****".*

El Ministro, al mismo tiempo que le transmite la sugerencia del Gobernador, le pregunta si las Reglas del Instituto permiten conceder a los Hermanos, distinciones públicas.

Con fecha del 25 de enero de 1853, el Fundador responde al Ministro, en relación con el nombramiento del nuevo Director Principal de la Martinica, luego de aclarar el tema de aquellas distinciones, cosa que dejamos para el siguiente capítulo:

"Cualesquiera sean las excelentes cualidades del Hno. Arturo, no pensaba nombrarle Director General: tenía otro en vista y sólo esperaba, para nombrarlo, los informes que deben llegarme de las Antillas, de un día para el otro. Pero los votos expresados por el Sr. Contra-Almirante Vaillant, en la carta que usted me hace el honor de comunicarme, fija mi elección, ***y le pido, Sr. Ministro, que expida, sin retraso, la comisión de Director General (en remplazo del Hno. Ambrosio) al Hno. Arturo (Julián Greffier).***

(**D** 154 25 de enero de 1853)

Y dos días más tarde, el mismo Fundador y Superior General de los Hermanos, envía al Hno. Arturo la "obediencia" siguiente (**JMLM T** II – 27de febrero de 1853):

27 de enero de 1853

"Mi muy querido Hermano:

Le nombro Director general de los Hermanos de la Martinica, en remplazo del Hno. Ambrosio, que me guardo en Francia, junto a mí. Usted gozará de los mismos derechos y todos los Hermanos le deberán obediencia por el mismo título".

Juan María de la Mennais

Esta obediencia viene acompañada de una carta autógrafa, trazada con mano temblorosa y que apenas puede mantener la pluma:

*"Por la comisión adjunta**, le impongo una pesada carga e importantes deberes; para cumplirla bien, nada mejor para usted que tener como modelos a los Hermanos Ambrosio y Filemón, sus predecesores.***

Como usted tiene menos práctica que ellos en los negocios, le recomiendo que siga los consejos de los Hermanos que crea más capaces para dárselos particularmente del Hno. Isaac-María.

El Hno. Juan Colombini podrá ayudarle también, para las Escrituras; y en todos los casos difíciles recurra al Obispo y siga sus decisiones. Pero, sobren todo, rece mucho y haga observar la Regla con firmeza en todos sus puntos, y particularmente en el que prohibe beber ningún licor espiritoso entre las comidas. Me temo que la enfermedad no haya sido un pretexto para relajarse, mientras que debiera haber sido un motivo para ser más fervorosos y más regulares que nunca.

Y el Fundador añade una acotación muy importante, en relación con las cartas que el Hno. Ambrosio había ido mandando durante la crisis y se responsabiliza de ellas:

*El Hno. Ambrosio no ha escrito nada, en Ploërmel, **que no fuera conforma a mis intenciones del momento**: digo del momento, pues, en un asunto tan grave como éste, y a una distancia tan grande, las circunstancias imprevistas que sobrevienen, modifican a menudo los pensamientos, de un día para otro.* (Ibid.)

Debajo de la firma, en la misma carta, el Hno. Ambrosio añade estas palabras:

"¡Cuánto me ha costado el obtener estas pocas líneas del venerado Padre. Ya no puede escribir. Algo más tarde, yo mismo le escribiré. ¡Adiós!" (Ibid.)

Y, en efecto, a partir de esta fecha, es el Hermano Ambrosio el que se encarga de escribir a los Hermanos de las misiones, en nombre del Fundador,

* * * * * * * * * *

He aquí el epílogo de un período de más de seis meses de zozobras, inquietudes y sobresaltos para los Hermanos de la Martinica, y especialmente para su Director General provisional.

Para el Hermano Arturo ha sido un medio año bien denso: en él se ha visto obligado a afrontar situaciones muy duras, y algunas, extremas, sea en el orden

material y físico, como en el psíquico y espiritual. Ello le ha ayudado a madurar y a preparase para una tarea que ocupará el período más largo de su existencia. ¡Treinta años como responsable de la obra misionera de los Hermanos de la Instrucción Cristiana en la Martinica!

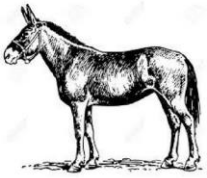
Por su parte, **el Fundador, Juan María de la Mennais, desde Ploërmel, y pese a los sobresaltos y preanuncios cantados, maneja con tino y seguridad el timón de la nave, el de su misión preferida: las Antillas. Da tiempo al tiempo, sabe esperar y calibrar, y en el momento justo llega la decisión.**

También hay que decir que su secretario y asistente para las misiones, **el Hno. Ambrosio, fue víctima de unas situaciones difíciles e imprevistas, que afrontó buenamente;** la escueta frase final al Hno. Arturo, que ya vimos más arriba: - ***"¡Cuánto me ha costado el obtener estas pocas líneas del venerado padre. Ya no puede escribir. Algo más tarde, yo mismo le escribiré" -,*** nos lo muestra como es: **una gran personalidad al servicio de una gran obra, que no se deja llevar por los avatares de la vida, por los gustos del momento.**

Es él quien va a suplir al Fundador en la animación y dirección ordinaria de las Misiones menesianas, y por tanto quien sigue relacionándose con el Hno. Arturo. Así lo hará durante los cuatro años que le quedan de vida. Su robusta constitución había quedado mellada por la titánica labor llevada a cabo, allende los mares. Fallece en Ploërmel en1857, tres años antes que el Fundador.

Y así, pasamos a la acción de gobierno del Hno. Arturo, Director general de la Martinica: una etapa de su vida se cierra, otra se abre. Más épica, evangélica y heroica, quizás, la primera, al menos aparentemente; de mayor transcendencia, quizás, la segunda, globalmente considerada.

D.+S.



Capítulo 16

El Hermano Arturo, caballero de la "Legión de Honor"

Lograda la abolición de la esclavitud, el Hno. Arturo Greffier es, sin discusión, la figura radiante de la Martinica, quien monopoliza las adhesiones. Su labor, el acompañamiento que ha hecho de los esclavos, los esfuerzos realizados para llegar a una emancipación pacífica son reconocidos por todos. No es pues, de extrañar que las autoridades de la Isla e incluso las nacionales de París, se apresuren a dar de ello un reconocimiento público y oficial.

La concesión de la cruz de la Legión de Honor da aún mayor prestigio al Hermano. El Fundador, por su parte, no deja de recordarle que…

"Nuestra verdadera condecoración es el Cerucifijo". **JMLM** T II - 27 de enero de 1853)

En varias ocasiones, en páginas anteriores, hemos tocado este tema, aunque sólo de pasada. Sea cuando apaciguó a los esclavos rebeldes, que avanzaban hacia la capital, Fort-de-France, con la intención de tomarse la libertad por su cuenta, sea cuando, recibida la libertad, hay un tiempo de desgobierno generalizado. Su sola presencia logra mantener el orden, evitar atropellos.

La administración de la Martinica toma buena nota de ello y ya entonces se habla de hacerlo condecorar por las autoridades de París. El mismo Hno. Arturo así se lo dice y escribe confiadamente al Fundador en la carta tantas veces citada del 25 de noviembre de1 1852 (**D** 173). Creemos conveniente retomarlas:

"¡Llega la libertad! Mi presencia se hace necesaria en las habitaciones, durante el tiempo en que no había más ley que la del más fuerte. Calmo a estos pobres libres, les impido hacer el mal a nadie. Llegan a saberlo los responsables de la administración: se habla de condecorarme. ***Muestro el Crucifijo que llevo sobre el pecho y les doy a entender que ésa es mi más hermosa condecoración, y que ésa es la que quiero conservar.*** *Y continúo mi misión por los distintos municipios".*

Pero es durante la gran epidemia de la fiebre amarilla cuando el Hno. Arturo da toda su medida. Salva la vida de muchos Hermanos, los atiende hasta el heroísmo y así permite, finalmente, que las actividades escolares puedan retomar su ritmo normal.

Su abnegación provoca la admiración general; y esta vez, el Gobernador de la isla, haciéndose intérprete del sentir de todos, pide, para el Hermano Arturo, **la Cruz de Caballero de la Legión de Honor, con medalla de Oro,** y también, **medalla de Oro**, para su gran colaborador, el Hno. Juan Colombini. Transcribimos algunos extractos no citados anteriormente, tomados de la copia auténtica de dicha petición, tal como se conserva en los Archivos del Instituto, en Roma. Ello servirá para autentificar la obra llevada a cabo por nuestro Hermano, obra que, para algunos, en ocasiones, ha parecido hasta legendaria. Digamos, más bien, que fue tan real y extraordinaria que pasó a ser legendaria. Por lo heroica.

He aquí el texto de la petición del Gobernador de la Martinica, para ser presentado a las Autoridades de Francia, de manos del Ministro de la Marina y de las Colonias.

Fort-de-France, a 6 de diciembre de 1852

Señor Ministro:

Entre los funcionarios que se han distinguido más particularmente durante la larga epidemia de fiebre amarilla que atravesamos, hay uno que he omitido de señalarle en mi despacho del 11 de noviembre último, nº. 69 y cuya abnegación y servicios me parecen eminentemente dignos de llamar su atención.

El Hno. Arturo, superior provisional de los Hermano de Ploërmel en la Martinica, ha desplegado, durante estos tiempos de pruebas, un coraje y una abnegación por encima de todos los elogios.

…Y sigue relatando los hechos, como ya vimos más arriba. Luego, continúa:

Es él quien ha inaugurado el sistema de instrucción para los adultos en las habitaciones, fuera de las horas de trabajo. Es también él quien, asociándose a mi pensamiento y a mis esfuerzos para dirigir la imaginación de los niños hacia los trabajos de la agriculturas, ha logrado, secundado por sus colaboradores, llevar al cultivo de la tierra, a los niños que frecuentan las escuelas, exigiendo de ellos un trabajo serio en las habitaciones, antes y después de las horas de clase.

Gracias a su actividad, mi objetivo ha sido coronado por un éxito tal que, muy recientemente, 447 alumnos de esta categoría me han sido indicados, según consta en los certificados de los propietarios, por su asiduidad en los trabajos de los campos. ***El Hno. Arturo es conocido por toda la población de la Martinica: goza de una alta estima entre las clases superiores de la sociedad y, entre las clases trabajadoras es venerado y bendecido como un padre".***

(SYMPHORIEN-A.fr « Á travers la correspondance de Jean-Marie de la Mennais ». T III – p. 454 – 456)

Sigue luego hablando de la obra pacificadora, como ya vimos.

"Por estos diferentes motivos, el Hermano Arturo merece ser recompensado. Creo como un deber, Sr. Ministro, el proponérselo para la Cruz de la Legión de Honor. Esta distinción no podría ser mejor colocada; y sería, al mismo tiempo, para todos los Hermanos de la Doctrina (sic) Cristiana en la Martinica, tan cruelmente probados por la epidemia, un aliento que produciría los mejores resultados".

En P.D. sigue la petición de la medalla de Oro para el Hno. Juan Colombini.

El Ministro, a su vez, transmite al Fundador, Juan María de la Mennais, esta petición del Gobernador, al mismo tiempo que la sugerencia para que el Hno. Arturo sea confirmado como Director General. Ya lo vimos más arriba. Y termina, preguntando al Fundador si las Reglas del Instituto permiten conceder a los Hermanos estas distinciones.

A ello responde el Fundador, en carta al Ministro:

"Nuestra Regla no se opone a que los Hermanos reciban recompensas públicas, particularmente en las colonias, ***cuando ello pueda contribuir al éxito de la bella y santa obra de la que están encargados;*** *así, hace unos años autoricé a tres Hermanos del Senegal, a aceptar medallas de Oro que les eran ofrecidas, como signo de agradecimiento, por los habitantes de San Luis, y que les fueron entregadas por el Sr. Gobernador, en la ceremonia de la distribución general de premios, al final del año. De ello resultó mucho bien.*

Si usted acepta las propuestas del Contra – Almirante Vaillant, en favor de los Hermanos Arturo y Juan Colombini, será una ocasión, para mí, de publicar, incluso en Francia, la conducta tan laudable que mis Hermanos han tenido durante la epidemia de las Antillas. Y lo haré, porque tales hechos honran a nuestra Congregación y son muy a propósito para que nuestros jóvenes bretones se comprometan a hacerse miembros de la misma, ***para trabajar en la instrucción cristiana de los negros".***

(**D** 154 - 28 de enero de 1852)

Finalmente, y en relación con este tema que nos ocupa, el Fundador, en la carta al Hno. Arturo en la que le nombraba Director General de la Martinica, como vimos arriba, añade esta frase:

"A petición del Ministro he consentido a que usted acepte la Cruz, y a que el Hno. Juan Colombini reciba una medalla; pero, ni uno ni otro deben llevar habitualmente estas condecoraciones, como tampoco las llevo yo mismo. Yo no llevo nunca ni la Cruz ni la Condecoración. ***Nuestra verdadera condecoración es el Crucifijo"****.*

(**JMLM** 2ª. Parte27 de enero de 1853)

Así, pues, el Hno. Arturo recibe esa Cruz, tan apreciada en Francia, Y, en efecto, siguiendo la indicación del Fundador, y a sus propios sentimientos, rara vez la ostenta. Y, cuando lo hace, sigue en ello, las sugerencias de los Hermanos, para quienes es un motivo de orgullo y satisfacción; también, cuando ello puede ser causa de un bien y en beneficio de la Iglesia y promoción de la obra misionera. Más adelante veremos alguna ocasión muy particular en que así lo hizo.

De esta forma volvemos al tema anunciado, que ocupará el período más largo de su existencia: Director General de la Martinica. ¿Cómo lo desarrolla? Siendo un tema de gran amplitud, le iremos viendo por sub-temas, en relación con sus variadas

actividades, y como responsable de las escuelas de misión. Además, es él quien está en la base de operaciones de los misioneros – catequistas, por los campos de la Martinica.

Capítulo 17

El nuevo Director principal

Desde el 27 de enero de 1853 el Hermano Arturo es Director principal de los Hermanos de la Martinica, que son 36. En realidad, todos ellos misioneros, de una u otra forma. Los alumnos, unos 3.000, en quince establecimientos. Dos de ellos, los de Fuerte San Pedro y Fort-de-France, de importancia mayor, por su entidad y por su proyección en toda la isla. A ello hay que añadir el "Catecismos de tarde, para adultos", -uno en cada escuela-, y sobre todo y tan cercano al corazón del Hno. Arturo, la catequesis por los campos: la reciben regularmente muchos miles, en cuatro lugares diferentes.

1.- Una renuncia previa

"Elegir es renunciar". Es un dicho popular. Y con razón. Lo mismo habría que decir en la aceptación de una tarea, entre dos que se excluyen. Y eso es lo que le sucede al Hno. Arturo, al tener que asumir el cargo de Director principal, aunque sea en forma interina, en los primeros tiempos.

Ante la propuesta para que acepte dicha responsabilidad, - por el común acuerdo entre el Sr. Obispo de la Martinica y el Gobernador de la misma -, al Hermano se le presenta un dilema no exento de cierto dramatismo: ¿cómo conjugar la nueva responsabilidad con su trabajo de catequista por los campos? Porque, en efecto, la misión de catequista se ha ido identificando de tal forma con su ser, su acción se ve tan benéfica y necesaria, que todo otro pensamiento le es extraño. Y así es reconocido, sea por su superior mismo, el Hno. Ambrosio, como por los Hermano y, sobre todo, por las personas que catequiza. Incluso, el mismo gobernador así lo reconoce al proponerle la nueva responsabilidad:

"El Sr. Gobernador me ha dicho que yo podría continuar mi misión, más necesaria que nunca y me ha recomendado que siga instruyendo a estas gentes en los Mandamientos de Dios y de la Iglesia." (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

¿Cómo hacer? El Sr. Director del Interior le avanza un principio de solución:

"Me ha dicho que ***podría dar una delegación al Hermano que lo deseara y que ese Hermano sería encargado de los asuntos corrientes de la Administración.*** *De esta forma me he visto obligado a aceptar provisionalmente este cargo".* (Ibid.)

Cuando, finalmente, le llega el nombramiento oficial, es el Fundador mismo quien le recomienda la misma solución: delegar en algún Hermano una parte de sus obligaciones, especialmente las burocráticas. Ello le permitirá dedicarse igualmente, auque en forma limitada, al apostolado de la evangelización.

Y en efecto: el Hno. Arturo se sirve muy a menudo y en forma sostenida, del buen saber y hacer de varios Hermanos en algunos de sus menesteres. Primero, mediante los Hermanos Julián y Juan Colombini, y otros más, con el pasar de los años, especialmente del Hno. Evergildo, por largo tiempo su secretario.

Pero es el mismo Hno. Arturo, hombre realista, quien activa la solución, en forma definitiva: se ve obligado a renunciar a la catequesis por los campos, pero…

Él mismo había ido preparando a varios Hermanos para esa misión de evangelizar a los negros, en las habitaciones. Y puesto que es el gobernador quien se lo ha pedido, no le puede negar la propuesta. Se van nombrando catequistas con misión oficial, para las parroquias de la Martinica; su labor llega a cubrir todo el territorio. Y consigue que a cada catequista se le asigne un caballo, imprescindible. Así, llega a haber seis catequistas que, contemporáneamente recorren los campos, instruyendo y catequizando. Él mismo los sigue preparando, acompañando y animando.

De esta forma, la misión tan gloriosamente inicida por nuestro Hermano sigue activa, tanto más cuanto que tiene a su favor, sea al clero de la isla, como también al poder civil e incluso, a los colonos: finalmente reconocen su utilidad.

"Pero si hubo ***sucesores,*** *se puede afirmar, sin menoscabo del reconocimiento hacia tantos catequistas, que yo he conocido y admirado,* -afirma su primer biógrafo, el Hno. Evergildo - , *no hubo ciertamente uno solo que fuera su* ***reemplazante****. Conozco a algunos que han tenido la misma abnegación, el mismo ardor, la misma pasión que él para la instrucción religiosa de los negros, pero no he conocido uno solo que poseyera en el mismo grado las aptitudes que pide esta sublime, pero difícil misión".*

(Évergilde –M., fr. *«Le Frère Arthur»,* en «Au service de l'enfance», pág. 40)

Digamos que es la divina Providencia la que viene en ayuda del Hno. Arturo, para hacerse a la nueva responsabilidad, dejando la anterior. Es la fiebre amarilla la causa de su nombramiento como Director principal provisional. Y por causa de este misma peste deja de ir a catequizar, para dedicarse a cuidar a sus Hermanos y otras gentes, tratando de librarles del flagelo. Y cuando llega el nombramiento oficial, ya está preparado para asumirla, incluso psicológicamente. Si no es que…

2.- ¿A la altura de la responsabilidad?

¿Estará preparado nuestro Hermano para ejercer un cargo tan exigente en sus diversos aspectos? Alguno, por ejemplo, el Hno. Ambrosio, parecería ponerlo en duda. Ya no será sólo el pueblo sencillo, ni los colonos del campo con los que habrá de relacionarse, sino también con los funcionarios de la administración y del Gobierno. Es un mundo muy diferente al que hasta ahora ha conocido y con el que ha vivido.

Para darnos una idea del trabajo y de las responsabilidades que le esperan, he aquí la estadística de la labor de los Hermanos de la Martinica en el año 1875. Es la estadística que poseemos, en un año de pleno desarrollo.

- 35 escuelas.
- 89 Hermanos.
- 5.560 alumnos.
- 18.000 catequizados en las “habitaciones”, en el campo.
- 2.345 en el catecismo por la tarde, en las escuelas.

¿Necesitará otros talentos para acertar?

– No: sus talentos y disposición son apropiados para todas las situaciones; tan flexibles y fecundos que son aptos para los diferentes lugares y personas con las que se va a encontrar: Gobernador, Director del Interior, jefes de departamento, alcaldes… Todos los funcionarios, desde el más bajo hasta el más alto en la escala administrativa quedan seducidos por el encanto irresistible y las buenas maneras del nuevo Director principal.

Pero, en realidad su trabajo y dedicación primordial es con **<u>sus Hermanos</u>: los que en las escuelas tratan de instruir y catequizar a los niños y jóvenes, y los que misionan por los campos, para evangelizar a los antiguos esclavos**. Para verlos, ayudarlos, dirigirlos recorre los caminos de la Martinica, ya polvorientos, ya embarrados, bajo el sol o bajo la lluvia, a grupas de su mula, con la protección de un parasol y con el arma de su rosario. Veámoslo…

Capítulo 18

Visita de las escuelas

1.- Recorriendo la isla

Ya desde los primeros momentos en que el Hno. Arturo se hace cargo de la Dirección provisional de los Hermanos de la Martinica inicia una de las tareas más pesadas e importantes, inherentes a su cargo: visitar las comunidades y las escuelas. Hecho Director titular, toda su actividad, durante el año, gira alrededor de esta dura fatiga

Cada trimestre da una vuelta por toda la isla, a lomos de su mula "Golondrina". Como las clases cesan en verano y los Hermanos se concentran para el Retiro anual y otras actividades formativas, propias de la familia religiosa, nuestro Hermano pasa, normalmente, por cada escuela, tres veces al año; a veces, cuatro.

Ello, sin contar otras posibles visitas particulares, por causa de alguna enfermedad de los Hermanos u otro asunto urgente, cuya solución no puede ser retrasada hasta la visita regular siguiente.

Tiene, como principio básico, el tratar siempre las cosas y los problemas directamente y en forma oral, no por escrito, a menos de imposibilidad absoluta. Sin duda, porque se siente apoyado por el gran poder del maravilloso don de la palabra que ha recibido del cielo. Está casi siempre de viaje: da la vuelta completa a la isla varias veces al año. Se convierte en el hombre de la Martinica que mejor conoce todas las rutas.

En cada escuela se detiene varios días. Pasa por las clases, se informa de los alumnos, de sus progresos. Les da una emotiva charla de aliento. Y, sobre todo se detiene, en forma despaciosa, con todos y cada uno de los Hermanos. Les da consejos paternales, disipa las nubecillas que pueden empañar la serenidad de los corazones y el buen entendimiento en cada comunidad.

Visita, luego, al clero parroquial y también, ordinariamente, a las Hermanas de San José de Cluny, que atienden a las niñas. Conversa, igualmente, con el alcalde y con otros personajes del lugar, ya sea porque son amigos, o porque pueden tener influencia en la buena marcha de la escuela.

Cuando estos últimos viven en el campo, se separa de la ruta, al pasar, y los saluda.

Trata de apaciguar y disipar las diferencias que pueden haber surgido entre los Hermanos y las autoridades, eclesiásticas o civiles, con el mismo celo, la misma habilidad que despliega, para lograrlo, dentro de cada comunidad, cuando de ello hay necesidad. Ordinariamente, el éxito corona su empeño. Revisa, con cada Director, la situación económica: las previsiones, las reservas, el sueldo de los Hermanos, retirando los fondos proporcionales, para cubrir los gastos generales de la Provincia y la ayuda que regularmente envía a la Casa-Madre de Ploërmel: allí se forman los futuros

Hermanos y viven los Hermanos ancianos, muchos de ellos antiguos misioneros, como también los que estén reponiéndose de alguna enfermedad.

Hay que decir que, en estas vueltas a la isla, no sólo visita las escuelas, hay otro motivo: el de llevar su sueldo a los Hermanos. El tesoro de la colonia endosa a sólo el nombre del Hermano Arturo los sueldos de todos sus Religiosos. En lugar de enviar a cada escuela la parte que le corresponde, le parece más seguro el llevarlo él mismo. De esta suerte, se encuentra portador, a veces, de sumas considerables, sobre todo, al comienzo de cada gira.

Cuando se piensa que va siempre solo y sin armas, que viaja a menudo, por caminos solitarios, uno se pregunta: ¿cómo no fue nunca asaltado ni desvalijado? Los negros fugitivos, los "marrones", los salteadores, nunca han faltado en la Martinica. Pero, es tan conocido de todos, tan respetado, que el solo pensamiento de detenerlo o atacarlo, nunca ha podido nacer, incluso en el alma del más perverso.

Decíamos que nunca lleva armas. Quizás no sea del todo exacto: ¡Sí! Va armado de **un enorme Rosario**, que recita sin cesar, al caminar. Sólo lo interrumpe cuando encuentra la ocasión de brindar ayuda o hacer algún apostolado.

¿Cómo hace y encara estas visitas? ¿Cómo resiste a la fatiga inherente a las mismas? - La visita de quince a veinte establecimientos exige esfuerzos enormes, desplazamientos interminables, y ello, cada trimestre y ¡durante treinta años! ¿Cuántos días necesita para recorrer la isla, caminando sólo, mañana y tarde? Y si debe desafiar el sol, ¿cómo no queda , en poco tiempo, quemado por el ardor de los rayos de este astro, en su fuerza tropical, con un ardor que, incluso los blancos nacidos en esos países no pueden soportar por largo tiempo, sin peligro de su vida? Tiene unos famosos y eficientes recursos. Veámoslos…

2.- La "Golondrina"

Es el nombre de su cabalgadura: la mula "Golondrina".

Se ha dicho que el hábito es una segunda naturaleza. Este proverbio se verifica y confirma en el Hno. Arturo. Lejos de fatigarse, el viaje a caballo se convierte, en él, como un elemento necesario para su bienestar. Es un alivio para sus otras actividades. Cuando los trabajos de la quinta han dejado molido su cuerpo, o cuando algunas preocupaciones extenúan su cabeza, monta a caballo y sale de viaje, para distraerse de sus fatigas corporales y descargar sus preocupaciones.

Para ello cuenta, durante muchos años, con un cabestro ejemplar: la legendaria mula "Golondrina". Ya le ha prestado eminentes servicios durante la catequización de las habitaciones, antes y después de la emancipación. Y los seguirá prestando luego, por todos los caminos de la Martinica, al servicio del mismo jinete, ahora Director Principal.

Se hace tan famosa que, hasta el mismo Gobernador se interesa por ella:

- *"¿Y qué me dice, Hno. Arturo, de su "Golondrina", ¿cómo está?"*
- *¡Ay, Almirante! Es muy desgraciada.*
- *¿Cómo así?*
- *¡Se muere de vergüenza!*
- *¿De vergüenza?*
- *¡Es la pura verdad!*
- *¿Y por qué?*

- *Contando con el privilegio que usted le había concedido, pastaba tranquilamente y con la conciencia en paz en la pradera vecina a nuestra casa. De repente, y del todo sorprendida, se ve secuestrada por el nuevo comisario de policía que, ignorando, sin duda, que era su protegida, se la lleva, como ladrona, a la cárcel, donde se ha encontrado confundida con toda clase de bestias de la peor calaña. Ha salido honestamente, pagando el rescate por su falta. Ello no obsta a que, desde ese día se vea tan confundida y humillada que no se atreve a levantar ni los ojos ni las orejas".*

Y el Gobernador se pone a reírse hasta desternillarse. El Hno. Arturo le acompaña, haciéndole coro, pues se ríe y se ríe tan y tan de corazón que también en ese terreno se lleva la palma. (Cf. EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Pág 51–52)

Hay que añadir, además, que en sus giras por la isla, camina al paso. De otra suerte, galopando, o incluso, trotando, ni él ni su mula habrían podido resistir: una sola vuelta completa por toda la isla habría sido suficiente para matarlos. Prefería ir lentamente, para poderlo hacer continuamente y por largo tiempo.

3.- El parasol

En cuanto al sol, no le preocupa. Y no porque, como los negros de raza, tenga la piel reforzada por algún pigmento protector; sino porque sabe detener sus rayos ardientes por otro medio. Es nada más ni nada menos que un gigantesco parasol, -verdadera tienda de beduino-, que desbordando ampliamente la persona del caballero, apenas deja ver al sol las orejas y la cola de la montura.

Bajo esta sombrilla grande, verdadera carpa ambulante, con doble o triple forro, queda al abrigo, sea del fuerte calor, sea de los aguaceros y de los chaparrones a jarros del sobrecalentado cielo de las Antillas. Sólo teme los fuertes vientos, las repentinas ráfagas. Cuando un viento impetuoso se arremolina debajo, hay que darle inmediatamente desvío, para impedirlo volar.

Pero, ¿qué brazo puede soportar un peso semejante? ¡Pues no! Está de tal forma instalado que la montura misma lo lleva. El caballero sólo tiene que preocuparse de mantener el equilibrio.

Y este parasol es, en gran parte, obra del mismo Hno. Arturo. Cuando, después de algunos años se viene abajo, de viejo, el Hermano compra el más ancho parasol que encuentra, o incluso, más a menudo, hace construir uno, indicando las dimensiones que desea que tenga. Luego, lo forra y lo vuelve a forrar él mismo, hasta hacerlo impenetrable para todo lo que cae de arriba. El cambio del parasol es, entonces, un acontecimiento.

Capítulo 19

El Retiro anual

Penetrado como está de la mentalidad y de la espiritualidad del Fundador, y siguiendo las indicaciones de la Regla, no descuida nada para procurar a los Hermanos las inestimables ventajas del Retiro anual.

No siempre le es fácil encontrar un predicador, pero da tantos pasos para ello, se preocupa con tanto empeño, que siempre logra hallar uno, el mejor posible. Sólo la epidemia de la fiebre amarilla es una dificultad insuperable. Entonces está prohibido a los Hermanos el reunirse, mientras dure ese mal.

Sin embargo, el Retiro le cuesta caro: son días de fatiga extenuante y se excede en coraje, multiplicándose, para conversar con cada Hermano que lo desee. Escucha con bondad el relato de las pequeñas miserias, imparte sanos consejos, prudentes avisos. Los consuela, los alienta, disipando las dudas y los temores. Es muy raro que alguien salga sin sentirse reconfortado y renovado, después de haber conversado con él.

Recepta también el balance general y las economías de cada casa, por parte de los Directores. Si la administración ha sido buena, si se han hecho ahorros consistentes, prodiga las felicitaciones y los cumplimientos merecidos; de lo contrario, dirige acertadas reconvenciones, en las que la dulzura y la fuerza se complementan mutuamente.

Cada día del Retiro, en un momento determinado de la jornada, o si no ha podido hacerlo antes, absolutamente, a lo largo del día, antes de la oración de la noche, reúne a los Hermanos en la capilla, para explicarles la Regla. Cumple este deber, importante entre todos, con tal destreza, con tanto tacto y delicadeza, con una fecundidad tal de ideas, de apreciaciones e ilustrándolo con los mil hechos que le aporta inmediatamente su portentosa memoria. Y lo hace con un lenguaje tan cortés, tan agudo, tan agradable, tan persuasivo que nadie se cansa de escucharlo, de admirarlo, por más que la conferencia dure, a veces, más de una hora.

Después de haberle oído hablar de la obediencia y de las demás virtudes religiosas, de su absoluta necesidad, de sus ventajas, de la manera de practicarlas, de los medios para conservarlas, es imposible no sentirse llenos de ardor para adquirirlas y comprender que sólo ellas pueden hacer la felicidad del religioso.

Capítulo 20

Al servicio de los enfermos

He aquí uno de los capítulos, una de las tareas que más han suscitado, siempre, la admiración y la veneración hacia el Hno. Arturo, hasta del Fundador. Tuvo su expresión heroica en la fiebre amarilla, del año 1852. Lo vimos más arriba. Pero es algo que nuestro Hermano afronta siempre y a lo que se dedica durante los 53 años que pasa, como misionero, en las Antillas. Y más especialmente y en forma más cercana, siendo Director Principal.

Es muy difícil exponer, en un pantallazo, aunque sea vivo y coloreado, su incomparable abnegación para con los Hermanos enfermos, en esa larga cadena, no interrumpida, de actos de caridad heroica. Ninguna madre ha prodigado nunca, a sus hijos enfermos, más cuidados, más ternura, más abnegación. La llegada del Hno. Arturo a la cabecera de un Hermano enfermo es para éste, la mejor señal de curación.

Tal es el prestigio que se ha ido ganando y la manera de cómo sabe tratar al enfermo, atacado por la epidemia.

Desde que sabe que uno de los suyos está enfermo lo deja todo, corre en su socorro, se pone a su cabecera y no lo deja hasta que no lo ve fuera de peligro. Se hace a la vez, médico, enfermero y comisionista, en la provisión de medicinas. Una gran práctica de los enfermos, un gran espíritu de observación, el trato asiduo con el médico de los Hermanos, practicante eminente y criollo, le han proporcionado conocimientos prodigiosos de medicina y sobre todo, una experiencia consumada en la manera de combatir las fiebres. Pero no es un curandero es, más bien, un médico, y ¡más que un médico!

No se contenta, como los médicos normales, con examinar rápidamente al enfermo y extender, simplemente, una receta. Pone a su lado su propio aposento, él mismo le administra los remedios e incluso, a menudo los elabora y prepara, vigila su acción, cuyos efectos controla, para sacar las conclusiones prácticas: éstas le iluminan sobre la marcha de la enfermedad.

A la medicación interna, añade algo que considera capital en el tratamiento de la fiebre: fricciones continuas sobre todo el cuerpo, administración de tafia alcanforada, con quinina, con limón, etc. Y luego, aceite saturado con las mismas esencias. Y es justamente a estos cuidados externos, renovados sin cesar, a los que debe sus asombrosos éxitos. Pero también hay que decirlo: sus mayores fatigas.

Y todo esto lo prodiga día y noche, tomándose apenas unos pocos ratos de descanso, sobre un colchoncito extendido en el cuarto del enfermo, sin quejarse y sin querer ser remplazado.

Pero no se ocupa sólo de la persona del enfermo: él mismo le hace la cama, barre la habitación, le presta los servicios más íntimos.

Y, cuando hay que ir a la farmacia para traer medicinas, él mismo va a buscarlas, temiendo algún error, si se envía a algún empleado.

Y es, sobre todo, en los tiempos de las terribles epidemias de fiebre amarilla cuando hay que verlo y admirarlo. Parece estar en todos los puntos de la isla a la vez. ¡Tal es su rapidez en los desplazamientos, dirigidos por la marcha caprichosa del azote mortal!

Ni las tinieblas de la noche, ni las lluvias torrenciales, ni las rutas impracticables, ni los largos desplazamientos: ¡nada puede detener el ardor de su caridad para con los enfermos. ¡Cuántas víctimas arrancadas a la muerte! ¡A cuántos jóvenes Hermanos habrá impedido "volar al cielo", como él, agudamente, solía decir! ¡Cuántos siguieron trabajando por largos años cuando, sin él, ya estarían en el descanso eterno! ¡A él le deben las flores que siguieron añadiendo a su corona eterna, desde el día en que los sacó de las garras de la muerte!

Los enfermos tienen tal confianza en él que se creen casi a salvo, desde el momento en que le ven aparecer junto a ellos; y esa creencia rara vez viene a fallar, a menos que el enfermo lleve muy poco tiempo en el país, o que la fiebre, en el enfermo, ya no esté en los comienzos sino en un grado avanzado: esto puede suceder cuando hay muchos enfermos alcanzados a la vez por la peste.

Nada más natural, cuando uno se siente atacado por la fiebre amarilla y conociendo su naturaleza y violencia que dejarse llevar por el temor, la tristeza, las más sombrías penas y una especie de desesperación. A ello se añade la melancolía producida por el alejamiento del país natal, de los padres, etc. Ahora bien, el miedo, la tristeza, la melancolía, la desconfianza de curarse, parecen doblar las fuerzas de la enfermedad, neutralizar el efecto de los remedios y apresurar el desenlace fatal. E incluso más: se dice que el miedo excesivo de atrapar el mal, basta, por sí solo, para atraparlo efectivamente. ¡Es la fuerza de la imaginación sobre el cuerpo, y, sobre todo, sobre nuestros humores!

El Hno. Arturo ha aprendido a conocer, e incluso a dominar a estos peligrosos auxiliares de la enfermedad. Y por eso, cuando persigue a ultranza a ese enemigo capital, - la peste -, en el cuerpo del paciente, trata también de expulsar de su espíritu aquellos funestos aliados. A ello le ayuda maravillosamente su inteligencia rápida y el fondo inagotable de su alegría. Las más pequeñas circunstancias le bastan para hacer estallar, como haces de chispas, sus salidas u ocurrencias espiritosas. Y no es raro ver, entonces, cómo el enfermo se sonríe, olvida su miedo y melancolía y, al fin, ríe de todo corazón.

El tratamiento de la imaginación marcha, así, paralelamente al del cuerpo y el feliz efecto del primero hace reaccionar positivamente al segundo.

A veces, a los enfermos, particularmente a los jóvenes, les repugna tomar ciertos remedios, sobre todo cuando la dosis es fuerte y poco apetitosa. Vencer su resistencia, lograr que tomen los medicamentos, no es una dificultad pequeña. Sin embargo, hay que ganar su voluntad, ayudarles a sobreponerse, ya que no se los puede administrar por la fuerza. Esa es la primera batalla que hay que ganar contra el mal: sin ella, la lucha se hace, incluso, imposible.

En la fiebre amarilla, todo individuo que rehúsa tomar, desde el principio, remedios enérgicos y en dosis elevadas, se condena, por eso solo, a una muerte rápida. El Hno. Arturo lo sabe muy bien. Por ello, es divertido el ver a qué habilidades recurre, con qué

destreza las despliega, qué raudales de elocuencia exhibe, para que el enfermo se decida a dejarse cuidar y se ponga enteramente en sus manos, venciendo sus repugnancias y su asco, hasta llegar a dominarse de tal forma, él mismo, que puede beber, sin darse cuenta, aceite por vino, como San Bernardo.

Sabe hacer resonar y vibrar en su palabra los sentimientos que más conmueven las fibras del corazón y las teclas del alma que más llegan a la conciencia: palabras que se hacen, ora dulces y tiernas, insinuantes o fuertes, serenas o amenazadores, según los casos. Y esos esfuerzos perseverantes transforman, a veces, a los enfermos que pasan de una delicadeza desesperante a verdaderos héroes de obediencia y de mortificación. Armados del signo de la Cruz y del recuerdo de Jesucristo, abrevado de hiel y vinagre, toman sin pestañear y de un solo trago, pociones cuya sola vista, pocos instantes antes les habría revuelto el estómago.

¿Quién podrá decir los tesoros de paciencia que semejantes resultados cuestan al Hno. Arturo? ¡Cuántos, en su lugar, desanimados por resistencias, a menudo irracionales y enconadas, habrían abandonado, gimiendo, estos enfermos, a su debilidad, y por ende, a la muerte!

Capítulo 21

¡Todo para todos¡

La responsabilidad de Director General impone al Hno. Arturo la obligación de llevar la dirección de las escuelas y los Hermanos, acompañar a éstos en su vida religiosa, etc. Pero también, relacionarse con toda clase de personas y de todos los estamentos de la sociedad, niños y ancianos, civiles y eclesiásticos, y por supuesto, colonos y esclavos.

¿Hubo alguna vez un hombre que supiera unir en una armonía tan perfecta la santa gravedad religiosa con la más amable alegría, lo inflexible del derecho y del deber con una complaciente caridad? – Se encontraba tan bien y tan a gusto con los personajes más encumbrados, los más titulados, los más cubiertos de galones y de condecoraciones, que se lo hubiera creído acostumbrado a vivir en semejante sociedad, y de ahí se concluyera, como naturalmente, que debía ser un gentilhombre.

Y esto, hasta tal punto que, en una ocasión, un indiscreto se permitió hacerle una pregunta sobre el particular. Su respuesta fue tan espiritual y tan acertada que, sin herir en nada a la verdad, satisfizo plenamente al sentido de la pregunta, dejando, por otro lado, al interlocutor, la libertad de pensar lo que quisiera sobre el tema.

Los sucesivos Gobernadores que se van sucediendo en la Martinica, durante su largo Directorado, están siempre llenos de atenciones y de estima hacia él. A pesar de la diferencia de sus caracteres, de sus temperamentos, de sus prejuicios de nacimiento o de educación, todos son iguales, para él: buenos, amables, solícitos, sin dejar pasar una ocasión para testimoniarles su afecto.

Y cuando surge una dificultad en la colonia, sobre un punto cualquiera, entre los Hermanos y las autoridades locales, pronto queda arreglado en forma amistosa, entre el Director principal y la administración superior; y, en la mayoría de los casos, en favor de los Hermanos.

También es verdad, y hay que decirlo, que en esta época los Gobernadores son, por lo general, marinos de alta graduación, con un prestigio imponente, revestidos de una real autoridad, fuerte y respetada por todos. No tienen que contar con los caprichos y las exigencias, calculadas más o menos malignamente, de un Consejo General omnipotente. El Gobernador es, entonces, como un virrey en una isla, dependiendo sólo del Poder de la metrópoli, que le deja una gran libertad de iniciativa, como lo pide la buena administración de toda colonia.

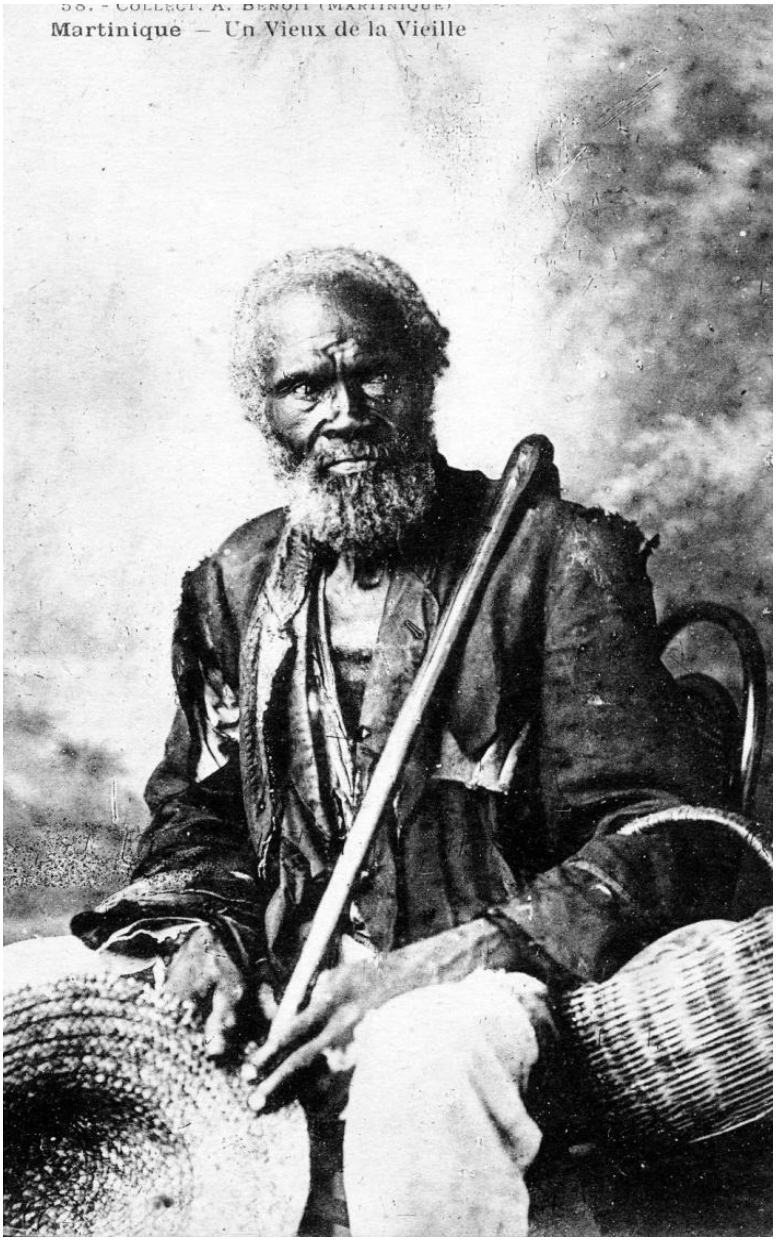
El cambio de Gobernador no le hace perder nada de crédito al Hno. Arturo, que es ya conocido en las altas esferas del Ministerio de la Marina y Colonias. Por otro lado, el Gobernador saliente ve ordinariamente a su sucesor y no deja de recomendárselo. De esta suerte, desde la primera visita que el Hno. Arturo le hace a su llegada, es bien recibido y el nuevo Gobernador, después de una agradable visita en la que encuentra al Hermano, incluso superior a la idea que de él se habían formado, le concede toda su estima, con las mejores promesas de protección para la obra.

Algunos se extrañan de que, no sólo pudiera vivir en paz con el Gobierno, representado, uno después de otro, por hombres a veces tan diferentes, sino también de gozar constantemente de una benevolencia siempre creciente, y por ello le dicen que es un fino político. Y ciertamente que no se equivocan; en efecto, **es un hábil político, pero en el sentido evangélico de la palabra, pues sabe juntar, en un justo equilibrio, la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma,** virtudes reales y sólidas que, proyectadas en gestos exteriores, hacen aceptables y amables las personas.

Todos para todos, sí, pero sobre todo, para los pobres y aún más, para los más pobres, los esclavos. Lo hemos visto largamente. Pero ahora, como Director principal, ¿cuál será el tema? – ¡Llega a jugarse a fondo! Lo vemos…

* * * * * * * * * *

Capítulo 22



Viejo martinicano ¿amigo del Hermano Arturo?

El servidor de los pobres

Hay un momento, sin embargo, en que este buen entendimiento parece comprometido. El Almirante de Gueydon no ve bien que las escuelas primarias municipales sean absolutamente gratuitas para todos. Así, resuelve modificar el sistema, imponiendo a los alumnos que puedan pagar, una contribución, en relación con su edad, y dejando a los intendentes o alcaldes, una gran libertad para conceder admisiones gratuitas a todos los que hagan constatar su indigencia.

Ahora bien, para favorecer la instrucción elemental de un pueblo atrasado, todas las escuelas de los Hermanos son gratuitas desde su fundación; por eso, las clases rebosan de alumnos en todas partes, tanto más cuanto que casi no hay límites de edad para frecuentarlas.

He aquí el razonamiento del gobernador, adelantándose a los partidarios de la escuela libre de pago: es inmoral, en un país donde la esclavitud ya no existe y donde todo el mundo puede encontrar trabajo, que la educación y la instrucción, - los bienes más preciosos de la vida -, se den gratuitamente. Evidentemente es el medio para desvalorizar estos dos inestimables tesoros, a los ojos del pueblo, al mismo tiempo que favorecer la pereza de los padres.

Los padres que aman a sus hijos, con gusto se imponen sacrificios para instruirlos; y cuanto más les cuestan más se interesan por ellos y más se esfuerzan por hacerlos buenos y virtuosos.

Y así nacen, poco a poco, si todavía no existen, - como es el caso de la Martinica -, el espíritu de familia, el amor al trabajo y a la economía, la previsión para el porvenir.

También piensa que tener en clase, gratuitamente, a chicos mayores, - de más de catorce años -, es privar a la agricultura y a la industria, de una multitud de útiles auxiliares, en provecho de la pereza.

Después de haber pensado y madurado su proyecto, el almirante lo redacta en forma de decisión. Pero como esta decisión toca, por un lado bastante delicado a una institución ya vieja, y por otro, la religión puede estar en ello más o menos interesada, quiere antes de hacer efectiva esta decisión, y para tranquilizar su conciencia y dejar a salvo su responsabilidad, consultar a la autoridad eclesiástica y a los dos representantes más competentes de la enseñanza popular: la Superiora principal de las Hermanas y el Hno. Arturo.

El Sr. Gueydonn es un hombre de principios. Es un cristiano de alma. Su proyecto le parece tan justo, tan razonable y tiene, según él, ventajas tan reales que espera verlo aprobado por todos aquellos a quienes quiere consultar. Reúne, pues, en sesión solemne, a su Consejo privado, al que se unen, el Vicario general, representante del Obispo, por entonces en Francia, el Hno. Arturo y la Superiora de las Hermanas.

El almirante expone su proyecto, desarrolla con calor las razones sobre las que se apoya y hace resaltar maravillosamente sus ventajas. Todos los miembros ordinarios de su consejo, están, naturalmente, de acuerdo con el Gobernador. El Vicario general interpelado por su nombre, tampoco encuentra ninguna objeción, o no se atreve a decir lo que piensa; y la Hermana se alinea también, al sentimiento común.

Como el Hno. Arturo guardara silencio, el Gobernador, que sabe que no es por timidez y supone que el proyecto no tiene todas sus simpatías, le pide que explicite francamente todo su pensamiento, al Consejo.

"¿Usted lo desea, almirante?"

"Lo exijo: para eso lo he llamado".

"Pues bien: su proyecto no puedo aprobarlo, mi conciencia se opone a ello".

"Su conciencia. ¿Cree usted, pues, tener, usted solo, más conciencia que la Hermana, que el Vicario general, que yo mismo, que todo el Consejo? ¿Y qué tiene, mi proyecto, de tan alarmante para su conciencia y que escape completamente a la perspicacia general? "

"¡Sí! Pues que si no mata enteramente las escuelas echará, infaliblemente, a la calle, a una multitud de niños que, al no recibir ninguna instrucción, se harán vagabundos , un estorbo. Un peligro tanto mayor para el país, cuanto que, ahora son libres".

"Pero el proyecto no habla de disminuir el número de escolares, no cierra las puertas de las clases a nadie, no expulsa a nadie, ni siquiera a los mayores, puesto que podrán quedarse indefinidamente, pagando diez francos al mes".

"No lo dice, pera nada impedirá que su acción produzca el mismo efecto que si lo estipulara en términos formales. Conozco al pueblo. ¿Cómo quiere usted que gentes que acaban de salir de la esclavitud, cuyas familias que no están aún organizadas, que apenas ganan para no morir de hambre, que no están lo suficientemente ilustradas como para apreciar la instrucción, y cuya primera y más apremiante necesidad es la de vivir? ¿Cómo,- repito -, podrán encontrar en su ignorancia, en su apatía natural, en su profunda miseria, el valor y los recursos necesarios para pagar retribuciones escolares, por mínimas que sean?

En teoría, su proyecto es hermoso y puede justificarse perfectamente en un país menos nuevo. En un pueblo bien constituido tendría, probablemente, las ventajas que usted ve. Pero en la Martinica, tal como yo la conozco, su experiencia será desastrosa: crea a mi vieja experiencia".

"Pero la Hermana Superiora es más antigua que usted en el país, y sin embargo no teme nada de lo que usted parece temer tanto".

"Tanto peor para ella: responderá ante Dios de todos las niñas que, por falta de instrucción religiosa no tomarán la primera Comunión, y vivirán y morirán sin conocer las verdades necesarias para la salvación, si es que ella no retira su responsabilidad, ¡desaprobando el proyecto!

"¡Testarudo bretón!", dice furioso el Gobernador.

"¡Señor Gobernador!, replica el Hno. Arturo. ***Yo soy el servidor de los pobres y de los desgraciados; debo defender hasta la efusión de mi sangre los intereses de mis dueños.*** *Conozco su rectitud de usted, para no poder creer que usted mismo sería el primero en condenarme si obrara de otra manera".*

(Cf. EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 44)

El Consejo se separa. Algunos días más tarde aparece en el "Monitor", - órgano del Gobierno –, la decisión que hace las escuelas de pago. Como en el sufragio universal, la mayoría triunfa, en la nueva ley. Pero los hechos dan plenamente la razón al Hno. Arturo.

Por todas partes, en el campo, el número de los alumnos disminuye en los dos tercios; en las ciudades, la disminución es un poco menor.

El Obispo, a su vuelta de Francia, reprocha al Vicario general el no haber combatido enérgicamente el proyecto del Gobierno, cuyos resultados son evidentes.

"…En las escuelas no tenemos más que un tercio de los alumnos de 1853 (…). Más de los dos tercios de los niños ahora libres están condenados a la ignorancia y a todos los vicios que lleva consigo, porque estos niños no regresan a trabajar en el campo, digan lo que digan, antes bien se acostumbran a una vida de pereza, viviendo como vagabundos; y porque, al dejar las escuelas dejan también el catecismoy la instrucción religiosa". (Carta pastoral del 8 de julio de 1854)

Y, efectivamente, la población escolar cae de 5.806 alumnos en 1853 – 1854, a 2375, en el conjunto de las escuelas de la Martinica. (**E. M**. Friot N.31, 126)

El Vicario general, - o gran Vicario -, que es un óptimo sacerdote, reconoce francamente **su error, pero añadiendo** que ha sido engañado, que no ha podido creer ni prever ni lo que ahora ve con tanto dolor.

Y, habiendo muerto el Obispo, este mismo Vicario es nombrado en su lugar; así se realizan las esperanzas que, por sus excelentes cualidades, se han concebido sobre él.

Es un pastor, un pontífice según el corazón de Dios. Los Hermanos no han tenido nunca, en la Martinica, un amigo más sincero, un protector más abnegado.

Un día, conversando con el Hno. Arturo, sobre las escuelas, el nuevo Obispo le dice que quiere pasar revista de todas las parroquias, para darse una idea del mal que ha producido la supresión de la gratuidad:

"En tal escuela, ¿cuántos alumnos había antes? - 200, Monseñor.

¿Y ahora? –- De 60 a 80.

¿Y en tal otra? – Antes del decreto, 120; después, 50.

Después de la triste enumeración, el Obispo eleva las manos al cielo, sus ojos se llenan de lágrimas y tres dolorosos ¡ay! salen del fondo de su corazón, pensando sin duda en su parte de responsabilidad en este desastre de las escuelas.

A pesar de los negativos resultados del nuevo sistema, el Gobernador no se vuelve atrás: piensa que son debidos a la novedad del sistema y que, con el tiempo sus previsiones se realizarán.

Por ello, a pesar de la cólera de un momento, lejos de enemistarse del Hno. Arturo por su enérgica oposición, a partir de ese día concibe hacia él una estima singular, como si hubiera descubierto, en su franqueza audaz, toda la hermosura y toda la grandeza de su carácter. Le felicita por su valor y por su entrega a su obra.

El Sr. Gueydon es un hombre tenaz: prosigue con su idea hasta el fin. Es un administrador de primer orden, un hombre con iniciativas y de acción, lleno de ideas y de recursos, siempre animado de las mejores intenciones, no tiene en vista más que el interés general del país. Es, además, autoritario en grado sumo, como suelen serlo muchos hombres superiores. No soporta las contradicciones, pero tampoco guarda nunca rencor cuando sabe que lo hace según su conciencia.

Le gusta conversar con el Hermanos Arturo, sobre las necesidades de la colonia y por eso le invita a menudo a sus almuerzos privados. A menudo actúa según sus consejos. En esta época, el nombramiento de los alcaldes o intendentes corresponde al Gobernador. El Sr. Gueydon dice, por ejemplo, al Hno. Arturo:

"He pensado nombrar a fulano de tal, como alcalde de este municipio".

"Almirante, no le hago un cumplimiento por ello".

"¡Ah! , Y, ¿por qué?"

"Usted va a encargar a un lobo para que guarde a mis corderos" (Hermanos, niños, etc.)

"¿A quién, pues, desea que yo ponga? – A fulano de tal".

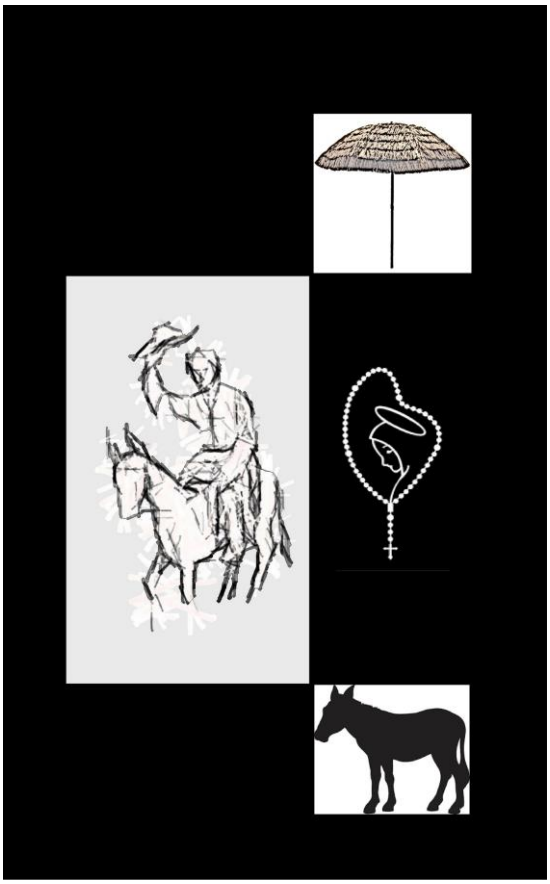
Días más tarde podía leerse en el "Monitor" el nombramiento de este último.

Al obrar así, el Gobernador no abdica en sus obligaciones, sino al contrario: hace un acto de buen administrador, pues sabe que el Hno. Arturo conoce a los colonos mucho mejor que él y que es absolutamente incapaz de engañar.

En esta misma intimidad vivirá el almirante Gueydon con el Hno. el resto del tiempo que pasará en la Martinica. Al dejar la isla, guarda su recuerdo y lo conserva preciosamente. He aquí una prueba:

Siendo prefecto marítimo de Brest, tiempo después, algunos Hermano tienen, a veces, necesidad de verle. Los recibe perfectamente, sin duda en consideración de su viejo amigo de la Martinica, de quien habla como un hombre de ingenio y de corazón, de un verdadero bretón de la vieja roca.

Capítulo 23



Catequista por los caminos

Ya dijimos que la mayor pena que experimenta el Hno. Arturo, al ser nombrado Provincial provisional de los Hermanos de la Martinica, fue la de tener que dejar su misión de catequista, el tener que separarse de sus queridos negros, antes esclavos y ahora hombres libres. El no poder trabajar, directamente en su salvación. Las soluciones que le propusieron no pasaron de ser propuestas de buenos deseos.

Por ello, una vez asumido el cargo, su principal y primer cuidado es el de obtener que se le permita tener sucesores. El Gobierno mismo sale al encuentro de sus deseos: el número de catequistas llega a ser, en aumentos sucesivos, hasta de seis, teniendo cada uno, un caballo a su servicio, proporcionado por el Estado, con una asignación de seiscientos francos por año, para su manutención.

La misión, tan gloriosamente fundada por él, tiene, pues, vida asegurada, tanto más cuanto que, como ya dijimos, es favorecido para ello, sea por el Clero de la isla, cuanto por el poder civil, e incluso por los mismos colonos, que llegan a reconocer su utilidad.

Con el tiempo, estos Hermanos catequistas van afianzándose en su misión y muchos de ellos dejan el nombre y el recuerdo de grandes apóstoles. El prepararlos, ayudarlos y acompañarlos es una de las preocupaciones más cercanas al corazón del Hno. Arturo. Ya lo había hecho, desde los primeros tiempos, en San Pedro. En la habitación Pécoul, donde a veces se hace acompañar por algún Hermano sacrificado, los días jueves y domingos, por la tarde.

Trasladado a Fort-de-France deja encargado de aquel primer campo de apostolado al Hno. Filémon. Lo mismo hace en Fort-de-France. Y cuando llega la libertad y el número de habitaciones que tiene que evangelizar va creciendo, va, igualmente asociando, sucesivamente, a otros Hermanos.

Hecho Director potencia este apostolado y también el número de catequistas, como ya vimos. Algunos pasan a la historia, dejando un gran nombre, sea como misioneros, se como religiosos.

Si ya no puede ejercer el trabajo misionero de catequista por los campos y en las "habitaciones", su **espíritu misienero** como tal sigue intacto y no deja apagarse la llama apostólica que lleva en su corazón; lo sigue ejerciendo, aunque de otra forma: se hace **"misionero de los caminos".**

Ya vimos cómo se traslada de un lugar a otro, en su "Golondrina", armado de un gran Rosario y protegido por un amplio parasol.

Si encuentra que algún negro va en su misma dirección, no deja de hablarle, de entablar con él conversación. Le pregunta, sucesivamente, si piensa en su alma, si reza, si va a Misa, si ha hecho su primera Comunión, si está casado, si ama a la Virgen y a San José. Luego, le hace algunas preguntas del Catecismo, y lo entremezcla todo con reflexiones tan agudas, con salidas tan inesperadas, con chistes tan alegres, que el negro, encantado, sería capaz de acompañarlo hasta el fin del mundo, para gozar de su conversación.

Es así como sabe instruir, uniendo al mismo tiempo, siempre lo agradable y lo útil, a fin de hacer más aceptables las verdades que enseña, para mejor grabarlas en su corazón. Y es así cómo, en ocasiones retoma su antigua misión de catequista.

A fin de ilustrar este su sistema de catequesis peregrinante, no nos resistimos a transcribir una anécdota en su sabor original.

"En la Martinica existe una costumbre que parece singular a primera vista, y que se diría que es un resto de la esclavitud. Antiguamente, toda persona que viajaba a caballo se hacía acompañar por un esclavo. A éste se le permitía que, para seguir de cerca al caballo, pudiera agarrarlo por la cola, lo que le ayudaba en la marcha y podía seguir el

paso de la bestia. La montura, acostumbrada a este original remolque, lejos de asustarse, parecía encontrar en ello un cierto placer de equilibrio.

En virtud de esta costumbre inmemorial y confiriendo a los esclavos un derecho adquirido por todos, la primera cosa que hacía un negro, que encontraba al Hno. Arturo, viajando en el mismo sentido, era agarrar la cola de su animal, la inmortal "Golondrina". El Hermano, complaciente con todo el mundo, sabía también, que tenía que tener cierta compasión con su dulce mula, que tenía ya en las patas innumerables kilómetros.

Y así, no veía con tan buenos ojos el tener que remolcar a un negro. Por ello, no dejaba de advertirle, con un cierto tono de espanto: ¡Ojo, hijo mío! ¡Ten cuidado!

¿Por qué, Hermano Arturo?

Es que mi mula es tan inocente que no puede soportar el que se le acerque alguien en pecado mortal. Examínate bien y mira si en tu conciencia no te reprocha nada. Si eres culpable, mi mula te va a lanzar sus dos pezuñas a la cara. ¡Atención! El negro, así prevenido, la soltaba enseguida.

Entonces, el Hermano, tocaba disimuladamente a su mula en determinado lugar, y de una manera particular, de suerte que la bestia, enseñada a esa maniobra, inmediata y simultáneamente lanzaba una espantosa coz.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... Hermano. ¡Qué suerte el haber soltado la cola de esta mula!'

'¿Lo ves, hijo mío? ¡Ya te lo decía yo! Sin duda que hace mucho tiempo que no has ido a confesarte!...'

Y así sigue la conversación que hemos mencionado más arriba, pero manteniéndose el negro a una distancia respetable y gritando primero: ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! A pesar de ello, qué espiritual se ha hecho esta mula, a fuerza de oír Rosarios..."

(Cf. EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932)

Y esto lo hace el Hno. Arturo lo mismo con un negro que con una negra, pues él no ve más que las almas, todas igualmente preciosas, todas igualmente rescatadas por la sangre de Cristo. E incluso, a veces, en lugar de un solo viajero o viajera, van varios juntos, especialmente si son mujeres. Y, acompañado por ellos, llega a la ciudad.

(Cf. EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 50 – 51)

Capítulo 24

Una preocupación permanente del Hermano Arturo: su propia formación

A pesar de la multiplicidad y lo largo de sus desplazamientos, el Hno. Arturo no está siempre de viaje. Será interesante saber en qué se ocupa cuando se queda en casa.

Ya vimos cómo en sus años jóvenes y hasta en la madurez, olvidándose de sí mismo, asume importantes responsabilidades, sea en el aspecto apostólico como en el comunitario. Además, para dar la oportunidad a los Hermanos más jóvenes de completar su formación y hacer estudios, toma para sí los trabajos más pesados de la comunidad: los que hay que llevar adelante en horarios extraescolares. De esta suerte, poco tiempo le queda para su propia formación.

Pero Dios le ha dado dones naturales extraordinarios: inteligencia aguda, memoria portentosa, imaginación brillante y un trato de gentes por encima de toda ponderación. Ya lo vimos.

Su exquisita sensibilidad, por un lado, y la facilidad y prontitud con que aprende el dialecto criollo por otro, no son ajemos a sus éxitos apostólicos: sabe identificarse con la gente, - sean esclavos o criollos -, percibir sus gustos, dar respuesta a sus preguntas y necesidades. En una palabra: es muy "llegador".

A lo largo de estas páginas, hemos podido comprobar su facilidad en escribir, aunque con limitaciones.

Cuando recibe la responsabilidad de Director Principal de la Martinica ha de ensanchar su horizonte, sea en relación con las autoridades civiles y eclesiásticas, sea en relación con sus Hermanos: los visita, prepara los Retiros anuales, da charlas espirituales, particularmente sobre la Regla y la vida religiosa. Para ello, ¡hay que prepararse! Así lo hace.

Le gusta mucho la lectura, particularmente la relacionada con de la historia de la Iglesia, la vida de los Santos, la historia de las Ordenes religiosas u otros libros de piedad o de ciencias religiosas. Poco tiempo dedica a los diarios, y menos o nada a los escritos puramente profanos o a las obras frívolas. Considera como una pérdida de tiempo el empleado en una lectura que no tenga una finalidad esencialmente práctica y que no se refiera directamente a las necesidades de un religioso, espirituales o apostólicas.

Y entre los libros, prefiere, en modo particular, los de la vida de los Padres del Desierto, de los que posee numerosos volúmenes. Siempre lleva en su bolso el ***"Tratado de la Oración",*** de san Alfonso María de Ligorio: de ese librito tiene una estima extraordinaria y en toda ocasión trata de compartir su sentimiento con los otros. Otro libro que frecuenta se intitula***: "El santo trabajo de las manos***".

Consciente de la importancia de las instrucciones de la catequesis, la prepara a conciencia, aunque disponga de un tiempo limitado. Emplea para ello un grueso libro de teología y espiritualidad de más de 400 páginas que el mismo Fundador aconsejaba a los

Hermanos y del que conservamos varios ejemplares: "**Explicación de las primeras verdades de la religión",** del sacerdote P. Collot**,** citado por el Hno. Arturo en carta al Fundador:

"Durante 11 años sólo he podido estudiar un poco mi Collot .

(**D** 273 – 25 de noviembre de 1852)

Estos libros son sus obras favoritas, no sólo porque son, a la vez, curiosos, instructivos e interesantes, sino porque se armonizan perfectamente con sus gustos naturales. Lleno de la doctrina que de estos libros saca, piensa que el religioso debe saberlo todo, poner las manos en todo, entregarse con alegría a las ocupaciones más ordinarias, más íntimas o más modestas, teniendo cuidado de espiritualizarlas por motivos sobrenaturales.

Por esta razón él mismo hace su cama, barre su habitación, en la que nunca pone los pies ningún empleado; remienda y arregla su ropa, sus zapatos, como también los arneses de su mula y los diversos utensilios y herramientas a su uso. Para ello, posee todos los instrumentos necesarios: de un sastre, de un zapatero, de un talabartero; en fin: de un "**hácelo-todo".** Y como, "herrando, uno se hace herrero", mediante el ejercicio adquiere una cierta habilidad en los diversos oficios. De ello saca buena ventaja y hace economía de tiempo y dinero.

Mientras él mismo o un empleado habría ido a llevar al zapatero remendón, él ya los ha reparado por su cuenta y sin gasto. Y así en otras mil cosas.

A estos trabajos internos y personales hay que añadir los trabajos externos en la quinta o huerta de la comunidad. Durante los grandes calores tropicales del día, el Hermano se ocupa en su habitación. Pero, por la mañana y por la tarde, trabaja en el jardín. Tiene una verdadera pasión por la horticultura en la que sobresale. Y no es que conozca o siga al detalle los preceptos consagrados por este arte, de los que a veces, incluso, se ríe; sino porque obtiene magníficos productos, haciéndolo a su modo, siguiendo sus conocimientos hortícolas personales: los que ya tenía antes de ir a Ploërmel y los que son fruto de las numerosas experiencias que él mismo ha hecho.

En la quinta, como en todas partes, es de una actividad febril, de un ardor infatigable. Trabaja hasta perder el aliento, empapándose de sudor, hasta quedar como una sopa: cava, planta, escarda, riega. Lo hace todo él mismo, hasta cuando llega a la extrema vejez. Proporciona verduras y hortalizas a la mesa de los Hermanos e inclusive, en ciertas épocas vende algo: ello no es una entrada mediocre para la economía de la casa.

Pero, sobre todo, el Hno. Arturo es un hombre práctico. En todo lo que hace busca siempre su utilidad. En cambio, da poca importancia a lo que sea simplemente agradable o de puro recreo y parecería, incluso, despreciarlo. Así que no hay que hablarle de parterres en el jardín, ni de flores, ni de lo que sirve sólo para el placer de los ojos y del olfato

Toma todas las precauciones posibles para alejar a los Hermanos, no sólo de las ocasiones próximas de pecado, sino también hasta de la sombra de las más alejadas. Lo cree una obligación, en su responsabilidad a cargo de almas.

Capítulo 25

La sede del Hermano Director principal: ajuar, vestimenta

Recién nombrado Director general, el Hno. Arturo elige, para sí, en la Casa principal, - situada en San Pedro -, la peor de las habitaciones: un oscuro reducto, en el desván. Como único mobiliario tiene un pequeño mueble plegable que sirve de cama y una especie de grosera caja-fuerte, de madera, para reunir los fondos y colocar determinados documentos más importantes. También, una especie de armario-aparador, dispuesto de tal suerte que, la puerta, abriéndose de arriba hacia abajo, y quedando abierta, por un mecanismo de lo más primitivo, sirva de mesa o escritorio. La misma habitación sirve de taller de costura, de zapatería, de talabartería. Y allí guarda todo lo necesario para el ejercicio de esos diferentes oficios.

Pero, ¿no será eso, acaso, rebajar su dignidad de Director Principal, a los ojos de los Hermanos, y sobre todo, de los extraños, al alojarse tan mezquinamente? Entre el lujo y tal exceso de pobreza, ¿no habrá un justo medio más conveniente, sin herir en nada, ni la humildad, ni el espíritu religioso? - Algunos así lo creerían; sin embargo, se puede decir que este reducto, amueblado tan pobremente, en razón del contraste entre su estado y el rango de quien lo ocupa, tiene el don de edificar, hasta la admiración. ¡Cuántas veces se oyó decir:

"¡Ay! Si todas las grandezas humanas comprendieran la dignidad, ¡cuán dignos serían de su nombre!

(EVERGILDE –MARIE, frère « *Le Frère Arthur* », en « *Au service de l'enfance* », pág. 56)

Pero, si su habitación y su mobiliario son pobres, en cambio, su vestuario es muy rico, no en cuanto a la calidad, sino en cuanto a la cantidad de su contenido. Hereda todo lo que los que regresan a Francia juzgan que no les sirve o ya está demasiado gastado para llevarlo; más la ropa llegada de Bretaña y de la que, a menudo no se pueden servir, a causa del calor, los que la han traído. Su ajuar es un verdadero depósito de ropa, sobre todo vieja.

Más de uno se preguntó si el Hno. Arturo habría usado un solo hábito hecho para él: se viste siempre con los restos de lo de sus Hermanos y de ello hace todavía un buen y largo uso, dado que los remienda y reacomoda varias veces, antes de abandonarlos.

Sus hábitos o vestido no son, pues, nuevos; más bien, y muy a menudo, cosidos y recosidos por él mismo; pero siempre limpios y con buena presentación, excepto la sotana de jardinero; ésta no desmiente el oficio y ocupación de su dueño en ese menester. De esta forma, sin comprar nada para él, su vestuario es siempre completo y hasta la permite hacer una cantidad de regalos.

Capítulo 26

Un corazón sin puertas

La Martinica es un punto de escala para los buques transatlánticos que comunican los países de lengua española, en América del Sur. Por ello, en Fort-de-France hay un vaivén continuo de Religiosos, de todas clases: Sacerdotes, Hermanos, Religiosas.

A menudo, estos pasajeros, teniendo que pasar algún tiempo en la ciudad y encontrándose cansados o enfermos, en la mitad de su viaje a bordo, vienen a pedir un momento de hospitalidad donde los Hermanos. El Hermano Arturo se lo concede siempre, con una cordialidad perfecta. Y ni siquiera espera a que vengan a pedírselo.

Desde le momento en que ve a sacerdotes o religiosos por las calles o en la iglesia se les adelanta y les ofrece la casa. Y todo lo que posee. Y hace el ofrecimiento con tanta gracia que es siempre aceptado con agradecimiento.

Su talante es tal que se encuentra a gusto con todo el mundo y enseguida pone, igualmente, a gusto a todos, estando con él. Se parte en cuatro para servir a sus huéspedes y proporcionarles todo lo que les puede dar gusto. Les hace compañía, charla y se ríe con ellos, de suerte que, enseguida se creen como en familia.

Los acompaña al barco, cuando llega el momento de la partida; y se separa de ellos como con pesar, dejándoles tan encantados. Dicen que, nunca en su vida han encontrado un hombre tan amable.

Más de una vez le acontece el albergar a un enviado de la Santa Sede, a obispos: prefieren ir a su casa, más bien que a la casa parroquial. Por ello es conocido por un gran número de misioneros, sacerdotes o religiosos que trabajan en América del Sur. Es imposible olvidarlo y haberlo visto y haber gozado de los encantos de su conversación y de las atenciones de su cálida amistad.

En estas recepciones olvida su espíritu de economía y quiere que la mesa esté bien servida, aunque siempre, claro está, en conformidad con el espíritu religioso no soporta que alguien pueda escandalizarse a causa de un lujo ridículo de bebidas extraordinarias, de manjares rebuscados, de manjares sin número. Y nunca acepta un óvolo por gastos de hospitalidad, por más instancias que le hagan, a veces, sus huéspedes, para indemnizarlo, especialmente cuando se han quedado por más de un día.

¡Cómo se admira la religión, entonces, y en cuántas ocasiones, al ver al Hno. Arturo ejercer de esta manera la caridad hacia los extranjeros, con quienes sólo le une la misma fe común, a quienes nunca ha visto anteriormente y a quienes nunca volverá a ver! Vienen de todos los países y, a veces, ni siquiera saben hablar francés; y, de ninguna forma han esperado encontrar, en una pobre islita, perdida en el Océano, como una prolongación de su propia familia religiosa y una imagen real de hogar doméstico.

He aquí cómo concluye este relato, el Hno. Evergildo, de quien, lo hemos tomado:

"¡Sí! Qué hermosa es la religión,! ¡Qué admirables son las obras de Dios! ¡Cuán incomparable es la Iglesia de Cristo! ¡Qué bien representa a la Providencia la gran familia cristiana, extendida por todo el mundo! Allá donde sus hijos ponen en práctica los divinos preceptos del Evangelio". (O.c. pág.65)

Capítulo 27

Vacaciones de los Hermanos en Francia

Una de las mayores contrariedades que el Hermano Arturo experimenta es el tener que conceder permiso para volver a Francia en visita de familia. Habiendo sufrido él mismo un proceso personal de adaptación al clima y al ambiente, y llegado a una identificación tal con el pueblo martinicano y sus necesidades, le es muy difícil comprender el porqué de los pedidos de los Hermanos.

En efecto, en sus primeras cartas al Fundador le gusta repetir su deseo vehemente de ver Ploërmel, de abrazar al Padre de la Mennais, de saludar a los Hermanos. Pasa el tiempo y su óptica se orienta y concentra en el mundo en que vive. No entiende, y hasta le reprocha al Hno. Ambrosio su viaje en 1852, y lo mismo en relación con los otros Hermanos.

Siendo Director Principal, ¡cómo le cuesta ver partir a sus Hermanos! Sobre todo, cuando son buenos sujetos, religiosos según su corazón, piadosos y excelentes profesores. Por ello, sólo cede para conceder el viaje "in extremis". A veces, la petición del pasaje debe retrasarse por varios años, Y, ¡oh colmo de contradicción! Cuantos más méritos tiene quien lo solicita, cuanto mejor es y tiene más valores, tanto mayor será la dificultad para conseguir el permiso. Digamos que, en un aspecto, es algo natural, aunque no justo.

Por ello, ¡cuántos tesoros de paciencia hay que usar antes de ser atendido, a menos que el deseo de ver el país natal no venga apoyado por una enfermedad importante! Y, todo esto, ¿por qué? – Ciertamente no es porque el Hno. Arturo no quiera dar gusto a sus Hermanos. - Es que ve que el bien va a quedar suspendido, durante varios meses, pues le es muy difícil, a veces, encontrar quien reemplace a los que van a partir. Y, sobre todo, teme que no regresen.

¿Otra razón? – Como él mismo no experimenta ningún deseo de volver a ver Bretaña, le parece algo raro que todos no sean como él, ni tengan tanta abnegación como la suya.

Pero, de ello resultan inconvenientes: se vio a excelentes Hermanos obligados a recurrir a una cierta violencia para partir, yéndose así, con el alma amargada, dejando a su Director Principal un poco ofendido; y, por consiguiente, sin atreverse a volver. ¡Era

algo muy molesto, bajo varios puntos de vista! Por ello, algunos criticaron, en este aspecto, al Hno. Arturo. Pero, quienes conocían los motivos que le hacían obrar así y las necesidades tan imperiosas y urgentes que dejaban de ser atendidas, lo excusaban, al mismo tiempo que reconocían la necesidad real, - física o moral -, que a veces tenían los Hermanos, de su viaje a Francia, dando razón a su petición. La solución vendría más tarde, al quedar reglamentadas estas visitas, para satisfacción y bien de todos.

Capítulo 28

El Hermano Arturo visita Francia

¡Finalmente, también el Hermano Arturo realiza su viaje a Francia, después de veinticinco años de estadía en la Martinica! Son sus Bodas de Plata como misionero. Pero no lo hace para satisfacer el deseo tan natural de volver a su pueblo natal y la casa paterna, sino para obedecer al Hno. Cipriano, Superior General, y sucesor del Padre Fundador, desde hacía tres años. Sólo por obediencia puede alejarse, por algunos meses, de su hermosa y santa misión: en ella encuentra tanto gusto que olvida todo lo demás: patria, pueblo, familia.

Con gran dolor de corazón se separa de sus Hermanos. Tiene un corazón muy sensible y cariñoso. Encarga al Hno. Lyphard, su sucesor "ad interim", que vele con sumo cuidado por su rebaño, prometiéndole regresar lo antes posible para volver a ocupar su puesto, si la obediencia así lo dispone.

Sale en un barco del Estado, en compañía de tres o cuatro Hermanos, entre ellos, el Hno. Faustiniano. Durante el viaje es la edificación de todos. Se entretiene, sobre todo, con el capellán del barco, P. Pablo, a quien ayuda a Misa. Este capellán es un excelente hombre, tan piadoso como instruido; tan educado como jovial. Por ello, su compañía resulta muy agradable para el Hno. Arturo y contribuye a hacerle corta la travesía. El recuerdo de este buen sacerdote, queda imborrable en el corazón del Hno. Arturo.

Desembarca en Toulon, y de allí se va a Ploërmel, pasando por París. Podrá, pues, decir, luego que ha estado en París: es una vanidad a la que, entonces, algunos dan una gran importancia. Pero él pasa por la "ciudad de las luces" sin ver otra cosa que el hotel donde se queda, la iglesia más vecina y las estaciones del tren: la de llegada y la de salida. La curiosidad por ver las obras, - las obras de los hombres -, no le atrae. Fuera de las obras de Dios, - dice su biógrafo -, no ve nada de grande, nada de hermoso, nada que merezca una mirada".

Pero sí hay algo que le llama fuertemente la atención, a su llegada a la casa Madre de Ploërmel. Y es el ver completamente blancas o del todo calvas, tantas cabezas que había dejado cubiertas de una hermosa cabellera, rubia o negra, en 1839. ¡Qué sorpresa para él, encontrar envejecidos a sus jóvenes amigos de otros tiempos! No se da cuenta que él produce la misma impresión, e incluso más fuerte, en aquellos que le ven.

De todos sus contemporáneos, allí presentes nadie ha encanecido ni envejecido tanto como él; ninguno está tan bronceado, tan ajado como él. Al escuchar esta reflexión, no puede dejar de reírse por esta su distracción, que él llama "una sencillez demasiado fuerte".

En Ploërmel, como en todas partes, tiene el talento de encantar y de edificar a todos, por sus maneras amables y graciosas. En las conversaciones sabe ya sea descender a los espíritus sencillos como colocarse a la altura de los más elevados.

Tiene el secreto de agradar a unos y a otros, y nunca le falta materia para entretenerlos, según la capacidad de cada uno.

Y no es solamente un objeto de admiración para todos, lo es también de curiosidad: en plena canícula se le ve llevar su abrigo y está muy pálido, como alguien que está aterido de frío. Y, en efecto, cuando todo el mundo se queja del calor, su sangre, acostumbrada al sol tropical, tiene dificultad para circular por sus venas: es la doble pobreza, - en calidad y en cantidad -, de una sangre medio cocida, que da ese tinte pálido y anémico: el de un verdadero enfermo.

Pero hay algo que llama la atención más que el abrigo que lleva en verano: ¡Son sus dos hermosas condecoraciones!: excitan la curiosidad general. Bajo la orden expresa del Hno. Superior general ha de llevarlas en ciertas ocasiones solemnes, no para satisfacer su vanidad, sino para procurar a toda su familia religiosa el verse condecorada en uno de sus miembros.

En esa época es muy raro el ver brillar la Cruz de la Legión de Honor en una sotana. Sobre todo, en la sotana de un pobre y oscuro religioso: y esta rareza contribuye a realzar aún más el brillo de su condecoración y a picar vivamente la curiosidad.

El día en que aparece por primera vez con sus condecoraciones no puede dar un paso en el recinto, sin verse rodeado de una multitud de Hermanos de todas las edades, que se disputan el estar lo más cerca posible de él. Le hacen hablar continuamente, quieren saber todo lo que ha visto, todo lo que ha oído, todo lo que ha hecho: lo miran como algo prodigioso, especialmente los jóvenes.

Pero, no le sucede como a algunos que, cerca vistos de lejos, parecen águilas y de no pasan de ser unos gorriones cualesquiera: hay espíritus que brillan, envueltos en una aureola de gran reputación; pero cuando empiezan a hablar se oscurecen y se eclipsan. He ahí una palabra de toque: el Hermano Arturo sale egregiamente de esta prueba, superando, incluso, su reputación. Habla, cuenta sus hazañas en la Martinica, con tal candor y sencillez, con tal encanto y facilidad, con tal acento de verdad y con tanto calor en su natural elocuencia, que los oyentes, - postulantes, novicios, escolásticos, Hermanos...-, interesados hasta el entusiasmo en sus relatos, le hacen violencia para que continúe...¡hasta el agotamiento!, no tanto de su voluntad, pero sí de sus fuerzas.

Y el biógrafo que lo cuenta, añade***: "¡Quién pudiera dar a este pálido y frío análisis de su vida el color y el calor de aquella su palabra!".***

(Cf. EVERGILDE –MARIE, fr. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 70)

Capítulo 29

Peripecias... Visitas

El Hno. Arturo es muy goloso del café: a menudo toma varias tacitas por día, sobre todo de viaje: es siempre un café negro, puro, sin leche, pero muy azucarado. ¿Acaso no es la Martinica el país del azúcar y del café?

Como todos conocen su debilidad, por todas partes se apresuran a prepararle una buena taza de café, cuando aparece. ¡Nunca la rechaza! Por otro lodo, es el único refresco que acepta.

En 1864 el uso del café está todavía prohibido en Ploërmel. No en las Antillas. Nuestro Hermano es un fiel observante de la letra de las Reglas y muy enemigo de singularizarse. Por ello, ni siquiera tiene la idea de pedir una dispensa de la prohibición común. Pero el Reverendo Hermano Superior General, que conoce esa su vieja costumbre y que no ignora cuánto le gustaría su néctar, cree con razón que, por su edad, sus méritos y, sobre todo, la costumbre adquirida con permiso, son razones más que suficientes para hacer una excepción en su favor y le da la orden de ir todos los días a la enfermería a tomar una taza de café.

Va...¡una sola vez! Pronto se dan cuenta de que no usa de aquel privilegio que se le ha "impuesto". Un día, uno de los Hermanos Asistentes le dice en tono de reproche amistoso:

¿Cómo, mi querido Hermano Arturo, usted se atreve a desobedecer al Reverendo Hermano? ¿Cómo no va a tomar, cada mañana, su taza de café? Ahí tiene un buen medio para cumplir fácilmente una práctica de la Regla y satisfacer el gusto por una golosina prohibida. Y, ¿cómo no la aprovecha?"

- *"He ido esta mañana a la enfermería, creyendo encontrar el café, y ¿sabe lo que me han servido? ¡Una excelente "moka", supongo!... "¡Tchololo", pura y llanamente!* (Nombre que en las Antillas dan al café muy aguado). *Por eso, espero tener necesidad de tomar una medicina para volver a la enfermería".*

Y estalla en una carcajada

(Cf. EVERGILDE –MARIE, fr. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 71)

Lamentablemente ya han fallecido los seres más queridos del Hermano Arturo, de su familia religiosa y de su familia natural.

En 1860 fallece el Fundador**, Juan María de la Mennais**. De él conserva preciosamente todas sus cartas. Con el tiempo las entregará todas, para bien de los archivos y de quienes, luego, las íbamos a leer con tanto provecho y agradecimiento.

Tres años después, poco antes de esta su visita, fallece el **Padre Ruault**, al que mucho apreciaba.

Y, años antes, en 1857, había fallecido el **Hno. Ambrosio**, su superior en los tiempos heroicos de las misiones a los esclavos. Como también, en 1860, había muerto

el el **Hno. Jacinto**, otro gran misionero y amigo de la Guadalupe , de su talla. ¡Y tantos otros!

…Todos ellos están enterrados ahí, en el cementerio de la Casa Madre, en Ploërmel. ¡Cuántas horas pasa rezando junto a las tumbas de personas tan queridas! ¡Cuántos Rosarios desgranados por el eterno descanso de personas a quienes ya considera, además, como sus intercesores!

Aunque, si hubiera seguido sus propios gustos, no habría salido de Ploërmel, para complacer a muchos Hermanos que quieren gozar, al menos, de algunas horas de su presencia, se da algunos paseos por Bretaña.

También, para su desgracia, tiempo atrás había fallecido su padre, y, para peor aún, también su hermana acaba de fallecer pocos meses antes de su llegada. Su querida y única hermana, a la que tanto quiere y ama, a quien escribe regularmente. ¡Cuánto ha deseado verla! ¡Cuánto habría disfrutado visitándola! Sólo le quedan, pues, sobrinos y sobrinas, seis en total, nacidos después de su partida hacia las Antillas. Va a verlos, al pueblo que le había visto nacer, al Messac natal… ¡No pasa allí mucho tiempo!

En cambio, sí hace alguna visita que es, para él, un punto de atracción. De entre todos los viajes y peregrinaciones por Bretaña, el más agradable es, sin duda, la ida a Ifgendic, donde había sido colocado solo, hacía veintisiete años. Todavía encuentra al mismo párroco e incluso, ¡increíble!, a uno de los dos antiguos vicarios, teniente-párroco. Queda complacido al saber que uno de sus antiguos alumnos es el alcalde o intendente del municipio. Por ello, es recibido con toda la alegría que se puede imaginar: le hacen una fiesta como si fuera un obispo. Es domingo. Allí pasa todo el día.

En la comida-almuerzo tiene que llevar, él solo, toda la conversación, para relatar los veinticinco últimos años de su vida, pasados en la Martinica, el país del sol y de los negros. No le es difícil: sabemos sus talentos como narrador. Y, ¡cuántas cosas puede contar! Podemos imaginarnos con qué atención y con qué placer es escuchado por todos los convidados . Se habrían quedado escuchándolo hasta el anochecer, para gozar de su conversación, llevada de relatos novedosos y ¡tan curiosos para ellos!

En aquella época, son pocos Hermanos, todavía, los que han estado en las Antillas. Los temas coloniales son poco conocidos. Por otro lado, el Hno. Arturo es un personaje aparte, que ha cumplido una misión, marcada por hechos poco comunes, algunos ¡con tintes épicos!

Cruz de los Misioneros. Ploërmel

Capítulo 30

Regreso a la Martinica

El Hermano Arturo deja Ploërmel para volver a su misión en septiembre de 1864. Lleva consigo a doce jóvenes Hermanos: siete para la Martinica y cinco para la Guadalupe. El Hno. Superior General, los HH. Asistentes, los Novicios y una muchedumbre de Hermanos lo acompañan por la ruta de Vannes largo trecho, hasta donde hoy está la Cruz de los Misioneros: el último punto desde donde se divisa la torre de la capilla de la Casa Madre, construida por el P. Fundador.

Y ya a punto de salir, toma la palabra y dirige al Superior general, a los Hermanos de su Consejo y a todos los de la Casa Madre y a los Novicios, un discurso de adiós tan sentido que todos los corazones quedan profundamente conmovidos: más de una lágrima silenciosa corre, sin duda, por las mejillas.

Durante el viaje por tierra lleva constantemente sus condecoraciones, no para hacerse notar, sino porque comprende que son, para él y para sus jóvenes acompañantes un poderoso salvoconducto que podrá ponerlos al abrigo de ciertos inconvenientes. ¡Hay que ver, en efecto, cómo es objeto, por todas partes, de una viva y respetuosa curiosidad! Nunca se ha visto a un Hermano condecorado, sobre todo con una enorme medalla de oro y con una Cruz.

"¿Qué ha hecho este Hermano, - pregunta la gente -, *para merecer tales señales de distinción? Y fíjense,* - se dicen -, *¡qué rostro venerable, qué reflejos de virtud y santidad aparenta en toda su persona*

Los doce jóvenes compañeros del Hno. Arturo se sienten orgullosos y felices con su irradiación y, en cierto modo la comparten y gozan de los miramientos y atenciones de los que él es objeto por todas partes.

"Pero si todo sonríe a bordo, - añade su biógrafo, el Hno. Evergildo, que es, justamente, uno de los jóvenes Hermanos que lo acompañan - , *gracias a nuestro protector, que lleva la condecoración roja, no es siempre así, por parte del mar, cuyas cóleras caprichosas no reconocen ni pechos condecorados ni cabezas coronadas. Sobre todo, una noche: el mar se pone tan difícil y alborotado que poco falta para hacer perder la chaveta a uno de los jóvenes Hermanos: no había visto nunca en su vida el mar, antes de poner pie en el barco que nos llevaba, el* ***'Tampico'.***

Mientras el viento sopla en las jarcias , los costados del buque gimen bajo los golpes redoblados y estrepitosos de las olas furiosas. Los marineros gritan a grito pelado en el puente, trabajando en las maniobras. Algunos objetos sueltos, pierden el equilibrio, caen, rodando y dando tumbos, horrorosamente.

He aquí a este joven Hermano, presa del terror más espantoso, a causa de toda esa baraúnda, se entrega a las más siniestras reflexiones en su cama agitada.

De repente, dominado completamente por del miedo, grita fuera de sí: '¡Ay, Hermanos! ¡Hagamos pronto un acto de contrición! ¡Estamos perdidos!' Los Hermanos que se encuentran en su cabina tratan de calmarlo, de disipar sus temores, de darle confianza, diciéndole que el alboroto que se oye no es más que el efecto natural de un tiempo algo peor que el habitual y que no hay ningún peligro ¡Nada que hacer!

'La prueba de que les digo la verdad, - replica él -, *es que el Hermano Arturo acaba de entrar repentinamente, y de salir a toda prisa, llevándose un trozo de cuerda, para salvarse nadando'.*

Es necesario absolutamente llamar al Hno. Arturo para calmarlo.

¡Está loco ese Hermano!, pensaría alguno. ¡No, ciertamente! No está loco. Es un joven, alto y robusto y con sano juicio. Pero el espanto, llevado a un cierto grado, puede llegar a suspender, momentáneamente, el ejercicio de la razón, y llegar a divagar por completo. Este es el caso de nuestro joven Hermano. ¡Pobre de él !

Pagará caro este momento de alucinación: se lo recordarán en todo el resto del viaje. "

Y añade el relator del hecho

Dichoso de él, si las bromas no continúan, luego, en la Guadalupe, a la que se dirige.

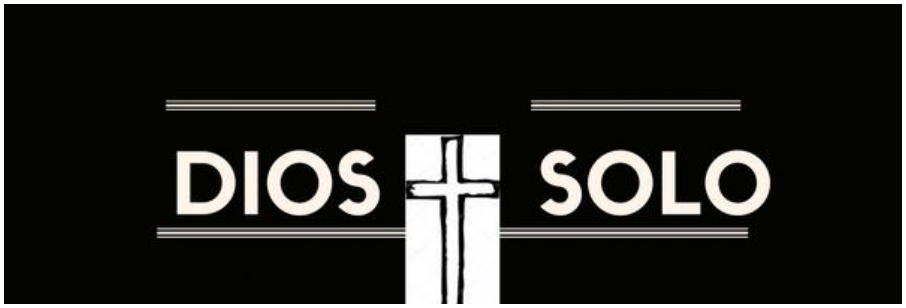
Pero, ¿por qué el Hno. Arturo está aún de pie, cuando sus compañeros ya se han acostado, y qué pretende hacer con el trozo de cuerda que ha ido a sacar a la cabina del atemorizado pasajero? - El Hno. Arturo era un hombre activo, cuidadoso y aseado. Y aprovecha esos momentos para lavar sus pañuelos, sus medias, etc. Y para que se sequen, los tiende en las cuerdas de la cabina; cuando no le ha bastado el día para hacerlo, empleaba una parte de la noche. No es, pues, tan grande el movimiento del barco".

Y el barco prosigue su rumbo hacia las Antillas. Ya al final de la travesía, el Hno. Arturo, que había mostrado hasta entonces una alegría encantadora, se pone muy triste; incluso, en alguna ocasión le sorprenden llorando secretamente.

"Entonces, - comenta el Hno. Evergildo , compañero de viaje-, *le digo a uno de los Hermanos,* - el Hno. Ciro-: *¿Qué le pasará al Hno. Arturo? Parece muy apenado y hasta llora. ¿Le habremos dado, sin saberlo, algún motivo de pena? Vayamos a preguntárselo y presentémosle nuestras excusas, si es que somos culpables. Vamos los dos. Nos sonríe y nos asegura que nuestra conducta sólo le ha proporcionado consuelos; y que, por consiguiente, podemos tener la conciencia tranquila para con él. Su tristeza y su llanto quedan, por entonces, para nosotros, como un profundo misterio.*

Sin duda que le ha parecido prudente no decirnos la causa: quiere que pongamos los pies en la Martinica con el corazón gozoso y la mirada del alma, en un horizonte sin nubes. No éramos capaces, entonces de aliviar su pena, compartiéndola con nosotros".

Más tarde, el misterio se desvela. He aquí cómo. Sabe las dificultades que le esperan en la Martinica. Sabe que nuestras escuelas están amenazadas de perecer irremediablemente. Y es este conocimiento lo que le oprime, cada vez más, a medida que se acerca el término de su viaje". (Cf. Evergilde, o.c. pág. 73 a 75)



Capítulo 31

Una experiencia trágica: las escuelas agrícolas

El sacerdote Guesdon, vicario general y administrador de la diócesis, - privada de obispo desde hacía varios años -, poco satisfecho, aparentemente, en su opinión, de los resultados prácticos de las escuelas cristianas, concibe el proyecto de transformarlas enteramente.

En lugar de limitarse a cultivar exclusivamente la inteligencia y el corazón de los niños, quiere que los Hermanos den la enseñanza teórica y práctica de la agricultura, dentro de los programas de instrucción primaria. Quiere que el tiempo sea compartido a mitad, entre la clase y el trabajo agrícola.

Su objetivo es el de preparar campesinos especializados, dándoles el gusto por el trabajo en el campo, impidiendo que los jóvenes deserten los pueblos para ir a las ciudades. De esa forma, asegura para el porvenir los brazos que faltan, cada vez más, para el cultivo de la tierra.

Por ello, su proyecto encuentra gran aceptación entre los grandes propietarios. En efecto, les ofrece el remedio al mal del que se quejan y que aumenta de día en día, por el abusivo uso de la instrucción: todo negro o mulato que ha aprendido algo, que algo sabe escribir, por poco que sea, desdeña la azada y el machete del campesino.

El Sr. Guesdon, viéndose aplaudido y oyendo que ya le llaman el salvador de la colonia, se apresura a poner por obra su plan, cuanto antes, y por su propia cuenta y gastos. Funda dos escuelas agrícolas y las hace dirigir por sacerdotes.

Pero pronto se da cuenta de que, para llevar adelante tales escuelas hace falta Hermanos y que, para prestar realmente un servicio al país, es necesario que todas las escuelas públicas primarias estén organizadas según el mismo sistema. Y piensa que esas dos condiciones son absolutamente indispensables, para el éxito, para el desarrollo y para la estabilidad de su empresa.

Y para todo ello, necesita **la aquiescencia, el apoyo del Hno. Arturo, Director general de las escuelas.** ¿Qué piensa el Hno. Arturo al respecto? – Años atrás, -en 1853-, poco después de hacerse cargo de esa responsabilidad de Director de la Educación, en la Martinica, también a él le viene sugerida esta idea; la acaricia con cierta ilusión. Se hace, incluso, un pequeño proyecto de establecer una escuela agrícola.

Como no lo tiene tan claro y prevé la necesidad de obtener el apoyo de algún Hermano de Francia, especializado en el tema, pone en conocimiento del Fundador el proyecto. No tarda en contestarle el Fundador, asesorado, por el Hno. Ambrosio, entonces en Ploërmel, como responsable de las Misiones. La respuesta es perentoria:

"Se lo prohibo, de manera expresa: no prometa nada a la administración colonial, *no decida nada sobre este punto, sin que yo lo arregle de antemano con el Ministro. Me reservo este asunto, y si le empujan a ello responda que usted no tiene el derecho de decidirlo.*

Tenga cuidado de no dejarse llevar por su celo, incluso por el bien".

(**JMLM** T II, 8 de febrero de 1853)

La cosa queda zanjada

El Sr. Guesdon queda estupefacto al encontrar al Hno. Arturo absolutamente opuesto a esta su visión de las cosas. Todos sus esfuerzos para vencer esta molesta oposición fracasan completamente, con gran disgusto suyo. Por ello, lo ve partir para Francia con cierta satisfacción. Piensa que quizás no regrese o que puede ser remplazado por otro más tratable. E incluso, se dice que en un momento tuvo la intención de intervenir ante el Superior General para que lo dejara en Francia.

Sea lo que fuere, se aprovecha de su ausencia para recalentar el proyecto, a fin de ejecutarlo en grande y lo antes posible, tal como lo ha concebido. El Director del Interior, que es entusiasta del mismo, emplea para su realización todo el crédito y la autoridad que le da su posición.

Para hacerlo pasar con más probabilidades de éxito, se resuelve someterlo al examen y a la adopción de todos los consejos municipales, compuestos, en su mayoría, en esa época, por blancos, dueños de las habitaciones. Acaricia, pues, la idea de que dichas asambleas voten, por unanimidad, un proyecto tan útil a sus más caros intereses.

Pero, justo en el momento en que el Sr. Guesdon y el Ministro del Interior de la isla creen tocar con la mano el triunfo llega el Hno. Arturo, el más temible adversario de la transformación de las escuelas.

El nuevo Gobernador, llegado a la colonia sólo unos días antes, se había dejado ganar fácilmente por la confianza que, naturalmente, debía inspirarle el autor y los promotores del proyecto. Pero, al salir de Francia había recibido una orden formal del ministerio, instruido, sin duda, por informes pertinentes, para no innovar nada en las escuelas, antes del regreso del Hno. Arturo a la colonia y luego de un acuerdo con él.

El Gobernador, sin el cual, ni el Sr. Guesdon ni el Director pueden hacer nada, espera, pues, con cierta impaciencia al Director Principal de los Hermanos, y se pregunta quién será ese hombre en quien el Ministerio ha demostrado tener tanta confianza. Tampoco el Hno. Arturo tiene menos prisa en ver al Gobernador a quien no conoce. Se da cuenta de que todo depende de él.

Desde la primera entrevista, el gobernador y él se entienden a las mil maravillas y se ponen completamente de acuerdo. El Gobernador, Sr. De Lapelin, oficial superior de la Marina, es bueno, franco, leal, quiere el bien, es enemigo de aventuras. En fin, todo lo que el Hno. Arturo podía desear. Por ello se lo gana fácilmente a su manera de ver, mostrándole, en forma tan clara como el día, el peligro inminente que el nuevo proyecto hace correr a las escuelas y que ni él, ni sus Hermanos, ni quieren ni pueden aceptarlo, porque, en la práctica es absolutamente imposible su viabilidad, fuera de la esclavitud, al menos en la Martinica.

El proyecto ha sido ya sometido a la adopción de los consejos municipales y, vista su situación, la mayoría de los consejos han sido favorables.

Así, pues, si el Gobernador lo condena por su propia iniciativa al llegar al país, cuyas necesidades no puede todavía conocer, es de temer que se levante contra él la opinión pública, la de la clase rica y poderosa.

Para ahorrarle este inconveniente, el Hno. Arturo le pide el permiso de recorrer la colonia, para hacer valer su influencia entre los alcaldes y los miembros más influyentes de las asambleas locales.

"Vaya, - le dice el Gobernador - *y vuelva lo antes posible, trayendo buenas noticias".*

Se pone, pues, en camino, con la "Golondrina", muy contenta ella de haberlo recuperado, después de tan larga ausencia. El Hermano tiene muy buenas relaciones con todos los alcaldes o intendentes. Va a verlos, uno por uno, y se los va ganando, uno detrás de otro.

Su fecunda imaginación le proporciona abundantes argumentos:

"¿Cómo, Sr. Alcalde, usted quiere poner bajo la hoz a niños de 6, 7 u 8 años, cuando la ley Mackau, en los tiempos de la esclavitud, les prohibía hacerlo antes de la edad de catorce años? ¿No ve que es absurdo en grado sumo? Los padres envían a sus hijos para que aprendan a rezar a Dios, a leer, a escribir, a hacer cálculo; luego, a tomar la Comunión, cuando ya saben suficientemente su catecismo. Y nunca los enviarán para aprender a plantar cañas de azúcar. ¿Cree usted, de buena fe que no sean ellos más capaces que mis Hermanos para enseñarles a manejar la hoz y el machete?

Serían unos insensatos si los enviaran a la escuela para adquirir una ciencia que es meramente práctica y que ellos pueden enseñarles mil veces mejor y sin ningún gasto, en su casa. Todas las escuelas quedarán, pues desiertas: perecerán infaliblemente.

¿Y qué va a poner en su lugar? El pueblo quiere instruirse y el Gobierno quiere que se le instruya. Le harán a usted responsable de la ruina de las escuelas: tanto el pueblo como el Gobierno le maldecirán de la misma manera. Le acusarán de volver a la esclavitud, ya que, en la práctica, el proyecto es irrealizable en este momento, fuera de la esclavitud. Y Dios sabe si, como consecuencia de esas acusaciones no puede venir algo más terrible.

Pero, supongamos que, por un imposible los padres sigan enviando sus hijos a estas escuelas así transformadas, ¿podré yo decir a mis Hermanos: 'Arremánguense sus sotanas hasta la cintura, para llevar en adelante, a sus alumnos, a cultivar las cañas y las mandiocas, pues, en lugar de ser profesores, van a ser capataces de nuevo estilo?'

Si yo empleara este lenguaje, con todos los derechos podrían responderme: 'Preferimos mil veces marcharnos antes que cambiar el objetivo de nuestra vocación'. Y se irían enseguida y yo les acompañaría. Así que seríamos reemplazados, pues suponemos que las escuelas seguirían existiendo y siendo frecuentadas. Pero, ¿por quién seríamos remplazados? – Por profesores laicos, volterianos, socialistas, comunistas, que, en lugar del séptimo mandamiento de Dios, enseñarían a sus alumnos que la propiedad es un robo, y que, por consiguiente, los propietarios son unos ladrones; que todo pertenece en común, a todos los miembros de la gran familia humana; que uno puede tomar y apropiarse todo lo que crea conveniente; que el respeto de los bienes ajenos, la justicia, la honradez, el honor…, no son más que necios prejuicios, que sólo los imbéciles tienen en cuenta, etc., etc.

Y cuando la Martinica, Sr. Alcalde, tenga toda una generación de niños educados según estos principios, ¿qué sucederá? ¿Qué llegará a ser el día en que estos niños lleguen a ser hombres? – No será más que un país peligroso.

He ahí, Sr. Alcalde, la alternativa inevitable del nuevo proyecto: la destrucción de las escuelas y la perversión de los niños. Ahora bien, la destrucción de las escuelas puede ocasionar la rebelión del pueblo; y de la perversión de los hijos del pueblo puede derivar la ruina total de la colonia, en un futuro más o menos cercano. Pero, todo hombre que vea claro, que no se contente con puras ilusiones, la utopía que se le propone, no puede tener otros resultados".

Si se piensa en la elocuencia natural del Hno. Arturo, en el tono convencido con el que habla, el calor comunicativo de su palabra, el profundo respeto que inspira a todos, fácilmente se comprenderá el efecto de tal discurso en los ricos colonos, deseosos de conservar, antes que nada, todo lo que poseen. No les gustan las escuelas, a las que miran como un mal. Pero ya que es un mal necesario, mejor es dejarlas en manos de los Hermanos, quienes, al menos enseñan una doctrina sana y atenúan aquellos efectos cuanto pueden.

¡Cuántas veces no se oyó decir a los blancos:

"Queridos Hermanos: Nosotros los queremos y los estimamos; pero detestamos su obra, porque nos lleva a los trabajadores" . (Evergilde, o.c. pág. 79)

El Hermano Arturo libra el mismo combate entre los consejeros más influyentes, a los que, igualmente, convence. E incluso tiene que hacer frente a algunos miembros del clero, que naturalmente han abrazado y patrocinado la idea de su jefe jerárquico.

Cuando regresa, después de haber recorrido toda la isla, para dar cuenta de su gira al Gobernador, el proyecto está muerto y sin esperanzas de poder resucitar. La victoria está ganada y todo el peligro conjurado. El Gobernador queda encantado y felicita calurosamente al Hno. Arturo.

Sin embargo, habiendo pedido el Sr. Guesdon un Hermano para dirigir su escuela agrícola de Santa Ana, se lo concede enseguida, para probarle que no le guarda ningún rencor.

Poco tiempo después hay que trasladar esta escuela a Morne-Rojo y juntar a ella los restos de la de Fonds San Dionisio, que está muriendo. Hay que añadir, entonces, otro Hermano. Este segundo religioso trata de estrechar los lazos de la disciplina, algo relajada. Los alumnos mayores, negros de color, pero aún más de alma, encuentran el medio para vengarse, envenenando a los dos pobres Hermanos. Nunca se supo ni cómo ni por quién.

Lo que sí queda claro en este tenebroso asunto es que los dos desdichados, trasladados de urgencia, llegan enfermos a la Casa principal, para hacerse curar; todos los cuidados son inútiles; vomitan sus entrañas, reducidas a migajas y mueren con un intervalo de tres o cuatro días. Toda la abnegación del Hno. Arturo no puede salvarlos. Todos sus conocimientos médicos fracasan frente a esta enfermedad, lo mismo que la ciencia consumada del doctor Artières, que los atiende.

Se prefiere guardar silencio sobre la naturaleza de esta enfermedad. Los Hermanos han sido envenenados. No es fácil probarlo. Su muerte arrastra la de la escuela.

Tal es el fin de los ensayos del Sr. Guesdon, que le han ocasionado gastos enormes y sinsabores sin cuento.

(Cf. EVERGILDE –MARIE, fr. « *Le Frère Arthur* », en « *Au service de l'enfance* ». 4ª. Serie pág.75-79)

¿Qué decir de todo esto? - El Sr. Guesdon es un santo sacerdote. Administra piadosamente la diócesis de la Martinica durante largos años. El proyecto en sí es excelente: hacer entrar, en los programas de las escuelas primarias la agricultura, la horticultura, etc. Lo que lo hace impracticable no es, pues, la esencia, sino, en primer

lugar, su imposibilidad práctica, en la colonia, en esa época, y probablemente hoy y siempre, a causa del calor excesivo de su clima.

A esta dificultad, ya grande de por sí, hay que añadir la repugnancia muy natural para los padres, apenas salidos de la esclavitud, que se obliga a sus hijos al trabajo de la hoz, hasta hacía poco patrimonio exclusivo de la esclavitud.

Por otra parte, los niños, - sobre todo los más inteligentes - al salir de las escuelas, tienen la tendencia de dejar el campo para amontonarse en los despachos, en los mostradores, en las oficinas, allí donde se vive a la sombra. ¿No será ello un gran peligro para el porvenir del país, una verdadera enfermedad social, contra la que es importante buscar y aplicar un remedio? Y piensa también el P. Guesden que, siendo la misión de los Hermanos el procurar la mayor gloria de Dios, formando a los niños en las virtudes que hacen del hombre un buen cristiano y un ciudadano útil, no va en contra, de ninguna manera, de su vocación, el encargarse de aplicar este remedio y de conjurar, así, el peligro que amenaza a sus alumnos y al país.

Entonces, ¿no se equivoca el Hno. Arturo al combatirlo? – La cosa es complicada porque, si el Sr. Guesdon deplora, con razón, la deserción de los campos y trata de ponerle un remedio, cree encontrarlo en un medio impracticable. El Hno. Arturo, dado su profundo conocimiento del país y estando invenciblemente convencido de que el empleo de este medio, en las escuelas, llegaría a matarlas infaliblemente, debe, en conciencia, oponerse con todas sus fuerzas, incluso en el interés de aquel cuyas ideas combate. Tampoco el P. Guesdon quiere la destrucción de las escuelas cristianas, a las que, en su calidad de sacerdote, y más, como jefe de la diócesis, da la mayor importancia, a pesar de algunos abusos que puedan resultar. La solución al problema habrá que buscarla por otros cauces y de otra forma.

La experiencia, aunque hecha en pequeñas dimensiones y la tragedia en que termina, puede dar la pauta de la catástrofe que habría podido sobrevenir, si la experiencia se hubiera dado a nivel de todas las escuelas primarias de la isla. Sólo la oposición enérgica y victoriosa del Hno. Arturo pudo evitarla.

Capítulo 32

Una nueva rebelión en la Martinica

Hace ya mucho que las escuelas de los Hermanos gozan de una paz profunda, cuando estalla la funesta guerra franco-alemana de 1872. De ella deriva, como consecuencia, nuevamente, la república francesa.

Ciertas cabezas calientes de la zona del campo, en el sur de la Martinica, creyendo que república es sinónimo de independencia, persuaden a sus compatriotas que deben adueñarse del gobierno del País, de la misma forma que los republicanos de Francia lo han hecho al otro lado del Océano.

Estalla una terrible revuelta en la Isla. Comienza con la muerte de un blanco que, según parece, ha cometido la imprudencia de vanagloriarse de haber contribuido a la condena de un negro, siendo juez. En poco tiempo adquiere proporciones muy amenazadoras. Los rebeldes recorren los campos, arrasan y queman las habitaciones de los blancos y ni siquiera respetan siempre las de los hombres de color. El objetivo es adueñarse de todos los colonos y proclamar la independencia. El jefe ya se considera como gobernador.

El Gobernador, alarmado, no teniendo un número suficiente de tropas, llama a los voluntarios, que responden a su llamada. Se unen a los soldados regulares para marchar contra los rebeldes. Pero ello no deja tranquilo al jefe de la colonia. Habiendo sabido la inmensa autoridad moral ejercida por el Hno. Arturo en 1848, con ocasión de los disturbios que precedieron a la emancipación, le da poco menos que la orden de trasladarse al sur y tratar de calmar la revuelta. Sin más lo hace partir.

El Hno. Arturo obedece, a pesar de su avanzada edad y se va a la zona donde están los rebeldes, no sin haber tomado antes todas las precauciones, en relación con su posible muerte próxima. Despliega el mismo celo, el mismo coraje que antaño, pero no tiene el mismo éxito: los tiempos han cambiado y los espíritus todavía más. Ya no son aquellos hombres ingenuos y simples de entonces, - en 1848 - reclamando algo justo y que se les debe, - la emancipación -; sino bandoleros que exigen el libertinaje y todos los abusos de una libertad que ya no les es suficiente.

Sea por azar, sea porque las bandas evitan a propósito encontrarse con él, lo cierto es que no llega a verlos ni hablarles en forma masiva. Después de haber recorrido tres o cuatro municipios, y visitado una multitud de habitaciones e impedido muchos males menores, regresa, convencido de su impotencia para detener la rebelión en conjunto. Están dirigidos por agentes inaccesibles a su celo, y secundada por individuos que, hay que reconocerlo, se valen, incluso de la instrucción recibida, para resistir o escapar a su acción.

La fuerza pública hace, luego, lo que ya no puede hacer la persuasión. La revuelta es aplastada por el pequeño ejército, enviado contra ella. No es fácil decir el número de los rebeldes que encuentran la muerte, alcanzados en los matorrales por los “cazaguerrilleros”.

El jefe de la revuelta y varios de sus cómplices principales son arrestados y fusilados en Fort-de-France. Después, todo vuelve al orden.

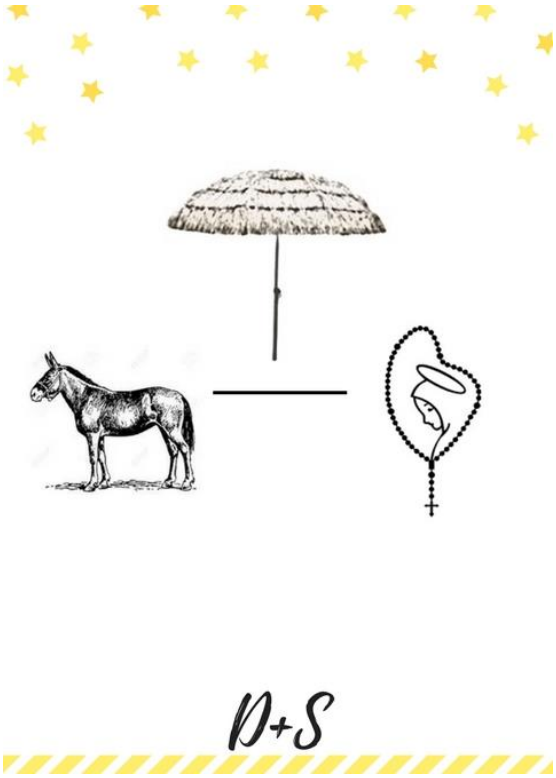
Cuando Francia misma puede respirar y pensar, no sólo en sus asuntos domésticos, sino también en los intereses de sus colonias, escucha favorablemente las justas quejas de la diócesis de la Martinica, privada de obispo desde hace mucho tiempo. El Gobierno propone a Mons. Fave como obispo de la isla. Y es en esta ocasión, cuando el bueno de Pío IX, recibiendo en audiencia privada a un sacerdote de la Martinica, el P. Cudennec, más tarde vicario general, escuchándole complacido la alegría de la colonia, por poseer, finalmente, un pastor, dice sonriendo:

"Pues bien, hijo mío, ¡Viva la república!, ya que se ha mostrado más cuidadosa de vuestros intereses que el Imperio".

(Cf. EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 82 – 83)

Y parece que el Consejo General de la isla comparte, por un momento, las buenas disposiciones de la metrópoli, en relación con las escuelas. Primero, votando la gratuidad completa, cosa que restablece la situación anterior a la ley Gueydon. Lo vimos más arriba. Así, pues, el número de alumnos aumenta considerablemente en todas partes. Luego, eleva la plantilla del personal de enseñanza, proporcionalmente al aumento de trabajo, por el gran número de escolares, y la fundación de nuevas escuelas, hasta en las menores aldeas, donde haya un sacerdote.

El Hno. Arturo, que había visto con gran pena la caída del Imperio, está, también él, tentado a gritar, con Pío IX: "¡Viva la República!", tanto más cuanto que, hasta el sueldo de los Hermanos viene, igualmente aumentado. Pero, ¡ay!, todo eso no va a durar mucho tiempo.



Capítulo 33

Supresión de los Hermanos Catequistas

Un día, en una sesión del Consejo General de la isla, un miembro de la misma, hablando, sin duda, en nombre de todos, luego de un acuerdo preliminar, se levanta y habla así:

"¿Quién de nosotros no ha encontrado a un hombre, vestido todo de negro, recorriendo a caballo, nuestros campos, hasta en los lugares más solitarios, ejerciendo en nombre y por cuenta de no sé qué autoridad, así llamada civilizadora, entre nuestra población rural?

Pues bien, yo digo que tal misión es una acusación contra nosotros, una vergüenza para nuestros compatriotas, quienes son tratados como salvajes, y que hay que abolir inmediatamente. Sólo sobrevive con nuestros dineros y trabaja contra nosotros. ¡Suprimámosles los víveres y los caballos y caerá por sí misma! Es una mancha para nuestra civilización y esta mancha hay que borrarla.

Nuestro siglo de luces no puede soportar los usos y costumbres de los siglos bárbaros. Yo entiendo a un Hermano en clase, pero no lo entiendo a caballo".

(EVERGILDE –MARIE, frère « *Le Frère Arthur* », en « *Au service de l'enfance* ». 4ª. Serie pág. 83)

Y la abolición de los Catequistas es votada por unanimidad.

Este voto tan masónico es un trueno para el Hno. Arturo: lo golpea en su lado más sensible, al golpear a muerte la hermosa misión que él mismo había fundado y que había producido tantos frutos de salvación en la Martinica; y que aún hacía tanto bien, a pesar de las dificultades crecientes y que había gozado siempre y seguía gozando todavía, de su predilección. Su dolor es inmenso; siniestros pensamientos se elevan en su alma: el porvenir le parece, en el horizonte, cargado de tormentas. Y la advertencia que la masonería acaba de darle, es, en efecto, muy significativa.

Hubo en la Martinica 23 catequistras, al menos. Y desarrollaron su apostolado en diez municipios. Dejaron sus caballos y se fueron, unos a las clases, otros dejaron la colonia. Entre éstos, el Hno. Juan Pedro fue el prototipo de misionero de los campos: hizo un bien incalculable, durante los largos años de su apostolado activo. De todos los sucesores del Hno. Arturo, como catequista, era el más perfecto, ya lo dijimos, el que más se asemejaba al modelo del fundador de esa misión, en esta colonia.

El triste orador que afirma que él entiende a un Hermano en clase, en realidad, tampoco ahí lo entiende, para nada. Y concluye el Hermano Evergildo su relato:

"No lo comprende ni en la Martinica, ni en Francia, ni en el mundo, ni en el siglo XIX ... Pronto se verá..." (Evergilde-M. fr, o.c. pág. 84)

Capítulo 34

Laicización de las escuelas

Han pasado más de cuarenta años desde la llegada del Hno. Arturo a las Antillas: como educador cristiano y creador de escuelas, catequista de adultos en el catecismo de tarde, evangelizador de los esclavos, primero a título personal, luego como catequista oficial, sea de los esclavos como, luego, de los hombres libres. Finalmente, como Director principal durante treinta años.

Ve con satisfacción a los antiguos esclavos hechos hombres con iniciativa, ocupando puestos relevantes en las diversas esferas socialses. Asiste radiante a las fiestas de la Iglesia, en las que participan, apretujados, sus antiguos neófitos. Nada le alegre tanto como participar en las Comuniones pascuales donde, entre los convidados a la Mesa del Señor, reconoce a tantos de sus antiguos catequizandos.

Blanco su pelo por los años, pero siempre con corazón joven y con ardor para emprender nuevas empresas. Tiene motivos para considerarse satisfecho. Pero la realidad ofrece otras facetas. Nuestro Hermano ya lo ha previsto. Teme por el futuro de la misión. De ello dio una muestra en su viaje de regreso de la visita a Francia. Veamos el desenlace.

1.- Hacia la liquidación de la escuela cristiana

En efecto, poco tiempo después de la supresión y destrucción de la misión de los Hermanos Catequistas, tan querida por el Hno. Arturo, el Consejo general de la Isla, en una primera sesión, vota, en principio, la laicización de todas las escuelas públicas. No se fija un término a la aplicación del voto, porque las logias masónicas no poseen todavía el contingente necesario de instrumentos fieles y dóciles, destinados a recoger la sublime y santa herencia de los Hermanos; y también, porque se juzga prudente el preparar gradualmente la opinión pública al cambio decidido.

Pero si la época en que debería comenzar la laicización se deja a propósito sin definir, el modo que como deberá realizarse queda determinado con precisión. Habrá que proceder por etapas, a medida que haya docentes laicos bien preparados; y transformar, en primer lugar, las escuelas más importantes.

Será, pues, la muerte lenta y gradual, de la obra de los Hermanos, una obra que han ido creando con tantas penas y que han sostenido y desarrollado con tanta abnegación: la han regado con sus sudores, durante casi medio siglo. Una obra por la cual la Martinica está al mismo nivel intelectual de cualquier departamento de Francia.

Y la mayor parte de los mismos Consejeros que decretan esta horrorosa muerte, deben, justamente, a esa institución, en todo o en parte, la instrucción que poseen. ¿Qué calificativo dar a esta conducta? ¿Acaso la palabra ingratitud, - dice el mencionado historiador, Evergildo -, no viene a la memoria?

Al comunicar esta decisión al Hno. Arturo, el Director del Interior de la Isla, Sr. Sainte Luce, añade unas palabras que, si por un lado, son un intento de cubrir de flores la tumba de la educación cristiana, por otro, muestran lo que ha sido la labor de los Hermanos desde hace 42 años:

"Si la Administración de la Martinica se decide hoy a dejar de lado a quienes han prodigado por largos años los beneficios de la instrucción a nuestras poblaciones de las ciudades y de los campos, tiene el deber de comunicarle a usted, Hermano Superior, cuánto ha sabido apreciar la abnegación inalterable, el espíritu de sacrificio y la dedicación que han distinguido siempre a los Educadores congregacionistas, entre nosotros. Al rendir, en este punto, el homenaje que les es debido a sus buenos Hermanos, se asocia de corazón a los pesares unánimes con los que la población agradecida acompaña su partida" (Ménologe, I pág. 66 . 67)

2.- Enfrentando la tormenta

Y es entonces cuando el Hno. Arturo lanza una famosa carta al Gobernador, anunciándole que, al fin del año escolar, - que ya toca a su término -, entrega todas las escuelas y deja la colonia, con todos sus Hermanos.

Esta carta, publicada en todos los diarios, causa una gran sensación en todo el país. Provoca, entre el periódico católico y la hoja sectaria, una larga y virulenta polémica. El Consejo general, que no se lo esperaba mínimamente, queda desconcertado. No está preparado para reemplazar a los Hermanos, y se da cuenta de las maldiciones que le valdrá el cierre inmediato y una larga suspensión de todas las escuelas.

No sabiendo qué hacer, frente a la decisión del Hno. Arturo, delega enseguida a su presidente, ante el ministro de la Marina y el de la Instrucción pública, en Francia, para que le proporcionen, sin más, una escuadra completa de maestros laicos, capaces de recoger la pesada sucesión de los Hermanos de la Martinica.

Los ministros acogen favorablemente al joven Presidente de la asamblea colonial. Pero se encuentran tan desconcertados como él. Buscan con cuidado. A pesar de su celo, y su crédito, no pueden encontrar más que un revoltijo muy insignificante de desechos, que piden, para atravesar los mares y afrontar la fiebre amarilla de las Antillas, unos sueldos desorbitantes. De tal forma que se ven obligados a reconocer la imposibilidad que en ese momento se encuentran para sustituir a los Hermanos.

¿Cómo hacer? – El ministro de la Marina emplaza, entonces a Ploërmel, para que desapruebe la carta del Hno. Arturo, bajo pena de perder las escuelas de todas las otras colonias. A su vez Ploërmel se dice: ¿Qué hacer? - La deliberación no puede ser larga y no lo es: entre el sacrificio del todo o el de una parte, la elección no es dudosa.

El Ministro, en base a la promesa de Ploërmel, de mantener a los Hermanos en las escuelas de la Martinica hasta nueva orden, telefonea enseguida al gobernador diciendo que "los Hermanos quedan en sus puestos".

Este despacho, mal comprendido por el pueblo, - que se imagina que el ministro anula el decreto del Consejo general de laicizar las escuelas -, da lugar, en Fort-de-France, a una gran manifestación. Una gran masa de gente, sobre todo mujeres, va donde los Hermanos para aplaudirles y felicitarles por la decisión ministerial y para

decirles que la ciudad entera, el país al completo, es feliz, al ver que se quedan para la educación de la juventud , o más bien, de los niños.

De la casa de los Hermanos, la muchedumbre se precipita, con gritos y gestos amenazadores, bajo las ventanas de la casa de un consejero general, que es considerado como uno de los más rabiosos laicistas. Le obligan a salir, a poner la bandera, como testimonio de su participación en la alegría común, causada por el despache del ministro. Rabia de despecho, pero tiene que hacerlo para evitar alguna desgracia.

¡Ay! La alegría popular, fundada en un malentendido, dura poco…

3.- Entretelones de un golpe frustrado

Antes de pasar adelante, podríamos preguntarnos: **"¿Qué mueve al Hno. Arturo a tomar la grave determinación decisión de abandonar las escuelas definitivamente y dejar la colonia, con todos sus Hermanos, en un breve plazo y anunciarlo al Gobernador de la Martinica, en carta oficial?**

Sabemos la causa: **la laicización de sus escuelas, votada en principio por el Consejo general de la isla**. Laicización que supone el traspaso de las escuelas a maestros laicos, quedándose ellos en la calle.

Esta carta es muy publicitada. Causa mucha agitación en el país y enciende la cólera del Consejo general, que no se espera nada parecido del Hno. Arturo. Ello puede agravar, incluso, aquella determinación.

Los consejeros generales, que conocen la mansedumbre del Hermano, su humildad profunda, su espíritu generoso, su resignación y, sobre todo, su reserva, no pueden comprender un acto tan enérgico, una reprobación tan brusca, tan clamorosa, tan radical de su voto. Por otra parte, lo han suavizado cuanto les ha sido posible, haciendo creer a los Hermanos que podrán permanecer largo tiempo en la isla, al menos en ciertos municipios.

Se imaginan que una vaga esperanza de no perderlo todo de repente bastará para que el venerable anciano no abandone espontáneamente una misión a la que está apegado, que le ha costado tanto**… ¿Cómo podrá dejar, así nomás, esta su segunda patria, que le es más querida, quizás, y más cercana a su corazón que la primera, a la que ha renunciado por Dios?**

Por todo ello, piensan que no ha obrado por su propia cuenta; ni ha recibido órdenes de sus Superiores de Francia, lo que aumenta sus temores, haciéndoles creer que ejecutará su amenaza y que, en fin, partirá como dice.

Mientras tanto, buscan, en la colonia misma las influencias que lo ha presionado. Las encuentran enseguida.

Se trata del **Gobernador, Almirante Aube y del Vicario general, el P. Bosse, administrador de la diócesis,** durante la ausencia del Obispo, que está, en este momento, en Francia. Los dos, puestos de acuerdo, **han forzado al Hno. Arturo para que publique aquella carta**.

¿Su objetivo? Aprovechar la imposibilidad en que se encuentra el Consejo general para poder reemplazar inmediatamente a los Hermanos, y así, obligar al ministerio a hacer un contrato que ligue a la colonia con los Hermanos por un tiempo determinado, varios años. Pasará un tiempo para que se calme la fiebre de la laicización e incluso se pase.

Para obtener semejante contrato creen contar con el ministro, Almirante Cloué, que conoce bien la Martinica, por haber sido gobernador recientemente, y siempre atento con los Hermanos. En cambio, siempre anduvo a la greña y a los ponchazos con el Consejo general.

Creen, pues, el Gobernador y el Vicario general, que aprovechará la ocasión para hacerles una jugada a los adversarios de la víspera, ahora subordinados suyos, y para embridar, por mucho tiempo, su fiebre de laicización.

Habrían hecho creer al Hno. Arturo que ése es el único camino de salvación para sus escuelas y le persuaden de que hay que actuar prontamente: el éxito depende, en gran parte, de esa rapidez en el actuar. Hay que jugar con la sorpresa y sacar adelante el tratado salvador y casi sin que el Consejo General lo sepa.

El Hno. Arturo, obsesionado por las razones y el peso de estas dos grandes autoridades, que sabe que son del todo partidarias y sacrificadas por su obra, consulta, sin embargo, a su Consejo provincial, antes de decidirse, para poner a cubierto su responsabilidad. Todos sus consejeros están de acuerdo en que hay que seguir el camino indicado por el Gobernador y el Vicario General, P. Gosse, aunque sin mucha confianza, por otro lado, en el éxito del expediente.

Piensan, en efecto, - estando las cosas como están –, que el ministerio no se atreverá nunca a atar a la colonia, contra su voluntad y que, probablemente, ni siquiera podría hacerlo. Y que el Consejo, habiendo sido desafiado, no cederá por nada, aunque la instrucción pública tenga que perecer para siempre, en la Martinica. Con todo, ese jugar a doble o nada, les parece justificado, dado que, por otro lado, todo parece perdido. No tardan mucho en saber que el intento ha fracasado.

El almirante Cloué, de quien el Gobernador se cree seguro y a quien ha dirigido un despache perentorio, ya no es el mismo, desde que tiene una cartera ministerial. Su energía, su firmeza de tiempos aún recientes, se ha transformado de repente, en una gran reserva hacia un omnipotente Consejo general, a cuyo Presidente recibe de manera perfecta, cundo llega a Francia, delegado por aquél, para reclamar maestros. Y, en lugar de prestar su ayuda, para proteger a los Hermanos de la Martinica, no hace nada mejor que amenazar a Ploërmel, si no desaprueba al Hno. Arturo.

Al conocer su actitud, el gobernador Aube no sale de su asombro**: "¡Ay!**,-dice-. **Ya no se puede contar con nadie"**.

Merced a esta debilidad ministerial, los enemigos de la escuela cristiana triunfan en toda la línea y las escuelas de los Hermanos van muriendo gradualmente, como el Consejo general ha decretado. La carta sensacional sólo sirvió para apresurar un poco su muerte.

Esta carta, que algunos ha podido condenar, incluso con alguna apariencia de razón, en realidad no fue fruto de la iniciativa del Hno. Arturo: le fue arrancada más bien que publicada por él. **Nunca, por su propia iniciativa, habría tenido el valor de decir que dejaba sus escuelas. Para salir de ellas, más bien habría esperado que**

vinieran a agarrarle por el cuello, a ejemplo de los religiosos expulsados de sus propios países.

Creemos que las anteriores explicaciones justificarían el reproche, - si alguno se lo hiciera -, de haber sobrepasado sus poderes, al tomar las anteriores decisiones. En todo caso, explicitó ampliamente todo lo actuado en carta al Superior general y la respuesta de éste, y las decisiones tomadas, en realidad fueron un alivio para nuestro Hermano.

No es nuestro cometido el examinar los varios extremos de este asunto, ni la misma decisión tomada por la Administración General de la Congregación, cosas que superan la finalidad de nuestro estudio.

4.- El ocaso de una escuela de misión

Pronto se ve llegar a la colonia una especie de inspector de la Academia, a pedido del Consejo general de la isla: está encargado de poner en juego todos los resortes de su habilidad para encontrar a los Hermanos en falta: quieren desacreditarlos, mancharlos, para tener el derecho de echarlos.

Emplea no sé cuántos días para visitar la escuela de Fort-de-France, pasando y volviendo a pasar continuamente por las clases, para tratar de encontrar algo comprometedor.

Pero, ¡qué cosa más consoladora!: Sobre 600 alumnos, sólo encuentra a uno que se ha dejado comprar. Todos los demás muestran una fidelidad admirable hacia los Hermanos, un apego verdaderamente valeroso:

"¡Desgraciado!, - dice una madre a su hijo ***-, si tienes la torpeza de decir al 'Señor de la Academia' una sola palabra que comprometa a los Hermanos. ¡Te aplasto!".***

La dueña del "Gran Hotel", habiendo sabido que el inspector ha intentado arrancar de su hijo, alumno de los Hermanos, algunas acusaciones, le despacha de su casa y le da a entender que debe ir a alojarse a otra parte.

Al fin, se reconoce fracasado en su cometido, en Fort-de-France, donde el Hno. Arturo le ha seguido a uña de caballo. E incluso, se ve forzado por algunos incidentes que le complican, a hacer una retractación pública en favor de los Hermanos, en pleno salón de actos, antes de abandonar definitivamente el establecimiento, y a reconocer que no hace otra cosas que obedecer, al obrar como obra.

Tiene razón: hay órdenes y órdenes. Poco tiempo antes, el Sr. Trillard, Director del Interior, había hecho esta valoración del colegio de Fort-de-France y de su superior:

"Independientemente del celo, de la abnegación y de la caridad que se encuentran siempre en los Hermanos de Ploërmel, el Hno. Emiliano Francisco posee cualidades preciosas, como jefe del Instituto. Es instruido y posee una aptitud muy particular para la enseñanza. ***La escuela de Fort-de-Francia ha llegado a ser, bajo su dirección, un establecimiento modelo".*** (Ménologe, t. I, pág. 858)

De Fort-de-France pasa a San Pedro, donde las dos escuelas allí existentes acaban de ser reunidas en el mismo establecimiento. Visita y vuelve a visitar las clases, obliga a

dar la clase delante de él, habla a los alumnos con una elocuencia verdaderamente académica, pone en ridículo, ante los alumnos más adelantados, un tema bíblico sobre el paso del Mar Rojo, por los hebreos.

Al fin, con la ayuda de un mal alumno, logra llevar al tribunal, a dos de los más santos de la Martinica, los Hermanos Buenaventura y Namasio. El desgraciado niño había tenido la mala suerte de recibir un golpe con la "señal" o chasca, destinado a la mesa. Pronto se produce una queja del padre, también él cómplice. La queja es apoyada por el inspector. Interviene la justicia.

A pesar de la elocuentísima defensa del abogado Basiège, cristiano muy ferviente, el Hno. Namasio es condenado a un día de prisión. El condenado apela la sentencia y poco después es absuelto en Fort-de-France.

En fin, el inspector, abucheado, avergonzado, se ve obligado a pedir protección, frente a la indignación de la que es objeto. Dando lástima, se vuelve allí de donde ha venido, habiendo fracasado completamente en su triste misión. Por otro lado, apenas hay ya necesidad de sus servicios: comienzan a estar preparados para la laicización.

Se comienza por la escuela de Fort-de-France. Se continúa por la de San Pedro, y pronto es un hecho en todas las escuelas públicas de varones. Las escuelas de las Hermanas no tardan en seguir la misma suerte.

El Consejo general de la Martinica, teniendo conciencia de la triste medida tomada, y sintiendo el peso de la aplastante ingratitud que sobre él gravita, rinde un público homenaje a la abnegación de los Hermanos, en una de las sesiones solemnes, por la boca de dos a tres de sus más elocuentes oradores. Así muestran quizás, no remordimiento, pero sí una cierta vergüenza, por su conducta hacia sus antiguos maestros. Quieren aliviarla un poco, cubriéndoles de flores en su partida. Pero, para justificar su accionar, necesitan decir que la enseñanza de los Hermanos, preciosa y suficiente en otros tiempos, ya no está en armonía con las nuevas necesidades del país.

Y no se contentan con cubrir de flores a los Hermanos, al mismo tiempo que los decapitan, también votan, por unanimidad, una pensión vitalicia de 4.000 francos por año, al Hno. Arturo. Y es, justamente, en un discurso pronunciado con ocasión de este voto, cuando el diputado Déproge pronuncia estas palabras:

"Yo no he conocido nunca, en mi vida, un hombre más amable y más digno de estima, que el Hermano Arturo..."

(EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 90)

... Pero lo expulsan.

El Hno. Arturo responde a la carta por la que el Gobernador le notifica el voto del Consejo en su favor, diciendo que rehúsa absolutamente cualquier don de la colonia, porque no tiene ninguna necesidad de él: sus bienes de familia y la caridad de su Congregación son más que suficientes para ayudarle a vivir los pocos días que le quedan por pasar aún en esta triste tierra.

¡Un noble gesto por su parte! Así corrobora dignamente su glorioso pasado.

5.- El precio de una expulsión

Es el año 1882, el de la expulsión. El Hno. Arturo tiene 72 años. Lleva 42 en las Antillas y dos menos en la Martinica. Vive otros diez más.

Su decidido y noble rechazo vale, pues, 40.000 francos para el erario colonial. ¡Pobre erario! ¡Cuánta necesidad tiene de ese ahorro! Para cubrir las exigencias de la ansiedad devoradora del cuerpolaico de enseñantes, pegado al flanco de la colonia como inmenso pulpo! El tercio del presupuesto total de la colonia puede apenas colmar, cada año, el pozo sin fondo de la enseñanza pública.

Y, sin embargo, disminuye notablemente el número de niños que asisten a las escuelas, en relación con el tiempo de los Hermanos.
Y, ¿crece el nivel medio de la instrucción? Es una pregunta que se hacen, poco después, en la isla. Ello, en relación con la enseñanza así llamada profana, pues la instrucción religiosa que los Hermanos daban dejó de existir por completo.

¿Y para remplazar al Hno. Arturo? – Hubo que poner a un vice-Rector, con un sueldo de 18.000m francos, un vice-Rectorado, con oficinas y escribientes, con un alto costo; un inspector primario, con nueve a diez mil francos de sueldo. A ellos viene a unirse un inspector general de Francia, con unos honorario enormes y los respectivos viajes pagos, para vigilar a aquéllos.

¡Cuánta gente! ¡Cuánto dinero! Todo, para hacer el trabajo del Hno. Arturo, ¿y es seguro que lo hacen mejor?

Y, la obra de laicización, ¿ha respondido a las promesas hechas en su nombre? – No mucho tiempo después de la fecha de laicización, he aquí lo que comenta una diario local:

"(La instrucción) Cuesta demasiado cara; las personas instruidas son cada vez más numerosas y molestas: todas quieren vivir de la pluma: los funcionarios son una plaga para la sociedad colonial. Las profesiones que exigen esfuerzos musculares o que parecen más bajas se las deja de lado. El malestar, la miseria..., aumentan. ***La criminalidad ve subir cada día su termómetro. El respeto a la persona y a la propiedad, disminuyen, etc., etc.****"* (Evergilde, o.c. pág.91)

Y esto, hasta tal punto que, en el año 1892, - año de la muerte del Hno. Arturo -. El Diario de los Masones se ve obligado a publicar, en fecha del 23 de septiembre, un artículo, exaltado, con lirismo digitado, los "altos méritos" del laicismo. Y aun ahí, quizás a su pesar, se ve obligado a reconocer los méritos de la obra educativa de los Hermanos, tratando, claro está, de basurearla, para quedar mejor. Creemos que algunos extractos pueden ser significativos, en especial los que se refieren al Hno. Arturo.

"Romper con la enseñanza clerical, en la Martinica, era romper los últimos lazos que nos unían a un pasado difícil y doloroso. Terminado este tentativo, entrábamos valientemente en las vías del progreso intelectual: era algo que había que intentar, y no lo más fácil, ciertamente.

Todavía no hace veinte años, - lo sabemos -, cuando la instrucción pública estaba, en nuestra colonia, entre las manos de órdenes monásticas. Los Hermanos de Ploërmel, por

una parte, se ocupaban de la instrucción primaria; los "espiritanos", por la otra, daban la instrucción secundaria.

Que hayan formado buenos alumnos, unos y otros, nadie lo pone ni lo ha puesto nunca en duda; pero el reloj de la historia de esas buenas gentes difícilmente marcaba la hora del siglo.

Lo más curioso en el conflicto que se produjo cuando hubo que remplazarlos, fue la repugnancia que mostró la mayor parte de la población, para aceptar esta necesidad de salud pública. ¿Echar a los Hermanos de Ploërmel? – Sólo un impío, un blasfemo podía pensar en ello. Ese era el grito público en ese momento.

Los Hermanos," alias" los "ignorantins" (los "ignorantitos), ciertamente no tenían mucha ciencia; pero eran, casi, todos, gente del pueblo y siempre en relación con las gente más humilde; a pesar de su origen diferente simpatizaban con el pueblo. Eran, a veces, groseros en sus maneras, brutales en sus procedimientos, esos buenos Hermanos, "amigos del látigo" y tan ignorantes como les era posible; pero sólo obraban por el bien del Señor. Y, además, en el momento en que se pensó en remplazarlos tenían a la cabeza de su Instituto en la isla, ***a un anciano de una bondad de alma perfecta, de una bondad exquisita, caritativo y amigo de todos, que había educado a una gran parte de nuestros jóvenes de entonces. Golpear a esa Orden era golpear al Hermano Arturo, y eso costaba hasta a los*** **más** ***decididos.***

Sin embargo se tuvo ese heroísmo, a pesar de las repugnancias personales, a pesar de los llantos, y las súplicas de los que formaban su entorno, a pesar de los gritos de cólera, a pesar del rechinar de dientes de los vecinos ." (Evergilde, o. c. pág. 91 – 92)

Nos detenemos aquí, en relación con la cita del artículo. Y notamos, de paso, el contraste, en ese artículo, entre el retrato del Hno. Arturo y el de los otros Hermanos. Llama la atención la alta idea que el autor de estos dos cuadros tiene del "anciano". Pero, al mismo tiempo, la saña de los laicizadores: "golpearon a este anciano" a quien tanto admiraban, y ese acto de barbarie es calificado como de "heroico".

Hay que notar, igualmente, la evidente contradicción en que el autor del artículo cae al decir que "unos Hermanos tan ignorantes como les era posible, han formado buenos alumnos". Y, ¿cómo es posible que un Superior tan responsable, tan bondadoso, tan educado, tuviera unos Hermanos con actitudes tan contrarias?

Y así, la pregunta que nos hacemos, en relación con la causa final de la expulsión de los Hermanos de la Martinica es: ¿***Fue "una necesidad de salud pública"*** y ***"una entrada atrevida en las vías del progreso intelectual"***, o más bien, el propósito de **matar a la religión en las escuelas**, aunque no se atrevieran a decirlo?

Que realizaron este triste heroísmo último, no lo dudamos. De lo primero, ya no podríamos asegurarlo.

Y el articulista comenta: *"Los buenos Hermanos no se han muerto por ello; han buscado otros cielos más clementes, y nuestros compatriotas viven".* (Ibid. pág. 93)

Los Hermanos, - 101 exactamente -, se fueron, en efecto, de la Martinica, pero dejaron, como herencia, 36 escuelas en pleno funcionamiento, más un colegio privado que siguió hasta 1895, y que el último que deja la isla es un tal Hermano Cerinto, ese año.

Y ¿unas 150.000? persons que se habrían beneficiado de sus diversas formas de apostolado. Sesenta años más tarde todavía había quienes recordaban con cariño los nombres de los Hermanos que los habían introducido en la vida cristiana.

En 1952 se celebró un solemnde funeral en San Pedro, presidido por los Padres Trapistas, por el descanso eterno del Hno. Filemón, víctima de la fiebre amarilla, un siglo después de su muerte. No estaba presente ningún Hermano. Había sido uno de los compañeros del Hermano Arturo y su predecesor como Director principal de los Hermanos de la de la isla. Ya lo vimos.

Los Hermanos buscaron cielos más clementes… **Así lo hizo el Hermano Arturo: salió hacia tierras más acogedoras.**

Pero, como bien dice el Hno. Alexis Pesquer:

"El Hermano Arturo recapitula y sublima, en su persona, todo el dramatismo de la misión de la Marticnica".

(E.M. Nº. 49, 122)

Capítulo 35

El Hermano Arturo deja la Martinica

1.- Una dolorosa despedida

Durante mucho tiempo **el Hno. Arturo había creído que la tierra de la Martinica, su tierra tan amada, abriría un día graciosamente su seno, para ofrecer a sus despojos mortales un lecho de descanso hasta la resurrección final. ¡¡¡Era su sueño!!!** No fue así: prefiere dejar el teatro de sus gloriosos trabajos y que ¡ay!, se ha convertido en el campo de ruinas de su obra de las escuelas de misión.

Tiene el corazón demasiado desesperanzado y mudo, como para poder quedarse de espectador silencioso en un escenario tan desolador. Y así piensa que, quizás el alejamiento endulzará la amargura que desborda de su corazón y calmará un poco el dolor que apaga su alma.

Es ya el año 1883. Se dirige hacia el puerto de embarque, acompañado de un grupito de siete Hermanos, también ellos en camino hacia el destierro, y de una muchedumbre de personas. Los despiden con una gran ovación y deshechos en lágrimas, testimonio elocuente de las simpatías que han sabido ganarse.

Nuestro Hno. Arturo pide asilo en la Guadalupe, para pasar sus últimos días. Lo encuentra en "Mon repos" ("Mi descanso"), lugar encantador, solitario, plantado enteramente de árboles frutales, cercano y dominando la ciudad de la Basse Terre, capital de la Guadalupe. Allí pasa los diez últimos años de su larga vida, ocupándose de la horticultura y preparándose para la muerte de los justos.

Cuando desembarca en el muelle de la Base–Terre parece tan triste, tan abatido, que los Hermanos que han ido a recibirle se dicen:

"La separación ha sido demasiado cruel para su corazón destrozado. ¡Ya no vivirá mucho". (Ibid. 94)

Y las previsiones se habrían realizado si el Hno. Lesmond, Superior provincial de la Guadalupe, no se las hubiera ingeniado para hacerle olvidar, de alguna forma, el pasado. Por ello, el Hno. Arturo le manifiesta siempre un agradecimiento sin límites. De este tiempo poseemos una carta, ¿la última del Hno. Arturo?

Con ocasión de su reelección como Superior general, en 1886, para un nuevo mandato, el Hno. Arturo escribe al Rvdo. Hno. Cipriano. Al mismo tiempo, le dice algo de su vida y ocupaciones, en ese momento. Y no deja de explicitarle su agradecimiento hacia el Hno. Lesmond, por sus atenciones para con él. Creemos que sus palabras mismas valen más que cualquier comentario; las transcribimos en forma prolija:

"...Mis miembros debilitados y mis cabellos blancos, a causa de los 47 años en las Antillas, me hacen presagiar que debo decir adiós a Francia! En efecto, siento que el frío me mataría, si volviera alguna vez allá. Por ello, me atrevería a pedirle, mi Reverendo, que me deje acabar mis días en las colonias, si ésa es la voluntad de Dios.

Hago trabajos manuales, rezo, cuido los enfermos, en ocasiones. Pero ello no me impide pensar a menudo en usted, Reverendo Hermano. Y si a veces mi alma se distrae, es cuando pienso en la pobre Martinica, ¡donde yo había creído siempre que quedarían mis huesos!

El querido Hno. Lesmond tiene, para conmigo, las bondades de un hijo respetuoso y afectuoso, o de un padre tierno: Por ello, no querría perderlo por todo el oro del mundo." (**D** 167 – 17 de septiembre de 1884)

2.- Las últimas luces de un ocaso

Le dan y encargan, pues, de una quinta – jardín, para que se distraiga. Enseña al peón que le ayuda a cultivar la tierra y a rezar a Dios. En efecto, como reminiscencia de los tiempos pasados, después del trabajo, le da catequesis. Y, con su trabajo, hace producir a la quinta toda clase de frutos y hortalizas. Tampoco esto es nuevo en la vida del Hermano. Incluso siendo Director General de la Martinica dedicaba algunos ratitos diarios a este menester, cuando estaba en su residencia provincial. Ya lo vimos.

Por ello, hay un gran número de criados y revendedores que vienen a aprovisionarse a "Mon repos"; nunca se vuelven sin haber recibido algún buen consejo o algunas exhortaciones piadosas, además de la mercadería de calidad.

Su fama se va extendiendo pronto por la ciudad, y vienen de todas partes a pedirle la ayuda de sus oraciones. La capilla del hospicio cercano de Tilbac podría decir cuántos paquetes de velas y de botellas de aceite se quemaron ante el Santísimo

Sacramento, como agradecimiento por los favores recibidos, luego de recurrir a sus oraciones.

En efecto: todos los que sufren alguna pena, recurren a él. Y esta solicitud repetida, esta confianza universal han hecho pensar que muchos favores recibidos han sido obtenidos de Dios por su intercesión.

Y es que basta verle de rodillas, delante del altar, o caminando por las calles, desgranando su rosario, para quedar persuadidos de su profunda piedad. Sólo el verlo, ya impresiona fuertemente. Un librepensador, viéndole pasar ante su puerta, exclama:

"Si éste fuera sacerdote, ¡yo iría mañana a confesarme con él!".

(Evergildo, o.c. pág. 95)

Una de sus características es la de amar a los niños. Cuando, a veces, se aburre o se cansa en el trabajo de la quinta, hace una provisión de frutas: mango, manzanas, cítricos y otros frutos y baja al barrio de Bouillon. ¡Hay que ver cómo le asaltan los niños, rodeándolo! Él ríe de todo corazón, es feliz. Hecha la distribución, el pequeño auditorio escucha respetuosamente un sermoncito, que se termina invariablemente con la misma recomendación:

"Tened cuidado, mis queridos niños, ¡para no ir al infierno!" (Evergilde M., O.c. 95)

En el patio, en las calles…, los juegos cesan cuando pasa el Hno. Arturo: todos los niños se precipitan para recibir de él un beso que no reúsa nunca. Y el día de la distribución de premios, en el colegio de la ciudad hay que ver el afán de chicos y grandes para hacerse coronar y recibir el premio, de manos del Hermano condecorado. Ese día, sí: lleva la Cruz de la Legión de Honor al pecho.

En la comunidad es un co-Hermano encantador, alegrando la conversación con salidas finas y agudas. De la vejez, el Hno. Arturo no ha tenido más que los años y una cierta inclinación a repetir las mismas historias. Capta el ridículo y lo expresa de forma sorprendente. Más de uno ha de morderse los labios cuando pretende tomarle el pelo.

Capítulo 36

Dios exalta a los humildes

1.- A la vida definitiva, en la Casa del Padre

La vejez del Hno. Arturo,- ya lo hemos dicho,- ha estado exente de enfermedades. Trabaja siempre, y diríamos, que casi se lo traslada, de su quinta a la tumba. En 1889 un ataque de gripe casi se lo arrebata al cariño de sus Hermanos.

Recibidos los últimos Sacramentos, según los hombres de la ciencia médica, no le quedan más que algunas horas de vida. Pero su fuerte constitución lo supera, se restablece muy pronto y retoma su ritmo habitual de vida, en los trabajos y en las oraciones.

Sólo un año antes de su muerte, más o menos, comienza a quejarse de la vista. Ello es, para él, como un presentimiento de su fin próximo. Cada mañana, al ir a Misa, los Hermanos del colegio le encuentran y le preguntan cómo va su salud. Ese año, el 81º. de su edad, dice: "Me pesa horriblemente, voy a morir pronto, recen por mí, mis buenos Hermanos".

En efecto,*"teme la muerte,* - dice un Hermano -, *pues teme grandemente el purgatorio; habla siempre de él, esta ideas no le deja nunca".* (Ibid.)

Finalmente, la hora dolorosa de la separación va a sonar…

La vigilia de Pentecostés del año 1892, a pesar de sufrir gran dificultad para respirar, y a pesar de los consejos del Hno. Anastasio, quiere asistir a la Misa; durante la misma está a punto de ahogarse una veintena de veces. Al terminar, se va a la cama; ya nunca la dejará.

La gripe le ataca por segunda vez. Durante su enfermedad habla poco. Agradece solamente con la mirada y un apretón de manos a los que vienen a visitarle. El rosario es el compañero habitual, que le sostiene durante la última semana de sufrimientos. Pide que, frente a su lecho, erijan un altarcito a la Santísima Virgen y a San José. Se ve cómo su mirada se vuelve, suplicante hacia la Virgen María.

En los primeros días de la que será su última semana, comulga por Viático. Recibe la Unción de los enfermos con pleno conocimiento, presentando él mismo sus miembros para ser ungidos. Los últimos días de su vida parece como si la tierra hubiera desaparecido para él: se le ve constantemente ocupado, recitando el rosario que le han colgado al cuello.

La última noche es la más dolorosa. A medianoche parece muy agitado, como si estuviera sosteniendo una lucha suprema contra un enemigo invisible. Deja oír, por momentos, profundos suspiros y su vista parece perdida. Al cabo de un cuarto de hora,

más o menos, sus ojos se detienen en la imagen de la Virgen, le vuelve la calma y comienza a pronunciar, en alta voz, los nombres de Jesús y María. En sus manos temblorosas aprieta un relicario que ya no suelta más.

Poco después de la Misa de las seis de la mañana, la campana de la habitación, - según una señal convenida - , anuncia a la comunidad que el Hno. Arturo entra en agonía. Todos los Hermanos se apresuran a ir a la habitación del querido enfermo. Han franqueado apenas loa puerta cuando el alma del piadoso Hermano vuela hacia el cielo, hacia el Señor, para el cual ha trabajado tanto tiempo y con tanto valor a lo largo de su vida.

Es el 12 de junio de 1892.

Casi a los 82 años y 59 de vida religiosa.

2.- Alleluia!

Toda la ciudad de la Basse-Terre, - capital de la Guadalupe -, se conmueve por la noticia. El cuerpo del Hno. Arturo, expuesto en la capilla del colegio de los Hermanos en la ciudad misma, se ve rodeado de una muchedumbre piadosa y recogida, hasta la hora del sepelio. Y no sólo se reza: la gente hace tocar el cuerpo del venerado difunto con rosarios, medallas y otros objetos.

A pesar del mal tiempo y de los aguaceros casi continuos, los funerales del Hermano son como un triunfo. Uno no puede impedirse de admirar cómo Dios exalta a los humildes.

"Este buen Hermano, tan sencillo, tan despojado de la vanidad y del amor propio, hasta en forma excesiva, - dirían algunos espíritus que no comprenden nada de la santa locura de la cruz -, helo aquí, ahora, acompañado a su última morada, por lo que, según el mundo, hay de más grande. Pues, en efecto, todas las autoridades, civiles, militares y eclesiásticas, han querido honrar con su presencia, una vida modesta, aunque empleada en forma tan útil y provechosa".

(EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 97)

En el cementerio, la voz conmovida de uno de los exalumnos del Hno. Arturo le dirige el último adiós, en nombre de la Martinica y de la Basse-Terre, a las que ha edificado durante su vida.

¡Ojalá que sigamos el camino que él nos ha trazado y estemos en su compañía un día en el cielo!

* * * * * * * * * *

Al leer las anteriores páginas podremos habernos hecho esta pregunta: ¿Qué clase de hombre, de personaje, fue el Hno. Arturo? ¿Un hombre corriente, uno de tantos? – ¡No, ciertamente! Fue un verdadero y real **"gran hombre**" en toda la belleza y majestad de esa expresión. Si no ha metido más ruido, si no ha brillado con más resplandor , si ha atravesado el siglo XIX casi por entero sin ser apenas conocido por el mundo, indigno de conocerlo, es porque ha trabajado en las últimas filas de la Iglesia, con lo que la sociedad ha juzgado como más deleznable: con los esclavos.

Con unas facultades de premier orden se ha gastado en luchas sin cuartel, pero oscuras, a los ojos de la carne. Toda su vida se ha desarrollado en un teatro de operaciones velado por su misma vocación, un teatro en el que, Dios y sus ángeles eran, casi los únicos espectadores.

Cierto: la Congregación se siente orgullosa de los hombres que más la han honrado y guarda un gran recuerdo de los que han trabajado en los misiones de ultramar, en los primeros tiempos. Sin embargo, se diría que, de entre todos ellos, el Hno. Arturo se distingue por el papel que ha jugado: por la larga duración de su carrera y por un no sé qué de típico que le hace un hombre diferente, un hombre extraordinario.

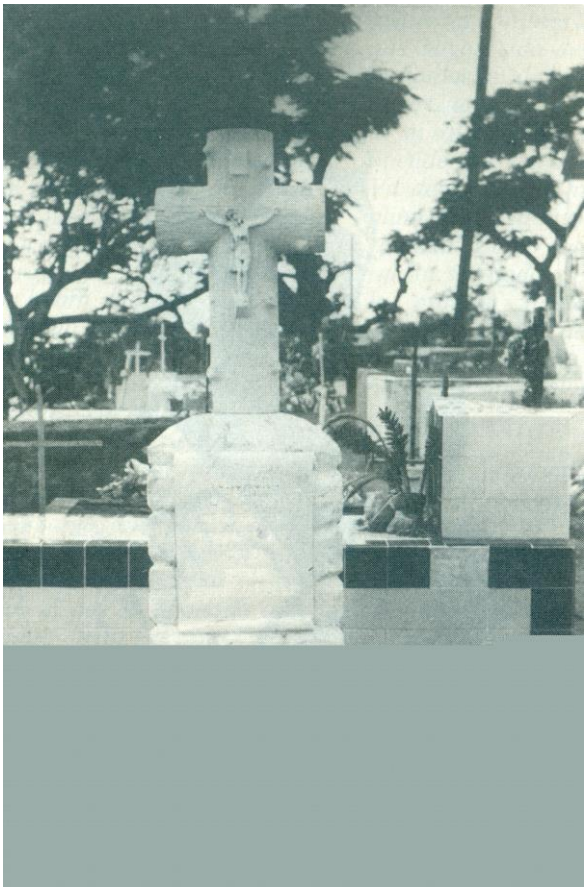
Y su genio es nativo, como el de tantos otros hombres extraordinarios de la historia: No habiendo tenido tiempo para dedicarse a los estudios, gracias a su rara inteligencia, a su prodigiosa memoria y a un juicio seguro e inmediato, juega un buen papel y se siente a gusto en la "conversación", sobre cualquier tema y con toda clase de personas.

Hijo de labradores, educado en el campo hasta pasados los veinte años y con sólo uno estudios primarios, de golpe se muestra con un saber conducirse perfecto, con unas maneras naturales y sencillas, pero seductoras.

La naturaleza le había prodigado gratuitamente con unos dones que no concede al común de los mortales sino al precio de un largo y constante trabajo, y que, incluso reúsa a otros, a pesar de todo sus empeño para conseguirlos.

"***¡Sí!,*** dice el Hno. Evergildo, su biógrafo***. Entre los Hermanos misioneros de las Antillas hay algunos que merecen vivir perpetuamente en el recuerdo de los hijos de nuestro Instituto. Pero el Hno. Arturo es digno, bajo todos los aspectos, de figurar a su cabeza. Ninguno de ellos osará disputarle ese primer lugar, ninguno quedará celoso por este honor concedido al más humilde de entre todos ellos"***.

(Evergilde, o. c. pág. 98)



Tumba del Hermano Arturo Greffier, en la Basse-Terre (Guadalupe)

QUINTA PARTE

El Hermano Arturo, Hermano menesiano

Profundamente convencidos de la importancia y de la santidad de su misión, los Hermanos de las colonias no descuidarán nada para cumplirla bien.

Ningún sacrificio les parecerá demasiado penoso para asegurar el éxito, en cuanto dependa de ellos.

Que lo sepan bien: son llamados, no para el descanso y para los goces temporales, sino para el trabajo y para los grandes combates.

Si, pues, experimentan dificultades, privaciones, fatigas, en lugar de desanimarse y de huir de la cruz, la abrazarán con amor".

Juan María de la Mennais

(Cf. S. ROPARTZ. « La vie et les oeuvres de Jean-Marie Robert de la Mennais… » Paris. 1784)

Hemos dado un amplio pantallazo sobre la vida del Hermano Arturo: desde su primera edad en un pueblecito de Francia, - Messac -, hasta su santa muerte en la ciudad de la Basse Terre, en la isla antillana de Guadalupe.

Su larga permanencia de la otra isla, -la Martinica-, marcó fuertemente su existencia: fue su campo de acción, ejerciendo el apostolado, para la extensión del Reino de Dios, "dando a conocer a Jesucristo".

Podríamos preguntarnos: ¿Y quién era, en el fondo, este personaje? ¿Cuál su identidad? ¿Hubo en su vida alguna estrella que lo guiara, algún motor que lo empujara? E incluso más: ¿cuál era su intimidad? ¿Qué eco tenían, en su espíritu, el cúmulo de actividades y empresas que llevó adelante? - En realidad, en buena parte, nuestros avisados lectores ya lo han podido percibir y deducir, en base a su actuar, si es cierto aquel axioma de la filosofía aristotélico-tomista: ***"Operare sequitur esse, et modus operandi, modum essendi".*** **" El obrar sigue al ser, y el modo de obrar, al modo de ser".**

Pero vamos a intentar explicitarlo en esta otra parte de nuestro trabajo, tan diferente de las anteriores.

El Hermano Arturo fue un **Hermano "menesiano",** contemporáneo del Fundador, y, a tenor de sus cartas, uno de los más cercanos a su corazón. Su vida, su actuar…, pueden ilustrar, también hoy, la identidad del Hermano menesiano. Su actividad, sus cartas al Fundador y viceversa, seguirán siendo la base de nuestra exposición.

Dada la diferencia de esta parte, que podría formar un bloque *"a se",* con relación el resto de la obra, nos van a perdonar nuestros lectores que repitamos algunas citas ya empleadas anteriormente. Su calidad es tal que pueden muy bien, ser ambivalentes. No dudamos que nos lo van a agradecer.

Desarrollamos, pues, el apartado en temas complementarios, que nos mostrarán quién y cómo el Hermano Artuto Greffier fue **"Hermano menesiano."**

Capítulo 37

Una vida al servicio de Dios, en la "madre" congregación

Mucho tuvo que ver…
+ en el trato amable del Hno. Arturo hacia sus Hermanos,
+ en el superar las humillaciones que de ellos pudieran llegarle,
+ en el saber perdonar…
…su amor a la "madre" Congregación, su familia religiosa.

Es, ciertamente, un tema amplio y con connotaciones variadas. Algo que el mismo Hno. Arturo expresa en forma inequívoca en sus palabras y lo vive en sus hechos.

El que fuera su secretario durante largos años, el Hno. Evergildo, así escribe:

"Después de Dios, de la Virgen y de los Santos, dos amores dominaban en su corazón: ***el amor al Padre Fundador, Juan María de la Mennais, y el amor a la Congregación, su obra. Jamás un hijo ha sido más fiel, más apegado, a su madre , como él a su Congregación. Ninguno lo ha superado, bajo este doble aspecto"*** . (Evergilde, o. c. pág. 65)

Comenzamos con lo que el mismo Hermano Arturo ha dejado escrito en sus cartas al Fundador, en relación con la Congregación.

Como el amor se manifiesta y se purifica en las pruebas y adversidades, así sucede con el de nuestro Hermano hacia la Congregación.

"Siempre he preferido el interés de la Congregación, a la que he amado y amo siempre, como un hijo debe amar a su buena madre.

Con gusto he sacrificado mis intereses particulares para tomar los de la Congregación y estar siempre dispuesto a (afrontar) todos los sacrificios que ella exija de mí, si Dios me ayuda". (**D** 173 - 2 de septiembre de 1849)

¿La "madre" Congregación? - Es una expresión que se repite tanto en los escritos de nuestro Hermano que no hay duda: le sale de lo íntimo, de lo más profundo del corazón.

Es llamativa la observación del Hno. Alexis Pesquer, en su opúsculo "Á travers la correspondance missionnaire des Antilles" – Ploërmel, abril 2016 (**E. M**. 49, 127)" según el cual la palabra misma de "Congregación" no es frecuente o está casi ausente en la correspondancia de los HH. de las Antillas…, salvo una excepción: la de nuestro Hno. Arturo.

Y los epítetos que le agrega la califican y completan el cuadro.

Este amor no es sólo de palabras. Se demuestra en al banco de las pruebas, en los trabajos emprendidos y realizados. Con sinceridad realmente filial, le puede decir al Fundador:

"Nunca le he desobedecido, ni a usted ni al Hno. Ambrosio, o lo era en materia muy leve o involuntariamente. Nunca me he echado para atrás en los trabajos, ni rehusado hacer los sacrificios que se me han exigido, cuando los intereses de la Congregación así lo exigían. (**D** 172 - 13 de octubre de 1850)

"…Estoy dispuesto a dar mi vida por la Congregación. Durante la terrible epidemia no he escatimado esfuerzos: me he ocupado de los intereses de la Congregación. Me he encontrado con treinta Hermanos enfermos, de los que seis murieron. Estaba noche y día junto al lecho de los enfermos, expuesto yo mismo a atrapar las enfermedades epidémicas y contagiosas que ellos padecían".

(**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Y de la misma forma se emplea, por este tiempo, en su responsabilidad de Director principal interino:

"Debía obrar según mi conciencia, por el bien y los intereses de la Congregación". (Ibid.)

"…Después de la muerte del Hermano Philémon estuve obligado por las circunstancias a desemepeñar el ínterim, al haberse puesto de acuerdo las Adminsitraciones eclesiástica y civil para nombrarme. Tuve que aceptar de buena o mala gana, y ello en el interés de ***la Congregación, a la que siempre he amado como un hijo ama a su madre.*** *Me he ocupado, lo mejor que he podido, de los intereses de la Congregación. Durante la terrible epidemia nada he ahorrado para ello, como ya le he dicho en mi carta anterior".* (**D** 173 25 de noviembre de 1852)

No es de extrañar que, llevado de la euforia, llegue a escribir en una carta apasionada al Hno. Ambrosio, en relación con los Hermanos a quienes éste escribía, dejándole a él en el olvido (…¿por olvido calculado? - No lo sabemos, pero el hecho ahí está), en un momento tan dramático:

"Sin embargo, he prestado a la Congregación más servicios, aquí, que todos ellos".

(**D** 173 - 10 de noviembre de 1852)

¿Una exageración? – El mismo Hermano Ambrosio lo reconoce en una de esas sus cuestionadas cartas:

"Sin embargo, le recomiendo al bueno del Hno. Arturo, de una manera particular: ***es él quien nos ha realzado en la isla****"* . (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Y, dado lo tenso de la situación, con epidemias y muertes, haciendo de Superior provincial provisional, pero sin recibir una sola carta del Fundador en ese mismo tiempo, y tampoco del Hno Ambrosio, ya Asistente general, en Ploërmel, llega a pensar si ya no le querrá el Fundador ni contarán con él en la Congregación. Sólo el pensar en esa posibilidad le espanta y exclama:

"¡Ay! Dios me libre de semejante desgracia, prefiero morir mil veces!"
(**D** 173 - 25 de noviembre del 1852)

Esta idea no es nueva en el Hno. Arturo: años atrás, viendo que el Fundador no le escribe, - imposibilitado por razones de salud – le escribe preocupado:

"Si usted supiera la pena que experimento viendo que no me escribe: a veces estoy tentado a pensar que me ha olvidado o que ya no me quiere. En fin, que puedo haber sido calumniado". (**D** 173 – 13 de octubre de 1850)

Decíamos que el Hno. Arturo, muy sensible por temperamento, era llevado a la susceptibilidad. Él mismo lo reconoce. Pero, ¿quién no lo es o a quién no le sucede, en momentos particularmente emotivos o dramáticos, en la vida? De todas formas, lo que queda bien claro, en todo esto, es **su amor a la Congregación: ¡no tiene límites!**

Y **la Congregación, ¿quién es para él? ¿Quiénes la conforman y representan**? - Está claro: **el Padre Fundador, Juan María de la Mennais**; de ello hablaremos ampliamente más adelante.

Pero también **los Hermanos de la Congregación, todos**: ellos la forman, hijos de la misma "madre" y del mismo "Padre": con ellos vive, en ellos se apoya, con ellos trata. En primer lugar, aquellos con los que ha vivido los momentos más ilusionados, en su juventud. Quedaron lejos, allá en Francia, en su mayoría. Pero los lleva siempre en su mente y en su corazón. Pasan los años y en sus cartas sigue mandándoles saludos, recuerdos, citando sus nombres: desde el Hno. Dositeo, que había sido su primer Director, hasta el sabio Hno. Bernardino, el del reloj astronómico monumental, y pasando por el Hno. Hippolyte, su Maestro de Novicios, y ¡toda una lista: Hermanos Julián, Tadeo, Luis, Maturino, Fulberto, José María ... Algunos son sus corresponsales. Pero añade:

"...A todos nuestros Hermanos de Francia, a quienes pide oraciones. No los olvidamos: estamos separados de ellos, pero sólo corporalmente, pues están todos en nuestro pensamiento". (**D** 172 – 11 de agosto de 1843)

El Hno. Arturo no se paga de saludos y recuerdos... a sus Hermanos lejanos. Lo son, sobre todo, aquellos con quienes vive, los que forman su familia más cercana y próxima: los encomia, los defiende, los quiere. En efecto: por principio, opina de ellos positivamente.

Y esto lo hace en público y en privado. Habiendo sido superior de comunidad largos años, manda, regularmente, informes al Fundador; en ellos sobresale ese aspecto optimista y positivo, al opinar de ellos. He aquí, a manera de ejemplo, como pinta algunos de ellos:

+ *"El Hno. Focas me parece un Hermano muy bueno; nos edifica por su obediencia y su mansedumbre".* (**D** 172 - 28 de marzo de 1844)

+ *"Él y el Hno. Clemente dan siempre la clase con celo y con gusto: bendigo a la Providencia que me ha dado a estos dos Hermanos tan celosos como compañeros*".
(**D** 172 - 10 de octubre del 1844)

+ *"El Hno. Claro no había dado nunca la clase, pero es dulce, obediente, dócil".*
(**D** 172- 8 de marzo de 1845)

+ *"Los Hermanos cumplen bien con su deber y se confiesan. A veces con una frecuencia mayor que cada quince días"* (**D** 172 - 30 de junio 1845)

Los problemas le llegan cuando alguno de ellos debe cambiar de comunidad: lo siente en el alma, porque los quiere y estima como hermanos.

+ *"Sufro una especie de abatimiento por el cambio del Hno. Clemente. Ello me ha hecho derramar lágrimas. Finalmente, ha venido a remplazarlo el Hno. Francisco de Sales, que tiene también mucho celo y capacidad, y es atento" .* (**D** 172 - 9 de noviembre de 1845)

Nuestro Hermano Arturo se alegra sobremanera, al ver los progresos de los Hermanos jóvenes que le van llegando. Lo subraya en el Hno. Claro*: "Sea en la clases, como en sus propios estudios personales, lo que le permitirá responsabilizarse de una clase superior*". (**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

Por lo mismo. ¡con qué dolor ve regresar a Francia al Hno. Florentino-María, por razones de salud!:

+ *"Su conducta era muy edificante. Era muy querido por los niños y sus padre".*
(**D** 172 - 28 dede febrero de 1848)

+ *"El Hno. Zenobio da mi catecismo nocturno cuando llego tarde y cumple muy bien en los demás deberes".* (**D** 172 - 14 de abril de 1849)

+ *En cambio, el Hno. Polyme, sacrificando la vacación de los jueves por la tarde, me ayuda en la catequesis a los esclavos."* (**D** 173 - 13 de octubre de 1850)

+ Lo mismo hace el Hno. Méen, que la va a sustituir como catequista, en Lamentin**,** y *"es un ángel, lleno de todas las virtudes".* (**D** 173 - 7 de febrero de 1851)

Y, al anunciar al Fundador la muerte del Hno. Meldas, lo hace con un toque de alegría:

+ *"Dios ha querido recompensar las virtudes de este ángel de la tierra".*
(D 173 - 25 de noviembre de 1852)

Para terminar de constatar la visión optimista del Hno. Arturo hacia los Hermanos con quienes trabaja, - los Hermanos de su comunidad - , he aquí otra apreciación: sobre el Hno. Juan Colombini, su **"ángel de paz"** durante la epidemia de 1852:

"Me sería muy difícil decirle la abnegación y la caridad que ha mostrado para con los Hermanos durante esta terrible epidemia". (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Y, el amor a los Hermanos, lo mismo que la caridad, no tienen límites, incluso hacia los más difíciles. Así nos lo cuenta el Hno. Alexis Pesquer, en el folleto nº. 49, "Los ecos de la otra orilla", p.84, de la colección"Recherches Historiques", a propósito de un tal Hno. Ciro María Le Duc.

"Este Hermnao, había ido pasando por todas las comunidades de la Martinica. Habiendo sido rechazado en todas ellas, por su conducta y su trato, recaló, finalmente en la comunidad donde el Hno. Arturo era el superior, pensando dejar su vocación. Vista la situación, el Hno. Arturo le dijo, no sólo como reconvención, sino también para ayudarle a recapacitar: ***"Si no fuera yo, ningún Hermano, querría saber nada de ti".***

…Y pasan los años y cambian lo roles, pero no cambia el corazón bueno del Hno. Arturo. Ya anciano, en la Guadalupe, escribe una carta al Hno. Cipriano, Superior general. De ella hemos ya hablado: es lo última que poseemos de nuestro Hermano. En ella no deja de mostrar lo que siempre fue, en relación con los Hermanos con los que vive. Dice así de su superior:

"El querido Hno. Lesmond tiene para conmigo el amor de un hijo respetuoso y afectuoso, o de un padre tierno". (**D** 173 - 17 de septiembre de 1884)

También es cierto que, al enviar sus informes al Fundador, no deja de señalar algunas limitaciones de sus Hermanos, cuando así lo cree, como un deber y en conciencia. Pero, no deja de insistir en los aspectos positivos. ¿Por qué? – He aquí su respuesta:

"Debo pensar ventajosamente de todas sus acciones". (**D** 168 – 3 de mayo de 1840

Ése es su punto de vista: **los lleva en el corazón.**

Particularmente significativo es el testimonio del P. Dandin, sacerdote enviado por el Fundador a la Martinica para ayudar a los Hermanos, como capellán de las varias comunidades educativas. A su llegada a Fuerte San Pedro queda admirado por lo que ve y se lo comunica al Fundador:

"El Hermano Arturo es un hombre muy precioso, que encanta por su piedad, sus buenas maneras y su catecismo que da con gran provecho; y, sin embargo, se cree muy malo ***y no deja de hacer los más pomposos elogios de sus cuatro Hermanos a los que considera como santos".*** (**D** 172- 28 de noviembre de 1842)

¿Que a veces pueda exagerar ponderando las cualidades de los Hermanos? Es posible, pero se ve enseguida que no lo hace por malicia: es su corazón el que habla y este corazón desborda de afecto hacia ellos; por eso, a veces les encuentra, como naturalmente, con más cualidades de las que en realidad tienen.

Y por eso, si la ocasión se presenta, no teme defenderlos, cuando cree saber que de ellos han llegado al Fundador juicios desfavorables.

"Los Hermanos han sabido, no sé cómo, que han sido acusados ante usted, de relajamiento. Les ha dolido mucho; he tratado de consolarlos y levantar su ánimo, pero es difícil. Le ruego, querido Padre, que tenga la bondad de escribirles usted mismo para consolarlos, pues es cierto que hay tanta regularidad en nuestros establecimientos de las colonias como en los de Francia, y aún más que en varios". (**D** 172 - 16 de abril de 1842)

Y lo que hace por los Hermanos de su comunidad, lo hace, igualmente hacia fuera, con los Hermanos de las otras comunidades y hasta con las personas extrañas: trata siempre de hacerles justicia. Es su corazón el que habla, un corazón que desborda de afecto hacia sus Hermanos.

Por ello, es sobre todo al ser atacados cuando sabe poner de relieve sus méritos y defender su reputación. No le cuesta mucho trabajo disipar las dudas malévolas o las que la ignorancia ha creado: pronto quedan lavadas las menores manchas. E incluso, cuando uno llega a estar irremisiblemente comprometido, siempre encuentra un medio para que, al menos, quede salvado el honor de la Congregación.

Y este amor hacia sus Hermanos llega a adquirir tonos heroicos:

"Día y noche he estado junto al lecho de mis Hermanos enfermos, expuesto yo mismo a ser víctima de las enfermedades epidémicas y contagiosas que ellos padecían".
(**D** 173 – 25 de noviembre de 1852)

Y, en su actividad, hay algunos campos que el Hno. Arturo cuida particularmente

1.- Promotor vocacional.

Como todo buen hijo, también el Hno. Arturo desea que su familia religiosa se fortifique, se desarrolle, se perpetúe.

Contestando al Fundador, poco tiempo después de su llegada a las Antillas, le dice:

"He leído con mucho gusto que el número de nuestros Hermanos aumenta considerablemente. Deseo que Dios, - que les ha dado una vocación tan hermosa -, los llene de celo y les inspire venir a las colonias". (**D** 172 - 25 de noviembre de 1842)

"Y, tiempo más adelante:

"He sabido con alegría que el Noviciado es muy numeroso y que piden Hermanos desde las naciones vecinas a Francia. ¡Alabado sea Dios, por el piadoso deseo que inspira a los Obispos, de tener Hermanos nuestros, para trabajar por la salvación de una parte de su rebaño!". (**D** 172A001 – enero de 1846?)

Pero el Hno Arturo no sólo se alegra con las vocaciones que surgen en Francia: aún más le preocupa que surjan de las mismas Antillas. Y en ello trabaja. Cuando logra mandar algún joven candidato a Ploërmel le hace acompañar de una carta para el Fundador. He aquí, espigando, algunos ejemplos:

"El joven del que tuve el honor de hablarle que deseaba ser Hermano es el portador de esta carta; va donde usted, para cumplir sus piadosos designios. Deseo que persevere en su santa resolución". (**D** 172A167 – septiembre 1844)

"Adolfo, nuestro querido alumno de Fuerte San Pedro va ahí, para ser admitido en el número de sus postulantes. Deseo que persevere". (**D** 173 - 20 de febrero de 1848)

…Y Dios bendijo, efectivamente, la obra de las Antillas con vocaciones, que no fueron pocas. Y sí de calidad. De entre ellas surgieron algunos famosos misioneros, evangelizadores del Senegal y de la Guayana francesa y otros. Uno de ellos, el Hno. Léobard-Marie, nacido en la Martinica, en 1831. Años después de hacer su Noviciado en Ploërmel, es enviado por el Fundador al Sur de Francia. Regenta la escuela de Lourdes, durante 48 años, tiene relación y amistad con la familia de Sta. Bernardita, ella misma le relata las apariciones y, al fin, deja Francia por causa de la persecución. Muere santamente en Nanclares en 1916, a los 85 años.

Pero, es en1844, ya cercana la emancipación, cuando, en el Hno. Arturo, émulo de San Francisco Javier-, la preocupación por la evangelización de los esclavos se hace angustiosa y tanto le preocupa la falta de obreros:

"La mies es abundante, pero los obreros son pocos. Pidamos, con un renovado ardor, al dueño de esta grande y madura mies, que envíe obreros, según su corazón y en gran número.

¡Quién me diera el poder encontrarme en medio de nuestros Hermanos de Francia en el momento en que se reúnen para el Retiro; si fuera necesario me echaría a sus pies para suplicarles: a unos, que dieran sus nombres a nuestro querido Padre, para venir aquí. Y pediría a los otros que buscaran, en las distintas parroquias y ciudades donde están colocados, jóvenes que tuvieran la vocación religiosa, para que vayan al Noviciado; allá se prepararán para venir aquí.

En una palabra les pediría a todos que rogaran al Señor, para que inspire a los jóvenes el deseo de entregarse a su santo servicio y de trabajar por la salvación de estos

buenos criollos; por su salvación yo sería feliz, dando mi pobre vida, si Dios me lo pidiera. Pero, ¡ay!, soy indigno de tal favor". (**D** 172 - 26 de febrero de 1844)

2.- Ayuda a la Casa-Madre de Ploërnel.

El Hno. Arturo manda vocaciones a Ploërmel. Pero, además, cuando ello está en sus posibilidades y responsabilidad, sostiene, económicamente, esa misma Casa de formación, la Casa-madre de Ploërmel.

Ya vimos cómo, al recibir el primer mandato como Director efectivo, en San Pedro, luego de enjugar la deuda recibida de su antecesor, sigue ayudando a la casa Madre. Luego, al ser nombrado Director principal de la Martinica, todas las casas de Hermanos de la isla suman sus esfuerzos para la misma obra de ayuda.

A pesar de lo módico de sus honorarios, los Hermanos, - formados por él en el espíritu de economía -, hacen ahorros, sin perjudicar su salud, suprimiendo gastos inútiles o superfluos. Los ahorros así logrados van dirigidos, anualmente, a Ploërmel, donde llegan fielmente. Gracias a las minuciosas precauciones que toma y desconfiando de todas las improvisaciones, ni el más pequeño envío se perdió en ruta, durante toda la larga duración de su Directorado principal: los medios, la seguridad, los recursos técnicos no eran los de hoy. Y en verdad que, para ello, hubo de emplearse a fondo.

(**D**. 173 - Cf. Carta del 10 de noviembre de1852 al Hno. Ambrosio)

Es verdad que, por su empeño en asegurar la llegada de los fondos a destino, en ocasiones demoraba su envío, algo que creaba problemas en Ploërmel, especialmente en momentos de particulares estreches. No dejaban de recordárselo:

"…Ello me impedirá, a mi pesar, hacer un nuevo envío de libros y ropa"

(**JMLM** T.II, a 6 de abril de 1858)

…Pero, la Casa Madre de Ploërmel no olvida, de ninguna manera, las preciosas ayudas que le llegan de la Martinica, durante tantos años, y que son el fruto de los sudores de los Hermanos. Ciertamente habrían sido menos sin el celo constante que el Hno. Arturo consagra a esta parte de la administración.

¿Por qué lo hace? – Sabe de los gastos enormes que ocasiona el Postulantado y el Noviciado, - más, luego, el Escolasticado-, donde se forman los Hermanos que, sucesivamente irán reemplazando a los que están en actividad, y de quienes reciben la antorcha apostólica: así dan continuidad al Instituto. Es una obra de Iglesia que encuentra siempre todas las simpatías de los Hermanos.

Pero, a Ploërmel van también, a recuperarse, los misioneros enfermos o convalecientes, para poder regresar, luego, a sus puestos de trabajo. Y allí van, igualmente, los que luego de tantas singladuras, quieren pasar sus últimos años en la Casa que había sido la cuna de su vida religiosa. Así, sus restos mortales descansarán junto a la tumba del Fundador.

Todo esto lo saben, lo perciben, lo viven, el Hno. Arturo y todos sus Hermanos. Por eso, con gusto envían a la Casa Madre sus economías.

¡Ploërmel. Este nombre, ¡sólo el nombre! ¡viene henchido de tan dulces recuerdos, de tan íntimas vivencias!… En sus cartas, así lo manifiesta nuestro Hermano, lo saborea. Y ¡con qué nostalgia recuerda aquellos tiempos!

"Este es el tiempo en que nuestros Hermanos de Francia van a reunirse (en Ploërmel), para gozar de las ventajas del Retiro. Ya estarán conversando sobre la dicha que pronto van a tener (y de la que yo quedaré privado), de la alegría de verle a usted, y, en fin, de verse juntos, de edificarse mutuamente.

¡Ay! ¡Desgraciadamente yo no tengo esa misma dicha! Con qué premura iría a echarme a sus pies y besar su mano. ¡Sí! Querido Padre: ¡Cuántas cosas tendría que decirle! ¡Cuán aliviado quedaría mi corazón, cuando le hubiera contado mis penas! ¡Ay! ¡Cuán feliz sería volviendo a ver al P. Ruault, como también a los queridos Hermanos de Francia, a quienes no he vuelto a ver desde hace siete años, cuando dejé nuestra hermosa Francia! Exhortaría, empujaría, animaría a nuestros Hermanos para que dieran su nombre para venir a trabajar en esta parte de la Viña de nuestro buen Maestro!"

(**D** 172 - 30 de junio de 1845)

3.- Ploërmel, semillero de misioneros

Pero hay más… Impulsado por el celo apostólico y por el deseo de fortificar la obra menesiana en las Antillas y hacer avanzar el Reino de Dios, el Hno. Arturo, desde los comienzos, insiste e insiste ante el Fundador, para que mande Hermanos y más Hermanos. Algo ya hemos visto. Su insistencia no deja insensible al Fundador.

Apenas llegado, y viendo la inmensidad de la tarea que se le ofrece, así escribe:

"Un mayor número de Hermanos haría un bien inmenso en la Guadalupe: contribuirían a la salvación de un gran número que, después den Dios, le deberían a usted la salvación". (**D** 172A049 - ¿noviembre? de 1840)

Y la petición se repite periódicamente… Sólo citaremos una muy significativa, hecha años más tarde, en plena misión catequística de los esclavos ya liberados:

"Suplico a su bondad ordinaria, y por el amor que usted tiene por la salvación de las almas, y el celo de la gloria de Dios, que nos envíe obreros en mayor número. ¡Ay! Estamos sobrecargados en todas partes."

Y, por las dudas, le añade una pequeña teología de la misión:

"Aunque se viera obligado a hacer sacrificios considerables en favor de esta misión, Dios, siempre fiel, no dejará de derramar grandes bendiciones sobre nuestra Congregación". (**D** 173 - 14 de enero de 1850)

¡Qué mayor deseo para Juan María de la Mennais, que mandar misioneros a su querida misión de las Antillas! Pero, ¡hay que tenerlos! y ¡deben ofrecerse voluntarios! Por eso, a través de las mismas cartas al Fundador, el Hno. Arturo lanza encendidas exclamaciones apostólicas, con destino a los Hermanos, llenas de santo ardor por la obra de Dios. Sabemos que el Fundador, sea durante el año, a su paso por las escuelas, sea durante el Retiro anual, se las lee a los Hermanos, para excitar su celo y entusiasmarlos por tan hermosa obra. E incluso, entresaca algunos trozos y se los trasmite al mismo Ministro de las Colonias, en París. Serían muchos y a cuál mejores y más entusiasmantes. Entresacamos algunos más significativos.

"¡Ay! ¡Si pudiera trasladarme a Ploërmel y elegir, en la sala de estudio, a algunos de esos piadosos novicios, y pedir a los otros que vengan prontamente a ayudarnos aquí! No puedo expresarle la pena que siento al ver que nuestros Hermanos no acaban de decidirse a dar sus nombres para (venir) acá, donde hay tanto bien que hacer!"

(**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

"¡Quién pudiera compartir el Retiro…y exhortar a nuestros Hermanos para que dieran su nombre, para venir a las colonias! ¡Cuándo podré ver nuestras parroquias de las Antillas, con escuelas regentadas por Hermanos, llenos de fervor, de celo!"

(**D** 172 - 11 de agosto de 1843)

"Si nuestros piadosos Hermanos de Francia se hicieran una idea de los consuelos que experimentamos, se apresurarían a echarse a sus pies para pedirle que los enviara aquí, a trabajar por la salvación de los queridos criollos. ¡Si supieran cuán bueno es el Señor para con aquellos que, habiéndolo dejado todo, también dejan su patria, para trabajar por la salvación de los que ha rescatado al precio de su sangre!

¡Sí! ¡Qué deseo tan vivo y qué prontitud no tendrían para compartir nuestros trabajos! ¡Con qué celo, los que están colocados en las parroquias tratarían de buscar y formar jóvenes para enviarlos al Noviciado! Con fervor pedirían al Padre de las misericordias, para que diera la vocación religiosa y llamara a tantos jóvenes que no son necesarios en sus familias y que sí lo serían aquí, donde hay tanto bien que hacer".

(**D** 172 - 23 de diciembre de 1843)

"¡Que nuestros Hermanos de Francia no teman los peligros del mar! ¡Que recuerden que Jesús manda a los vientos y al mar y sabrá preservarlos de los peligros, a quienes vengan a trabajar por la salvación de las almas!... ¡Cuánta alegría siento al ver que esta tierra de barbecho se hará fértil, por el celo que nuestros prudentes y capaces Hermanos van a poner para cultivarla!" (**D** 172 - 28 de marzo de 1844)

Para terminar, he aquí una frase que repite el Hno. Arturo: se la escribe al Hno. Hipólito, su Maestro de Novicios, cuando apenas había puesto pie en la tierra de las Antillas:

"...La mies es abundante, pero los obreros pocos. Pida al dueño de la mies que elija obreros y que vengan a trabajar aquí". (Lc 10, 2) (**D** 172 - 1 de marzo de 1840)

Frente a estos requerimientos, ¿cuél es la reacción del Fundador? - En realidad, el más convencido de la conveniencia y necesidad de enviar más misioneros es el mismo Juan María. No es tarea fácil: antes de enviarlos, hay que formarlos. Ello exige formadores capacitados, tiempo para formarlos y recursos para sostenerlo. Estando en sus inicios, la nueva Congregación del P. de la Mennais escasea en esos varios ítems. Y el mismo Dierector general de las Antillas, Hno. Ambrosio, le dice y le repite al Fundador la necesidad de enviar Hermanos de una cierta edad y con cierta madurez, más una preparación pedagógica y cultural suficientes. En principio serían misioneros-educadores. Así, pues, el Fundador, tratando de dar respuesta a todo el entramado del problema, sigue enviando nuevos misioneros. Así se lo comunica al Hno. Arturo:

"Seis nuevos Hermanos van a reforzarles. Hubiera deseado que hubieran sido más, pero... Hemos tenido que abrir nuevas misiones en San Pedro y Miquelón y en Cayena. Espero que ahora me será más fácil aumentar las suyas, algo que mucho deseo".

(**JMLM** T I, 10 de octubre de 1842)

"He ahí otros diez Hermanos que van a reunirse con ustedes; vea, pues, que el celo y la abnegación no se debilitan entre nosotros". (**JMLM** T II, 23 de noviembre de 1846)

"Al enviarles últimamente ocho Hermanos, mostramos todo el interés que en ello ponemos". (**JMLM** T II, 10 de febrero de 1858)

Y, he aquí el comentario del Hno. Arturo a la llegada de nuevos misioeros:

"Lamento que, en lugar de seis Hermanos, no hayan llegado 40. Este número, por grande que parezca, sería insuficiente, frente a la gran necesidades que aquí se siente de la instrucción moral y religiosa". (**D** 172 – 8 de marzo de 1845)

Hay que decir que no es vano ni mucho menos este clamor de nuestro Hermano, reflejo de su espíritu misionero, de su amor y apego a la propia vocación, de su amor a la

labor misionera que la Congregación lleva adelante en las Antillas. En suma, del amor a la Congregación que da curso a sus ansias y a su inmenso caudal apostólico. En efecto: al morir el Fundador, en 1860, unos 200 Hermanos están en las Misiones, una cuarta parte, casi, del total de Hermanos del todavía naciente Instituto.

4.- El Hermano Arturo, forjador de misioneros

Y, mientras los nuevos misioneros van llegando, el Hno. Arturo prepara y adiestra a los que ya están en el campo apostólico. Y es que una de sus grandes preocupaciones es la de formar a los nuevos misioneros, en la escuela, en el catecismo nocturno y en la evangelización de los esclavos, en las "habitaciones" o plantaciones. Pero, su mayor empeño, lo despliega con aquellos que van a ir al campo misionero más difícil: a catequizar a los esclavos en sus estancias, antes y después de la emancipación. Y ello, incluso, antes de ser el responsable final en la conducción de la provincia. ¿Por qué se emplea tanto en ello? - He aquí su respuesta:

"Para acostumbrarlos a dar ese catecismo, si la muerte o la enfermedad me impidieran continuar. Para inspirarles el gusto de hacerlo". (**D** 172 - 28 de marzo de 1844)

Y, por supuesto: dado que la mies, - el campo apostólico -, es tan vasto, ¿cómo hace para preparar esos misioneros? – Los jueves por la tarde, -vacación en la escuela -, se hace acompañar por ellos y les hace participar en el trabajo de catequización.

En 1848, durante el retiro, da una sesión a todos los Hermanos reunidos, sobre el mismo tema. La idea es del superior, el Hno. Ambrosio: está a punto de llegar el gran momento de la emancipación y ¡hay que prepararla!

Y cuando ya ha sido designado un nuevo misionero, he aquí cómo lo introduce. Son sus mismas palabras:

"Nuestro Hermano Méen ha sido designado para reemplazarme en Lamentin; debo ejercitarlo durante algunas semanas y mostrarle los caminos, presentarlo a los propietarios y a los trabajadores, para ganar su confianza. Pienso que este Hermano, que es un ángel, lleno de todas las virtudes, va a hacer un bien inmenso en esta misión".
(**D** 173 - 7 de febrero de 1851)

¿Cuántos Hermanos "misioneros – catequistas" preparó de esta forma, siendo también él mismo misionero de los esclavos y luego, ya emancipados, a tiempo completo? – He aquí los nombres de los primeros: Hermanos Clemente, Focas, Francisco de Sales, Basílides, Méen-María, Yvas, Emerico, Polymo, Zenovio.

Luego, indirectamente, siendo Director principal, otros muchos. Algunos pasaron a la historia y se hicieron legendarios. Uno de los más conocidos: el Hno. Buenaventura. Pero, sobre todo, el Hno. Juan Pedro, que fue quien más se pareció al Hno. Arturo.

5.- Amor a la propia vocación

Amor a la Congregación, amor al Fundador, amor a los miembros de la familia religiosa…, es lo mismo que decir: amor a la propia vocación y a la misión apostólica de la Congregación. Es lo que hemos ido viendo a lo largo de estas páginas: **el Hno. Arturo ama ardientemente su vocación de Hermano "menesiano"**. Se juega a fondo por ella y por lo que eso conlleva: fidelidad, entrega, apostolado, espíritu de familia. Es lo que se trasluce en todas sus palabras, en sus cartas, en sus hechos. Nunca deja entrever, en ellos, la más ligera nube o duda, en relación con su vocación, al contrario. Bástenos una sola cita. En ella pone de relieve y en forma muy notable el sentido de su consagración religiosa y de su compromiso apostólico:

" Estoy dispuesto a hacer todo lo que la obediencia me pida y a morir antes que faltar a mis votos, los que yo hice libremente y que renuevo diariamente e incluso con más frecuencia, sobre todo, cuando comulgo." (**D** 173 - 14 de enero de 1850)

Y la manifestación de este su amor a la Congregación adquiere tonalidades dramáticas, con ocasión de la obscura y confusa situación derivada de la muerte del Hno Filemón, - siendo Director principal interino -, y que se complica con las cartas del Hno. Ambrosio a varios Hermanos, como ya vimos.

"...He amado a la Congregación más que un hijo ama a su madre. Estoy dispuesto a dar mi vida por la dicha de esta Congregación".

(**D** 173 - Carta al Hno. Ambrosio del 10 de noviembre de 1852)

Por eso, siendo superior, es muy doloroso para él encontrase con un Hermano que duda de su propia vocación. He aquí cómo se lo relata al Fundador:

"Al pobre Hermano Fabián se le ha metido en la cabeza que Dios le llama al estado eclesiástico y que debe ser sacerdote. Creo que esta idea no es más que una ilusión del demonio; por eso, de acuerdo con el Hno. Ambrosio, he tratado de sacarle estos pensamientos. Pero dudo mucho que podamos lograrlo". (**D** 173 – 2 de septiembre de 1849)

Introducíamos este capítulo con las palabras de un testigo, del Hº. Evergildo: **"Dos amores tuvo el Hno. Arturo: el del Fundador y el de la Congregación".**

Hemos dejado el primer amor para más adelante – lo veremos luego -, y hemos podido constatar el segundo: el Hno. Arturo fue un "menesiano" de cuerpo entero, amante de su familia religiosa, - su Congregación -, amante de los miembros de la misma, - sus Hermanos -, amante de su vocación de Hermano, - amante de su propia misión, - amante del carisma de la Congregación. No hay duda**: se siente feliz con su vocación y en su misión.**

Sin embargo, y con todo ese amor, no se encierra en un estéril capillismo: su amor a la Congregación es su forma propia de amar a la Iglesia, de extender el Reino de Dios. Por eso, al tratar ahora sobre el amor del Hno. Arturo a la Iglesia-, veremos que, en realidad, no es otra cosa sino repetir en forma personal algo que es también la pasión de su "Padre" Fundador, Juan María de la Mennais, que exclamaba**: ¡Cuánto amo a la Iglesia!**

Y ambos amores, - a la propia Congregación y a la Iglesia -, no son sino la expresión de un amor único a Jesucristo, fundador de la Iglesia e inspirador, por la fuerza de su Espíritu, del carisma menesiano: **"Dar a conocer y hacer amar a Jesucristo"**, a través de la escuela en un sentido amplio. He ahí la pasión del Hermano Arturo durante toda su vida, siguiendo a Juan María de la Mennais. ¡Sí!: para el Hno. Arturo fue una verdadera pasión.

D.+S.

Capítulo 38

Amor a la Iglesia

El Hno. Arturo ama a sus Hermanos y ama a la Congregación, su familia religiosa, decímos. Pero este amor, respeto y consideración no es un "gheto" cerrado: se extiende a todas las personas consagradas al Señor, a todos los bautizados, a todos lo hombres.

Y como "obras son amores", el Hno. Arturo demuestra su amor a la Iglesia entregando su vida y su buen hacer a su servicio: es lo que hemos visto a lo largo de este escrito. Creemos que es tan evidente que lo damos por adquirido.

Y, pocas cosas le duelen tanto como oír hablar mal de un sacerdote: ¡toma siempre su defensa! Si el ataque es dirigido contra un eclesiástico, por faltas evidentes o defectos reales, no lo rechaza directamente: lo neutraliza mostrando los méritos o las cualidades del interesado, haciendo ver que superan infinitamente las pretendidas faltas o los supuestos defectos: en él, el bien es muy superior al mal, - *dice* -; y como la perfección absoluta no es de este mundo, el sacerdote queda justificado.

Para nuestro Hermano no tiene sentido esa baja y necia envidia, que deriva de algunas ridículas rivalidades entre instituciones religiosas educativas y otras. No conoce nada más indigno de hombres entregados a la misma obra eclesial, soldados de la misma causa, de la misma Iglesia, del mismo ejército de Cristo, que esas culpables antipatías que son el regocijo y la alegría del infierno.

Ama, con amor sincero, con amor grande, a todas las Congregaciones religiosas, porque ellas son la Iglesia y son amadas por ella. Y le son queridas todas, porque en ellas tiene Jesucristo sus más abnegados servidores. Sin duda que experimenta hacia la suya un amor especial y a ella está apegado más que a ninguna otra; sin embargo, su humildad le lleva a creer que las otras son superiores. Y, como está enamorado de la suya, no tiene problemas en ser sensible a las bondades de las otras.

Ello explica su respeto profundo y tan edificante hacia los religiosos, sacerdotes, obispos u otros dignatarios eclesiásticos que recalan en la isla, de paso, procedentes de los más variados países. Ya vimos cómo los recibe, cómo los acompaña y les da cordialmente su hospitalidad. Lo vimos ampliamente en su momento.

Pero, amor, respeto y veneración muy particulares los tiene hacia los sacerdotes con quienes trabaja. Cuando los Hermanos llegan a las Antillas son una Congregación prácticamente desconocida. A su llegada son recibidos por el clero diocesano, si no con frialdad, sí, al menos, ignorados. Pero no pasa media docena de años, y los Hermanos llegan a ser admirados, con una colaboración recíproca ejemplar. En ello, no es ajeno Juan María de la Mennais, en su accionar desde Francia, es cierto; pero son los Hermanos quienes trabajan, codo a codo, con los sacerdotes.

La relación del Hno. Arturo con ellos es ejemplar; no sólo amistosa, sino fraterna, en ocasiones. Sólo una nubecilla empaña brevemente la admiración mutua a que se ha llegado. Todo, por culpa de un prejuicio racista del que es víctima un sacerdote, amigo él de un gerente-colono. Ahí, el Hno. Arturo no puede ceder, pues, para él, también los esclavos negros son hijos de Dios y miembros de la misma Iglesia. No pasa de ser un accidente, rápidamente superado.

En todas sus cartas, el Hermano transparenta este buen entendimiento y colaboración. Nos limitamos a citar un texto muy significativo:

"Nuestro buen párroco, al que usted ha visto en París, ha llegado, finalmente, a Fuerte San Pedro, con gran satisfacción de todos. Cuando la gente supo de su llegada, se fueron en masa a la orilla del mar: unos se metían en el agua hasta las rodillas, para tocar, los primeros, a su buen párroco; otros corrían, cuando pasaba. Él estaba tan lleno de alegría, al ver a sus feligreses, que asegura no haber oído las campanas que tocaban arrebato, como a la llegada del Obispo.

Nos hemos apresurado a ir a verle y nos ha dicho que le había visto a usted. Nos ha devuelto la visita, le he llevado por nuestras tres clases; y le he rogado que nos diera su bendición, a nosotros y a nuestros alumnos: la recibieron de rodillas. Le he hablado de nuestro catecismo nocturno y pareció satisfecho…" (**D** 172A167 - ...1844)

Muy llamativas fueron sus relaciones con lo miembros de la jerarquía eclesiástica en la Martinica, por lo cercanas, amistosas, confiadas. Primero fueron Vicarios Apostólicos, luego Obispos. Ello, especialmente en los momentos más difíciles, como en el tiempo en que nuestros Hermano tuvo que asumir la responsabilidad de Directoer principal provisional. Fue elegido para este cargo por el común acuerdo del Obispo con el Gobernador, - caso único en la historia de la Congregación -. De ello derivaron situaciones no fáciles. El recurso del Hermano fue acudir al Sr. Obispo. Los mayores problemas derivaron de algunas cartas enviadas desde Ploërmel por el Hno. Ambrosio.

"Viendo la dirección de esta carta y temiendo que fuese causa de confusión entre nosotros, la tomo y la rompo. Después de haberla leído, di cuenta al Sr. Obispo que me aprobó". (**D** 173 – 25 de noviembre de 1852)

Siguieron algunos problemas…

"Nuestro Sr. Obispo fue informdo y me ordenó no ceder en ninguno de mis derechos". (Ibíd.)

Pero las cosas se van solucionando. El problema se termina cuando el Hno. Arturo es nombrado oficialmente como Director principal de la Martinica. Justamente, con ocasión de ese nombramiento, Juan María de la Mennais le dicta lo que podríamos llamar la Regla de Oro que había seguido nuestro Hermano en la tormenta y lo seguirá haciendo sucesivamente:

"En los casos difíciles recurra al Obispo y siga sus decisiones".
(**JMLM** – T II, 27 de enero de 1853)

He aquí, finalmente, una carta de nuestro Hermano donde refleja su relación normal con el Pastor de la diócesis:

"Nunca agradeceríamos bastante a Dios, por habernos dado un obispo tan bueno. Parece querer y apreciar nuestras escuelas, y desea que aumente su número tanto como sea posible. Nos muestra verdadero interés.

Ha prometido apoyarnos todo lo que pueda. En fin, nos ha dicho que ya ha escrito al ministerio para pedir un mayor número de Hermanos. Como ve, mi buen Padre, estas cosas son muy consoladoras para nosotros". (**D** 173 - 20 de enero de 1852)

Y este buen entendimiento, oficial o formal, se trasluce, luego, en lo concreto de la vida de los Hermanos: los Hermanos llevan adelante la obra de evangelización de los esclavos, de incumbencia, quizás, en primera instancia de los sacerdotes. Pero son éstos los que presentan a los Hermanos catequistas en las estancias o "habitaciones", al menos en los comienzos, y con su apoyo lo llevan adelante. Y en las escuelas de los

Hermanos, son los sacerdotes quienes confiesan y atienden espiritualmente a los alumnos.

Los Hermanos preparan las Confesiones, las primeras Comuniones y Confirmaciones. Y son los sacerdotes quienes coronan la obra, administrando esos Sacramentos. En todo ello, el Hno. Arturo tiene una acción determinante. Ya vimos cómo su labor evangelizadora llega a ser tan eficaz y apreciada que le crea, en este sentido, algunos problemas de obediencia, al ser requerido, a la vez, por varios párrocos. Fiel al espíritu y a la palabra de la Regla, deja la decisión en manos del Hno. Ambrosio, Director principal.

Y este su amor filial a la Iglesia se refleja en todo su esplendor en la admiración , amor y devoción hacia el Papa. Siente, como en carne propia, los ataques que la impiedad, fomentada por la masonería, dirige al Vicario de Jesucristo. Los rechaza en la medida de sus fuerzas, en especial mediante la catequesis y la educación cristiana de sus alumnos y de sus catequizandos. Y sin tener miedo a expresar públicamente sus convicciones, cuando la ocasión se presenta.

Capítulo 39

Alguien que apostó por Cristo

El Hno. Arturo ama y trabaja por la Iglesia, también por su Congregación. Lo hace sin medida y hasta la extenuación. Podríamos preguntarnos: ¿Por qué todo ello? ¿Por qué enfrenta tantas y tan difíciles empresas apostólicas? ¿Por qué se sacrifica, en ellas, hasta perder, incluso, la propia salud? ¿Por qué está dispuesto aun a entregar su propia vida en ese cometido? ¿De dónde le viene la fuerza, la decisión, el entusiasmo para ello? – Diríamos que, para un religioso, - y para el Hno. Arturo-, la respuesta es sencilla en su formulación ¡Lo difícil es vivirla! ¿Por qué el Hno. Arturo vive todo eso?

Jesucristo está en el centro de su vida: Él es la razón final de su compromiso apostólico.

Nuestro Hermano**, un día opta por Cristo y luego no retira el envite jamás**. El día de su Profesión religiosa, en Ploërmel, hace su consagración, para dedicarse

enteramente al servicio de Dios, de Jesús, de su Reino, pronunciando el voto de Obediencia. Es el único voto que, por entonces hacen los Hermanos y que engloba los otros dos votos de religión: pobreza y castidad.

El Hermano Arturo entrega por entero, su corazón a Dios: sólo a Él le pertenece para siempre y sin retaceos. Por eso mismo, por no haber compartido su amor con nadie, puede entregarse todo a todos, sin distinción ni limitaciones.

Así se mantiene íntegro para Dios, a lo largo de toda su existencia. La claridad de su mirada de anciano refleja la diafanidad de su trato con Dios, la satisfacción de haber llevado a cumplimiento, a lo largo de la vida, el ideal prefijado.

Es cierto que lo vive más que lo expresa por escito: al fin, el género epistolar no es tanto una exposición teológica, cuanto la explicación de las propias vivencias.

He aquí lo que escribe al Fundador en 1850, cuando se piensa dar a su obra de evangelización una mayor extensión:

"Creo estar en vísperas de ser enviado a otras parroquias del campo, sea para abrir el camino a otros Hermanos, en esta función de catequistas, sea para quedarme en ellas, si la obediencia así lo exige de mí. Estoy dispuesto a todo lo que la obediencia pida de mí, y a morir, antes que faltar a mis votos: los he hecho libremente y ***los renuevo todos los días, y a veces, incluso, más a menudo, sobre todo cuando comulgo".***

(**D** 173 - 14 de enero de 1850)

Y lo hace con tanta fuerza, su delicadeza de conciencia es tal que se pudo pensar, incluso, en la posibilidad de haber sido víctima de escrúpulos. Los sacramentos de Comunión y Reconciliación pueden ser, para este caso un banco de prueba. Otros factores circunstanciales pudieron intervenir. Veámoslo.

Comulgar, confesarse. He ahí los puntos fuertes para todo cristiano, en su relación íntima con Jesucristo. ¿Con qué frecuencia lo hace el Hno. Arturo, en aquellos tiempos en que, por el dominante jansenismo, se hace raramente?

"Me confieso cada quince días, e incluso más a menudo: a veces cada semana. Pero no me atrevo a comulgar todos los días en que nuestro confesor nos permite hacerlo, pues apenas me enmiendo. Rece por mí, de una manera muy particular, querido Padre".

(**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

Para un Hermano de la Instrucción Cristiana el retiro anual es el tiempo más apropiado para hacer el punto, en su vida espiritual, para ponerse frente a Jesús y ver hasta qué punto mantiene firme el compromiso con Él. Ya lo vimos más arriba. Añadamos una precisación, tomada de la carta que le escribe al Fundador el 28 de diciembre de 1844 (**D** 172):

"Durante el retiro he hecho una pequeña revisión de conciencia. Pida a Dios que me dé la gracia de poner por obra las resoluciones que he tomado, y sobre todo, la de tomar todas las comuniones de Regla".

Luego, repite lo relacionado con la confesión, visto más arriba y añade:

"Tengo el permiso de comulgar todas las veces que le Regla lo permite, pero, por un temor muy penoso al sentirlo y difícil de explicarlo, no me atrevo siempre a ir a comulgar dos veces por semana. Sin embargo, desde el retiro no he faltado a la comunión más que una vez. Nuestro buen Hno. Ambrosio me lo ha reprochado fuertemente y me ha hecho comprender que eso no edifica a los Hermanos. Estoy de acuerdo con él, reconozco que esta cruz no es la menos pesada que tengo que llevar. Sin embargo, no es la única". (Ibid.)

Y es que nuestro Hermano, en su delicadeza de conciencia, sigue reprochándose algunas menudencias de los tiempos de la niñez, en relación con las cosas ajenas y con las personas de su pueblecito, Messac: ¡Los frutos del huerto o de la quinta vecina son siempre más apetitosos!"

Finalmente, un día, - en 1841 -, con sinceridad angelical se lo confía al Fundador, con el encargo de enjugarlo, mediante los servicios de un Hno. Bernardo, amigo suyo y de su confianza. Al hacerlo, indica al Fundador los nombres de las personas perjudicadas y la sumita correspondiente a cada una.

Y apostilla:

"Cuando estaba en Messac y vivía cristianamente, según creo , estas cosas no me inquietaban; pero aquí me inquietan, tanto más cuanto que la muerte parece planear sobre mi cabeza, aquí más que en Francia". (**D** 168 – 8 de julio de 1841)

Nuestro Hermano está haciendo su camino de acercamiento e intimidad con el Señor, llegando a una extrema delicadeza de conciencia. Años más tarde repite el gesto, en relación con un tío suyo y por causa parecida, añadiendo:

"Prestándome este servicio, usted descarga mi conciencia de un gran fardo".
(**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

El Fundador, en su bondad, no deja de cumplir la comisión.

"Sí, mi querido Padre. En adelante quedaré tranquilo. No sé cómo expresarle todo el agradecimiento que le debo, por tantos servicios como los que usted me ha prestado y por los que continuamente me presta". (**D** 172 - 8 de agosto de 1845)

Pasa el tiempo y el Hno. Arturo sigue hilando cada vez más fino.

"He hecho una revisión del año, en dos confesiones solamente. El sacerdote que nos daba el retiro juzgó a propósito que no hiciera más. Veo con dolor que no me enmiendo, al contrario: cuanto más aumentan los años, más se multiplican mis imperfecciones".
(**D** 173 - 17 de enero de 1848)

Y, víctima del jansenismo dominante en la época, como apuntamos más arriba, proyecta estas sus preocupaciones en sus relaciones con Dios. Su confesor le sugiere que haga, no dos, sino tres comuniones por semana. También es el deseo del Hno. Ambrosio, su superior, pero…

"A la vista de mis faltas, me echo para atrás, y me veo obligado a confesarme con más frecuencia de una semana. Siempre tengo motivos de gemir por mi flojera. El pensamiento del juicio final me atemoriza, pues veo que en el poco bien que he hecho, siempre se han deslizado tantas imperfecciones y defectos, que no sé si habrá una acción que pueda contar ante el juez que es la justicia misma.

Por eso, mi buen Padre, le suplico que rece por mí, de manera muy particular, sobre todo cuando ofrezca el Santo sacrifico de la Misa". (**D** 173 - 14 de abril de 1849)

Y este pensamiento le vuelve, a la vista de sus años:

"Mis cabellos blanquean, el cuerpo parece debilitarse y declinar; todo eso, parece decirme que pronto habrá que ir a dar cuenta del abuso de tantas gracias".
(**D** 173 - 20 de enero de 1852)

Esta delicadeza de conciencia se proyecta en su actuar: en las relaciones con sus Hermanos, y en particular en los años en que es superior de comunidad. He aquí un ejemplo, a propósito de los hospitales, donde se internan, en caso de enfermedad.

Nuestro Hermano se sincera con el Fundador. Algo puede decir sobre ello: los visita a menudo.

"Permítame, Padre, que le hable de los peligros que nuestros Hermanos convalecientes encuentran en el hospital. Ordinariamente, también hay un cierto número de oficiales de la Marina; unos, enfermos, otros, convalecientes. Pero ninguno de ellos tiene enfermedad en la lengua, y van a las habitaciones de nuestros Hermanos jóvenes a conversar. También nuestros Hermanos, algo imprudentes, van a las de ellos. La mayor parte de esas gentes apenas tienen otras conversaciones que las más propias para debilitar la fe y la vocación de los Hermanos imprudentes que los escuchan". (**D** 172 – 4 de mayo de 1843)

Y esto lo dice justamente un día después de haber visitado a un joven Hermano hospitalizado.

La delicadeza de conciencia del Hno. Arturo es fruto de una opción por Dios: la de un corazón indiviso, entregado enteramente a Dios. Y, todo lo que podría separarlo de Él, o incluso turbar su relación con el Señor es algo que no puede dejar de evitar: posee un olfato especial para alejar todo lo que podría, de alguna manera, mellar la pureza de su corazón.

Es llamativo cómo, en sus cartas al Fundador, en las que le abre de par en par su conciencia, nunca aparece un problema de castidad. Llega a las Antillas con las ideas bien claras y, para mantenerla intacta elige los medios que le parecen más apropiados, y es fiel a ellos. He aquí cómo se lo confía al Fundador, apenas llegado a la Guadalupe:

"Creo como un deber el decirle que las mujeres no convienen, de ninguna manera, como sirvientas de los Hermanos, en las Antillas. Incluso: las que parecen las mejores, son muy peligrosas. Son, en general, muy ignorantes en materia de religión. Creo que el pueblo no queda edificado al ver a chicas donde los Hermanos, pues hay peligros para ellos, y en opinión de varias personas, el clima (tropical) parece excitar las pasiones.

(**D** 172 – 3 de mayo de 1840)

Pasan los años y la mirada límpida de su vejez transparenta un corazón que ha latido durante toda la vida, sólo para Dios, en medio de un apostolado difícil y riesgoso.

Como ya dijimos, no tenemos, del Hno. Arturo, la expresión escrita de su amor a Cristo, de su relación personal con Él, es verdad. Las cartas que escribe y que son los solos escritos que de él nos quedan, no son precisamente el medio de expresión más indicado para ello.

El amor del Hno. Arturo hacia Jesús queda expreso en:

a) Su vida, pura y transparente;

b) Su obra de evangelización, mediante el catecismo en todos los frentes: en la escuela, en la catequesis a los adultos, de tarde-noche, en el catecismo a los esclavos y luego a los hombres libres.

Porque, ¿quién puede conocer a Cristo y no amarlo? ¿Amarlo y no jugarse por Él? Y quien por Él se juega, no puede dejar de darlo a conocer y hacerlo amar...

Creemos que ése es el banco de prueba. Llega a ser en el Hno. Arturo una pasión, con la consiguiente alegría del ideal cumplido. Sea en la clase, o en el catecismo de adultos por la tarde, y, sobre todo, en la catequesis a los esclavos: ***"Dar a conocer a Jesús, hacerlo amar"*** es su meta Y, por ese medio, ayudarles a "salvarse y evitar la condenación", como gustaba repetir, según el sistema de catequización de ese tiempo. Ya lo hemos visto sucintamente. Veámoslo ahora en forma explícita. Es el meollo, la expresión de su personalidad

Capítulo 40

Celo apostólico

Este celo, en efecto, este deseo de **"dar a conocer " al Señor, a Jesús, hacerlo amar y "adorar"**, como él dice, es el motor que mueve la máquina, la persona del Hno. Arturo y todos sus engranajes.

"Pida, querido Padre, - escribe al Fundador, casi en los comienzos de la misión antillana -*, pida para que acertemos en esta obra y por la conversión de los pobres jóvenes, por cuya salvación yo daría mil vidas".* (**D** 172 - 8 de enero de 1842)

Y, más adelante, preocupado ante la idea de que el Fundador le sugiera u ordene bajar el ritmo de su trabajo, le escribe:

*"Parece que la voluntad de Dios es que continúe con todo este trabajo, que quizás a usted, mi buen Padre, le parezca demasiado, como les parece a los Hermanos que están conmigo, que no cesan de repetirme que me canso demasiado: pero lo que hay de cierto es que estoy mejor que todos ellos. Le suplico, querido Padre, que me permita continuar con este género de vida; estoy mejor cuando estoy ocupado**; y si dejo de dar la clase de la noche, ¿quién instruiría en nuestra santa religión a esos pobres desgraciados que están trabajando todo el día para sus amos?***

Si no les diera esa clase y ese catecismo, ¿cómo conocerían sus deberes para con Dios? No puede hablar de esto sin enternecerme". (**D** 172 - 9 de marzo de 1842)

Y es este su celo el que le empuja a actuar en el mismo sentido, en relación con sus Hermanos:

"He renovado la prohibición que había hecho a los Hermanos para que no rechacen a los niños, sin mi permiso. (**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

De esta suerte, el número de alumnos aumenta y aumenta; pero no el número de Hermanos para atenderlos. ¿Cómo conseguirlos? - Recurriendo al Fundador:

"He tenido el honor de hablarle, en la carta precedente, de la necesidad que tenemos, de un cuarto Hermano" (**D** 172 - 27 de febrero de 1843)

Y este aumento constante de alumnos, lejos de echarle el ánimo abajo, es para él motivo de gran alegría: puede realizarse plenamente en su misión de educador de la fe, de "dar a conocer a Jesús". Y aún más: le pide al Fundador que se una a su alegría:

Únase a nosotros, querido Padre, para bendecir a Dios y bendecir mil y mil veces la divina Providencia que, el enviarnos un número tan grande de alumnos, nos da la ocasión de ***darlo a conocer y hacerlo amar y adorar*** *a estos queridos niños que, quizás, lo habrían ignorado durante toda su vida… ¡Cuántas gracias debo dar a Dios por haberme elegido para trabajar en el salvación de estos queridos niños****!*** (**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

Este celo le lleva, incluso, a acortar sus vacaciones, dejar la dulce compañía de los Hermanos, los días subsiguientes al retiro anual, el tiempo que viven en familia, la familia religiosa:

"El Hno. Filemón y yo nos hemos visto obligados a volver inmediatamente, después del retiro, a causa de la segunda Comunión, en Mouillage. Los otros Hermanos se han quedado en "Morne Vanier".Tan pronto como los hombres que asisten al catecismo han sabido mi llegada, han venido a verme: no he podido dejar de prometerles que íbamos a recomenzar el catecismo de noche, al día siguiente de mi llegada".

(**D** 172 - 23 de diciembre de 1843)

Y los alumnos siguen aumentando… ¡Qué tragedia!

"¡Me he visto obligado a rechazar a dos chicos, con el pretexto de que eran demasiado jóvenes! Piense en la pena que ello me ha causado. En adelante estoy resuelto a no rechazar a ninguno. ***¡La mies es mucha y los obreros pocos!***

(**D** 172 - 5 de febrero de 1844)

¿Por qué todo este entusiasmo apostólico? - Nace del fondo del ser:

"¡Ojalá pudiera derramar hasta la última gota de mi sangre por la salvación de esta pobre gente! Me parece que la daría de todo razón, si Dios me la pidiera. Pero, ¡ay! Soy indigno de tal favor: eso está reservado sólo a las almas fervorosas, y yo soy sólo flojera y tibieza!" (Ibid.)

Y buscando soluciones, su celo ardiente le transporta, mediante la imaginación, a Europa. Parafraseando a San Francisco Javier, escribe:

"¡Quién me diera el poder estar en medio de mis Hermanos de Francia, cuando están reunidos en el retiro! Si hiciera falta, me echaría a sus pies, para suplicarles: a unos, para que dieran sus nombres a nuestro respetable Padre para venir acá. A otros, para que buscaran en las respectivas parroquias y ciudades donde están colocados, a los jóvenes con vocación religiosa, para enviarlos al Noviciado, donde los prepararían para venir aquí. ***En una palabra, los invitaría a todos para que pidieran a Dios que inspirara a los jóvenes el deseo de entregarse a su servicio y de trabajar por la salvación de estos queridos criollos".***

La mies es abundante, pero hay pocos obreros. Pidamos con un fervor al dueño de esta mies, grande y ya madura, numerosos obreros según su corazón".

(**D** 172 - Carta al Hno. Julián, el 25 de febrero de 1844)

Hay que decir que estas palabras no caían en saco roto. Los misioneros seguían llegando a las Antillas, enviados por el Fundador. Pero…

¡Los alumnos siguen aumentando!

*"Nuestras clases están muy llenas: hace unos día yo tenía **¡114 niños en mi clase!** Pasé varios a otra clase.* (**D** 172 - 28 de marzo de 1844)

Tratando de encontrar una solución para paliar tan perentorias necesidades y siguiendo las indicaciones del Hno. Ambrosio, visita al Director del Interior (en relación con el mobiliario escolar, etc.). Sus promesas son a largo plazo. Se lo comunica al Fundador, concluyendo con cierta pesadumbre:

"Así que que no tendré más ayuda que la que obtengan las oraciones que su caridad dirigirá sin cesar a Dios, para obtenerme la fuerza y el coraje que necesito para cumplir mis deberes con nuevo celo y renovado fervor. Le confieso que, en ciertos momentos, a lo largo del año pasado, ambos parecían haberme abandonado, sobre todo la fuerza: me he encontrado a veces tan fatigado y tan abatido que me costaba andar y hablaba con dificultad al final de la clase; y, sin embardo, aún tenía que dar mi catecismo de tarde.

*¡Bendito sea Dios que permite, en su misericoardia, que esté privado de una ayuda que me parecía necesaria. Lejos de murmurar por ello, debo darle gracias y bendecirlo y esperar con mayor confianza que me dará las fuerzas necesarias para instruir a los que me envíe, **para enseñarles a conocerlo y amarlo.***

*Sería demasiado dichoso si pudiera morir víctima del celo **por la gloria de mi divino Maestro y por la salvación del prójimo**; pero este favor está reservasdo sólo a las almas fieles que corresponden a las gracias de Dios, y no a un miserable pecadoer como, que estoy lleno defectos".* (**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

¡Admirable! Es un texto que pinta al Hno. Arturo de cuerpo entero, explicitando su compromiso apotólico y el objetivo de su apotolado, y con las mimas palabras de Juan María de le Mennais para sus escuelas **"Dar a conocer y hace amar a Jesucristo" .**

Un año más tarde le ocurre cosa parecida:

"Tengo 104 niños en la lista de la clase pequeña; también las otras están demasiado llenas; y, sin embargo, esta misma mañana he recibido otro más: no puedo rechazar a los niños que la Providencia me envía". (**D** 172 - 2 de abril de 1845)

Por otro lado, ello no deja de darle amplias satisfacciones. He aquí cómo se lo confía al Fundador:

"¡Cuán edificado habría quedado usted si hubiera sido testigo de la compostura de un cierto número de nuestros alumnos y de la modestia con la que un cierto número de ellos se acercaban a los Sacramentos". (**D** 172 - 22 de enero de 1845)

Niños en la escuela. Adultos en el catecismo de tarde. Y en ambos campos, cifras notables. El Fundador por su parte, no se hace el sordo. Y según la medida de sus posibilidades sigue enviando misioneros. Nuestro Hermano, al saber que en mayo de 1845 han llegado ocho nuevos misioneros se llena de gozo. Pero exclama:

"¡Lamento que en lugar de ocho no hayan llegado 40!!!

No sólo los niños reciben instrucción religiosa en nuestros establecimientos de las Antillas: la recibe también un gran número de hombres de todas las edades. Para estos últimos tenemos un catecismo de tarde en casi todos nuestros establecimientos, y el bien que produce esta variedad de catecismo es más sensible que entre los niños".
(**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

Pero, todo sumado, no teme decirle:

"Lejos de afligirme, al ver nuestras clases tan llenas de alumnos, ello me alegra. Pido a Dios que doble su número y que aumente el de los Hermanos, si ésa es su voluntad".
(**D** 172 - de diciembre de 1845)

Y parecería, en efecto, que Dios quiere escucharle:

"¡A veces tenemos en la clase pequeña 116 alumnos! Y la instrucción o catecismo nocturno sigue siempre. A él acuden esclavos jóvenes o viejos, y algunos llevan una vida edificante". (**D** 173 - 7 de septiembre de 1846)

No son, pues de extrañar sus encendidas exclamaciones:

"¡Oh! ¡Qué hermosa, qué grande, qué sublime es esta obra de la Providencia!".
(**D** 172 - 28 de marzo de 1844)

"Sería muy feliz si pudiera morir víctima del celo por la gloria de mi divino Maestro y por la salvación del prójimo". (**D** 172 - 5 de febrero de 1844)

"A menudo he pedido a Dios la gracia de dar mi vida para probarle que le amo y para pagar mis deudas hacia su divina justicia". (**D** 172 - 30 de junio de 1845)

Y esta disponibilidad, este su celo... adquieren ribetes heroicos cuando tiene que dedicarse a la instrucción religiosa de los esclavos, a tiempo pleno. Es algo con lo que había soñado largamente:

"¡Cuánto ansío el ver a estos pobres esclavos venir a nuestras lecciones: espero que Dios me conceda la gracia de ser uno de los primeros Hermanos encargados de instruir a estos pobrecitos esclavos en las verdades de nuestra Santa Religión y de enseñarles a leer". (**D** 172 - 28 de septiembre de 1846)

Y, llegado el momento, lo asume y lo enfrenta animosamente:

"Después de haberme confesado, renové mis votos en particular y me ofrecí a Dios de todo corazón, para esta hermosa obra y ***le hice gustosamente el sacrificio de mi persona.*** *E incluso estoy* ***dispuesto a dar mi vida por la salvación de los pobres esclavos, si eso del agrado de Dios"****.* (**D** 173 - 9 de junio de 1847)

Para llevarlo a cabo, no cuenta con sus propias fuerzas, sino con la gracia de Dios: en sus cartas, no cesa de pedir al Fundador que se la obtenga, mediante sus oraciones:

"Usted sabe, querido Padre, cuán lejos estoy de poseer la capacidad y las cualidades necesarias para esta obra sublime. ***Pida, pues, a Dios, que supla lo que me falta****. La sola cosa que puedo ofrecer es una buena voluntad, determinada a hacerlo todo y sufrirlo todo, para la gloria de Dios y la salvación del prójimo.*

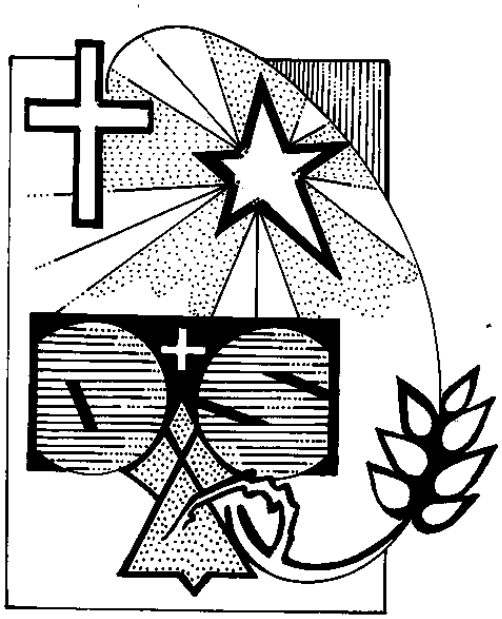
"Espero el éxito sólo de Dios y lo ponemos todo entre sus manos. Sólo Él puede cambiar el corazón y hacerlo mejor de lo que podemos esperar."

Haga, pues, una dulce violencia al cielo por el éxito de esta hermosa obra. Si me atreviera, ***le pediría que ofrezca a Dios el Santo Sacrificio de la Misa por mí,*** *a fin de que predisponga a los "habitantes" (dueños de las "habitaciones" o estancias), y me permitan catequizar a sus esclavos, y no me suceda nada desagradable; en fin: que pueda cumplir perfectamente lo que se me ha encomendado".* (**D** 172 - 9 de junio de 1847)

¿Habría que añadir algo más sobre el celo del Hno. Arturo, en su entrega al servicio de los demás, para dar a conocer y hacer amar a Jesús?

He aquí una frase suya que lo podría resumir y que viene a equilibrar conceptos anteriores de nuestro Hermano, a quien tampoco faltaron duras pruebas, dificultades, incomprensiones.

"A veces experimento grandes consuelos en mi misión, y si me fuera permitido desear algo, sería el terminar aquí mi vida, si ésa fuera la voluntad de Dios". (**D** 173 - 14 de abril de 1849)



Capítulo 41

Educador de la fe

¿Habrá algo más evidente en el accionar apostólico del Hno. Arturo que su celo, su espíritu de fe, su vocación de misionero en la primera fila? Pero, podríamos preguntarnos: En medio de toda esa actividad. nuestro Hermano**, ¿fue fiel a la misión propia de un Hermano menesiano, del Hermano de la Instrucción Cristiana, *"Dar a conocer y hacer amar a Jesucristo"*, como quería el Fundador de los Hermanos, Juan María de la Mennais?**

Este ***"Dar a conocer y hacer amar a Jesucristo",*** es el cometido, la misión de los Hermanos de Europa y también de los Hermanos misioneros. Hubo un Hermano Liguori-María, procedente de la Pointe-à-Pitre (Martinica), que, siendo ya algo mayorcito, recibió en la escuela algunas clases especiales, cuando el Hno. Arturo hacía allí sus primeras armas, se entusiasmó con la vida de los Hermanos, fue a Ploërmel e hizo la Profesión religiosa. El Fundador lo mandó, luego, al Senegal. Su relación con él era transparente y confiada. En una de las cartas que de él recibió, le dice:

En realidad, ya lo hemos ido viendo a lo largo de todo este tratado. Lo concretamos ahora en etapas sucesivas, como respuesta a sucesivas y graduales preguntas y constataciones.

1. ¿Tiene clara su misión el Hermano Arturo, en medio de toda aquella exuberancia y diversidad de actividades apostólicas?

Nada mejor, para llegar a conocerlo, que sus mismas palabras, que revelan el porqué y el para qué de su actuar.

Digamos, antes que nada, que el Hno. Arturo se siente siempre bien dando clase: como educador, la da con gusto. Buen pedagogo, especialmente con los más pequeños, aunque, a veces, por el número excesivo de alumnos en su clase - ¡hasta 118 contó una vez! -, se haga lío. Y ello, le resta eficacia en la labor pedagógica. Pero ha de afrontar esa realidad, en aras de la otra realidad, como educador **"cristiano".**

Y es preciso que le escuela funcione bien como escuela: que en ella se enseñe. Ésa es la mentalidad menesiana. Poco tiempo después de su llegada a las Antillas, escribe al Fundador, manifestándole su preocupación por el buen funcionamiento de las escuelas:

"…De otra suerte, dice -, ***los padres enviarán a sus hijos a otras escuelas, en las que no se les habla nunca de Dios"***. (**D** 172 - noviembre de 1840)

Ya vimos en su momento, al hablar de la escuela cristiana integral de San Pedro (capítulo cuarto) sus esfuerzos para que funcionara bien y cumpliera su objetivo final:

"La divina Providencia parece enviárnoslos como de la mano, ***para que les enseñemos a amarlo y bendecirlo".*** (**D** 172 - 22 de agosto de 1845)

2. ¿Cómo?, ¿dónde… "dar a conocer a Jesús, hacerlo amar?

La tradición de la Congregación, lo ha visto por tanto tiempo, especialmente en **la sesión de Catequesis, la primera media hora de la tarde**, especialmente. Así lo era en tiempos del Hno. Arturo y así trataba de realizarlo.

Veamos con qué satisfacción se lo expresa a Juan María de la Mennais:.

"…Escuchan con una atención que le encantaría, querido Padre, si usted estuviera presente. Ya hay alumnos que quieren hacer la primera Comunión", le escribe al Fundador desde los comienzos de su apostolado en San Pedro. (**D** 172 - 16 de abril de 1842)

Y, en efecto, desde el principio, ya hay algunos que empiezan a frecuentar la iglesia. Es el caso de varios alumnos de San Pedro. Ya aquel primer año, - 1842 -, 31 niños toman la Comunión; es algo nunca visto, son la edificación de la ciudad entera. *Del Hno. MarceLino Roucioux, compañero del Hno. Arturo tomamos la siguiente cita, al hablar, justamente de esa primera Comunión: "* En todas las calles resuenan alabanzas en su favor y todo el mundo repite ***'¡Es Dios quien ha enviado a estos Hermanos! ¡Sí! Están aquí para nuestro bien. Al menos ahora saldremos de nuestra gran ignorancia y sabremos algo. Sabremos para qué estamos en este mundo, conoceremos la justicia para practicarla, el mal, para evitarlo.*** *Es la voz del pueblo".*

(**D** 172 - Noviembre de 1842)

Todo ello hace repetir nuestro Hermano:

"¡Bendito y alabado por siempre! Mi único deseo es morir por su gloria, instruyendo a mis pobres negros y mulatos sobre sus deberes para con Dios".

(**D** 172 - 3 de enero de 1842)

3. ¿Una condición preliminar?

Que la escuela funcione bien.. Ello hace que el número de alumnos siga creciendo, lo que hace exclamar al Hermano:

"¡Ojalá tuviéramos un Hermano más: abriríamos una clase más!"

Y esto es, además, un estímulo para los alumnos:

"Incluso noto que, desde hace algún tiempo hay mucha emulación entre ellos para aprender el catecismo; tenemos algunos niños de 7 y 8 años que saben ya todo el catecismo grande de las colonias". (**D** 172 - 26 de febrero de 1844)

Y en esta catequesis, los Hermanos ponen todo su empeño:

"Hemos hecho todo lo posible para que aprendan su catecismo; muchos lo sabe bastante bien y ponen en práctica lo que han aprendido: algunos parecen piadosos: se acercan a los sacramentos y su conducta es edificante". (**D** 172 - 31 de diciembre de 1845)

4. ¿Cómo no alegrase por ello?

Con qué alegría el Hno. Arturo ve cómo los alumnos comulgan por Pascua o hacen su primera Comunión! Y, por el contrario, ¡cuán grande es su dolor al ver que otros, ya mayorcitos, dejan la escuela sin haber dado ese paso de la vida cristiana.

Y, en su trabajo de catequista, en sus explicaciones, ¿cómo no?, encuentra algunos que le siguen con menor interés. ¿Cómo aborda esta situación?

"·…Me guardo muy bien de reprenderlos, al contrario: los recibo siempre con la mayor paciencia que puedo. Yo siembro y Dios lo hará crecer a su tiempo: ¡sólo Dios puede tocar los corazones endurecidos. Al menos, así saben que tienen un alma".

(**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

Y he aquí una clara afirmación, en el orden de prioridades, en el apostolado del Hermano Arturo:

5. La escuela, un lugar privilegiado para el desarrollo del carisma menesiano.

"Piense usted, Padre, ***cuánto bien van a hacer nuestras escuelas, que los sacan de la ignorancia de la religión.*** *¿Cuándo, pues, veré aumentar el número de nuestras escuelas y de nuestros Hermanos en las colonias, donde la necesidad de* ***la instrucción religiosa, es tan urgente?"*** (**D** 172 - 27 de septiembre de 1843)

Finalmente, en 1852, después de haberse empleado a fondo en la catequesis a los esclavos, en sus mismas plantaciones, antes y después de la emancipación y con tantas satisfacciones apostólicas y no menos trabajos, he aquí cómo el Hno. Arturo, el gran misionero, vuelve sobre la importancia de la misión en la escuela:

"Sin nuestras escuelas, estos pobres niños ignorarían toda su vida las verdades necesarias para la salvación y se perderían infaliblemente. Por medio de nuestras escuelas aprenden sus deberes para con Dios y para con el prójimo y se harán excelentes cristianos y santos. (**D** 173 - 10 de noviembre de 1852)

Ello no hace sino refrendar las intenciones del Fundador al establecer la Congregación. Ya lo vimos más arriba:

"Lo esencial es sostener las escuelas regularmente organizadas".

(**JMLM** T.II, 14 de abril de 1847)

Ésta es la razón que dinamiza a los Hermanos en su actuar: llevar los hombres a Dios. - que lo conozcan y lo amen – y procurar la extensión de su Reino.

¿Qué más natural, entonces, que pida oraciones, sea a sus amigos, como a los Hermanos de Francia o a los capellanes de Ploërmel?

"Pida a Dios que me dé el valor y el celo de los que tengo necesidad para alentar a mis Hermanos para que den bien la clase y para cumplir todos mis deberes y que mis defectos y mis imperfecciones no detengan el curso de sus gracias sobre mis Hermanos y mis queridos alumnos" (**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

*"…**por la prosperidad de nuestras queridas escuelas de las colonias, tan útiles al bien espiritual y temporal de nuestros criollos"?*** (**D** 172A167 - ¿ 1844?)

Para redondear este tema, vamos a dedicar unas líneas a esta razón de fondo del actuar del Hno. Arturo, bajo el sugestivo título del capítulo siguiente.

Capítulo 42

Espíritu de fe

La fe, el "espíritu de fe" es algo que está en la base de las decisiones, de las opciones del Hno. Arturo. Si **decide** ir a Ploërmel, siguiendo la sugerencia de su párroco, dejando atrás un hogar feliz…; si dice **"sí"** al Señor en le Profesión religiosa…; si dice **"sí"** a la propuesta misionera que Juan María de la Mennais y se embarca hacia las tierras lejanas de América…, es porque aquella semilla de la fe, recibida en el bautismo, está, en él germinando. Germinando y desarrollándose con fuerza. Y luego**, ¡nunca se echa atrás!**

Y son las palabras de Jesús las que trabajan en su interior y le llevan a decisiones, incluso difíciles. Ante aquella propuesta de Jesús a sus discípulos, antes de dejarlos y volver al Padre:

"Id. pues, haced discípulos a todos las gentes…, enseñándoles a guardar todo lo que yo os he enseñado. He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 19 – 20)",

… nuestro Hermano no queda indiferente: las hace suyas, se convierten en la razón de su apostolado, cada vez más comprometido, más exigente.

Podríamos preguntarnos cuál es la vivencia, en el Hno. Arturo, de eso que predica: ¿Vive, actúa a la luz de la fe? ¿Cuál es su "espíritu de fe"?

Quien está penetrado de ese espíritu fe habla con Dios, confía en Él, a Él recurre, vive unido a Él: a Dios, a ese Dios en el que cree. Y esa fe no queda ahí; luego, al mismo

tiempo, ella es el sostén de las obras de Dios y por Dios. Quien en Dios cree, trabaja por Él, hace lo que Él le sugiere. Quien ama a Dios hace la obra de Dios, a través de los hijos de Dios, de los hombres: a su servicio se entrega, por ellos se sacrifica. Es la obra de la extensión del Reino de Dios.

¿Cómo fue, pues, la vida del Hno. Arturo en sus relaciones con Dios? Al hacer su entrega en favor de los hombres, - hijos de Dios -, como educador, como catequista, como misionero, y luego, como superior… y en todo el resto de su vida. ¿Cuál es la fuerza de su fe? ¿Cuál, su espíritu de fe?

Digamos, en primer lugar que su relación con Dios, como vivencia de la fe, es intensa y continua. Sea mediante las oraciones así llamadas "oficiales o de Regla", con una fidelidad perfecta, sea en la oración personal y espontánea: los caminos de las Antillas quedaron sembrados de ellas. Lo hemosa visto…

Toda su vida queda envuelta en la oración, como expresión de su relación con Dios. Así se lo expresa al Fundador:

"Pídale (a Dios) para que me dé el valor y el celo que necesito para alentar a mis Hermanos, dar bien la clase y cumplir todos mis deberes y para que mis defectos e imperfecciones no detengan el curso de su gracia para con nuestros Hermanos y nuestros queridos alumnos" (**D** 172 - 8 de marzo de1843)

¿Y sus pensamientos? ¿Cómo juzga las cosas, los acontecimientos, su misma labor apostólica?

La divisa **"Dios sólo"** heredada y recibida del Fundador es como el norte que guía y orienta la aguja magnética de su vida diaria.

"Esa divisa, - dice un testigo -*, era el móvil de todas sus acciones, de cada uno de sus movimientos. Veía a Dios en todas partes, su mirada se orientaba constantemente hacia el Padre de los cielos, para estudiarlo, conocer su voluntad adorable y obrar en todas las cosas en conformidad con su voluntad, regla única de todo lo que es bueno.*

Trataba de hacer meritorias hasta las acciones más insignificantes, animándolas con el espíritu de fe, poniendo en práctica aquello de San Pablo: 'Sea que comáis, sea que bebáis, todo lo que hagáis, hacedlo por la gloria de Dios'".

(EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 63)

Y a fe que nuestro Hermano tuvo la necesidad de la **FE,** tanto para llevar adelante su misión, cuanto para enfrentar lo que se oponía a ella: **FE** para continuar y no venirse abajo. **FE** en los éxitos y en los fracasos. **FE** en las horas de satisfacciones apostólicas y en los abatimientos y arideces. **FE** en al trato con sus Hermanos y en la indiferencia que, en ocasiones alguno le muestra. **FE** en su labor apostólica con los esclavos y en la resistencia de algunos amos…

Hay una palabra que repite y repite en sus cartas; en ello es deudor del Fundador, y, a su vez, testigo y portador de algunos aspectos del carisma que el Señor a través de él; es la palabra **Providencia:** Dios que está presente en su vida, la dirige y ordena según su plan de salvación. El Hermano lo palpa, lo vive. Las citas podrían ser tantas. Bástenos una que podría ser como una pequeña síntesis del carisma menesiano:

"Únase a nostros, querido Padre, para bendecir mil y mil veces a la divina Providencia que, al enviarnos un número tan grande de alumnos, nos da la oportunidad de darlo a

conocer, amar y adorar, por estos queridos niños que, quizás lo habrían ignorado toda toda su vida". (**D** 172 – 8 de febrero de 1843)

Las líneas que siguen nos van a mostrar que no le es siempre fácil, que la visión de fe le llevó a tener que afrontar, en ocasiones, momentos de verdadero heroísmo.

He aquí una frase del Hno. Arturo, en carta al Fundador, cuando éste le pone en guardia contra la vanidad en su labor apostólica. Puede sintetizar y evidenciar su espíritu de fe.

"En lo que se refiere a esta especie de éxito en la misión que se me ha confiado, créame, Padre, que ello no es obra mía: es ***de Dios sólo****, Él es quien lo ha hecho todo. A menudo tenía yo el corazón inundado en una tristeza involuntaria, que sólo podía vencer con la oración y haciendo actos de resignación, y pidiendo a Dios el amor a la cruz y a las humillaciones. Pero aún no lo he conseguido, porque siempre rezo mal.*

Temía que esta tristeza y esta falta de resignación perfecta desagradara tanto a Dios que le impidiera derramar su bendición sobre mis trabajos. No hay, pues, en este éxito, nada mío, como usted ve. Si fuera por mí, lo habría estropeado todo: lo que prueba, evidentemente, ***que es Dios quien ha realizado esta obra de caridad y que su voluntad es que estos pobres esclavos lo conozcan.***

Yo he sido, sólo, el instrumento del que Dios se ha servido*, como uno puede servirse de su bastón, y luego, echarlo al fuego. Es lo que yo he merecido mil veces".*

(**D** 173 - 17 de enero de 1848)

Es la fe, en efecto, la que está en la base de su disponibilidad para aceptar y asumir la obra de salvación que Dios le pone delante. Y, convencido de sus limitaciones, le pide al Padre de la Mennais que le sostenga:

"Pida, querido Padre, por el éxito de esta obra y por la conversión de estos pobres jóvenes, por la salvación de los cuales yo daría mil vidas".

Pero, quizás, el mejor banco de prueba del espíritu de fe son las dificultades: es este espíritu de fe el que empuja a seguir adelante, a no aflojar, pese a todo. ¿Cómo las afronta nuestro Hermano?

Digamos, antes que nada, que dificultades no le faltan, al contrario: sobreabundan en su vida: unas, más vistosas; otras, más agudas. De ellas hemos hablado ampliamente, en relación con la escuela, la catequesis a los esclavos, etc. Y también en sus responsabilidades como Director principal de los Hermanos, en la Martinica. Pero, veámoslo por dentro, con sus mismas palabras, las que dirige al Fundador. Ellas transparentan el eco interior del peso que dichas contrariedades se hacen sentir en su alma.

En relación con la epidemia de 1852, cuando casi todos los Hermanos son atacados, muchos habrían muerto si la abnegación de nuestro Hermano, empujado por la fe y puesta la confianza en Dios, no hubiera logrado limitar el desastre. Lo dice en carta al Hno. Ambrosio, por entonces en Ploërmel:

"Usted pensará que yo debía sentir mucho dolor: no se equivoca. Pero nunca perdí los ánimos; ***elevaba mis ojos humedecidos al cielo, pues sólo de allí esperábamos socorro; y nos resignábamos, llorando nuestros muertos".***

(**D** 173 – 10 de noviembre de 1852)

Desde otro punto de vista, hay contrariedades más dolorosas: las que vienen de la incomprensión de las personas. He aquí unas palabras al respecto, en relación con un malentendido con el P. Dandin, capellán de la comunidad por algún tiempo:

"Bendito sea Dios y bendito él que quiere que yo sufra esas humillaciones, que me son más útiles que los aplausos y los elogios. He procurado hacer lo mejor que he podido: *creo no haber obrado por maldad, cualesquiera sean las intenciones que suponen en mí".* (**D** 172 - 23 de diciembre de 1843)

Y, ¡cosa llamativa!: cuando en 1847 es encargado de la catequesis a los esclavos, mientras lleva adelante esta heroica empresa, con dificultades, sí, pero también con satisfacciones, cuando regresa a casa, ya tarde, se encuentra con el joven Director de la casa, el Hno. Mateo, que no tiene para con él ninguna atención: ¡Apenas le guarda la cena cuando llega tarde!... El pobre Director había quedado disminuido mentalmente, por causa de una enfermedad tropical. Los Hermanos de la comunidad tratan de poner remedio.

Algo parecido le acaece con el Hno. Isaac, en 1852, cuando el Hno. Arturo ha de hacerse cargo, interinamente, de la dirección de la Provincia. He aquí unos extractos tomados de una carta al Fundador sobre el doloroso tema del que ya hemos hablado más arriba; ahora, desde otro punto de vista.

"(El Hno. Isaac) Condenaba casi todos mis actos, y ello, a veces, delante de los Hermanos; hacía pasar mi celo por faltas. Durante algún tiempo, yo temía por su moral (psíquica), como consecuencia de las tres enfermedades que sufrió. Era excesivamente difícil... y triste. Yo trataba de reanimarlo. Él repetía que nunca llegaría a aclimatarse. ***Yo hacía todo lo que dependía de mí para probarle lo contrario. En fin: helo curado, gracias a mis cuidados; dentro de poco será mi superior".***

(**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Y, concluyamos con el tema de las dificultades...

Quizás, las mayores le vinieron por parte del Hno Ambrosio, su superior. Sobre todo, cuando, por orden del Fundador se queda en Ploërmel. Su sustituto, el Hno. Filemón, fallece de improviso y en forma imprevista. Los Hermanos se quedan sin superior. El Hno. Arturo debe hacerse cargo interinamente de aquella responsabilidad, por común acuerdo entre el Sr. Obispo y del Gobernador de la isla. Desde Ploërmel, el Hno. Ambrosio, conocedor sólo en parte de la situación, escribe varias cartas a diferentes Hermanos..., quizás para tantear el terreno, pensando en el nuevo superior que debe ser nombrado. Ya lo hemos visto. Lamentablemente, no escribe al Hno. Arturo, ignorándolo. Para peor, expresa algunos juicios de valor nada optimistas, sobre el Superior interino:

+ *"Cederá en todo y hundirá a nuestros Hermanos".*
+*"Sin embargo, le recomiendo al buen Hno. Arturo, de manera muy particular. Ponga mucha atención a su susceptibilidad; es él quien nos ha revalorizado en toda la isla".*
+ *"No tiene las cualidades para dirigir".*

Estas opiniones sobre el Hno. Arturo, a fines de 1852, enviadas al Hno. Isaac, y que llegan a ser conocidas por el Hno. Arturo, habrían sido deletéreas, si nuestro Hermano no hubiera tenido alguien en quien confiar plenamente y desahogarse con él. Este alguien no es otro que el Fundador mismo, a quien escribe con la máxima sinceridad, la de un hijo a un padre amado.

He aquí el final de la carta:

"He aquí, mi querido Padre, lo que he creído que debía escribirle: usted verá cómo, un hombre susceptible, como dice el Hno. Ambrosio en última carta, pero cuya ***susceptibilidad no le sacará de su deber y de sus obligaciones, aunque esta susceptibilidad le puede hacer flaquear, quizás, en la caridad que debe al Hno. Ambrosio***

Le pido perdón si hubiera algo, en esta carta, que le puede causar pena. *He creído útil darle a conocer todo esto, tal como ha pasado, para ponerle al corriente y que así, ponga remedio".* (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

En efecto, el Fundador, sin tardar pone ese remedio. Las cosas vuelven a su cauce y las relaciones entre los dos Hermanos, - Ambrosio y Arturo -, siguen siendo fraternas, como lo eran anteriormente.

Para concluir este apartado, - el Hno. Arturo, frente a las dificultades de la vida - no nos resistimos a transcribir un último texto, penetrado de la mayor sinceridad.

"Usted piensa que, cuando uno ha visto la muerte tantas veces de cerca, pues sin cesar estamos expuestos a ser enterrados bajo las ruinas de una casa ya dañada por los temblores de tierra, que nos sacuden, incluso durante el sueño… En fin, estando en tantos peligros como los que yo he encontrado desde que estoy en las Antillas, debería ser menos sensible.

Desgraciadamente soy lo contrario, pues quizás soy menos resignado que cuando estaba en Francia y quizás tan sensible". (**D** 172 - 9 de noviembre de 1845)

Otro punto que pone a prueba la fe del Hno. Arturo es eso que los especialistas de la vida espiritual llaman las **"arideces espirituales"**, con su secuela de desánimo, abatimiento, tristeza.

Y lo más llamativo: estas arideces, a menudo vienen aparejadas con momentos o épocas de grandes éxitos; o digamos mejor, con satisfacciones apostólicas. Otros eminentes personajes de la Iglesia y Santos han sufrido también esta prueba.

Ya desde los primeros momentos de su labor como catequista oficial de los esclavos, con tanto de actividades apostólicas, y unos éxitos que diríamos explosivos, he aquí lo que escribe el Fundador:

"Desde hace mucho tiempo, sólo con mucha dificultad logro superar una cierta tristeza que en algunos momentos parece querer derribarme, bajo su peso insuperable. Pida a Dios que me dé una profunda humildad y gran celo, por la justicia de Dios, que me ayude a amar y desear las humillaciones y las cruces; entonces mi tristeza se cambiará en gozo". (**D** 173 - Agosto de 1847)

Y es algo que se repite. Tres años más tarde escribe:

"Experimento a menudo grandes penas interiores. Pida, pues, por mí, querido Padre". (**D** 173 - 14 de enero de 1850)

¿Cuáles son sus causas? – Varias…

+ Algún reproche del superior.
+ Cambios de personal, en la comunidad.
+ Causas más o menos indefinidas. Y…
+ Otras, de índole diferente: el pensamiento de la muerte, del juicio.
+ Finalmente, algo ya visto muy someramente y que volveremos a ver: ¡Algunos escrúpulos!

En ocasiones, estas arideces son más intensas. Él mismo lo reconoce:

"Desde hace cerca de un año me cuesta mucho combatir la tristeza y las penas que me asedian por momentos". (**D** 173 - 24 de febrero de 1846)

Veamos cómo se lo explicita al Fundador, su consejero espiritual:

"En esos momentos me cuesta mucho superar una especie de abatimiento moral, ocasionado por… ¡Ay! No puedo, decir más. 'Quien se queja peca', dice san Francisco de

Sales. No puedo culpar a aquel que me lo ocasiona: él cree hacer el bien. ¡Dios sea bendito y alabado, pues en su misericordia permite que me vengan esas cruces, que me parecen pesadas, sólo a causa de mi extrema debilidad, y que sirven para probar mi poca resignación, paciencia y humildad!

Estas arideces le seguirán acompañando a lo largo de los caminos por donde transita en su labor apostólica:

"A menudo he tenido el corazón agobiado por una tristeza involuntaria que no puedo vencer más que con la oración y haciendo actos de resignación y pidiendo a Dios el amor a las cruces y a las humillaciones; todavía no lo he conseguido, porque siempre rezo mal. Temo que esta tristeza y esta falta de resignación perfecta desagraden demasiado a Dios y le impidan derramar su bendición sobre mis trabajos". (**D** 173 -7 de enero de 1848)

Por ello, años más tarde, en el fragor de su compromiso apostólico, ya que sus oraciones no bastan, sigue recurriendo a las del Fundador:

"Experimento a menudo grandes penas interiores. Rece, pues, por mí, querido Padre".
(**D** 173 - 14 de enero de1850)

Podríamos preguntarnos: **¿qué eco tienen estas arideces, este abatimiento, esa tristeza interna en relación con los demás, con su vida comunitaria?** – Hay que decir que, tomando conciencia de ello, el Hno. Arturo trata de no hacer pasar a los demás los propios problemas. En el Fundador encuentra su válvula de escape y con los demás se muestra alegre, disponible, animoso. Su mismo temperamento le lleva a ello: siendo naturalmente jovial, con una inteligencia rápida, imaginación viva y una memoria tan llena de recuerdos, todo ello le proporciona, al instante y ampliamente, salidas y ocurrencias tan finas y originales que habrían hecho reír a un muerto. Lo hemos ido viendo a lo largo de las páginas anteriores. En ello, claro está, su espíritu de fe juega un gran papel.

Y, gracias a esta fe que le sostiene y le hace superar todas las dificultades y fatigas, no se desanima nunca y puede llevar fácilmente su pesada carga de superior provincial, durante treinta años, hasta una edad avanzada, hasta los 72 años.

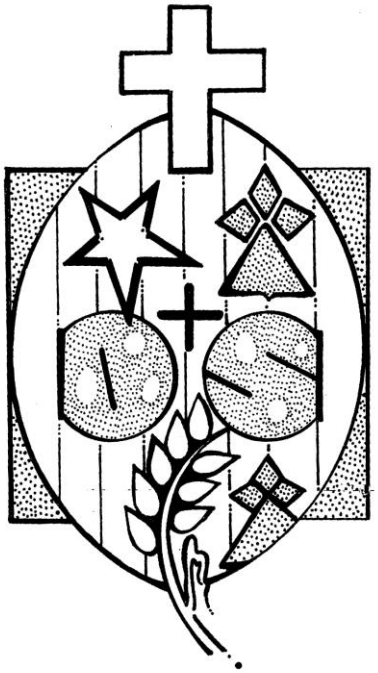
"Yo admiro su coraje, mi querido Hermano Arturo, le dice un día el párroco de Fuerte San Pedro. Después de haber trabajado como usted lo ha hecho, a su edad, bien se merecía un descanso y verse liberado del peso de los negocios. Yo, que soy más joven que usted, a veces me siento abatido, cansado, desanimado, y suspiro por el día en que tenga derecho a jubilarme. Mientras que usted no da aún ningún signo de cansancio, soportando su cargo alegremente, como un hombre de veinticinco años, como si amara ese peso, hecho de tantas dificultades, de tantas fatigas, de tantas penas, de tantas espinas de todas clases. ¡Cómo le admiro!" (Évergilde –M. fr. *«Le Frère Arthur » en« Au service de l'enfance »*. IV, pág.

Y añade el comentarista: ***"El espíritu de fe hace ligeras las cargas más pesadas".*** Así fue para el Hno. Arturo. (Ibid.)

…La fe es, pues, en el Hno. Arturo, como el carburante que da fuerza al motor para superar las dificutades y asumir su compromiso apostólico. Esa fe le lleva a decir:

"Daría hasta la última gota de mi sangre por la salvación de estos pobres esclavos si Dios me la pidiera".

...Ése era su sentir desde los primeros momentos de su llegada a las Antillas, como ya vimos, siendo simple educador cristiano, y ese mismo lo será, luego, como evangelizador de los esclavos.



Capítulo 43

Vida de oración

Si la conformación de la propia voluntad con la de Dios, vivida en lo cotidiano de la vida, es la expresión de la vida de fe y del espíritu de fe, la oración constituye el grado más alto de esa fe: es la relación directa y la unión del hombre con Dios.

En el Hno. Arturo, esa oración, esa unión íntima con el Señor es evidente y concreta: no queda en el terreno lejano de las nebulosas, ni sólo en el espíritu de oración: él practica la oración misma. La concretiza, por una parte, en lo que en la Congregación ha sido llamado, desde los tiempos del Fundador, los "Ejercicios de piedad": el rezo de las oraciones prescriptas en la "Regla de Vida". Por otra, en la práctica de las llamadas "devociones", personales o comunitarias. Y finalmente, en la oración personal.

¿Con qué fidelidad, con qué intensidad vive estos variados tipos de oración? ¿Hasta qué punto la hace personal, como expresión de su unión íntima con el Señor

"En este aspecto, - dice su biógrafo, el Hno. Evergildo ***– el Hermano Arturo era un modelo"*** . (Évergilde-M.fr. o.c.pág 62)

Era un hombre convencido de la importancia de la oración: es en este terreno, quizás, donde más trabaja su formación personal y, como reflejo, trata de pasar su preocupación a los demás.

El Hermano Arturo tiene una confianza sin límites en la oración. Siguiendo el ejemplo y las sugerencias del Fundador, Juan María de la Mennais, apoya su convicción en la doctrina de San Alfonso María de Ligorio. Como sostiene este su autor preferido, la cree omnipotente y la tiene como el medio más infalible para acertar en todas sus empresas apostólicas.

Lleva siempre en su mochila el libro de San Alfonso *"Tratado sobre la oración*". Lo estima tanto que, en ocasiones trata de que los demás compartan su mismo sentimiento. Cada año, en el Retiro, lo hace leer por entero en la lectura del comedor, convencido de que nada es tan apropiado para inspirar a los Hermanos el amor de la oración. Y también piensa que, si este amor queda bien enraizado en el corazón, los Hermanos vencerán a todos los enemigos y triunfarán de todas las dificultades.

Y, no contento con alimentar el espíritu de sus Hermanos con esta doctrina tan segura de su autor favorito, les habla en sus conferencias sobre el mismo tema. Parece creer que el éxito del retiro y todos los éxitos futuros en el apostolado con los niños dependen únicamente de este medio, para obtener la gracia.

Y es que, además, lo vive. Cultiva y manifiesta su espíritu de oración, con la oración misma. La que más practica en sus continuas correrías, ya como misionero, ya como Superior de los Hermanos, es el santo Rosario. Y, como la costumbre se ha hecho hábito, lo reza diariamente por entero. Y cuando viaja, varias veces al día. En los caminos, en las calles, en las plazas, por todas partes lleva ostensiblemente el Rosario. En público, la reza en voz baja, y en las rutas, a media voz.

Sí: algunos sacerdotes y religiosos no lo ven bien: ven o creen ver en ello cierta afectación; él no hace caso de su escándalo farisaico. No tiene ningún empacho para justificar su conducta: es su manera de predicar, uno de los medios de hacer el bien. Quiere mostrar al pueblo le necesidad de la oración, la facilidad de su ejecución y cómo se puede hacer en todo tiempo y lugar.

Sin duda que su intención es, también, la de combatir abiertamente el **respeto humano**, que causa tantas víctimas en todo tiempo, también hoy, bajo el yugo vergonzoso de su tiránico imperio. Su fuerza es tal que, incluso los religiosos pueden temblar ante él, inventando mil razones para no hacerle frente. Hacer la señal de la cruz, sacarse el sombrero, ponerse de rodillas, son gestos que nuestro Hermano nunca teme hacer. Y lo hace con más convencimiento que ostentación.

Frente a las chatas concesiones de quienes son víctimas de ese monstruo, - el respeto humano – el Hno. Arturo desafía, a cara descubierta, las susceptibilidades y las miradas más punzantes de la impiedad reinante. El resultado de sus bravatas justifica su conducta... **Todo el mundo, - también el mundo laico, y hasta los incrédulos e impíos -, lo aprueban, y le estiman más.**

La gente se ha acostumbrado de tal forma, viéndole rezar siempre, que no se lo puede concebir de otra forma, y se habrían extrañado si le hubieran encontrado sin su rosario.

¡Cuánto bien no habrá podido hacer con este medio, tan simple y fácil, a lo largo de su dilatada vida! De esta forma, a los ojos de todos pasaba por un santo.

De la oración personal, individual, pasamos **a la comunitaria**.

Al pasar por las comunidades, como Superior, insiste: la oración comunitaria debe ser recitada en forma pausada y clara, y lo suficientemente fuerte como para ser oída y comprendida por todos, fácil y perfectamente. Nada le irrita tanto los nervios como el oír rezar mal, demasiado rápidamente, en voz baja y mascullando las palabras.

"¡Ay, mis queridos Hermanos! - decía en sus conferencias del Retiro-, *déjenme decir dos palabras a propósito de su oración comunitaria. ¿Saben que, a veces, en sus casas, me veo obligado a repetir la oración, después de haber estado en la suya? – Alguna vez van tan a prisa que me es imposible seguirles, incluso con el pensamiento. Supongo, por caridad, que, si corren tanto, no es para llegar antes al final, sino para tener menos distracciones. Hay otros que se comen, no sólo cantidad de sílabas, sino, incluso la mitad de las palabras.*

De esta forma, mascullan un lenguaje ininteligible, que no tiene ni sentido ni razón de ser. ¡Cómo Dios, a pesar de su sabiduría infinita va a comprender, no diría semejante oración, pero ni siquiera tan culpable división! En fin, hay otros que hablan tan bajo, tan bajo, que todos mis esfuerzos para oírlos y seguirlos, resultan inútiles.

¡Ay, Hermanos! ¡Si supieran cuánta pena me da una oración recitada de esta manera, de seguro que no me someterían a semejante tortura! Estoy seguro de que, si en sus clases un alumno dijera tan mal la oración, ustedes le aplicarían una sanción. Y así sucede que somos más severos con los otros, en aquellas mismas cosas en las que somos muy indulgentes con nosotros mismos.

¡Qué se puede pensar de un religioso que exige de un pobre niño que hable a Dios con más respeto y más perfección que él mismo? No nos honra ciertamente, el querer corregir en nuestros alumnos, defectos que, sin embargo, nos toleramos a nosotros mismos y de los que somos más culpables que ellos. ¡Sí! Sería el caso de decir: ¡Médico, cúrate a ti mismo!" (Evergildo-M. fr., o. c. p. 59 – 60)

Por su parte, el Hno. Arturo recita las oración en forma perfecta, pronunciando claramente todas las palabras, articulando todas las sílabas, aunque sin afectación; con un tono penetrado de devoción, que revela, a las claras, - a quienes le oyen – que su boca y su corazón van de acuerdo, y que su palabra es el eco de los sentimientos de su alma.

También es cierto que, merced a una boca admirablemente conformada, necesita pocos esfuerzos para expresarse con claridad, algo que no es dado a todos.

Y, pasando a la práctica de la oración misma.

Tiene un gran cuidado en asistir, cada día, a la Santa Misa, por más que tenga que viajar; participa en ella, con gran fervor, como expresión de su devoción profunda y ardiente hacia la Eucaristía. A ello une una adhesión sin límites a Jesucristo y a su Iglesia, como signos inequívocos de una verdadera y sólida piedad.

A menos de una imposibilidad material, nunca falta a la Misa. Su actitud durante el Santo Sacrificio inspira devoción a quienes con él participan. Y este su Amor hacia la Eucaristía, su respeto profundo hacia el misterio, - maravilla del amor de Dios hacia los

hombres -, el deseo que tiene de dar a conocer a Jesús Sacramentado, para que de todos sea amado y bien recibido, lo manifiesta en la visita a las clases: siempre que lo hace, habla de la Eucaristía, pregunta a los alumnos para cerciorarse de que lo conocen bien, y si saben cuáles son las disposiciones requeridas para recibirlo dignamente. Y, cuando los chicos responde bien, está en la gloria.

La manera como él mismo se prepara para comulgar muestra bien a las claras su gran fe en la presencia real, su respeto extraordinario por la santidad del sacramento del altar. Hoy diríamos que ese respeto llegaba, a veces, al escrúpulo.

Y ese su amor al Señor se hace, en ocasiones, más vivencial y comprometido. Por ejemplo, cuando tiene que enfrentar y catequizar a quienes niegan la divinidad de Jesucristo, en aquel siglo de la masonería y del liberalismo religioso.

La catequesis sobre la Eucaristía es uno de los puntos neurálgicos para los esclavos. La preparación para la primera Comunión, con todo lo que eso conlleva, es uno de los momentos más importantes de esa catequesis. Y él mismo constata que lo que él siente hacia ese Jesús en la Eucaristía, eso mismo es sentido por sus catequizandos: es una de sus grandes alegrías.

"Los esclavos aman mucho a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Yo mismo experimento una gran alegría cuando les hablo de ello. Por eso, cuando el domingo llego a la "habitación" acuden a la Iglesia para adorar a nuestro buen Salvador en el Sacramento del Amor". (**D** 173 - 7 de febrero de1851)

Ya vimos cómo, siendo catequista de los esclavos, aseguraba su oración de la mañana, su meditación, su lectura espiritual y la Misa. Luego, cabalgando, completaba sus oraciones, como él mismo le dice al Fundador:

"El examen (particular), el rosario y el cuarto de hora de oración personal con el Señor los hago yendo de una 'habitación' a la otra". (**D** 173 - agosto de 1847)

Finalmente, a su regreso a la comunidad, hace su rato de adoración y la oración de la noche.

Hombre de profunda espiritualidad, le confía a su padre espiritual, el Fundador, su más íntimas inquietudes:

"Querido Padre: no debo ocultarle que, en lugar de enmendarme y mejorar, soy peor, lo que me hace temblar por mi salvación". (**D** 172 – 8 de febrero de 1843)

Dice que tiembla por su salvación. Y, siendo así, como es lógico, tiembla también por el paso al otro mundo: la muerte y el juicio. En ello no es ajena la espiritualidad y la teología que entonces se vive:

"Mis cabellos blanquean, mi cuerpo parece debilitarse: todo eso quiere decir que pronto tendré que dar cuenta del abuso de tantas gracias; ello me espanta a la vista de mi flojera en el servicio de Dios". (**D** 172 – 20 de en ero de 1852)

"El pensamiento del juicio me espanta, porque se me han ido deslizando tantas imperfecciones y defectos en el poco bien que he hecho que no sé si habrá alguna acción que pueda contar ante aquel que juzga a la justicias misma. Por ello le pido, querido Padre que rece por mí de manera muy particular". (**D** 172 – 14 de abril de 1849)

La justicia de Dios, dice el Hermano. Hoy, nosotros añadiríamos: ¿y su misericordia? Lo que está claro es la **profunda sensibilidad espiritual** de nuestro Hermano, tan exigente consigo mismo.

Y, víctima del jansenismo de su tiempo, pudo sufrir algunos escrúpulos:

"Estoy seguro de que usted no nos olvidará; sin embargo, le pido que rece por mí en particular: Confieso que a veces tengo inquietudes de conciencia muy grandes, que me impiden ir a comulgar tan a menudo como el párroco, nuestro confesor, me lo permite".
(**D** 168 – 8 de julio de 1841)

El Hno. Ambrosio trata de ayudarle. Pero es el Fundador quien le da las pautas precisas.

En cuanto a la Confesión, a la que el Hno. Arturo estaba inclinado a frecuentar ¿demasiado?, le dice:

"Basta ir a confesarse cada quince días".

Y, en cuanto a la Comunión que, por el contrario, nuestro Hermano trata de espaciar, le aclara con fuerza:

"Aléjese lo menos posible de la sagrada Comunión; nuestro buen Salvador, Jesús, llama hacia sí a todos los que sufren, a todos los que necesitan consuelo y fuerza: vaya, pues, a Él con una humilde confianza". (**JMLM** T I - 24 de noviembre de 1840)

Profesa un amor tierno y confiado hacia la **Santísima Virgen** y también hacia **San José**. ¿Quién podrá contar los centenares de rosarios que fue desgranando por los caminos de la Martinica, cabalgando su mula? Ya lo vimos. En sus caminatas y paseos recita casi continuamente el Santo Rosario. Pero el Rosario completo. Y en ocasiones, varias veces al día. Incluso, a veces, vista la buena disposición de los caminantes que encuentra y se le juntan, también le acompañan en el rezo del mismo rosario.

La devoción a la Virgen no es para el Hno. Arturo un mero sentimiento o un adorno: él la vive y de manera especial en la catequesis a los esclavos en las "habitaciones", mostrándoles que ella es su "Madre", y no deja de enseñar y rectificar varias oraciones marianas. Algo ya dijimos al hablar de esa catequesis. Lo explicitamos, mediante un hermoso texto de una carta al Fundador:

"Llegado al lugar de la reunión, comienzo con el ***"Veni Sancte Spiritus"*** *(en francés), sigo con la* ***"Salutación angélica"*** *y termino siempre con el* **"Acordaos. oh piadosísima Virgen María"***, etc. Procuro inspirarles una gran devoción a la Santísima Virgen. Les enseño a rezar el rosario.*

Ordinariamente camino con mi gran rosario en la mano, no por hipocresía (Dios me libre), sino porque siento la gran necesidad que tengo del socorro de la Santísima Virgen, a la que siempre he amado. También, para dar el ejemplo de esta devoción que trato de inspirarles.

Aquí, esta devoción tiene mucha fuerza. No es raro verles derramar lágrimas cuando se habla de la devoción a esta buena Madre y de su bondad para con aquellos que la invocan con confianza". (**D** 173 - 7 de marzo de1851)

Con esas oraciones, claro está, enseña las otras al Espíritu Santo, el Padrenuestro, el Credo, como ya vimos en su momento.

Como devoción particular, mientras puede, reza el llamado **"Oficio de la Inmaculada"**. Oración corta, pero densa: como un mini-Oficio. Y hasta tal punto la cumple y hace suya que el Fundador le aclara que:

"No hay ninguna obligación de rezar todos los días el pequeño Oficio de la Santísima Virgen. Pero dígalo lo más a menudo que pueda, pues nunca honraría demasiado a la Santísima Virgen". (**D** 168 - 14 de noviembre de 1840)

También en la devoción a la Santísima Virgen es deudor de San Alfonso: a su ejemplo, y al más cercano, del propio Fundador, **el Hno. Arturo ama a la Virgen como a su madre, se dirige a ella con la confianza de un hijo, tiene siempre su imagen bajo sus ojos y su recuerdo en el corazón.**

La devoción hacia la Virgen María es algo que los Hermanos hemos heredado de nuestro Fundador, en los orígenes de la Congregación: el Hermano Arturo es uno de los forjadores de esta tradición menesiana.

Y, en cuanto a **San José**, repite: "*¿Puede uno amar a Jesús y a María, sin amar a San José, que les fue inseparable? - Formaron la* ***"trinidad" en la tierra, reflejo de la del cielo"****.*

Ya gravemente enfermo, quiere que le pongan en la habitación **un altarcito con el Crucifijo, y las imágenes de la Virgen y San José**. Muere contemplando, con sus ojos, aquellas imágenes, ¿para abrirlos y contemplarlos en su realidad glorificada, en los cielos? – No lo dudamos.

Todo ello es el eco de la vida de su oración personal íntima. Por su mismo carácter no nos es fácil explicitarla. Pero sí hay algunos atisbos en algunas expresiones espontáneas en sus cartas, en formas confidencial al Fundador, ante circunstancias muy particulares que hemos ido viendo.

Capítulo 44

La espiritualidad de un hombre de acción

Y esta vida de oración de la que hemos hablado, esta vida de unión con Dios, de relación íntima con Él, el Hermano menesiano, - miembro de un Instituto religioso de vida apostólica activa -, la proyecta, luego, en su apostolado. Es lo que estamos viendo, un capítulo tras otro. Espiritualidad y apostolado, oración y acción, forman un binomio en el que se mueve, también un educador, como el Hermano menesiano. De su equilibrio depende, en buena parte, la eficacia de su apostolado.

Que el Hno. Arturo es un hombre de acción, no cabe la menor duda. Pero la suya es una acción" apostóica", en línea con lo que Dios, - Jesús -, espera de él. Y si la acción es densa, también debe serlo el sostén que la mantiene y alimenta.

Un medio muy a propósito para comprobar, fortificar, y en su caso corregir algún desequilibrio en ese binomio, oración-acción, un sostén eminente, son los santos Ejercicios, el Retiro espiritual.

Desde los tiempos de San Ignacio es visto como un medio clásico de formación y de recuperación espiritual en la Iglesia. Con Juan María de la Mennais y Gabriel Deshayes viene a ser un elemento fundacional en su Congregación: se convierte en el sostén previsto y necesario para los Hermanos.

"El fin principal de esta reunión (el retriro anual) es santificarse cada vez más, renovar su alma y llenarla con un nuevo celo y un nuevo ardor para el servicio y para la gloria de Dios". (Circular de Juan María de la M. a los Hermanos, 13 de junio de 1824. **JMLM** T. I)

«Es en este retiro (anual) donde se renuevan en el espíritu de su vocación; ese espíritu que puede quedar debilitado por sus mismos trabajos y por sus relaciones indispensables con el mundo». (Carta 2154 de Juan María de la Mennais à M. l'abbé Padé. **C.G.** T. III)

Siguiendo al Fundador, el Hno. Arturo está íntimamente convencido de que, para un Hermano de la Instrucción Cristiana, siempre en gran actividad y muy a menudo solo en una parroquia, y no exento del peligro de la dispersión, hay un medio de importancia capital, para su vida espiritual: **el santo Retiro.**

En los treinta años como Director principal, el Retiro es una de sus grandes preocupaciones: lo prepara con el mayor cuidado, para que sea, espiritualmente, el tiempo más fuerte del año. Y siempre, por su parte, trata de aprovecharlo al máximo. Con la mayor confianza filial, le comenta al Fundador las incidencias de cada retiro. Siempre lo aprovecha para hacer una evaluación del año. He aquí algunas muestras, espigadas al acaso.

"Nuestro Retiro ha sido edificante. Para hacerlo, nos retiramos a "Morne Vanier", que está rodeado, en un lado, por una especie de bosque; y por los otros, de alguna quinta y

por una sabana. El aire es fresco y puro. Allí, alejados de los ruidos de la ciudad, nos ocupábamos, a placer, de Dios y de nuestra salvación.

Cuando los ejercicios de piedad de Regla, el Oficio Parvo de la Sanísima Virgen y las instrucciones y lecturas espirituales se habían terminado, los Hermanos se paseaban por el patio, con aire de gran recogimiento, y ocupados en meditar las verdades que acababan de escuchar, para compenetrarse más y más de ellas. Y cuando llegaba la noche, después de la cena en la que los Hermanos leían, uno después de otro, un libro espiritual, se ocupaban personalmete , rezando el rosario, antes de la oración y de los cánticos"

(**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

"Como los otros años, he hecho una revisión de conciencia. Nuestro retiro ha sido muy edificante. Los Hermanos parecían muy penetrados de las grandes verdades que nos predicaba tan bien nuestro buen Obispo". (**D** 173 - 20 de enero de 1852)

Son hermosos estos retiros: tiempo de gracia. Pero al Hno. Arturo, hombre de una sensibilidad exquisita, le hacían pensar en los tiempos pasados, en los retiros de Ploërmel, con la presencia, en ellos, del Fundador. Ello se refleja en alguna carta, con tintes emotivos.

"He aquí el tiempo en que nuestros piadosos Hermanos de Francia van a reunirse para gozar de las ventajas del retiro. Ya estarán pensando en la dicha que van a tener y de la que yo seré privado: de la alegría de verlo a usted y, en fin, de edificarse todos mutuamente. ¡Ay! ¿Quién me diera el poder gozar de la misma dicha! Con qué solicitud iría a echarme a sus pies y besarle la mano ¡Sí, Padre mío! ¡Cuántas cosas le diría! ¡Cuán aliviado quedaría mi corazón, después de haberle contado mis penas!...

(**D** 173 - 30 de junio de 1852)

Y, al repasar, durante el Retiro el año y constatar sus deficiencias y limitaciones, y cómo las realidades vividas quedan lejos de los proyectos programados, el Hermano no puede menos de exclamar:

"Mis defectos y mis imperfecciones, ¿no detendrán el flujo de gracias sobre nuestros Hermanos y nuestros queridos alumnos? Ello me hace temblar y temer, a veces, por mi salvación. Rezo y medito muy mal. A veces, mi oración y mi meditación no son más que una distracción continua. Lo mismo me sucede con los otros ejercicios de Regla. En fin, en medio de todas estas miserias espirituales, mi único conforto es orar al Señor, ponerme en las manos de su divina misericordia." (**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

Y esta otra, no menos significativa:

"Tendría que llorar por el abuso de tantas gracias como he recibido, desde que entré en religión, y por las que sigo recibiendo diariamente. Pero, ¡ay! Mis ojos están secos, por así decir, como madera muerta. Sus oraciones, querido Padre, pueden ablandar mi corazón". (**D** 172 – 3 de febrero de 1844)

Lo vemos: el Hno. Arturo constata sus deficiencias, pero no se desanima, recurre al Señor. Y, para que su oración tenga más fuerza, pide la ayuda de las oraciones de los demás: de Hermanos amigos, del P. Ruault, -capellán de Ploërmel -, y sobre todo, - y lo repite en cada carta -, del Fundador.

"He hecho un examen de conciencia de todo el año. Durante el retiro, y hasta este momento, siento un vivo deseo de practicar las virtudes de mi estado; pero, ¿cómo podría hacerlo si usted no me ayuda con sus oraciones? Cuando ofrezca el Santo Sacrificio de la Misa piense en mí, en el "Memento" de los vivos". (**D** 173 - 31 de enero de 1847)

Y, ya lo vimos más arriba: la constatación de sus deficiencias le inquieta, en relación con su apostolado: teme, por ello, no ser instrumento apto en las manos de Dios. Es lo

que deja entrever en una preciosa exclamación con la que cerramos este tema sobre la vida espiritual y la vida de oración del Hno. Arturo y su proyección en el traginar cotidiano y en su mismo apostolado:

"¡Quién me diera el poder derramar hasta la última gota de mi sangre por la salvación de esta pobre gente! Me parece que la daría de corazón. Si Dios me la pidiera. Pero, ¡ay!, soy indigno de tal favor. Está reservado a las almas fervorosas , y yo no soy más que flojera y tibieza". (**D** 172 - 5 de febrero de 1844)

Capítulo 45

Obediente...¡también en lo difícil!

La opción por Jesucristo que el Hermano menesiano hace en su Consagración religiosa es la escenificación de un previo acto de fe. Es esa fe la que le hace ver, entre los diversos caminos, entre las posibles opciones que en le vida se van presentando, cuál es el suyo, qué le tiene Dios reservado, su voluntad para él. Y, explicitada y pronunciada esa opción, el Religioso, el Hermano... trata de seguir realizando la volutad de Dios, su plan para él: cumplirlo, vivirlo, jugarse por Él es la razón de su vida. He ahí el lugar de la "obediencia": las mediaciones de las que Dios se sirve para que el Hermano haga su camino.

Y si cabe, esa **obediencia**, ha tenido, tiene..., para el Hermano de la Instrucción cristiana, o "menesiano", una mayor importancia. En efecto: en tiempos del Fundador pronunciaba su consagración religiosa bajo el único voto explícito de obediencia. Así, esa virtud y voto eran, para él, la expresion de la voluntad de Dios y sobreentendían los otros votos de castidad y pobreza.

Digamos, sin más, antes de entrar en materia, que, en este tema, el Hno. Arturo, tuvo ocasiones abundantes y no siempre fáciles, para mostrar la sinceridad y la fuerza de su compromiso con Dios, a través de los superiores de la Congregación. Está, en ello, de por medio, lo que es más específico del hombre, su libertad, a través de una voluntad que el religioso ha puesto en manos de Dios. Veamos cómo lo vive nuestro Hermano.

Y es quizás, siendo director de escuelas y superior de comunidades cuando el Hno. Arturo tiene más ocasiones de practicar la obediencia. Abrimos el tema con algunas frases que bien pueden sintetizar esa obediencia del Hermano y el espíritu que le anima.

He aquí la primera, cuando ya lleva cuatro años largos como responsable de la comunidad y de las dos escuelas de Fuerte San Pedro:

"…Según parece, el querido Hno. Ambrosio va a confiar la dirección de San Pedro a otro (Hermano). No sé todavía dónde me mandará. Quizás a catequizar a los negros. Me alegro de ello. Tomé la dirección de San Pedro por obediencia, pero con temor; voy a dejarla con alegría. Poco me importa dónde me va a colocar, probablemente no me causará tantas penas como las que he tenido en San Pedro, pues aquí he derramado muchas lágrimas". (**D** 172 - 24 de febrero de 1846)

Y esta otra, años antes, con un tinte mayor de obediencia **"responsable"**. Luego **de manifestar al superior lo que cree en su deber**, puede quedar tranquilo:

"Todas las atentas observaciones que he hecho al Hno. Ambrosio, sugiriéndole que cambie de opinión, han sido inútiles. Por otro lado, sé que sus intenciones son buenas y justas. Por ello, no tengo nada que añadir, en relación con lo que quiere hacer sobre este tema". (**D** 172 - 24 de marzo de 1844)

"El Hno. Ambrosio conoce mi posición. No debo, pues inquietarme: hago lo mejor que puedo aquello que la obediencia pide de mí". (**D** 172 - 9 de diciembre de 1845)

Y aunque movido por su celo, desearía ir a Francia para invitar a los Hermanos a venir a las Misiones, reconoce que:

"Tendría esta ventaja, si Dios no me tuviera atado aquí, con los dulces lazos de la obediencia, que nunca romperé, con la ayuda de la gracia". (**D** 172 - 30 de junio de 1845)

Porque, obediencia, para el Hno. Arturo es saber quedarse dentro de sus atribuciones, sin sobreponerlas. Así, cuando el Hno. Marcelino Rouzioux le pide ir a catequizar a una habitación situada a siete leguas, le dice:

"Es una atribución que corresponde al Hno. Ambrosio, director principal".
(**D** 172 - 11 de agosto de 1843)

Y, cuando él mismo recibe la misión de ir a catequizar a los esclavos en sus mismas "habitaciones" o estancias, junto a las plantaciones, reconoce que esta tarea, sumamente difícil, pero igualmente ansiada por él, no la hace por propia iniciativa.

"Una cosa que me consuela es que no voy por propia cuenta, sino por obediencia; de otra suerte estaría espantado". (**D** 173 - 9 de junio de 1847)

Y cuando, después de haber catequizado durante tres años la zona de Fort-de-France, con tanto éxito y durante otros dos, varias zonas de campo, el párroco de una de ellas, la Trinidad, le pide que regrese de nuevo, he aquí con qué disposiciones aceptaría:

"Volveré a la parroquia de la Trinidad, para catequizar de nuevo a la gente de esta parroquia, siguiendo los deseos del párroco, que me ha hecho prometer que volvería, pero sólo si la obediencia me lo permite, porque yo no puedo y no quiero prometer una cosa así, si no es con esa condición". (**D** 173 - 20 de enero de 1852)

El Hno. Arturo no tomará, pues, decisiones, por propia cuenta, sino luego de las pertinentes indicaciones de su superior.

* * * * * * * * * *

Finalmente, digamos unas palabras sobre el espinoso tema de su nombramiento como Director principal de la Martinica, cuando el Hno. Ambrosio hubo de quedarse en Ploërmel, según los deseos del P. Fundador, Juan María de la Mennais, ya anciano.

Remitimos al lector al capítulo correspondiente (el 14), donde se explicitan a las peripecias y eventos que se fueron sucediendo. Sólo añadiremos algunas acotaciones en relación con el tema de la obediencia.

Nos queremos referir al posible y eventual nombramiento de otro Hermano, - el Hno. Isaac-, para el mismo cargo, algo que no llegó a producirse, pero que ciertamente estuvo en los planes del Fundador, en un primer momento. He aquí tres párrafos que reflejan la disponibilidad del Hno. Arturo, frente a esa posibilidad. No olvidemos que, mientras esto se está gestando, **él se ve obligado, por las circunstancias, a hacerse cargo de la misión, en forma interina y como suplencia.**

"Desde el momento en que usted lo haya nombrado al (Hno. Isaac), me apresuraré a hacerlo reconocer por todos los Hermanos a quienes debo el buen ejemplo, de obediencia y de sumisión a sus órdenes".

"Esté persuadido, mi buen Padre, que haré todo lo que dependa de mí, para hacerlo reconocer y no descuidaré nada para que todos los Hermanos le manifiesten el interés y simpatía que le son debidos como a su representante. Por mi parte, sobre todo, puede contar con mi respeto y sumisión y obediencia sin límites".

"En fin, helo curado, gracias a mis cuidados; dentro de unos días será mi superior. ¡Bendito sea Dios! Espero obedecerle con el mismo respeto con que lo he hecho siempre con el Hno. Ambrosio, a quien no recuerdo haber desobedecido en toda mi vida".

(**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Este paso fue duro, y el Hno. Arturo estuvo por algunos meses en la cuerda floja, viéndose obligado a dirigir a los Hermanos de la Martinica, pero sin la seguridad de ser respaldado en Ploërmel. Ello no tuvo consecuencias negativas **en la isla**, entre los Hermanos, porque actuó con ponderación y firmeza; **pero sí en el ánimo del mismo Hermano Arturo.** Felizmente, sabiendo que puede desahogarse ampliamente y con seguridad en el Fundador, le envía una larga y ya muy citada carta. Al final de la misma, con un toque de realismo y humildad, puntualiza algunos aspectos en los que pudo haber ido algo lejos.

"Perdón, querido Padre, por haberle escrito tan largamente. Pero usted no me ha prohibido nunca el poder justificarme". (Ibid.)

Y he aquí, como síntesis, unas frases del Hermano, que son, además, una protesta de fidelidad, apoyada en la ayuda del Señor:

"Nunca me he tirado para atrás ante el trabajo, ni rehusado hacer los sacrificios que pedían de mí, cuando el interés de la Congregación lo exigía de mí".

(**D** 173 - 13 de octubre de.1850)

"Estoy dispuesto a hacer todo lo que la obediencia pida de mí y a morir antes que faltar a uno de mis votos, que he hecho libremente y que renuevo a veces más que diariamente, sobre todo cuando comulgo". (**D** 173 - 14 de enero de 1850)

"…Los dulces lazos de la obediencia que no romperé jamás, con la ayuda de la gracia que usted pedirá para mí". (**D** 172 - 30 de junio de 1845)

* * * * * * * * * *

No queremos terminar este tema, - el de la obediencia del Hno. Arturo -, sin trascribir un hecho que ha pasado a la historia y que podría considerarse como uno de los clásicos de la espiritualidad monástica. Toca, sea a la pobreza como a la obediencia.

En el hecho, además del Hno. Arturo, como protagonista, a su lado está el Hno. Ambrosio. Lo tomamos de la biografía que le dedicó su ayudante y secretario por muchos años, el Hno. Evergildo.

"Es increíble, - dice su biógrafo – *hasta qué punto el Hno. Arturo se había ganado el afecto general, por su trabajo, sus virtudes y lo agradable de sus maneras. Esta simpatía se manifestaba, sobre todo, en la época del año Nuevo, cuando los Hermanos recibían regalos diversos: barricas de vino, café, otros víveres, parasoles, sombreros, esteras, sotanas, etc. Es claro que estos objetos eran acepados con permiso del superior".*

(EVERGILDE MARIE, fr. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 20)

Un día, una rica y piadosa dama, que profesaba hacia el Hno. Arturo una estima extraordinaria, le regala un reloj de oro, de quinientos francos, que había hecho llegar expresamente para él de Francia. En esta época, los relojes, en general, eran un lujo. ¡Cuánto más un reloj de semejante material y de tan subido valor! Sin embargo, lo acepta, aunque con muchas dificultades, para no contrariar a la donante, en nombre y para provecho de su Congregación, como lo quiere la Regla.

Sin embargo esta instancia queda secreta y no se la manifiesta a la donante. Pocos días después, el Hno. Ambrosio, Director principal, llega a Fuerte San Pedro. El Hno. Arturo se apresura a mostrarle el hermoso reloj, le dice cómo lo ha obtenido y le pregunta qué debe hacer con él.

"En primer lugar, - le responde el Superior -, *debo saber a qué título se lo ha dado. Si es un regalo personal, si es para su uso exclusivo, usted no debe guardarlo y no debía haberlo aceptado. ¿Qué dice de ello?*

"No he preguntado si me lo ha dado sólo para mí".

"Pues bien, vaya enseguida donde la señora con el reloj y pregúntele que le diga cuál era la intención sobre el particular".

La gestión es delicada y va a ser muy penosa para el Hno. Arturo. El Hno. Ambrosio no lo ignora; pero seguro de su virtud, a ejemplo de los antiguos solitarios con sus discípulos, quiere ponerle a ruda prueba, para hacerlo avanzar a grandes pasos, en el camino de la perfección.

Sin hacer la menor observación, el Hno. Arturo sale, pues, sin más, pero no sin experimentar una terrible lucha interior entre su voluntad de obedecer y la repugnancia natural de exponerse a una segura humillación.

Se apresura a cumplirlo. Es recibido con prontitud por la dama, siempre agradecida a sus demasiado raras visitas.

"Me olvidé de preguntarle, el otro día, mi buena señora, - dice el Hermano -, teniendo el hermoso reloj entre sus manos -, *si usted me daba el reloj a mí, personalmente".*

¡Sí, mi querido Hermano Arturo! Es a usted sólo a quien le pertenece; se lo he dado con la condición de que lo lleva usted mismo".

"Entonces, ¿es un regalo personal?"

"Esencialmente personal".

"En ese caso, señora, me veo en la penosa necesidad de devolvérselo, pues me está prohibido explícitamente aceptar lo que sea, en forma personal".

Y ofrece el reloj a la señora que rehusa aceptarlo. Trata el Hermano, por todos los medios posibles, de que, finalmente, ella se lo guarde. Pero, al darse cuenta la señora de que toda su dulce elocuencia es una pérdida de tiempo, cambia de cara y de tono: trata

al Hermano de maleducado, de persona grosera, de hombre sin educación. En fin, de lo que la cólera femenina puede inspirar a una persona fuera de sí.

El Hermano Arturo, aturdido y no queriendo discutir, deja el reloj sobre la mesa, hace un profundo saludo y sale precipitadamente.

"¿Y…?", le dice el Hno. Ambrosio, casi riendo, al regresar del Hermano al colegio".

"Lo que había previsto, ha sucedido: la señora, llena de cólera, me ha tratado como lo merecía y no ha querido, de ninguna manera, retener el regalo".

"¿Y luego?"

"He dejado el reloj sobre la mesa y he salido disparando, bajo una avalancha de gloriosos epítetos".

Y los dos se ríen a mandíbula batiente de la terrible aventura.

La buena señora no tarda en devolver su estima al Hno. Arturo, estima que aumenta, incluso, por este acto de obediencia y desinterés: le parece sublime y digno de toda su admiración, cuando la calma le permite reflexionar y apreciarlo a la luz de la fe. Le parece vergonzosa su propia conducta y sólo queda tranquila cuando el Hermano, con su sonrisa franca le prueba que no ha guardado ningún rencor.

(Cf. EVERGILDE –MARIE, frère. *«Le Frère Arthur»,* Vannes, 1932. Pág. 20-21)

Y ya que hablamos de permisos, no podemos dejar de citar otro caso que le acaeció al Hno. Arturo, esta vez con el gerente del Sr. Pécoul.

Dicho señor, víctima de sus prejuicios raciales, manifiesta su desagrado, cuando el Hermano, al término de un catecismo, como despedida, estrecha la mano a un capataz negro. La cosa se le complica al gerente, con peligro de perder su puesto. Hasta tal punto que suplica repetidamente al Hno. Arturo que lo excuse ante el dueño, en una carta al Sr. Pécoul, en viaje por Europa.

El Hno. Arturo, que ya lo ha perdonado en su corazón, sin exigirle más excusas, así lo hace, sin avisar de antemano al Hno. Ambrosio. Ello le ocasiona un disgusto por parte de este último. He aquí cómo el Hno. Arturo se lo comunica al Fundador:

"Le pido que me excuse por la falta que he cometido al escribirle al Sr. Pécoul, sin el permiso del Hno. Ambrosio. No volverá a suceder. El Hno. Ambrosio tenía razón al reprochármelo, pues recuerdo que usted nos había prohibido escribir a nadie, sin que usted viera estas cartas". (**D** 173 - 24 de febrero de 1846)

Podríamos preguntarnos: Finalmente, ¿cómo son las relaciones entre estos dos hombres: el Hno. Ambrosio, Director principal de la Martinica desde 1840 a 1852, y el Hno. Arturo?

A este propósito, muy bien dice el Hno. G. Ollivier:

"Como sucede a veces en parecidos casos, intrépidos apóstoles pueden hacerse sufrir mutuamente sin darse siempre cuenta de ello". (**E. M.** fr. Gilbert Ollivier, Nº. 12, pág. 118)

Efectivamente, ambos dicen tener motivos de queja, pero al mismo tiempo, ambos se disculpan y expresan testimonios recíprocos favorables.

Del Hno. Arturo:

"Desde hace cerca de un año, tengo muchas penas que afrontar. Vienen de varias causas: una de las principales son los reproches inmerecidos que me dirige el Hno. Ambrosio delante de los Hermanos de los dos establecimientos. y otras veces delante de Los Hermanos de Fort. Por favor, no haga por ello ningún reproche al Hno. Ambrosio, pues ***no tiene mala intención"****.* (**D** 173 – 24 de febrero de.1846)

Y del Hno. Ambrosio:

"Este Hermano (Arturo) es incapaz de reaccionar bien frente a las adversidades. Se embrolla y se pone testarudo y apegado a su parecer. Todo ello es muy penoso, pues ***hace un gran bien en San Pedro, es el dios de los negros y la Virgen de la gente de color"***. (**D** 173 - 24- mayo de 1846)

Algo ya dijimos sobre ello al comentar el problema surgido con ocasión de las maniobras del Sr. Evain, intentando acceder al cargo del Hno. Ambrosio y llegar a suplantarlo.

En la base de las diferencias surgidas estaban dos temperamentos muy diferentes: el uno, fuerte y directo, y, al mismo tiempo, dotado de una visión clara de lo que hay que hacer: el Hno. Ambrosio. El otro, muy sensible, lleno de no menor buena voluntad y de maneras suaves, aunque también enérgico: el Hno. Arturo.

He aquí cómo los presenta el Ollivier en la obra citada:

"El Hno. Ambrosio, como el Hno. Arturo, están entregados completamente a su misión y a sus Hermanos, pero de una manera totalmente diferente: más afable y más dulce el Hno. Arturo, que se hace querer por todos; más austero y más rígido, el Hno. Ambrosio, que molesta a todos sin quererlo". (**E. M.** fr. Gilbert Ollivier, Nº. 12, pág. 120)

Es cierto que el Hno. Arturo pudo mostrarse algo susceptible antes de ser nombrado Director principal. Él mismo lo reconoce, diciendo al Fundador que, si es cierto que…

"…Esta susceptibilidad pudo haberme hecho incurrir en falta, en relación con la caridad que debo al Hno. Ambrosio" (**D** 173- 6 de noviembre de 1852)

…también lo es que, nuestro Hermano Arturo fue siempre una válida ayuda del Director principal, sea en relación con las autoridades civiles, sea con los capellanes, Sres. Evain y Dandin. Llegó, incluso, a salvarle la vida en dos ocasiones, como el mismo Hno. Arturo se lo dice al Fundador en la carta de marras del 26 de noviembre de 1852.

Y, en relación con el momento aludido, en el que el Hno. Arturo reconoce su susceptibilidad, *"en perjuicio de la caridad para con el Hno. Ambrosio"*, hay que añadir que éste tiene su parte en ello: falto de datos concretos sobre la realidad que en ese momento se vive en la Martinica, sus cartas a diversos Hermanos ignoran al Hno. Arturo, que por entonces ejerce como Director general, crean cierto malestar y no facilitan para nada el trabajo de este último.

En más de una ocasión el Hno. Arturo sabe sobrellevar algún exabrupto de su superior, Y, como ya vimos más arriba, no recuerda haberle desobedecido nunca en lo más mínimo.

Eran otros tiempos y la obediencia se vivía, quizás, de manera más entera. Por otro lado, - y todo hay que decirlo -, si el Hermano Arturo fue aquel gran Misionero que hemos visto, lo fue porque el Hno. Ambrosio, con una gran visión global de la evangelización, le envió a esa misión, le acompañó en ella, se la facilitó. Y, he aquí las dos últimos frases que conservamos del Hno. Ambrosio, acerca del apostolado de aquel su "hermano" y gran misionero:

"El Hno. Arturo anda siempre corriendo, en su misión por los campos, donde hace cada vez más, un bien inmenso". (**D** 173 - Hno. Ambrosio, 16 de marzo de 1849)

"Desde hace 3 semanas el Hno. Arturo recorre los campos del municipio de Lamentin; va a Fort-de-France sólo los domingos y cada día por la noche duerme en Lamentin. Allí hace lo que ha hecho en las habitaciones de Fort-de-France: un bien inmenso. Envía gente por decenas a confesarse, pero no hay confesores" .

(**D** 173 – Hno. Ambrosio al Padre Ruault, 23 de mayo de 1850)

Añadamos que, cuando ya mayor, y liberado de toda responsabilidad, el Hno. Arturo tiene, para con sus superiores, esas delicadezas que les hacen sentirse, no solitarios, como a veces sucede, sino acompañados y sostenidos por sus Hermanos.

Ya lo dijimos: se conserva una carta en la que nuestro Hermano felicita al Rvdo. Hno. Cipriano al ser reelegido como Superior general y le pide que haga extensivos sus votos a los Hermanos Asistentes.

Atenciones parecidas tiene con sus superiores más inmediatos. Y, ¡a fe que son apreciados esos detalles!

Cerramos este tema con una frase liminar del Fundador y "padre", Juan María de la Mennais. Ella ilumina la situación y da del Hno. Arturo un testimonio extraordinario. En ello brilla en todo su esplenor la mano del Fundadopr, como Director espiritual y fino psicólogo.

Surgen algunos contrastes entre nuestros dos protagonistas, por causa de la vivienda de los Hermanos en San Pedro: está en lugar malsano. Es un problema que se arrastra desde hace años, pese a la buena voluntad de todos: ¡hay que cambiarla! El Hno. Ambrosio encomienmda al Hno. Arturio hacer las gestiones oportunas. No queda contento y se lo reprocha vivamente; ello echa por el suelo los ánimos del Hno. Arturo y queda muy dolido. Ambos presentan el problema al Fundador, cada uno desde su punto de vista. He aquí la respuesta.

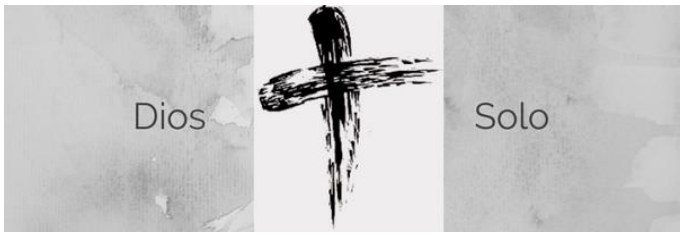
Al Hno. Arturo:

"La nube que había surgido entre el Hno. Ambrosio y usted, felizmente se ha disipado: sea para con él, siempre, humilde y y cordialmente sumiso. Ustedes dos van a tener juntos relaciones más frecuentes, ya que él estará encargado especialmente de la administración de nuestros estalecimientos en la Martinica; es para usted una ventaja que sabrá apreciar, no lo dudo". (**JMLM** T II, 23 de noviembre de 1846)

Y al Hno. Ambrosio:

"No se enoje por las miserias de Fuerte San Pedro, y sobre todo, tenga mucho cuidado con las sensibilidad del Hermano Arturo: ***usted sabe muy bien cuán rectas y puras son sus intenciones****".* (**JMLM** T. II, 13 de julio de 1846)

También el Hno. Arturo, a su vez, tiene, durante largos años la dirección de comunidades; más tarde es Director principal de la Martinica. ¿Cómo ejerce esta responsabilidad? Es la que vamos a ver en el capítulo siguiente.



Capítulo 46

El servicio de la autoridad

1. El Hermano Arturo, superior

Tiene el Hno. Arturo treinta y un años cuando es nombrado superior de la comunidad de San Pedro. Ello conlleva la dirección de dos escuelas: la de Fuerte San Pedro, que es la principal y en la que reside la comunidad, y la de Mouillage, en una parroquia vecina, a casi dos kilómetros.

Ya un año antes de hacerse cargo de la escuela y comunidad de San Pedro, se le había anunciado la dirección de la nueva comunidad en la isla María Galante. Pero la cosa quedó ahí.

Ejerce la dirección de la comunidad de San Pedro desde 1842 a 1847. Luego, de 1849 a 1852, la importante escuela de la capital, Fort-de-France, además de ser catequista de los esclavos ya emancipados.

Finalmente, de 1852 a 1883, es Director principal de la Martinica.

¿Cómo asume estas responsabilidades? – ¿Es importante para él esta responsabilidad? Tuvo otras varias, como educador, como misionero… Y lo de ser superior, como se decía antes, ¿cómo lo encaró? Veamos cómo le confía al Fundador, en momentos sucesivos, sus inquietudes al respecto, con su sinceridad habitual.

En base a esas cartas al Fundador, da a entender que dicha responsabilidad es, para él, de la mayor importancia. Para mejor llevarla adelante le pide que le apoye ante el Señor, con sus oraciones:

"Pida (a Dios), para que me dé el valor y el celo que necesito para alentar a mis Hermanos, para que den bien la clase y para que yo cumpla como debo mis otros deberes; para que mis defectos e imperfecciones no detengan el curso de su gracias sobre nuestros Hermanos y nuestros queridos alumnos". (**D** 172 - 8 de marzo de 1843)

Muy al principio de su mandato, el 8 de enero de 1842 (**D** 172), le escribe:

"Desde el 12 ó 13 de octubre ya no estoy en María Galante, con el bueno del Hno. Federico. El Hno. Ambrosio me envió mi "obediencia", con la que me ordenaba ir a San Pedro (Martinica), para remplazar al piadoso Hno. Alipio,- fallecido -, en la dirección del establecimiento de esta ciudad".

Un año, más tarde, ya con experiencia de gobierno, vuelve sobre el tema:

Cuántas gracias debo dar a Dios por haberme escogido entre tantos Hermanos más capaces y más dignos que yo, para trabajar en la salvación de estos queridos niños.

Pídale (a Dios)…para que yo cumpla bien con todas mis otras obligaciones; también yo le pido esta gracia". (**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

2.- Organización de la comunidad

Joven como es, y lleno de celo apostólico, asume la dirección de la comunidad de Fuerte San Pedro con entusiasmo. Pero también con cierto temor. No es para menos.

Unos meses después de hacerse cargo de la misma, he aquí cómo la presenta al Fundador:

"Cuando se me confió la dirección del establecimiento de San Pedro lo acepté con una repugnancia involuntaria, ocasionada por lo que el Hno. Ambrosio me había dicho de los Hermanos; según él, eran difíciles de contentar y poco regulares; por lo que se refiere a este punto se equivocaba, pues son muy regulares: se acercan regularmente y con mucha devoción a los sacramentos. En cambio, son, en efecto, un poco exigentes, no queriendo privarse de nada de lo que les está permitido". (**D** 172 - 19 de marzo de 1842)

La escuela hereda, además, un problema: acarrea una fuerte deuda a la Casa Principal. Su predecesor, el Hno. Alipio, muerto unos meses antes, celoso apostólicamente, era manirroto y no tan buen administrador. El Hno. Arturo trata de encontrar una solución con los Hermanos:

"Cada uno respondió que no era él quien había contraído esa deuda. Por ello vi que no estaban dispuestos a hacer la menor privación". (**D** 172 – 19 de marzo de 1842)

Nuestro Hermano se encuentra, pues, con dos problemas mayores, desde el punto de vista de la comunidad y espera una respuesta del Fundador a su inquietud. Le llega sin tardar. En relación con el segundo:

*"Espero que poco a poco, con **economía y orden** se liberará de la deuda".*

Y añade, en cuanto al primero:

"Sin duda, yo **quedaría muy disgustado si a los Hermanos les faltara lo que es necesario**; pero también, cuando se hacen **demasiado exigentes dejan de ser religiosos y eso me aflige**; lo que yo deseo, por encima de todo es verles hacer continuos progresos en las virtudes propias de su santo estado".

(**JMLM** T I – 2 de junio de 1842)

Sin tardar, esta comunidad llega a ser muy regular y alabada por todos, especialmente por el Fundador mismo.

No es una tarea fácil: es una sola comunidad, pero con dos escuelas: una en funcionamiento, - la de Fuerte San Pedro -, y la otra, en proyecto, para la otra parroquia de la ciudad, en Mouillage. Muy pronto se hace realidad.

Y hay más: como ya se había empezado a hacer en otras escuelas, el Hermano Alipio había organizado un catecismo por la tarde, para adultos: está sólo en ciernes, es verdad, pero es una obra muy prometedora, en favor de los esclavos. El Hno. Arturo la ve con buenos ojos.

Pero, ¿no será suficiente, con lo que ya tiene, para ocupar el día el novel Superior? – A ello debe añadir, pese a ser el superior, una clase normal, en la escuela: la segunda; que le ocupa todo el horario escolar normal. No se echa atrás. Así se lo comunica al Fundador:

"Parece que la voluntad de Dios es que continúe con todo este trabajo que a usted mismo, querido Padre, le parecerá, quizás, demasiado fuerte, como les parece a los Hermanos, que están conmigo, que no cesan de repetirme que me canso demasiado. Pero lo que hay de cierto es que yo estoy mejor que todos ellos, aunque no tengan más que cinco horas de clase. Le pido, querido Padre, que me permita continuar con este género de vida: me encuentro mucho mejor cuando tengo ocupaciones" (**D** 172 - 19 de marzo de1842)

Efectivamente, hay Hermanos que están preocupados por la salud de nuestro Hermano, en razón de sus muchos trabajos:

"… En San Pedro, estamos sobrecargados de trabajo. Temo mucho que el Hno. Arturo no vaya a sucumbir bajo el peso de sus trabajos y fatigas".
(**D** 172 - Hno. Florentino, 10 de julio de 1843)

Pero otros están de acuerdo con el Hno. Arturo y le animan a seguir adelante:

"Nuestro buen y valeroso Hno. Arturo acierta maravillosamente, obrando de esa manera". (**D**172, Hno. Gerardo - 5 de enero de1844)

¿Qué piensa de ello Juan María, el Fundador? – A vuelta de correo, le escribe de forma clara, luego de alabar su celo:

"…Sin embargo, me temo que se fatigue demasiado y ***le recomiendo de la manera más expresa que no agote sus fuerzas****. Tienen que compartir el trabajo entre todos ustedes, de manera que el peso no recaiga sobre uno solo, y que nadie tenga cada día más de seis horas de clase. El clima no permite más".* (**JMLM** - T I, 2 de junio de1842)

Y en cuanto a la deuda, y como de pasada y sin darle tanta importancia, añade:

"Espero que, poco a poco, con economía y orden, logrará liberarse de sus deudas..."
(Ibid.)

¡Hay que compartir responsabilidades! ¿Cómo lo ve el Hno. Arturo? Así escribe el Fundador:

"¡Cómo desearía tener aquí, en el Fuerte, al Hno. Dámaso o al Hno. Filemón, a quienes podría encargar del vino, de la ropa, de la cocina, y en caso de que cayera enfermo, alguno a quien pudiera confiar todas las llaves del material escolar y del dinero"
(**D** 172 - 3 de mayo de 1843)

En efecto, esos Hermanos, - los de más edad y con mayor formación -, se han hecho cargo de la recién abierta escuela de Mouillage, de la que hablamos anteriormente. A los otros, - los más jóvenes -, prefiere dejarles tiempo para continuar su formación.

Pero la cosa se hace aún más pesadita, - para la extensión del Reino de Dios, - como ya insinuamos -: finalmente se establece el catecismo de la tarde, ideado e iniciado por su predecesor. Un trabajo más para nuestro Hermano, que es quien lo lleva adelante para empezar:

"Si dejara de dar esta clase de la tarde, ¿quién instruiría en nuestra santa religión a estos pobres desgraciados que pasan todo el día trabajando para sus amos? Si no les damos esta clase de catequesis, ¿cómo conocerían sus deberes para con Dios? No puedo hablar de esto sin conmoverme. Todo lo que le pido es que me permita continuar toda mi vida, o por lo menos mientras pueda hacerlo. Y no crea a los Hermanos que quizás le han escrito que tengo demasiado trabajo y me canso demasiado. Por favor, déjeles decir y no hago caso de sus consejos, pues podrían tener que responder ante Dios de la salvación de las personas a las que habrían impedido instruirse en nuestra santa religión".
(**D** 172 - 19 de marzo de 1842)

Y he aquí cómo lo ve el Fundador:

"Lejos de mí el oponerme a que continúe dando el catecismo por la tarde, pues creo que es la obra más útil; sin embargo, no se canse demasiado: haga el bien, no solamente a lo ancho, sino también a lo largo". (**JMLM** T I - 10 de octubre de1842)

Hay buena voluntad para arreglar las cosas y ponerles remedio, pero reconoce que:

"Estoy necesariamente cansado y obligado a hacer todas las escrituras muy tarde. Al día siguiente me duelen los ojos, me cuesta levantarme con los otros"

(**D** 172 - 3 de mayo de 1843)

Pasa el tiempo… Piensa que una parte de la solución puede llegar haciendo que el Hno. Filemón se haga cargo de la dirección de la escuela de Mouillage. Se lo propone al Hno. Ambrosio:

"Le ayudaré solamente con mis consejos y para hacer las compras algo importantes: de esta forma sólo tendré la dirección de la casa del Fuerte, lo que me procurará un poco más de descanso y menos inquietudes y cansancio". (**D** 172 - 11 de agosto de 1843)

Y, efectivamente, así se hace antes del final del año de 1843. El Fundador muestra su satisfacción:

"Sabía que su establecimiento debía ser dividido; me alegra que así sea, porque al estar las clases de Mouillage tan lejos de las del Fuerte, nuestros Hermanos se cansarían demasiasdo al tener que trasladarse mañana y tarde". (**JMLM** T I – 28 de octubre de 1843)

¿Otra forma de hacer más llevadero su trabajo? Escribe al Fundador:

"Tendría necesidad, en este momento, de un Hermano más, que me alivie un poco, encargóndose de una parte de mis alumnos. Me atrevo a esperar que su caridad y su bondad para conmigo tendrán en cuenta mi situación y mi cansancio".

(**D** 172 - 5 de noviembre de1844)

Y hay que decir, el Fundador así lo hace sin tardar.

A pesar de ello, Hno. Arturo, durante mucho tiempo, soporta un trabajo quizás excesivo. Y él mismo llega a reconocerlo. ¿Solución definitiva? – Pide y repite que le ayuden a llevarlo adelante con sus oraciones:

"No tendré otra ayuda que la de las buenas oraciones que usted dirigirá a Dios para obtener ***la fuerza y el valor*** *que necesito para cumplir mis deberes, con un renovado celo y un nuevo fervor. Le confieso que en determinados momentos, a lo largo de este último año, ambos parecen haberme abandonado, sobre todo la fuerza: a veces estaba tan fatigado y tan abatido que apenas podía caminar y casi ni podía hablar, al terminar la clase, y sin embardo, todavía tenía que dar el catecismo de adultos.*

(**D** 172 – 28 de diciembre de 1844)

"Pida por mí, querido Padre. Usted y el buen Padre Ruault y los Hermanos".

(**D** 172 - de serptiembre de1843)

3.- Gobierno de la comunidad

¿Cómo lleva adelante el Hno. Arturo su comunidad? – Algo vimos al hablar de la pobreza y en relación con la buena economía de la casa: sabe dar generosamente, pero también retener, cuando algún Hermano se muestra excesivamente delicado o exigente. En ello, toma como punto de mira, la Regla del Instituto. Eso le ocasiona alguna dificultad, que trata de superar con la ayuda del Fundador a quien confía sus penas:

"Los Hermanos me ocasionan penas a veces excesivas: se quejan por las cosas más pequeñas, que algunas veces olvido, o que no puedo concederles: me hacen duros

reproches ante otros Hermanos, y que me humillan; sin embargo, esos Hermanos, como los demás, viven con regularidad". (**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

Mayores problemas le vinieron como consecuencia del asunto del capellán P.Évain. A pesar de la habilidad y prudencia con las que el Hermano Arturo se condujo, el hecho tuve eco en el interior de la comunidad. Para suerte del Hemano, el Fundador les envió una carta aclarando las cosas e indicando la línea de acción a seguir:

"Evitad con gran cuidado los prejuicios, las quejas, las murmuraciones, todo lo que hiere y divide: en una palabra, procurad tener un solo corazón y una sola alma, y estar animados por la caridad más pura… Nunca os lo repetiría demasiado".
(**JMLM** – T I, 3 de abril de 1842)

También sus relaciones con el resto del personal de la escuela le ocasiona algunos problemas y malentendidos:

"¡Bendito y alabado sea Dios que quiere que yo sufra estas humillaciones que me son más útiles que los aplausos y los elogios! He procurado hacer lo mejor que podía: no creo haber obrado por maldad, cualesquiera sean las intenciones que me atribuyen".
(**D** -172 - 3 de diciembre de 1843)

De suerte que, unos años más tarde, ante la posibilidad de tener que asumir la dirección de otra comunidad, trata de liberarse de ello.

"Si usted permite que venga (el Hno. Marcelino), me liberará de un fardo demasiado pesado para mis débiles espaldas y de una responsabilidad que a menudo me espanta".
(**D** 173 - 2 de septiembre de 1849)

Por otro lado, ya vimos que, al llegar a San Pedro se encuentra, desde el punto de vista económico, con una fuerte deuda. Años más tarde, en carta memorable, así escribe al Fundador:

"En menos de dos años, pagué 5855 francos de deuda de los dos establecimientos de esa ciudad; deuda que debían a la casa principal". (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Y cuando queda enjuagada esa deuda, el Hermano sigue entregando los ahorros al Director principal, Hno. Ambrosio, para solventar los gastos generales de la isla y venir en ayuda de la Casa Madre de Ploërmel.

Hecho Director principal de la Martinica, le resulta algo difícil llevar adelante la administración de esa provincia religiosa: es algo en lo que no había pensado y le cae de buenas a primera. Siguiendo los consejos del Padre Fundador y de las autoridades de la isla, sabe hacerse ayudar.

Primero, por medio del Hno. Isaac, teóricamente; en realidad, este Hermano enseguida cae enfermo, como vimos. Luego aparece el Hno. Juan Colombini, a quien el Hno. Arturo, agradecido, llega a llamar su **"Ángel de Paz**"; y de quien afirma:

"Es él quien, a pesar de sus otras ocupaciones, ha hecho casi todas mis escrituras, cuando debía escribir a la administración. (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Luego, el Hno. Arturo se servirá de la capacidad de otros Hermanos, especialmente del Hno. Evergildo, como secretario.

Podríamos preguntarnos: ¿y cómo es el trato del Hno. Arturo, en su calidad de Superior, sea con sus Hermanos, sea con la autoridades y con la gente, en general? Todos están de acuerdo en decir que es de una exquisitez, de una delicadeza y una caridad por encima de toda ponderación.

De una u otra forma ya lo hemos ido viendo a los largo de estas páginas y lo veremos más explícitamente en el capítulo siguiente. Permítasenos, sin embargo, transcribir unas líneas del mismo Hno. Arturo al Fundador, con ocasión de la visita que giró al Director de la administración interior del Estado. He aquí cómo termina su relato:

"Después de haberle manifestado mi agradecimiento por el celo que pone en acrecentar nuestros establecimientos y la benevolencia que nos manifiesta, le dije que sería partícipe de las oraciones de nuestra Congregación, que reza por sus bienhechores. Y después de haberme despedido de este buen administrador, que quiso acompañarme un largo trecho, di cuenta de todo lo sucedido al Hno. Ambrosio".(**D** 172 – 28 de diciembre de 1844)

Ésa es la forma en que el Hermano Arturo trata a todos, sin distinción de personas.

Y, en relación con los Hermanos, es eso: **un hermano**. He aquí cómo lo ve uno de sus Hermanos de comunidad:

"El Hno. Arturo goza de un aura particular entre sus Hermanos de comunidad. Tocar al Hno. Arturo, pensar en su partida era poner en causa el porvenir del establecimiento". (**D** 173 – Carta del Clair, 6 denero de1846)

En su momento dijimos cómo uno de los problemas que ha de afrontar al dejar la comunidad de Fort-de France es el esquivar su salida para con la gente y con los propios Hermanos de comunidad: **¡no quieren dejarlo marchar!** Algo parecido sucede cuando son los Hermanos quienes tienen que dejar su comunidad.

"Mi querido Padre, decirle que he dejado sin pena al querido Hno. Arturo (para ir a Mouillage), sería mentirle. No pude dejarle sin las lágrimas en los ojos. Pero, en fin, ¡hágase la voluntad de Dios! Él ha tomado mi clase, aunque sea bastante difícil. Tiene más de 100 alumnos, que no entienden casi nada, a causa de su corta edad. Mucho me temo que sucumba bajo el peso de tan penosos trabajos". (**D** 172 - Hno. Focas, febrero de 1845)

Tal es también el sentir del resto de los Hermanos de la Provincia. Ello se hace más patente en los últimos años de su apostolado misionero, cuando ha de recorrer diversos municipios: toma como base las respectivas comunidades. Y los Hermanos de las mismas son los primeros beneficiados.

Ya vimos la ayuda que le prestó el Hno. Jean Colombini con ocasión de la peste de 1852, sea para la asistencia a los Hermanos enfermos, sea para preparar los documentos que había que presentar en la Administración civil. El Hermanos Arturo pide y obtiene para él la Medalla de Oro al mérito.

Dicho Hermano, capaz de llevar adelante gestas heroicas, en ocasiones no está a la misma altura en su manera de conducirse. Y es también aquí el Hno. Arturo quien le echa una mano. Lo reconoce ante el Fundador:

"Por ello, reconocí que había pecado y resolví corregirme, ***ayudado por los consejos del querido Hermano Arturo, al que yo tenía la ocasión de ver de vez en cuándo****, y del auxilio de la gracia. De esa suerte volví poco a poco"*

(**D** 173 – Hno. Juan Colombini, 24 de octubre de 1850)

Hubo casos en los que, determinados Hermanos que, por su actuar y su conducta incorrecta eran rechazados en todas las comunidades, encuentran en el Hno. Arturo la tabla salvación. Ya vimos el caso del Hermano Cyr-Marie Le Duc…

Más elocuente aún, es otro caso: el del Hno. Hervé Monnerais, implicado en la cábala del Sr. Evain. Ya descubierta, huye una noche a la isla inglesa de la Dominica. Recapacita y… Pero, ¿dónde volver? ¿quién lo va a recibir**? *"Felizmente es***

acogido en San Pedro, por un Hermano comprensivo, - dice el cronista ***-: el Hno. Arturo Greffier****. Se recupera, mide las consecuencias de su conducta y regresa a su puesto, en la Basse-Terre, el martes siguiente*". Con el tiempo, llega a ser uno de los Hermanos más significativos de la Martinica. (Cf. **E. M**. Friot,Nº. 31, pág. 50)

Ello hace exclamar al Hno. Filemón, compañero de nuestro misionero en tantas lides.

"Nuestro Hno. Arturo es ***un santo hombre y un hombre muy precioso para la misión de la que está encargado"*** (**D** 173- Hº. Filémon, 24 de marzo de 1850)

Así, pues, en su comunidad de Fuerte San Pedroe, entre los Hermanos reina un clima de caridad, mutua ayuda y dinámica comprensión. Los Hermanos así lo sienten. Podríamos citar varios testimonios. Bástenos uno, del mismo Hno. Filemón y de esa comunidad de Fuerte San Pedro, animada por el Hno. Arturo:

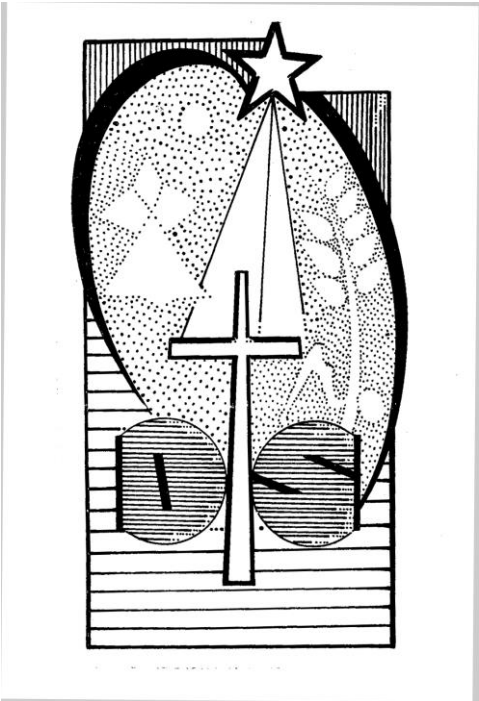
"Entre los Hermanos de las colonias hay caridad. No se ve ese espíritu altanero que se ve en algunos Hermanos de Francia y su aire de suficiencia sobre los otros".

(**D** 173 – 19 de de 1851)

Por ello, creemos acertada la síntesis que el Hno. Pierre Ollivier hace, en su bien documentada publicación sobre el *"El Hno. Ambrosio Haiget"*, al afirmar que

"El Hermano Arturo era querido por todos" (**E. M.** Nº.12, pág. 120)

¿Qué mejor alabanza para un *superior religioso?*



Capítulo 47

Tras las huellas de Cristo "manso y humilde de corazón"

Decíamos que el Hno. Arturo era muy querido por todos. Ello no cae de suyo: tiene un precio. Por un lado, sabe sufrir y encajar los inevitables golpes que en la vida se van encontrando. Por otro, pone de su parte aquello que ve necesario para ello, con su cuota de bondad, compresión, etc. Trata de ser un reflejo de Jesús, por quien trabaja y a quien ha ofrecido su vida, siendo **"manso y humilde de corazón"**.

Si hacemos caso a algunos comentarios y dichos sobre el Hno. Arturo, la vanidad es un defecto que lo acecha. Sus éxitos apostólicos lo explicarían. Y, digamos que, si no hubiera estado alerta, habría podido caer en sus redes. No le faltan ocasiones para que así sea. Pero, las enfrenta.

Nuestro Hermano lleva adelante tareas sumamente difíciles y arduas, formas de apostolado inéditas hasta entonces en el Instituto. En ellas podría haber fracasado e incluso perecido, víctima, no sólo de posibles accidentes, sino, incluso, de su celo. No es una elucubración gratuita. Ya lo vimos: en otra colonia de Francia, con esclavos,- la isla de la Reunión, en el océano Índico -, un tal Hermano Escubilión, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas,- o de la Salle -, intenta dedicarse al mismo apostolado, entre los esclavos. A los pocos meses ha de retirarse, ante las amenazas firmes y feroces de los colonos de la isla.

El Hermano Arturo, en cambio, triunfa en toda la línea.

Fue llamado **"el padre de los negros**", la **"Virgen (María) de los esclavos", "el pacificador de la Martinica"**, y con otros apelativos de ese calibre. Apelativos que nos han llegado, nada menos que de la boca y de los escritos del mismísimo Hno. Ambrosio, su superior, frío, imparcial y con una gran visión de las cosas. Y, todo hay que decirlo, en relación con este otro gran misionero: supo reconocer las cualidades de su co-Hermano, darles curso y hacerlas públicas**: *"Al fin, el Hno. Arturo es quien nos ha salvado ante las autoridades civiles"***, escribe en una de las últimas cartas conservadas. (Cf. **D** 173 – 25 de noviembre de 1852)

¿Se enorgullece, acaso, por ello, el Hno. Arturo? ¿Cae, víctima de la tentación de la vanidad? Su superior inmediato, el susodicho Hno. Ambrosio, le ayuda en forma contundente y ruda. También el Fundador, Juan María de la Mennais lo hace, pero de otra manera, más y mejor, en forma paternal y amorosa. Y por ello, mejor aceptada y más eficaz. Veámoslo…

El Hno. Ambrosio, pues, temiendo que el misionero, llevado por la vanidad,- por sus éxitos -, no dé cabida, en su corazón, al orgullo y le trastorne la cabeza, cree oportuno ejercitarlo en la santa humildad. Y no pierde ocasión para ello; le repite:

"¡Pues bien!, Hermano Arturo: se dicen muchas cosas buenas de usted. ¡Tenga cuidado, orgulloso, que esos rumores halagadores no le llenen de vanidad y le hagan perder todo el mérito de sus débiles trabajos!"

(EVERGILDE –M., fr. *«Le Frère Arthur»,* en *«Au service de l'enfance»*. 4ª. Serie 1932, pág. 39)

Y se guarda muy bien de felicitarle y alabarlo en público. Pero, al mismo tiempo no deja de hacerlo ante el Gobernador y el Fundador.

Y más: parece como si la Providencia misma quisiera secundar este proceder del Director general. ¿Cómo comprender, si no, el poco aliento e incluso la dureza que encuentra el catequista por parte de quien le es más cercano, su superior de comunidad, en Fort-de-France? - Poco y nada le anima en su labor, las provisiones que de él recibe para su jornada no son, a veces, suficientes, ni en calidad ni en cantidad. Y cuando regresa a la comunidad, extenuado, no encuentra, en ocasiones, más que unos restos de cena, fría y escasa. ¿Y lo peor? La cara de hielo con que lo recibe.

En honor a la verdad hay que decir, también, que este trato viene, en realidad, sólo de un miembro de la comunidad; y sólo por algún tiempo: la fiebre amarilla le ha dejado algo trastornado. Cuando el Hno. Ambrosio se apercibe de ello pone inmediato remedio. Sus Hermanos de comunidad, por otro lado, tratan de compensar.

He aquí por qué un testigo de ese mismo tiempo afirma:

"Su humildad era sincera y profunda: se manifestaba en todos los detalles de su conducta". (Evergilde M. o. c, pág. 61)

Y en sus cartas a Juan María de la Mennais, se traduce bien esta verdadera humildad. **Reconoce sus limitaciones**:

"He hecho una revisión de conciencia. Rezo y medito muy mal. Y, a veces mi oración y mi meditación son una distracción continua. Lo mismo me sucede en otros Ejercicios de Regla. Y, en fin, en medio de todas estas miserias espirituales, sólo puedo encontrar descanso en Dios…" (**D** 172 - 8 de febrero de 1841)

Es algo que repite a menudo en sus cartas: Cf. **D** 172 - 8 de febrero de 1843, etc.

Es más dramáticamente sincero cuando dice:

"He pedido a menudo a Dios la gracia de dar mi vida para probarle que le amo y para pagar mis deudas para con su divina justicia y he aquí que unas pequeñas cruces me abaten y me echan por tierra, por así decir; eso prueba que no soy bueno para nada. ¡Ayúdeme con sus buenas oraciones". (**D** 172 - 30 de junio de1845)

…Repite sus deseos de morir, *"víctima del celo por la gloria de su divino Maestro; pero ello está reservado a las almas fieles, y no a un miserable pecador como yo, que estoy lleno de defectos".* (**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

Algo parecido dice un año más tarde, en relación con las gracias recibidas:

"Mucho debería llorar, en relación con el abuso de tantas gracias que he recibido desde que estoy en religión, y de las que recibo diariamente. Pero, ¡ay!, mis ojos están secos, por así decir". (**D** 172 - 5 de febrero de 1844)

Y por eso, aquejado, en un momento, de fiebres, contempla, -y se duele – de la posibilidad de *"tener que morir, con varios pesares. Primero: de no haber hecho bastante bien; y de haber hecho, a menudo, tan mal el bien que he hecho".* (**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

Dos meses más tarde constata:

"No soy mejor que antes" y añade*: "Rece, pues, por mí, pues eso me causa mucha pena".* (**D** 172 - 2 de mayo de 1845)

Y así, una y otra vez le pide al Fundador que le ayude con sus oraciones, especialmente en relación con la humildad.

"Pida por mí de una manera muy particular. Pídale a Dios que me dé el celo y la humildad, de los que tengo gran necesidad" . (**D** 173 - 24 de febrero de 1846)

"¡Padre mío!, le suplico que pida a Dios de una manera particular por mí, para que aniquile mí orgullo y el amor propio que ciega y que estropearía mis acciones. Pida a Dios que me dé una profunda humildad, amor a la cruz, sufrimientos y humillaciones"
(**D** 173 - 20 de enero de 1852)

Desde luego: no le van a faltar sufrimientos y ocasiones de practicar la humildad. La vida misionera, con sus alteraciones y cambios, le va a ayudar.

Finalmente, un texto que podría ser la síntesis de un cristiano que, viéndose tan pobre, se pone en manos de Dios:

"No debo ocultarle, mi buen Padre, que en lugar de enmendarme y ser mejor, soy peor. Lo que me hace temer por mi salvación: rezo y medito muy mal y a veces mi oración y mi meditación no son más que una distracción continua. Y lo mismo me sucede con los otros ejercicios de regla. En fin, en medio de todas estas miserias espirituales no puedo encontrar alivio más que abandonándome en las manos de la divina Misericordia para que haga de mí lo que quiera". (**D** 172 – 4 de febrero de 1843)

* * * * * * * * * *

Pero, si es humildad aceptar y reconocer los propios límites y faltas, más meritorio y difícil es aceptar las humillaciones, - merecidas o inmerecidas -, que nos procuran los demás. Tampoco éstas le faltan a nuestro Hermano.

Una le fue particularmente dolorosa: la queja del sacerdote P. Dandin, según el cual no había sido bien tratado por nuestro Hermano. He aquí lo que le escribe al Fundador:

"Le he recibido siempre bien, cuando ha venido a San Pedro: le he dado los alimentos y los licores que deseaba, pues nuestro buen Hno. Ambrosio me había recomendado el recibirlo siempre bien y no ahorré nada a este efecto. ¡Bendito y alabado sea Dios que quiere que sufra estas humillaciones que me son más útiles que los aplausos y los elogios!

He procurado hacer lo mejor que podía: no creo haber obrado por maldad, a pesar de las intenciones que me atribuyen" . (**D** 172 - 23 de diciembre de 1843)

Y la época de las grandes empresas y los éxitos más vistosos, para nuestro Hermano es también el momento en que padece ciertas arideces y formas de abatimiento que le ocasionan no pocos sinsabores: ¿No será que también Dios, en su Providencia, viene a ayudarle a vivir en humildad?

Pero, desde Ploërmel, el Fundador, sí se preocupa de un hijo tan querido, y le escribe:

"Evitad con gran cuidado los prejuicios, las quejas, las murmuraciones, todo lo que hiere y divide: en una palabra, procurad tener un solo corazón y una sola alma, y estar animados por la caridad más pura… Nunca os lo repetiría demasiado".
(**JMLM** – T I, 3 de abril de 1842

A lo que el Hno. Arturo responde:

"Usted tiembla por mí, querido Padre, pues piensa que todos esos elogios deben llevar fácilmente a la vanidad. Y sería verdad si mis miserias espirituales no me vinieran a hacer un fuerte contrapeso que me da renovados motivos de humillación. Pida por mí".
(**D** 173 - 31 de enero de 1847)

Y cuando, se le comunica que debe ir a catequizar a los esclavos, a tiempo pleno, así escribe al Fundador:

"Usted sabe, mi buen Padre, que estoy lejos de tener la capacidad y las cualidades para esta obra sublime. Pida, pues, a Dios, que supla lo que me falta. No puedo ofrecerle más que mi buena voluntad". (**D** 173 - 9 de junio de 1847)

Y, he aquí cómo encara esos éxitos

"En lo que se refiere a esta especie de éxito que he obtenido, en la misión que me ha sido encomendada, créame, querido Padre, que no hay en ello nada mío; es Dios sólo quien lo ha hecho todo, pues a menudo mi corazón nadaba en una tristeza involuntaria, que sólo podía vencer mediante la oración y haciendo actos de resignación, y pidiendo a Dios el amor a las cruces y a la humillaciones.

Me temía que esta tristeza y esta falta de resignación desagradaran demasiado a Dios y le impidieran derramar su bendición sobre mis trabajos. Como usted ve, en este éxito no hay nada mío.

Lo único que yo haría es estropearlo todo. Lo que prueba, evidentemente, que es Dios quien ha hecho esta obra de caridad y que su voluntad es que estos pobres esclavos le conozcan. Yo sólo he sido el instrumento de que Dios se ha servido, como uno puede servirse de un bastón y luego echarlo al fuego, como yo he merecido tantas veces".

(**D** 173 - 17 de enero de 1848)

Este texto habla por sí solo. Y porque cree firmemente en lo que dice, sigue abriéndose al Fundador y pidiéndole su ayuda.

"Me encomiendo a sus buenas oraciones; tengo tanta mayor necesidad de este socorro espiritual: en lugar de adelantar en la humildad y en las otras virtudes, parece que retrocedo". (**D** 173 - 23 de septiembre de 1849)

Se diría que, verdaderamente está convencido de la necesidad que tiene de la humildad: tres años más tarde vuelve a la carga, con mayor insistencia:

"Padre mío, le suplico que rece de una manera especial por mí, para que Dios aniquile en mí el sucio orgullo y este amor propio que me ciega y estropearía mis actos. Pídale a Dios que me dé una profunda humildad, el amor a las cruces, a los sufrimientos, a las humillaciones. ¿Qué puede rechazarle un Salvador tan amable, cuando usted se lo pida por el más débil y el más pobre de sus hijos? Por lo que puedo prever, me esperan penas y humillaciones". (**D** 173 - 20 de enero de 1852)

Y a fe que, en esta ocasión, el Hno. Arturo tiene una intuición profética. Ha pasado medio año apenas después de escribir esta carta, cuando el regreso del Hno. Ambrosio a Francia y la muerte casi inmediata del Hno. Filemón, - su sustituto en la Martinica -, se convierten en la causa de tantos sinsabores para él, en confrontación con el Hno. Ambrosio, en Ploërmel. ¿Víctima de una sensibilidad excesiva? En todo caso, he aquí cómo toma conciencia de ello, al final de una memorable carta al Fundador:

"He aquí, querido Padre, a un hombre susceptible. Y cuya susceptibilidad puede hacerle fallar (quizás) en la caridad que debe al Hno. Ambrosio".

(**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Y estas expresiones de una humildad que creemos sincera son aún más fehacientes si vienen contrastadas con la propia vida. Es lo que afirman los testigos. Algo ya hemos dicho al hablar de la pobreza; lo explicitaremos algo más. He aquí otro testimonio, aunque en otro orden de cosas:

"En las distribuciones de premios, a las que asiste el Gobernador, el Sr. Obispo y otras personalidades, él se pone siempre, a pesar de las insistencias, en un lugar muy

inferior a su rango (de superior); e incluso se ocupa, como el último de sus Hermanos, en coronar a los niños. Tiene dos hermosas condecoraciones, - una gran medalla de Oro y la Cruz de la Legión de Honor -, dignas recompensas a los señalados servicios que ha prestado a la colonia. Cuando adorna con ellas su pecho, ciertamente que no lo hace por orgullo o por satisfacer su vanidad personal, sino para honrar a sus Hermanos, por el bien de la Congregación, y por deferencia para con sus amigos que se lo piden en forma insistente". (Evergilde M. obra citada, pág. 61)

Cuando viaja en barco a vapor, va siempre en clase popular, diciendo que su lugar está entre los pobres de los que es el servidor.

Y, ¡cosa llamativa!: en sus cartas al Fundador, aunque admite haber tenido éxitos, nunca los especifica y no le habla para nada de los momentos más épicos y heroicos. Hasta tal punto que, algunos han creído poder ponerlos en duda, considerándolos como legendarios. Ya hemos dicho que, a Dios gracias, existen los documentos que los acreditan, además de los testigos que lo afirman.

* * * * * * * * * *

Humildad en la palabras… Humildad en los hechos. Pero, lo más difícil: humildad en las contrariedades, en las humillaciones no buscadas. ¿Qué hay de esto en la vida del Hno. Arturo? – Algunos hechos nos mostrarán el camino que va recorriendo en ese sentido: nunca fácil, a veces heroico. Quizás los más dolorosos le llegaron de su rudo y leal superior, el Hno. Ambrosio.

"Desde hace cerca de un año tengo muchas dificultades para combatir la tristeza y la pena que me asedia por momentos: parece que quieren aniquilar mi valor y poco celo. Esta pena tiene varias causas. Una de las más principales son los reproches inmerecidos que me ha dirigido el Hno. Ambrosio, delante de los Hermanos de los dos establecimientos de San Pedro; y otras veces, ante los Hermanos de Fuerte San Pedro (su escuela). Me reprocha cosas que sucedieron hace casi cuatro años. Nuestro Hermano cree en ciertos cuentitos, y así, los reproches llueven sobre mí. Si quiero justificarme, me atraigo nuevos sufrimientos". (**D** 173 - 24 de febrero de 1846)

De estos hechos dolorosos el Hermano saca una buena lección, pues a renglón seguido añade:

"Estas penas no me son inútiles, de ninguna manera, pues contribuyen a destruir mi vanidad y mi orgullo, y me sirven para despegarme de esta vida miserable, para así pensar en el cielo, y para convencerme de que no hay que tratar de agradar más que a Dios solo. Por ello, no sé si he estado alguna vez más despegado de este mundo que ahora. Por favor, no haga ningún reproche al Hno. Ambrosio, pues no ha tenido mala intención: ha creído obrar bien". (Ibid.)

De la misma forma tranquiliza al Fundador, cuando éste trata de ayudarle viviendo en humildad, en medio de sus éxitios apotólicos:

" Usted teme por mí, piensa que todos esos elogios deben llevarme a la vanidad. Así lo sería si mis miserias espirituales no vinieran a poner un fuerte contrapeso que me proporciona, sin cesar, nuevos motivos de humillación". (**D** 173 – 31 de enero de 1847)

Por otro lado, y elevando el nivel teológico de sus motivaciones, le explica al Fundador:

"Créame, Padre: no es obra mía: es Dios sólo quien ha hecho todo. En este buen resultado no hay nada mío. Yo lo habría estropeado todo. Es Dios el que ha hecho esta obra de caridad; su voluntad es que estos pobres esclavos le conozcan. Yo he sido

solamente el instrumento del que Dios se ha servido como uno puede servirse de un bastón y luego echarlo al fuego, algo que yo he merecido tantas veces".

(**D** 172 – 17 de enero de 1848)

Y como el Hno. Arturo no tiene secretos con el Fundador, lleno de confianza, en él se desahoga:

"Comprendo que todas estas explicaciones son demasiado largas: haría mejor sufriendo estas humillaciones en silencio; pero usted no nos ha prohibido nunca el defendernos". (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Nosotros nos preguntamos si, efectivamente, habría hecho mejor, callándolo, con el peligro de verse empujado, quizá, a airearlo en forma de murmuraciones comunitarias, que no habrían favorecido el buen espíritu de la comunidad. La resistencia psicológica tiene unos límites por encima de los cuales entra en juego la ley de las compensaciones.

En efecto, más adelante y también al Fundador, le pone dos breves comentarios que vienen a confirmar nuestra tesis y que son por demás significativos.

Uno: *"(El Hno. Ambrosio)... me ha sometido a rudas pruebas. Espero que seguirá ejercitándome en ellas".* (**D** 173 – 25 de noviembre de 1852)

Y este otro: *"No hace mucho tiempo, un Hermano me repetía a menudo que yo estaba destinado a guardar los cerdos en el chiquero de Ploërmel, Acepto de corazón ese empleo, desde el momento en que venga de mis superiores, antes que faltar a mis compromisos".*

(Ibid.)

Y, en las humillaciones, en los injustos reproches, en las calumnias, lo verdaderamente difícil, o heroico, - diríamos – es llegar a perdonar al causante de tales sufrimientos morales.

"Un Hermano me comentó que yo había sido calumniado ante el Hno. Ambrosio y que él tenía la prueba ante los ojos. No sé si será verdad; pero lo que sí sé es que perdono de todo corazón a aquel que me ha prestado tan mal servicio ante mi superior".

(**D** 172 - 24 de febrero de 1846)

Deducimos, por nuestra parte, la prueba palmaria de la veracidad del perdón en esta ocasión, al constatar que el Hno. Arturo no da ningún paso para averiguar la identidad del calumniador, para saber ¡si fue o no verdad!!!

Cosa parecida le sucede cuando, llevado de la magnanimidad de su corazón, escribe a Francia, al dueño de la "habitación", Sr. Pécoul, cuyo gerente le había ofendido, y lo hace sin avisar previamente al Hno. Ambrosio: habiéndola perdonado, no quiere que quede perjudicado gravemente. Nuestro Hermano pide humildemente perdón a su Superior, cuando éste le hace los correspondientes reproches.

Pero lo que sí añade en una ocasión en carta al Fundador, - y creemos que acertadamente -, es decirle que...

"Cuando (el Hno. Ambrosio) dé algunos avisos generales, dígale que reprenda a los Hermanos con mucha más caridad y mansedumbre". (**D** 173 - 24 de febrero de 1846)

Creemos que todo lo dicho en relación con la humildad del Hno. Arturo puede resumirse en una frase que escribe al Fundador ya casi al final de su apostolado directo con los eslavos. Es como un grito que brota des su más profunda intimidad:

"Querido Padre: le suplico que rece de una manera particular por mí, a fin de que Dios bendiga mis trabajos y se conviertan todos los que escuchan mis catequesis. Que me llene de amor para con Él y de celo por su gloria y la salvación del prójimo. Que aniquile en mí

el orgullo y el amor propio que ciegan y estropean mis acciones. Pida a Dios que me dé una profunda humildad, el amor a las cruces, a los sufrimientos y a las humillaciones".

(**D** 173 – 20 de enero de 1852)

Mansedumbre, humildad, trato sencillo, son…, parecería que llegan a ser… virtudes connaturales en el Hno. Arturo. Durante muchos años desempeña la responsabilidad de superior y director de las comunidades y de las escuelas de la Martinica. No siempre esas cualidades brillan en todos sus Hermanos. No olvidemos que, por aquel entonces y durante tantos siglos, existe un mal principio pedagógico, quizás no establecido, pero sí vivido: "La letra, con sangre entra". Por ello, para combatirlo, el Hermano ha de apoyarse en el Fundador:

"Recomiende expresamente a los Hermanos que no sean demasiado severos con los niños: ***su ministerio debe ser un ministerio de mansedumbre y de caridad****. Por otra parte, no se gana nada con la dureza y se hace uno odioso a esos pobres niños".*

(**JMLM** T. I - 23 de noviembre de .1846)

Jesús había dicho**: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón"**. (Mt 11, 29).

Para el Hno. Arturo ambas expresiones son una consigna y no quedan en el aire: a lo largo de la vida las va practicando, sea como súbdito, sea como Superior. Igualmente trata de hacerlas asumir por sus Hermanos.

De esta suerte, su trato llega a ser exquisito. ¿Cómo explicar, si no, que permanezca, como Director principal de la Martinica durante treinta años y que su sola presencia ejerza tan gran atractivo, espiritual y humano, hasta el final de sus días? Nos preguntamos: ¿Es en él algo connatural o lo ha tenido que adquirir? ¿Tiene algún secreto para ello? - Quizás en el siguiente capítulo tengamos un principio de respuesta…

Capítulo 48

"Los religiosos, ¿viven sin amarse?" - El Hno. Arturo: todo para sus Hermanos

¿Qué decir de la afirmación de Voltaire: **"Los religiosos viven sin amarse"?** Del Hno. Arturo se ha dicho que "todos le querían". A su vez, podemos afirmar que también él los quería a todos. Es algo que hemos ido viendo a lo largo de estas páginas. Veámoslo ahora más detenidamente…

La vocación de Hermano menesiano y su apostolado conllevan una constante vida de relación:

+ con los alumnos, por quienes el Hermano se desvela;

+ con sus familias; con el personal que, a todos los niveles tiene algo que ver con la escuela.

+ Pero, sobre todo, el Hermano desarrolla toda su actividad formando parte de una comunidad y desde ella, codo a codo con sus Hermanos. Esta relación con los Hermanos es algo básico, sea desde el punto de vista de su respuesta personal al Señor, sea para la eficacia de su apostolado.

Vimos, al hablar del Hno. Arturo como Director principal, que sus relaciones fueron sencillas y abiertas con toda clase de personas, desde el Gobernador hasta el más sencillo y pobre, sea blanco, negro o mestizo.

¿Pero, cuál es la calidad de sus relaciones con sus Hermanos de Congregación? - Ciertamente que habría mucho tema para comentar: Nos ceñiremos a algunos puntos más significativos.

Desde su llegada a las Antillas, en la Pointe-à-Pitre, vive en armonía y ayuda mutua con sus Hermanos. Cae gravemente enfermo y es ayudado y asistido maternalmente por ellos. Luego, a su vez, él los ayuda en el mismo menester, y de forma heroica. Hecho superior de comunidad, en San Pedro, trata por todos los medios de que su comunidad sea una verdadera familia. Pero una familia activa y laboriosa: cada uno en su trabajo, compartiendo penas y dolores, pero también alegrías.

He aquí cómo se lo manifiesta, en sus cartas, al Fundador.

"El Hno. Marcelino da la clase de los mayores, en el Fuerte. El Hno. Dámaso, la pequeña. Yo doy la segunda. Además, doy la clase nocturna y llevo todos los asuntos de las dos casas: del Fuerte y de Mouillage, sin olvidar que a menudo estoy obligado a ir a los despachos oficiales y anotar al detalle los gastos más pequeños: mis cuentas son bastante justas.

Los otros Hermanos ocupan el tiempo que les queda para trabajar en su propia instrucción y formación: aquí tienen más tiempo que en Francia, dado que no dan más que cinco horas de clase por día. Y, a pesar de todas esas ocupaciones, ***no dejo de tomar mis recreos con los otros Hermanos****, a menos que tenga algún asunto más urgente".*

(**D** 172 - 19 de marzo de 1842)

De esta suerte, en su comunidad hay un buen entendimiento:

"Entre nosotros, - los Hermanos de San Pedro -, vivimos en la paz y la unión. Cada uno conoce su deber y lo cumple*, pues, aquí todos los Hermanos viven con regularidad".* (**D** 172 – 16 de abril de 1842)

El Hno. Arturo trata de formar una comunidad unida y dinámica. Ello le lleva a estar cercano a sus Hermanos, a jugarse por ellos y a tenerlos en cuenta.

Se alegra con ellos y los consuela, especialmente en los momentos de prueba, como en el terremoto de la Pointe-à-Pitre. Sufre por su causa y los soporta cuando

"…se quejan por las cosas más pequeñas o me hacen duros reproches si no les puedo conceder algo". (**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

Y, cuando la ocasión se presenta, no deja de defenderlos y de alabarlos ante el Fundador: al Hno. Filemón, por su piedad y por lo bien que sus alumnos tienen los cuadernos. Al Hno. Rieul, porque es muy servicial, lo mismo que el Hno. Dámaso; y a

todos los Hermanos de su comunidad de San Pedro, que están, incluso, más animosos que antes del terremoto.

¿Defender a los Hermanos? ¿Jugarse por ellos? - ¡Sí!, ya lo hemos visto. Y no sólo a los de su comunidad. Ciertas desentendidos llegan a complicar las cosas y se crea una situación algo tensa entre los Hermanos de la isla, entre el nuevo capellán, P. Dandin, y los responsables directos de la Misión, Hermanos Ambrosio y Gerardo. Para tratar de solventar el problema, ambos Hermanos creen conveniente enviar al Hno. Arturo algo así como mediador y para aclarar las cosas. Él mismo se lo cuenta al Fundador:

"El Hno. Ambrosio y el Hno. Gerardo me han comentado sus temores en relación con el P. Dandin: escucha demasiado las pequeñas e infundadas quejas de algunos Hermanos, quejas de cosas imaginarias. Aquellos Hermanos temen que nuestro capellán se deje sorprender y les dé la razón contra los superiores. Nos pusimos de acuerdo los tres y decidimos que yo le diría a ese sacerdote que se cuidara.

Lo hice con todas las precauciones posibles para no herirle. Luego di cuenta a los dos Hermanos de lo que le había dicho. (**D** 172 – 8 de febrero de 1843)

Pero el problema no se termina ahí Parece que alguien comentó negativamente algunas palabras del Hno. Ambrosio sobre el retiro anual que el Padre había predicado, algo que desagradó mucho al predicador. Tanto que el Hno. Arturo se ve en la obligación de salir en defensa de su superior y escribió una carta al P. Dandin, en nombre de los cuatro Hermanos de su comunidad.

"Hemos sabido con dolor que alguien malintencionado ha acusado a nuestro Hno. Ambrosio de haber tratado de hacer perder la confianza que debemos tener en usted. No se engañe y no crea en esos falsos informes: se lo pedimos por amor de nuestro Señor Jesucristo, de quien usted es su digno ministro.

¡No, no! El Hno. Ambrosio no ha tratado nunca de hacernos perder la confianza que le debemos; al contrario, nos ha recomendado muy a menudo que tengamos los miramientos que le son debidos y que no le rehusemos nada. Si por inadvertencia nos hemos hecho culpables de algunas faltas para con usted, le pedimos humildemente perdón y le decimos, al mismo tiempo, que nunca hemos tenido la intención de molestarlo y que nunca hemos perdido la confianza en usted". (**D** 172 – enero de 1844)

Y, nuestro Hermano no se paga sólo de escritos. La calumnia llega a tal punto que un sacerdote de San Pedro se niega a escuchar en Confesión al H. Ambrosio. Ni corto ni perezoso, nuestro Hermano Arturo, en compañía del Hno. Filemón se presentan al Vice-Prefecto Apostólico para exponer el problema. Todo queda arreglado de la mejor manera y el Hno. Ambrosio puede disfrutar de toda libertad para vivir su vida cristiana.
(Cf. **D** 172 – enero de 1844)

Otro caso no menos llamativo está relacionado con el Hno. Marcelino Rouzioux, el que comenzó la catequesis a los esclavos; hombre genial, pero con un carácter algo difícil: el Hno. Arturo trata de canalizar sus valiosas ideas e incluso asociarse a ellas.

Y esta su inclinación a pensar bien de sus Hermanos y manifestárselo así al Fundador, fuerza, incluso, la mano del Director principal para hacer lo mismo:

"El Hno. Arturo le ha dicho que los Hermanos Polyme y Méen eran muy piadosos y llenos de celo. El Hno. Arturo está en lo cierto y yo no querría decir lo contrario, pues mentiría a mi conciencia y a la verdad". (**D** 173 – Hno. Ambrosio, el 1º. de diciembre de 1847)

Les compra lo que necesitan, incluso abundantemente, pero sabe hacer economías.
(Cf. **D** 172 - 19 de marzo de 1842)

Y tiene, para con sus Hermanos, pequeñas atenciones, ofreciéndoles cosas no necesarias, pero sí útiles.

"…Les he comprado a menudo muchas cositas que no eran urgentes: las he comprado para darles gusto y para no dar lugar a ciertas miserias humanas de las que hasta los hombres piadosos no están exentos". (**D** 172 – 27 de septiembre de 1843)

Pero, sin olvidar que todos son hombres y que hay que prevenir y tratar a cada uno conforme a su manera de ser. Por ello, añade en forma muy sugestiva:

"Hasta ahora he tenido todos los miramientos que he creído necesarios hacia aquellos que son de un carácter más difícil, y todos me parecen contentos".

(**D** 172 - 19 de marzo de 1842)

Todo ello, dentro del marco señalado por la Regla y que hace al buen entendimiento y a la buena marcha de la comunidad. Ello explica, igualmente, el porqué y cómo del hecho notable: **el Hno. Arturo fue el Superior principal de la Martinica de forma ininterrumpida, aceptado y querido, ¡durante treinta años!**

Echa una mano a los Hermanos de una escuela terremoteada el 15 de abril y sigue ayudando a la casa Madre de Ploërmel.

Pero no hay cielo sin nubes, y los problemas llegan, a veces por causas o personas extrañas a la propia comunidad. Es lo que sucede en el año 1842, por causa del asunto y la cábala del Sr. Evain, como ya vimos. Ello hace exclamar al Hno. Arturo:

"¡Cuánto hay que compadecer a los Hermanos Directores de los diversos establecimientos, en semejantes circunstancias! ¡Cuánto he gemido por esas cosas y deseado ser el último de todos, antes que ser director, ***yo que me entiendo tan bien con los Hermanos que están conmigo y que creo que me quieren!****"*

(**D** 172 - 3 de mayo de 1842)

No hay duda: el diablo sabe meter la cola, y este mundo no deja de ser, en ocasiones, un valle de lágrimas, por culpas propias o ajenas. El Hno. Arturo encara la situación con decisión, después de un tiempo inicial de dudas en aquella situación tan confusa. Sostiene al Hno. Ambrosio, trata de ayudar a recapacitar al causante del problema, el Sr. Evain y a los Hermanos que se han puesto de su lado, contra la autoridad legítima. Acoge a los que, por esta causa se ven desprotegidos y sigue puntualmente las indicaciones del Fundador.

Pero, si el Hno. Arturo ayuda a sus Hermanos, también éstos saben echarle una mano. Así es, justamente en esta ocasión, frente a algún exabrupto del susodicho P. Evain, contrariado por la actitud del Hno. Arturo, fiel a su deber.

De esta suerte, no pasa mucho tiempo y la cábala queda desenmascarada

Y esta predisposición del Hno. Arturo para crear y vivir en armonía, en ocasiones resulta providencial para destrabar situaciones difíciles. Ya lo vimos en relación con los Hermanos Ambrosio y Gerardo y el capellán de los Hermanos, el P. Dandin. Cosa parecida sucede, con la autoridades civiles y religiosas. Ello le puede ocasionar, claro está, algunos inconvenientes, al tener que dar la cara. ¡Pero lo hace!

Ello está, para nuestro Hermano, en la dinámica y la realidad de la vida comunitaria y las exigencia de la vida de la familia, su familia religiosa.

El buen entendimiento entre los Hermanos no es teórico: es algo que se palpa en las mutuas ayudas que se prestan.

"El retiro de esta buena gente ha durado cinco días; durante el mismo he tenido que suspender algunas clases. Los Hermanos Clemente y Claro han tenido la amabilidad de distribuirse mis alumnos y ponerlos en sus clases". (**D** 172 - 30 de junio de 1845)

Y es una ayuda recíproca, no sólo física; a menudo lo es también moral, con un buen consejo, que puede ser decisivo. He aquí cómo, el ya citado Hno. Juan Colombini, se lo manifiesta al Fundador, en un momento de bache o crisis espiritual y vocaciona; ya lo vimos:

"Reconocí dónde pecaba y decidí corregirme, ***ayudado por los consejos del buen Hno. Arturo****, a quien tuve la ocasión de ver, a veces"* (**D** 173 - 14 de octubre de 1850)

Ayuda que se da y se recibe: lo vimos con este mismo Hno. Juan Colombini: cuidado día y noche por el Hno. Arturo durante varias semanas, ya curado, se convirtió él mismo en ayudante - enfermero del Hermano Arturo, para atender a los otros Hermanos víctimas de la peste.

Y esta abnegación y mutua ayuda no es sólo de y con algún Hermano, y en temas puntuales. En momentos en que, además de padecer la peste, los Hermanos se han quedado sin cabeza visible, sin su Director principal, el Hno. Arturo ha de asumir esta responsabilidad, en actitud de servicio y sólo en forma provisional. Aun así puede escribir, muy satisfecho, al Hno. Ambrosio:

"No puedo quejarme de mis Hermanos, que me han demostrado mucha confianza, en general. Durante esta epidemia han mostrado una gran resignación y, en general, mucha abnegación". (**D** 173 – 10 de noviembre de 1852)

Todo ello es un factor de unión, entre los Hermanos, y con ello viene favorecido el buen espíritu.

La preocupación por sus Hermano de religión se extiende, en el Hno. Arturo, a todas y cada una de las facetas de la vida. Basta leer las cartas al Fundador: las clases, la vida comunitaria, la observancia de la Regla, el apostolado en todas sus formas, la vida de la provincia religiosa, etc. Nada le es ajeno. Pero hay un punto que se repite machaconamente, hasta parecer una obsesión: la salud de los Hermanos, especialmente cuando no es buena. Llenaríamos páginas enteras sobre el tema. Nos ceñimos a su actuar en la época de peste. Ya lo vimos, en parte. Lo completamos.

Para no tener necesidad de recuperar la salud y cuidar a los enfermos, mejor es prevenir y tomar las precauciones, para no caer enfermos. Es lo que trata de hacer el Hno. Arturo, apenas nombrado Director.

La vivienda de los Hermanos en San Pedro es insana: está junto a un arroyo donde van a parar las aguas residuales de la ciudad. Hace cuanto puede para trasladarla a otro lugar, lo antes posible. No le fue nada fácil y en ello hubo de ocuparse largo tiempo: la escuela se hizo demasiado grande para una ciudad pequeña.

Se preocupa del trabajo de cada Hermano, evitando cansancios y esfuerzos inútiles o excesivos: en un país tropical puede ser fatal. He aquí una muestra, en carta al Fundador, luego de pocos meses de gobierno:

"Los Hermanos Filemón y Rembert van cada mañana a dar clase a la parroquia Mouillage y vuelven por la tarde, para dormir. Pero, desde hace poco les he hecho llevar unas camas guarnecidas para dormir en la casa de Mouillage, cuando hace mal tiempo o se encuentran demasiado fatigados; entonces, además, les mando la cena".
(**D** 172 - 16 de abril de 1842)

¿Pequeños detalles? No para el Fundador:

"Apruebo los arreglos y disposiciones que ha tomado para la escuela de Mouillage y no tengo palabras para alabarle por el orden que ha puesto en su establecimiento".

(**JMLM** T I – 2 de junio de1842)

Algún tiempo después vuelve a escribir al Fundador, manifestándole su alegría, porque todos los Hermanos, tanto en la Martinica como en la Guadalupe, están bien, o en período de franca recuperación.

Y cuando un Hermano es atacado por la fiebre, pronto se lo comunica al Fundador, con pelos y señales. Esta preocupación por la salud de sus Hermanos adquiere, a veces, tonos muy intensos:

"La segunda clase y la de los pequeños son excesivamente numerosas: me temo que nuestro buen Hno. Claro sucumba, víctima de la fatiga. Y es que, apenas hay medio para aliviarlo, dado nuestro reducido número de Hermanos en la Martinica. Temería importunarle, hablándole de la necesidad de tener un cuarto Hermano en el Fuerte; he tenido ya el honor de hacerlo en varias de mis cartas precedentes. También el Hno. Ambrosio conoce mi posición. No debo inquietarme, he hecho cuanto podía y lo que la obediencia pide de mí". (**D** 1 72 - 9 de noviembre de 1845)

Nosotros añadiríamos: ¿no podría reducir el número de alumnos? – En realidad, siendo escuelas públicas y municipales, **deben estar abiertas a todos**.

Pese a todos los cuidados y precauciones, los Hermanos caen enfermos: la peste no respeta a nadie y la salud de cada uno tiene sus límites. Es entonces cuando el Hno. Arturo saca a relucir, como enfermero, todos los recursos de su ingenio agudo y de su abnegación sin límites. Lo vimos anteriormente: era como una madre. Añadamos alguna acotación que nos muestre la calidad del Hno. Arturo como Hermano menesiano, en todas sus facetas, visitando a los enfermos, preocupándose de ellos.

Apenas tres años después de su llegada a las Antillas, ya se ha especializado en lo que para él llegará a **ser el arte de atender y cuidar a los enfermos**:

"He pedido al Hno. Ambrosio que le deje (al Hno. Lamberto) en Fuerte San Pedro, durante algún tiempo, a fin de que le cuide yo mismo y que le haga cuidar, pues no hay nadie en el Morne-Vanier que sepa cuidar esa enfermedad; yo sé cuidarla más que otros, dado que estoy aquí hace más tiempo; y, además tenemos un buen médico en San Pedro, que se interesa mucho por nosotros y a quien yo consultaré: es el médico del hospital, que ha tratado ya a los Hermanos. Marcelino y Gerardo. Se llama Sr. Faseille".

(**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

Su trato frecuente con los enfermos y el conocimiento que va adquiriendo de las enfermedades hace que sepa detectar, incluso, a los enfermos imaginarios. Víctimas de aprensiones psíquicas,- muy frecuentes en épocas de epidemia -, o de imprudencias. Tal es el caso del Hno. Florentino.

*"A pesar de mis observaciones, quiso ir al hospital**. ¡Me ha obligado a consentir en ello, para contentarle!** Llegado allá, el médico le dio agua azucarada, lo que prueba que no estaba muy enfermo**".*** (**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

Y, no deja de ir a visitarlo en el hospital:

*"He estado a ver a nuestro Hermanito (en el hospital), el lunes y ayer, pues, desde que está enfermo querría que yo estuviera siempre a su lado; y si paso un día sin ir a verlo, se queja de mi tardanza, sin pensar que el hospital está algo lejos del Fuerte, y **sólo puedo ir después de dar la clase de la mañana, cuando el calor es más fuerte".***

(Ibid.)

Y este cuidado de los enfermos le lleva un tiempo que podría haber dedicado a otros menesteres, para completar sus estudios, etc. Pero en la vida hay prioridades, hay que hacer opciones.

También se emplea en ello durante el retiro anual de los Hermanos. Y su abnegación adquiere ribetes de heroísmo durante las epidemias: expone su vida para cuidar a los enfermos. A ese precio logra salvar de la muerte a no pocos.

Y se preocupa, no sólo de cuidar la salud y la vida de sus Hermanos: también de darles oportunidades para que puedan perfeccionarse y desarrollar sus estudios, para así sacar mayor jugo al apostolado; para ello, no teme encargarse de los trabajos comunitarios y así, beneficiarles a ellos, disponiendo de más tiempo; ya lo vimos:

"Los otros Hermanos ocupan el tiempo que les queda para trabajar su instrucción!"
(**D** 172 - 19 de marzo de 1842)

Aunque algo le apena el ver que, a veces lo hacen con excesiva ansiedad, que les lleva a descuidar algunos deberes para con el prójimo. Pero se alegra con ellos: de esa forma podrán realizar mayor apostolado:

"El Hno. Claro es siempre muy celoso y da su clase con gusto: sus alumnos hacen grandes progresos. A sus otras grandes cualidades une la de ser muy estudioso, de suerte que se ha hecho muy capaz de dar la clase de los mayores".
(**D** 172 - 9 de noviembre de 1845)

Antes de terminar este capítulo y sin querer poner una nota de contrapunto, queremos añadir que, pese a la mejor buena voluntad, y pese a que la vida del Hno. Arturo y la de sus Hermanos se desarrolla en una armonía activa y en una caridad muy aceptable, globalmente consideradas, no pueden faltar, ni desentendimientos imprevistos, ni contratiempos que, cual nubarrones aislados, oscurecen, temporalmente, un cielo que se desea siempre azulado.

También el Hno. Arturo sufre reveses, incomprensiones, y reproches. Es la participación en el misterio pascual de Cristo, que quiso pasar por el Vienes Santo antes de llegar a la Resurrección. Digamos, pues, una palabra sobre este particular.

He aquí unas consideraciones significativas del Hermano al Fundador:

"Desde hace mucho tiempo, sólo con mucha dificultad puedo superar una cierta tristeza, que en algunos momentos parece querer agobiarme con su peso insoportable. Pida a Dios que me dé una profunda humildad y un gran celo por la justicia de Dios, que me ayuden a amar y a desear con ardor las humillaciones y las cruces. Entonces, mi tristeza se cambiará en alegría". (**D** 173 - agosto de1847)

Nuestro Hermano escribe estas frases justo en el momento en que está cosechando grandes consuelos y satisfacciones, como catequista de los esclavos. ¿Será una prueba de Dios? – Quizás. Pero, en buena parte, le llega del superior de su propia comunidad, que parece querer hacer el equilibrio con aquellas satisfacciones apostólicas. De ello hemos ya hablado, bajo otros puntos de vista.

Ello le produce un cierto abatimiento, que le echa abajo los ánimos y le retrasa el escribir al Fundador. He aquí cómo, le explica la razón de su situación anímica:

"En estos momentos tengo mucha dificultad para superar una especie de abatimiento moral, ocasionado por… ¡Ay! No puedo decir más. 'Quien se queja, peca', dice San Francisco de Sales. No puedo reprochárselo a aquel que me lo ocasiona, pues cree hacer el bien.

¡Bendito y alabado sea Dios porque, en su misericordia permite que tenga estas cruces, que sólo me parecen pesadas a causa de mi extrema debilidad, y que sirven para

probar mi poca resignación, paciencia y humildad. A menudo he pedido a Dios la gracia de dar mi vida para probarle que le amo y para pagar mis deudas para con su divina justicia, y he aquí que esas crucecitas me abaten y me echan por tierra, por así decir. Lo que prueba que no soy bueno para nada. Ayúdeme con sus buenas oraciones"

(**D** 172 - 30 de junio de 1845)

Ese desánimo le viene, otras veces, por razones afectivas: el buen entendimiento mutuo, entre los Hermanos, forja amistades profundas, de la mejor ley. Y el tener que separarse, por los cambios efectuados, a nivel provincia, o simplemente por la muerte, constituyen, ¿cómo no? – Una rotura, un desgarrón.

"Este abatimiento ha sido ocasionado, en parte, por la muerte del querido Hno. Arsenio y por la marcha del Hno. Clemente, que ha ido a remplazarlo a la Pointe-à-Pitre. Esa marcha me ha hecho derramar muchas lágrimas.

El Hno. Clemente es muy celoso y sus alumnos hacen rápidos progresos".

(**D** 172 - 9 de noviembre de 1845)

Y, como Dios aprieta, pero no ahoga, a renglón seguido, añade:

"El dolor habría sido más largo, si no hubiera sido remplazado (el Hº. Clemente) por nuestro buen Hno. Francisco de Sales, que también es celoso y muy capaz". (Ibid.)

Algo parecido le sucede con otro Hermano, - Florentino García –: debe regresar a Ploërmel por razones de salud. Ha sido su compañero en San Pedro y ahora lo es en Fort-de France. Hombre seguro, de conducta edificante, celoso educador, amado por los niños y sus padres, deja un gran vacío.

"Su partida me aflige. Todo lo que he intentado hacer para que se quede ha sido inútil. Quiere verle". (**D** 173 – 20 de febrero de 1848)

Pero le envidia porque verá al Fundador en Ploërmel…

El Hno. Arturo valora y quiere a sus Hermanos y no teme manifestárselo al Fundador.

"Los Hermanos Clemente y Focas dan con gusto la clase y cumplen bien sus otros deberes. Estoy verdaderamente contento de estos jóvenes Hermanos".

(**D** 172 A167 - septiembre de 1844)

Y añade sobre los mismos:

"Bendigo a la divina Providencia por haberme dado a estos dos hermanos tan celosos". (**D** 172 – 10 de octubre de 1844)

Podríamos añadir otros muchos ejemplos. Ya lo hemos ido haciendo a lo largo del presente tratado: el Hno. Arturo amaba y era amado por su Hermanos

Las penas y sinsabores le llegan, también, a veces, de su superior, el Hno. Ambrosio; por ello, le son particularmente dolorosas. Nos limitaremos a citar un caso particularmente significativo. Habría otros muchos, y a lo largo de las páginas anteriores, ya han asomado atisbos, incluso abundantemente.

Con la mejor voluntad del mundo, el Hno. Arturo lleva adelante determinadas gestiones, en su calidad de director. No le caen nada bien al Hno. Ambrosio. Veamos cómo el Hno. Arturo se lo relata al Fundador:

"El Hno. Ambrosio ha quedado muy descontento. Ayer mismo me escribió, en respuesta a una carta que yo le había mandado, para justificarme. En ella le decía que me hacía unos reproches que me entristecían, a mi pesar. Y que me impedían contarle mis propias penas, y quejarme ante él, cuando debería hacerlo.

Creo que eso le ha dolido, pues de nuevo me ha hecho una serie de reproches inmerecidos. Le he presentado de nuevo mis excusas, pero sin tratar de justificarme de lo

que me acusa. Prefiero pasar por culpable que volver a justificarme ante el Hno. Ambrosio, que en lugar de excusarle a uno, lo agobia.

¡Bendito sea Dios! Tengo muchas penas y estas penas son tanto más sensibles cuanto que vienen de un superior. Ya hace ocho años que estoy en las colonias y nunca había tenido tantas penas como desde hace un año. Sin embargo, he hecho lo que podía, al menos en parte". (**D** 173 - 5 de mayo de 1845)

A pesar de ello, el espíritu evangélico, la caridad fraterna… triunfan y nuestro Hermano sabe perdonar:

"Por favor, no le haga ningún reproche a nuestro buen Hno. Ambrosio, pues no ha tenido en ello mala intención, ha creído obrar bien" (**D** 173 - 24 de febrero de 1846)

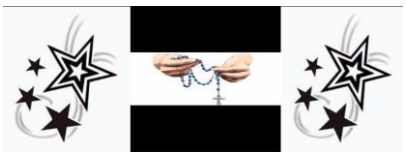
Y más: llega, no sólo a excusarlo, sino a darlo por bueno:

"Nuestro Hermano Ambrosio hace lo mejor que puede y verdaderamente desearía aliviarme si lo pudiera, pero no puede hacer de otra forma". (**D** 172 - 5 de febrero de1844)

Es la participación en el misterio pascual de Cristo, decíamos anteriormente: la "kenosis", el anonadamiento, como dicen los teólogos, la humillación, siempre con la Resurrección en el horizonte, al final de la jornada.

Sí: en múltiples ocasiones hemos mencionado la palabra "humildad" a lo largo de este escrito y muy significativamente en el capítulo que ahora concluimos. Ella está en la base del seguimiento e identificación con Cristo, prototipo y vida del cristiano y aún más del religioso: es el desapego de sí mismo, para seguirlo más de cerca y entregarse más libremente a la extensión de su Reino. Y este es el precio, muy a menudo de la felicidad en el compartir la vida de los demás. Es lo que hemos podido percibir en el trato del Hno. Arturo, con sus Hermanos.

Hay otros despojos que el discípulo de Cristo ha de realizar. Quizás menos profundos, pero sí importantes. Uno: el de las cosas de la tierra, un peso que impide caminar. Veámoslo en el Hno. Arturo.



Capítulo 49

Pobre de cosas, rico de Dios

Al hacer su consagración a Dios, el religioso quiere ser enteramente de Él, sin que las cosas del mundo, - las cosas materiales -, le aten con los lazos del tener, del poseer, del disponer: así está en la mejor situación para servirle donde sea, acá o allá. Es la pobreza que el Hermano Arturo asume implícitamente, con el voto de obediencia.

En realidad, poco habría que decir sobre este particular. Lo vimos ampliamente, al hablar de su habitación, su vestuario, su régimen de vida: cómo toma sus comidas, siendo catequista de los esclavos. Luego, por muchos años, como Director principal de la Martinica, vive más pobremente que el último de sus Hermanos.

Hasta los últimos días de su vida se le ve ganando el pan de cada día con el sudor de su frente, trabajando en la quinta de la casa en que reside: lo mismo que ha hecho en sus otras tareas anteriores y en las grandes responsabilidades desempeñadas, con la misma intensidad y empeño.

Y, lo que aparece exteriormente es el reflejo de su actitud de desprendimiento interior, ya sea individual, ya comunitariamente.

Lo propio del religioso desapegado de los bienes temporales es proveerse de los pertinentes permisos, cuando debe usar aquello bienes, y luego, dar cuenta de los gastos realizados. Es lo que hace el Hno. Arturo, con sencillez y claridad.

He aquí algunos ejemplos….

En relación con las limosnas, escribe al Fundador

"Me ha sucedido, a veces, el dar algunas pequeñas limosnas; dar trozos de pan o, algunas monedas a los pobres que se encontraban en necesidad. Se lo he dicho al Hno. Ambrosio, como debe ser; él dice que se lo diga a usted". (**D** 173 - 14 de enero de 1850)

Digamos también algo relacionado con la herencia y otros bienes temporales que le llegan.

Una tía suya le lega algunas propiedades o casas, de cuyo usufructo había gozado su hermana y uno de sus primos.

También posee en propiedad, aunque no en uso, algunos bienes que había llevado, al entrar en religión.

De todo ello, le dice al Fundador que disponga según su mejor parecer, pues…

"He renunciado de corazón y por amor de Dios a los pocos bienes de que disponía, lo mismo que si hubieran sido muchos. Espero que Dios habrá aceptado este pequeño sacrificio que he hecho y que volvería a hacer ahora, lo mismo que el de mi pobre persona; a menudo se lo ofrezco, para vivir y morir por Él. ¡Ojalá que, por sus oraciones, este sacrificio le sea agradable".

(**D** 173 - 7 de septiembre de 1846)

¡Espléndido! He ahí la razón profunda de la pobreza religiosa: desatar, despegar de los bienes materiales, para vivir en mayor unión con Dios y con las cosas de Dios. Y así concluye hermosamente:

"Sólo quiero hacerle notar que a mi padre no le deben sobrar comodidades; sin embargo, no le pido nada para él; sólo quiero hacer la voluntad de Dios, que yo cumpliré cumpliendo la de usted". (Ibid.)

Añadamos que sólo en esta ocasión y otra vez de 1852, por causa de la herencia, el Hno. Arturo toca el tema de los bienes materiales en su correspondencia, y lo hace por causa mayor, como vemos; también para cumplir el **cuarto Mandamiento de la Ley de Dios.** Sus preocupaciones, ordinariamente, van por otro lado**: la causa de Dios se ha convertido en su propia causa y a ella se dedica con alma y corazón. El resto, poco cuenta para él.**

Pero, habiendo sido superior tantos años, ¿cómo encara el tema de la pobreza comunitaria? – Sólo en contadas ocasiones lo toca en sus cartas.

Recibió una escuela llena de deudas; su predecesor en la misma, tan manirroto como inexperto administrador, queda fuertemente endeudado con la Casa Madre de Ploërmel. El Hno. Arturo, desde el primer momento se empeña en enjugar dicha deuda, algo que él juzga un deber de justicia. ¿Cómo? – No, viviendo en la miseria o en la incomodidad, - él y sus Hermanos -; sino como fruto de una sana administración, cercana y previsora.

Apenas dos meses después de serle confiada la dirección de esa casa, puede escribir al Fundador que ya ha reducido la deuda un poquito, pero ***"sin ni siquiera perjudicar ni molestar"*** a los Hermanos. Y añade:

"En efecto, son algo exigentes y no quieren privarse de nada de lo que les está permitido. He querido hablarles de la suma enorme que debemos a la Casa principal: cada uno respondió que no es él quien ha contraído esta deuda. Con ello vi que no estaban decididos a aceptar la menor privación para pagar la deuda. Pero, gracias a Dios, sin privarles de ninguna cosa necesaria, he podido pagar una partecita; y, si Dios me conserva la salud y no caemos enfermos, pagaremos todas nuestras deudas, antes de dos años, o en dieciocho meses!" (**D** 172 - 18 de marzo de 1842)

Y, en efecto, con habilidad y una visión amplia de las cosas, logra conjugar el pago de la deuda y el trato digno de los Hermanos. Es el Hno. Ambrosio mismo, Director principal, quien se lo comunica al Fundador.

Y, en carta del 27 de septiembre de 1843 (**D** 172), el mismo Hno. Arturo, satisfecho, se lo comenta al Fundador:

"Esta enorme deuda quedará, en fin, saldada, sin que, para ello, haya privado a mis Hermanos de nada de lo que les era necesario, sea en el vestido, sea en la comida. Al contrario".

Ya vimos cómo, incluso, de vez en cuándo, tenía atenciones, detalles, con sus Hermanos, en este terreno.

Y, más… Cuando un terremoto viene a destruir la escuela de la Pointe-à-Pitre (en la otra isla, Guadalupe), en 1843, prontamente acude en su ayuda, enviándoles dinero, ropa, calzado, etc.

Por otro lado, nuestro Hermano no teme ayudar a sus Hermanos a vivir la pobreza efectiva:

+ *Demorando la entrega de alguna ropa no necesaria.*
+ *Empleando una clase de azúcar común y no refinado.*
+ *Sirviendo en la mesa un vino bueno, aunque no de marca.*
+ *Comprándoles calzado, vestidos convenientes, pero no más.*

Al mismo tiempo, le dice al Fundador:

"Una cosa que me hace gemir, desde hace mucho tiempo es la delicadeza de algunos de entre nosotros. Aquí, más que en Francia, debemos temer el lujo en los muebles, e incluso en los alimentos. Si el Director particular no es firme; y así, perderemos inmediatamente ese espíritu de pobreza tan recomendado por nuestra santa Regla y practicado por los Santos: recomendado por los Fundadores de órdenes y de congregaciones religiosas; aunque, a causa del clima haya que otorgar algo más en las comidas, pero debemos temer ir demasiado lejos en ese punto".

(**D** 172 - 27 de septiembre de 1843)

Y, llevado de su celo por vivir la pobreza religiosa comunitariamente y de su confianza en el Fundador, no teme en hacerle una sugerencia y darle un consejo:

"Le prevengo de estas cositas, para que hable de ello, sea en las cartas particulares como en las generales que usted envía al Hno. Ambrosio. Esos avisos, al venir de usted serán perfectamente recibidos por los Hermanos quienes, a pesar de estas pequeñas miserias, son buenos y cumplen con sus otros deberes. Y, al escribir al Hno. Ambrosio, le daría más osadía para corregir estas cosas e impediría pequeñas murmuraciones.

También sería conveniente el prohibir a los Hermanos el tener ciertos objetos que se apropian, e incluso, a veces, algo de dinero. Sus indicaciones, sobre este tema, como sobre todos los demás, serán recibidos como venidos del cielo.

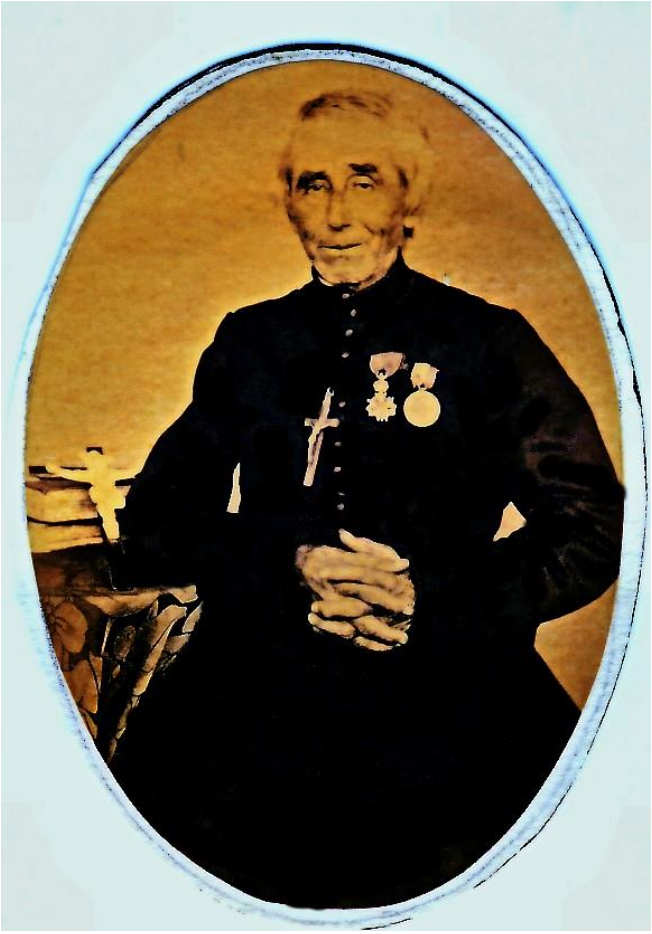
Perdóneme, Padre, si me permito hacerle estas pequeñas sugerencias; con ello sólo pretendo ser útil a nuestros Hermanos, en relación con su salvación y su mayor perfección". (Ibid.)

Creemos que queda bien precisado el deseo de nuestro Hermano de vivir la pobreza religiosa, él, personalmente, y también, sus Hermanos, comunitariamente.

Y, al hacerlo, recurriendo al Fundador en forma explícita, nos muestra, sea su confianza en él, como esa otra realidad: la palabra del Fundador es palabra sagrada, venida de Dios, para los Hermanos, sus hijos.

Es algo que vamos a ver más detalladamente en el capítulo correspondiente, al final de este tratado.

Capítulo 50



El Hermano Arturo, atrayente tipo humano

La gracia supone la naturaleza, se ha dicho, y Dios va edificando su Reino por medio de hombres en quienes el orden sobrenatural está construido en base a una naturaleza humana concreta: los hombres son instrumentos de Dios, y Dios actúa en conformidad con esos instrumentos.

Hemos visto al Hno. Arturo en su labor, en su apostolado. Si lo pudo llevar adelante fue, en primer lugar, obra de la gracia, pero también en base a su manera de ser, a una naturaleza que, dinamizada por su vocación cristiana, por su vocación religiosa, pudo realizar tan grande obra.

1.- ¿Cómo era el Hno. Arturo físicamente, como ser humano?

Hemos de decir que no disponemos de excesivos datos. Nos queda alguna fotografía suya, realizada verosímilmente en la Basse-Terre, en los últimos años de su vida: luce las dos condecoraciones que le fueron otorgadas por el Gobierno francés: la medalla de Oro y la Cruz de la Legión de Honor. Una sonrisa contenida transparenta una serena alegría, una paz profunda. Las manos con los dedos entrecruzados, y sobre la sotana, el Crucifijo de la primera Profesión, recibido de manos del Fundador.

¿Quién fue el Hermano Arturo?

"No era un hombre ordinario, - dice su biógrafo, el Hno. Evergildo -. *No era un hombre del montón, sino un verdadero gran hombre, en toda la belleza y la majestad de la palabra. Si no hizo más ruido, si no brilló con un resplandor más vivo, si atravesó el siglo XIX casi por entero, sin ser notado por un mundo indigno de conocerlo, es porque trabajó en las últimas filas de la milicia de la Iglesia. Disponía de unas facultades de primer orden, que se fueron gastando sin calcularlo, en luchas oscuras a los ojos de la carne. Toda su vida se desarrolló en un teatro de operaciones velado por la humildad de su propia vocación, un teatro donde sólo Dios y sus ángeles eran los primeros y casi los últimos espectadores.* (Evergilde. M., fr. , o. c. pág. 97)

2.- Alegre en el Señor

¿Cómo era el Hermano Arturo? – Un hombre alegre. Llevaba a la práctica aquello del Apóstol***: "Regocijaos en el Señor"*** (Filp. 4, 4) **.** Difícilmente habría sido de otra forma, era naturalmente jovial.

"Su viva imaginación, su inteligencia rápida, su memoria llena de recuerdos, le proporcionaban, de forma amplia e instantánea, mil ocurrencias, a las que sabía dar un giro tan fino, tan original, que habría hecho reír a un muerto", dice un testigo.
(Evergilde-M.,fr.o.c., pág.61)

Y esta sana alegría externa y visible no era sino la cresta de un iceberg, la de una alegría profunda, que crecía y se alimentaba de su propia vida interior, de su misma labor apostólica. He aquí cómo él mismo se lo cuenta al Fundador:

"Reconozco que este catecismo me da muchos consuelos. Difícilmente podría expresarle la alegría que experimento al ver el aspecto recogido con el que estas buenas gentes están en la iglesia, tanto los jóvenes como los ancianos".
(**D** 172 - 10 de octubre de 1844)

Y esta otra:

"Si alguna vez mi debilidad es causa de que esté a punto de caer, bajo el peso de las pequeñas cruces que Dios me envía, los consuelos con que Él, en otras ocasiones, me regala con usura, sostienen mi ánimo". (**D** 172 - (30 de junio de 1845)

Y estas dos:

"Cuando voy a la iglesia, por la mañana o por la tarde, casi siempre me encuentro con algunos, jóvenes o viejos, que han tomado la Comunión, rezando. Reconozco que esto no es, para mí, un pequeño consuelo". (**D** 172 - 9 de noviembre de 1845)

"¡Sí, mi querido Padre! Si usted supiera cuán dulce es reconciliar a estos pobres esclavos con sus amos, al dar el catecismo, y a los amos con sus subordinados e incluso, conseguir para éstos, privilegios que la ley no les concede…" (**D** 172 - 17 de enero de 1848)

Y, finalmente, esta última, que podría resumir otras muchas:

"A veces experimento tan grandes consuelos interiores en mi misión que, si algo me fuera permitido desear sería el terminar aquí mi vida, si ésa fuera la voluntad de Dios".

(**D** 173 - 14 de abril de 1849)

Esta santa alegría la conserva hasta su extrema vejez, pese a los graves contratiempos y contrariedades que sufre. Es esto lo que ha contribuido grandemente a su popularidad hasta los últimos días: la virtud alegre y sonriente es como una flor que ejerce una acción irresistible en todos los que se acercan.

¿Que le costó, a veces, mantener ese su clima de alegría? – No hay dudas: sufrió arideces espirituales, incluso hasta el final de sus años: el abatimiento trató de arañarlo, con sus zarpazos, mediante las pruebas de todo género que le llegaron y hemos ido viendo. Pero ello quedaba dentro, lo asimilaba en su corazón. A los demás les regalaba su alegría profunda, su optimismo: brotaba del fondo de su ser. E**l Hno. Arturo mostró ser un hombre feliz:** feliz en su misión, feliz en su vida y con sus Hermanos. Su alegría transparentaba su felicidad.

3.- Hijo amoroso, hermano cariñoso, amigo fiel

¿Y sus relaciones con su propia familia? – Era una honrada y trabajadora familia bretona. Un hogar feliz, donde se invocaba a Dios, se lo amaba y donde vivían felices, en un ambiente de cariño. Sin embargo, también por aquí pasó el dolor: la madre murió joven. Entonces, el padre acrecentó el cariño hacia sus dos hijos: el varón, nuestro Hermano Arturo, y su hermana. El hijo fue su apoyo durante algunos años, y habría sido su digno sucesor, si el Señor no le hubiera llamado a su servicio. Como venido del Señor, aquel padre aceptó el sacrificio. Vivió largos años. El Hno. Arturo se preocupó de su bienestar material en la vejez y se lo recomendaba al Fundador.

(Cf. **D** 173 - 22 de septiembre de 1846)

¿Y su hermana? – Se querían ambos como lo que eran: como hermanos. La separación les costó a los dos abundantes lágrimas.

Nuestro Hno. Arturo, al ir a las Antillas se despide de ellos y la sigue escribiendo siempre. Para ello emplea el medio más expeditivo de entonces: aprovechando lo barcos que llevan el correo, hace un paquete con las cartas que escribe y así, en bloque, se las manda al Fundador; éste se encarga de hacerlas llegar a sus destinatarios lo antes posible, y no deja de darle cuenta de ello:

"Las cartas que me había mandado para hacerlas llegar a sus destinatarios han sido mandadas por correo, inmediatamente después de su llegada".

(**JMLM** T I - 10 de octubre de 1842)

Algo que el Hermano agradece en forma muy sentida. Y, en sus cartas al Fundador y a los Hermanos, les inquiere sobre su padre y su hermana, pide noticias, hace encargos para ellos.

Pasa el tiempo y lega a su hermana y familia la herencia recibida. Para ello, pone en manos del Fundador el llevar adelante los trámites pertinentes que, también en esto se muestra expeditivo, y así se lo comunica al Hermano:

"En cuanto a los asuntos de su familia, se los he recordado al Hno. José María, que no tardará en hacerse presente en el lugar, para poner todo en orden, de acuerdo con el Hno. Bernardo, que sigue en Maure"- (**JMLM** - T II, 23 de noviembre de 1846)

¡Qué gran alivio para nuestro Hermano!...

Su gran deseo, al recibir del Hno. Cipriano, Superior generasl, la orden de ir a Francia, para celebrar los 25 años de su presencia en América como "misionero" es la de ver y abrazar a su hermana. Ya se ilusiona con ello cuando recibe la fatal noticia de su fallecimiento. Pero, igualmente visita a sus sobrinos y familiares.

El Hno. Arturo es un hombre con un gran don y facilidad de relaciones. ¿Quién no es amigo del Hno. Arturo? Y sus amistades de siempre, las de su juventud, las conserva hasta el final: con el P. Ruault, capellán de Ploërmel; con el Hno. Hippolyte, su Maestro de Novicios; con el Hno. Dositeo, su primer superior. Y con otros: los Hermanos Luis, Bernardino, Fulberto, José María, Maturino, y ¡cuántos más!...

«En una palabra, a todos nuestros Hermanos. Me encomiendo a sus oraciones y a las de todos nuestros Hermanos. Pídales que no me olviden en sus fervorosas Comuniones. No estoy lejos de ustedes más que en el cuerpo, lo mismo que de todos los otros Hermanos ». (**D**167- 1 de marzo de 1840)

Pero, pasan los años y en una carta al Hno. Ambrosio del 10 de noviembre de 1852 (**D** 173) exclama: ***"¡Me han olvidado completamente!"*** ¿Ley de vida?

4.- Sensibilidad exquisita

El Hno. Arturo es de **una sensibilidad exquisita**. ¿Excesiva? – En momentos le puede crear problemas. Y el Hno. Ambrosio, su superior, con una sinceridad algo ruda, le achaca que, en efecto, es susceptible. En todo caso, y dado que es un aspecto en el que nuestro Hermano tiene que emplearse a fondo, lo vamos a ver más detenidamente.

Lo hacemos en base a sus cartas al Fundador. En ellas se expresa con toda sinceridad y confianza. Así podremos apreciar esa sensibilidad extraordinaria: bien orientada y controlada, puede ser una ayuda grande en relación con la actitud de servicio, hacia Dios y hacia el prójimo.

Veamos cómo la va explicitando…

a) En las alegrías

"Sería difícil expresarle la alegría que hemos sentido viendo a nuestros alumnos acercarse al santa Mesa, como también a los hombres del catecismo de tarde; estos últimos, que parece que no han sido llamados a trabajar en la viña de nuestro buen Maestro sino a la hora undécime, parecen querer recuperar, por su fervor y su piedad, el tiempo perdido y adelantar a los otros". (**D** 172 - 27 de septiembre de 1843)

b) Ante la separación de un Hermano admirado

"Me sería difícil expresarle la pena que me ha causado el cambio y la marcha del Hno. Gerardo. No me podía consolar, y cada vez que recuerdo esta triste noticia experimento siempre cierta pena, pues, en mi opinión es, con mucho, el mejor Hermano de la Martinica. (**D** 172 - 10 de octubre de 1844)

c) Recordando a las personas queridas

"…Con qué solicitud me echaría a sus pies y le besaría la mano. ¡Sí, mi buen Padre! ¡Cuántas cosas le diría! ¡Cuán aliviado quedaría mi corazón, después de haberle contado mis penas! ¡Cuán feliz sería al volver a ver al buen Padre Ruault y a nuestros buenos Hermanos de Francia, a los que no he visto desde hace cerca de siete años, cuando dejé nuestra hermosa Francia!" (**D** 172 - 10 de junio de 1845)

d) Ante lo imprevisto

"...*Este abatimiento ha sido ocasionado, en parte, por la muerte del querido Hermano Arsenio y por la marcha del Hermano Clemente, que ha ido a remplazarlo a La Pointe-à-Pitre. Esta partida me ha hecho derramar abundantes lágrimas.*

(**D** 172 - 9 de noviembre de 1845)

e) Ante los reproches

"Me sería difícil expresarle el placer que me ha proporcionado la cartita que ha tenido la bondad de escribirme. Como usted me dice, he sido demasiado sensible a los reproches que el Hno. Ambrosio me ha hecho, con buena intención. Lo mejor es seguir".

(**D** 173 - 7 de septiembre de 1846)

f) Frente a la propia muerte...y las separaciones

Parecería que el pensamiento de la muerte y de los novísimos, en general, inquieta a nuestro Hermano, a lo largo de la vida.

"Experimento a menudo, grandes penas interiores.. Pida, pues, mi buen Padre, por mí. El pensamiento de la muerte y del juicio me hace temblar". (**D** 173 - 14 de enero de1850)

"Mis cabellos blanquean, mi cuerpo parece debilitarse y declinar. Todo ello parece decirme que pronto tendré que dar cuenta del abuso de tantas gracias; eso me espanta, a la vista de mi flojera en el servicio de Dios. Piense en mí, sobre todo cuando ofrezca el sacrificio de la santa Misa". (**D** 173 - 20 de enero de 1852)

"El pensamiento del juicio me espanta, porque, en el poco bien que yo hago se deslizan tantas imperfecciones y defectos que no sé si habrá una sola que pueda contar ante aquel que juzga a la misma justicia". (**D** 173 - 14 de abril de 1849)

Nuestro Hermano es un hombre de una gran delicadeza de conciencia, y quizás un si es no es escrupuloso. Es deudor y víctima de la teología de su tiempo, especialmente del jansenismo: si Dios es justo, también es misericoerdioso; y, sobre todo, "padre".

Ello explicaría también algunos **"pesares"** concretos que él sentía, causa de ese su temor. ***"Si hay que morir",*** - dice -, moriré por el pesar…

+ Primero: de no haber hecho **todo el bien que podía;**
+ Luego, de haber hecho **tan mal lo que he hecho**;
+ En fin de no ver **suficientes Hermanos trabajando en las Antillas**.

(Cf. **D** 172 - 8 de marzo de 1845)

Pero, he aquí la otra cara:

"Le confieso que ***deseo morir, trabajando tanto como me sea posiblde por la salvación de los pobres negros, de los blancos y de los mulatos".*** (**D** 168A049 - 1840)

¡Admirable!...

g) Pero el dolor puede hacerse más intenso, a tenor de las circunstancias

"…Usted pensará probablemente que, cuando se ha visto la muerte tan de cerca, y que uno está expuesto, sin cesar, a ser sepultado bajo las ruinas de una casa ya deteriorada por los temblores de tierra…; y, en fin, en tantos peligros en los que me he encontrado, desde que estoy en las Antillas, debería ser menos sensible.

Desgraciadamente sucede lo contrario, pues quizás soy menos resignado que cuando estaba en Francia, y casi tan sensible". (**D** 172 - 9 de noviembre de 1845)

h) ...Y los hechos más dramáticos

No hay que olvidar que estamos a mediados del siglo XIX, en el esplendor del romanticismo y del uso de un lenguaje ampulosamente sentimental, con tonos altamente emotivos. He aquí alguna muestra, en la muerte del Hno. Filemón…

"Llegando a nuestro establecimiento del Mouillage, entro en el patio, veo a los Hermanos de los diversos establecimientos. Reunidos y silenciosos; vienen a mi encuentro y me rodean. Impresionado por el aspecto triste que se pinta en los rostros, comprendo enseguida lo que nos ha herido. ¡Ay! Aún lloro en este momento en que le escribo este borrador. Mis piernas rehúsan sostenerme; un dolor terrible me abruma: me arrastro hacia la clase mayor, adornada de color negro¡Veo el cadáver del Hno. Filemón. Caigo en el piso, rodando entre gritos de dolor; torrentes de lágrimas se me escapan: llamo a gritos grandes al Hno. Filemón. ¡No responde! Me arrastro hacia el cadáver, quiero abrazarlo, antes que le pongan en el féretro ya preparado. Dos Hermanos me retienen y me impiden acercarme. Todos se funden en lágrimas, todo es gritos, sollozos, en la casa y en los alrededores. Tiendo los brazos hacia el Hno. Filemón. Me sacan fuera de la sala, tratan de consolarme en vano". (**D** 173 - Al Hno. Ambrosio, el 10 de noviembre de 1852)

Son circunstancias ciertamente críticas: ida a Francia del Hno. Ambrosio; muerte súbita del Hno. Filemón, su sustituto; los Hermanos quedan decapitados; una epidemia que se viene encima… Y para peor, es la muerte del Hermano amigo, del Hermano bueno y querido, con el que se han compartido por tantos años, fatigas, zozobras, ilusiones.

Todo ello crea situaciones nuevas.

El Hno. Ambrosio, leída esta carta, le escribe al Hno. Isaac, desde Ploëremel:

"…Sin embargo, le recomiendo al bueno del Hno. Arturo de una manera particular: tenga cuidado con su gran susceptibilidad".

¡Y son palabras que el mismo Hno. Arturo llega a leer!

Días más tarde el Hno. Arturo escribe al Fundador:

"He aquí, mi querido Padre, lo que creo un deber el escribirle. Usted verá, en ello, como en la carta anterior, a un hombre susceptible, como le gusta repetir al Hno. Ambrosio; pero cuya susceptibilidad no le haría salir de su deber y de sus obligaciones. Así, pues, no soy tan susceptible como él piensa. Si lo hubiera sido, ¿habría podido soportar tantas pruebas? Y no hablo de las fatigas experimentadas durante seis años sobre un caballo, que me ha tirado a los arroyos y sobre el barro. ¡Cuántas veces no he temblado, viéndome a punto de ser precipitado al fondo de los barrancos por mi caballo!" (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Y ya hecho Director principal, ¡cuántos tragos amargos tiene que soportar, decisiones que tomar, tormentas que afrontar y sortear! Ya lo vimos… Y lo hace con serenidad y seguridad, con decisión, con responsabilidad. Y ello, ¡por treinta años, como superior!

Podemos decir que tenía una fina sensibilidad, con la que tuvo que pelear, pero que llegó a controlar, índice de una constitución psíquica sana y equilibrada.

Ello estuvo favorecido al contar con una buena salud física.

5.- De salud consistente

Y, **¿cómo fue su salud física?** - Él, que se preocupó con tanto empeño en curar las enfermedades de los demás, ¿sufrió alguna en carne propia? - Los trabajos que afrontó, su apostolado intenso y empeñativo, la lucha sin cuartel contra las epidemias, son aspectos que ya dicen mucho sobre su fuerza física. Sin embargo, hubo de cuidarse. Veámoslo.

En efecto, apenas llegado a las Antillas, sufre un grave ataque de la fiebre amarilla, en la Pointe-à-Pitre. Se cura milagrosamente y por los cuidados recibidos. Luego, sí: tiene algunos inconvenientes, más aparentes que preocupantes. Pero hay que decir que sabe prevenir, tomar precauciones, para luego no tener que curarse. He aquí algunos inconvenientes ocurridos, a lo largo de los años.

- una pertinaz ronquera, quizás por hacer algún esfuerzo excesivo en la clase; y una tos que le causa, a veces, punzadas en la cabeza.
- Dolores de riñones, que no puede detenerse a curar**:** "Se irán como vinieron", dice.

Y ya como catequista de los esclavos, reconoce que…

"Aunque disfruto de una buena salud, no dejo de mirar la muerte como no tan lejana de mí…" (**D** 172A167 – septiembre 1.844)

- Picaduras de insectos venenosos.
- Dolores de garganta, en el pecho.
- Debilitamiento general y dolores en el brazo: es la Cuaresma y el Hno. Ambrosio le ordena no ayunar y tomarse un descanso de tres días.
- El Hno. Ambrosio, en carta al Fundador, le relata otro momento delicado sobre la salud del Hno. Arturo:

"El Hno. Arturo no está bien; temo por su salud, pues su enfermedad es bastante complicada; disentería, extensión de orina, dolores de cabeza, etc. Atribuyo su enfermedad al exceso de fatiga y de inquietud. Su carácter muy sensible y soñador, y al mismo tiempo, cansado por los escrúpulos harán a este Hermano pronto incapaz en este país, pues aquí no se cura uno jamás de ese mal, al contrario". (**D** 173 - 24 de mayo de1846)

…**Parece que sí se curó y siguió nomás**.

- Y tiene que ir al hospital…

"Desde hace ocho días estoy en el hospital por primera vez en mi vida, a causa de una enfermedad. Me han aquejado dolores bastante agudos en el pecho y en la garganta. La enfermedad hacía progresos muy rápidos y un día estuve muy mal. Me hicieron una sangría y aplicaciones de sanguijuelas y me pusieron fuertes cataplasmas en el pecho. De esa suerte ya estoy casi curado, pero el médico-jefe teme una recaída si salgo demasiado pronto del hospital". (**D** 173 - Agosto de 1847)

Y otras dolencias menores, cuya naturaleza no explicita al referirlas al Fundador.

- Finalmente, y ya casi al final de su apostolado directo con los esclavos, la última dolencia de que se tenga noticia. Le ataca la fiebre: debe omitir su catequesis y tomar quinina y otros remedios enérgicos. Puede ser mortal:

"Desde hace algún tiempo sufro accesos de fiebre: el miércoles pasado estuve obligado por la fiebre a omitir un catecismo y volver a Lamentin para echarme en la cama

y tomar remedios de inmadiato, pues esta fiebre puede ser perniciosa en la estación en la que estamos, si no se la cuida con quinina y con otros remedios violento

(**D** 173 - 13 de octubre de1950)

Luego vivirá otros cuarenta y dos años.

Y, ¡cosa llamativa!: cuando en 1852 tiene que hacerse cargo de la dirección de los Hermanos de la Martinica, el primer gran problema que ha de afrontar, es, el de la peste: la fiebre amarilla hace estragos. Casi todos los Hermanos sufren de la misma, hay que cerrar las escuelas. ...Pues el bastión contra esa calamidad es, justamente, nuestro Hermano. Corre de una escuela a la otra, asiste y acompaña los Hermanos, día y noche, y eso, durante meses o incluso años. ¡Y él no sufre nada! ¿Providencia de Dios? ¿Y él mismo que sabe cuidar una salud que, finalmente se demuestra sólida?

Alguna enfermedad propia del lugar y del clima. Por el resto, son dolores, casi siempre menuditos. En realidad, y a pesar de todo, el Hno. Arturo logra adaptarse tan bien al clima que lo hace suyo. Y cuando va de visita a Francia sufre tanto del frío, se siente tan incómodo que, regresado a las Antillas, ya no piensa en dejarlas más. Es lo que él mismo reconoce desde los primeros tiempos:

"Tengo mucho más trabajo que en Francia; sin embargo, gozo de una buena salud".

Y, efectivamente, ¡no regresó ya más a Francia, en los 28 años que aún vivió!...

¿Qué eco psicológico tienen estos dolores y enfermedades en su ánimo? – Sus inquietudes y preocupaciones son, sobre todo, de un orden espiritual y apostólico:

- *"Desde ayer no estoy bien, tengo un catarro, y cuando tengo que toser, ello me ocasiona punzadas en la cabeza que son muy dolorosas. En fin si he de morir pronto, me quedaré con varios pesares* (...ya los pusimos anteriormente: apartado 4-h de este mismo capítulo)

En base a lo que yo siento y lo que me han dicho, he cogido un resfrío; a veces eso es peligroso; sin embargo, espero que no sea nada. Hasta ahora no me ha impedido dar mi clase ni tampoco el catecismo de tarde". (**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

* * * * * * * * * *

Añadimos una palabra sobre un tema colateral.

6.- ¿Y el tabaco?

Entrado de mayor en el Noviciado, el Hno. Arturo había contraído, anteriormente, la costumbre de tomar algo de tabaco, - rapé -, poco. Llega con esa costumbre a las Antillas. Ya en las Antillas, no sin cierta inquietud, pide permiso al Fundador para continuar con ese hábito. He aquí la respuesta de Juan María:

"Le permito tomar un poco de tabaco, aunque preferiría que no contrajera esa mala costumbre . Sé que el gasto no será grande, y por consiguiente no es por eso por lo que le hablo así". (**D** 168 - 24 de Diciembre de 1840)

En la carta siguiente, el Hno. Arturo se lo agradece:

"Le agradezco mucho, mi buen Padre, por haberme permitido tomar tabaco; nunca le agradeceré bastante sus bondades para conmigo". (**D** 172 - 25 de noviembre de 1840)

Tres años más tarde, parece haber tenido en cuenta la sugerencia del Fundador:

"Trato de dejar la costumbre de tomar tabaco; creo que lo voy a lograr".
(**D** 172 – 8 de febrero de 1843)

¿Sí? En ello entra en juego su mismo apostolado:

"Me causa un dolor de garganta que me impide hablar!"
Y no vuelve a tocar más el tema en sus cartas.

Tampoco hemos encontrado, posteriormente, ninguna referencia, de nadie, a este tema. Podríamos pensar que, efectivamente lo dejó.

* * * * * * * * * *

Después de haber hablado sobre las facultades y cualidades naturales del Hno. Arturo, su naturaleza física y su manera de ser, lo completamos con unas palabras sobre su capacidad y formación intelectuales.

7.- Un hombre sabio

El Hno. Arturo llega a desempeñar importantes funciones y a tratar con las personas del más alto rango social de la Martinica. ¿Cómo se desempeña en ello?

Siendo Director en Fort–de–France, - la más importante escuela de la isla -, escribe al Fundador, para apoyar una petición del Hno. Ambrosio, pidiendo que regrese a la Martinica el Hno. Marcelino Morin, antiguo misionero, muy capaz y vuelto a Francia por causa de enfermedad. Lo pide para que ocupe su propio cargo de Director. He aquí el porqué y cómo lo razona:

"Durante los dos o tres años que pasé en las dependencias de la Guadalupe, estaba sobrecargado de trabajo, de suerte que me era muy difícil dedicarme al estudio. Desde hace ocho años estoy en la Martinica, y por largo tiempo, encargado de los dos establecimientos de San Pedro. Luego, siendo catequista y teniendo, además, la responsabilidad de la escuela de Fort-de-France, después de la marcha del Hno. Mateo, me ha sido imposible estudiar. Siento que me falta la preparación necesaria. Debo catequizar, cuidar de los Hermanos enfermos, dar su clase, de suerte que no me queda tiempo para estudiar. Además, el Hno. Ambrosio me encarga una cantidad de asuntos durante su ausencia. Todo eso me ha impedido estudiar, de suerte que si no tengo más ciencia, no es culpa mía". (**D** 173 - 2 de septiembre de 1849)

Tres años más tarde, cuando le llega un reproche en ese sentido, he aquí cómo le retruca nuestra Hermano, en carta al Fundador:

*"El Hno. Ambrosio dice que yo no soy sabio. Y, ¿por qué no lo soy? Sin embargo, cuando vino a San Pedro (parece…) que era uno de los (más) capaces, ya que se vio obligado a sacarme de la Guadalupe, para ponerme a dirigir los establecimientos de San Pedro. La razón que me ha impedido hacer los mismos progresos que los otros es mi excesiva generosidad: viendo que los otros Hermanos eran débiles, bajo todos los aspectos, me encargaba de todos los trabajos de la casa, a fin de darles tiempo para instruirse; mientras tanto yo estuve sobrecargado, durante once años, y no pude estudiar, sino muy poco, mi "**Collot**". No tenía tiempo y creía hacer bien y trabajar en el interés de mi madre, la Congregación".* (**D** 172 - 25 de noviembre de 1852)

En una carta anterior ya había aclarado bien la situación, explicando las razones que le han impedido estudiar, además de las expuestas más arriba:

"Estoy encargado de catequizar en el campo y en la ciudad, he de cuidar a los Hermanos enfermos, y dar sus clases; además, el Hno. Ambrosio me encarga de llevar adelante una cantidad de asuntos durante sus (frecuentes) ausencias.

"Siempre he preferido el interés de la Congregación, a la que he amado y amo siempre como un hijo debe amar a una buena madre; gustosamenmte he sacrificado mis intereses particulares, para asumir los de la Congregación; y estoy dispuesto siempre a afrontar todos los sacrificos que exija de mí, con la ayuda de Dios". (**D** 173 - 2 de septiembre de 1849)

Creemos que la cosa está clara. Pero, añadamos el comentario que, a esté propósito, hace su primer biógrafo, el Hno. Evergildo, que tanto lo trató:

"Lo que a ciertos espíritus les pareció una laguna, un defecto, es lo que mejor prueba ***su genio y capacidad naturales****. No habiendo tenido nunca tiempo para estudiar, no pasaba por un sabio, al menos entre los Hermanos.*

Pero eso no le impedía, gracias a su ***rara inteligencia, a su memoria prodigiosa, a su juicio, seguro y rápido,*** *quedar siempre bien en la conversación, sobre cualquier tema y con cualquier persona. ¡Cuán raros son los hijos de los trabajadores del campo y educados en el campo hasta más allá de los veinte años que, no habiendo recibido en su infancia sino una débil instrucción primaria, llegan a poseer, como de golpe, la educación perfecta, las maneras, a la vez, simples, naturales y seductoras del Hno. Arturo.*

La naturaleza le había prodigado gratuitamente unos dones que no concede al común de los mortales*, sino al precio de un trabajo largo y tenaz, y que, incluso, lo rehúsa a muchos, a pesar de todos sus esfuerzos para obtenerlos".*

(Evergilde, fr. o.c. pág. 97 -98)

Nos viene a la mente, pero al revés, aquello de que "lo que Dios no da, Salamanca no presta". Salamanca no se lo pudo prestar, pero ¡Dios sí se lo dio!

¿Una constatación? – En la redacción de las cartas que hemos ido citando en esta biografía, los progresos realizados le hacen llegar a unos resultados excelentes. Lo mismo diríamos de las charlas que daba a los Hermanos, siendo Superior Provincial. No pudiendo ser de otra forma, ¡fue un autodidacta!

Y Dios le concedió, en abundancia, el don **de "sabiduría".**

Capítulo 51

Los Religiosos, "¿mueren sin llorarse?" El Hno. Arturo, además, saca de las garras de la peste mortífera a muchos de ellos.

Es conocida la frase de Voltaire:

"Los Religioso se juntan sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse" .

El Hermano Arturo, en su vida, tendrá la ocasión de confrontarse con esta frase, como una especie de examen de su consagración. Comenzamos con el tercer elemento: ¿Los religiosos, ¿mueren sin llorarse? Veamos cómo nuestro Hermano llega, incluso, a superarla.

1.- Un enemigo fatal en la evangelización: la peste

Hemos visto al detalle la labor llevada adelante por el Hermano a lo largo de trece años: desde su llegada a las Antillas, en 1839, hasta 1852, año en que ha de hacerse cargo de la dirección los Hermanos de la Martinica. Antes y después de la emancipación: en la escuela, en el catecismo post - escolar, de tarde, al terminar la clase y en las habitaciones, a los esclavos. Con los libres de color, con los esclavos, con los criollos blancos.

Todo ello, amasado con dificultades y contratiempos, penas y alegrías, fracasos y satisfacciones.

Sin ahorrar esfuerzos, sin calcular peligros.

También hemos visto los resultados.

Pero, en su tarea evangelizadora, nuestro Misionero se encuentra, además, con un enemigo sutil, impensado, solapado, de otro tipo: **¡la peste!** En este caso: **la fiebre amarilla.**

Por razones que no es el caso analizar aquí, nos limitamos a decir que la peste es un azote que aparece y reaparece en determinados lugares del mundo. Y, contra el cual, poco o nada puede hacer la medicina hasta bien entrado el siglo XX. Unas veces es el cólera, más a menudo, la fiebre amarilla. Siempre al acecho, presenta momentos de virulencia más aguda en los que sus víctimas sucumben a millares.

¡Cuántas vidas de jóvenes Hermanos misioneros quedan tronchadas en la flor de la edad, víctimas de la terrible fiebre! Algunos, pocos meses o semanas después de haber puesto pie a tierra en las Antillas. ¿Qué hacer frente a ella? – Cuando el terrible mal

aparece, o incluso cuando está latente, el Hermano Arturo lo enfrenta con decisión, sea empleando los medios que le parecen mejores, sea tomando las precauciones más a propósito para prevenirlo.

Él mismo sufre los zarpazos de la fiebre amarilla, poco tiempo después de su llegada a la Guadalupe, en la ciudad de la Pointe-à-Pitre. Ya lo vimos: llega a estar a las puertas de la muerte. Finalmente se salva, ¿de milagro? ¿Por los cuidados recibidos? Al conocer y haber sufrido en carne propia la enfermedad, su desarrollo, sus consecuencias, está en condiciones de afrontarla con más eficacia. Trata de penetrar, con ahínco, en sus secretos, su evolución, sus derivaciones psíquicas, y buscar los remedios apropiados.

Es así cómo, apenas cae un Hermano enfermo, se ofrece para atenderlo, cuidarlo y, en muchos casos, salvarlo; luego, le ayuda a salir del peligro.

En la Martinica, es en 1843 cuando la epidemia toma importancia. Un tal Hno. Rieul, de la comunidad de la Pointe-à-Pitre, cae enfermo. Aunque consigue superar los primeros embates de la enfermedad, necesita un tiempo de convalecencia. El Hno. Arturo se ofrece a cuidarlo, se lo pide al Director Principal, al Hno. Ambrosio:

"Le he pedido al Hno. Ambrosio que lo deje venir (al Hno. Rieul) a San-Pedro, durante algún tiempo, para atenderlo yo mismo y cuidarlo. He llegado a saber cuidar a los enfermos mejor que otros muchos, habiendo estado aquí más tiempo que ellos. Además, tenemos un buen médico en San-Pedro que se interesa mucho por nosotros y a quien yo preguntaré. (**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

Y, en efecto, se va haciendo especialista en el arte de la medicina. Y el Hno. Ambrosio le encarga de cuidar a los Hermanos enfermos. Así se lo comunica, tiempo adelante, el Hno. Arturo al Fundador:

"Como otros años he quedado encargado de cuidar a los Hermanos enfermos o indispuestos, durante el retiro. Cuatro o cinco han tenido la fiebre y los he dejado bastante bien". (**D** 173 – 14 de enero de 1850)

E incluso más, pues añade:

"Por orden del Hno. Ambrosio he tenido que dejar San-Pedro, donde hacíamos el retiro, antes que los demás, para venir a asistir a un Hermano, hospitalizado en Fort-de-France". (Ibid.)

A este servicio se dedica, pues, con ardor, cuando de ello hay necesidad; así va penetrando en los secretos de la medicina.

2.- Llorando a los Hermanos muertos

Volvamos ahora a un hecho ya relatado anteriormente. Su importancia y significado son tales que, con la benevolencia del lector, nos creemos obligados a darle cabida también aquí, pero desde otro punto de vista.

Es el año 1852, el de la gran peste. El Director general, Hno. Ambrosio, ha salido de viaje a Francia, para ver al Fundador. Su sucesor, el Hno. Filemón, en la primera visita que hace a las comunidades lo hace con tanto celo, con tantos esfuerzos que cae enfermo, víctima de la fiebre amarilla y muere. Avisan enseguida al Hno. Arturo, pero…

"Estaba en la Trinidad cuando el Hno. Filemón cayó enfermo. Me avisaron enseguida para que viniera junto a él. Pero la carta demoró tres días en llegar. Me trasladé enseguida a San-Pedro: llegado a nuestro establecimiento de Mouillage, entro en el patio y veo a los

Hermanos de varios establecimientos reunidos y silenciosos: vienen a mi encuentro, me rodean.

Conmovido por la tristeza que se pinta en sus ojos, comprendo enseguida la desgracia que nos ha golpeado. ¡Ay! Aún lloro en el momento en que, a toda prisa, le escribo este borrador. *Mis piernas rehúsan sostenerme; un dolor terrible me abruma: me arrastro hacia la clase mayor, adornada de color negro. ¡Veo el cadáver del Hno. Filemón!*

Caigo en el piso, rodando entre gritos de dolor; torrentes de lágrimas se me escapan: llamo a gritos grandes al Hno. Filemón. ¡No responde! Me arrastro hacia el cadáver, quiero abrazarlo, antes que le pongan en el féretro ya preparado. Dos Hermanos me retienen y me impiden acercarme. Todos se funden en lágrimas, todo es gritos, sollozos en las casa y en los alrededores. Tiendo los brazos hacia el Hno. Filemón. Me sacan fuera de la sala, tratan de consolarme en vano". (**D** 173 - Carta al Hº. Ambrosio, 10 de noviembre de 1852)

Es un duro golpe: querido de todos, el Hno. Filemón deja un gran recuerdo entre la población, como religioso y como educador. Un siglo después, en 1952 se celebra un solemne funeral por su eterno reposo,también lo dijimos. se hace un responso, con discursos, junto a su tumba, conservada en la Martinica, con coronas de flores. Su recuerdo sigue aún vivo en la isla.

Pero nuestro Hno. Arturo no se queda ahí. En carta al Fundador le escribe:

"Después de haberle llorado, me apresuré a ver a los Hermanos Isaac y Libert, que estaban en el hospital. *Los encontré mejor. Ahora siguen bastante bien. Están en Tricolor, cambiando aires"* (**D** 173 - 27 de julio de 1852)

3.- En lucha encarnizada contra el enemigo fatal

Y empieza la gran fatiga contra la peste. Es una verdadera maratón de esfuerzos denodados, de cansancio, de lucha sin cuartel, en una acción que alcanza a la gran mayoría de los Hermanos de la Martinica. He aquí cómo se lo cuenta al Hno. Ambrosio, por entonces en Ploërmel (Francia):

"…Aquello no fue sino el comienzo de mis dolores. He tenido que acostumbrarme a ello. El Hno. Isaac estaba en el hospital, con la fiebre amarilla y también el Hno. Libert, con la cabeza casi enloquecida. ***Apenas convalecientes, he aquí que el Hno. Isaac es atacado de nuevo, ahora por la disentería, acompañada de fiebre (síntomas que aquí se ven como preanuncios de la muerte); dejo de llorar y me voy a salvar a los enfermos. ¡No hay médicos!***

Atiendo al Hno. Isaac y al fin se cura. Apenas puede levantarse cuando ***el Hno. Juan Colombini es atacado violentamente por la terrible fiebre. Me quedo de pie día y noche durante dieciocho días. Se le aplican sanguijuelas purgativos en grandes cantidades, fricciones de todas clases. No se ahorra nada. Al fin, la fiebre cede y se salva. ¡Qué alegría! ¡Qué felicidad! Habría sido una gran desgracia si lo hubiéramos perdido.***

Pronto se restablece, de suerte que puede ya prestar sus servicios como antes. ***El Hermano Isaac tiene una segunda caída en Tricolor: una fiebre terrible amenaza llevárselo. No hay ni médicos ni medicinas: unos están junto a los enfermos, los otros están enfermos. Lo asisto de nuevo y por tercera vez sale adelante.*** *Pero, como consecuencia de la enfermedad se ha hecho difícil de carácter y los Hermanos dicen*

que las enfermedades lo han cambiado; en fin, cuando se ha visto pasablemente bien me ha pedido ir a Fort. Se lo he permitido. En este momento está bastante bien.

También el Hno. Ignacio, a quien el Hno. Filemón ha colocado en Mouillage, fue atacado por esta misma fiebres y no pudo salir del hospital. Estuvo muy mal. Lo tratamos activamente y se curó. El Hno. Bruno, que estaba en Lamentin, sufrió, también él, los ataques de esta funesta fiebre y murió, después de tres o cuatro días de enfermedad. De la misma manera, el Hno. Francisco de Paula fue atacado por la misma enfermedad y murió en el hospital de Trinidad.

Finalmente, los dos Hermanos de la Grande Hanse sufrieron también ellos, los ataques de la enfermedad; pero, tratados a tiempo, ya se han curado. Otros tres Hermanos de Lamentin cayeron enfermos; uno de ellos, el Hno. Polyme, estuvo en peligro; los otros dos HH. Raban y Julián Francisco, también estuvieron enfermos. Esta terrible fiebre ha estado a punto de llevárselos, pero, a fuerza de cuidados, se han curado, a pesar de haber estado muy enfermos".

(**D 173 -** 10 de noviembre de 1852)

La lista es larga, como vemos, la lucha, encarnizada. Y no ha terminado aún. No podemos dejarlo a mitad. Continuemos, pues, con el relato que tan vivamente nos hace el Hermano Arturo, siempre en la misma carta al Hno. Ambrosio:

"...Los Hermanos Dámaso y Crisólogo, a su vez, fueron atacados por el mal, sobre todo el último, que estaba mucho peor, pero ya están bien. También a los Hermanos de Gros – Morne les llega su turno, especialmente al Hno. Landry que estuvo muy enfermo; para colmo, acaba de atrapar una pleuresía en los pulmones. Pero ya está algo mejor.

Los Hermanos Gordiano e Imas, que están en la Trinidad, fueron alcanzados por la fiebre; estuvieron muy mal, pero ya están curados. Los Hermanos Vitaliano y Malo, que están en Santa María fueron igualmente alcanzados, y el último todavía no está bien curado.

Finalmente, los Hermanos de Fort-de-France se encontraron en el centro de la epidemia, pues diariamente enterraban allí a 19 ó 20 personas".

(**D** 173 -10 de noviembre de 1852)

Y, para ilustrar el cuadro de la situación, el Hno. Arturo comenta que las Hermanas de San José de Cluny habían perdido seis religiosas, y que también habían fallecido entre 16 y 18 eclesiásticos. El mismo Sr. Obispo había caído enfermo, lo mismo que su secretario y un criado; este último, falleció.

Nuestro misionero concluye así su relato:

"En fin, la fiebre amarilla acaba de golpear a nuestro virtuoso Hno. Andreol: ha muerto después de cinco días de sufrimiento. Nuestros Hermanos del Carbet tuvieron la fiebre amarilla al mismo tiempo y estaban a punto de morir: el Hermano Cornelio recibió los últimos sacramentos. Pero ambos están ya restablecidos. También nuestros Hermanos de Hanse d'Arlets cayeron enfermos, pero ya están mejor.

A su vez, al Hno. Focas le llegó el turno y también cayó enfermo, pero ya está curado. El Hno. Andreónico agarró la fiebres amarilla en Mouillage y estuvo muy mal: recibió los últimos sacramentos; en fin, ya está mejor, pero dudo que se llegue a curar del todo.

También el Hno. Ticiano cayó enfermo, lo mismo que el Hno. Zenobio, que me remplaza en la misión de Vauclin, en forma muy grave. Ya están curados, pero me escriben en fecha del 8 del corriente que el Hno. Luperto ha sido alcanzado, también él, por la fiebre y quizás no pase de esta noche.También el Hno. Rimberto ha estado enfermo". (Ibid.)

4.- Una lucha sin cuartel: ¿Por qué? ¿Cómo?

He aquí la larga lista de desgracias y víctimas, -fatales o no-, de una epidemia. ¿Qué decir de todo esto? Es la pregunta que el Hno. Arturo le hace a su corresponsal de turno en Ploërmel, el Hno. Ambrosio. Y él mismo responde:

"Usted pensará que yo debía estar muy apenado por todo ello. No se equivoca. Pero nunca perdí el ánimo: elevaba mis ojos humedecidos hacia el cielo, pues sólo de allí esperábamos socorro, y así quedábamos resignados, al mismo tiempo que llorábamos a nuestros muertos" (Ibid.)

Los muertos, los enfermos. Aún sin poder hacer una lista completa , sería, hasta el momento, de cuatro Hermanos fallecidos. A ellos se añadirían , meses más tarde, otros dos. Y entre 30 y 35 enfermos que superaron la enfermedad Sólo el Hno. Arturo y otros dos Hermanos no habrían sufrido los ataques de la epidemia. Nuestro Hermano sólo sufrió una fuerte hemicrania o dolor de cabeza: lo atrapó viniendo a pie, bajo el sol tropical, de Carbet a San Pedro, en el momento más caluroso del día **¡El deseo de salvar a los demás puede, en él, más que el cuidado de su propia salud! Para ver y cuidar a los enfermos llega a trasladarse dos veces por día, de una ciudad a otra. Y, por supuesto: ¡siempre a pie!**

Y, ¿cómo actúa, en concreto, nuestro misionero? ¿Cómo trata y cuida a los enfermos? – El mismo dice:

"Trataba con todas mis fuerzas de cuidar a los enfermos que estaban a mi alcance; escribía a los otros para consolarlos y para levantar su espíritu". (Ibid.)

Pero no entra en detallas, su modestia se lo impide. Sin embargo, quienes lo vieron actuar y fueron testigos y beneficiados de sus desvelos, nos han transmitido sus testimonios. He aquí algunos:

+ En el curso de esta epidemia nadie sobrepasó ni igualó al Hno. Arturo, por su tacto, su resistencia física, el desprecio de los peligros de contacto y una alegría que le hacía feliz, atendiendo a los Hermanos postrados por la enfermedad.

+ En el hospital de Fort-de-France estuvo mucho tiempo a la cabecera del Hno. Colombini, cuyo estado era de lo más desesperante: 18 días y 18 noches permaneció a su lado, aplicándole purgativos, fricciones de toda clases y sanguijuelas. ¿Resultado? – Se curó.

+ En Mouillage fue alcanzado por la fiebre otro Hermano: ¡Es un mal enferme! Tiene miedo al hospital y a la muerte. El Hermano Arturo le habla, le razona, le cuenta historia inverosímiles. El pobre enfermo se sonríe, toma confianza en sí mismo, en el enfermero y en la vida; luego acepta los medicamentos que antes, sólo al verlos le causaba náuseas. Ahora los toma, porque el mismo Hermano Arturo los ha tomado también él, antes, saboreándoles varias veces: ahora los encuentra agradables al paladar. Con este trabajo psicológico y la docilidad al enfermero, pronto recupera la salud.

+ Aunque avisado tarde, y no pudiendo ir a varios lugares, lo mismo se lo ve en Anse-Grande que en Lamentin; va a Gros Morne y después a Santa María: está en Vauclin, pero también visita Mouillage. Y todo a pie, y haciendo a veces varios recorridos diarios.

En todos los lugares donde hay Hermanos que estén gravemente enfermos o han recibido los últimos Sacramentos. ¡A cuántos salvó! Dios lo protegió visiblemente...
(Archange PENHOUET. *Chronique des Frères* nº. 144, pág. 277-278)

Durante la epidemia todas las escuelas quedan cerradas. Pero pronto, merced al celo del Hno. Arturo y curados casi todos los Hermanos, pueden reabrirse.

El Gobernador de la Martinica no deja de admirar la labor desplegada por el Hermano. Y el mismo Gobierno francés, satisfecho de poder reabrir las escuelas, quiere premiar la actuación de nuestro misionero, nombrándole Caballero de la Legión de Honor, y concediéndole, además, la medalla de Oro, gran módulo, con este atestado del Gobernador de la Martinica:

+ "El Hermano Arturo, Superior provisional de los Hermanos de Ploërmel en la Martinica, ha desplegado, durante estos tiempos de prueba, un valor y una abnegación por encima de todos los elogios.

En medio de las dificultades más serias, teniendo la mayor parte de sus escuelas desorganizadas por la muerte o la enfermedad, el Hermano Arturo se ha multiplicado para hacer frente a todas las necesidades, trasladándose incesantemente por todos los puntos de la colonia, para sostener la moral de sus Hermanos. Y es gracias a ello, a su coraje y a su perseverancia, por lo que las escuelas han podido ser abiertas, enseguida después la epidemia.

Desde hace mucho tiempo este Hermano es conocido en su departamento, por los servicios de la mayor utilidad que ha prestado a la Martinica".
(SYMPHORIEN-AUGUSTE, frère. *«Á travers la correspondance de Jean-Marie de la Mennais»* T III, pág. 455)

Creemos que estas palabras del Gobernador al Ministro de las Colonias, en París, son suficientemente claras. Ellas nos indican, además, que no es el primera vez que se ha pensado en nuestro Hermano como alguien merecedor de tan altas condecoraciones y reconocimientos oficiales. Como ya vimos anteriormente, su acción fue decisiva para el mantenimiento de la paz en los tiempos anteriores: en la recepción de la libertad por los esclavos.

5.- Una lucha, codo a codo: en equipo

Pero no ha sido el Hermano Arturo solo. Como el ejemplo arrastra, otros Hermano que, en la medida de sus posibilidades, le han secundado plenamente. Por ello, el Hno. Arturo puede escribir, satisfecho, hablando de uno de ellos, del Hno. Colombini:

"He sido perfectamente secundado por el virtuoso y caritativo Hno. Colombini. Sólo Dios podrá recompensar su abnegación: se mantuvo en pie, día y noche, junto al lecho de los Hermanos enfermos". (**D** 173 - Al Hno. Ambrosio, el 10 de noviembre de 1852)

Y de los demás Hermanos añade:

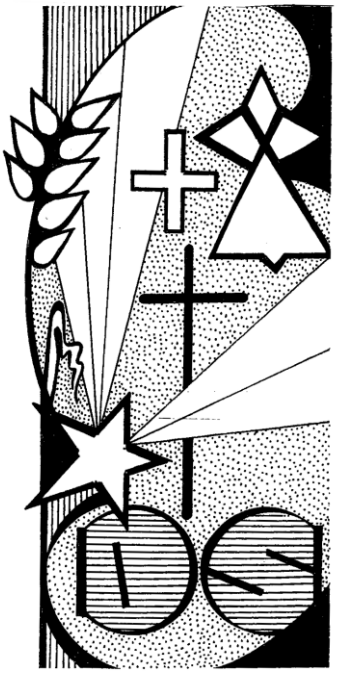
"No puedo quejarme de ellos. Durante esta epidemia han mostrado gran resignación, y, en general, mucha abnegación" . (Ibid.)

Para concluir*:*

"Ahora la epidemia declina y podemos empezar a respirar un poco. Los cuatro que han muerto son,- así lo espero -, otros tantos intercesores que tenemos en el cielo". (Ibid.)

En suma**: el Hno. Arturo y sus compañeros no sólo lloran la muerte de sus Hermanos, sino que también *luchan para no tener que llorarlos.***

.



Capítulo 52

¿Qué me dice el Hermano Arturo a mí, Hermano menesiano del siglo XXI?

A lo largo de todas estas páginas sobre el Hermano Arturo, uno mismo, menesiano como él, no deja de preguntarse y cuestionarse sobre la propia identidad y confrontarse con él.

La transparencia que muestra en sus cartas, las respuestas del Fundador, todo ello nos insinúa que estamos ante un caso, una vida, un personaje que bien podría acercarse, o incluso ser **el prototipo del Hermano menesiano.**

No sabemos si alguna vez haya sido fijado el perfil o acaso insinuados los rasgos propios y característicos del Hermano de la Instrucción Cristiana o Menesiano.

En todo caso, sí podemos decir que es:

- Un **consagrado a Dios** por la Profesión de los votos de religión: castidad, pobreza, obediencia.
- Con la divisa **Dios Sólo** (**D. + S.**) que guía su caminar.
- Con unas virtudes, - **fe, caridad, abnegación, humildad** -, que conforman el espíritu de la Congregación.

- La aguja magnética que señala su norte apostólico son las palabras liminares del Fundador **"Mis escuelas han sido fundadas para dar a conocer y hacer amar a Jesucristo"**.
- Y, como para todo cristiano **Jesucristo es su referente.**

¿Cómo vivió todo esto el Hno. Arturo? ¿Fue ello el substrato de su vida? – A lo largo de este escrito lo hemos podido percibir.

"La divisa D.+ S., - dice un testigo -*, era el móvil de todas sus acciones, de cada uno de sus movimientos".*

En cuanto a los **virtudes que conforman el espíritu menesiano**, creemos que su labor entre los esclavos es una manifestación patente: reenviamos al lector a los capítulos correspondientes.

El carisma menesiano, **"Dar a conocer y hacer amar a Jesucristo",** diríamos que tuvo en él, un eximio exponente: esencialmente en la escuela, pero igualmente en cualquiera de las otras formas de apostolado a las que tuvo que entregarse.

Y si su sola presencia impactaba y llevaba hacia el bien era porque su **consagración religiosa** y su **compromiso con Cristo** eran su vida: no lo ocultaba.

Su verbo no era "suplir", ni "sustituir", ni "suprimir"…, sino más bien **"integrar**", como postula la teología católica: no **"aut - aut" ("o – o"),** sino **"et – et" (y – y").**

Y así…

Vive su vocación de Hermano con entusiasmo y sin fisuras ni cuestionamientos, pero admira las otras vocaciones de la Iglesia: es un convencido colaborador de los párrocos a quienes ayuda, y trabaja codo a codo con los laicos en las respectivas responsabilidades.

Si lleva adelante su labor apostólica con gran celo, no deja, sin embargo, de cumplir puntualmente sus obligaciones religiosas: sale con premura, por la mañana, pero antes ya ha hecho sus oraciones y participado en la Santa Misa. Regresa cansado por la tarde, pero no deja de lado la "adoración al Santísimo", ni la oración verpertina.

Su delicia es catequizar a los esclavos, pero es un convencido promotor de la escuela cristiana.

Si los esclavos están siempre en su corazón y pensamiento, tiene un trato exquisito para con los amos: algunos de ellos, amigos.

Es bien considerado por las máximas autoridades de la Martinica, pero hasta el último funcionario y la más modesta de las aldeanas de la Guadaupe acuden a él pidiéndole oraciones, ayuda, consejo.

Es el "Superior provincial",- diríamos hoy-, pero él mismo arregla su ropa y remienda sus zapatos.

Es querido por todos, en expresión de un autor, pero no deja de exigir el cumplimiento de la Regla.

Es Superior largos años, pero antes, después y siempre vive en obediencia, con tintes, a veces, heroicos.

Tiene una actividad y apostolado desbordantes, pero también cuida la vida en comunidad con sus Hermanos.

Hay quienes lo veneran como un santo, pero no duda en reconocer sus limitaciones y fallos y pide perdón.

Es cierto: **lo podemos ver como un héroe, pero tan humano... Nos alienta en nuestra labor.**

Y hoy, cuando se nos invita a ensanchar horizontes, a encontrar formas nuevas, a llegar a las fronteras. He aquí a un Hermano Arturo que llega a la frontera donde se encuentran los más desfavorecidos, los esclavos -, pobres entre los pobres, material y espiritualmente.

Y ello, sin estridencias, sin claudicaciones: con sencillez y fidelidad.

Nos viene a la mente, - parafraseándolo-, un verso de Gabriel y Galán, el último de su poema "La Pedrada":

¿Somos los menesianos de hoy aquellos Hermanos de ayer?

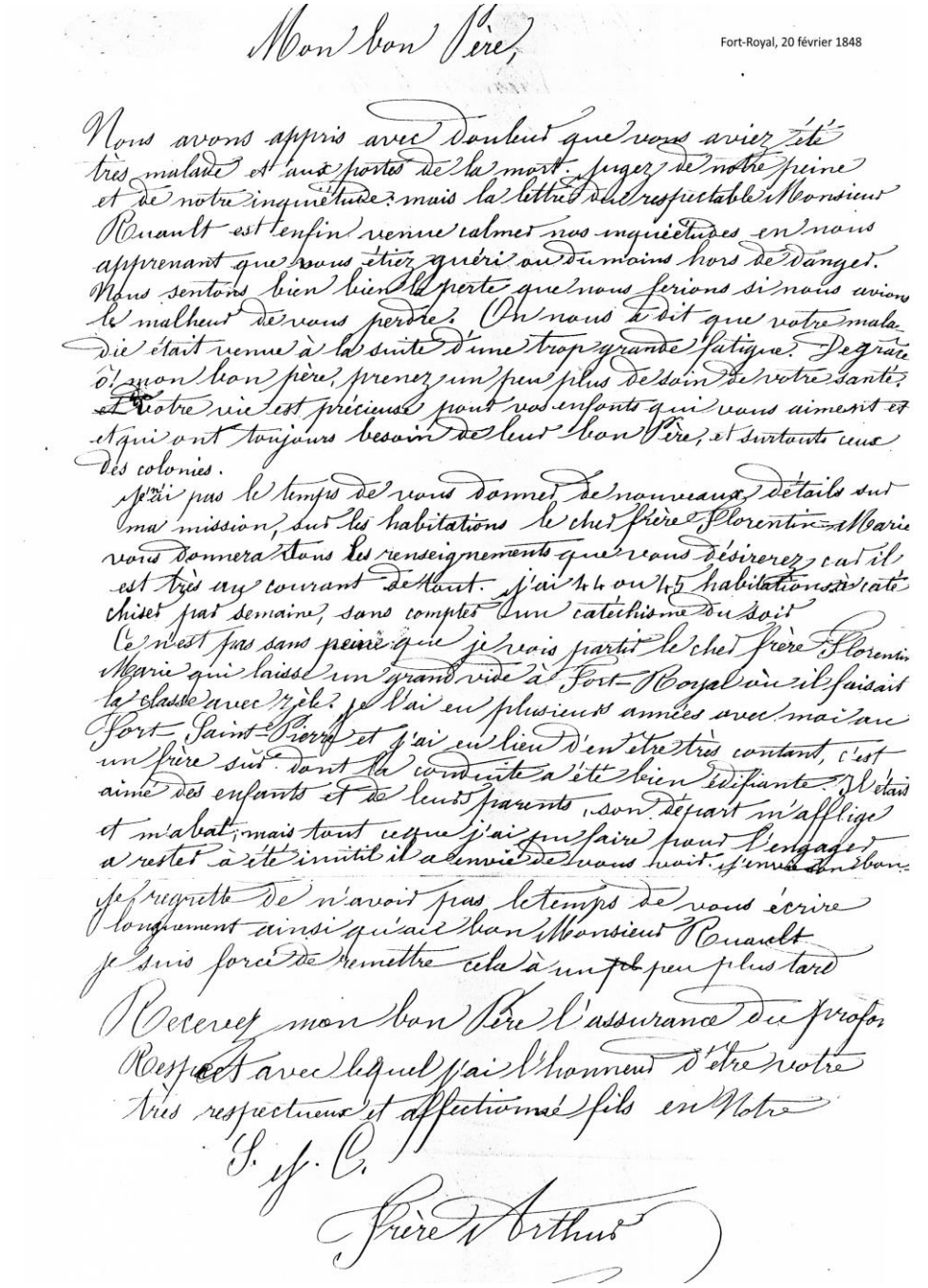
Terminamos con una frase que ya pusimos en su momento. Una protesta de fidelidad del Hermano: fidelidad para con su Congregación y fidelidad para con Dios. Con ella cerramos este capítulo sobre el Hermano Arturo, **Hermano menesian:**

"Siempre he preferido el interés de la Congregación, a la que he amado y amo siempre, como un hijo debe amar a su buena madre.

Con gusto he sacrificado mis intereses particulares para tomar los de la Congregación y estar siempre dispuesto a (afrontar) todos los sacrificios que ella exija de mí, si Dios me ayuda" (**D** 173 - 2 de septiembre de 1849)

SEXTA PARTE

Un hijo fiel de Juan María de la Mennais



Fort-Royal, 20 février 1848

Mon bon Père,

Nous avons appris avec douleur que vous aviez été très malade et aux portes de la mort. Jugez de notre peine et de notre inquiétude ; mais la lettre de respectable Monsieur Ruault est enfin venue calmer nos inquiétudes en nous apprenant que vous étiez guéri ou du moins hors de danger. Nous sentons bien bien la perte que nous ferions si nous avions le malheur de vous perdre. On nous a dit que votre maladie était venue à la suite d'une trop grande fatigue. De grâce ô mon bon père, prenez un peu plus de soin de votre santé ; votre vie est précieuse pour vos enfants qui vous aiment et qui ont toujours besoin de leur bon Père, et surtout ceux des colonies.

Je n'ai pas le temps de vous donner de nouveaux détails sur ma mission, sur les habitations le cher frère Florentin-Marie vous donnera tous les renseignements que vous désirerez, car il est très au courant de tout. J'ai 44 ou 45 habitations à catéchiser par semaine, sans compter un catéchisme du soir.

Ce n'est pas sans peine que je vois partir le cher frère Florentin-Marie qui laisse un grand vide à Fort-Royal où il faisait la classe avec zèle. Je l'ai eu plusieurs années avec moi au Fort-Saint-Pierre et j'ai eu lieu d'en être très content, c'est un frère sûr dont la conduite a été bien édifiante. Il était aimé des enfants et de leurs parents, son départ m'afflige et m'abat ; mais tout ce que j'ai pu faire pour l'engager à rester a été inutile il a envie de vous voir. J'ai mon bon

Je regrette de n'avoir pas le temps de vous écrire longuement ainsi qu'au bon Monsieur Ruault je suis forcé de remettre cela à un peu plus tard

Recevez mon bon Père l'assurance du profond Respect avec lequel j'ai l'honneur d'être votre très respectueux et affectionné fils en Notre

S. J. C.

Frère Arthur

Carta del Hno. Arturo al Fundador. Le expresa preocupación por su salud

Capítulo 53

Un hijo amante de Juan María de la Mennais

"No hubo nunca un hijo que haya amado, respetado, venerado a su padre como el Hermano Arturo al Padre de la Mennais".

(Evergilde –M. fr. *«Le Frère Arthur»,* en *«Au service de l'enfance* ». 4ª. Serie, pág. 65)

Estas palabras del Hno. Evergildo, primer biógrafo del Hno. Arturo, son la síntesis de lo que dicho Hermano había percibido en su trato constante con nuestro Misionero, de quien fue, por largos años, su secretario particular.

Desgraciadamente, no añade ni explicita más.

Nosotros sí: poseemos unos documentos de primera mano que dan fe de aquella afirmación. Son las cartas al Fundador, con un total de 25, más otras dos que escribió a los Hermanos Hipólito y Julián. Y, ¡cosa curiosa!, en éstas, el tema central es, justamente, el Fundador: su salud, estado, etc., no los destinatarios.

De todas ellas podemos deducir, de manera explícita y en forma abundante, cuáles eran los sentimientos y la devoción personal del Hno. Arturo hacia Juan María de la Mennais.

Abrimos este tema con una frase en la que no habíamos parado mientes en un primer momento. Ella puede resumir todo lo que, enseguida vamos a decir. Está en una carta del 31 de diciembre de 1841 (**D** 172) . Hela aquí, tan sencilla, tan significativa:

"¡Oh, nuestro Padre amado!"

1. Amor del Hno. Arturo hacia el Fundador

He aquí algunas expresiones más significativas, entre otras muchas al respecto.

"Mis deudas hacía usted son tan grandes, que me encuentro en la imposibilidad de pagarle todas las bondades con que me ha favorecido. ***¿Cuándo me será dado de besar esa mano caritativa, como beso las letras que ella ha trazado para mi consuelo y aliento?"*** (**D** 172 - 1 de agosto de 1843)

Y estas otras…

"Aunque sea el más desgraciado y el último de sus numerosos hijos, ***no dejo de amarle tanto como los mejores y los primeros: por eso experimento tanto placer en escribirle hoy".*** (**D** 172 - 5 de febrero de 1844)

"¡Sí! ¡Con qué respeto veneraría esa mano venerable que tantas veces se ha abierto para bendecirme! ¡*Ojalá que se siga abriendo y que se eleve hacia el cielo, para*

hacer caer sobre mí abundantes bendiciones, así como también sobre todos mis Hermanos de las Antillas y sobre aquello que estamos encargados de anunciar la buena nueva".
(**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

Y, finalmente, otro párrafo, tan significativo y directo que podría ser la síntesis:

"Usted no ignora, padre, la estima, el afecto que le tienen sus hijos de las Antillas, y particularmente el que tiene el honor de trazar estas líneas".
(**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

Pero este amor no queda en palabras: el amor desea lo mejor. Después del ataque de apoplejía, sufrido por el Fundador en diciembre de 1847, el Hno. Arturo le escribe desde Fort-de-France:

"Si usted ama a sus hijos como ellos le aman a usted, no descuidará nada para restablecer su salud, que nos es tan preciosa a todos, pero particularmente a sus hijos de las colonias*".* (**D** 173 - 26 de octubre de 1848)

Y casi un año después, cuando la salud del Padre está en vías de franca recuperación, no deja de expresarle su satisfacción:

"Hemos sabido, con gran alegría, que, finalmente, se ha restablecido. Damos gracias a Dios por haber devuelto la salud a un Padre al que tanto queremos y le pedimos que conserve su vida, que nos es tan preciosa". (**D** 173 - 2 de septiembre 1949)

2. Amor "filial" del Hno. Arturo hacia Juan María

¿Qué apelativo daríamos a este amor del Hno. Arturo hacia el Fundador? – Él mismo lo hace entrever: **es un amor de hijo, amor "filial":** Juan María es, para él, el mejor de los padres, un padre que se preocupa de todos sus hijos, de cada uno por igual y por entero. Nuestro Hermano encuentra en el Fundador satisfecha esta necesidad de verse y saberse amado y querido, él y los otros Hermanos, hijos del mismo "padre", en la misma familia religiosa.

*"Usted tiene siempre vivas inquietudes sobre la suerte de los Hermanos Lamberto y Rieul****. Consuélese, tierno Padre: la divina Providencia cuida a sus queridos hijos de las Antillas".*** (**D** 172 - 30 de mayo de 1843, después del terremoto que había sacudido a la Pointe-à-Pitre, donde había una escuela de los Hermanos)

Y, a un **"padre**" se le escribe sin tantos considerandos ni remilgos protocoloares. Así lo hace el Hno. Arturo:

"Suplico a su bondad ordinaria que me excuse, si le escribo de una manera tan larga y detallada. A otro le escribiría en forma más breve, pero ***el placer que experimento al contarle así las cosas, y al abrirme en el seno de un padre tierno y compasivo para con todos sus hijos en Jesucristo, y sobre todo, para con los de ultramar, es, en parte, la causa*** *por la que le escribo tan largamente, con el riesgo de abusar de su precioso tiempo".* (**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

Y, las palabras de un **"padre**" no son vanas para un hijo amante:

"Las palabras de un padre tiernamente amado no pueden dejar de producir los más felices resultados en el espíritu de todos sus hijos, que le quieren y le aman, tanto como se puede querer a un padre". (**D** 173 - 31 de diciembre de 1845)

Veamos y examinemos algunas características de este amor "filial" del Hno. Arturo hacia su Padre Fundador.

a) Un hijo que "se preocupa" por su padre

Los hijos están pendientes de la salud del padre. Veámoslo en el Hno. Arturo.

Abrimos el tema con una frase, ciertamente hábil, del Hno. Arturo a un amigo suyo, el Hno. Julián, en la que no sabríamos qué calibrar más, si el cariño, el reconocimiento, la admiración…, que transparenta el Hermano hacia el Padre, o la preocupación por su salud:

"No podría expresarle cuán edificados hemos quedado, al saber, por su última carta, con qué celo, nuestro respetado Padre, a pesar de su edad y de sus pesadas obligaciones, va a predicar los retiros y las adoraciones al Santísimo. ¡Ojalá tuviera yo ese celo por la gloria de Dios y la salvación de los demás!

Pero me preocupa que tantos trabajos le fatiguen y lleguen a alterar su salud que, como usted sabe, nos es tan preciosa a todos nosotros". (**D** 172 - 26 de febrero de1844)

Y esta otra, luego del ataque de apoplejía que Juan María sufrió a fines de 1847, en Guingant:

"Hemos sabido con un vivo dolor que usted estaba enfermo y que se temía que esta enfermedad nos privara de ***un padre a quien amamos más allá de lo que podemos expresar".*** (**D** 172 - 26 de octubre de 1848)

En otro orden de cosas, el hijo espera del padre, el consejo, la respuesta, la solución a los problemas íntimos.

"Hablo a un padre tierno y compasivo, que sólo quiere conocer los males de sus hijos, para darles un inmediato remedio. Si siento la necesidad de sincerarme, nada mejor para quedar aliviado que dirigirme y abrirme en el seno de un padre que ha sacrificado sus descansos, su salud, todas las ventajas de las posiciones elevadas que le han sido ofrecidas.

Sacrifica todo eso para entregarse sin reservas al servicio de sus propios hijos. Estos hijos somos nosotros todos, y después de nosotros, los pobres. Después de todo lo que ha hecho y sigue haciendo por nosotros, nuestro cariño y nuestra confianza en usted deben ser sin medida, por decir, sin límites".

(**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

¿Será posible expresar con mayor profundidad la fuerza, y la realidad de la paternidad espiritual y carismática de Juan María de le Mennais hacia sus Hermanos?

El Hno. Arturo expresa un amor filial que conlleva un alto grado de **confianza**: es una correspondencia recíproca:

¡Sí! Juan María de la Mennais, como buen "padre" se juega a fondo por sus hijos. Pero, éstos, a su vez corresponden con un amor "filial".

b) Un hijo que ansía "ver" a su padre

Estando así las cosas, ¿qué más natural que un hijo quiera ver a su padre?

+ Para expansionarse con él directamente.
+ Para confiarle sus cuitas.
+ Para pedirle sus consejos.

Es lo que el Hno. Arturo dice, repite y ¡hace!

"Es algo muy dulce para mí el entretenerme con usted de esta manera (…escribiéndole). Pero sería mucho más feliz si tuviera el honor de verle y decirle de viva

voz esto que le escribo; pero, ¡ay!, quizás me vea privado de esa dicha, dada la distancia inmensa que me separa de usted y los riesgos de un largo y peligroso viaje. Sin embargo, por más peligroso que me parezca este viaje, estoy y estaré siempre dispuesto a emprenderlo a la menor señal de su voluntad". (**D** 172 – 8 de enero de 1842)

Es curioso cómo nuestro Hermano encuentra la alianza entre dos polos tan distintos. Para él, lo valiente no quita a lo cortés:

"Estoy muy a gusto en las colonias y en ellas quiero morir, trabajando por la salvación de estos pobres criollitos. Pero, aunque esté aquí muy contento, querido Padre, no se me quita el gran deseo de verle a usted y a los otros Hermanos". (**D** 168 – 8 de julio de 1841)

Y es llamativo cómo repite este razonamiento, con las variantes que veremos. Él, que, por otra parte, es tan reacio a volver a Francia por cualquier motivo.

"¡Quién pudiera compartir el Retiro y verlo a usted, ¡oh buen Padre! *y hacer, a sus pies una buena revisión de conciencia*!" (**D** 172 - 11 de agosto de 1843)

Y ya que el deseo no se hace realidad, nada cuesta imaginarlo, soñarlo, cuando detrás está la fuerza del amor, del cariño.

"Ay! Con qué respeto besaría esa mano venerable que tantas veces se ha abierto para bendecirme, *y que abra otra vez esa mano y se eleve de nuevo esa misma mano: que se eleve hacia el cielo, para que desciendan sobre mí abundantes bendiciones.* (**D** 172 - 28 de diciembre de1844)

"¡Cuántas veces me traslado en espíritu, junto a usted, sobre todo en circunstancias difíciles! ***Desde hace mucho, ardo en deseos de verlo y de conversar con usted de viva voz.*** *¡Ay! Tendré que hacer este sacrificio, esperando en paz que me llame".* (**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

Y, habiendo sufrido un resfriado, con algunas complicaciones, nuestro Hermano se torna sentimental y piensa en la muerte. ¿Y si así llegara a suceder y muriera?

¡Sería una lástima, entre otras cosas ¡por no haberlo visto!
(Cf. **D** 172 del 8 de marzo de 1845)

Finalmente, y en el mismo sentido, dice que un Hermano a quien mucho estima, se vuelve a Francia, a pesar de sus esfuerzos para disuadirlo. Pero le envidia por una cosa: que verá al Fundador. (Cf. **D** 172 - del 29 de febrero de 1846)

c) Como buen hijo, "escribe" seguido al Fundador

Ya que no puede ir a verlo, a hablarle directamente, pues hace lo que sí puede hacer: le escribe.

Escribe en forma directa, en cartas, de una o muchas páginas, con profundo contenido. Por ellas pasa todo lo que es la vida de un hombre, la ternura de un hijo, el celo de un apóstol, la dedicación de un educador, el compromiso de un discípulo de Jesús, que se juega por Él. Escuchemos al Hermano mismo que nos aclara cómo y por qué le escribe:

"A cualquier otra persona yo escribiría en forma breve, pero ***el placer que experimento al contarle mis cosas y al explayarme en el seno de un padre tierno y compasivo para con todos sus hijos, en Jesucristo, y sobre todo, con los de Ultramar, es, en parte, la causa por la que le escribo en forma tan prolija****, con el peligro de abusar de su precioso tiempo. ¡Ojalá pudiera decir de viva voz lo que le escribo! ¡Ay! "* (**D** 172 - 28 de diciembre de1844)

Los misioneros menesianos tienen como norma escribir al Fundador cada tres meses. Nuestro Hermano no tiene problema, por ese lado, al contrario.

*"…**No hay placer más grande para mí que el de darle cuenta de mis cosas** y la obligación que nos ha impuesto de escribirle de vez en cuándo es una de las más dulces que se me hayan impuesto".* (**D** 172 - 8 de julio de 1841)

*"Usted pensará, quizás, que ya he olvidado la dulce obligación que usted me ha impuesto de escribirle a menudo. **Dulce obligación, pues nada me es más agradable que el entretenerme con el mejor y el más respetable de los superiores".***
(**D** 172 - 8 de enero de 1842)

Una constatación: por una vez, el Hno.Arturo habla al Fundador como "superior". Caso único a casi. Siempre le llama "padre" o "Padre". Está claro: para el Hno. Arturo, Juan María de la Mennais, como superior es un padre.

Y aunque en múltiples ocasiones le escribe con mayor frecuencia de la prescripta, incluso sin haber recibido respuesta del Fundador, no siempre le es posible:

"Desde hace mucho tiempo tenía la costumbre de escribirle más frecuentemente que cada tres meses. Esta vez, algunas ocupaciones demasiado multiplicadas y una indisposición me lo han impedido". (**D** 172 - 11 de agosto de 1843)

"El tiempo en que debo cumplir una de mis más dulces ocupaciones (…la de escribirle), ha llegado. Me apresuro a cumplir este deber agradable". (**D** 172 - 10 de octubre de 1844)

Las responsabilidades, los contratiempos, el cansancio…, le hacen difícil, a veces, cumplir con esta **"dulce ocupación".** Pero lo hace.

"·Desde hace mucho tiempo deseaba escribirle. Pido a su bondad ordinaria que me excuse si no le he escrito en el tiempo prescripto por la Regla".
(**D** 172 - 9 de noviembre de 1845)

"Cuando llego de mis giras por el campo, donde ha dado el catecismo seis u ocho veces, en lugares diferentes o muy alejados, estoy tan cansado que ni siquiera tengo ánimo para escribirle. Las lluvias y el sol, que no me impiden viajar, contribuyen a cansarme". (**D** 173 - 14 de abril de 1849)

Para escribir al Fundador, el Hno. Arturo tiene que hacer sacrificios…¡y los hace!…

*"Le pido que me excuse, si no le he escrito mejor: no tengo tiempo para rehacerlo o copiarlo: **Me he visto obligado a hacerlo en el tiempo de dormir.** Pronto serán las doce y media de la noche".* (**D** 172 - 3 de mayo del 1842)

*"Aunque para escribirle debo tomar una parte del tiempo de dormir, **y estoy obligado a levantarme, como los demás, al "toque de la campana"** .*
(**D** 172 - 27 de septiembre de 1843)

Sería algo inútil preguntarse qué le escribe al Fundador: lo hemos ido viendo a lo largo de estas páginas; eso sí: podemos decir que ni **el Hermano tiene secretos para con su "padre" espiritual**, ni nada de lo que le preocupa queda fuera de su correspondencia, por mínimo que fuere. Y esta sinceridad llega hasta unos límites que se diría que le es connatural.

Escribir al Fundador, ¿sólo porque la Regla así lo indica? – ¡Sí!, pero es que, además, es el Fundador mismo quien se lo pide, personalmente. ¿O acaso el padre no está ansiando siempre la carta del hijo?

"Continúe, - le escribe al Hno. Arturo ***-, dándonos noticias, y a poder ser con detalles edificantes"***. (**JMLM** – T I, 10 de octubre de 1842)

Las cartas del Hno. Arturo eran comentadas en la comunidad.

Y llegado el tiempo de catequesis a los esclavos, con misión oficial, no sólo le pide…, **le ordena escribir:**

"Me dará cuenta de los resultados y de sus observaciones"
(**JMLM** T II, 22 de julio de 1847)

¡Hay mucho en juego!

El Hermano lo hace con gusto, porque sabe que la otra parte, - su corresponsal, el Fundador-, así lo desea, así lo espera: es, para él una alegría el recibir cartas de sus hijos de ultramar. Así se lo dice al Hno. Arturo:

"La recepción de su carta del 28 de marzo me ha dado la mayor alegría…, y no quiero tardar en decírselo". (**JMLM** T. II – 14 de junio de 1844)

Y por eso, si puede no deja de corresponder cuanto antes. El Fundador, por su parte, no sólo le pide y espera noticias: **él también le da aquellas que sabe le interesan:**

"Los dos jóvenes criollos llegados de la Pointe-à-Pitre a Ploërmel están admirablemente bien" . (**JMLM** T I, 2 de abril de1843)

…¡Serán los primeros Hermanos de las Antillas!

d) Las cartas del Hermano Arturo.

A lo largo del presente trabajo hemos ido viendo la importancia de sus Cartas al Fundador: son como la columna vertebral del relato. Le envió, en total, 46. Más otras tres: dos a los Hermanos Julián y Ambrosio y una al P. Ruault, capellán de la comunidad de Ploërmel; en ellas, sin embargo, el Fundador sigue siendo el protagonista, en el transfondo. Años más tarde, - en 1882 -, escribió otra al Hno. Cipriano, Superior general.

Ellas cubren un período de trece años: desde 1840, año de su llegada a América, hasta 1953, cuando el Fundador, impedido físicamente, dejó la responsabilidad directa de las Misiones al Hno. Ambrosio. Ya lo vimos.

Y en este período de 13 años, no hay uno solo en que no le escribiera, con una media de casi cuatro cartas al año. En 1843 y 1844 fueron siete. Es llamativo que, entre 1848 y 1853, que no ricibió una sola del Fundador, - impedido como consecuencia de un ataque de apoplejía -, nuestro Hermano siguiera igualmente escribiéndole.

Ello le suponía, a veces, no pequeños sacrificios, sea porque, acuciado de trabajo, tenía que hacerlo a altas horas de la noche, - para luego tener que levantarse tempranito -, sea porque lo hacía al regreso de jornadas extenuantes, en su labor de catequista por los campos: ¡hasta sus manos no le respondían para escribir!

Son cartas de calidad, por el fondo, por su contenido, por su extensión. Con escritura clara y muy legible. Transcriptas en formato A 4, la mayoría son de dos páginas, algunas de tres o cuatro, y hasta una, - la última -, de cinco.

En opinión de un estudioso francés, *"las cartas del Hermano Arturo manifiestan una facilidad cierta en el manejo de la lengua francesa, particularmente en las formas gramaticales. Eso sí: esmaltadas con algunas faltas de ortografía. ¿Distracciones?*

¿Cansancio? Sin duda, pero se puede ver en ello, también, la consecuencia de lo breve de su formación inicial y una de las razones por las que prefería la enseñanza puramente oral".

(GOUDY H. L'œuvre pastorale du fr. Arthur, catéchiste à la Martinique au XIX siècle. 1990, pág.23)

Digamos que es lógico, y ya vimos que él mismo lo reconocía. Pero hay que añadir, en honor a la verdad, que en ese lapso de tiempo se nota una notable mejoría en los varios aspectos culturales que en las cartas se manifiestan: él mismo continuó, personalmente su propia formación.

e) El Hno. Arturo "espera, pues, con ilusión", cada carta del Fundador.

Escribe al Fundador, aunque le cueste, y lo hace con mucho gusto. Habla de una "dulce" obligación. ¿Por qué? – Recibir una carta del Fundador es, para él, - y para los otros Hermanos, igualmente – un verdadero regalo, una fiesta.

He aquí cómo lo expresa, agradecido y alborozado. Es una carta del 25 de noviembre de 1840 (**D** 172), como respuesta a la primera recibida del Fundador.

"Hemos recibido sus cartas, que nos han causado un placer más fácil de sentir que de expresar".

Más adelante vuelve sobre el tema, emocionado por otra carta.

"Con una alegría difícil de expresar he recibido su carta*, llena de alientos, signo de su caridad paternal; ¡ojalá pudiera expresar todo el agradecimiento que le debo, por tantas muestras de bondad y de caridad, que no cesa de darme, así como a los otros Hermanos de las Antillas, para los cuales usted parece tener mayor ternura que para los de Francia que, sin embargo, le causan menos penas y preocupaciones que nosotros.* ***No he podido leer sus cartas sin enternecerme".*** (**D** 172 - 30 de mayo de 1843)

Recibir una carta del Padre es una fiesta para todos, una alegría que comparte, leyendo a los otros, puestos a su alrededor, lo que se cree oportuno.

"Ayer tuve el consuelo de recibir su carta del 7 de junio; varios Hermanos que se encontraban allí, en el momento en que me la entregaron, ***la besaron respetuosamente****".*

(**D** 172 – 11 de agosto de 1843)

Recibir una carta es, pues, una alegría; pero, **¿recibir dos seguidas y al mismo tiempo?** ¡Eso es el "no va más" de la satisfacción! Las distancias, la irregularidad de los viajes de los barcos… , producen, a veces, estas agradables sorpresas.

"Me sería difícil expresar el placer que me ha causado la recepción de las dos cartas que he tenido el honor de recibir de usted. A pesar de sus numerosas ocupaciones no deja de escribir dos cartas, una después de otra. ***¿Cómo manifestarle mi agradecimiento por todas estas atenciones y bondades que tiene para conmigo, el menor de sus hijos espirituales?"*** (**D** 172 A167 –septiembre de 1844)

Pero ello tendrá, con el tiempo, un inconveniente: la Congregación aumenta, las ocupaciones del Fundador también. Y, con la edad, llegan las enfermedades y los achaques para él, y ya no puede escribir tanto.

"Le suplico, querido Padre, que tenga la bondad de escribirme: ***sus cartas, sus noticias, sus consejos son, para mí, preciosos, y los guardaré con cuidado".***

(**D** 172 - 8 de enero de 1842

Pasan los años y el Fundador hace cada vez más largos los espacios entre una carta y la otra. Y nuestro Hermano que vuelve a la carga.

"Por favor, oh Padre!, escríbame, si le parece". (**D** 173 - 14 de abril de 1848)

"¡Si usted supiera la pena que siento, al ver que no me escribe! ***A veces estoy tentado a pensar que usted se ha olvidado y que ya no me quiere,*** *o que quizás haya sido calumniado ante usted".* (**D** 173 - 13 de octubre de 1850)

Lo vemos: reaparece un "sí es no es" la susceptibilidad inveterada del bueno del Hermano Arturo. Pero aún es más claro el gran amor, el cariño y la veneración hacia el Fundador.

Por otro lado, las grandes distancias que lo separan del Fundador le impiden tomar conciencia de la gravedad del ataque de apoplejía que este último ha sufrido a fines de 1847 y cuyas consecuencias ya no llegará a superar.

Dos años más tarde, en 1852, en carta al Hno. Ambrosio, por entonces en Ploërmel, vuelve sobre el mismo tema:

"Pídale (al Padre), que tenga la bondad de escribirme. Hace siete años que no me ha escrito. Pídale, suplíquele que tenga la bondad de escribirme y que me dé consejos, sobre todo si el "ínterin" (de su gobierno provisional) deberá prolongarse más". (**D** 173 - 10 de noviembre de 1852)

Realmente, el Hno. Arturo aprecia, desea que el Fundador le escriba. En realidad no son siete los años pasados desde la última carta: son ¡cinco! ¡Se le hacen largos! Hasta se podría pensar en una justificada ansiedad, digamos que "filial".

Pronto verá satisfechos sus deseos, con ocasión de su nombramiento oficial como Director principal de la Martinica. Mientras tanto, vuelve a la carga, en la misma carta al Hno. Ambrosio y hasta le sugiere una solución, ignorando la verdadera razón de ello.

"Si no tiene tiempo, dígale que, al menos, ponga su firma en las cartas que usted me escriba, a fin de que ***pueda besar esta firma, al no poder besar la mano que la pone"****.* (**D** 173 – 10 de noviembre de 1852)

No hay duda del amor profundo, del cariño único y sincero del Hno. Arturo hacia el Fundador. En la misma carta al Hno. Ambrosio, en líneas anteriores había escrito:

"¡Dichoso de usted que puede verlo y hablarle!"

Finalmente, en la carta tantas veces citada del 25 de noviembre de 1852 (**D** 173), y que es la última que poseemos del Hno. Arturo a Juan María de las Mennais, así se expresa con vehemencia:

"Desde que el Hno. Filemón ha muerto, el Padre no nos dice nada, nada nos llega de él".

Y es que, en realidad, en esos momentos, - en 1852 -, al Fundador le era ya casi imposible escribir. El mismo Hno. Ambrosio se lo dirá y aclarará, luego, al Hno. Arturo, desde Ploërmel. Sin embargo, pronto le llegará algo, decíamos.

Incluso, se conservan otras tres cartitas del Fundador a nuestro Hermano, en los años siguientes. Las del Hno. Arturo, en cambio, irán dirigidas al Hno. Ambrosio, en Ploërmel, que quedó en la Casa - Madre, como Asistente general, encargado de las Misiones. De éstas, ninguna se ha conservado.

Pero, a este propósito, hay un momento de particular dramatismo. Veamos…

Es, quizás el trago más doloroso que ha de sorber el Hno. Arturo en toda su vida: cuando ha de asumir la dirección de la Provincia, por decisión compartida del Sr. Obispo y del Sr. Gobernador, por ausencia del titular, el Hno. Ambrosio, y muerte de su suplente, el Hno. Filemón. ¡Y en Ploërmel no saben nada! Y, para peor, por entonces,

ya el Fundador está casi imposibilitado para escribir, por le enfermedad y los años. Bástenos con citar la frase crucial:

"Durante largo tiempo he esperado, de su bondad, una palabra de aliento y de aprobación, y la sigo esperando. Pero nada he recibido aún, sino motivos de dolor y de penas renovadas, por cartas del Hno. Ambrosio, de las que debo darle cuenta.

(**D** 173 – 25 de noviembre de 1852)

Al no recibir ya aquellas famosas y sentidas cartas del Fundador, y en un momento quizás hasta dramático**, ¡el Hermano se siente solo!**

* * * * * * * * * *

Para concluir este tema epistolar entre el Hno. Arturo y Juan María de la Mennais , diremos que el Hno. Arturo guardará cuidadosamente aquellas cartas, como él mismo había dicho a Juan María. Ellas constituyen hoy, un verdadero tesoro para los Hermanos menesianos: en ellas se ven algunos trazos determinantes del carisma que el Señor nos legó, a través de Juan María de la Mennais.

Años más tarde, muerto ya el Fundador, el Hno. Hipólito Morin, Asistente general, pide a los Hermanos, por encargo del Hno. Cipriano, Superior general, que, si no tienen inconveniente, entreguen, para los archivos de la Congregación, las cartas que posean, del Fundador

El Hno. Arturo entrega las suyas: 25. Es uno de los bloques más importantes, por el número, pero aún más por la calidad de su contenido. Lo hemos ido viendo.

* * * * * * * * * *

El escribir al Fundador y el recibir sus cartas, es algo muy importante para nuestro Hermano. Ello es consecuencia del gran cariño y la estima que tiene del Fundador. ¿No habrá, quizás, otras razones, más prácticas o concretas, que de ello deriven, o acaso lo fundamentan? Creemos que sí, desde dos puntos de vista:

+ En razón de lo que el Hermano dice y por qué se lo confía al Fundador;

+ Desde el punto de vista de lo que el Fundador le escribe.

Trataremos de ir viéndolo y explicitándolo con una cierta libertad temática.

3. _El Hermano Arturo "confía" en el Fundador

Unos más que otros, desde luego; pero hay que decir que todos los Hermanos tienen en el Fundador una confianza sin límites, incluso aquellos que un día dejan la Congregación. Muchas razones apuntalan esta afirmación.

+ Él los ha recibido en Ploërmel;
+ ... los ha visto crecer y formarse;
+ ... ha recibido sus primeros Votos;
+ ... les ha dado la primera "obediencia";
+ Y, si es el caso, él los ha enviado a las Misiones

Al mismo Fundador la gusta repetir, **"De cada Hermano podría escribir la biografía".**

Todo esto puede aplicarse al Hermano Arturo. Pero, posiblemente más. Ya vimos cómo, al llegar a Ploërmel queda de tal manera impactado por Juan María que su admiración y apego no se borrarán jamás. He aquí la razón final de sus cartas frecuentes y el ansia de sus respuestas.

¿Qué le dice el Hno. Arturo al Fundador? – En síntesis: todo lo que siente y le sucede: sus preocupaciones y problemas espirituales, y también los otros materiales. Por aquellas cartas pasa toda su problemática personal y su vida entera. El lector de estas líneas lo ha ido viendo. Gracias a ellas podemos escribir la biografía del Hermano, al menos una parte, sin excluir su intimidad. Veámoslo.

a) El Hermano Arturo da su "cuenta de conciencia" al Fundador

En la forma que cree conveniente; así lo hace cada Hermano. Cada tres meses escribe al Fundador. He aquí, en forma sucinta y respetuosa, algo de lo que el Hermano Arturo le confía.

"He hecho una revisión de conciencia desde el último retiro y estoy muy contento. Rezo y medito muy mal. Algunas veces, mi oración y mi meditación son una distracción continua". (**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

"Pida a Dios que me conceda la gracia de poner en ejecución las resoluciones que he tomado, y sobre todo, la de hacer todas mis Comuniones de Regla. Voy a confesarme más a menudo que cada quince días. Y a veces, cada ocho días". (**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

"¡Oh Padre mío" ¡Cuántas cosas tendría que decirle! ¡Cuán aliviado quedaría mi corazón, después de haberle contado mis penas!" (**D** 172 - 30 de junio de 1845)

¿Contar al "padre" las penas, las limitaciones, las lagunas? – Pues lo hace, y de qué manera: ¡con lupa! Uno está llevado a pensar: ¡con exceso!:

"Pida por mí, para que mis defectos y mis imperfecciones no detengan el flujo de sus gracias; no debo ocultarle, ¡oh mi buen Padre!, que, en lugar de enmendarme y de mejorar, soy peor, lo que a veces me hace temblar por mi salvación. Rezo y medito muy mal y a veces mi oración y mi meditación no son más que una distracción continua. Y es lo mismo con los otros ejercicios de regla: en fin, en medio de todas estas miserias espirituales, no puedo hallar otro descanso que abandonarme entre las manos de la divina Misericordia, que hará de mí lo que le plazca". (**D** 172- 8 de febrero de 1843)

Verdaderamente, el Hno. Arturo "confía" y "se confía" al Fundador.

¿Y cuál es la razón final de esta confianza en el Fundador. Hela aquí: es el mismo Hno. Arturo quien nos la ofrece:

"Después ***de todo lo que usted ha hecho y todo lo que hace por mí, nuestro (sic) afecto y nuestra (sic) confianza en usted deben ser sin medida, por no decir sin límites.*** *Y es con esta confianza* ***filial*** *como quiero contarle, no todas mis penas, pues no acabaría nunca, sino las principales.* (**D** 173 – 25 de noviembre de1852)

El problema aparece cuando, por circunstancias múltiples, el Fundador no da señales de vida en momentos particularmente complicados… ¿Por qué? – Se hace un verdadero drama…

Y el momento crucial llega cuando, muere el Hno. Filemón, nombrado Director principal, haciendo la suplencia del Hno. Ambrosio. El Hno. Arturo debe asumir la nueva suplencia, y el Padre no da señales de vida. No olvidemos que por entonces el medio de comunicación más rápido, - y único -, entre los dos continentes es el barco: con buena suerte necesita unos cuatro meses para llevar la respuesta. Y en esta caso, por su importancia, había muchos palos que tocar.

b) Se confía al Fundador

¿Sobre qué? - En toda la gama de actividades de los Hermanos: vida religiosa, salud, apostolado. Todo lo que un superior responsable debe saber para tomar decisiones, orientar, aconsejar. He aquí algunos ejemplos, entre muchos

"Reemplazo aquí al piadoso Hno. Alipio" (como director). (**D** 172 - 8 de enero de 1842)

Luego, le habla de cada Hermano y de sus trabajos y actividades, y sobre las dos escuelas que dirige en la ciudad de San Pedro.

En la carta siguiente, dos meses más tarde, completa la información sobre la organización de su comunidad, puntualizando la de las dos escuelas y añadiendo algunas sugerencias hechas al Hno. Ambrosio. Le da cuenta, con dolor, de la suma enorme que la comunidad debe a la Casa Principal y la reacción de los Hermanos frente a ella

Un año más tarde le presenta una evaluación sobre las dos escuelas y sobre los progresos de los alumnos.

En la carta del 2 de mayo de 1842 (**D** 172), en cambio, le aclara algunos puntos sobre el triste asunto de la cábala del Sr. Evain, cuando él mismo tuvo sus simpatías hacia el capellán intrigante.

"En conciencia me veo obligado a decirle que lo que le dije sobre el Hno. Ambrosio me había sido dicho por algunos Hermanos descontentos, de los que no desconfié bastante, y por el Sr. Evain, que tenía y tiene muchos prejuicios contra el Hno. Ambrosio. Yo creía, entonces, que las cosas eran así, como me las decían. Pero, por lo que veo, había en ello, muchas exageraciones".

Casi un año después, con ocasión del terremoto de la Pointe-à-Pitre, informa rápidamente al Fundador sobre la salud de los Hermanos de esa ciudad:

"Han sufrido, -dice-, *pero no han muerto. ¡Consuélese, Padre".*
(**D** 172 - 15 de febrero de 1843)

También informa al Fundador sobre los aspectos exteriores de la vida espiritual de los Hermanos, como lo pide la Regla; y, sobre todo, de la suya propia: periodicidad de la Comunión, Confesión, etc. (Cf. **D** 172 del 27 de febrero de 1843)

De vez en cuándo, - o muy a menudo -, le expresa sus deseos y ansias apostólicas:

"¡Ojalá pudiera yo dar hasta la última gota de mi sangre por la salvación de estas pobres gentes!... La daría de corazón, si Dios la pidiera de mí".
(**D** 172 - 5 de febrero de 1844)

Y, claro está, da al Fundador, los informes concretos que le pide: número de alumnos de las escuelas, clases de la sociedad, catecismo nocturno, etc.

(Cf. **D** 172 - del 22 de agosto de 1845 y otras...)

Finalmente, y como cosa curiosa, pues es prácticamente el único caso, se queja de un Hermano del que, *por* otro lado, no había ahorrado alabanzas en otras ocasiones:

"Mi buen Padre, lamento el verme obligado a decirle que el Hermano X.X. ha dicho de mí cosas inconvenientes a los sacerdotes de Fuerte San Pedro, lo que mucho me duele. No estoy contento de estas charlatanerías; no es suficientemente piadoso".

(**D** 172 - 22 de septiembre de 1846)

E incluso informa al Fundador de su propia conducta, cuando viene cambiado de comunidad. ¿Cómo autojustificación? O más bien, ¿para tranquilizar a un "padre" con quien no se tiene secretos?

Podríamos continuar hasta el infinito. Nuestro Hermano no tiene secretos con el Fundador y "padre" de su familia religiosa. Las líneas anteriores dan una idea, que creemos suficiente.

Pero es que, además, el Hermano siente que sus informes, sus anotaciones y confidencias son tenidas en cuenta, no caen en saco roto, e incluso son esperados por el Fundador.

"Estoy encatado de que mi carta del mes de marzo le haya gustado y que haya juzgado muy apropiadas mis observaciones sobre la evangelización de los esclavos".

(**D** 172A167 - septiembre de 1844)

Y ello se hace aún más gozoso para el Hermano cuando puede corresponder y satisfacer a una de las teclas más sensibles del Fundador, razón final de la Congregación.

"No ignoraba el deseo que usted tenía de saber si estos pobres esclavos aprovechaban de mis catequesis. Sé muy bien, querido Padre, que usted arde en el deseo de que sean instruidos en nuestra santa religión, que la practiquen y que, en fin, sean santos".

(**D** 173 – 17 de enero de 1848)

4.- ¿Consejero del Fundador?

Llevado de su confianza, el Hno. Arturo no sólo se preocupa de informar a su "Padre" Fundador. Como en toda familia, también los hijos dan sus opiniones, expresan sus deseos y sugerencias, que los padres aceptan, acogen, valoran y en su caso, los siguen, o no. Es lo que hace el Hno. Arturo, con toda sencillez.

a) Le da su opinión

Sobre las condiciones para ser catequista de los esclavos:

"Usted sabe que no todos los Hermanos convienen para estas misiones tan especiales: para ellas se precisarían hombres como los HH. Jacinto, Gerardo, Filemón. Dámaso, Federico, Segismundo. Hombres suficientemente instruidos, muy celosos, de una virtud a toda prueba". (**D** 172 - 11 de agosto de 1843)

"Que estén llenos de un celo ardiente por la gloria Dios, llenos de caridad. En sus catecismos, tengan cuidado de no decir nada que pueda chocar o herir a los amos. Y a los esclavos, consolarlos con bondad. Que quien quiera ser el primero en el Reino de Dios, que sea el servidor de todos". (**D** 172 - 28 de marzo de 1844)

Aunque alguna expresión del Hermano nos pueda parecer una cesión, en relación con la justicia social, en nuestro pensar de hoy, en realidad es una habilidad para mejorar la situación del esclavo. De hecho lo consiguió, como ya vimos.

Le da su opinión sobre un reciente nombramiento, y luego le pide perdón por su atrevimiento.

"Me temo que el Hno. Hervé, - nuevo superior -, no tenga toda la prudencia y la sabiduría del Hno. Federico, tan apreciado por las autoridades de las colonias. Le pido que me excuse si me he tomado la libertad de escribirle estas pequeñas reflexiones".

(**D** 168 – 8 de julio de 1841)

b) Le hace sugerencias

En relación con todo lo que es a la vida de los Hermanos: organización de las clases, práctica de los Votos de religión, alimentos, vino, ropa, calzado.

"Le prevengo de estas cositas, para que hable de ellas, sea en las cartas particulares, o en las generales que pueda dirigir al Hno. Ambrosio. Estos avisos, al venir de usted, serán perfectamente recibidos por todos los Hermanos, los cuales, pese a estas pequeñas cosas, no dejan de ser buenos y cumplir con sus otros deberes.

Será bueno también, prohibir a los Hermanos que tengan ciertos objetos pequeños que se apropian, y a veces, incluso, de dinero. Sus avisos, sobre este tema, como sobre cualquier otra cosa, serán como venidos del cielo.

Perdóneme, Padre, si le doy estos consejillos; en ellos no tengo otra finalidad que la de ser útil a nuestros Hermanos, en orden a sus salvación y a su perfección. (**D** 172 - 27 de septiembre de 1843)

Y, profundizando en su confianza, sus consejos y sugerencias van más lejos, presentando al Fundador una apreciación de la persona de determinados Hermanos, en relación con decisiones de importancia.

"No me parecería oportuno que diera la dirección de un establecimiento al Hno. Marcelino María: es demasiado brusco; sin embardo, da bien la clase"

(**D** 173 - 23 de diciembre de 1843)

Lo valiente no quita lo cortés: nuestro Hno. Arturo, después de hacer gala de realismo, al poner el punto sobre las "íes", tampoco deja malparado al Hermano, haciendo resaltar sus cualidades. Siempre hace así, tanto con los superiores, como con sus Hermanos de comunidad y los otros: **siempre ve, y si hace falta, pone de relieve sus cualidades. Y si la ocasión lo pide, los defiende.**

Igual línea de acción tiene con el Hno. Ambrosio:

"Por favor, no haga ningún reproche a nuestro buen Hno. Ambrosio. Solamente, cuando le dé avisos generales, invítele a reprender a los Hermanos con más caridad y dulzura". (**D** 173 - 24 de febrero de 1846)

He aquí dos temperamentos tan diversos Y, sin embargo, juntos llevaron adelante una gran obra. El Hno. Arturo no habría realizado su épica obra de evangelización de los esclavos si no hubiera sido enviado, por el Hno. Ambrosio, Director principal.

Finalmente, he aquí otra sugerencia. Ésta, sobre el horario escolar en la Pointe-à-Pitre, en los comienzos:

"Usted puede ordenar, querido Padre, que la clase dure el tiempo prescripto por nuestra santa Regla. Estoy persuadido de que se hará con alegría".

(**D** 172A049 - Noviembre de 1840)

Y estas sugerencias no caen en saco roto. Pero Juan María, al mismo tiempo que sabe escuchar y atender, también conserva su libertad al actuar, incluso en relación con sus más directos colaboradores: Hno. Ambrosio, etc. Su horizonte es muy vasto, - recibe información de todos los Hermanos -, y su punto de vista es más completo.

Los Hermanos lo saben.

c) Le insinúa algunos "consejos"

Ya hemos podido ver o intuir algo. La confianza del Hermano Arturo en el Fundador es tan grande, la identificación con su espíritu y sus miras llegan a tanto, que no teme insinuarle algún consejo o regla de acción. Estamos en la realización del doble juego de los términos relativos: paternidad – filiación.

"Los Hermanos han sabido, no sé por qué medio, que habían sido acusados ante usted de relajamiento; eso les duele mucho; he tratado de consolarlos y de persuadirles. Pero es difícil. Le pido, querido. Padre, que tenga la bondad de escribirles usted mismo sobre ese tema y consolarlos, pues es cierto que hay tanta regularidad en nuestros establecimientos de las colonias como en los de Francia, y aún más que en varios".

(**D** 172 - 16 de abril de 1842)

"Sin embargo, le suplico, Padre, que sea indulgente con el Hno. Saturnino, que quizás ha tenido intenciones puras; usted sabe mejor que yo que los Santos han sido, a veces, perseguidos". (**D** 172 - 10 de mayo de 1842)

En esta ocasión, el Hno. Arturo es víctima de su buena fe: el tal Hno. Saturnino, con sus intrigas había sembrado mal espíritu en la Martinica, oponiéndose al Hno. Ambrosio, Director principal. El Fundador se lo aclara. En la respuesta, el Hno. Arturo lo acepta sin más, como ya vimos más arriba.

En ocasiones, las opiniones, los consejos que le da, llegan a tener un cariz, casi perentorio:

"Lo que yo le pido es que me permita continuar esta vida, al menos mientras yo lo pueda hacer; y que reprenda a los Hermanos, que quizás le han escrito que yo tenía demasiado trabajo y que me canso demasiado. Por favor, déjeles que digan y no siga sus consejos, pues quizás tendrían que responder ante Dios de la salvación de las personas a quienes habrían impedido instruirse en nuestra santa religión".

(**D** 172 - 19 de marzo de 1842)

Pasados los años y habiendo tenido el Fundador un bajón en su salud, nuestro Hermano, con la mayor confianza, no teme en darle sus consejitos a ese propósito ¡también, para beneficio propio!

"Padre mío, si me fuera permitido el darle consejos le diría que tome tantos Hermanos como lo juzgue conveniente, para escribir, bajo su dictado, y para que le ayuden, a fin de que el cansancio no abrevie sus días, que nos son tan preciosos".

(**D** 173 - 20 de octubre de 1848)

"Le suplicaría, en el interés de la Congregación y en el de nuestras queridas escuelas de las Antillas, que cuide su salud. Usted podría pedir al buen Padre Ruault, o a algún Hermano de su elección, que escriba lo que usted le dicte. Ello le aliviaría mucho y contribuiría a la conservación de su salud". (**D** 173 - 2 de septiembre de 1849)

Y, ¡oh colmo de la confianza!: para conseguir del Fundador lo que cree justo para la "evangelización" - que envíe más Hermanos -, no teme apoyar su pedido con razones teológicas, ¡dándole, de paso, una lección a ese propósito!:

"E incluso, aunque usted estuviera obligado a hacer sacrificios considerables en favor de esta misión, Dios, siempre fiel, no dejará de derramar grandes bendiciones sobre nuestra congregación". (**D** 172 - 14 de enero de1850)

En realidad, identificado como se siente con el Fundador y su obra, no deja de darle opiniones, sugerencias, consejo, con la mayor confianza; sabiendo, además, que serán bien recibidos, y, quizás, deseados. Pero, al mismo tiempo, ¡se guarda en salud!:

"Perdóneme, querido Padre, si me he permitido decir mi pensamiento, pues usted sabe, mejor que yo, lo que hay que hacer: Usted no tiene necesidad de ninguna manera, de los consejos de nadie, y mucho menos, de los del último de sus hijos!"

D 172 - 28 de marzo de.1844)

Damos un paso más. El Hno. Arturo escribe al Fundador no sólo para que se interese de sus cosas o le resuelva sus problemas. Además, se interesa de los problemas del Fundador. Y, sobre todo, de la persona misma del Fundador, Juan María de la Mennais. Algo ya vimos. Lo profundizamos.

5. El Hermano Arturo reconoce los valores del Fundador

Es cierto que la vocación viene de Dios: es Él quien pone en el fondo del corazón del hombre, en la forma apropiada para cada uno, esa semillita. Pero luego se sirve de los hombres para desarrollarla y llevarla a cumplimiento, con la respuesta del propio elegido.

En repetidas ocasiones hemos hablado del primer encuentro del Hno. Arturo con Juan María de la Menanis: queda prendado de su figura y personalidad. Del "primero" y de los sucesivos encuentros. Debieron ser frecuentes, ya fuera en reuniones a dos, ya en la Confesión: se le ve muy familiarizado con la "cuenta de conciencia". Ya en la Martinica, recordando los tiempos pasados, habla de las "bendiciones" (que dice numerosas), recibidas del Fundador.

a) El Hermano Arturo admira al Fundador

De ello deducimos la admiración que nuestro Hermano siente hacia el Fundador. Admiración que se va acrecentando con el pasar de los años. Y el Hermano no teme expresarla. A los Hermanos, pero también al Fundador mismo. He aquí dos simples ejemplos:

A un Hermano Julián, amigo suyo y que le ha escrito, dándole noticias del Fundador y de la comunidad de Ploërmel:

"No podría expresarle cuánto me he edificado el saber, por su última carta, con qué celo, nuestro respetable Padre, a pesar de su edad y de sus grandes ocupaciones, va a predicar, en los retiros y en las adoraciones. ¡Ojalá tuviera yo ese celo por la gloria de Dios y la salvación de los demás! (**D** 172 - 26 de febrero de 1844)

Y esta otra, al Fundador mismo, reconociéndole como el primer impulsor de la evangelización de los esclavos:

"Yo sé, querido Padre, que usted arde en deseos de que (estos pobres esclavos) sean instruidos en nuestra santa religión, que la practiquen y que, sean todos, santos".
(**D** 173 - 17 de enero de 1848)

A lo largo de estas páginas hemos, podido ver y apreciar la bondad del Fundador, hacia todos sus hijos y especialmente hacia los de las Antillas. Sin embargo no podemos dejar de regalarles un texto por demás significativo, a este propósito:

" Con una alegría difícil de expresar he recibido su carta, llena de alientos, signo de su caridad paternal. ¡Ojalá pudiera yo decirle todo el agradecimiento que le debo por tantas pruebas de bondad y de caridad que no cesa de darme, así como también a los otros Hermanos de las Antillas, hacia los cuales parece mostrar mayor ternura que hacia los de Francia, que, sin embardo, le ocasionan menos penas y pesares que nosotros. Su caridad le hace olvidarse de todo y sólo piensa en prodigarnos consuelos.

No puedo leer su carta sin conmoverme, cuando habla del dolor que ha experimentado al conocer la prueba, -un terremoto -, *sufrida por nuestros Hermanos de la Pointe-à-Pitre; yo mismo participo de su dolor y del de nuestros Hermanos".* (**D** 173 - 30 de mayo de 1843)

Y, hasta tal punto está penetrado de la bondad del Fundador que, en otro texto memorable, explicita los sacrificios que el Fundador se ha impuesto para llevar adelante la obra que el Señor le ha encomendado. No podemos pensar ni en la adulación ni en otras desviaciones intencionales.

"Si yo siento la necesidad de desahogarme, nada puedo hacer mejor, para quedar aliviado, que dirigirme y expansionarme en el seno de un padre que ***ha sacrificado su descanso, su salud, todas las ventajas de las posiciones elevadas que le han sido ofrecidas.*** *Él sacrifica todo eso para entregarse sin reservas al servicio de sus propios hijos: esos hijos somos todos nosotros, y* ***después de nosotros, ¡los pobres****!*
(**D** 173 - 25 de noviembre de1852)

…¡Texto magnífico, con un final monumental! Eso fue Juan María de la Mennais.

Y si hablamos de sinceridad y confianza del Hno. Arturo hacia su "padre" espiritual", como acabamos de ver, prodigándose en los motivos de la misma, también lo muestra en el sentido contrario: ¿No se habrá excedido en esa su sinceridad para con el "padre", yendo más lejos de lo debido? Por ello, y por las dudas: juzga necesario pedirle perdón:

"Le pido perdón, si hubiera en esta carta algo que le ocasionara alguna pena. He creído útil el darle a conocer estas cosas, tal como han sucedido, para ponerle al corriente y así, usted podrá poner remedio". (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

b) El Fundador, como buen "padre" sostiene al Hno. Arturo en sus debilidades.

Puestos a hablar del perdón, más de un lector puede muy bien preguntarse: ¿No habrá habido nubes en el cielo de las relaciones entre el Hno. Arturo y el Fundador? Y el mismo Hno. Arturo, en medio de un apostolado tan empeñativo y casi épico, ¿no habrá tenido algún desliz, alguna falla moral, alguna expresión menos correcta?

Algo hemos dicho de ello, especialmente en lo relativo a sus relaciones con el Hno. Ambrosio. Éste, como Director general de la Martinica, confía al Hno. Arturo grandes responsabilidades y trabajos y, al mismo tiempo le somete a rudas pruebas. Y en un momento le reprocha el no haber obrado con habilidad o con excesiva libertad. En el

tiempo de los grandes éxitos apostólicos del Hermano, no deja de humillarlo, para que no se deje llevar por la vanidad ni el orgullo.

Frente a todo esto creemos que hay una frase del Hno. Arturo, entre otras muchas que podría ilustrarnos el tema:

"Por favor no le riña a nuestro buen Hno. Ambrosio, pues no tiene malas intenciones, ha creído hacer bien. Solamente, cuando usted le dé sus avisos generales, dígale que reprenda a los Hermanos con mucha más caridad y mansedumbre".

(**D** 173 - 24 de febrero de1846)

Y concretando, creemos que nuestro gran misionero tuvo dos puntos en los que pudo y tuvo que ejercitares en la ascesis cristiana consigo mismo.

1.- La Vanidad

Tanto el Fundador, como sobre todo, el Hno. Ambrosio, - decímos -, le ayudan a hacer frente al peligro de la vanidad, del orgullo. El último, quizás de manera contundente. El Fundador, en cambio, que ve cómo el Hermano tiene conciencia del problema y lo asume, prefiere darle motivaciones que lo ayuden. A fuer de repetirnos transcribimos un texto muy significatrivo:

"El agradecimiento que le muestran los negros del Sr. Pécoul muestra bien a las claras su bondad natural y es, para usted la más dulce recompensa humana, ***pero no olvide que Dios le reserva otra y no descuide nada para hacerse digno de ella"****.*

(**JMLM, T II -** 23 de noviembre de 1846)

Es significativo que, después de uno de los ex abruptos del Hno. Ambrosio hacia el Hno. Arturo, éste escribiera al Fundador:

"Como usted dice, he sido demasiado sensible a ***los reproches del Hno. Ambrosio, que me los ha hecho con las mejores intenciones****. Lo mejor es seguir su consejo de olvidarlos y no pensar más que en ir al cielo ".* (**D** 173 - 7 de septiembre de 1846)

Y el Fundador al escribrle y recomendarle la humildad, al mismo tiempo reconoce que ya la está practicando:

"La nube que se había levantado entre el Hno. Ambrosio y usted, ***finalmente se ha disipado. Séale siempre humilde y cordialmente sumiso"****.*

(**JMLM, T II** - 23 de noviembre de 1846)

Y es llamativo que el Hno. Ambrosio repita en formas diversas, una y otra vez, a propósito de la comunidad de San Pedro, de la que el Hno. Arturo es el responsable:

"En San Pedro no puedo cambiar a nadie porque todo va a las mil maravillas".

(**D** 172 – 3 de junio de 1843)

Y, ¡oh maravilla!, no hemos encontrado un solo testimonio, un solo hecho en el que nuestro Hermano evidencie haber sido víctima ni del orgullo, ni de la vanidad. Y hay que decir que el peligro es evidente, luego de tantos éxitos apostólicos, el reconocimiento de las autoridades, la satisfacción de sus Hermanos por todo ello. Su conducta, su trato, siempre sencillo, siempre natural, es el encanto de todos.

Es verdad que, en las grandes ocasiones gusta de llevar sobre el pecho las medallas con las que ha sido reconocida su acción. Pero lo hace, sobre todo, como ya dijimos, para dar gusto a sus Hermanos y a los amigos que se lo piden; e incluso para el honor de la Iglesia. Y las lleva con tanta dignidad, con tanta sencillez, que el hecho se convierte en una fiesta para todos.

2.- La susceptibilidad

Aquí el tema parecería algo más complicado. El Hermano ha de luchar a brazo partido, y no es seguro que sus esfuerzos hayan sido siempre coronados con la victoria, con la simple aceptación de las cosas. Ya lo vimos, incluso ampliamente, al hablar de sus relaciones con el Hno. Ambrosio, en particular con ocasión del nombramiento del nuevo Director General de la Martinica.

Hno. Ambrosio – Hno. Arturo: he aquí dos hombres, dos apóstoles de temperamentos bien distintos, quizás opuestos y con una visión tan diferente de las cosas. Hemos hab lado de ello.

El mismo Fundador, Juan María de la Mennais, hubo de emplearse a fondo para ayudarlos a caminar juntos. Y fue tal su manera de hacer, ora dando tiempo al tiempo, ora actuando de inmediato y con fuerza, pero siempre con gran habilidad y penetración de las cosas y los hechos, con tal tino psicológico, que supo dar a la Iglesia dos religiosos, dos apóstoles de primera categoría.

No es el caso ahora de puntualizar su actuar en relación con el Hno. Ambrosio: lo hizo en los momentos y tiempo oportunos.

En relación con el **Hno**. **Arturo**, la cosa cayó por su propio peso. Nos limitamos a lo esencial y más significativo.

Abrimos el tema con una frase del Hno. Arturo: ella puede dar sentido al resto de su actuar y a sus palabras, por más que podrían parecer contradictorias.

"...Nuestro buen Hno. Ambrosio, que hace lo mejor que puede y desearía mucho aliviarme si lo pudiera; pero no puede hacer de otra manera".

(**D** 172 - 5 de noviembre de1844)

Pero, veamos algunos hechos o momentos puntuales.

Siendo el Hno. Arturo Director de la escuela de Fuerte San Pedro, por encargo del Hno. Ambrosio, lleva adelante unos trámites. Con la mejor buena voluntad y según su mejor saber. No le gusta al Hno. Ambrosio su forma de llevarlo adelante y no ahorra ni medios ni ocasiones para recriminárselo, y en forma muy viril. El Hno. Arturo trata en vano de dar sus explicaciones y manifestarle su malestar.

Y los hechos se repiten, con ocasión o sin ella, para concluir con esta contundente apreciación final del Director principal: **"Nuestro Hermano es muy susceptible".**

Frente a ello el Hno. Arturo no encuentra otro refugio y válvula de escape que explayarse con el Fundador:

"El Hno. Ambrosio ha tenido razón al reñirme: recuerdo que usted ha prohibido escribir a nadie, en Francia, sin que usted vea las cartas". (**D** 173 - 24 de febrero de 1846)

O esta otra:

"En adelante prefiero pasar por culpable que justificarme ante el Hno. Ambrosio que, en lugar de excusarme, me abruma. Nunca había tenido tantas penas como desde hace un año". (**D** 173 - 5 de mayo de 1846)

Y ésta: *"El Hno. Ambrosio me ha sometido a grandes pruebas, por su manera de actuar conmigo".* (**D** 172 – 25 de noviembre de 1852)

Para concluir con esta protesta, la de un buen religioso:

"Espero obedecerle (…al Hno. Isaac, si fuere nombrado Directior principal) *con el mismo respeto con el que lo he hecho al Hno. Ambrosio, al cual no me recuerdo haber desobedecido nunca, en toda mi vida. Si él es justo, como yo creo, se lo dirá".*

(**D** 172 – 25 de noviembre de 1852)

El Fundador le acompaña con sus consejos y sugerencias, como ya vimos al hablar de la vanidad – humildad.

Pero, pasa el tiempo, las circunstancias difieren y se agudizan determinadas situaciones.

"El buen Hno. Ambrosio, que me acusa de ser tan susceptible, se equivoca. Si lo hubiera sido tanto como dice, hace mucho tiempo que le habría pedido el billete (de regreso a Francia), y no se lo he pedido. Sin embargo, las pruebas no me han faltado".

(**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Efectivamente, los acontecimientos importantes se suceden para ambos. El Hno. Ambrosio regresa a Francia y se hace cargo de la alta dirección de los Hermanos de las Misiones, como Asistente general. El Hno. Arturo pasa a ser Superior principal de la Martinica. Las relaciones entre ambos son obligadas. Alguna chispa puede saltar. No se conserva ninguna carta de ambos. Pero sí una del Fundador al Hno. Arturo, como eco de una que el Hno. Arturo escribe al Hno. Ambrosio y que, finalmente no llega a destino, al ser suprimida por el Fundador. De aquélla extractamos:

"Evidentemente se le ha subido a la cabeza y se ha exaltado. Usted ha atribuido al Hno. Ambrosio errores imaginarios e intenciones que nunca ha tenido. Manténgase en guardia contra una disposición de espíritu tan triste. No entro en explicaciones que serían demasiado largas, si hubiera que responder a cada una de sus quejas. Debe bastarle el saber de mí que no son fundadas y que no quiero que, en adelante, se ocupe de ello.

(**JMLM** T. II - 26 de noviembre de 1853)

Al lado de esta paternal reprimenda del Fundador, ponemos un texto de la última carta del Hno. Arturo al Fundador. Ya lo hemos insertado en su momento, pero creemos conveniente reponerlo.

Nuestro Hermano tiene conciencia de su problema: lo reconoce y lo lamenta:

"He aquí, querido Padre, lo que creo tener que escribirle. Usted verá, de nuevo, a un hombre susceptible, como le gusta repetir al Hno. Ambrosio en su última carta; pero cuya susceptibilidad no logrará sacarle de su deber y de sus obligaciones, aunque esta susceptibilidad pueda hacer caer, quizás, la caridad que debe al Hno. Ambrosio".

(**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

* * * * * * * * * *

Pasan cinco años y el Hno. Ambrosio fallece en Ploërmel, dejando su nombre unido al del primer Provincial de la Congregación y al hábil y decidido iniciador de las Misiones en la Congregación.

Mientras tanto, y por treinta años, el Hno. Arturo lleva con mano segura la dirección de la Martinica, querido y hasta venerado por todos.

En todo ello, hay un "alguien" que ha tenido una importancia decisiva: **Juan María de la Mennais, con su buen hacer y con sus cartas**. Todos los Hermanos, y nuestro Misionero martinicano como el que más, lo reconocen. Es propio de un corazón agradecido reconocer la ayuda recibida. En el Hno. Arturo y sus Hermanos de Congregación, la cosa adquiere, incluso, tintes más pronunciados, por cuanto saben los

sacrificios, las renuncias, etc. que Juan María de la Menanis se ha impuesto, para llevar adelante la obra que Dios le ha inspirado.

Nuestro Hermano no tiene empacho en expresárselo:

"Nada hay más agradable para mí que tratar con el mejor y más respetable de los superiores, en una palabra, ***con alguien que sacrifica su descanso, su tranquilidad y su vida por el bien de la Congregación de la que tengo el honor de ser miembro y por el de la Iglesia****".* (**D** 172 - 8 de enero de 1842)

c) El Hno. Arturo es un hijo agradecido

Ya tocamos el tema en ocasiones. He aquí algunas muestras más. Habría tantas…

"No sabría cómo expresarle el agradecimiento que le debo, por todas las atenciones y bondades que tiene para conmigo, el menor de sus hijos espirituales".
(**D** 172A167 - septiembre de 1844)

"He recibido una cartita que usted ha tenido la bondad de enviarme. Le agradezco el que no deje de acordarse de mí". (**D** 173 - agosto de 1947)

Los textos que podríamos añadir serían innumerables. Bástenos uno que podría ser el resumen:

"¿Cómo podría agradecer sus bondades para conmigo? A pesar de sus numerosas ocupaciones, no deja de ocuparse de mí, que soy el más débil y el último de sus hijos ¡Que Dios le dé, querido Padre, los consuelos que usted me da. Para mí, sería muy difícil pagarle todo lo que le debo; no puedo hacer otra cosa, para testimoniarle mi agradecimiento que pedirle a Dios, en mis pobres oraciones, que conserve por largos años su preciosa salud". (**D** 172 - 2 de Agosto de1845)

d) Felicita al Fundador y lo hace de corazón

Es lo propio de un corazón sensible, bueno y agradecido. De todo ello, el Hno. Arturo sobreabunda. Nos limitamos a copiar algunas más significativas.

"Aprovecho el descanso que me ofrecen las vacaciones para ofrecerle mis felicitaciones. ¡Ojalá pudiera hacerlo de viva voz! ¡Oh, nuestro Padre amado! Pero, siendo imposible, me traslado en espíritu junto a usted y le deseo mil y mil bendiciones
(**D** 172 - 31 de diciembre de1841)

"Tenía la intención de escribirle para primeros de año y ofrecerle mis mejores deseos y mis votos de feliz año, que son más sinceros y más amplios de lo que podría expresar".
(**D** 172 - febrero de 1843)

Al año siguiente su felicitación es mucho más profunda…

"Creería comenzar mal este nuevo año si no le ofreciera mis felicitaciones; recíbalas, pues, mi querido Padre y créame si le digo que ***son mucho más amplias de lo que podría expresar.*** *¿Podría limitar, sin ser ingrato, mis felicitaciones y mis buenos deseos, a un padre tan cariñoso que se da tanto trabajo por nosotros? ¡Que Dios le devuelva todo el bien que usted me hace! Sólo Él le puede recompensar como usted se lo merece".* (**D** 172 - enero de 1844)

"Quería, sobre todo, ofrecerle mis felicitaciones. Pero una desgraciada enfermedad ha venido a tomar una parte del tiempo que me quedaba" . (**D** 172 31 de enero de 1847)

e) Se interesa por su salud.

Del Hno. Arturo se conserva un par de cartas a otros tantos Hermanos, además de las escritas al Fundador, durante su vida. Es curioso que en la que escribe a uno de ellos, - el Hno. Julián -, como ya insinuamos, sobresale su preocupación por el Fundador, su salud y sus cosas. He aquí una frase: pone de relieve, en primer lugar, el celo apostólico del Fundador; luego añade:

"… Únicamente, que tantos trabajos le cansan y alteran su salud que, como usted sabe, ***nos es tan preciosa a todos****".* (**D** 172 - 26 de febrero de 1844)

Pero esta preocupación es muy explícita en las cartas mismas al Fundador:

"Me sería muy difícil expresar la alegría que me ha causado la llegada de nuestros buenos Hermanos que nos han dado noticias de su salud. Cuando usted nos escribe, no nos habla nunca (de su salud); sin duda para ahorrarnos la pena que tendríamos si supiéramos que está enfermo". (**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

Y, cuando a fines del año 1847 Juan María sufre un ataque de apoplejía, en el que se llega a temer por su vida, las palabras del Hno. Arturo adquieren un tono dramático, con tintes de dolor, de esperanza, de recomendación. En fin: se trasluce en ellas un amor profundo hacia el Padre.

"Hemos sabido con dolor que ha estado usted muy enfermo y a las puertas de la muerte. Puede pensar cuál habrá sido nuestra pena y nuestra inquietud; pero la carta del respetable P. Ruault ha venido, al fin, a calmar nuestras inquietudes, al decirnos que estaba usted curado, o al menos, fuera de peligro. Nos damos cuenta de la pérdida que sería, para nosotros, si tuviéramos la desgracia de perderlo.

Nos han dicho que su enfermedad era la consecuencia de un exceso de trabajo. ¡Por favor, mi querido Padre! Cuide un poco más su salud. Su vida es preciosa para sus hijos, que le aman y que tienen necesidad, siempre, de su buen Padre, sobre todo, los de las colonias". (**D** 173 - 20 de febrero de 1848)

Pasan los años, y la preocupación por el Fundador y su salud se mantienen vivas. He aquí la carta al Hno. Ambrosio,- ya, en Ploërmel -, que sintetiza esta preocupación:

"Hemos sabido, con una dicha que no se puede expresar, que nuestro excelente Padre está mejor que nunca. ¡Bendito y alabado sea el Señor! Vemos que Dios escucha las oraciones que le hacemos sin cesar, por la conservación de este buen Padre que Él nos ha dado". (**D** 173 – 10 de noviembre de 1852)

6. Amor compartido, amor abierto

A lo largo de estas páginas, especialmente de las últimas, hemos ido viendo quién era Juan María de la Mennais para el Hno. Arturo: **no era un padre natural, ni sólo un padre espiritual. Se diría que, para él era un "padre"… diferente:** Un padre "**carismático",** diríamos nosotros, por expresarlo de alguna manera.

Pero tampoco el Hermano se consideraba como un hijo "único", monopolizador del amor de ese padre "carismático". El Hno. Arturo se veía como un hijo, entre otros hijos, sus hermanos, los Hermanos "menesianos": percibía y sentía que el Padre Fundador, Juan María de la Mennais, ni sólo le quería a él, ni sólo él quería al Padre. Junto a él y

con él estaban los otros Hermanos, hijos del mismo "padre", y formando juntos la familia menesiana.

Creemos que la frase que pusimos como apertura de este tema puede sintetizar bien la calidad del amor del Hno. Arturo hacia el Padre fundador:

"¡Oh, nuestro Padre amado!"
(**D** 172 - 31 de diciembre de 1841)

Por eso, los Hermanos, todos los Hermanos: de su comunidad de San Pedro, de la Martinica, de las Colonias, de Francia, para el Hno. Arturo, son sus hermanos. Serían muchos los textos de sus cartas en los que manifiesta este su amor hacia el Padre, compartido con sus Hermanos y por todos considerado como el "Padre".

"Usted no ignora, padre, la estima, el afecto que le tienen sus hijos de las Antillas, y particularmente el que tiene el honor de trazar estas líneas"
(**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

*"Ay! ¡Con qué respeto besaría yo esa mano respetable, que tantas veces se ha abierto para bendecirme! ¡**Ojalá se abra de nuevo esa mano y que de nuevo se eleve esa mano hacia el cielo, para que de él haga caer sobre mí abundantes bendiciones, así como también sobre todos nuestros Hermanos de las Antillas** y sobre aquellos a quienes estamos encargados de anunciar la buena nueva!".* (**D** 172-28 de Diciembre de1844)

A lo largo de las anteriores páginas hemos podido ver cómo él los quiere como hermanos: lo expresa, lo vive, los excusa, sale en su defensa. Es la otra apertura, la propia de una familia. Y sabe darles gusto, hasta para llevar sobre el pecho sus condecoraciones: se las pone cuando se lo piden o cuando sabe que esperan verle con ellas.

Y sus Hermanos, todos le quieren, decíamos: los Hermanos se preocupan de él, de él están orgullosos. He ahí por qué su memoria ha quedado en la historia del Instituto de forma indeleble, en veneración.

Una pequeña anécdota puede sintetizar todo esto.

Al terminar su visita a Francia, - la sola que hizo en 53 y años, -, y ya en el puerto de embarque, el Hermano Arturo va acompañado de un "equipo" de doce Hermanos, nuevos misioneros. Unos van a la Martinica, otros a la Guadalupe…

A su pedido, luce sobre el pecho las condecoraciones. ¡Hay que ver a esos Hermanos en su derredor, acompañándole! Varios curiosos desean informarse del porqué de las condecoraciones, tan raras en un religioso.

Y allí están nuestros noveles misioneros explicando a porfía, el porqué y el para qué de tales condecoraciones.

7. *"Los religiosos, ¿ se reúnen sin conocerse?"* - Juan María, punto de referencia de la voluntad de Dios

Frente a la triple afirmación de Voltaire, "Los religiosos se reúnen sin conocerse, viven sin amarse, mueren sin llorarse", y habiendo ya visto y considerado las dos últimas afirmaciones, ¿qué podríamos decir de la primera,**"se juntan sin conocerse",** en referencia a nuestro Hermano Arturo?

Dios, dando prueba de su confianza en la criatura racional que él mismo ha creado,

-el hombre-, actúa valiéndose de los otros hombrse, sea en el plano natural como también en el sobrenatural.

Para llevar adelante su designio salvífico inaugurado por su Hijo Jesús, ha querido servirse de los hombres para llevarlo adelante. Elige a hombres que son **"referentes",** en los diversos campos de su obra salvadora y para la extensión de su Reino. A ellos se van juntando otros hombres, atraídos por la fuerza catalizadora de las propuestas que el Señor, por medio de aquéllos, va desplegando.

Así se va realizando el plan de la Providencia de Dios para el que no escatima el apoyo de su gracia.

Es algo que vemos tan claramente en el joven Julián, luego Hermano Arturo.

Aconsejado por su párroco, se dirige a Ploërmel; se encuentra con Juan María de la Mennais. Queda subyugado por su propuesta y su personalidad. Se une a otros jóvenes que, como él, sienten la fuerza del ideal que se les propone.

Deciden seguirlo y, juntos, forman la nueva familia, la familia "menesiana". Juan María es su "padre".

Y es así cómo, sin conocerse previamente, es verdad, -como sucede en toda empresa humana -, llegan a comprenderse e integrase alrededor del mismo ideal de vida.

Es lo que palpita en la vida del Hno. Arturo, incluso y más, cuando se ve separado y lejos de su "padre"·, Juan María, y de los nuevos hermanos que ha encontrado en sus primeros años, en Ploërmel. Por eso no deja de mandarles, en las cartas, encendidos saludos y cariños. Ya lo vimos.

8.- El Hermano Arturo se siente seguro, porque se sabe acompañado por alguien que le quiere y de él se interesa

Podría ser una primera conclusión, derivada de todo lo visto.

Algo que en la retina de sus ojos queda fijo para los Hermanos que salen hacia las Misiones, es la ***despedida*** al partir. Primero, **la ceremonia en la capilla de Ploërmel**, ante toda la comunidad. Luego, **el "adiós" al misionero,** junto a la Cruz que aún hoy existe y lo rememora, más allá de la cual ya no se ve la torre-campanario de la Casa-Madre de Ploërmel. Finalmente, **en el puerto de embarque**, generalmente Brest.

Pero, por encima de todo, y no sólo en los ojos y en la mente, también en el corazón, queda **el abrazo último que el Fundador da a cada misionero**, a poder ser en el puerto mismo de embarque: es la despedida de un padre que ve partir a sus hijos hacia tierras lejanas, pero con una sublime misión: la que él mismo ha recibido de Dios: **"Dar a conocer, hacer amar a Jesucristo",** por los niños y jóvenes del mundo, y en este caso, por los negritos de las Antillas.

Ya lo vimos, en su momento, y en forma explícita en nuestro Hno. Arturo.

Pero ello no queda allí: es verdad que los misioneros se alejan físicamente, pero también lo es que quedan, y en forma muy sentida, en el corazón del Fundador, el "Padre" Juan María de la Mennais. Y hacia ellos se dirige muy a menudo su pensamiento, sus preocupaciones, sus ilusiones. He aquí cómo se lo dice a todos ellos, en una carta colectiva, cuando ya le es, materialmente imposible, escribir a cada uno:

"Mi pensamiento va hacia vosotros, mis queridos hijos, hacia esas tierras lejanas que regáis con vuestros sudores y que, con la ayuda de Dios, tratáis de arrancar del

poder de las tinieblas. Con solicitud paternal os acompaño en cada uno de vuestros pasos en esta gloriosa peregrinación". (**JMLM** – T II**,** 15 de enero de 1856)

a) Juan María de la Mennais apoya a sus Misioneros

… Cada misionero se siente apoyado, acompañado por el Fundador, por su amor y cariño, por su preocupación y sus cartas, mientras puede.

Y, ¿qué decir, en este sentido, de nuestro Hermano Arturo? – El mismo nos lo va a contar. Como siempre, lo deduciremos de su correspondencia.

No ha pasado un año desde su llegada a las Antillas y recibe del Fundador la primera carta; en ella le reconforta y anima, frente a las dificultades encontradas y a la oposición de quienes no quieren saber nada de la educación cristiana. Y más: le indica cómo deben afrontar la oposición encontrada:

"En primer lugar, quiero tranquilizarles sobre el`porvenir de su establecimiento: estén seguros de que, cualquiera que sea la mala voluntad de algunas personas, ni su escuela ni ninguna otra serán destruidas. ***Pueden contrariarles, pero no tienen que temer:*** *estoy de ello completamente seguro.*

En cuanto a usted, sea muy moderado en sus quejas, aunque sean justas: no hiera, no irrite a ninguno de sus enemigos y trate de vencer por la paciencia".

(**D** 172 - 16 de junio de 1840)

El Hermano le agradece sus palabras y orientaciones, actúa según ellas. Y las cosas se van arreglando.

Pasan los años y las dificultades son de otro tipo: surgen algunos problemas con su superior, el Hno. Ambrosio. Nuestro Hermano se los expone con toda sencillez. No nos ha quedado la respuesta del Fundador al respecto, pero sí el comentario del Hno. Arturo:

"Me sería muy difícil expresarle el placer que me ha causado la cartita que ha tenido la bondad de escribirme. Como usted mismo dice, he sido excesivamente sensible a los reproches del Hno. Ambrosio, que me los hace con las mejores intenciones. Lo mejor es seguir su consejo, que es: olvidar esos reproches y no pensar más que en el cielo".

(**D** 172 - 7 de septiembre de 1846)

Pero el Fundador ve lejos y teme por la virtud de nuestro Hermano, al constatar sus éxitos apostólicos. No deja de ponerle en guardia:

"(Los éxitos apostólicos) De entre todas las recompensas humanas, ésa es la más dulce: pero no olvide que Dios le reserva otra y no descuide nada para hacerse digno de ella". (**JMLM** – T II, 23 de Noviembre de 1846)

Y añade unas palabras, manifestando su alegría porque la nube surgida entre él y el Hno. Ambrosio es ha disipado.

De esa forma seguirá guiando el Fundador a nuestro Hermano en su peregrinar apostólico.

b) Los escucha y atiende

Pero el Hno. Arturo, no sólo se siente acompañado, en su caminar como misionero y religioso. Es que, además, ve que sus observaciones, sugerencias y pedidos no caen en saco roto: el Fundador, en la medida de sus posibilidades, los escucha y atiende. Nuestro Hermano se lo agradece entusiasmado:

"Estoy encantado por el hecho de que mi carta del mes de marzo, le ha causado placer y porque ha juzgado que mis observaciones eran justas, a propósito de la instrucción a los esclavos. He sabido también, con una alegría muy viva, que, sin tardar, vamos a recibir un

refuerzo de Hermanos. Así, el número de nuestros establecimientos, al fin, va a aumentar. Bendito y alabado sea Dios, porque en su misericordia mira con bondad y compasión a estos queridos criollos que tienen tanta necesidad de un socorro espiritual".

(**D** 172 A167 – ¿septiembre? de 1844)

En otro orden de cosas, más personal, más íntimo, el Fundador también escucha y resuelve los problemas; el Hermano, puntualmente se lo agradece:

"Sí, querido Padre en adelante quedaré tranquilo, pues no dudo que el buen Hno. Bernardo va a hacerlo, ya que usted se lo ha encargado. No sé cómo testimoniarle todo el agradecimiento que le debo, por todos los servicios que me ha prestado y por los que continuamente me presta". (**D** 172 - 22 de agosto de 1845)

Y, en estas condiciones, ¿qué otra cosa puede desear un buen hijo sino el dar gusto a su padre, augurándole buenas noticias?

"...Deseo sinceramente que ésta y todas las que tenga el honor de escribirle, le sean igualmente agradables". (**D** 172 - 10 de octubre de 1844)

c) Juan María se informa por medio de nuestro Hermano

Así, pues, no es de extrañar que sea el mismo Fundador quien le pida informes. A ello, el Hermano Arturo da pronta y cumplida respuesta:

"Me apresuro a darle los informes que usted desea, en relación con nuestros alumnos, que son siempre muy numerosos, frente al pequeño número de Hermanos".

(**D** 172 - 22 de agosto de 1845)

Y añade algunos datos que ya hemos citado en otro lugar.

Tiempo después, y siendo ya nombrado catequista de los esclavos, con misión oficial, el Hermano trata de informar al Fundador:

"Me pide detalles sobre mi nueva misión, querido Padre. Se los daré un poco más adelante, pues en este momento estoy agobiado por el dolor y el trabajo".

(**D** 172 - agosto de 1842)

Los problemas de salud, por un lado, - tuvo que ser hospitalizado -, y la nueva misión de catequista de los esclavos a tiempo pleno, hacen que casi ni pueda respirar, y tampoco escribir. Debe esperar más de medio año. En las vacaciones de verano se encuentra un tiempito para poder cumplir con los deseos de Juan María.

"No ignoraba su deseo de saber si estos pobres esclavos aprovechaban de mis catequesis. Yo sé, querido Padre, que usted arde en deseos de que sean instruidos en nuestra santa religión". (**D** 172 - 17 de enero de 1848)

Y escribe, luego, una de las cartas más hermosas y documentadas sobre la evangelización de los esclavos. Hemos ido dando cuenta de ella.

d) Juan María se preocupa por sus misioneros

Ya desde antes de su salida de Ploërmel, les informa sobre su nuevo campo de apostolado, receptando sus inquietudes, proporcionándoles lo necesario: ajuar y otras materiales. Los acompaña hasta el puerto, y si la espera no es tan larga, despidiéndoles en el mismo barco.

Se informa de su llegada y adaptación. Les ayuda con sus consejos. No deja de hacerles sugerencias para su trabajo, descanso, salud, vida religiosa.

Todo ello, en forma sistemática, que adquiere puntos de mayor intensidad, según las circunstancias.

Se encarga de hacerles sus encargos y mandados, también en relación con la familia de cada uno. Aprovecha de esas ocasiones para darles noticias de ellos.

Esta preocupación es más intensa en momentos de terremotos, epidemias. Y, cuando la salud de un Hermano corre serio peligro le proporciona los medios para regresar a Ploëmel, para recuperarla. Bástenos algún ejemplo preciso y significativo, relacionado con nuestro Hermano Arturo. Pero el atento lector lo habrá podido ver a lo largo de este trabajo.
Las cartas son el medio apropiado y digamos que casi único para ello.

A propósito del terremoto que asoló a los ciudades de la Basse-Terre y la Pointe-à-Pitre, en la isla Guadalupe el 8 de febrero de 1843, el Hno. Arturo, ese mismo día le informa y algún tiempo después tranquiliza su gran preocupación:

"Consuélese, querido Padre: la Providencia ha cuidado a sus queridos hijos de las Antillas; si desde que están aquí no ha dejado de dar pruebas de su protección particular, ¿podría abandonarlos en esta circunstancia tan crítica? El coraje de sus hijos, lejos de disminuir, parece haber aumentado. Ninguno habla de volver a Francia".
(**D** 172 - 30 de mayo de 1843)

Y esta otra, en relación con la salud del Hno. Arturo. Nuestro Hermano se carga de trabajo, en parte por su celo y en parte para beneficio de sus cohermanos. He aquí las palabras del Fundador

*"Sin embargo, me temo que se fatigue demasiado **y le recomiendo de la manera más expresa** que no agote sus fuerzas. Tienen que compartir el trabajo entre todos ustedes, de manera que el peso no recaiga sobre uno solo, y que nadie tenga cada día más de seis horas de clase. El clima no permite más". ".* (**JMLM** - T I, 2 de junio de1842)

Y finalmente, algo sobre las relaciones no tan fáciles entre los dos grandes apóstoles, HH. Ambrosio y Arturo: el Fundador hubo de actuar en dos frentes. Era mucho lo que se jugaba. He aquí cómo lo trata con el héroe de nuestra historia, en carta del 23 de noviembre de 1846 (**D** 173). Ya lo vimos…

"La nube que había surgido entre el Hno. Ambrosio y usted, ha desaparecido, felizmente: sea, para con él, siempre, humilde y cordialmente sumiso. Ustedes dos van a tener, juntos, relaciones más frecuentes, ya que él está encargado especialmente, de la administración de nuestros establecimientos de la Martinica: es para usted una ventaja que no dudo sabrá apreciar" (**JMLM, T II** - 23 de noviembre de 1846)

e) Como buen padre, los corrige…, si hace falta

Siempre con tacto y delicadeza, cuando el caso lo requiere, con fuerza.
A menudo, por medio de avisos que, en opinión del Hno. Arturo, eran siempre bien recibidos y hasta deseados.

En el caso de nuestro Hermano, no ha sido fácil encontrar reproches como tales del Padre. Lo hace en casos rarísimos, pero con una orden perentoria. No tenemos los detalles de cada caso.

En uno de los que conocemos, se trata de una escuela agrícola que el gobierno local desea abrir por medio de los Hermanos, y parece que de forma insistente. Ya vimos el caso de otra, como experiencia: terminó en un desastre He aquí las palabras del Padre:

"Le ordeno de forma expresa que no prometa nada a la administración colonial, ni decida nada sobre este punto, sin que yo lo arregle de antemano, con el Ministro. Me reservo este asunto y si le presionan, responda que usted no tiene el derecho ni el poder de hacerlo.

Tenga cuidado de no dejarse llevar por su celo, ni siquiera para el bien".

(**JMLM** T.II, 8 de febrero de 1853)

Otro caso, quizás más complejo, algún año más tarde y del que hablamos más arriba.

No debió ser fácil para los Hermanos de la Martinica el paso de un sistema de gobierno más bien rígido y fuerte, - el del Hno. Ambrosio -, al del Hno. Arturo, muy humano y acogedor por temperamento. Algunos lo pudieron resentir y otros, ¡aprovecharlo! La reprimenda puede ser un eco. Es lo que algunos piensan.

El Fundador, muy hábilmente, comienza anunciándole el envío de ocho Hermanos, cosa que alegrará grandemente al Hermano. Para luego añadir:

"Pero, me es doloroso el tener que lamentar varios abusos de los que ya le he hablado en mi última carta. Las quejas que le he comunicado son graves; es hora de prestarles atención y que eso se termine. Los desórdenes de los que le he hablado me han sido señalados desde la Colonia misma".

Y, como para quitarle hierro al asunto, añade:

"Nadie pone en duda su celo y su bondad para con los enfermos".

(**JMLM** T.II, 6 de abril de 1858)

¿Qué decir de ello? No nos ha llegado ningún eco ni si tuvo alguna consecuencia.

Quizás el mismo Juan María de la Mennais había previsto esta posibilidad cuando, al hacer el nombramiento del Hermano como Director principal, le mandaba un mensaje en el que le decía, entre otras cosas:

"…Sobre todo, rece mucho y ***mantenga la regla con firmeza en todos sus puntos*** *y particularmente en el que prohíbe el beber ningún licor espiritoso entre las comidas. Me temo que la enfermedad no haya sido un pretexto para relajarse, cuando debería haber sido un motivo para ser más fervorosos y más observantes que nunca".*

(**JMLM** T II, 27 de enero de 1853)

Sabemos que el Hno. Arturo tuvo muy en cuenta estas indicaciones de su fundador y "padre": cada año, en el retiro anual, y también en sus visitas regulares a las comunidades, dedicaba el tiempo de sus conferencias para explicar la Regla e insistir en su observancia. E incluso: hay textos del mismo Hno. Arturo sugiriendo al Fundador que hiciera lo pertinente para que la Regla fuera observada. He aquí uno muy significativo:

" Aquí, más que en Francia, tenemos que temer por el lujo en los muebles y también en la camida, si el director particular no es firme: perderemos insensiblemente el espíritu de pobreza tan recomendado por nuestra Santa Regla y practicado por los Santos; aunque, a causa del clima haya que conceder algunas cosas; pero tenemos que temer ir demasiado lejos en este punto.

Los pobres Hermanos directores se ven obligados a ceder. Ya he hablado de esto con el Hno. Ambrosio, y él mismo se duele de ello, pero no se atreve a tocar esta cuerda. Le toca a usted, querido Padre, retomar este tema en sus cartas. Entonces, el Hno. Ambrosio tendrá más coraje para afrontarlo". (**D** 172 – 27 de septiembre de 1843)

Pensamos que aqueullo no pudo ser sino una nube pasajera.

Y tenemos la contraprueba: la perseverancia de los Hermanos de la Martinica en los años en que nuestro Hermano fue Director Principal fue de un 72 %: una cifra no alcanzada, entonces, ni siquiera por los Hermanos de Francia. Hoy nos parecería inaudita. (Cf. **D** 169.10.010 – fr. Louis Balanant)

Queremos señalar que el otro caso que podríamos citar en este tema ya lo hemos tratado, al hablar de la "susceptibilidad" de nuestro Hermano. A ese apartado remitimos al diligente lector.

f) Se sacrifica por ellos y los ayuda con sus cartas

Para acompañar a los Hermanos en su dura y, a la par, sublime misión, para atenderlos e informarse de ellos, Juan María debe escribirles, a todos y especialmente a los misioneros de las Antillas: sabe que esperan sus cartas, que serán recibidas como agua de mayo y aceptadas sus indicaciones. Los mismos Hermanos así se lo hacen sentir. Nuestro Hno. Arturo no se queda atrás:

"Le suplico, querido Padre, que tenga la bondad de escribirme; sus cartas y sus avisos son, para mí, algo precioso y ***las guardaré con cuidado****".* (**D** 172 – 8 de enero de 1842)

¿Guardar, conservar las cartas del "Padre"? Nos han quedado 21 cartas de Juan María al Hno. Arturo. ¿Le escribió alguna más? Creemos que no, pues tuvo el coraje de legarnos alguna en que el Padre le echa un rapapolvos: diríamos que le deja menos bien ¿o quizás mal? Todo sumado, le honra.

La primera carta, en 1840 es respuesta a la que el Hermano le había escrito a su llegada a las Antillas. Luego, hasta 1847, recibió, cada año, una, dos y hasta tres cartas, con un total de quince. A fines de ese año el Fundador sufre un congestión cerebral, que le hace difícil esa actividad.

Después, hay que esperar al año 1853, en el que le envía dos cartas, con ocasión de su nombramiento como Director principal. Y en los años sucesivos, el Hno. Arturo recibirá otras tres, por montivos puntuales, en su responsabilidad de gobierno.

¿Qué le dice el Fundador al Hno. Arturo en sus cartas?

Lo hemos ido viendo: todo lo que interesa al Hermano en su vida espiritual, la salud, su relación con los Hermanos, también como superior, y especialmente como responsable de la Provincia, su apostolado, noticias de la Cngregación…

Y si el Padre no teme expresarle su aprecio y alientos por la labor que realiza y sus éxitos, tampoco le tiembla el pulso cuando le insinúa lo que tiene que mejorar. Bástennos dos ejemplos siginifcativos:

"Las noticias de su escuela de San Pedro son siempre consoladoras: con usted doy gracias a Dios por todo el bien que se hace". (**JMLM II**, 4 de diciembre de 1845)

"Opóngase siempre a todo lo que pueda turbar la paz y debilitar el espíritu de obediencia". (**JMLM I**, 10 de octubre de 1842)

Para cerrar este tema, hacemos una acotación a propósito de sus **despedidas,** en las cartas. Se piensa, se dice que son algo rutinario, de oficio, consuetudinario. ¿Siempre? Veámoslo:

El Padre termina generalmente así: *"¡Adiós, mi querido hijo!",* y más frecuentemente: "*Te abrazo tiernamente*". A menudo añade: *"De corazón",* o bien, *"con un corazón de padre".* Alguna vez: *"muy tiernamente"* o *"a tu servicio".* Y para darle más contenido, alguna rara vez: *"Sed todos santos".* En una ocasión*: "Estad seguros del afecto con el cual soy…"*

…Y, para concluir, esta otra, al nombrarle Director Principal: ***"Rogad por vuestro viejo Padre que se preocupa de todos vosotros y que tanto os quiere, aunque os escriba poco. ¡Ay! Sus fuerzas declinan y todo le anuncia que pronto llegará el final para él".***

(**JMLM** T. II, 27 de enero de 1853)

El Hno. Arturo nunca dudó **del amor que le tenía el "padre" Fundador.**

* * * * * * * * * *

¿Qué son estas cartas para el Hermano? – Recibe cada una de ellas con una explosión de alegría. ¿Y cuando recibe dos a la vez?… Por otro lado, **le dan seguridad.** Con un inconveniente: es una tarea que se va haciendo cada vez más pesada para el Fundador: aumenta el número de Hermanos, toma vuelo la Congregación, que se va extendiendo por el mundo y diversificando sus obras. Tampoco los años pasan en vano.. las cartas se van espaciando o no se reciben más. Ya lo vimos. Así lo entienden los Hermanos mismos.

Hacemos, a este propósito, un inciso:

El Hº. Louis Balanant, hizo en su momento una recopilación de las cartas y documentos personales enviados por el Fundador a los Hermanos. Juntó en total: 1688, distribuidos en dos gruesos volúmenes. Se había calculado y creído que en un solo día había llegado a escribir 16 cartas. Hasta que leímos en una carta del mismo Juan María a su amigo, el P. Rualt, capellán de Ploërmel:

"He aquí mi 24 ª. carta en este día". (**C. G.** T. IV - 17 de febrero de 1842)

El Fundador se había retirado ese día a la casa de campo "La Chesnaie", para escribir a sus misioneros y a otros.

De suerte que nos han quedado cartas a 525 Hermanos diferentes: de algunos, una sola; pero ¿de otros? - A causa del lugar estratégico en que se encontraba o de la responsabilidad que ostentaba…, de los Hermanos Lorenzo y Ambrosio nos han quedado ¡más de 200 cartas a cada uno!

Y entonces, ¡todo se escribía a mano!

9.- El Hermano Arturo, confidente del Fundador

Hemos ido viendo la confianza plena del Hno. Arturo en el Fundador. Pero éste, por su parte, también él, confía sus sentimientos más íntimos al misionero:

Un terremoto azota la Guadalupe, en 1843, con especial intensidad en la capital, la Basse Terre. Allí hay una comunidad de Hermanos. El Hno. Arturo le comunica enseguida al Fundador lo que ha sabido, de oídas. Éste le dice su inquietud, esperando las noticias que le debe enviar el Hno. Ambrosio, "in situ":

"No quedaré traquilo hasta que el Hno. Ambrosio me haya escrito… Se dará usted cuante da la dolorosa impaciencia con la que espero de él algunas líneas: ***es justamente en esas circunstancias cuando uno desearía franquear las distancias y cuando un padre desearía estar en medio de sus pobres hijos.*** *Espero que Dios mismo sostendrá su coraje y derramará en el fondo de sus corazones sus consuelos y su fuerza: pido ardientemente a Dios esta gracia para todos ustedes".*

No es más que un botón de muestra. Pero en todas sus cartas se expresa con la misma confianza: se siente identificado y comprendido por su misionero de las Antillas.

* * * * * * * * * *

Nuestro Hno. Arturo, - ya lo vimos -, desea ardientemente una cartita, algo, del Fundador. Pero reconoce que no le debe ser fácil. Por ello, su agradecimiento va en aumento, sobre todo si, a pesar de los pesares, el Fundador le da señales de vida en forma personal. Ya vimos una cita muy significativa al hablar de los méritos y valores del Fundador. Hela aquí:

"Nada me es tan agradable como el comunicarme con el mejor y el más respetable de los superiores, en una palabra, con aquel que sacrifica su descanso, su tranquilidad y su vida, por el bien de la Congregación, de la que tengo el honor de ser miembro, y por el de la Iglesia". (**D** 172 - 8 de enero de 1842)

Y esta otra, no menos insinuante:

"Después de todo lo que ha hecho y todo lo que sigue haciendo por nosotros, nuestro afecto y nuestra confianza en usted deben ser sin medida, por no decir sin límites".
(**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

Pero el afecto, la confianza del Hno. Arturo en su Fundador, no se quedan en el mundo de las ideas: es algo que él vive con intensidad. Y lo manifiesta en la calidad de sus relaciones con él. Es lo que vamos a ver en el siguiente apartado.

10.- Calidad de las relaciones del Hno. Arturo con su "Padre Fundador"

Si hay algo que sobresale, de forma generalizada, en la correspondencia de nuestro Hermano con su "Padre Fundador" es el respeto con que le trata; un respeto que se trasunta en su lenguaje, en sus palabras, siempre atentas, siempre delicadas. Y ello, a pesar de que no siempre le es fácil: el cansancio, los problemas, las contrariedades..., pesan en el ánimo mejor templado.

a) Hermano respetuoso

Durante cinco años, el Hermano Arturo es Director de la escuela de Fuerte San Pedro; tiene, además, una clase de más de cien alumnos; da un catecismo nocturno. Los jueves sale a evangelizar a los esclavos. Una tarea, diríamos, casi imposible. Nuestro Hermano comunica esa situación al Fundador; con insistencia, pero sin perder la calma.

"Me atrevo a esperar que su caridad y bondad para conmigo, tendrá en cuenta mi posición y mi cansancio, y que dará las órdenes para que tenga un (Hermano) más. Pero sólo lo deseo en cuanto y tanto ello sea agradable a nuestro buen Hermano Ambrosio, que hace lo mejor que puede, y que desearía mucho aliviarme, si lo pudiera. Pero no puede hacer otra cosa". (**D** 172 - 5 de febrero de 1844)

b) Que sabe excusar

Y si las cosas siguen sin rodar como él desea, trata de comprender la situación del Fundador y lo excusa. Siempre en el mismo tema candente de la ayuda en personal, que desea y que no llega. He aquí cómo expresa sus sentimientos al Fundador.

"...No puedo expresarle la pena que siento al ver que nuestros Hermanos no se deciden a dar el nombre, para venir aquí, donde hay tanto bien que hacer. ***Me temo, excelente Padre, fatigarle al hablarle de las necesidades que aquí sentimos, de un mayor número de Hermanos, sabiendo, además, que le es imposible hacer de otra forma****".* (**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

c) Aunque puede impacientarse

He aquí un primer caso en el que nuestro Hermano se desahoga con el Fundador, aunque el causante de su enojo fuera el Hno. Ambrosio. ¿Por qué?

Entre los Hermanos de la comunidad de San Pedro está un tal Hno. Claro, que hace buena labor: da bien la clase, también el Catecismo nocturno y hasta suple al Hno. Arturo, a veces, en las catequesis a los jóvenes y a los esclavos.

Y, hete aquí que el Hno. Ambrosio decide mandarlo a la otra escuela, a Mouillage; lo suple por otro Hermano, - el Hno. Focas -, recién llegado de Francia. Para peor, nunca ha dado clase, ni mucho menos puede ayudarle en las otras actividades. Nuestro Hno. Arturo trata de iniciarlo, y lo logra con éxito, en la labor escolar; sí, pero, ¿y el resto? Se queja, pues, al Fundador, y de rebote, le dice:

¡Aquí, como en Francia, los cambios hacen, a menudo, más mal que bien!"

(**D** 172 - 8 de marzo de 1845)

Su temperamento lleva al Hno. Arturo, a veces, a ser susceptible, y algo rudo en su transparencia con el Fundador. He aquí la respuesta de éste:

"…Sea tal Hermanos o tal otro el que le den, no se inquiete y deje al Director general perfectamemte libre en su elección. Sé, por experiencia, cuán importante es, para el bien general, que éste se coloque por encima da toda consideración particular. Los Hermanos que él le dé serán los que Dios mismo le da y tendrán gracia para hacer el bien en su establecimiento!" (**JMLM** T. I, 14 de abril de1847)

Hijo de obediencia, el Hno. Arturo se pone a la labor y, con la buena voluntad del uno, la ayuda del otro, y el empeño de ambos, el Hno . Focas llega a ser un famoso y recordado misionero.

Pero el Hno. Arturo no deja de pedir perdón, por si se hubiera excedido…

(Cf. **JMLM** T. II, agosto de 1847; 25 de noviembre de 1852, etc.)

d) Y que cumple la voluntad de su superior

Y no sólo en las grandes empresas o acciones importantes. También en las cosas pequeñas. Un solo botón de muestra.

Durante muchos años, desde los tiempos del Fundador, los Hermanos deben hacer pasar sus cartas y también recibirlas de las manos del superior respectivo. En varias ocasiones hemos hablado de una carta que nuestro misionero envía a un amigo suyo, el Hno. Julián. Las circunstancias le obligan a mandársela directamente al destinatario. Pone, al final, esta apostilla:

"Muéstresela (al Padre), pues desea ver todas nuestras cartas, por razones que debo respetar". (**D** 172 - 26 de febrero de 1844)

e) Sabiendo obedecer, incluso allí donde hay que quemarse

Así le sucede al Hermano Arturo, con ocasión de la cábala del Sr.Evain, contra el Director principal, Hno. Ambrosio.

La cosa se pone tan intrincada que casi todos los Hermanos son víctima de la intriga. Pero, cuando providencialmente llegan las órdenes del Fundador, el Hno. Arturo sabe ponerse en el orden de la obediencia. He aquí cómo se lo comenta a Juan María:

"Me creo obligado en conciencia, a decirle que lo que dije sobre el Hno. Ambrosio me había sido dicho por algunos Hermanos descontentos, de quienes no desconfié lo suficiente, y por el P. Evain, que estaba y está lleno de prejuicios contra el Hno. Ambrosio. Creía, entonces, que las cosas eran tales como me las contaban, pero, según lo que veo, había en ellos, muchas exageraciones".

"He querido quedarme al margen de su bribonada; pero, pese a todos mis esfuerzos, no he podido evitarlo y me he comprometido; pues es imposible estar bien con los dos (bandos) y el paso que dimos el otro día, es decir cuando hemos obrado siguiendo los

avisos que usted nos daba en una de sus cartas al Sr. Evain, de la que nos hemos procurado una copia fiel, nos hemos atraído la desgracia de dicho Sr.Evain, que quería apropiarse, a cualquier precio, la autoridad del Hno. Ambrosio..." (**D** 172 - 3 de mayo de 1842)

Añadimos una acotación, a propósito de este tema, sobre el que, en su momento hemos hablado extensamente; así queda más de relieve el valor de la anterior frase del Hno. Arturo: se jugó a fondo, y al actuar así arrastró a una parte importante de los Hermanos de la Martinica, volviéndoles al buen camino, al de la obediencia.

En otro orden de cosas, y ya en el campo de la suspirada evangelización de los esclavos, sabe también quedarse en el molde y esperar el momento de la Providencia, más allá de su propio deseo y de su celo:

"Desde hace muchos años sueño con el feliz día en que vea a estos queridos negros instruidos en nuestra santa Religión; pero, como usted dice, hay que esperar con paciencia el momento señalado por la Providencia y no precipitar nada, y obrar en todo con sabiduría y prudencia". (**D**172A167 - septiembrede 1844)

11.- El Hno. Arturo, un misionero que espera el éxito de su apostolado de la ayuda de Dios, impetrada por las oraciones de su "Padre" Fundador

Es algo que se ha ido viendo repetidamente a lo largo de estas páginas. Muchas citas y pruebas de ello podríamos añadir. Nos contentaremos con algunas poquitas, que nos parecen más significativas. La primera coincide con el comienzo de la catequesis a los esclavos y el primer desarrollo del catecismo nocturno.

"Me encomiendo a sus buenas oraciones, a las del Padre Ruault y a las de todos nuestros Hermanos de Francia. Le encomiendo también a estas buenas gentes que vienen al catecismo de noche. Pida que Dios les toque el corazón; hacen progresos en el catecismo, algo que llama la atención a su edad, pues casi todos son muy mayores".

(**D** 172 - 4 de mayo de 1843)

La labor apostólica va tomando mayor incremento y el Hno. Arturo se ve impotente ante la inmensidad de la labor. ¿Qué hacer?

"No tengo otro socorro que el que me obtengan sus buenas oraciones: *las que su caridad dirigirá sin cesar a Dios, para obtenerme la fuerza y el valor que necesito para cumplir mis deberes, con un renovado celo y un nuevo fervor. Le confieso que, en un cierto momento, a lo largo del último año, ambas cosas me han abandonado, sobre todo la fuerza: a veces estaba tan fatigado y tan abatido que apenas podía caminar y hablar al final de la clase; y, sin embargo, tenía que dar todavía mi catecismo nocturno".*

(**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

Esta necesidad que el Hermano siente de la ayuda de oraciones, no lo es sólo en relación con su apostolado. También y sobre todo, por su propia vida espiritual:

"¿Cómo las podría practicar (las virtudes de su estado), si usted no me asiste con sus buenas oraciones? Cuando ofrezca el Santo Sacrificio de la Misa, piense en mí, en el "Memento" de los vivos". (**D** 172 - 31 de enero de1847)

Y, cuando está a punto de emprender su obra evangelizadora entre los esclavos, a tiempo completo, no deja de encomendársela al Fundador:

"Pida a Dios que supla mis falencias. Sólo puedo ofrecerle mi buena voluntad, determinada a hacerlo todo, a sufrirlo todo, por la gloria de Dios y la salvación del prójimo. Sólo de Dios esperamos el éxito, y lo ponemos todo en sus manos, sólo El puede cambiar las corazones y hacer, incluso, más de lo que podemos esperar". (**D** 172 - 9 de junio de 1847)

Pero, las oraciones del Hno. Arturo no son sólo de petición. Igualmente invita al Fundador a unirse a su acción de gracias al Señor:

"¡Mi querido Padre! Agradezcamos a Dios por la asistencia que ha querido darme desde que me ha llamado a esta obra sublime; siga pidiendo para que me asista hasta el final y para que hable fuertemente al corazón de estos pobres esclavos"

(**D** 172 - agosto de 1847)

Creemos que estos testimonios que muestran su confianza en la gracia divina y en las oraciones de "Padre" Fundador son suficientemente elocuentes. Terminamos con otro que podría ser, en cierto sentido, la síntesis de todos. Era ya hacia el final de su apostolado directo entre los esclavos.

"Padre mío, le suplico que rece por mí de manera muy particular, a fin de que Dios bendiga mis trabajos, convirtiendo a todos los que escuchen mis catecismos y para que me llene de amor hacia El, y de celo por su gloria y la salvación del prójimo. Que aniquile en mí el sucio orgullo y este amor propio que ciega y que estropearía mi labor. Pida a Dios que me dé una profunda humildad, el amor a la cruz, a los sufrimientos, a las humillaciones".

(**D** 173 - 20 de enero de 1852)

12.- El Hno. Arturo, ¿otro Juan María de la Mennais, en las Antillas?

A lo largo de las anteriores páginas ha martilleado en nuestra mente, una idea: ¿Cómo habría actuado Juan María de la Mennais si hubiera misionado en las Antillas? ¿No habrá sido, justamente, nuestro Hermano como un La Mennais redivivo en la Martinica?

Así lo expresa el historiador del Fundador, Laveille:

"En este hombre tan humilde, tan valiente, tan desprendido de sí mismo, tan preocupado por sacrificarse por los demás (el Hno. Arturo), veremos el retrato verdadero del Fundador y el tipo más acabado del Hermano misionero". (Laveille, o.c. pág. 273)

Hay una carta curiosa del Hno. Arturo a otro Hermano de Francia; de él hemos hablado varias veces: del Hno. Julián. Era uno de los Hermanos más en vista en los primeros tiempos y muy cercano al Fundador. Y es llamativo cómo, en su carta, el tema dominante no es lo relacionado con los dos Hermanos, sino más bien el Fundador mismo. Ya lo vimos por otros motivos. He aquí una de las tantas frases a él referidas:

"No podría expresarle cuán edificados hemos quedado, al saber, por su última carta, con qué celo, nuestro respetable Padre, a pesar de su edad y de sus muchas ocupaciones, va a predicar retiros y "adoraciones". ¡Ojalá tuviera yo ese celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas! Pero sólo temo que tanto trabajo le fatigue y altere su preciosa salud que, como usted sabe, nos es tan preciosa a todos nosotros".

(**D** 172 – Carta al Hno. Julián, el 26 de febrero de 1844)

No podemos dejar de transponer estos conceptos y aplicarlos al Hno. Arturo mismo… ¿No le caen acaso, de manera justa y apropiada?

En efecto: es **el mismo Juan María** quien emplea un lenguaje semejante en relación con nuestro héroe. He aquí dos botones de muestra, uno sobre la organización de la escuela, el otro sobre el celo de nuestro Hermano:

+ ***"No sabría alabarle demasiado****, por el orden que ha puesto en su establecimiento "*

+ *"**Admiro su celo** en la clase de la tarde, de cuya extrema importancia puedo juzgar mejor que nadie.* (**JMLM** Tomo I - 2 de junio de 1842)

Y esta identificación con el celo del Fundador no lo es menos en sus ideas. Todos vemos expresado el carisma menesiano en esta frase del Fundador al ministro de Educación Villemain: ***"Mis escuelas han sido fundadas para dar a conocer y hacer amar a Jesucristo"***. Nuestro Hermano la hace suya en varias ocasiones y la repite;

denota, así, que en él es como el motor que le empuja a actuar. He aquí una muestra, pidiendo más ayuda de Hermanos al Fundador…: la labor se acumulaba:

"Debo darle gracias (a Dios), bendecirlo y esperar con más confianza que me dará las fuerzas necesarias para instruir a los que me envía en su misericordia, para ***enseñarles a conocerle y a amarle".*** (**D** 172 - 28 de diciembre de 1844)

Y si esa su compenetración con el Fundador le lleva a identificarse con él en su vida de religioso y de misionero educador, ¿qué más natural que desee ver a una persona a la que se ama? ¿Y qué mayor dolor que tener que morir sin verle? – Es lo que le sucede al Hno. Arturo por el año 1845, aquejado de algunas dolencias, víctima de su celo.

"En fin, si he de morir dentro de poco, moriré con varios pesares: primero, por no haber hecho todo el bien que hubiera debido hacer; por haberlo hecho, a menudo, tan mal; en fin, ***por no haberle visto a usted".***

* * * * * * * * * *

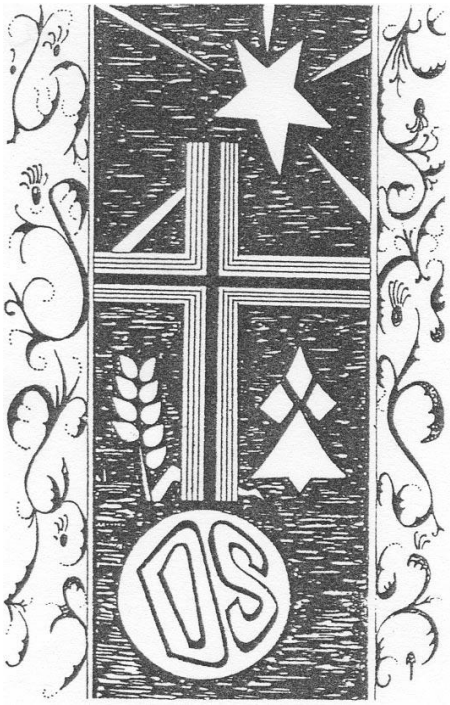
¿Qué más añadir en relación con el amor, el respeto filial, la veneración, del Hno. Arturo hacia el Fundador, - a quien siempre llama su "Padre"-, sino confirmar la veracidad de las palabras con las que abrimos este capítulo**: "No hubo nunca un hijo que haya amado, respetado, venerado a su padre, como el Hno. Arturo"**: son las palabras del Hno. Evergildo, secretario durante largos años, del mismo Hno. Arturo.

Y**, para Juan María de la Mennais, ¿qué son sus Hermanos?, ¿qué es el Hermano Arturo?, ¿los quiere? ¿los ama?**

Como respuesta, he aquí el final de la carta que escribe personalmente al Hermano Arturo cuando le nombra Director principal de la Martinica. Se la envía a él, para que se lo comunique a los demás Hermanos:

"Rezad por vuestro viejo padre, que se ocupa tanto de todos vosotros y que tanto os quiere, aunque os escriba poco. ¡Ay! Las fuerzas declinan y todo le anuncia que el final llegará pronto para él". (**D** 173 - 27.de enero de 1853)

No hay duda: Juan María de la Mennais, misionero en la retaguardia se siente realizado en sus misioneros de la vanguardia. **¿Y en quién más que en el Hno. Arturo?**



Capítulo 54

La vida del Hno. Arturo en una palabra, una frase

Ya terminando este trabajo, podríamos preguntarnos: en medio de todo este cúmulo de actividades y de responsabilidades, de dificutades y alegrías, de actos heroicos no exentos de limitaciones humanas, ¿habrá algo que venga a gala inmediatamente y sintetice la vida del Hermano Arturo? Y pensando y pensando…

A uno le viene a la mente enseguida el entusiamo con el que nuestro misionero dice "sí" al Señor.

Y con qué prontitud responde al Fundador cuando propone la misión en las Antillas.

No es menor la fuerza con la que se dedica a "dar a conocer a Jesús y hacerlo amar", primero en Francia, y luego entre los negritos de su clase y escuela.

Pero su entusiasmo aumenta al establecer el catecismo de adultos, cada tarde, en la misma escuela: a él acuden también los esclavos.

Y, ¿qué decir de su dedicación para catequizar a los esclavos en su mismas "habitaciones"? *"Daría la vida, si así lo quisiera el Señor",* dice.

Y ese su entusiasmo no tiene límites cuando recibe la misión de ser catequista de los esclavos de forma oficial y a tiempo pleno.

Con el mismo entusiasmo acepta, por "obediencia", el ir a pacificarlos, con peligro de su vida.

Y, ¿acaso no pone todo su entusiasmo para vivir en armonía con sus Hermanos, a los que ama y por los que es amado?

Vivir su consagración religiosa, teniendo el voto de Obediencias como fulcro, es su obsesión.

Y cuando, contra su voluntad debe asumir la responsabilidad de dirigir la provincia, superado el primer impacto, lo lleva adelante con tal entusiamso que debe hacerlo por un período de 31 años.

Hasta que, por obra de las logias masónicas, debe abandonar la Martinica. Es recibido por sus Hermanos de la Guadalupe. Asumida la nueva situación, acepta las nuevas tareas con el mismo entusiasmo y a ellas se dedica con ardor juvenil.

¿Acaso es menor su empeño, tratando de catequizar a los niños del barrio y acompañando con su oración a las gentes del lugar?

Finalmente, ese entusiasmo no decae hasta que el Señor lo llama, luego de 53 años a su servicio en las Antillas, sirviendo a los hombres, sus hermanos.

¿Una palabra que identifique al Hno. Arturo? – **Entusiasmo.**

¿Una frase? – **Entusiasmo en el servicio de Dios y al servicio de los hombres.**

¿Y por qué todo ello? – Porque **ama a los hombres por Dios.**

¿El Hermano Arturo? – **Un hombre entusiasmado en el servicio de Dios, y al servicio de los hombres, porque los ama.**

CONCLUSIÓN

¿El Hermano Arturo, ¿ santo ?

1.- Fama de santidad

- **El apostolado variado que realiza en la clase, en el catecismo nocturno con los adultos, en "las habitaciones" con los esclavos.**
- **La propia vida personal que transparenta fe, amor al Señor, devoción a la Virgen.**
- **El espíritu de sacrifico con el que afronta las mayores dificultades.**
- **El trato delicado con sus Hermanos, con los alumnos, con las familias, con los esclavos, con los amos.**
- **La delicadeza de conciencia, su mirada pura.**

...Todo da a entender que el Hno. Arturo se ha jugado enteramente por Dios; que la divisa "Dios sólo" no es para él una frase, es su vida, su respiración.

Vimos en su momento lo que los Hermanos pensaban de él. Lo completamos con algunos testimonios más significativos. Uno, del Hno Isaac, con quien compartió luego, ciertas responsabilidades en la dirección de los Hermanos.

*"He tenido el gusto de pasar una docena de días con el **santo** Hermano Arturo; ese tiempo, que me ha parecido muy corto ha sido para mi corazón más dulce que la miel al paladar. Este Hermano me ha rogado a menudo que le haga a usted una descripción exacta de su misión actual; se lo he prometido, aunque ahora no puedo realizar mi promesa".* (**D** 173 – Hno. Isaac 26 de junio de1852)

Otro, del Hno. Philemón, compañero de comunidad y de apostolado durante seis años en San Pedro:

"Nuestro Hermano Arturo es una santo varón y un hombre muy precioso para la misión de la que está encargado". (**D** 173 – Carta al Fundador del 24 de marzo de 1850)

Basta verle de rodillas, delante del altar, o caminando por las calles, desgranando su rosario, para quedar persuadidos de su profunda piedad. Sólo el verlo, ya impresiona fuertemente. Un librepensador, viéndole pasar ante su puerta, exclama:

"Si éste fuera sacerdote, ¡yo iría mañana a confesarme con él!".

Y, cuando deciden la laicización de las escuela cristiana, tratando de cubrir el féretro de flores, votan para el Hno. Arturo una pensión vitalicia, como Director principal. Ell Hermano no la acepta. Y es con ocasión de este voto cuando el diputado Dóproge, en su discurso pronuncia estas palabras:

"Yo no he conocido nunca, en mi vida, un hombre más amable y más digno de estima, que el Hermano Arturo..."

(EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Arthur* », Vannes, 1932. Pág. 90)

En el año 1892, - año de la muerte del Hno. Arturo -, el "Diario de los Masones", recordando los "altos méritos" del laicismo, se ve obligado a reconocer, quizás a su pesar, los méritos de la obra educativa de los Hermanos, tratando, claro está, de basurearla, para quedar mejor. Pero concluye así:

"Además, en el momento en que se pensó en remplazarlos, tenían a la cabeza de su Instituto en la isla, ***a un anciano de una bondad de alma perfecta, de una bondad exquisita, caritativo y amigo de todos, que había educado a una gran parte de nuestros jóvenes de entonces. Golpear a esa Orden era golpear al Hermano Arturo, y eso costaba hasta a los más decididos.***

De ahí, una constante, que se acrecienta: su fama de **"santo".** Así lo ven todas las clases de la sociedad.

Ello hace nacer en los corazones tal confianza que la gente viene, ya en vida, en forma masiva, a pedirle novenas. Y esta fama, ya grande en la Martinica, se acrecienta, incluso, durante los nueve últimos años, en la Guadalupe. Aquí es conocido, no tanto por sus gestas heroicas, cuanto por la sencillez de su vida, entregada al servicio de Dios y de los demás.

Su fama se va extendiendo pronto por la ciudad, la Basse-Terre. Y vienen a pedirle oraciones de todas partes, las mujeres devotas y la gente del pueblo, ciertamente, pero también personas de todas las clases sociales de la región, e incluso las más calificadas.

Los que vienen por primera vez o le conocen menos, quieren ofrecerle dinero por sus novenas. Lo rechaza, claro está, pero, para que comprendan y acepten su negativa, en ocasiones en que la insistencia se hace pesada, dice que sus **"pobres"** oraciones no valen nada; que la novena sólo tendrá eficacia si es gratuita; que a Dios no se lo compra con dinero.

Pero, pone una condición, un óvolo: **que los interesados hagan la novena con él, que unan sus oraciones a las suyas, tan pobres, tan impotentes en sí mismas.** Esta condición es aceptada de muy buena gana. Y es para él, así, una forma de hacer apostolado.

Y este apostolado lo completa, - aprovechando la ocasión - para instruir a esas personas en la necesidad de la oración, sus ventajas, la manera de hacerla, y mostrándoles que Dios escucha una oración bien hecha, aunque no sea siempre de la manera que nosotros esperábamos.

¿Y qué intenciones le encomiendan? – Toda clase de necesidades: las novenas giran, muy a menudo, alrededor de alguna adversidad, en una u otra de sus mil posibles formas. Ello es, para el Hno. Arturo, una ocasión más para profundizar su acción apostólica, dando excelentes lecciones sobre el valor del sufrimiento, aceptado cristianamente, la manera de hacer girar hacia el bien los males de la vida. Y, como lo dice con una convicción tan profunda, con una palabra que brota como de una fuente pura y tranquila, llena de unción, la gente se retira consolada, convencida y llena de admiración por su caridad, animada, además, a aceptar la voluntad de Dios.

Todos los que sufren alguna pena recurren a él. Y esta solicitud repetida, esta confianza universal, han hecho pensar que muchos favores recibidos han sido obtenidos de Dios por su intercesión.

La capilla del hospicio cercano de Tilbac podría decir cuántos paquetes de velas y de botellas de aceite se quemaron ante el Santísimo Sacramento, como agradecimiento por los favores recibidos, luego de recurrir a sus oraciones. ¡Aquellas oraciones y novenas muestran que no habían sido inútiles!

El Hno. Arturo no hace visitas sin una finalidad concreta, ni pierde el tiempo en charlas inútiles, de comadres. Pero, por más ocupado que esté, nunca deja de atender a quienes vienen a pedirle el recurso de sus oraciones, sin distinción de rango o condición. ¿Quién podrá decir el bien que ha realizado por este apostolado, obscuro y secreto, que ejerce hasta la muerte? – Sólo Dios lo sabe.

Y, al morir, ¡cuántos no hacen tocar sus rosarios, medallas u otros objetos a los restos mortales del Hermano!

...Su memoria ha quedado en veneración.

2.- Heroicidad de las virtudes

Es un paso previo en el proceso para la proclamación de la Beatificación de un Siervo de Dios: la Iglesia, por medio del Papa, reconoce que el siervo de Dios en cuestión ha vivido y practicado las virtudes cristianas, -teologales y morales -, en forma heroica.

Creemos que nuestros lectores lo han podido apreciar en todo el relato, especialmente en la Quinta PARTE**: "EL HERMANO ARTURO, HERMANO MENESIANO".**

Nos ceñimos, pues, a citar algunas frases, particularmente significativas, sacadas de sus cartas, como expresión de la profundidad de su compromiso con Dios, de su caridad, - su amor a Dios y al prójimo,- "síntesis de la Ley y los Profetas", como dice Jesucristo (Mt 22, 36 – 40).

- **¿Con qué disposiciones encara su tarea apostólica?**

"Estoy dispuesto a todo lo que la obediencia pida de mí y a morir antes que faltar a uno de los votos que yo he hecho libremente y que renuevo, a menudo, más de una vez por día, sobre todo al comulgar". (**D** 173 – 14 de enero de 1850)

"Todo mi deseo es siempre morir por la gloria de Dios, instruyendo a los pobres negros y mulatos, sobre sus deberes para con Dios". (**D** 172 – 3 de mayo de 1852)

Renunciando, para ello, a todo lo que podría impedírselo.

"He renunciado gustoso y por amor de Dios a los pocos bienes que tenía, como si hubiera tenido más. Espero que Dios haya aceptado este pequeño sacrificio que le he hecho, así como el de mi pobre persona, para vivir y morir por Él".
(**D** 173 – 7 de septiembre de 1846)

"Y *le hice muy gustoso el sacrificio de mi persona; estoy dispuesto a dar la vida por la salvación de los pobres esclavos, si tal es la voluntad de Dios*".
(Cf. **D** 172 – 5 de febrero de 1844)

Y cuando le envían a catequizar a los esclavos con misión oficial:

"Después de haberme confesado, renové mis votos en particular y me ofrecí a Dios de todo corazón, para esta hermosa obra y ***le hice gustosamente el sacrificio de mi persona.*** *E incluso estoy* ***dispuesto a dar mi vida por la salvación de los pobres esclavos, si eso del agrado de Dios"****.* (**D** 173 - 9 de junio de 1847)

- **¿Con qué recurso cuenta?**

"Yo he sido únicamente e instrumento del que Dios se ha servido, como uno puede servirse de un bastón y echarlo al fuego, como yo lo he merecido millares de veces. Yo lo habría estropeado todo. Es Dios quien ha hecho esta obra de caridad y su voluntad es que estos pobres esclavos los conozcan". (**D** 173 – 17 de enero de 1848)

- **Y, a la vista de sus limitaciones, así se expresa:**

¡Ojalá pudiera yo derramar esas lágrimas! ¡Cuánto debería llorar, por el abuso de tantas gracias como he recibido desde que estoy en religión y las que recibo diariamente! Pero, ¡ay! Mis ojos están secos como madera muerta!" (**D** 172 – 5 de febrero de 1844)

- **Pero Dios no le deja de su mano...**

"Si alguna vez, por mi debilidad estoy a punto de caer bajo el peso de las pequeñas cruces que Dios me envía, los consuelos que me da en otras circunstancias compensan con creces y mi espíritu se recupera". (**D** 172 – 30 de junio de 1845)

"...*En medio de todas estas miserias espirituales, mi único conforto es orar al Señor, ponerme en las manos de su divina misericordia".* (**D** 172 - 8 de febrero de 1843)

- **¿Su opción? La tiene clara:**

"Llegó la libertad. Mi presencia se hace necesaria durante el tiempo en que no había más ley que la del más fuerte. Calmo a los nuevos pobres libres. Les impido así hacer mal a nadie. La gente de la Administraciónn llega a saberlo. Se habla de darme una condecoración. ***Les muestro el crucifijo que llevo sobre mi pecho*** *y les doy a entender que ésa es mi más bella condecoración y que es la que quiero conservar. Y continúo mi misión por los diferentes municipios".* (**D** 173 - 25 de noviembre de 1852)

- **Dios es su fuerza**

Lo que parecía imposible, - la resistencia de los colonos -, no lo fue...

"Oh Providencia de mi Dios! ¡Qué admirable eres! Cambias los corazones cuando así lo quieres y como lo quieres para el bien de tus pobres. Mil y mil vidas como la mía no serían suficientes para dar gracias a Dios por tal beneficio". (**D** 173 – agosto de 1847)

- **Llevar adelante su misión, para él, es un placer. ¿Dónde lo encuentra?**

"A veces experimento grandes consuelos en mi misión, y si me fuera permitido desear algo, sería el terminar aquí mi vida, si ésa fuera la voluntad de Dios".
(**D** 173 **-** 14 de abril de 1849)

"¡Cuán difícil me sería el expresarle el placer que sentía cuando les instruía sobre la manera de confesarse y de hacer el examen". (**D** 172 – 8 de julio de 1841)

"Aman mucho a nuestro Señor en la Eucaristía. Yo mismo experimento un gran placer hablándoles de ello. Y cuando llego el día santo del domingo, se les ve ir corriendo a la iglesia para adorar a nuestro Salvador en el sacramento del Amor".
(**D** 173 – 7 de febrero de 1851)

- **¿Habrá alegría mayor?**

¡Sí! ¡Qué hermosa es esta obra de la Providencia! ¡Qué grande, qué sublime! ¿Por qué no habré sido yo el primero en comenzarla y abrir este camino a mis Hermanos?

(**D** 172 – 28 de marzo de 1844)

- **¿Un apoyo para esta misión?**

"Querido Padre:

Le suplico que rece de manera particular por mí, para que Dios bendiga mis trabajos, para que se conviertan todos los que escuchan mi catecismo y para que esté lleno de amor hacia Él, de celo por su gloria y por la salvación del prójimo".

(**D** 173 – 20 de enero de 1852)

"Pida, querido Padre, por el éxito de esta obra y por la conversión de estos pobres jóvenes, por la salvación de los cuales yo daría mil vidas. (**D** 172 – 8 de enero de 1842)

- **Pero, ¿no tendrá algún dueño?**

"Yo soy el servidor de los pobres y de las desgraciados; debo defender hasta la efusión de mi sangre los intereses de mis dueños".

(EVERGILDE –MARIE, frère. « *Le Frère Ar thur* », Vannes, 1932. Pág. 44)

¿Y sus Hermanos?

Él los ama y ellos le aman. ¿Su misión de evangelización de los esclavos? Ellos la cosideran como propia.

"*Me entiendo tan bien con los Hermanos que están conmigo y creo que me quieren!"*

(**D** 172 - 3 de mayo de 1842)

"Los Hermanos Clemente y Focas asistieron a esta catequesis (a los esclavos); yo estaba muy contento por ello: así se acostumbran a dar esta catequesis. En caso de que la muerte o la enfermedad me impidan continuar, ellos podrán reemplazarme si hiciera falta. Trato de inspirarles el gusto de dar esta catequesis". (**D** 172 – 28 de marzo de 1844)

* * * * * * * * * *

¿Estuvo el Hno. Arturo exento de toda debilidad, de toda flaqueza humana, de todo pecado? - No somos nosotros quiénes para juzgar, para explorar y ni siquiera para entrar en un terreno que es coto privado de Dios.

Sí tuvo situaciones apretadas, momentos difíciles, pesadas obligaciones que le pudieron arañar, no lo sabemos. Sus éxitos apostólicos, que podríamos calificar de épicos, pudieron llevarle a la vanagloria. Tampoco lo sabemos, pero es llamativo que por ningún lado se atisba el menor indicio de vanidad, al contrario. Lo que sí sabemos es que no se encontró nunca desprevenido, que sabía reconocerlo, y que, incluso sabía pedir perdón.

Reconocía sus limitaciones y miserias. Y tuvo siempre un recurso: acudir a su "Padre", Juan María de la Mennais, pidiéndole su consejo, sus oraciones.

Nos viene a la mente una comparación: el sol, a pesar de sus manchas, de sus protuberancias, no deja de lucir y brillar, de ser el sol.

Así el Hermano Arturo: es un sol, un astro de primera magnitud en la evangelización de América: "El apóstol de los esclavos en las Antillas".

3.- ¿Y el dedo de Dios?

O lo que vulgarmente se llaman los “milagros”.

¿Hizo, se le atribuyen, milagros al Hno. Arturo? ¿Milagros en vida? ¿Milagros después de muerto?

Sabemos que a lo largo de toda su vida le pedían oraciones. Y sobre todo, en los últimos nueve años en la isla de Guadalupe, la gente, numerosa, acudía para que presentara sus intenciones a Dios; los invitaba a unirse a él con sus oraciones ante el Señor. Eran muchos los que, luego, ponían velas de agradecimiento en la iglesia cercasna, por los favores recibidos.

Y, ¿después de la muerte? Parece que pudo haber una decisión, en un Capítulo general de la Congregación, - ¿hacia 1890?-, que dispuso que ninguna Causa de Beatificación sería emprendida para ningún Hermano, antes que el Fundador fuera canonizado. Es lo que corre, lo que siempre hemos oído, ¡y lo que se ha hecho!…

Así se cortó de raíz la invocación al Señor por intercesión de ningún Hermano. También por la del Hno. Arturo. Y los milagros son la respuesta de Dios al pedido de los hombres, justamente por intercesión de un Siervo de Dios.

Parece que esa situación está cambiando.

* * * * * * * * * *

La vida del Hno. Arturo ahí está. Su testimonio de vida, también. Ojalá que su compromiso con el Señor, hecho de entrega, fidelidad y entusiasmo, aliente el nuestro y como nuestro Hermano, seamos testigos del amor del Señor.

Bilbao, a 20 de febrero de 2017
Hº. Delfín López

Cronología

+ 14 de agosto de 1810: nace Julián Greffier, el futuro Hno. Arturo, en Messac (Francia)

+ 29 de septiembre de 1833 comienza el Noviciado.

+ En 1834 hace la Profesión religiosa. Continúa su formación, integrado a la escuela de Ploërmel, bajo la dirección del Hno. Dositeo.

+ 1835: Sale a dar clase en la localidad de Iffendic.

+ 1837 Se traslada a la escuela de Caro.

+ 28 de febrero de 1939: sale del puerto de Brest (Francia) hacia la isla de la Guadalupe (Pequeñas Antillas de América)

+ 27 de abril de 1839: llegan a la Pointe-à-Pitre, en la isla Guadalupe.

+ 1 de Julio de 1839: apertura de la escuela en la Pointe-à-Pitre.

+ 6 de noviembre de1839 cae enfermo de la fiebre amarilla.-.

+ 21 de Mayo de 1841: En la isla Marie Galante.

+ 27 de diciembre de 1841: llega a San Pedro (Martinica), para hacerse cargo de la comunidad y la escuela.

+ Enero de 1844: da comienzo a la catequesis a los esclavos.

+ 7 de junio de 1847: Se traslada a Fort-Royal, para ser Catequista de los esclavos.

+ 15 de junio de 1847: Inaugura su misión como Catequista oficial de los esclavos.

+ 1848: Se hace cargo de la alta dirección de la comunidad y de la escuela de Fort-de-France, además de Catequista.

+ 27 de enero de 1853: es nombrado Director principal de la Martinica

+ 1883: Deja la Martinica y se establece en la Basse-Terre(Guadalupe)

+ 12 de Junio de 1892: Muere en la Basse-Terre (Guadalupe).

Bibliografía

Siglas

Básica

- A. LAVEILLE : « *Jean-Marie de la Mennais* » (1780-1860). Paris.1903. 2 vol. 564 p. y 680 p.
- A. MERLAUD. *« Juan María de la Mennais. El renacer de una cristiandad »*. Ed.Menes.Bs. As. 1985.
- E. DE MIRECOURT. *Hommes illustres du clergé de France au XIX siècle. L'abbé Jean-Marie de la Mennais, fondateur de l'Institut de Ploërmel.* Vannes, 1876.
- S. ROPARTZ. La vie et les oeuvres de Jean-Marie Robert de la Mennais, prêtre, fondateur de l'Institut des Frères de l'Instruction chrétienne (1780 – 1860). Paris. 1784.
- HNO. JOSU FDEZ. OLABARRIETA. « J.M.de la Mennais. Ojos abiertos a más vida ».La Mennais Éd.

Fuentes manuscritas

Archivos de los HH. De la Instrucción Cristiana. Casa General de Roma - Via Divina Provvidenza, 44.

- Lettres officielles des Frères des Antilles. Dossier 151. **D** 151
- Lettres entre le Père de la Mennais et le Ministre. Dossier 154. **D** 154
- Lettres diverses. Frères de la Guadaloupe – Dossier 167. **D** 167
- Missions: Guadaloupe – Conférences - Recherches. fr.LouisBalanant. Dossier169. **D**169
- Lettres des Frères de Guadalupe – 1838 – 1845. Dossier 168. **D** 168
- Lettres des Frères de Martinica – 1839 – 1845. Dossier 172. **D** 172
- Lettres des Frères de Martinica – 1849 – 1857. Dossier 173. **D** 173
-

Específica

- JEAN-M. DE LA MENNAIS.- Lettres et Circulaires aux Frères -1993. 1ª. Partie.- 1820 - 1843. **JMLM – I**
- JEAN-M. DE LA MENNAIS.- Lettres et Circulaires aux Frères - 1993. 2ª,.Partie – 1844-1860. **JMLM – 2**
- LA MENNAIS J.M**.** Correspondance Générale. t. 4 a 7. Rennes, 2001.**- C.G.**
- SYMPHORIEN-AUGUSTE (FRÈRE*). « Á travers la correspondance de Jean-Marie de la Mennais ».* 7 vol. T III – Vannes 1939. **ATLC**
- Ménologe des Frères de l'Instruction Chrétienne de Ploërmel. 4 Tomes. Imprimerie du Sacré- Coeur. La Prairie (Canada).
- EVERGILDE –MARIE, frère *« Le Frère Arthur »,* en *« Au service de l'enfance »*. 4ª. Serie Vannes, 1932.
- ARCHANGE Penhouet.F. *« L'oeuvre missionnaire des Frères de l'Instruction Chrétienne (1837 – 1937) .* En*: Chronique des Frères de l'Instruction Chrétienne.* nº. 140 – 146.
- LÓPEZ GUTIÉRREZ, D. *Un hito en la lucha contra la esclavitud : los Hermanos catequistas.* Roma. 1965.
- CUEFF, Paul, frère. *Orígenes de una epopeya misionera.* Roma,1987. **E. M**. nº. 1.
- COCHIN, A. *L'abollition de l'esclavage*. Fort-de-France. Désormeaux, 1979
- OLLIVIER. G. *Una rica personalidad del Hº. Ambrosio . J. Le Haiget.*(1795-1857). Estudios menesianos (**E.M.),** nº. 12, 1994.
- GOUDY H. *L'œuvre pastorale du fr. Arthur, catéchiste à la Martinique au XIX siècle.* Mémoire. 1990.

- FRIOT, Phlippe, Frère. Les *Frères de l'Instruction Chrétienmne aux Antilles* (1840 – 1850). Rome, 2004. Études menesiennes (**E.M**.), nº. 31.
- PESQUER, Alexis, Frère. *1838 – 1847. Neuf ans de correspondance missionnaire. Jean-Marie de la Mennais, Épistolier et Fondateur.* Rome, 2011. **E. M.** nº. 45.
- PESQUER, Alexis, Frère.. *Douze ans de correspondance en instance d'ultime service. Jean-Marie de la Mennais, Épistolier et Fondateur.* Ploërmel, 2014. **E. M**. nº. 46.
- PESQUER, Alexis, Frère. *Á travers la correspondance missionnaire des Anrilles. Les échos de l'autre rive.*(1832 – 1852). Ploèrmel, 2016. **E. M**. nº. 49.
- GISLER, A. *L'esclavage aux Antilles françaises XVII- XVIII siècles*. Fribourg, 1965.
- SCHOELCHER, V. *Abolition de l'esclavage*. Paris 1840.

INDICE

Hermano ARTURO GREFFIER,
el "apóstol de los esclavos" en las Antillas

Presentación 5

INTRODUCCIÓN 7

1.- Las Antillas, ¿un paraíso? 7

a) Un poco de historia de las Pequeñas Antillas
b) Y algo de geografía
c) Población

2. - Un paraíso perdido 9

a) Situación social
1.- Los colonos blancos o criollos
2.- La clase libre o gente de color
3.- Los esclavos
b) Situación religiosa, moral y escolar
1.- Sobre la situación religiosa en general
2.- Situación moral
3.- Situación escolar

3.- Hacia el establecimiento de un ORDEN NUEVO 17

Primera Parte
¡AQUÍ ESTOY, SEÑOR 20

Capítulo 1.- ***Un joven que dice "Sí" a Dios*** 21

1.- En un lugar de Francia 21
2.- Un día dice "Sí" a Jesús – Maestro 22
3.- La Consagración religiosa 23
4.- Con los preferidos de Jesús 24

Segunda Parte
UNA ESCUELA DE MISIÓN 26

Capítulo 2.- ***"Misionero Educador"*** 27

1.- Hacia lo desconocido 27
2.- En la isla Guadalupe 30
a) Configuración geográfica
b) Una escuela de misión
c) Frente a la prueba
d) Siguen las pruebas
e) El educador misionero en su labor
3.- Un entreacto: en la isla María Galante 39

Capítulo 3.- ***Una piedra de tropiezo: el sacerdote Sr. Evain*** 40

1.- Una situación que se hace delicada 41
2.- Un capellán para la misión 41
3.- Surge un problema imprevisto 42
4 .- Se empieza a hacer luz 43
5.- Desenlace 44

Capítulo 4.- ***El organizador de escuelas para "dar a conocer a Jesucristo"*** 47

1.- En la Martinica 47
2.- El Hno. Arturo, Superior de la obra menesiana en San Pedro. 48
3.- La escuela cristiana de San Pedro 49
4.- Organizador de una escuela integral 51
5.- El Hermano Arturo, en su clase 56
6.- El CATECISMO en la escuela 59

7.- Primeros pasos hacia una integración racial de la sociedad colonial 61
Capítulo 5.- ***El Hermano Arturo, catequista de adultos, desde la escuela*** 66
1.- Orígenes de la catequesis de tarde. 67
2.- Desarrollo del Catecismo para adultos 67
3.- El catequista en acción 69
4.- Dificultades 70
5.- Satisfacciones, consuelos...para el Hermano Catequista 70
6.- Frutos del catecismo de tarde 72
7.- Superación del racismo. 72
8.- Trabajo en comunión y buen entendimiento entre Sacerdotes y HH 73
Capítulo 6.- ***La Primera Comunión*** 74
1.- Preparación. Retiro espiritual. 75
2.- El día de la primera Comunión 77
3.- Después de la Comunión 78
4.- Un largo camino 78
5.- La primera Comunión, ¿punto de llegada o punto de partida? 81

Tercera Parte

MISIONERO EN LA FRONTERA 83
Capítulo 7.- ***El Hermano Arturo, catequista "voluntario" de los esclavos*** 84
1.- Antecedentes 84
2.- Un paso preliminar 85
3.- Primeros intentos 85
4.- Condiciones y requisitos para ser catequista de los esclavos 86
5.- Primeros ensayos del Hermano Arturo, como catequista de los esclavos 87
6.- Flores y espinas del Hermano Catequista de los esclavos 89
7.- La catequesis del Hermano Arturo a los esclavos 91
8.- Progresos espirituales de los esclavos 93
9 - ¿Hermano Arturo? - ¿Hermano Marcelino María? 95
Capítulo 8.- ***Hacia una emancipación pacífica de los esclavos*** 97
1.- Preliminares 97
2.- Un impulsor iluminado de la emancipación de los esclavos 98
3.- Hacia un ordenamiento jurídico de la Catequesis en las "habitaciones". 100
Capítulo 9.- ***El Hermano Arturo, "catequista de los esclavos", con misión oficial*** 104
1.- El Hno. Arturo se hace cargo de su nueva misión 104
2.- Plan de operaciones 108
3.- La jornada del Hno. Arturo como catequista de los esclavos 111
4.- El catequista en acción 113
5.- Precauciones, dificultades, obstáculos... 116
Capítulo 10.- ***Obra evangelizadora del Hno. Arturo entre los esclavos*** 118
1.- Desarrollo de la obra de la CATEQUESIS 119
2.- Frutos de la evangelización 120
Capítulo 11.- ***El Hermano Arturo, pacificador de la Martinica*** 124
1.- Luces y sombras en el camino hacia la libertad 124
2.- Catequista y pacificador 126
3.- ¡Viva la libertad! 129
Capítulo 12.- ***El Hermano Arturo, Catequista de los nuevos hombres libres*** 132
1.- Frutos promisorios 133
2.- Avances y retrocesos de la libertad en la Martinica. 135
a) La nueva organización económico – social
b) Reorganización de la catequesis
c) La catequesis liberadora
d) Hacia una catequesis más exigente y comprometida.
e) Una escuela liberadora
f) El Hermano Arturo, una persona libre y humana
g) Una "determinada" catequesis del Hermano Arturo
h) Un nuevo sol alumbra sobre las Antillas

Capítulo 13.- **El Hermano Arturo, "catequista". Su catequesis** 157
1.- Un anuncio: la salvación. 158
2.- La práctica sacramental 159
a) La Primera Comunión
b) La Confesión
c) La Confirmación
d) El Matrimonio
3.- El comportamiento en la vida ordinaria 161

Cuarta Parte

El Hno. Arturo: Director principal de los HH. de la Martinica 164
Capítulo 14.- ***El Hno. Arturo, Director principal "provisional" de la Martinica*** 165
1.- Peripecias en el nombramiento del Hno. Arturo como Director "provisional" 165
2.- Organización del gobierno provisional 166
3.- Dificultades del Hno. Arturo en el ejercicio de su nuevo cargo 168
4.- El Hno. Isaac, ¿nuevo Director Principal? 170
5.- El accionar del Hno. Ambrosio en la crisis 174
Capítulo 15.- ***El Hermanos Arturo es nombrado Director Principal de los Hermanos de la Martinica*** 180
Capítulo 16.- ***Hermano Arturo, "Caballero de la Legión de Honor"*** 184
Capítulo 17.- ***El nuevo Director principal*** 187
1.- Una renuncia previa 187
2.- ¿A la altura de la responsabilidad? 188
Capítulo 18.- **Visita las escuelas** 190
1.- Recorriendo la isla 190
2.- La "Golondrina" 191
3.- El parasol 192
Capítulo 19.- ***El Retiro anual*** 193
Capítulo 20.- ***Al servicio de los enfermos.*** 194
Capítulo 21.- ***¡Todo para todos!*** 196
Capítulo 22.- ***El servidor de los pobres*** 198
Capítulo 23.- ***Catequista por los caminos*** 202
Capítulo 24.- ***Una preocupación permanente del Hno. Arturo: su propia formación.*** 205
Capítulo 25.- ***La sede del Hermano Director principal: ajuar, vestimenta*** 207
Capítulo 26.- ***Un corazón sin puertas*** 208
Capítulo 27.- ***Vacaciones de los Hermanos en Francia*** 209
Capítulo 28.- ***El Hermano Arturo visita Francia*** 211
Capítulo 29.- ***Peripecias... Visitas*** 213
Capítulo 30.- ***Regreso a la Martinica.*** 215
Capítulo 31.- ***Una experiencia trágica: las escuelas agrícolas*** 218
Capítulo 32.- ***Una nueva rebelión en la Martinica*** 223
Capítulo 33.- ***Supresión de los Catequistas*** 225
Capítulo 34.- ***Laicización de las escuelas*** 226
1.- Hacia la liquidación de la escuela cristiana. 226
2.- Enfrentando la tormenta. 227
3.- Entretelones de un golpe 228
4.- El ocaso de una escuela de Misión. 230
5.- El precio de una expulsión 232
Capítulo 35.- ***El Hermano Arturo deja la Martinica*** 234
1.- Una dolorosa despedida. 234
2.- Las últimas luces de un ocaso. 235
Capítulo 36.- ***Dios exalta a los Humildes*** 237
1.- ...A la vida definitiva, en la Casa del Padre 237
2.- Alleluia! 238

Quinta PARTE
EL HERMANO ARTURO, HERMANO MENESIANO

240

Capítulo 37.- ***Una vida al servicio de Dios, en la "madre" Congregación*** 242

1.- Promotor vocacional. 247

2.- Ayuda a la Casa- Madre de Ploërmel. 248

3.- Ploërmel, semillero de misioneros. 249

4.- El Hermano Arturo, forjador de misioneros 251

5.- Amor a la propia vocación 251

Capítulo 38.- ***Amor a la Iglesia*** 253

Capítulo 39.- ***Alguien que apostó por Cristo*** 255

Capítulo 40.- ***Celo apostólico*** 259

Capítulo 41.- ***Educador de la fe*** 263

1.- ¿Tiene clara su misión el Hermano Arturo, en medio de toda aquella exuberancia y diversidad de actividades apostólicas? 264

2.- ¿Cómo?, ¿dónde... "dar a conocer a Jesús, hacerlo amar? 264

3.- ¿Una condición preliminar 265

4.- ¿Cómo no alegrase por ello? 265

5.- La escuela, un lugar privilegiado para el desarrollo del carisma menesiano 265

Capítulo 42.- ***Espíritu de fe*** 266

Capítulo 43.- ***Vida de oración*** 272

Capítulo 44.- ***La espiritualidad de un hombre de acción.*** 278

Capítulo 45.- ***Obediente, también en lo difícil*** 280

Capítulo 46.- ***El servicio de la autoridad*** 287

1.- El Hermano Arturo, superior 287

2.- Organización de la comunidad 288

3.- Gobierno de la comunidad 290

Capítulo 47.- ***Tras las huellas de Cristo "manso y humilde de corazón".*** 294

Capítulo 48.- **Los religiosos, ¿viven sin amarse?"** ***Todo para sus hermanos.*** 300

Capítulo 49.- ***Pobre de cosas, rico de Dios.*** 308

Capítulo 50.- ***El Hermano Arturo, un atrayente tipo humano.*** 312

1.- ¿Cómo era el Hno. Arturo físicamente, como ser humano? 313

2.- Alegre en el Señor. 313

3.- Hijo amoroso..., hermano cariñoso..., amigo fiel 314

4.- Sensibilidad exquisita 315

a) En las alegrías

b) Ante la separación de un Hermano admirado

c) Recordando a las personas queridas

d) Ante lo imprevisto

e) Ante los reproches

f) Frente a la propia muerte...y las separaciones

g) Pero el dolor puede hacerse más intenso, a tenor de las circunstancias

h) ...Y los hechos, más dramáticos

5.- De salud consistente 318

6.- ¿Y el tabaco? 319

7.- Un hombre sabio 320

Capítulo 51.- ***Los Religiosos, ¿mueren sin llorarse? El Hno. Arturo, saca, además, de las garras de la peste mortífera a muchos de ellos.*** 322

1.- Un enemigo fatal en la evangelización: la peste 322

2.- Llorando a los Hermanos muertos 323

3.- En lucha encarnizada contra el enemigo fatal 324

4.- Una lucha sin cuartel: ¿Por qué? ¿Cómo? 326

5.- Una lucha, codo a codo: en equipo 327

Capítulo 52.- ***¿Qué me dice el Hermano Arturo a mí, Hermano menesiano del siglo XXI?*** 328

Sexta PARTE
UN HIJO FIEL DE JUAN MARÍA DE LA MENNAIS

331

Capítulo 53.- ***Un hijo amante de Juan María de la Mennais*** 332

1.- Amor del Hno. Arturo hacia el Fundador 332

2.- Amor "filial" del Hno. Arturo hacia Juan María 333

a) El Hermano Arturo, un hijo que "se preocupa" por su padre

b) Un hijo que ansía" ver" a su padre

c) Como buen hijo, "escribe" seguido al Fundador.

d) Las cartas del Hermano Arturo

e) El Hno. Arturo "espera con ilusión" cada carta del Fundador

3.- El Hermano Arturo "confía" en el Fundador 340

a) El Hermano Arturo da su "cuenta de conciencia" al Fundador

b) Se confía al Fundador

4.- ¿Consejero del Fundador? 343

a) Le da su opinión

b) Le hace sugerencias

c) Le insinúa algunos "consejos"

5.- El Hermano Arturo reconoce los valores del Fundador 346

a) El Hermano Arturo admira al Fundador

b) El Fundador, como buen "padre" sostiene al Hno. Arturo en sus debilidades.

1. La vanidad

2. La susceptibilidad

c) Le Hno. Arturo es un hijo agradecido

d) Felicita al Fundador y lo hace de corazón

e) Se interesa por su salud

6.- Amor compartido, amor abierto 352

7.- *"Los religiosos, ¿se reúnen sin conocerse?"* - Juan María, punto de referencia de la voluntad de Dios para ellos. 353

8.- El Hermano Arturo se siente seguro, porque se sabe acompañado por alguien que le quiere 354

a) Juan María de la Mennais apoya a sus Misioneros

b) Los escucha y atiende

c) Juan María se informa por medio de nuestro Hermano

d) Juan María se preocupa por sus misioneros

e) Los corrige, cuando hace falta

f) Se sacrifica por ellos y los ayuda con sus cartas

9. El Hermano Arturo, confidente de Juan María. 360

10.- Calidad de las relaciones del Hno. Arturo con su "Padre Fundador" 361

a) Un Hermano respetuoso

b) Que sabe excusar

c) Aunque puede impacientarse

d) Y que cumple la voluntad de su superior

e) Sabiendo obedecer, incluso allí donde hay que quemarse

11.- El Hno. Arturo, un misionero que espera el éxito de su apostolado de la ayuda de Dios, impetrada por las oraciones de su "Padre" Fundador 362

12.- El Hno. Arturo, ¿otro Juan María de la Mennais, en las Antillas? 363

Capítulo 54.-- **La vida del Hno. Arturo en una palabra, una frase** 365

Conclusión

El Hermano Arturo, ¿ santo ? 367

1.- Fama de santidad 367

2.- Heroicidad de las virtudes 369

3.- ¿Y el dedo de Dios? 371

CRONOLOGÍA 373

BIBLIOGERAFÍA 374

ÍNDICE 376

FIN 380